

# Crónicas Nerlingas III

DUELO DE REYES

Gorka Eceolaza Zabalza

Lectulandia

Tras la victoria en la Batalla del Taquakland, Kiril, acompañado por voluntarios de los pueblos libres, emprenderá la campaña de reconquista de Jactinia y los territorios nerlingos apoyado por el ejército del Reino de Saralamath. Mientras tanto en el norte, los gemelos alkos se reencontrarán durante el ataque a Eloburgo. Tras destruir la ciudad-prisión y liberar a los elothas, Oyvind e Ingvar marcharán hacia Groningburgo haciéndose pasar por la caravana del oro que semanalmente viaja entre las minas auríferas y la capital groning.

Perlivarce y Los Quince de Klimerik acompañarán a los elothas en su travesía hasta el Bosque Ranwuhan donde buscarán un lugar seguro en el que establecerse.

A medida que el ejército de la Alianza avanza victorioso a través de Jactinia, Kiril presentirá que el destino de la guerra y el suyo propio se decidirán a las puertas de Groningburgo en una lucha contra Zornik, por lo que urdirá un plan para enfrentarse en combate singular al rey brujo.

**Lectulandia**

Gorka Eceolaza Zabalza

# **Duelo de reyes**

**Crónicas Nerlingas - 3**

ePub r1.0

orhi 14.04.16

Título original: *Duelo de reyes*  
Gorka Eceolaza Zabalza, 2015  
Imagen de cubierta: Sofía Rodríguez Palacios

Editor digital: orhi  
ePub base r1.2

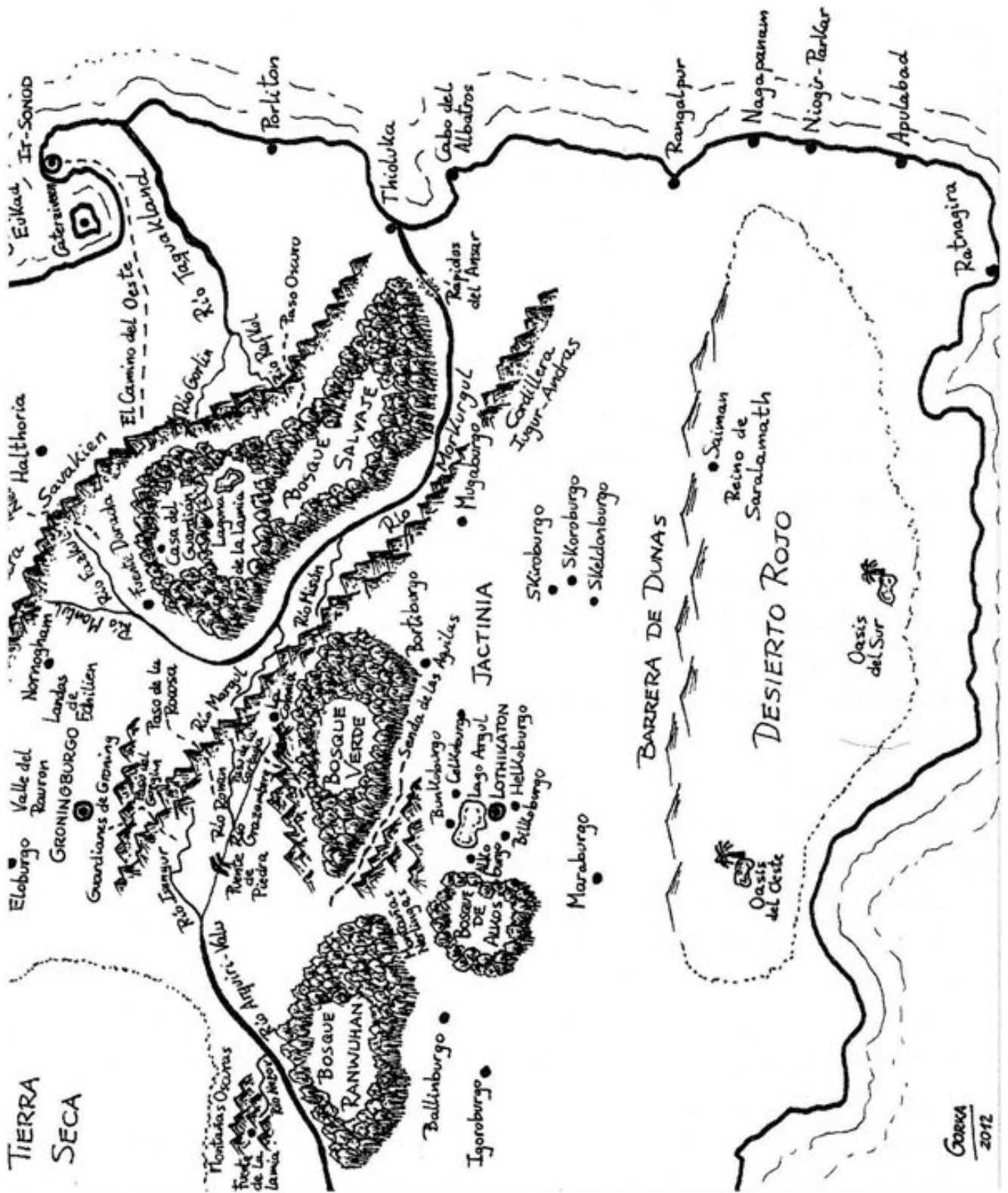
---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A los que fueron,  
a los que están,  
y a los que llegarán*





Gaea  
2012

## AGRADECIMIENTOS

Quisiera dedicar el capítulo de agradecimientos de este tercer libro de la saga a vosotros los lectores. A todos aquellos que os habéis sumergido en el mundo de Crónicas Nerlingas, a todos los que me dais fuerzas para continuar escribiendo y sacar tiempo muchas veces de donde no lo hay, para seguir avanzando en las aventuras y tribulaciones de los nerlingos. Con vuestras palabras de aliento y vuestro interés no dejáis que desfallezca en la larga travesía del desierto que supone escribir una tetralogía de estas características. De corazón, gracias a todos una vez más.

Además de vosotros, amigos lectores, hay otras personas de mi círculo más cercano que también hacen posible que siga adelante y sin las cuales las historias narradas no serían las mismas. A algunas de ellas van dedicadas también los siguientes agradecimientos:

En primer lugar a Isabel Arnaiz e Ignacio Eceolaza, que debido a la premura en el tiempo, han sido los dos únicos miembros del “Club de los Nueve” que han podido leer el manuscrito de *Crónicas Nerlingas III. Duelo de Reyes*. Muchísimas gracias por realizar como siempre detalladas correcciones y acertados comentarios que han quedado reflejados en este libro dejando una huella indeleble en el mismo.

También quiero agradecer a Miriam Eceolaza, mi hermana y gran profesional del mundo del Marketing, por sus consejos y recomendaciones a la hora de seleccionar las imágenes de las portadas de las dos primeras novelas de la saga y que tan buena acogida han tenido entre los lectores.

Siguiendo con el apartado de las ilustraciones, destacar el fenomenal trabajo de Sofía Rodríguez por el llamativo dibujo que adornará la portada de esta tercera entrega. Gracias por tu paciencia y esfuerzo al haber plasmado con tu pincel la idea que yo tenía en mi cabeza.

Y el último, pero no por ello el menos importante, en el apartado de agradecimientos personales es Luis Etxazarra. Amigo, antiguo compañero de trabajo y gran aficionado a la astronomía, me proporcionó cumplida y detallada información sobre los eclipses y sus efectos visuales que después he adaptado al mundo de Tierra Conocida, por lo que el bueno de Luis queda eximido de cualquier responsabilidad en relación a las licencias literarias que se haya tomado este autor.

Para terminar, un sentido agradecimiento a los lectores del Valle de Sakana, tierras en las que también se enraíza parte de mi genealogía. Gracias por vuestra inmejorable acogida tanto a mí como a la saga de Crónicas Nerlingas. Confío en que este tercer libro no os defraude y disfrutéis aún más que con la lectura de los dos



anteriores.

Como decía en *Crónicas Nerlinga: II. El Sexto Clan* en referencia al bambú chino, creo que lentamente la planta va creciendo y no tardará mucho en alzarse muchos metros por encima del suelo. Y como también decía en aquellas páginas concluyendo el capítulo de agradecimientos, “Con vuestra ayuda estoy seguro que lo conseguiremos”. No tengo la menor duda de ello. Hasta pronto.

## REGRESO AL OESTE

Tras la épica victoria lograda por el ejército de la Alianza, Kiril y Maikel apartaron de sus corazones la pesadumbre que les acompañaba desde el día en que abandonaron, envuelta en llamas, su amada Alkoburgo. Sin embargo eran cautelosos, pues sabedores del poder de los ejércitos gronings, eran conscientes de que solamente acababan de ganar una batalla, ciertamente crucial, pero la victoria en la guerra contra Zornik era aún una lejana quimera. Kiril intuía en su foro interno que la guerra se decidiría cara a cara frente al rey brujo. Él y Zornik, solos frente a frente, Darbrethil y el poder de la Sagrada Bestia frente a las artes oscuras del gran lobo negro. Pero ese momento quedaría aplazado hasta que los ejércitos aliados llamasen a las puertas de Groningburgo. Ahora era tiempo de alegres reencuentros, nuevas presentaciones y anheladas noticias llegadas del oeste.

Tras la batalla, los capitanes del Este ordenaron dar sepultura a sus muertos, para lo cual cavaron una ancha y profunda fosa en medio de la gran pradera. Allí cubrieron los cuerpos de cientos de esmugas, luinas, alkos y norteños con la tierra de la Comarca Central de Esreghaia, y Oerlikon ofició una corta pero sentida ceremonia que concluyó con el llamamiento del venerable Senescal Adelel a la unidad del antiguo reino. El sacrificio de la sangre allí derramada y que ahora descansaba en el interior de aquel enorme túmulo nunca sería olvidada.

Incluso los corsarios, encabezados por Tirgo de Tirón, asistieron respetuosamente a la improvisada ceremonia.

Después de enterrar a los caídos, los ejércitos de Esreghaia decidieron regresar a It-sonod para celebrar allí una merecida fiesta a la que también fueron invitados los hasta ese día denostados corsarios. Kiril y Maikel, acompañados por Enna, regresaron a la capital esmuga a bordo de El Indomable, pues deseaban charlar largo y tendido con el pendenciero Falk, y éste no estaba dispuesto a regresar a pie a It-sonod pudiendo disfrutar de una agradable travesía sobre las aguas del Mar del Este. El grueso del ejército, al frente del cual cabalgaban el Senescal Adelel, Oerlikon y Gródolas, retornó al burgo por el camino de la costa.

—También vosotros me debéis una buena historia —replicó Falk tratando de escabullirse del interrogatorio al que los jóvenes alkos querían someterle—. ¡Traed un buen barril de cerveza para soltar la lengua de estos dos tímidos grumetes! —ordenó Falk a los corsarios—. Pero decidme, ¿dónde está el joven Oyvind? ¿Y quién es esa hermosa jovencita que no os quita los ojos de encima? —y Kiril se ruborizó—. Sed breves, pero no os dejéis ningún detalle importante.

Antes de que las mejillas de Maikel se arrebolaran sonrojándose como las de su amigo, dos corsarios trajeron el barril de cerveza que Falk había demandado.

—Soy todo oídos —dijo el capitán mientras vertía el espumoso néctar en los vasos—. Pero no os extendáis en exceso, ya que pronto atracaremos en It-sonod y

entonces ya no dispondremos de más tiempo para hablar de historias pasadas, pues habrá de celebrarse un Concilio de suma importancia.

Maikel bebió de un solo trago el primer vaso de cerveza siguiendo los consejos del sabio capitán y comenzó a relatar todo lo acontecido desde aquella brumosa mañana en la que el capitán Falk se despidió de ellos poniendo rumbo a Rangalpur. Le narró la emboscada que sufrieron al anochecer en el Camino del Oeste por los sicarios que Zornik había enviado al oriente de Tierra Conocida y con los que se toparon en el Delfín Negro. Cuando Maikel contó cómo casi perdieron la vida frente a Caterziveen, la mirada del capitán se tornó triste y arrepentida, reprochándose su estúpido capricho de jugar aquella partida de kliros poniendo en peligro la vida de los tres alkos. Sin embargo, cuando supo que allí encontraron a sus hermanos perdidos del sexto clan, su corazón volvió a sonreír.

Kiril continuó el relato de Maikel, y detalló su curación, las enseñanzas de Oerlikon, el inicio del amor con sus tres hijas, la insoportable melancolía y la partida de Oyvind, su regreso a It-sonod y el reencuentro con el Senescal Adelel, Olaf y Nahelgen.

—¡Valientes pillastres! —dijo Falk con una pícara y poco tranquilizadora mirada para Kiril y Maikel mientras enjugaba su garganta con un largo trago de cerveza—. Creo que tendré una charla con esa especie de maestro o Kliat como vosotros lo llamáis. Necesita más que vosotros una de mis lecciones, pues os aseguro que yo nunca dejaría que tres imberbes mozalbetes, sin títulos ni tierras que ofrecer en prenda, pretendiesen robarme a mis tres hijas delante de mis narices. ¡Boto a bríos que no! —y rió a carcajadas mientras los dos alkos lo contemplaban sin decir una sola palabra.

—¿Es que acaso vais a quedaros callados como dos auténticos pasmarotes? ¿No seréis capaces de defenderos ante tamaña humillación? —habló a sus espaldas una voz aguda e imperativa—. Aviados estamos si este par de valientes gallinas son las que tienen que defendernos de la amenaza groning.

—Permitidme apoyar sin reservas vuestro comentario y al mismo tiempo ponerme a vuestros pies, noble y sabia señora —contestó zalamero el capitán—. Disculpad el no haberos invitado antes a compartir con nosotros un asiento alrededor de este humilde barril de cerveza, pero la descortesía y falta de modales de sus dos jóvenes acompañantes por un lado, y la burda y poco recomendable conversación entre amigos largo tiempo separados por otro, me ha obligado a demorar el presentar mis respetos a tan elegante dama como vos.

—Doy fe que Kiril estaba en lo cierto cuando dijo que el tratar de describiros con palabras nunca os haría justicia. No al menos para una persona tan poco elocuente como él —contestó Enna—. Educado y cortés, al tiempo que galán y pependenciero —intentó definir a vuelapluma al capitán mientras Kiril y Maikel reían—. Pícaro truhan y ocurrente trovador por lo que me han contado. Estoy impaciente por escuchar una de vuestras famosas e ingeniosas canciones, aunque ciertamente la disfrutaría más

con una buena jarra de cerveza que saciara mi sedienta garganta.

—Si ése es su deseo, bella dama, nada me agradaría más que poder complacerla. Siéntese a mi lado y no le faltarán ni la bebida ni la diversión.

—No tengo ninguna duda de ello —replicó Kiril removiéndose inquieto en su asiento.

—¡Ja, ja, ja! —rió el capitán Falk—. El joven y apuesto Rey Nerlingo está celoso, pues teme que su bella damisela vaya a abandonarle por las aduladoras palabras de un pobre viejo famélico y desdentado —y Enna se unió a la carcajada de Falk.

—Basta de tantas bromas y chanzas —gruñó Ahora te toca a ti contarnos como lograste convencer a los corsarios para que lucharan a nuestro lado.

—Está bien —dijo Falk—. Pero dejad primero que me refresque con esta maravillosa cerveza —y volvió a vaciar otro vaso sin pestañear.

Falk relató a los tres jóvenes que lo contemplaban con miradas ávidas de noticias, sus andanzas desde que abandonó los muelles de It-sonod, su combate contra los dioses del mar, cómo fue capturado por los hombres de Alagam, y su breve pero terrorífica zambullida durante la milla del tiburón en la Bahía de Rangalpur. También les explicó cómo se había forjado la Alianza del Fuego, así como la promesa del Príncipe Ilanit del Reino de Saralamath de mediar ante su padre el Rey Naveen para conseguir tres mil hombres que luchasen junto a los alkos en la reconquista de Jactinia.

—El oro groning —rió Maikel—. Hubiera dado lo mismo prometer un trono para toda la eternidad al lado del mismísimo Olión.

—No subestimes a estos corsarios, joven grumete —replicó Falk—. Serían capaces de remontar el Taquakland a bordo de sus navíos si fuese necesario para cobrar la deuda que hemos contraído. ¡Ay de vosotros si no lo hicierais! Entonces vuestras extremidades servirán de alimento a los tiburones de la Bahía de Rangalpur. Y puedo dar fe de sus poderosas y afiladas fauces.

—Confío en que Oyvind e Ingvar conquisten para nuestra causa las minas de oro del norte —dijo sonriendo Kiril—. Si no tendremos que entregar tu barco como préstamo a los corsarios —y en ese mismo instante Kiril se percató de que La Sirena de los Mares había sufrido un revés del destino, pues el rostro de Falk se ensombreció y sus ojos se volvieron vidriosos, aunque su orgullo le impidió derramar lágrima alguna.

—Es cierto —reflexionó tardíamente Maikel—. No me había percatado de que tu preciosa nave no acompaña a la flota corsaria. ¿No habrá sobrevenido sobre ella alguna desgracia?

—Su hermosa silueta pereció bajo las llamas de la traición —respondió Tirgo de Tirón por el capitán Falk, quien había escuchado la conversación mientras se acercaba desde el puente de mando—. Al igual que vuestros burgos sucumbieron bajo el fuego groning, La Sirena de los Mares ardió por el fuego de la traición de Alagam. Un trágico y maligno paralelismo entre el este y el oeste.

—No todo se perdió bajo el fuego —replicó Falk tratando de ocultar su desazón—. Tras la dolorosa batalla entre hermanos corsarios pude recuperar parte de la proa y unas decenas de maderos de la cubierta y la bodega. En cuanto esta pesadilla acabe y cobre la parte de la recompensa que me corresponde, reconstruiré La Sirena de los Mares, y a bordo de ella volveré a surcar el Mar del Este, ahora libre por siempre con el salvoconducto de mi amigo el emperador de los corsarios, el gran Tirgo de Tirón.

—Por supuesto que lo harás —respondió emocionado el corsario—. Sacrificaste lo máspreciado por luchar a nuestro lado. Noble es tu corazón por llamar hermanos corsarios a esa piara de cerdos comandada por el miserable Alagam. Mas ya no debemos preocuparnos por él. Descansa para siempre en el fondo del mar, ahumado junto a los restos de su flota, ¡ja, ja, ja! —rió satisfecho Tirgo de Tirón mientras Falk le acompañaba desahogando su dolor en sonoras carcajadas.

El capitán Falk continuó relatando como tras derrotar a los gronings en la desembocadura del Morkurgul fueron atacados a traición por los hombres de Alagam y otros renegados de algunas familias corsarias. Muchos hombres murieron en la lucha, además de los que ya habían caído en la contienda contra los legionarios del Mariscal Zunkonel. Numerosos navíos ardieron consumidos por el fuego hundiéndose en el Mar del Este muy cerca de Dos Aguas.

Kiril comprendió que, a pesar de que ni todo el oro groning lograría restañar las heridas causadas a Tirgo de Tirón, no podían faltar a la palabra que Falk había dado a los corsarios.

—Cuando Zornik haya claudicado —dijo Kiril—, enviaré un cargamento con cien cofres de oro. Eso saldrá nuestra deuda, y vuestro nombre quedará limpio de toda mácula que cualquier felonía pasada llevase a consideraros una amenaza para los hombres de bien.

—Os tomo la palabra —contestó Tirgo de Tirón—. Necesitaré ese oro para pagar a los maestros lúinas por los nuevos barcos que habrán de construir para rehacer mi diezmada flota. Después de haber salvado a su amada Porliton de la invasión groning, no podrán negarse a ello. Y si lo hacen, por Olión que entonces será Tirgo de Tirón quien invada sus tierras y los tome como esclavos —y el emperador corsario rio, pero Enna, Kiril, Maikel y Falk apenas si esbozaron una sonrisa, ya que no dudaban que Tirgo de Tirón cumpliera su amenaza.

—¡It-sonod a la vista! —gritó el vigía desde lo alto del palo mayor de El Indomable.

El aviso del centinela dio por terminada la conversación. Enna, Kiril, Maikel y Falk se acercaron a la proa del navío para observar la maniobra de aproximación a la costa.

—Aún recuerdo cómo salimos apresuradamente del Delfín Negro escapando por las callejuelas traseras de La Cuesta de las Tabernas —dijo Falk mirando a lo lejos la capital esmuga—. Mi insensatez casi logró que os mataran.

—Al menos probamos aquella maravillosa cerveza negra —respondió Maikel

tratando de restarle importancia—. Además tendré un recuerdo tuyo de por vida: siempre me acordaré de tus hirientes canturreos cada vez que toque la cicatriz que me dejó aquella maldita flecha groning —y puso su enorme mano sobre el huesudo hombro del capitán.

—Creo que mi padre y el grueso del ejército aún no han alcanzado el burgo —apuntó Enna—. La ciudad parece desierta.

—Eso nos otorga más tiempo para seguir conversando con el bueno de Falk —dijo Kiril—. ¿Qué te parece capitán, si mostramos a esta bella dama las excelencias de la cerveza que se sirve en el Delfín Negro? Incluso podríamos jugar una partida a tu querido juego del kliros —dijo Kiril tratando de animar al alicaído Falk.

—¡Pero esta vez sólo apostaremos jarras de cerveza! —añadió sonriendo Maikel—. No me atrae la idea de ser desplumado por el truhan del capitán.

—Debo defenderme de tamaña acusación aclarando que todas mis victorias han sido logradas en buena lid, y estoy dispuesto una vez más a demostrarlo —y todos rieron.

El Indomable atracó en It-sonod al atardecer del 13 de junio, flanqueado por una treintena de navíos corsarios. Aquel día quedó grabado a fuego para siempre en el corazón de los esmugas que lo contemplaron. Al ver acercarse a los navíos corsarios desde el sur, el retén de soldados que permanecía acantonado en el baluarte y los escasos residentes y comerciantes que deambulaban por el burgo, creyeron que todo se había perdido y el enemigo invadía It-sonod. Sólo los gritos y canciones del capitán Falk desde la cubierta de El Indomable lograron que los soldados tornaran su desolación en gritos y vítores de alegría. El Este había salido airoso de la invasión groning y el sol, que caminaba con paso firme a su refugio en el sometido occidente, llevaría las nuevas de la victoria de los ejércitos de Esreghaia hasta los sórdidos muros del palacio del rey Zornik en Groningburgo.

Kiril cumplió su palabra y condujo a sus amigos a través de La Cuesta de las Tabernas hasta llegar al Delfín Negro, donde departieron hasta bien entrada la noche junto con Tirgo de Tirón, embriagados por el aroma de la famosa cerveza de It-sonod. Cuando el posadero vio entrar en su taberna al temido corsario acompañado por una treintena de sus hombres, el color de su rostro mudó a un blanco macilento, como si súbitamente hubiera contraído una mortal enfermedad. El capitán Falk tuvo que acudir enseguida a tranquilizarlo.

—No me ha quedado más remedio que ir a calmar al posadero para que pudiera seguir sirviendo jarras de cerveza —explicó después el capitán Falk sonriendo entre dientes a sus amigos—. Posee una rara habilidad para servir la cerveza, única diría yo entre todos los posaderos de Tierra Conocida, y ciertamente son muchos los que conozco... Sería una gran pérdida que muriera de un síncope atravesado por tu mirada —le dijo a Tirgo de Tirón quien le respondió con un sonoro eructo que reverberó en toda la taberna, dando fe del exquisito néctar que en ella se servía.

Cuando ya de madrugada abandonaron El Delfín Negro, descendieron zigzagueando por las calles del burgo en dirección al puerto. A escasos pasos de alcanzar el anillo inferior, vieron entrar en It-sonod al ejército de Esreghaia comandado por el Senescal Adelel, acompañado por Oerlikon y Gródoles, a los que seguían Olaf, Nahelgen, Siriard, el magullado Törla y el resto de bravos guerreros que habían derrotado a los gronings en el delta del Taquakland. Cuando el anciano Senescal se topó de bruces con aquel curioso comité de bienvenida no pudo más que sonreír y desearles un sueño reparador. Al alba se celebraría un nuevo Concilio para decidir los próximos pasos a dar. Oerlikon dirigió una reprobatoria mirada a su hija Enna, que se aferraba al brazo de Kiril para a duras penas poder mantener el equilibrio.

El Senescal ordenó a su ejército romper filas y premió a sus hombres, ahora esmugas, luinas, alkos, norteños e incluso corsarios, permitiendo que celebraran la merecida victoria acabando con todas las reservas de cerveza de la capital esmuga.

—Mi cabeza... —se desperezó Maikel incorporándose con dificultad—. Me duele tanto que me recuerda a la fiesta de la noche de vísperas de la Ceremonia del Tránsito —pero enseguida su sonrisa se tornó en una mueca de tristeza al recordar la última y desdichada ceremonia en la que los alkos cedieron la regencia nerlinga al clan de los bunkos. Habían transcurrido más de nueve meses desde aquel día y la esperanza perdida parecía comenzar a renacer en su corazón.

—Vamos, levántate Maikel —le ordenó Kiril, quien ya se había despertado un rato antes—. El Senescal Adelel nos aguarda en el baluarte.

—¿Es que acaso pensáis volver a dejarme de lado? —les recriminó Enna—. Me he ganado en el campo de batalla estar presente en ese Concilio.

—Nadie cuestiona eso, querida —respondió Kiril tratando de amansar a Enna—. Sólo quería que descansases un poco. Durante los últimos días apenas si has dormido. Lo último que quisiera es que enfermaras.

—Tú fuiste herido de muerte y sin embargo has sido el primero en ponerte en pie —le reprochó Enna—. Así que no me aconsejes qué es lo que debo o no debo hacer —terminó enfurruñada.

—Testaruda y con mal despertar —dijo Maikel—. Creo que has elegido una mala compañera de viaje.

—Ambas cualidades son implícitas a nuestro linaje —respondió Enna—. Ardo en deseos que compartas un desazonado amanecer por los efluvios del licor junto a mi querida hermana Ebba —y Kiril rompió a reír con una ahogada carcajada mientras Maikel no deseaba otra cosa más que tragarse sus desafortunadas palabras.

Oerlikon intuyó que esa mañana los jóvenes demorarían su despertar, por lo que decidió acudir en su busca y acompañarlos a la morada del Senescal en lo alto de la ciudad al abrigo del baluarte. El Concilio sería tan crucial como el que el propio Oerlikon convocó en Caterziveen y no podían demorarse.

Los centinelas del baluarte saludaron sonrientes a los cuatro nerlingos y una pareja de soldados esmugas los escoltaron al interior de la casa del Senescal. Tras subir los desgastados peldaños preñados de añeja historia, entraron en la gran estancia del segundo piso donde se celebraría el Concilio. Allí el Senescal Adelel les recibió con un fuerte abrazo. En el interior de la estancia ya se encontraba el capitán Falk dando cuenta de un trozo de bizcocho y un vaso de té caliente. Junto a él permanecía sentado y pensativo, con una triste mirada perdida en el fondo de la estancia, el maestro Siriard. También Gródolas parecía ausente, luchando con poderosos demonios que lo atormentaban y que solo él era capaz de ver, apoyado en el marco de una ventana mientras sus ojos remontaban los acantilados de la costa oriental que se elevaban como un fabuloso muro de piedra hacia el norte.

—Sólo falta un invitado para poder dar comienzo al Concilio. Un agitado revuelo le precederá —dijo sonriendo el Senescal—. Mis hombres aún lo sienten como una amenaza.

—Deberá pasar mucho tiempo hasta que la sombra de la duda deje de sobrevolar sobre los corsarios —respondió Falk—. Durante largos inviernos las costas bañadas por el Mar del Este han soportado sus fechorías, mas en su favor he de decir que han sacrificado cientos de vidas defendiendo la libertad de estas tierras, cuando en el pasado los hermanos de Esreghaia no fueron capaces de hacerlo.

—Sacrificaron vidas por su libertad y por la promesa del oro groning —replicó ofendido Adelel.

—Cierto es que lucharon por su libertad —añadió Falk—, pero cuando derrotaron a los gronings bien pudieron haberse aliado con Alagam y sus aves carroñeras, pero no lo hicieron, y prefirieron derramar su sangre como sacrificio a su único y verdadero amor, el gran mar oriental.

—En el pasado también derramaron sangre inocente en nombre del Mar del Este —dijo Siriard con amargura.

—Debemos dar un voto de confianza a los corsarios por el futuro de Tierra Conocida. Si no permanecemos unidos, el enemigo acabará con nuestra frágil alianza —reflexionó Kiril.

—Habrán de ganársela demostrando fidelidad y respeto por la vida de sus aliados —apuntilló Oerlikon—. Pero ahora no queda otra opción que confiar en ellos.

Las palabras de Oerlikon se vieron interrumpidas con los rumores de un creciente tumulto en los alrededores del baluarte. El Senescal Adelel se asomó a la ventana y ordenó a sus hombres que depusieran su actitud hostil ante los visitantes que se habían acercado hasta la casa del Senescal.

—Es Tirgo de Tirón acompañado por media docena de sus secuaces. He ordenado que solamente él tenga acceso al baluarte —dijo Adelel—. Los corsarios que le acompañan permanecerán en el exterior custodiados por el retén de seguridad.

Apenas hubo terminado el Senescal de pronunciar aquellas palabras, cuando Tirgo de Tirón entró desafiante en la gran estancia. Los hombres del este le



contemplaron recelosos, incluido el propio Oerlikon.

—Bienvenido seas —le saludó el capitán Falk tratando de romper el hielo—. Disculpa si el resto de mis amigos no se encuentran esta mañana tan dicharacheros como yo, pues están agotados por la batalla y la falta de sueño. Además no han tenido la suerte de poder disfrutar como nosotros del aroma y el sabor de la cerveza de Itsonod.

—Confío en que esa sea la causa de la escasa hospitalidad hacia mi y mis hombres en la casa del noble Senescal Adelel.

—La hospitalidad desterrará al recelo, pero será un proceso lento y basado en la mutua confianza —respondió diplomáticamente el Senescal—. Mas ahora dejemos a un lado la desconfianza y las riñas entre nosotros, pues no habría otra cosa que hiciera más feliz al enemigo que ver como la discordia se instala en nuestra alianza.

Tirgo de Tirón pareció aceptar la tregua propuesta por el Senescal y se sentó a la mesa. Enna, Oerlikon, Kiril y Maikel acompañaron al corsario, y fue el abstraído Gródolas el último en unirse al Concilio.

El Senescal Adelel y Kiril hicieron una rápida y clara exposición de la situación actual: las tropas de Esreghaia habían abortado la invasión groning, debilitando notablemente las legiones de Zornik; sin embargo las bajas aliadas también habían sido numerosas. Los supervivientes gronings huirían hacia los lindes de la Cordillera Savakien, con lo que pasarían a engrosar las filas de los asentamientos cercanos a Halthoria y Mugaburgo. Las derrotas en las desembocaduras del Morkurgul y el Taquakland harían pensárselo dos veces a Zornik antes de volver a atacar el este.

—Sin embargo las legiones gronings que merodean al sur de las Tierras Frías permanecen intactas —afirmó Gródolas—. Incluso se verán reforzadas con los hombres de Arniokelen que huyeron tras su derrota. El verano nos envuelve con su dulce fragancia y calidez, pero también derrite el hielo y la nieve protectora de nuestras blancas regiones. Es el momento que los lobos de Zornik aguardan con ansiedad para atacar nuestro hogar.

—Dudo que Zornik se atreva ahora a atacar las Tierras Frías —respondió Oerlikon—. Ha visto el despertar de los hombres libres y el de un nuevo poder que durante largo tiempo deseaba encontrar. Ahora que lo ha descubierto, lo ansia más si cabe, pero aún se encuentra lejos de él. Con sus ejércitos debilitados, reagrupará sus fuerzas en torno a Jactinia y al sur de las Tierras Frías, pero desconozco cual será su próximo movimiento, aunque una cosa sí puedo afirmar: no atacará las tierras de los norteños.

—Debemos aprovechar la conmoción groning —intervino Maikel con vehemencia—. Avancemos como un martillo hacia el oeste. La moral de nuestros hombres es elevada y contamos con Therliangator. Nada detendrá nuestro avance, y en unos meses reconquistaremos Jactinia y tomaremos Alkoburgo. Los gronings deberán retirarse a su hedionda madriguera en Groningburgo.

—Suficiente sangre luina ha sido ya derramada —contestó Siriard—. Hemos

salido victoriosos de la contienda, mas nuestro pueblo ha perdido a muchos de sus hijos que ahora caminan hacia la morada de Olión comandados por el gran Senescal Amir —e hizo una larga pausa—. Lo siento, pero los luinas no viajarán al oeste, no convocaré a mi pueblo a una nueva campaña. Defenderán la libertad de Tierra Conocida desde Porliton y sus corazones os acompañarán en vuestro peligroso viaje. Sin embargo os doy mi palabra de que no me opondré a que aquellos que libremente decidan participar en la reconquista del oeste se unan a vuestro ejército.

Siriard, el gran maestro constructor de barcos, como notable prohombre de Porliton y tras la sentida pérdida de la máxima autoridad del Senescal Amir, había asumido con su decisión el liderazgo del pueblo luina.

—Sabias palabras, Siriard —dijo el Senescal Adelel—. Que tus diestras manos te ayuden a construir el futuro de Porliton dentro de la Comarca Central de Esreghaia, pues como Senescal serás reconocido a partir de hoy en It-sonod. Mi querido Maikel —continuó el Senescal Adelel—, siento tener que suscribir las palabras de Siriard. Demasiada sangre han vertido ya las regiones orientales en estos tiempos aciagos. Deberán cicatrizar y restañarse sus heridas antes de poder volver a la lucha. Si emprendiésemos el incierto viaje de conquista hacia el oeste, dejaríamos abandonadas a su suerte las ciudades bañadas por el Mar del Este, y entonces Zornik y sus esbirros tendrían expedito su avance. No, los esmugas tampoco marcharemos hacia el oeste.

—¡Entonces Zornik habrá triunfado! —gritó enfadada Enna—. De nada habrán servido las victorias en el Taquakland y en el Morkurgul, de nada habrán servido las muertes de cientos de vuestros hijos. Los gronings se reagruparán, reunirán nuevas legiones y volverán a atacarnos hasta que logren someternos o aniquilarnos.

—Siento un gran dolor que atenaza mi alma y desgarrar mi corazón —contestó Gródolas—, pero lamento contradecirte, bella dama. Comprendo la decisión de luinas y esmugas, porque también es la decisión de Tenkolmar, al menos hasta que pueda hablar con Simas. Los norteños no podemos dejar desamparados nuestros hogares, vaciar las Tierras Frías de nuestros guerreros, abandonar a su suerte a Tenkolmar, Trondemag, Ostenburgo o Sildenburgo. Los gronings son numerosos en nuestras fronteras; ya corrimos un gran riesgo cabalgando hasta It-sonod en socorro de la alianza de los pueblos libres. También Simas, nuestro valeroso líder, cabalga ahora hacia Eloburgo junto a uno de los vuestros, junto a mi hermano de sangre Ingvar, para destruir el templo de tortura que se levanta en el Valle de los Elothas —y las palabras dejaron de brotar de la boca de Gródolas mientras sus pensamientos lo arrastraban al fondo de un oscuro túnel en el corazón de las minas—. Aquellos valientes que quieran acompañaros serán libres de hacerlo, pero no enviaré a mis hombres a la reconquista del oeste.

—¿Dejaréis entonces abandonados a nerlingos, bortigos, lupenos o skelingos? —gritó Maikel contrariado poniéndose en pie—. ¿Es que acaso renunciáis a luchar a nuestro lado? Es cierto que acudimos al este en busca de vuestra ayuda, pero también nosotros hemos derramado sangre en esta tierra por defender a vuestras mujeres e

hijos. No merecemos ahora que nos abandonéis a nuestra suerte ante la siniestra jauría de lobos hambrientos.

—Tranquilízate, Maikel —habló Oerlikon, mientras Kiril permanecía sumido en una hipnótica y oscura lucha interna—. No podemos pedir más agua a un manantial a punto de agotarse, ni más cosechas a una tierra exhausta. Pues ésa es la realidad de las tierras orientales. Nunca lograremos la victoria en una lucha frontal contra el enemigo, ya que su posición es más ventajosa que la nuestra. Tenemos que afianzar nuestras posiciones, mantener el este y el norte a salvo de los gronings como Siriard, Adelel y Gródolas han expuesto. Nosotros los alkos marcharemos hacia el oeste, pues es nuestro destino reencontrarnos con los últimos supervivientes de nuestros hermanos nerlingos.

—No os faltarán allí los aliados —añadió Falk—, pues los sometidos habitantes de Jactinia se levantarán en armas cuando escuchen el sonido de los cascos de los caballos libertadores. Y no olvidéis que un hombre del Sur, el príncipe Ilanit, prometió acudir en vuestra ayuda con tres mil hombres del Reino de Saralamath. No cabalgaréis solos mis amigos.

Las palabras de Falk parecieron calmar el ímpetu y el enfado de Enna y Maikel. Sin embargo la tristeza se había apoderado del Concilio, pues tras la incontenible alegría por la victoria en el delta del Taquakland, nuevos nubarrones volvían a cernirse sobre los aliados, un cielo de oscuridad sin final en el que Zornik siempre parecía emerger como vencedor.

—Los corsarios de las familias que me son leales patrullarán el Mar del Este de norte a sur —habló con firmeza Tirgo de Tirón—, y caeremos como halcones contra todo aquel que ose hostigar a las aldeas costeras del Reino de Esreghaia. Durante el verano cincuenta naves velarán vuestros sueños, desde It-sonod hasta las estribaciones de los hielos perpetuos, y así desaparecerán los temores del guerrero de Tenkolmar.

—Acepto y agradezco de corazón vuestra ayuda —respondió Gródolas y Tirgo de Tirón, orgulloso, se hinchó como un pavo real.

—El destino de Tierra Conocida se decidirá a las puertas de Groningburgo. Zornik y yo, solos frente a frente, su espada contra Darbrethil, sin que otra sangre sea derramada —habló Kiril por primera vez desde que comenzase el Concilio con una funesta oscuridad en sus ojos que asustó a Enna y Maikel cuando lo contemplaron—. Zornik anhela un antiguo poder, y yo seré quien se lo muestre. Para ello será necesario desplegar todas nuestras artes y multiplicar las escasas fuerzas de las que disponemos. Haremos que sus mensajeros corran asustados a su palacio en Groningburgo para así lograr que finalmente acepte mi desafío. Será entonces cuando todo se decida.

Enna y Maikel quedaron profundamente abatidos al escuchar las premoniciones de Kiril. No soportarían volver a perderlo como creían haberlo hecho hacía menos de tres lunas. Estaban aterrados ante el posible enfrentamiento con el rey brujo, el gran

maestro de las artes oscuras.

—Dentro de quince lunas los alkos del sexto clan marcharemos hacia el oeste —habló Oerlikon, antes de que el resto de participantes del Concilio comenzasen a preguntar por aquel anciano poder del que él mismo había hablado y Kiril parecía conocer de un extraño modo—. No seremos más de quinientos hombres, por lo que ruego al Concilio que cien luinas, cien esmugas y cien norteños nos acompañen en este incierto viaje.

Un sombrío silencio se hizo en la estancia, pues Oerlikon reclamaba un último sacrificio a las Comarcas de Esreghaia. Fue el Senescal Adelel el que respondió a la petición del Kliat nerlingo:

—Cien valientes esmugas os acompañarán en vuestra campaña en representación de It-sonod, por la cual luchasteis y derramasteis vuestra sangre —dijo el Senescal.

—También viajarán a vuestro lado cien de mis mejores guerreros de Tenkolmar —dijo Gródolas—. Sería un traidor si abandonase a su destino al pueblo de Ingar.

—Los luinas también sacrificarán a cien de sus hombres para que acompañen a Therliangator hasta las puertas del averno —habló Siriard—. Si la suerte de Tierra Conocida tiene que decidirse en territorio groning, también los luinas pisarán los campos enemigos.

—Yo no enviaré a ninguno de mis corsarios a luchar tierra adentro —dijo Tirgo de Tirón—, pero os prometo que ningún groning osará navegar por el mar oriental.

—Hablo ahora por toda Jactinia cuando digo que estamos en deuda con vosotros —respondió Kiril—. Unidas, la sangre del este y del oeste, del norte y del sur, derrotarán al poder oscuro del lobo negro —finalizó el alko.

Sin embargo la desesperanza siguió instalada en el corazón de Enna y Maikel, pues sabían que trescientos hombres de refuerzo no serían suficientes para encarar las innumerables contiendas y batallas que les aguardaban hasta alcanzar los territorios enemigos. Lo que ellos desconocían era la grandeza del poder que Nerlinguia y la Sagrada Bestia habían entregado a Kiril.

Las dos semanas siguientes transcurrieron lentamente, el tiempo aletargado por el calor y el viento del sur que azotaba con fuerza la capital esmuga. En los anillos inferiores del burgo se improvisaron numerosas tiendas para la curación de los heridos y en ellas se afanaban, atendiéndoles noche y día, mujeres y hombres de It-sonod. Algunos murieron pero otros muchos se salvaron, y los lazos que nacieron entre cuidadores y tullidos pervivieron durante largo tiempo.

Todos aprovecharon esos días para descansar y recuperar fuerzas, pues la última etapa del viaje que los jóvenes nerlingos habían emprendido muchas lunas atrás, se presentaba ante ellos repleta de peligros y adversidades, la más terrible de todas ellas, donde el jinete sin rostro volvería a cabalgar decidido a su encuentro.

Siriard y el grueso de los luinas obtuvo el permiso del Senescal Adelel para regresar a Porliton, si bien los heridos más graves permanecerían el tiempo necesario

para su curación en el burgo esmuga. Olaf despidió con un ahogado llanto a los que habían sido sus compañeros durante los últimos meses. Especialmente solemne y emotivo fue el abrazo de despedida entre Olaf y Siriard, el abrazo sincero de dos hombres adustos y poco dados a la elocuencia, un abrazo al que no hizo falta adornar con palabras.

—¡Volveremos a encontrarnos! —le gritó Siriard cuando su figura se perdía a lomos de su caballo en un quiebro hacia el sur del camino de la costa.

—Volveremos a vernos, gran maestro —murmuró Olaf mientras trataba de ocultar una lágrima furtiva que brotaba de sus enrojecidos párpados.

Pero no todos los luinas regresaron a Porliton, pues finalmente cien voluntarios se unieron al centenar de soldados designados por Siriard. Este generoso acto surtió un efecto motivador en esmugas y norteños, y el 3 de julio, un total de doscientos esmugas y trescientos norteños, entre los que se encontraba el gran Gródoles, decidieron cabalgar flanqueando a Therliangator en la reconquista de Jactinia. Mil doscientos hombres a los que previsiblemente se unirían los tres mil guerreros del Reino de Saralamath, todas las fuerzas con las que los aliados contarían para alcanzar Groningburgo.

También el capitán Falk planeó viajar a Porliton, pero decidió no hacerlo hasta que sus amigos nerlingos partieran hacia el oeste. Quería compartir con ellos todo el tiempo que pudiera, pues con la compañía de los jóvenes mantenía apartada de su mente la insufrible añoranza de su amada, La Sirena de los Mares. Cuando ellos emprendiesen la última defensa de la luz, él viajaría junto a Tirgo de Tirón y Nahelgen a bordo de El Indomable hasta Porliton donde, a partir de los restos de su embarcación, Siriard le había prometido construiría un nuevo barco para el bueno del capitán. Nahelgen no se demoraría mucho tiempo en Porliton, pues ansiaba regresar a Thioluka para reencontrarse con sus queridos Kilma, Holm y Tirk. Sin embargo, Olaf, el espíritu errante, no regresaría durante largo tiempo a la hermosa Dos Aguas, ya que nuevamente se había puesto a las órdenes de Kiril, al que serviría como fiel explorador.

Por su parte Kiril volvió a compartir gran parte de su tiempo junto a Oerlikon. Ambos se despertaban muy temprano y se perdían entre la bruma del amanecer, caminando ahora hacia el Camino del Oeste ahora hacia los acantilados del norte que, como formidables murallas, se elevaban más allá de Caterziveen. Regresaban hambrientos al mediodía, mientras Enna y Maikel les contemplaban preocupados por lo que ambos estuvieran tramando. La paz que se respiraba en It-sonod hizo más difícil el regreso de los nerlingos hacia el oeste. Las dulces fragancias del verano, la calidez de la brisa oriental, el armonioso arrullo de las olas o el embriagador sabor de su negra cerveza, retenía a los hombres en la capital esmuga. El mar les había robado el corazón desde el primer día que contemplaron su esplendor y sentían que parte de su alma permanecería para siempre atada a aquellas hermosas regiones.

Finalmente el 13 de julio, un mes más tarde de su victorioso regreso de la Batalla

del Taquakland, los aliados partieron de It-sonod al despuntar el alba rumbo a la reconquista de Jactinia. Los hombres de Tenkolmar se unieron a las tropas comandadas por Kiril, a las que acompañarían en su recorrido por el Camino del Oeste hasta las estribaciones de la Cordillera Savakien donde sus caminos se separarían. Los norteños se hacia las Tierras Frías bordeando Halthoria, un peligroso camino en el que podrían encontrarse con las legiones groning del norte. Por su parte, Therliangator y los suyos descenderían hacia el sur para, bordeando la Savakien y Bosque Salvaje, cruzar el Morkurgul en dirección a la Iugur-András y caer sobre Mugaburgo desde los pasajes secretos de las Cuevas Escondidas. Pues allí, en el burgo fronterizo, comenzaría la reconquista de las tierras ocupadas. Volverían a disfrutar de la compañía de Haakoin y Loit en La Luna Blanca, donde esta vez sí, descansarían sin temor a ser capturados por los gronings.

En It-sonod dejaron atrás una parte de su vida, grandes amigos a los que quizá jamás volverían a ver: el capitán Falk, Nahelgen, Törla o el Senescal Adelel. Incluso comenzaron a añorar a Tirgo de Tirón, el temible Corsario que cambió el signo de la ocupación del este.

Muchas sonrisas y lágrimas fueron derramadas, acompañadas por entrecortadas palabras y mensajes de esperanza entre los nobles capitanes del norte, del este y del oeste. Un afligido silencio, un profundo mutismo preñado de añoranza, acompañó la dolorosa separación. Una triste despedida adornada por el solitario canto de las doradas trompetas del baluarte que saludaban la partida del ejército de Therliangator. Ningún hombre quiso volver su mirada atrás; no querían alentar el miedo con el que partían hacia el oeste y que éste resquebrajara su determinación al contemplar los ojos llorosos de las gentes de It-sonod.

Las últimas unidades ya se perdían hollando el terraplén que trepaba frente al baluarte, encarando los prados y granjas que conducían a las veredas del Camino del Oeste. Las siluetas brillaban tenues con los primeros rayos de la alborada y, empujadas por la caricia de la cálida brisa del solsticio, desaparecieron ante sus ojos como sombras devoradas por la oscuridad de la noche. Falk enjugó las lágrimas que bañaban su enjuto rostro y, de entre sus temblorosos y cuarteados labios, brotaron las letras de una triste poesía:

*Con las primeras luces del alba parten los valientes,  
trompetas y lágrimas los despiden desde el baluarte.  
Hacia el oeste su destino los conduce,  
¿mas a qué puerto arribarán sus almas puras?  
Su hogar en la Tierra Verde los espera,  
pero también son bienvenidos en la morada de los dioses.  
Que la luz verdadera alumbre su camino,  
que la oscuridad adormezca el tiempo.  
Larga vida aún os resta por vivir en la Tierra Conocida,*

*largos inviernos pasarán hasta emprender el último viaje.  
Dioses del firmamento, de la tierra y de las aguas,  
velad noche y día la buena estrella de los valientes.  
Dioses del firmamento, de la tierra y de las aguas,  
velad por la luz y la bondad del mundo.  
Que un hado destructor os alcance si así no lo hicierais,  
y que todos perezcáis devorados por la oscura lana del mal.  
¡Valor mis hermanos, valor frente al cruel destino!  
Que la buenaventura os acompañe hasta las puertas del averno.  
El sol siempre brillará por vosotros altivo desde el infinito,  
y mi corazón os alentará con el recio batir de las olas.  
¡Adiós mis hermanos, adiós mis valientes!  
Seguid vuestra senda y que los dioses velen nuestros sueños.*

## A LAS PUERTAS DE ELOBURGO

La caravana transitaba zigzagueando entre las comunidades de árboles y las faldas de la cordillera, próxima a alcanzar las estribaciones occidentales de la Iugur-András. Oyvind volvió a sentir la agradable caricia del sol que ahora bronceaba su rostro albino. Desde que partiera de Bosque Salvaje, únicamente la fría luz de la luna había iluminado tenuemente sus azules ojos. Aimon se acercó al alko, quien caminaba disfrutando de la compañía de la estrella del día, y volvió a insistir una última vez con su recurrente pregunta:

—¿Estás seguro de no querer hacerlo? —preguntó el celko.

—Sí —respondió taciturno el alko—. A pesar de que la idea de producir un daño irreparable a los gronings y frenar su avance me atrae, no puedo retrasar más mi misión. Deberíamos entrar en la guarida de la bestia para destruir el Embarcadero del Arquiri-Valu y, empero cumpliéramos nuestro objetivo, no creo que saliéramos de allí con vida. Pero como os dije en La Colonia, sois libres de acompañarme en mi viaje a Eloburgo. No seré yo quien os retenga si decidís embarcaros en otras andanzas que os lleven a enfrentaros a los gronings.

—Te acompañaremos a Eloburgo para liberar a tu hermano Ingvar —respondió Aimon—. Grande será el daño que infligiremos a los gronings en el corazón de su imperio. Mas la cercanía de ese embarcadero en construcción nubla por momentos mi razón.

—Apoyaría tu propuesta, Aimon, si ése fuera el embarcadero del Morkurgul —añadió con sabiduría Perlivarce—. Destruyéndolo lograríamos dificultar la invasión del este y daríamos un tiempo precioso a Kiril y a los pueblos orientales para poder repelerla. Desgraciadamente eso no ocurrirá. Sin embargo, el embarcadero del Arquiri-Valu sólo servirá para explorar las lejanas regiones occidentales que mueren en el oscuro Mar del Gruneng, toda vez que Zornik haya conquistado el resto de Tierra Conocida.

—No me queda más remedio que someterme a tus juiciosos razonamientos, mi buen amigo —dijo sonriendo Aimon—, pero no me negarás que resultaba atractiva la idea de incendiar ese maldito embarcadero.

—Comprendo tu sentir, Aimon —dijo Oyvind—. Mi espíritu nerlingo se revela al ver que los gronings han hecho suyo Puente de Piedra y osan profanar las tumbas de los valientes guerreros que lo defendieron —y recordó al bravo Mirkiel que cabalgó herido de muerte desde el puesto de vigilancia tratando de prevenir en vano a los nerlingos de la traición de Zornik.

—Entonces, ¡hacia el Bosque Ranwuhan! —gritó Marlin, que había escuchado toda la conversación, y ahora azuzaba al caballo que tiraba de la carreta en la que transportaban, oculto bajo apretados fardos de paja, al durmiente Narno.

—A partir de ahora entraremos en territorio groning —habló Aimon a sus hombres—. Extremaremos las precauciones de aquí en adelante. Formaremos dos



parejas de exploradores que se encargarán de vigilar la vanguardia y la retaguardia. Marcharán al menos una milla alejados de la caravana. Cada tres leguas recorridas regresarán para dar las nuevas y serán relevados por otra pareja en ese cometido. Enoc y Eboc, a vanguardia. Leonek y Lorinek a retaguardia.

—¡Siempre somos nosotros los voluntarios forzosos! —respondieron quejicosos los cuatro celkos al unísono.

—Sois los más jóvenes —respondió con sorna Aimerin—. Debéis curtiros en estas lides.

—Gracias también a ti, Aimerin, por prestarte voluntario. Alvar y Aimerin relevarán en el siguiente turno a Enoc y Eboc —ordenó Aimon mientras Alvar renegaba de su compañero de fatigas—. Odd y Oakes harán lo propio con Leonek y Lorinek ¡Adelante, y que Nerlinguia nos proteja!

—Mantienes a raya a todo el gallinero —dijo sonriendo Oyvind.

—Y así seguirá siendo —respondió Aimon—. De otra manera sería imposible mantener ordenada la compañía de catorce jóvenes e impulsivos soldados.

—¡Gracias por la parte que nos toca! —dijeron Barbat y Bladuf quienes hacía tiempo que habían superado la cuarentena.

—Silencio, o vosotros seréis los próximos voluntarios —bromeó Aimon y todos rieron.

A ratos durante el día, Larklin, Oyvind, Barbat y Bladuf, trataban de dormir acostados sobre la mullida paja que cubría la carreta guiada por Oran y Marlin. Ellos serían los encargados de proseguir con la marcha del grupo una vez que el oscuro velo de la noche acudiese a su encuentro. Narno sería quien guiase la carreta en su nocturno transitar.

Unas horas antes del crepúsculo, alcanzaron el límite occidental de la cordillera. La caravana se detuvo, aguardando las nuevas que Alvar y Aimerin debían traer. Odd y Oakes se unieron al grupo y todos esperaron impacientes la llegada de los dos exploradores. El tiempo avanzaba con exasperante lentitud, hasta que por fin Alvar y Aimerin aparecieron trotando entre la alta hierba que cubría el valle.

—El camino está despejado —dijo sin apenas resuello Alvar—. No hay rastro de los gronings en unas diez millas a la redonda.

—Avistamos la entrada a La Senda de las Águilas y tampoco allí apreciamos actividad groning —completó la información Aimerin.

—Buen trabajo —les felicitó Aimon—. Repondremos fuerzas antes de continuar, pero no será antes de que caiga la noche. No nos exponremos innecesariamente a los ojos del enemigo en los despoblados llanos entre la cordillera y el Bosque Ranwuhan.

—Estoy de acuerdo contigo —coincidió Oyvind—. Nos vendrá bien descansar antes de reemprender la marcha. Mañana habremos cruzado la campiña que conduce a tierras nerlingas y podremos avanzar seguros al cobijo del bosque —habló con sentida añoranza mientras los celkos guardaban un solemne silencio.

La noche sorprendió al grupo mientras cabeceaban y dormitaban tras los arbustos, resguardados del frío viento que hacía un rato se había levantado en el bajo valle. No habían encendido fuego alguno por temor a ser descubiertos, por lo que la cena no caldeó sus destemplados cuerpos. Súbitamente, un estruendo similar al de un árbol quebrado por el rayo sobresaltó al grupo. A todos menos a Oyvind. Era el despertar de Narno, “el bostezo de buenos días” como Oyvind había bautizado ese mágico instante en el que la maldición de la lamia desaparecía de la vida del Guardián de Piedra. Perlivarce y Los Quince de Klimerik no se habían habituado aún al extraordinario acontecimiento, y contemplaban atemorizados a Narno estirarse entre la paja seca de la carreta que cubría su enorme humanidad.

El Guardián se despezó rápidamente, mostrándose ansioso por continuar la marcha. Antes de que la caravana iniciase su peligroso recorrido bajo el cielo raso hacia el Bosque Ranwuhan, Oyvind puso al corriente a Narno de las escasas novedades que se habían producido durante el día.

Larklin azuzó al caballo de tiro y la caravana se puso en marcha. Barbat y Bladuf se adelantaron a la misma, mientras Oyvind y Narno caminaban al lado de la carreta. Apretujados entre los mullidos fardos de paja, el resto trataba a duras penas de conciliar el sueño.

La noche fue propicia para el grupo de proscritos que se internaba en territorio groning. Gruesas y tupidas nubes de grises tonalidades cubrían por completo la bóveda celeste. Ni la luz de las estrellas o la luna, ni la de los cometas que surcaban las profundidades del cosmos, proyectaban sombra alguna sobre el valle. Como espectros que se deslizaban levitando sobre la alta hierba mecida al compás del viento nocturno, cruzaron furtivos la meseta del bajo valle hasta ocultarse bajo la tupida floresta que, con el equinoccio, había recuperado su frondoso e impenetrable manto de hojas.

Durante las siguientes jornadas avanzaron lentamente a través del bosque. El transitar de la carreta por algunas zonas, en las que los troncos de los árboles se apretaban de tal manera que apenas si un enjuto hombre podía pasar entre ellos, complicó su avance. Cuando se cumplía la tercera luna desde que cruzaron el extremo occidental de la Iugur-András, llegaron al linde septentrional del Bosque RanWuhan. Oyvind y Aimon acompañaron a Barbat y Bladuf a explorar los alrededores. Al noroeste vieron cómo se elevaban las Montañas Oscuras, una lóbrega estampa que turbaba sus almas. Tras las cumbres, una maligna presencia parecía ocultarse entre sus sombrías y descarnadas laderas. El Nezov descendía en una bruna corriente de agua hasta unirse en un agitado salto al Arquiri-Valu, en un vano intento por purificar sus mortecinas aguas.

—Cuentan que en las faldas de las Montañas Oscuras se esconden las guaridas de brujas y hechiceras —susurró Aimon.

—No sé qué habrá de cierto en ello —contestó Oyvind—, pero al contemplar esas montañas mi cuerpo se estremece. Un aura de maldad envuelve esas cumbres.

—¿Qué pensáis acerca de cruzar el río? —interrumpió Barbat, quien temía más a las encrespadas aguas del Arquiri-Valu que a las brujas de las Montañas Oscuras—. No creo que podamos hacerlo a pie. Su torrente desciende embravecido y dudo que la carreta soportase su embestida —y Oyvind recordó el trágico día en el que trataron de vadear el Morkurgul.

—Si queremos mantener nuestra ruta, quizás debemos construir una balsa para franquearlo —dijo Aimon—. ¿Qué opinas, Oyvind?

—Creo que sería la mejor opción —respondió aún despistado el alko al cabo de unos instantes—. De otro modo, tendríamos que seguir en paralelo el curso del río, lo que nos acercaría peligrosamente a Puente de Piedra. Después, cruzar el Nezov no debería suponer más problema que tomar un baño en sus frías aguas. Desde allí transitaremos por las fronteras de Tierra Seca hasta acercarnos a Eloburgo.

—Entonces de acuerdo —cerró Aimon la conversación—. Mañana por la mañana trabajaremos en la construcción de la balsa. Esta noche tu forzudo e insomne amigo Narno puede comenzar a cortar troncos con su impresionante hacha.

—Volvamos entonces al campamento —sugirió Bladuf.

Los cuatro nerlingos retrocedieron cautelosos internándose en las sombras del bosque, para regresar al lugar donde sus compañeros dormitaban tratando de reponer fuerzas para el nuevo día.

A la mañana siguiente la actividad fue frenética en el campamento. Los hombres se despertaron somnolientos, ya que el bueno de Narno no había permitido que durmieran con el incansable golpeteo de su hacha contra los árboles, cortando troncos toda la noche. Eso hizo que el trabajo estuviera muy avanzado para el mediodía. Oyvind confiaba en que esa misma tarde tendrían terminada la balsa que les permitiría cruzar a la orilla oeste del río.

Ataron unos troncos junto a otros con las cuerdas que habían traído de La Colonia y, cuando éstas se acabaron, utilizaron largos trozos de corteza seca a modo de resistentes sogas. Una vez estuvo ensamblada, la desplazaron a través del bosque haciéndola rodar sobre media docena de leños. En más de una ocasión en que la balsa quedó trabada, debieron echar mano del caballo de tiro. El pobre animal hubiera deseado sufrir la maldición de Narno para al menos poder descansar durante medio día del suplicio de cargar con aquellos dormilones.

Comenzaba a caer la tarde cuando lograron llevar la balsa hasta el linde del bosque. Sudorosos y agotados decidieron descansar y cenar al abrigo del mosaico de verdes hojas que formaba la floresta sobre sus cabezas. Reservaban a Narno el arduo trabajo de empujar la barca hasta las orillas del Arquiri-Valu.

Mientras unos charlaban animadamente y otros, como Oakes, Marlin o Leonek, cabeceaban ajenos a las conversaciones de sus amigos, la llegada de la noche sobresaltó al grupo con el despertar de Narno. Una vez pasado el susto, comenzaron a movilizarse para llevar la balsa a su último puerto. Nuevamente Barbat y Bladuf ejercieron de exploradores nocturnos, a los que esa noche se unió Oyvind. El alko no

quería correr ningún riesgo y que los gronings los descubrieran al tratar de cruzar el río. Pero aquella comarca lindante con las yermas mesetas de Tierra Seca no era habitualmente frecuentada por los gronings. Las leyendas sobre los hediondos cubículos de las brujas retraían a los hombres de merodear por aquella región. Solamente visible a los ojos de Oyvind, en dirección noreste, se mostraban difusos los titilantes destellos de las antorchas del puesto de guardia en Puente de Piedra.

—Algún día los nerlingos recuperaremos el puente —murmuró Oyvind con voz tan queda, que ni Bladuf ni Barbat pudieron escucharle.

Una vez comprobado que el terreno estaba expedito, los tres nerlingos regresaron veloces al lindero del bosque y, con un disimulado silbido, dieron la señal a los demás para que avanzasen hasta la orilla del Arquiri-Valu.

Los Quince de Klimerik bromeaban con Narno, retándole a que demostrase su descomunal fuerza empujando la balsa hasta las oscuras y agitadas aguas. El gigante había vuelto a disfrutar durante las últimas lunas de un presente largo tiempo olvidado: la amistad.

Aimon reprendió a sus hombres para que guardasen silencio. Rápidamente todos callaron aprestándose a realizar su cometido. Marlin condujo la carreta hasta el río junto a Perlivarce, mientras el resto de hombres se turnaban en el penoso cometido de acercar la balsa hasta la orilla. Todos excepto Narno, quien permanecía con sus enormes brazos aferrados a la balsa, empujándola con todas sus fuerzas a través de la hierba que parecía oponer una fuerte resistencia a su avance. Quizás las brujas de las montañas presentían a Narno y habían encantado con sus artes oscuras a la verde y alta hierba de las praderas.

Emplearon cerca de dos horas en transportar la balsa hasta el cauce del Arquiri-Valu. En los últimos pasos que los separaban del río tuvieron que ayudarse del esforzado caballo para agilizar su avance, ya que los hombres, extenuados, apenas si lograban ya hacer avanzar a los leños sobre los que se desplazaba la rudimentaria embarcación.

Justo antes de llegar a la orilla retiraron uno a uno los maderos, mientras la balsa avanzaba hasta que su proa penetró en las frías aguas. La balsa era un enorme rectángulo, sobre la que todo el grupo debía ser transportado al otro margen, incluyendo al caballo y su inseparable carreta. En la popa un pequeño timón les ayudaría, junto a seis enormes remos, a dirigirse a la otra orilla sin ser arrastrados por la corriente.

—¡Rápido! —ordenó Oyvind—. Subid el caballo y la carreta a la balsa. ¡No hay tiempo que perder!

Marlin, ayudado por Larklin y Perlivarce, obligaron al asustado animal a subir sobre aquella insegura y endeble embarcación. Aimon, Narno, Aimerin, Oakes, Odd y Alvar tomaron los remos, mientras Oyvind se aferraba al timón y el resto contemplaban como Bladuf y Enoc tenían que arrastrar al atemorizado Barbat a bordo.

—¡No sé nadar! —gritaba—, ¡nos hundiremos! ¡Moriré ahogado!

Aimon dio permiso a Bladuf y Enoc para que hicieran callar como fuera al alterado Barbat, quien ante aquella amenaza, decidió cerrar los ojos y rezar por su vida a Nerlinguia.

Una vez estuvieron todos a bordo, Leonek, Lorinek y Eboc empujaron la balsa para botarla definitivamente al agua. De un ágil salto subieron a ella cuando comenzaba a flotar descendiendo por el río.

Con los primeros embates de las aguas sus cuerpos temblaron, ya que a punto estuvieron de volcar al realizar Oyvind un brusco giro de timón.

—¡Con cuidado! ¡Desplaza suavemente el timón! —le gritó Perlivarce.

A duras penas Oyvind logró hacerse con el control de la rudimentaria embarcación. A medida que sus cambios de dirección fueron menos bruscos, los remeros lograron mantener el equilibrio y la balsa consiguió avanzar progresivamente hacia la otra orilla.

Cuando se encontraban en medio del cauce, un cuarto de milla río abajo del lugar desde el cual habían botado la balsa, una de las cortezas que amarraba dos de los troncos crujió con estridencia quebrándose por la mitad. El tronco exterior se separó haciendo que Enoc y Bladuf se tambalearan y rodaran por el suelo. Gracias a que Perlivarce, Leonek y Lorinek estaban alertas, evitaron que cayeran al río y fueran arrastrados sin remisión por la corriente.

La balsa estaba cada vez más cerca de la orilla oeste del Arquiri-Valu. Los remeros hacían grandes esfuerzos por bogar en aquella dirección. Al paso de un pequeño rápido la balsa saltó violentamente sobre las aguas. Oakes y Alvar no pudieron resistir más y perdieron su remo. Al volver a caer la balsa sobre el torrente de agua, dos nuevos troncos se separaron de ella.

—¡Bogad con fuerza! —les animó Oyvind—. ¡Sólo nos separan unos pasos de la otra orilla!

—Así lo espero —respondió Barbat entre susurros y temblando de miedo sin abrir sus ojos.

—¡Un último esfuerzo, Nerlingos! —gritó Narno—. ¡Vuestra tozudez derrotará a la furia de las oscuras aguas! —y Oyvind sonrió acordándose del apelativo con el que le apodaba el gigante.

Tras superar varios momentos críticos en los que la balsa a punto estuvo de zozobrar, finalmente lograron que la maltrecha proa encallase en la otra orilla. En ese mismo instante Barbat saltó de ella como un cervatillo acosado por una manada de lobos. Los demás le siguieron, descendiendo presurosos pero de manera ordenada. Cuando la carreta y su caballo de tiro se encontraban a salvo en tierra firme y ya no había nadie más a bordo, Oyvind abandonó la destartada balsa de un salto.

No hizo falta que la empujaran nuevamente al río, pues un golpe de las aguas la volvió a introducir en el cauce. Narno, Oyvind, Perlivarce y Los Quince de Klimerik contemplaron con estupor, a la luz de las estrellas, a la balsa quebrarse en mil

pedazos al chocar contra las rocas que río abajo aguardaban escondidas como una trampa mortal antes de llegar a los meandros.

—Faltó poco para que todos muriéramos ahogados —suspiró aliviado Aimerin al tiempo que el caballo relinchó reconfortado por poder pisar tierra firme.

—El río es traicionero —dijo Oyvind—. Nunca olvidaré cómo el Morkurgul engulló a uno de nuestros caballos y casi arrastró con él a Maikel.

—¡Vamos! ¡No hay tiempo que perder! —dijo Aimon tratando de poner orden en el pequeño desconcierto que se había creado tras el precipitado desembarco—. Atad el caballo a la carreta. Nos dirigimos hacia el norte al abrigo de las Montañas Oscuras.

Enseguida los hombres se reagruparon cumpliendo las órdenes de Aimon. Narno azuzó al caballo y la furtiva comitiva volvió a reemprender la marcha bajo el oscuro manto de la noche. Barbat corría ahora aliviado junto a Bladuf por los serenos campos, explorando el camino que la caravana seguiría.

—Jamás volveré a subir a nada que flote sobre el agua —dijo Barbat disfrutando con cada paso que daba sobre la adormilada hierba—. Ni en ríos ni mares.

—Yo no me atrevería a afirmarlo. Nadie sabe lo que el destino le reserva —respondió Bladuf.

—Sólo lo haré si es para pescar un enorme siluro en el Lago Argul —respondió tajante y Bladuf sonrió meneando su cabeza.

Tras el breve pero agitado descenso por el Arquiri-Valu, los hombres no tardaron en conciliar el sueño, ayudados por el suave traqueteo de la carreta. Oyvind viajaba sentado junto a Narno y Perlivarce.

—Percibo una extraña sensación al transitar frente a las Montañas Oscuras —dijo Narno—. Una familiar y terrible amenaza, un latente mal como el que me envolvía al despertar cada noche en Bosque Salvaje.

—Quizás sean ciertas las horrendas historias que se cuentan sobre estas montañas —respondió Perlivarce—, y el mismo mal que creció en Bosque Salvaje more también en ellas.

—Lucharemos por destruir para siempre ese mal —dijo Oyvind—. Y cuando llegue ese día, tu maldición terminará. Volverás a ser un simple mortal que disfrutará de su vida en libertad.

—Ojalá los dioses te escuchen, peregrino —respondió agradecido Narno—, mas presiento que jamás volveré a vivir una vida plena.

—No pierdas la esperanza —le animó Perlivarce mientras Narno se giraba mirándole con una sonrisa de resignación.

La pequeña caravana continuó el viaje hasta su próximo obstáculo: el Río Nezov. Alcanzaron el afluente poco después del amanecer y esta vez no tuvieron mayores problemas para cruzar su cauce. Quien más sufrió fue el pobre caballo de tiro, que con gran esfuerzo tuvo que transportar de una orilla a otra la carreta que se resistía a avanzar a través del pedregoso lecho del río.

A partir de ese momento iniciaron la parte más peligrosa de su travesía, transitando por los límites de Tierra Seca, por campos y praderas huérfanas de vegetación que pudieran ocultarles. Se apretaron los cinturones de los que colgaban sus espadas y, con paso firme, emprendieron la última etapa hacia Eloburgo.

Por precaución, decidieron internarse en los dominios de las tribus nómadas que acaudillaba Nurgul. Los límites orientales de sus territorios no solían estar vigilados, debido a su amistad y afinidad con los gronings, por lo que no había razón alguna para que los jinetes de Tierra Seca temiesen una invasión enemiga. Nurgul era un joven y sanguinario guerrero que, a imagen y semejanza de Zornik, había conseguido el poder entre los jinetes nómadas acabando con todos los jefes tribales que se oponían a sus planes, asesinando en último lugar a Murkun, el anterior jefe de todos aquellos clanes. Más de cien tribus diferentes, muchas de las cuales vagaban por las interminables llanuras buscando las tierras más propicias para cada estación del año, componían el complicado conglomerado de jinetes nómadas de las cuales Nurgul era en última instancia una especie de Emperador al que todos debían rendir pleitesía.

Cerca de una semana duró la penosa travesía a través de aquellas yermas extensiones. El agua escaseaba y el sol golpeaba sobre sus cabezas con incipiente fuerza, anunciando el poder que desplegaría durante el próximo solsticio de verano. La caravana comandada por Oyvind casi había agotado todas sus reservas del líquido elemento. Continuaron la penosa travesía hacia el norte, hasta que al cabo de un par de extenuantes jornadas lograron abandonar aquellos paramos desérticos.

Oyvind había divisado varias lunas atrás el lejano y débil fulgor de las luces de Groningburgo. Congregó a la caravana en una pequeña atalaya que se alzaba sobre las mesetas de Tierra Seca y, desde allí, por primera vez en sus vidas, los proscritos pudieron vislumbrar el corazón del territorio enemigo. Los Guardianes de Groning se erigían majestuosos frente a la capital, como sólidos y gigantescos muros que protegían el palacio de Zornik de sus posibles enemigos. Hacia el norte, las hondonadas y altiplanicies del Valle del Rauron velaban por la ciudad a modo de infinito abismo. Los ojos de Oyvind pudieron distinguir, al este de la capital groning, a las legiones acampadas a lo largo del Corredor de Groningburgo, agazapadas como un mortífero escorpión preparado para atacar a quienquiera se atreviese a desafiar el reinado de Zornik.

Los corazones de Oyvind, Perlivarce y Los Quince de Klimerik se estremecieron ante aquella visión. Pareciese que las fuerzas de la naturaleza se hubieran aliado con el cruel emperador groning, haciendo vanos todos los intentos de los hombres libres por enfrentar su maldad. El desaliento cundió entre los hombres, pero Oyvind los emplazó a cumplir la misión que ahora les ocupaba:

—Contemplad el mal que se eleva en el este —les dijo—. Contempladlo y recordadlo, pues la gran batalla de nuestro tiempo se acerca. Todos los brazos serán necesarios para derrotar a Zornik. Felicitaos y alegraos, pues nosotros seremos los

primeros en infligir un gran daño en el corazón del enemigo. Eloburgo, sus minas auríferas, sus torturados esclavos dejarán de existir para siempre. Y sin ellos no habrá oro, y sin él no podrán comprar los ojos de cientos de espías que conspiran bajo el protector manto de Zornik a lo largo y ancho de Tierra Conocida.

—Prended vuestras espadas, tensad las cuerdas de vuestros arcos —dijo Aimon—. En menos de tres lunas Eloburgo caerá bajo el acero nerlingo. ¡Los Quince de Klimerik! —gritó enardeciendo a sus hombres.

—¡Los Quince de Klimerik! —replicaron los celkos con un fuerte grito que unió todas sus voces.

—¡Por Bortiburgo! —gritó también exaltado el siempre calmado Perlivarce.

—¡Por Bortiburgo! —replicaron Los Quince de Klimerik y Oyvind.

—¡Por Nerlinguia, por la libertad y por Tierra Conocida! —gritó emocionado Oyvind y los demás repitieron sus vítores.

—¡Adelante! —ordenó Aimon—. ¡Rumbo a Bosque Frío! —y todos se encaminaron hacia la siniestra floresta.

La caravana giró hacia el oeste para, durante cerca de treinta millas, caminar bordeando el límite septentrional de Tierra Seca. Desde allí cruzarían hasta Bosque Frío, ocultos a los ojos del enemigo. Una vez alcanzasen la floresta, retrocederían sobre sus pasos a través del bosque para caer sobre Eloburgo desde el oeste. De esa manera podrían descansar una noche en Bosque Frío y explorar el desconocido Valle de los Elothas en busca del lugar más propicio desde donde atacar la ciudad-prisión. Desconocían el número de efectivos gronings destinados a custodiar aquella región, así como el movimiento y trasiego de los esclavos hacia las minas de oro. Y había una cosa que preocupaba especialmente a Oyvind: la proximidad entre Eloburgo y Groningburgo. Con toda seguridad existiría una comunicación entre la capital groning y sus minas de oro. Estimó que como mínimo la frecuencia de visitas sería quincenal, ya que con la ingente cantidad de esclavos que los gronings podrían haber destinado durante el último invierno a las minas, la producción de oro se habría visto sustancialmente incrementada, por lo que los almacenes de Eloburgo apenas si podrían dar cabida a las pepitas del dorado metal. Cómo hacer frente a la escolta que custodiaría la caravana del oro era otro problema añadido al que deberían dar una rápida solución. Oyvind decidió apartar por un tiempo aquellos pensamientos y recordó a Ingvar, al que sentía durante las últimas lunas con una extraña mezcla de proximidad y lejanía. Una agitación teñida del dulce sabor de la libertad se apoderó del hijo del relámpago cuando pronunció el nombre de su hermano, como un pájaro al que el viento mece sus alas al albur de sus caprichosas corrientes.

—¿Sigues preso en Eloburgo, hermano mío? —se preguntó intrigado Oyvind—. ¿O es el viento quien mesa tus cabellos montado a lomos de un corcel? —finalizó dirigiendo su pregunta a Ingvar, pero no obtuvo respuesta alguna.

Oyvind se estremeció pensando que quizás su hermano hubiera muerto en aquella hedionda prisión y fuera el fulgor de su alma la que ahora volaba libre hacia la casa



de la diosa Nerlinguia.

Caía el atardecer y el cálido viento que acompañaba a la somnolienta estrella del día anunciaba la proximidad del estío. La pétrea figura de Narno comenzaba a estremecerse con el declinar de los rayos del sol. Sólo unas millas los separaban ahora de Bosque Frío, donde pasarían la noche al abrigo de la umbría. La caravana avanzaba con ritmo cansino, agotados por el viaje que les había llevado desde La Colonia hasta Bosque Frío manteniéndoles en un continuo duermevela. Se prometieron que esa noche descansarían para poder emprender con éxito el ataque sobre Eloburgo.

Odd y Oakes fueron los primeros en alcanzar Bosque Frío. Se internaron media milla en la espesa y lóbrega floresta, buscando un lugar resguardado y seguro en el que poder pasar la noche. Descubrieron un pequeño claro rodeado por un muro de piedras semiderruido y parte de una estructura que podía haber sido la puerta de acceso a una especie de caballeriza o refugio para el ganado.

—La mano del hombre ha llegado hasta este inhóspito bosque —murmuró Odd.

—La mano del groning —respondió Oakes—. Aunque parece ser que fue largo tiempo atrás.

—Será un buen refugio en el que pasar la noche —sugirió Odd—. Informaremos a Aimon y Oyvind —y los dos celkos se dirigieron a paso ligero hacia la caravana.

La noche se deslizaba veloz tras las espaldas de Odd y Oakes. Sus alargadas sombras, proyectadas sobre los verdes campos lindantes con Bosque Frío, parecían presagiar el vuelo que los nerlingos realizarían sobre Eloburgo, cuales halcones de Zornik acechando a su presa. Los dos centinelas informaron a Aimon y Oyvind sobre lo que habían descubierto en el bosque, y éstos decidieron acampar en aquel refugio como Odd y Oakes lo habían bautizado.

La caravana avanzó por los campos adentrándose en el bosque, hasta desaparecer bajo las sombras de los árboles, haciéndose invisibles a los ojos de cualquier espía de Zornik que pudiera rondar por aquellas regiones. Narno despertó a una nueva luna cuando los nerlingos y Perlivarce ya habían montado el improvisado campamento. Esa noche Narno les prometió que velaría sus sueños, lo que todos jalearon agradeciéndoselo de corazón. Cenaron las escasas provisiones que aún conservaban y buscaron acomodo para rápidamente comenzar a cabecear. Cayeron dormidos cuando Bladuf entonaba las últimas notas de una triste canción en la que una bella y joven princesa perdía a su prometido en una sangrienta batalla de los Días Antiguos.

Cuando Bladuf cayó también sumido en un merecido sueño, Narno tuvo una extraña sensación: por primera vez desde que partió de su cabaña en Bosque Salvaje echaba en falta a su campana de oro.

—Un mal presagio —musitó mirando en derredor al grupo de proscritos que dormitaba a pierna suelta en el claro del bosque—. Mas dormid tranquilos, mis amigos —susurró como un padre que desea las buenas noches a sus indefensos

retoños.

A medida que avanzaba la madrugada, una creciente inquietud se fue apoderando de Narno. Percibía una lóbrega y familiar maldad. Un mal contra el que había luchado durante largos y oscuros inviernos. Tomó su enorme hacha de dos cabezas y se internó unos pasos en el bosque. Al cabo de unos instantes el vello que cubría sus poderosos brazos se erizó. Se detuvo y escuchó agazapado aguzando su oído, hasta que finalmente los oyó:

—Pisadas de wolkur —maldijo entre dientes—. Es una manada enorme.

Narno trepó de un salto al árbol más cercano para tratar de divisar a aquel grupo de híbridos demonios que avanzaban sigilosamente hacia el campamento donde sus amigos descansaban plácidamente. A unos cuarenta pasos de su posición distinguió, bajo la tímida luz de la luna, a una docena de wolkurs que se movían en apretada manada.

—Tendremos problemas para repeler su ataque —se dijo Narno—. Tengo que avisar cuanto antes a Oyvind y los demás o los tomarán por sorpresa. Esos malditos lobos rabiosos nos han olfateado desde su hedionda guarida. No deben haber probado carne humana desde hace largo tiempo, por lo que nuestro olor los hará enloquecer — y de un salto Narno descendió del árbol y, sin ocultar su rápida carrera, se apresuró a despertar a los nerlingos y Perlivarce.

—¡Despierta, Oyvind! —gritó zarandeando al alko para que despertase de sus dulces sueños.

—¡Maldita sea, Narno! —respondió lastimeramente Oyvind—. Déjame dormir. Prometiste que esta noche tú te encargarías de la vigilancia.

—¡Wolkurs! —le gritó al oído para que despertase de una vez—. ¡Una manada de wolkurs nos ha olfateado y avanza hacia el campamento!

—¡Por Nerlinguia! —se incorporó Oyvind asustado—. ¡Despertad, vamos, despertad! —y en el campamento resonaron los ecos de ronquidos, voces destempladas y lamentos de todo tipo.

—¿Qué ocurre? —preguntó aún somnoliento Aimon.

—¡Wolkurs! —volvió a repetir Narno—. ¡Apresuraos! ¡Tomad vuestros arcos y subid a los árboles!

Un terror mortal se apoderó de los hombres e hizo que se movilizasen como una colonia de hormigas amenazadas. Pronto estuvieron a salvo, resguardados en las copas más altas de los árboles que circundaban el claro. Solamente Narno y Oyvind permanecían aún pie a tierra.

—¡Cubridnos desde lo alto con vuestras flechas! —les ordenó Narno—. La manada avanzará en un círculo que se terminará cerrando sobre nuestro campamento. Oyvind y yo defenderemos espalda contra espalda nuestra posición. Vosotros tendréis que abatir al resto desde los árboles.

—¡Entendido! —confirmó Aimon las órdenes del gigante—. Mas si os encontráis a merced de alguna de las bestias descenderemos en vuestra ayuda. Aimerin y yo

seremos quienes lo hagamos —y el joven Aimerin rogó porque Oyvind y Narno fuesen capaces de enfrentarse a la manada sin que él tuviera que acudir a socorrerlos.

—¡Se acercan por vuestra derecha! —gritó Marlin previniendo a Oyvind y Narno.

—Recuerda lo que te enseñe en Bosque Salvaje, testarudo peregrino —le dijo Narno a Oyvind sonriendo mientras colocaba su corpulenta espalda contra la del alko.

—Repetiremos aquí la matanza de los Lobos Dragón —dijo Oyvind—, sólo que esta vez decapitaremos wolkurs.

Un silencio sepulcral impregnó los alrededores del refugio. Era la tensa calma que precedía a la brutal tempestad. Un rugido rompió el silencio, y el acelerado crujir de ramas secas combinado con rápidas y poderosas pisadas desataron la tormenta.

—En guardia, peregrino —le previno Narno—. Por tu derecha los dos primeros trofeos de caza.

Mientras Oyvind y Narno tensaban hasta el último de los músculos de su cuerpo, un desgarrador relincho reverberó en la floresta de Bosque Frío.

—¡El caballo de tiro! —gritó compungido Larklin—. ¡Nos olvidamos de él dejándolo atado a la carreta! ¡Será pasto de esas bestias! ¡Voy a bajar a desatarlo!

—¡Larklin, mantén tu posición! —le ordenó Alvar, quien había escuchado lo que su compañero había dicho—. ¡No bajes de los árboles o esas bestias inmundas te despedazarán!

Pero Larklin hizo caso omiso a las advertencias de Alvar y Aimon, quien también se había percatado de sus intenciones.

El caballo no dejaba de relinchar angustiado, levantando sus patas delanteras al tiempo que giraba sobre sí mismo retorciendo las cuerdas que lo ataban a la carreta. Mientras tanto, Oyvind y Narno apretaban espalda contra espalda y encaraban a los dos primeros demonios de ojos inyectados en sangre, quienes salivaban ávidos por deleitarse con la carne de aquellos dos valientes guerreros.

El primer wolkur atacó a Oyvind y el alko le repelió con un rápido movimiento de su espada, provocándole un profundo corte en el cuello. El wolkur se revolvió y retrocedió, retorciéndose y rugiendo con grandes alaridos. Como ya había contemplado otras veces Oyvind, los wolkurs enloquecieron al olor de la sangre, incluso tratándose de la de uno de sus congéneres. El segundo wolkur lanzó su ataque con un prodigioso salto. El hijo del relámpago retrocedió agachándose y fue entonces cuando Narno emergió como un coloso, cercenando con un poderoso golpe de hacha la cabeza del wolkur.

La manada permaneció oculta tras los frondosos arbustos que rodeaban el claro, repelida la embestida de sus dos primeros efectivos. Pero la calma no duró más que unos breves instantes, hasta que otro par de perros de la guerra de Zornik se elevaron entre la vegetación para atacar al pobre caballo de tiro. En ese momento, Larklin se vio sorprendido por el feroz ataque de los wolkurs cuando trataba de liberar al desdichado equino. Una de las bestias apresó entre sus fauces el robusto cuello del animal, mientras que el otro, trepando sobre su lomo, le propinó una tremenda

dentellada sobre sus cuartos traseros. Larklin cayó al suelo tras recibir una fuerte coz del caballo que inútilmente trataba de zafarse del ataque de los dos wolkurs. Conmocionado, rodó por el suelo hasta chocar contra el tronco de uno de los abetos, donde quedó tendido inconsciente.

Desde los árboles una lluvia de flechas cayó sobre los dos wolkurs. Los arqueros acabaron con la segunda pareja de bestias, pero desgraciadamente no consiguieron salvar al pobre caballo, que murió desangrado.

Repentinamente cuatro nuevos wolkurs irrumpieron en el claro. Uno de ellos corrió hacia Larklin, quién aún permanecía tendido inconsciente. Las otras tres bestias se colocaron entre el celko y Oyvind y Narno, impidiendo que éstos pudieran acudir en su socorro. Nuevamente los arcos cantaron su mortal sonata, logrando frenar en el último instante la letal embestida del wolkur. Sus tres compañeros, enrabiados y con los ojos fuera de sus órbitas, se lanzaron en un desenfrenado ataque contra los dos Guardianes de Bosque Salvaje. Oyvind hundió la hoja de su espada en el pecho de un wolkur, mientras Narno destrozaba con su hacha las costillas del segundo. Sin embargo, el tercer wolkur, tras soportar el punzante dolor de las flechas que se clavaron en su espalda, logró acercarse lo suficiente hasta Oyvind y clavar sus afiladas zarpas en el brazo izquierdo del alko, logrando derribarlo. El hijo del relámpago gritó de dolor y Narno reaccionó revolviéndose contra el wolkur, al que quebró el cráneo con su hacha.

—¡Ya han caído ocho! —gritó Aimon desde lo alto del abeto.

—Aún quedan al menos otros cuatro demonios con vida —contestó Narno.

Las palabras del gigante fueron premonitorias. Los wolkurs no se hicieron esperar, y seis nuevas bestias saltaron al claro aullando y rugiendo, enfebrecidas por la muerte de sus ocho hermanos. Rápidamente formaron un lóbrego círculo alrededor de Oyvind, Narno y Larklin, aprestándose a lanzar un último y desesperado ataque.

—¡Cuidado, Larklin! —le gritaron sus compañeros desde los árboles—. ¡A tu espalda, levántate!

Pero todo aviso fue en vano. De nada sirvieron sus advertencias ni la lluvia de saetas que terminaron por abatir al wolkur. Para entonces, la bestia había surgido tras el árbol frente al cual el celko permanecía tumbado. El wolkur no dudó y, sin el menor atisbo de piedad, hundió sus afiladas y devastadoras fauces en el rostro de Larklin. De un mordisco le arrancó la cara y por sus colmillos chorrearon sangre y humores. Los Quince de Klimerik, horrorizados, vaciaron sus carcajes sobre aquel demonio del averno hasta que dejó de moverse y emitió sus últimos estertores.

La situación de Oyvind y Narno también era desesperada. Los cinco wolkurs restantes los habían rodeado y, gruñendo con deleite, avanzaban hacia ellos. Perlivarce consiguió con sus gritos hacer salir del aturdimiento en el que estaban sumidos los celkos tras la muerte de Larklin, y los arqueros, tras recobrar la cordura, lanzaron sus flechas contra los wolkurs. Oyvind, herido en su brazo izquierdo, no se movía con la misma destreza, por lo que el trabajo se le acumulaba a Narno, quien

repartía mandobles al aire tratando de intimidar a los wolkurs. Aimon, Aimerin, Barbat y Alvar, presos de una terrible cólera por la muerte de Larklin, descendieron de los abetos poseídos por una furia irrefrenable, y atacaron a tres de los wolkurs por la espalda. Mientras tanto, Narno había dado buena cuenta de una de las bestias y ahora ayudaba a incorporarse a Oyvind, quien había herido de muerte a otra. Aimon y Aimerin acabaron con una tercera, y el dulce canto de las saetas remató a la que Oyvind había herido de muerte.

La situación se había tornado favorable a los proscritos y eran ahora los tres restantes wolkurs los que estaban acorralados y se apretaban unos contra otros en el centro del claro. Una certera flecha lanzada por Marlin atravesó la cabeza de uno de los perros de la guerra de Zornik. Pero los otros dos wolkurs se resistían a ser abatidos sin oponer resistencia. Uno de los desesperados zarpazos que lanzaron hirió a Alvar en la pierna, de la cual comenzó a manar abundante sangre. El olor del líquido de la vida que brotaba a borbotones de la pierna del celko logró hacer perder el sentido a los wolkurs. Descuidaron su posición defensiva por la locura a la que la sangre los conducía, situación que aprovechó Narno para incrustar su hacha en la espalda del primero y a continuación las espadas de Oyvind, Aimon y Aimerin bebieron de la sangre emponzoñada del último de los wolkurs.

Cuando la última de las bestias cayó abatida, el bosque recobró el sepulcral silencio que con el ocaso lo había invadido. Los hombres reaccionaron y, descendiendo de los árboles, acudieron en ayuda de Oyvind y Alvar. Perlivarce se acercó rápidamente a ellos para comprobar sus heridas. Gracias a los dioses no eran tan profundas como para haber segado alguna de sus arterias, pero requerirían de un buen número de puntos de sutura y de toda la sabiduría de Perlivarce para evitar que las emponzoñadas garras de los wolkurs acabaran por corromper la sangre de los dos guerreros.

—No os preocupéis. Tengo experiencia en curar heridas de wolkur —afirmó el tarluk bortigo tratando de tranquilizarles.

—Tus ungüentos obraron milagros en Maikel —respondió sonriendo con gesto dolorido Oyvind—. Espero que surtan el mismo efecto en mí.

—Lo harán —dijo Perlivarce—. Te prometo que lo harán.

Viendo que Oyvind estaba bien atendido por Perlivarce, Narno se unió a Los Quince de Klimerik, quienes contemplaban desconsolados el cuerpo inerte de Larklin. Enoc y Eboc atendían a Alvar mientras Perlivarce terminaba de improvisar una primera cura para Oyvind.

—Siento como mía la muerte de vuestro hermano —se dirigió sentidamente Narno a Aimon.

—El destino ha querido que descanse para siempre en estas hostiles regiones, lejos de su hogar en Celkoburgo —se lamentó Aimon—. Mas nosotros nunca lo olvidaremos y su nombre será honrado y recordado como el de un gran guerrero.

—Dos de Los Quince de Klimerik moran ya en la casa de Nerlinguia —dijo

Bladuf—. Solamente trece quedamos en esta tierra para defender la memoria nerlinga y recordar las épicas hazañas de nuestro Rey Borbul.

—Mal número para atraer la fortuna —añadió Oakes cabizbajo y con lágrimas en los ojos.

—Si vosotros quisierais... —habló titubeante Narno—, yo podría ser el guerrero que desterrase ese número recorriendo Tierra Conocida junto a la hermandad de Klimerik.

Aimon y los celkos se quedaron mudos, sorprendidos ante el ofrecimiento de Narno. Fue el joven Aimerin el primero que habló:

—No eres un celko —dijo—, mas sabes manejar el hacha mejor que ningún otro leñador que haya conocido.

—Eres fuerte y poderoso, y tu valentía supera la de tres guerreros —dijo Oakes.

—Y además no roncas mientras duermes —añadió con sorna Bladuf.

Nos sentiremos honrados si te unes a nuestra hermandad —sentenció Aimon—. Has arriesgado tu vida por nosotros y, en estos tiempos de oscuridad, un noble espíritu y un bravo corazón como el tuyo son siempre bienvenidos.

—Sabía que tarde o temprano claudicarías ante la hospitalidad nerlinga —dijo Oyvind desde el suelo mientras Perlivarce terminaba de vendar sus heridas.

—Testarudo peregrino —farfulló Narno y todos recobraron el ánimo.

A pesar de que era noche cerrada, decidieron dar sepultura al cuerpo del desdichado Larklin. Cavaron una pequeña fosa y lo enterraron en ella, cubriendo su cuerpo con tierra y piedras. Orientaron la tumba hacia el sureste, en la dirección de su añorada Celkoburgo, a la que ya nunca regresaría. A partir de aquella noche se debería conformar con contemplarla desde la privilegiada atalaya de la morada de Nerlingua en lo más profundo del firmamento.

Cercenaron las cabezas de los wolkurs que aún permanecían unidas a sus cuerpos y las clavaron sobre gruesas estacas, avisando a cualquier bestia que osara acercarse al campamento que ese sería su anunciado final. Aquella era una tradición que los nerlingos no habían abandonado desde el comienzo de las guerras gronings.

Aimon se acercó a Oyvind, mientras Perlivarce se ocupaba ahora de la maltrecha pierna de Alvar.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó.

—Dolorido por la embestida del wolkur y con mi brazo izquierdo agarrotado, pero saldré de esta —respondió animado el alko—. Pero mayor es el dolor que soporto por la pérdida de Larklin.

—Te lo agradezco de corazón —dijo Aimon, quien preguntó a continuación a Oyvind sin rodeos—. ¿Crees que esto nos retrasará en nuestra misión?

—Ciertamente que ya lo ha hecho —respondió pensativo Oyvind—. La baja de Larklin mermará nuestras opciones en combate, pero nos las ingeniaremos de alguna manera para compensar nuestra inferioridad numérica. Pero a corto plazo lo que realmente nos condicionará es la muerte del caballo. Ahora ya no podremos

acercarnos hasta Eloburgo transportando a Narno en la carreta. Tendremos que caminar bajo la luna, lo que nos retrasará cerca de dos jornadas.

—Entonces descansaremos durante el día en Bosque Frío —propuso Aimon—. No creo que más wolkurs se atrevan a acercarse al campamento.

—Desconfía de esas bestias traicioneras —contestó Oyvind—. Como otras maléficas criaturas, los wolkurs fueron creados al amparo de lóbregas y malignas oscuridades, el mismo velo de brunas sombras con el que Zornik trata de cubrir a toda Tierra Conocida. Por ello es probable que intenten caer sobre nosotros una vez la noche se haya apoderado del firmamento, pero para entonces ya habremos abandonado el bosque.

—¿Cuánto resta hasta alcanzar Eloburgo? —preguntó Aimon.

—Calculo que un par o tres de medias jornadas —respondió Oyvind—. Como solamente marcharemos de noche, nuestra primera jornada deberá conducirnos hasta alguna de las colinas que rodean el Valle de los Elothas. Allí encontraremos cobijo y un buen escondite. La segunda jornada nos llevará directamente hasta Eloburgo.

—Ayer escuché a los hombres preguntarse qué ocurrirá una vez que Eloburgo haya caído —habló Aimon poniendo en su boca las palabras de varios miembros de Los Quince de Klimerik—. Los ecos de la batalla no tardarán en llegar a Groningburgo y cientos de soldados acudirán para darnos caza.

—Encontraremos alguna manera de deslizarnos como serpientes en la madriguera del enemigo —respondió Oyvind tratando de transmitir una seguridad que él mismo no tenía—. Quizá tengamos la oportunidad de asestar un golpe aún más duro en el corazón de los gronings. Quién sabe, puede que encontremos una muerte gloriosa luchando contra las legiones de gorglins de espadas de hoja de sierra.

—Desde luego no sería un mal final para nuestra descabellada aventura —y ambos sonrieron estremeciéndose al pensar que la muerte cabalgaba a su encuentro a menos de dos lunas de distancia.

El ánimo de la tropa se encontraba notablemente decaído tras la muerte de Larklin. Gracias al descanso que se vieron obligados a guardar, consiguieron dejar de lado por un tiempo la tristeza y la incertidumbre que los embargaban. Durmieron acurrucados unos junto a otros mientras se sucedían los turnos de guardia. Los centinelas, inquietos tras el ataque de los wolkurs, vigilaban sin descanso cada palmo del terreno en busca del rastro de las bestias. Pero Oyvind estaba en lo cierto, y los wolkurs no volverían a atacar, no al menos hasta que anocheciese.

Narno descansaba en su pétreo estado, empuñando su enorme hacha por encima de la cabeza, en amenazante actitud, dispuesto a cercenar los miembros de cualquier bestia que tratase de perturbar el descanso del grupo de proscritos.

Perlivarce pasó todo el día pendiente de las heridas de Oyvind y Alvar. El tarluk bortigo era un maestro de los emplastos y ungüentos de hierbas curativas, y logró que el dolor de las heridas casi desapareciese por completo. Tanto fue así, que Oyvind

estuvo dispuesto esa misma tarde a empuñar su espada. Aimon quedó impresionado con el resultado de las curas de Perlivarce.

—Si no fuera porque Oyvind me ha asegurado que eres un hombre de ciencia, consideraría que eres un hechicero de magia blanca —le dijo Aimon.

—Gracias por tus halagos, amigo mío —agradeció Perlivarce—, pero como bien has dicho, la mejoría de nuestros amigos se debe a la ciencia y al paciente estudio de las hierbas medicinales. No te daré las recetas de mis ungüentos curativos, pues me son muy preciadas y con largo tiempo y esfuerzo han sido conseguidas; pero si te diré que se componen de una mezcolanza de ajeno, genciana, aceite de poleo, marrubio, aloe vera, fenogreco y por supuesto athelas, la flor de reyes.

Aimon escuchaba entusiasmado las eruditas palabras de Perlivarce, que resonaban en sus oídos como el cercano rumor de una catarata de sabiduría.

—Aimon —llamó Oyvind al celko, que seguía entregado a las enseñanzas de Perlivarce—. El ocaso no tardará en alcanzarnos y, antes de que lleguen sus sombras, deberíamos explorar el camino a seguir. Si bien hasta ahora hemos sido cuidadosos de no mostrarnos a los ojos del enemigo ni de encender fuego más que en caso de extrema necesidad, a partir de esta noche deberemos guiarnos únicamente por la luz que la traicionera luna quiera regalarnos.

—Marcharé unas millas hacia el este junto a Barbat y Bladuf —dijo Aimon—. Hoy tus élficos ojos descansarán.

—Debes recuperarte para poder participar mañana en el asalto a Eloburgo —le recomendó Perlivarce al alko anticipándose a lo que sabía Oyvind respondería.

—Está bien —respondió resignado el hijo del relámpago mientras se tocaba su magullado hombro izquierdo—. Pero mañana nada impedirá que empuñe mi espada para liberar a Ingvar de la esclavitud —y quedó sumido en sus pensamientos, pues le embargaba la misma extraña sensación de los últimos días cada vez que pensaba en su añorado hermano.

—¡Barbat, Bladuf! ¡Venid aquí! —les ordenó Aimon y los dos veteranos celkos acudieron raudos a su llamada—. Partiremos ahora mismo a explorar las estribaciones del Valle de los Elothas. Buscaremos un lugar seguro y al resguardo de ojos hostiles donde ocultarnos durante el día hasta atacar Eloburgo. Tomad vuestros arcos y carcajes y acompañadme. Por el camino trataremos de cazar algún animal que mitigue los gruñidos de nuestros hambrientos estómagos.

Los tres celkos abandonaron al trote el campamento y corrieron mimetizándose con el paisaje gracias a sus pardos y descoloridos ropajes.

Cuando habían recorrido cerca de una legua campo a través, se vieron sorprendidos al darse de bruces con el comienzo de los primeros desniveles que conducían al Valle de los Elothas. A no más de tres millas de distancia, Aimon descubrió la gran hendidura, el gigantesco cráter de las minas auríferas.

—¡Al suelo! —gritó nervioso en un susurro a Barbat y Bladuf.

Los dos celkos se tendieron asustados sobre la hierba.



—¡Mirad! —les indicó señalando con su dedo—. Hemos llegado al final de nuestro viaje. Contemplad las minas de oro del Valle de los Esclavos.

En el mismo instante en que Aimon terminó de pronunciar aquellas palabras, el cuerno de llamada con su sordo macabro alarido, puso fin a la jornada de trabajo en las minas. Aimon, Barbat y Bladuf quedaron paralizados por el cruel grito del cuerno. Tras unos horribles instantes, una hilera de descarnados y famélicos cuerpos comenzó a surgir en la distancia, cientos de manchas informes que brotaban de lo más profundo del gran agujero. Inermes figuras desplazándose en columnas de muertos en vida, una fantasmal compañía que guiada por una hipnótica fuerza era conducida a la ciudad-prisión de Eloburgo.

—¡Fijaos! —exclamó asombrado Barbat—. Son cientos de esclavos los que trabajan en las minas. Parecen una inmensa colonia de hormigas que regresa a su hormiguero.

—Recemos a Nerlinguia para que mañana sea el último día que deban completar su terrible travesía —añadió Bladuf.

—Un ejército de ánimas que nos ayudará a derrotar a los gronings —dijo Aimon—. Si logramos que se alcen contra sus captores la victoria será nuestra.

—Muchos de ellos no tendrán fuerzas ni para empuñar un cuchillo de caza después de tan prolongado cautiverio —apuntó Barbat.

—El aroma a libertad hará que los últimos rescoldos de valentía, quizá ahora apagados como ascuas en el fondo de su corazón, prendan nuevamente y afloren para enfrentarse a los torturadores gronings —sentenció Aimon.

Los tres celkos permanecieron tumbados tras los arbustos contemplando con una mezcla de lástima y asombro el errabundo caminar de los elothas. La colonia de esclavos se reagrupó en varias pobladas columnas y, a una orden de los centinelas, reemprendieron la marcha hacia los grandes portones que sellaban la entrada a las minas.

—Regresemos al campamento —ordenó en voz baja Aimon—. Recordad esta posición. Desde aquí caminaremos esta luna dos millas en dirección norte hasta alcanzar aquel bosque de pinos. Allí permaneceremos ocultos durante el día, y observaremos la ubicación de las minas y la prisión.

Reptaron retrocediendo lentamente, sin poder dejar de mirar la retaguardia de las columnas elothas hasta que, una vez descendieron del altiplano y perdieron de vista a los desdichados esclavos, corrieron en dirección al campamento.

La noche estrellada acompañó con dulzura el despertar de Narno. La caravana inició impaciente su avance hacia el Valle de los Elothas. Tres parejas de exploradores caminaban en vanguardia cubriendo ambos flancos del grupo, manteniéndose en guardia ante un posible encuentro con soldados gronings. Oyvind marchaba junto a Perlivarce y el tullido Alvar, protegidos por el hacha de Narno, que brillaba como un faro plateado en la noche reflejando las lejanas luces de las

luminarias del universo.

Esa noche la comitiva acamparía oculta entre los bosques y las colinas lindantes con el valle. Apenas si el entrecortado canto de los insomnes insectos, que diseminados habitaban las praderas del bajo valle, denotaba que aquellas regiones estuvieran habitadas.

Odd y Oakes, encargados de la vanguardia de la comitiva, no tardaron en alcanzar el punto desde el que esa misma tarde Aimon, Barbat y Bladuf habían divisado las minas de oro. Decenas de antorchas repartidas a lo largo de las empalizadas que delimitaban el terreno ocupado por las minas, iluminaban el valle a los ojos de los proscritos. Los dos exploradores regresaron sigilosamente hasta el grupo para advertirles de la cercanía de las excavaciones auríferas. Aimon se adelantó junto a Oyvind, Narno y Perlivarce, y les mostró el lugar en el que había planeado acampar.

—Desde allí —les indicó—, divisaremos la llegada de los elothas y los gronings. Así podremos hacernos una idea del número de soldados que custodian Eloburgo. A pesar de que mantendrán un pequeño retén en la ciudad-prisión, nueve de cada diez soldados serán destinados con toda seguridad a vigilar a los esclavos en su trabajo diario en las minas de oro.

—Sería conveniente enviar a cuatro hombres a comprobar las fortificaciones y ubicación de Eloburgo —añadió Perlivarce—. No fuera que cayésemos en una trampa del enemigo.

—Estoy de acuerdo —asintió Oyvind—. Aimon, tú y yo, junto con dos de Los Quince de Klimerik nos dirigiremos a Eloburgo. Y esta vez no aceptaré un no por respuesta. No me resigno a quedarme cómodamente descansando al calor del campamento mientras mi hermano sufre la tortura groning a unos pasos de mí.

—Solamente te dejaré que vayas si yo también te acompaño —replicó Narno—. Alguien deberá proteger al joven e indefenso peregrino.

—De acuerdo —asintió Oyvind resignado.

Aimon y Perlivarce no se atrevieron esta vez a contradecir al testarudo peregrino, mientras Narno gesticulaba esbozando una ahogada sonrisa.

—Aquí es donde muere en vida mi hermano Ingvar —volvió a repetir Oyvind—. Y junto a él cientos de nerlingos y hombres de otros pueblos. Mañana será el día señalado. Mañana caerán esos ominosos muros.

—Que así sea —se confabularon todos.

Aimon, Narno, Oyvind, Perlivarce, Leonek y Lorinek fueron los elegidos para realizar la arriesgada tarea. Azuzados por el impaciente Oyvind, no tardaron en marchar hacia Eloburgo, siguiendo el camino que partía desde las minas de oro. Caminaban por las veredas del pedregoso sendero, en fila de a uno, con sus espadas y cinturones apretados al cuerpo, y el arco en la mano presto a entonar su mortal sonata.

Unas nubes que llegaron del oeste, empujadas por el murmullo de un viento

maligno, ensombrecieron el cielo. La noche oscura apenas si reflejaba ahora la lejana luz de la luna sobre las negruzcas piedras y los reseco arbustos y matojos. Tras caminar cerca de cuatro millas divisaron las luces que iluminaban las altas empalizadas de Eloburgo. Se acercaron con sigilo, reptando sobre las zarzas y las piedras, arañando y rozando sus codos y rodillas sobre el descarnado terreno que rodeaba a la ciudad de la tortura.

—Estas ásperas tierras repletas de seca y agresiva vegetación nos dan su pérfida bienvenida a la cárcel de los sin futuro —susurró Aimon.

—Hecha a imagen y semejanza de Zornik y sus malvados esbirros —añadió Perlivarce.

Contemplaron la ciudad-prisión, escrutando cada uno de los maderos que componían su robusta y apretada empalizada. Observaron las torres de vigilancia levantadas en cada uno de sus extremos, así como los grandes portones, trancados por el interior.

—Los gronings están confiados de que nadie osará atacarlos en su propio territorio —dijo Aimon—. Fijaos que solamente hay cuatro puestos de vigilancia que miren hacia el exterior.

—Están más preocupados de que nadie huya de Eloburgo —dijo Oyvind—. Su tesoro máspreciado son las columnas de esclavos.

—Crearemos el caos entre los gronings —habló Perlivarce con aquella expresión suya en los ojos que dejaba entrever que alguna genial idea bullía en su cabeza.

—¿En qué estás pensando Perlivarce? —le interrogó Oyvind.

—Sus fortificaciones no son de piedra, sino de madera —contestó el bortigo—. Sus puestos de vigilancia están lo bastante alejados unos de otros como para que podamos acercarnos con sigilo a las empalizadas. Encenderemos fogatas en el exterior, en el punto medio entre los puestos de vigilancia. Obligaremos de esa forma a los gronings a tener que abrir las puertas para salir a sofocar el fuego. Aprovecharemos ese momento de confusión para que nuestros arqueros abatan a los centinelas que vigilen desde cada puesto, mientras nosotros entramos en Eloburgo por la puerta principal. Ése será el momento crítico para el éxito de nuestra misión. Si logramos sorprender a los centinelas que custodian los barracones de esclavos y acabamos con ellos, podremos liberar a esos cientos de desdichados. Os prometo que entonces, sus débiles osamentas se alzarán contra sus captores para alcanzar la libertad que se mostrará a través de esos portones.

—Me gusta tu plan —dijo Narno—. Pero si no logramos averiguar cuántos soldados gronings componen la guarnición, puede que nos llevemos una desagradable sorpresa cuando entremos en la guarida del lobo.

—De eso nos encargaremos nosotros —respondió Aimon—. Leonek y Lorinek permanecerán ocultos todo el día en este lugar y escutarán cada movimiento de los gronings que permanezcan en Eloburgo. Nosotros, al alba, con la llegada de los esclavos a las minas, controlaremos al resto de los soldados.

—Aguardad aquí —dijo repentinamente Oyvind alejándose sigilosamente del grupo—. Voy a acercarme a las empalizadas.

—¡Vuelve aquí, maldito loco! —le gritó Narno.

—¡Oyvind! —ahogó un grito Perlivarce.

—Dejadle ir o nos descubriréis a todos —ordenó Aimon—. Es suficiente con un imprudente en el grupo.

—La llamada de la sangre ha sido más fuerte que la prudencia —sentenció atemorizado Perlivarce.

Los cinco hombres contemplaban en vilo cómo Oyvind avanzaba, a veces agachado a veces reptando, en dirección a Eloburgo. Si los gronings lo descubriesen, ellos no podrían acudir en su ayuda. No al menos esa noche.

Las zarzas arañaban las extremidades de Oyvind mientras el alko luchaba por avanzar entre aquella reseca maleza que parecía estar al servicio de los gronings.

—Mi querido Ingvar, estoy aquí —musitó entre dientes Oyvind—. Presto aliviaré tu sufrimiento. No desfallezcas ahora. La causa nerlinga triunfará y la libertad alcanzará a todos los hombres.

Oyvind, no contento con la posición que había alcanzado, decidió avanzar cien pasos más en dirección a los portones de entrada. Se cubrió los dorados cabellos bajo la capucha de su grisácea capa para que la tenue luz de aquella noche no le delatase y, abandonando los zarzales, reptó como un pérfido ofidio en dirección a las empalizadas. Los portones de entrada no estaban iluminados y únicamente las luces titilaban cerca de los vértices donde se ubicaban las torres de vigilancia.

Alzó desde el suelo su mirada hacia ellas y, con su élfica visión, constató que uno de los centinelas cabeceaba dormitando en su puesto, mientras en la otra torre, dos centinelas charlaban animadamente mirando distraídos hacia el interior de Eloburgo.

—Como bien dijo Aimon los gronings se sienten seguros y descuidan la vigilancia exterior —se felicitó Oyvind—. Mañana esa confianza los conducirá a la perdición.

Permaneció tumbado sobre la áspera alfombra de hierba y piedras que rodeaba el terreno en el que se alzaba aquella diabólica edificación, escrutando las fallas y puntos débiles que la misma pudiera presentar.

Repentinamente el ruido de un pesado objeto cayendo sobre el suelo y el crujido de la madera seca puso sobre aviso a Oyvind. Los grandes portones comenzaron a abrirse y la oronda figura de un hombre se perfiló frente a las luces que provenían del interior de la guarnición. Oyvind, asustado, hundió su cuerpo en el suelo, camuflándose en aquel hostil entorno, simulando un maltrecho y reseco zarzal que rodeaba a un alargado pedrusco. Oyó el sonido de unas voces que provenían del interior de la ciudad-prisión.

—Tienes el tiempo justo para fumar tu pipa. Espero que algún día el Senescal retire tus privilegios, viejo nerlingo.

Aquel hombre no respondió y siguió caminando mientras la luz de un ahogado

fuego producía redondas y cuidadas volutas de humo. Cuando se hubo alejado unos pasos de la puerta de entrada el hombre masculló entre dientes:

—Malditos gronings. Rezo a Nerlinguia para que llegue el día en el que paguéis todo el daño y el mal que habéis causado a tantos y tantos inocentes —y escupió al suelo enrabiado.

En ese instante el corazón le dio un vuelco a Oyvind. Había reconocido aquella voz. Era una voz familiar, una voz que trajo a su memoria la añorada Alkoburgo. ¡Era la voz de Torilo! ¡Torilo vivía! Y si el anciano padre de Maikel había sobrevivido a Eloburgo, por qué no habría de haberlo hecho su hermano Ingvar. Debía hablar con Torilo. Necesitaba saber de su hermano.

En una arriesgada decisión, se acercó reptando aún más hacia donde el bonachón nerlingo fumaba en pipa, caminando adelante y atrás junto a las empalizadas. Era uno de los privilegios que el Senescal Loriklen le había concedido por endulzar su vida con exquisitos manjares: paladear la libertad cada noche fuera de los muros de Eloburgo. Caminar como un hombre libre y fumar en su desvencijada pipa unas hojas de tabaco que generosamente el Senescal le regalaba.

—¡Torilo! —susurró Oyvind—. ¡Torilo! —volvió a llamarle.

El viejo nerlingo creyó oír su nombre y miró alrededor, pero sacudiendo la cabeza se dijo que estaba confundiendo los turbios ecos del dolor y la angustia que el viento traía desde los barracones de los elothas.

—¡Totilo! —por tercera vez le llamó Oyvind—. ¡Aquí, sobre la hierba!

Esta vez el padre de Maikel se sobresaltó. O su cabeza comenzaba a desvariar o por Nerlinguia que alguien le llamaba por su nombre desde la oscuridad del prado.

—¡Se te acaba el tiempo, viejo! —gruñó justo en ese instante la voz de un soldado desde el interior de la ciudad-prisión—. En cuanto apure esta jarra de cerveza te llamaré para que regreses.

—De acuerdo —contestó Torilo mientras se alejaba cautelosamente de las empalizadas en dirección al lugar desde el cual provenía la misteriosa voz que lo llamaba.

—¿Dónde estás? —preguntó Torilo—. ¿Quién me llama por mi nombre?

—Frente a ti, a veinte pasos —le dijo Oyvind—. Soy un amigo de los tuyos.

Torilo dudó unos instantes que se convirtieron en una eternidad para Oyvind. Finalmente decidió acercarse hacia aquella voz que le hablaba desde la penumbra de la noche.

—¿Quién sois? —volvió a preguntar Torilo, al tiempo que se volvía para comprobar que ningún groning le vigilaba desde el interior de la prisión.

—¡Oyvind, soy Oyvind! —respondió embargado por la agitación el hijo del relámpago.

—¡Oyvind! —ahogó una emocionada exclamación—. ¡Estás vivo! ¡Lograste escapar a la matanza del Bosque de Alkos! ¿Y mi hijo, está Maikel contigo? —preguntó Torilo angustiado tras recomponerse de la sorpresa inicial.

—Maikel está sano y salvo —respondió Oyvind tranquilizándole—. Pero no se encuentra aquí. Cuida de Kiril en el este. Finalmente encontramos al sexto clan.

—¡Maikel vive y el sexto clan existe! —exclamó atónito Torilo.

—Hay muchas cosas que contar, mas escaso es el tiempo del que disponemos —le indicó Oyvind—. Mañana por la noche atacaremos Eloburgo —y con cada nueva revelación del joven alko, Torilo se sentía más y más confundido—. Dime Torilo, ¿cuántos soldados custodian la ciudad-prisión?

—Unos setenta soldados —respondió titubeante en voz baja—, pero pocos son los que vigilan Eloburgo durante la guardia nocturna; menos de una veintena componen la guarnición. El resto descansa dormitando plácidamente en sus barracones.

—Torilo —dijo Oyvind como preludio a la pregunta que martirizaba su alma—. ¿Y mi hermano Ingvar? ¿Cómo se encuentra?

Un sepulcral silencio envolvió repentinamente aquel oscuro y marchito prado en el que la hierba raleaba entre las rocas y puntiagudas zarzas. Torilo, apesadumbrado, se resistía a contestar a la pregunta de Oyvind. Se sintió viejo, agotado, sin valor para encarar al joven alko, todo el peso de su larga existencia aprisionando su corazón entre un yunque y un martillo.

—¿Qué sucede Torilo? —preguntó angustiado el joven alko percatándose de que algo no iba bien.

—Ingvar... —habló tembloroso Torilo—. Ingvar murió... sepultado por un derrumbe en los túneles de las minas. Cayó junto a otros tres picadores. Sucedió en la primavera...

—¡No! —ahogó Oyvind un desconsolado llanto—. ¡Ingvar no puede haber muerto! ¡He venido para salvarle!

—Lo siento, Oyvind —trató inútilmente de consolarle, mientras las lágrimas recorrían también su rostro por el doloroso recuerdo de la muerte del hijo del trueno.

—¡Se acabó tu tiempo, cocinero! —gruñó con una desagradable voz ronca uno de los soldados gronings—. Tu momento de falsa libertad ha terminado. Ahora regresarás a tu hediondo agujero.

—Lo siento de veras, Oyvind —dijo Torilo volviéndose al tiempo que se enjugaba las lágrimas—. Pero te prometo que os ayudaré. Puedo hacer algo para vengar la muerte de tu hermano. Aguardaré mañana al anochecer impaciente vuestra visita. ¡Adiós, Oyvind, hijo del relámpago! No desfallezcas ahora que has recorrido tan largo y duro camino —y Torilo se alejó abatido mientras un fino hilo de humo brotaba de la boca de su pipa, indicando que acababa de apagarse el débil fuego que la consumía.

Oyvind permaneció largo tiempo tumbado en el suelo después de que los portones de Eloburgo se cerrasen tras Torilo, ahogado en un mudo y desconsolado llanto. Maldijo a la estirpe groning y a la suerte que el destino le deparaba. Tan cerca y tan lejos. A solo unos pasos del lugar donde su hermano fue torturado durante

largos meses y en el cual ahora descansaría por toda la eternidad bajo la tierra y la roca viva en las entrañas de las minas. Pero los gronings pagarían por ello. Claro que lo harían. No había llegado hasta las puertas de Eloburgo para lamentar la muerte de Ingvar. Destruiría aquel antro de vileza y tortura, y luego marcharía sobre Groningburgo para arrancarle el corazón al mismísimo Zornik. A fe que lo haría, aunque le fuera la vida en la encomienda.

La rabia y el odio le nublaban la mente. Una vez que la estrella de Ingvar se había apagado para siempre, únicamente la luz de su amada Edda refulgía en el lejano horizonte oriental para mostrarle el camino del amor y el bien, que ahora se tornaba difuso en la creciente oscuridad que cubría el mundo de los hombres.

## EL RELÁMPAGO Y EL TRUENO

La pálida luz de decenas de lunas se había consumido desde que Ingvar, Vladas, Simas y un centenar de soldados de la Alianza de Tenkolmar habían partido de Sildenburgo. En el último burgo meridional de las Tierras Frías se habían despedido con hondo pesar de Gródolas, separando allí sus caminos, los cuales quizás no volvieran nunca más a encontrarse. El gran líder de Tenkolmar, al mando de un millar de hombres, había partido en auxilio de los pueblos libres del este, descendiendo por la costa oriental desde Podiol hasta enlazar con el Camino del Oeste que le condujo a It-sonod, corazón de la antigua Comarca Central del Reino de Esreghaia.

Por su parte, la Compañía del Trueno, como se hizo llamar el grupo comandado por Ingvar, se aprestaba a desatar una terrible tempestad de fuego y acero sobre el erial en que se levantaba Eloburgo. Un centenar de hombres que cabalgaban hacia un incierto destino al encuentro del jinete sin rostro.

Si la compañía decidiese cruzar las llanuras al norte de la Savakien, no pasaría desapercibida a los ojos de las patrullas gronings con base en Halthoria. Por ello convinieron partir de Sildenburgo por una ruta que los llevaría hasta Eloburgo cabalgando en paralelo a las Montañas Blancas. Una vez sobrepasasen el límite occidental de sus nacaradas cumbres, seguirían el mismo rumbo, hasta alcanzar los Valles Solitarios al norte de Bosque Frío. Desde allí, descendiendo hacia el sur, caerían como una horda despiadada sobre la ciudad-prisión, antro de maldad y tortura, para arrasarla y convertirla en humeantes cenizas.

La Compañía del Trueno galopó como una manada de bisontes en estampida, contagiada por las ansias de venganza de Ingvar y Vladas. Anhelaban poder enfrentarse a Loriklen y sus esbirros, y devolver la libertad a los miles de elothas que permanecían cautivos en Eloburgo.

En la undécima luna arribaron a los Valles Solitarios.

Si desoladas les parecieron a Ingvar y Vladas las mesetas que se extendían entre la Cordillera Savakien y las Montañas Blancas, mortecinos, amortajados y largo tiempo abandonados por dioses y hombres se mostraron ante ellos los Valles Solitarios. Un extenso enjambre de desiertas hondonadas, colinas, planicies y resecos humedales, en las que únicamente una rala y corta hierba grisácea crecía cubriendo de vida aquellos olvidados parajes. Ni siquiera el rocío de la mañana osaba adentrarse en aquellas regiones, y hasta la luz del sol lucía pálida y gris, despreocupada por iluminar las inermes y deshabitadas tierras al norte de Bosque Frío.

Una inexplicable angustia oprimió el corazón de cada miembro de la Compañía; una terrible sensación de desamparo se apoderó de ellos al contemplar aquella desoladora imagen de abandono y olvido. Se hallaban en el umbral de unas vastas soledades, a las que el tiempo parecía haber abandonado centurias atrás. Valles donde el tiempo transcurría gris y sombrío, sobre tierras monótonas y devastadas. No



encontraron alivio para sus ojos mientras cruzaban los Valles Solitarios, ni un mísero árbol o una hoja que con sus verdes tonalidades los reconfortara.

Había transcurrido cerca de media jornada desde que se internaron en los valles. En las desiertas planicies soplaba un helado y malsano viento del noreste. La Compañía del Trueno transitaba desconfiada e inquieta por la yerma región, abatida, como tropa derrotada y perseguida por el enemigo. Los corceles ahogaban relinchos de desesperación, contagiados por la tremenda desesperanza que corría por la caña de los huesos de sus jinetes. Ingvar recobró momentáneamente la cordura y se estremeció al recordar los vergeles que rodeaban el Lago Argul, rememorando su infancia en Alkoburgo. Sintió cómo la brisa fresca del oeste y el verde esmeralda de sus campos en primavera purificaban su alma. Contempló entonces a la Compañía: sus jinetes cabizbajos y encorvados, sus brazos laxos, sus miradas torvas y ausentes, perdidas en reinos lindantes con la locura. Entonces cayó en la cuenta. Los Valles Solitarios eran una tierra encantada por la magia negra. Su viento hechizaba a todo aquel que en ella penetraba, nublando su mente con grises y pesadas brumas que lo conducirían a la demencia. El hijo del trueno se sobrepuso y, titubeante, comenzó a entonar una canción que horadara un diminuto orificio en el corazón de aquellos hombres por el que pudiera penetrar la luz de la esperanza:

El sol brilla sobre las praderas de terciopelo,  
la verde hierba se mece al son de la brisa temprana,  
las aves sobrevuelan las plateadas aguas del lago,  
los caballos trotan hacia las colinas de luz dorada.  
¡Por fin la primavera ha llegado!  
Ya no temeré a la fría oscuridad del invierno.  
Las hojas ausentes y las flores delicadas brotan por doquier;  
la vida renace de nuevo en los campos y en el cielo,  
la lluvia nos trae su fértil abrazo,  
el sol radiante ahuyenta las nubes amortajadas.  
¡Por fin la primavera ha llegado!  
Ya no temeré a la fría oscuridad del invierno.  
...  
...  
...

Las estrofas de aquella canción brotaban cada vez con más fuerza de la garganta de Ingvar. La Compañía fue milagrosamente recuperando su ánimo, abandonando los oscuros pensamientos que la envolvían. La estrella del día atraída por la dulce melodía quiso visitar aquellos grises y apagados eriales y, durante un tiempo, acompañó a los valientes guerreros en su transitar por los Valles Solitarios. La Compañía del Trueno recobró su alegría y los caballos trotaron nuevamente veloces

en dirección al sombrío y maligno Bosque Frío.

Tras una jornada y media de viaje, finalmente el grupo logró atravesar aquellos valles encantados. Se desprendieron de la angustia que los oprimía y se liberaron de la pesada carga que atenazaba sus corazones. El viento dejó de soplar traicionero del noreste y roló repentinamente hacia el oeste. Su recia caricia sobre los rostros de los jinetes, terminó por alejar cualquier rescoldo de los sombríos pensamientos que los habían poseído.

—Tu canción me hizo recuperar la cordura —le confesó Vladas a Ingvar—. No era capaz de articular palabra, pues una sombría voluntad se apoderaba de mí. Sólo deseaba bajar de mi caballo y acurrucarme junto a una roca, dejarme envolver por la gris penumbra que cubría los Valles Solitarios y caer eternamente en indolentes y vagas ensoñaciones.

—Estas tierras están malditas, mi buen Vladas —contestó Ingvar—. Un maléfico sortilegio cubre de norte a sur y de este a oeste sus grises extensiones. Y ese viento ominoso, acunado por las pérfidas cantinelas de brujas y nigromantes. Él es el mensajero de la oscuridad, el que lleva hasta el último rincón de los valles el sonido de un mal de los Días Antiguos, un mal que ahora mora en Groningburgo. Yo vi los ojos de Zornik, y la misma maldad que se escondía tras ellos es la que flotaba lóbrega y tenebrosa en los Valles Solitarios. Mas la luz ha vencido a las sombras. ¡Qué esta victoria nos sirva de acicate! —gritó a los hombres—. ¡La noche viene a nuestro encuentro! ¡Que no nos sorprenda en los lindes de estas tierras malditas! Hoy dormiremos al norte de Bosque Frío. El cielo raso terminará de purificar nuestro espíritu y se llevará consigo las brumas que nublaban nuestra mente. ¡Guerreros de la Compañía del Trueno, descansad y dejad que el viento del oeste acaricie vuestros rostros! Mañana al anochecer caeremos sobre Eloburgo —y espoleando a su caballo galopó hacia el linde septentrional de Bosque Frío.

Esa luna durmieron bajo el cielo estrellado como Ingvar había ordenado. La noche fue larga y fría, pero las estrellas irradiaron una extraña luz, cálida y titilante como la de una hoguera, que envolvió los sueños de la Compañía. El viento del oeste alejó los ominosos cantos de los valles y las maldiciones que transportaban se disiparon lejos de los lindes del bosque.

Los hombres recibieron a la aurora con una sincera bienvenida. Ésta les obsequió con un cielo ensortijado pleno de destellos rojos, azules y amarillos, trayéndoles nuevos bríos con los que enfrentar la misión que el día les reservaba.

La Compañía levantó el improvisado campamento y se apresuró en reanudar la marcha cabalgando hacia el interior del bosque. Vladas previno a los hombres que permanecieran alerta, pues en Bosque Frío moraban numerosas manadas de despiadados wolkurs.

Fuera porque el día era límpido y huérfano de nubes o porque la Compañía del Trueno irradiaba valor y clamaba venganza, no hubo bestia alguna que osó acercarse a

ellos. Antes de que el sol alcanzase su cénit, abandonaron las sombras protectoras de la floresta y, cruzando hacia el este, cabalgaron por los cerros y colinas que amurallaban el perímetro exterior del Valle de los Elothas. Al caer la tarde, se ocultarían en las lomas meridionales y, una vez que los esclavos abandonasen las minas, galoparían como una horda desbocada para cargar contra Eloburgo.

Con el atardecer alcanzaron los últimos picos de la gran espalda de dragón de la Savakien. Desde allí divisaron al este de su posición las estribaciones de otro valle, también vasto y terrible: el Valle del Rauron. Simas ordenó desmontar a la Compañía para que sus hombres recuperasen fuerzas y disfrutasen de un último descanso antes de caer sobre Eloburgo.

—El paso por los Valles Solitarios nos ha retrasado. No llegaremos a Eloburgo hasta la medianoche —indicó Simas mientras se sentaba al lado de Ingvar y Vladas.

—Será mejor descansar aquí hasta que llegue el ocaso —respondió Vladas—. Para entonces los gronings habrán abandonado las minas y descansarán confiados en sus barracones.

—Sorprenderemos a los despistados centinelas de las torres de vigilancia —añadió Ingvar—. No creo que sea difícil, pues no esperarán un ataque desde el exterior.

—Nuestros arqueros harán ese trabajo —dijo Simas—. ¿Pero cómo entraremos en Eloburgo?

—Varios hombres treparán por las torres en las que los centinelas hayan sido abatidos —respondió Ingvar—. Una vez dentro, abrirán los portones y nosotros penetraremos en Eloburgo como un río de lava.

—¿Y qué harán si los descubren los soldados que se encuentran en el interior? —preguntó Simas.

—Solamente una media docena vigilarán los barracones, y dos más los portones —contestó Vladas—. Si los nuestros se deslizan con sigilo, no será difícil sorprenderlos.

—Y si ese plan fallase —añadió Ingvar—, derribaremos y quemaremos los portones de madera, aunque sea lo último que hagamos. Pero no fallará, Simas, te lo aseguro. Yo mismo treparé por las empalizadas.

—Y yo te acompañaré —se ofreció Vladas—. No dejaré que vuelvas a entrar tú solo en esa maldita prisión.

—Dos norteños más os acompañarán —dijo Simas—. Kurtas y Kröt os cubrirán las espaldas. Yo aguardaré en el exterior con los hombres vuestra señal. Si no tenéis suerte en vuestra misión, os prometo que arrasaré en llamas Eloburgo.

—Que así sea —dijo Ingvar, y los tres guerreros se conjuraron contra el incierto destino que les aguardaba.

El cielo se cubrió de diminutos jirones de nubes y los lejanos y dorados destellos de la estrella del día comenzaron a apagarse. La luz decayó y el terreno mudó a pálidos colores grisáceos, hasta que la noche los envolvió convirtiendo la región en

un paisaje informe.

Simas reunió a los hombres y les habló.

—¡Hombres de la Alianza de Tenkolmar! ¡Guerreros de la Compañía del Trueno! —les arengó—. Ha llegado la hora de la venganza. La hora de vengar a nuestros muertos, a todos aquellos que perecieron en las guerras del norte. A todos los que murieron tras una cruel agonía en la prisión de Eloburgo. ¡Luchad por la libertad! ¡Luchad por Tenkolmar! ¡Vengad a los que defendieron las Tierras Frías!

—¡Tenkolmar! ¡Tenkolmar! —gritaron con fervor los hombres, e Ingvar sintió su cuerpo estremecerse.

Entonces Vladas, recordando a su hermano de sangre Gródolas, entonó con voz profunda un canto ya conocido por Ingvar, mientras los norteños guardaban un temeroso silencio:

Mortales tinieblas con el crepúsculo nos alcanzan,  
brillos que se apagan en melladas espadas,  
vientos ululantes terribles nuevas anuncian,  
bravos guerreros en busca de nuevas alboradas,  
vida o muerte, bandera de esperanza enarbolan,  
Tenkolmar y Tierra Blanca, jamás serán derrotadas

—Tenkolmar y los cinco clanes, jamás serán derrotados —musitó Ingvar.

—¡A los caballos! —ordenó Simas y, presta, la Compañía del Trueno se puso en marcha.

Habían recorrido cerca de dos leguas cuando la Compañía divisó las minas de oro. Un sudor frío recorrió la espalda de Ingvar y Vladas al contemplar las luces de las antorchas que iluminaban las empalizadas.

—Mi corazón se acelera y un creciente temor se apodera de mí —le confesó Vladas a Ingvar.

—No temas amigo, estoy a tu lado —trató de reconfortarle Ingvar—. Es la proximidad de Eloburgo lo que turba y reaviva tus funestos recuerdos. ¡Pero no pienses en ello ahora! Recuerda a Gródolas, y él te insuflará el valor necesario para enfrentarnos a los sicarios de Loriklen —e hizo una pausa para dirigirse a Simas y los norteños—. Desmontad de los caballos y caminad en silencio. Una pequeña guarnición permanece durante la noche en un barracón próximo a la entrada de las minas custodiando los almacenes de oro. Confío en que ya se hallarán sumidos en los efluvios del alcohol. Una docena de los nuestros se quedarán aquí esperando que Eloburgo caiga. Si los gronings se percatan de la batalla, vosotros acabaréis con ellos por sorpresa. Si duermen borrachos por el vino, al alba regresaremos y no verán un nuevo amanecer.

—Kintras, elige a diez hombres y deslizaos hasta las puertas de entrada a las minas. Permaneced allí escondidos hasta que nosotros regresemos o esos malditos

salgan de su madriguera —ordenó Simas—. Los demás seguidme. Ser cautos y sigilosos, caminad como sombras en la noche.

La Compañía aguardó hasta que Kintras y los suyos desaparecieron en la oscuridad. Cuando sólo se volvió a escuchar el ulular de un insomne autillo, la Compañía del Trueno reanudó sigilosamente la marcha.

Simas mantenía templados sus nervios de acero, pero Ingvar y Vladas se revolvían inquietos con cada nuevo paso que los acercaba a Eloburgo. Dejaron atrás las minas de oro, sin que la guardia que las vigilaba diese señales de vida. Salieron al camino y, tras zigzaguear en varios recodos, Simas ordenó a sus hombres que volviesen a cabalgar sobre sus monturas.

La Compañía avanzaba con paso lento, tratando que el ruido de los cascos no les delatase en aquel profundo silencio que parecía acunar a la oculta luna. Súbitamente, Ingvar se detuvo tensando todos los músculos de su cuerpo. Vladas, que cabalgaba a su lado, dio el alto a la Compañía.

—¿Qué ocurre? —preguntó en voz baja Simas acercándose a la posición de Ingvar.

—¡Silencio! —mandó callar el hijo del trueno.

Durante unos instantes la Compañía contuvo la respiración aguardando la respuesta de Ingvar.

—Sonidos de guerra —habló Ingvar con los ojos cerrados—. Crepitar de fuego, el canto de los arcos, entrechocar de espadas, miles de voces clamando venganza... ¡Por Nerlinguia, Eloburgo está siendo asediado! ¡Apresurémonos a ayudar a los desconocidos vengadores! —y sin esperar un solo instante, desenvainó su espada y se lanzó en un desesperado galope hacia la ciudad-prisión, al tiempo que una repentina emoción parecía conectarle con aquellos que ahora se enfrentaban a los hombres del Senescal.

Vladas, Simas y el resto de norteños contemplaron atónitos la galopada de Ingvar. Aún no podían salir de su asombro al escuchar las palabras del alko. Otra compañía había osado penetrar en el corazón del territorio groning para destruir Eloburgo y liberar a los esclavos. ¡No estaban solos en su lucha contra el terror de Zornik! La esperanza alumbró ante sus ojos el camino y, enrabiados, galoparon tras Ingvar para descargar todas sus fuerzas contra la guarida de Loriklen.

Los furibundos golpes de los cascos y herraduras de los caballos restallando contra el suelo elevaron el polvo del camino a sus espaldas. La Compañía del Trueno parecía ahora estar envuelta y protegida por un halo de deidad, ángeles exterminadores enviados por los dioses, una devastadora nube de cenizas y humo que avanzaba implacable hacia Eloburgo.

El humo y el fuego rodeaban la ciudad-prisión, envolviéndola en mortecinos vapores que le otorgaban el aspecto de un siniestro antro de pérfidas hechiceras. Los portones entreabiertos dejaban escapar el desesperado lamento de los elothas

clamando venganza y suplicando libertad. A los pies de las grandes puertas, una decena de cuerpos sin vida descansaban para siempre sobre las áridas tierras de Eloburgo. En el interior, Oyvind, Narno, Leonek y Lorinek, amparados por las sombras, hacían cantar incansables sus arcos abatiendo a los sorprendidos y extrañamente aturridos gronings. Cuando sus carcajes se vaciaron, Oyvind y Narno se lanzaron en un ataque suicida contra los gronings, luchando a hacha y espada, como dos hombres que hubieran renunciado de antemano a la vida, corriendo con el odio prendido en sus ojos al encuentro de la muerte, al encuentro del jinete sin rostro.

Leonek y Lorinek se dirigían ahora a restituir la robada libertad a los cientos de elothas que gritaban aferrados a los barrotes de los barracones, jaleando a sus ángeles salvadores, mientras Aimon, Perlivarce y el resto de Los Quince de Klimerik penetraban en Eloburgo, una vez que los centinelas de las torres de vigilancia habían sido abatidos.

Los soldados gronings que dormían apaciblemente en sus barracones, despertaron sobresaltados por el alboroto y comenzaron a asomar por decenas tras las puertas. Pero aquella era una tropa extraña, mezcla de diestros y experimentados guerreros, mezcla de desgarrados e inexpertos principiantes, pues estos últimos parecían tenerla mente nublada; de torpes movimientos, sus reflejos estaban aturridos y su puntería se asemejaba a la de un ebrio anciano. Rápidamente fueron cayendo como moscas atrapadas en la miel, bien bajo las mortales estocadas de Oyvind, Narno y Aimon o atravesados por las flechas de penachos verdes de Los Quince de Klimerik. Sin embargo parte de la defensa de la guarnición logró repeler el ataque lanzado por Aimon, quien diezmado, con Bladuf y Oakes heridos por las flechas gronings, tuvo que retroceder hasta los mismos portones.

Leonek y Lorinek acababan de romper las cadenas que mantenían cerrados los barracones y los elothas comenzaron a huir como un incontenible río de lava. En ese momento el Senescal Loriklen asomó por la puerta de sus aposentos, con la espada desenvainada y exhortando a los suyos a acabar con los invasores:

—¡Muerte a los traidores! ¡Muerte a los elothas! —gritaba encendido de ira.

La situación se tornó complicada para Oyvind y Narno quienes se vieron acorralados por un grupo de gronings que trataban de rodearlos. Algunos de los soldados se quedaban paralizados por la sorpresa al contemplar el rostro de Oyvind al que confundían con su hermano Ingvar, a quien creían había regresado desde más allá de los confines de la muerte para vengar a los esclavos.

—¡El fantasma nerlingo! ¡Ha regresado de su tumba bajo las minas! —y huían atemorizados al contemplar la ira centellear en sus azules ojos.

Gracias a ello Gyvind y Narno pudieron a duras penas contener el embate de los gronings. Peor parado salió Leonek, quién sufrió la mordedura de una espada y al que ahora con gran esfuerzo defendía Lorinek.

Con el grupo de Aimon y Perlivarce abocado a la huida, los cuatro asaltantes se vieron acorralados y comenzaron a sentir el gélido hálito del jinete sin rostro, que

impaciente, rondaba en derredor.

Y en ese instante de desesperación, cuando las fuerzas de los asaltantes flaqueaban, cuando sus vidas pendían de un fino hilo, un bizarro jinete, un terrible guerrero, un ángel vengador ataviado con un collar de dientes de wolkur, irrumpió como un torrente desbocado en el antro del Senescal. Agitaba su espada y gritaba con ensordecedores aullidos de guerra, y los gronings se batían en retirada, pues aquel era realmente el fantasma nerlingo, el que había vuelto de la tumba de piedra y oro. Y tras él, surgiendo entre el fuego y las sombras, como demonios emergiendo del averno, un centenar de jinetes descargaron toda su furia en la ofensiva final contra Eloburgo.

El caos se apoderó de las huestes gronings y aquellos que parecían aturridos fueron abatidos con facilidad mientras el resto de la guarnición huía aterrorizada por los rumores de los fantasmas de los muertos, perseguidos sin piedad por los asaltantes y por los elothas que, insuflados de nuevos bríos, clamaban venganza.

El Senescal gruñía desesperado, blandiendo su espada y elevando amenazante el puño de su mano izquierda hacia aquellos quienes osaban invadir sus dominios. Preso de un último arrebató, se lanzó furibundo contra Oyvind, quien ahora descuidaba su retaguardia, sorprendido por la irrupción de aquel magnífico jinete, un mortal emisario enviado por los dioses para vengar todo el mal allí engendrado. Sin embargo la espada de Loriklen nunca llegó a alcanzar al joven alko, pues una certera daga lo alcanzó antes a él. El vil Senescal detuvo su carrera y se volvió para contemplar sorprendido la figura de su verdugo:

—¡Tú! —exclamó sorprendido—. ¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué? —y exhalando su último aliento cayó de bruces al suelo y murió sobre aquella tierra que, durante interminables inviernos, había sembrado de muerte y dolor.

—Así queda saldada en la tierra tu deuda con los hombres. Que ahora tu alma vague eternamente sin descanso por los campos del horror y el desconsuelo, consumida por los fuegos eviternos —sentenció Torilo con gravedad, mientras sus ojos contemplaban reconfortados cómo las llamas consumían Eloburgo.

Aimon, Perlivarce y el resto de Los Quince de Klimerik se unieron a la horda destructora que azotaba Eloburgo.

Pero Oyvind permanecía paralizado en mitad del patio de los barracones, como una figura hermana a la del pétreo Narno. Fue el Guardián de Bosque Salvaje quien le sacó de su catatónico estado:

—¿Qué te ocurre, peregrino? —le exhortó—. Despierta o los gronings te atravesarán con sus espadas.

Pero Oyvind estaba poseído por una ambigua percepción, por una rara premonición, obnubilado contemplando el rojo centelleo de las llamas en la silueta de aquel jinete. Algo familiar, una figura largamente añorada vino a su memoria, y entonces gritó, gritó desesperado, gritó de alegría, no importaba si el fin del mundo sobreviniese en aquel preciso instante pues su misión había concluido:

—¡Ingvar! ¡Hermano mío! —gritó sollozando a los cuatro vientos—. ¡Ingvar! ¡Estoy aquí! ¡Soy yo, Oyvind!

Cuando aquel jinete escuchó los alegres llantos del alko, irguió a su corcel sobre sus patas traseras y volvió sus ojos hacia los de Oyvind. Y entonces, tras largos días de dolor y añoranza, el mayor presente que ninguno de los dos hubiera imaginado se hizo realidad, y el trueno regresó de entre los muertos para reencontrarse con el relámpago. Ambos cruzaron sus miradas y la luz que desprendieron sus ojos fue más brillante que las llamas que consumían la ciudad-prisión, y deslumbraron a todos los hombres allí presentes. Las dos almas que jamás debieron separarse volvieron a unirse y tan fuerte fue ese fulgor que, como una afilada daga alcanzó el corazón de Zornik en las oscuras soledades de su palacio, y el dolor que le produjo fue mayor que el que cualquier hombre le había infligido en su vida mortal.

Ingvar descabalgó de su caballo y se acercó con paso lento hacia su hermano, quien lo contemplaba con ojos incrédulos. Ambos detuvieron su caminar y, durante unos interminables instantes plenos de dicha, se miraron hasta que las lágrimas brotaron de sus párpados.

—Me dijeron que habías muerto —sollozaba de alegría Oyvind fundido en un infinito abrazo con su gemelo.

—Tuvimos que mantener ese engaño para evitar que nos persiguieran —respondió Ingvar—. Pero no imaginas la alegría y el gozo que inundan mi corazón al contemplarte. Jamás pensé reencontrarme contigo en este templo del mal.

—No hubo otro pensamiento que ocupase mi mente desde el funesto día en que nos separamos —contestó Oyvind—. Solamente la promesa que me ataba a Kiril me hizo posponer mi regreso.

—Entonces... —habló con voz temblorosa Ingvar—, ¿lo lograsteis?

—Sí, hermano. Lo logramos. Encontramos al sexto clan, a nuestros hermanos alkos perdidos, allá en el lejano oriente, donde el Mar del Este acuna las costas de finas arenas e inmensos acantilados —le relató Oyvind con añoranza de la lejana Caterziveen y su amada Edda.

—Recé por ti y por los otros —hablaba emocionado Ingvar sin dejar de abrazar a Oyvind—. Recé por que no os rindierais y mantuvieses con vida la llama de la esperanza. Y Nerlinguia escuchó con creces mis plegarias, pues te ha devuelto sano y salvo al oeste para poder reencontrarnos —y durante largo rato los gemelos de la tormenta, el hijo del relámpago y el trueno, permanecieron abrazados, en silencio, sin necesidad de pronunciar palabra alguna para transmitirse toda la añoranza y el sufrimiento padecido en aquellos terribles meses de separación.

Perlivarce fue quien interrumpió el abrazo de los dos hermanos, pues llorando corrió hacia ellos, aferrándose a sus brazos, colmado de gozo por verlos nuevamente reunidos. También Torilo, quien había salvado de una muerte segura a Oyvind, se acercó atónito hacia los jóvenes alkos, dos gotas de agua ahora diferentes aunque muy parecidas, pues Ingvar recobraba con cada nuevo día que transcurría la belleza y



juventud de su rostro.

—¡Moriste sepultado bajo las minas! ¡Eso me dijeron! —gritó de alegría al ver a Ingvar.

—Se equivocaron —respondió el hijo del trueno—. Te ruego que algún día me perdones por mi engaño, mas solo con nuestra muerte podía tener éxito nuestro plan de huida.

—¿Y Gródoles? —le preguntó ansioso Torilo.

—Marchó muchas lunas atrás al frente de un millar de norteños de la Alianza de Tenkolmar en socorro de Kiril y los hombres libres de las tierras del este.

Al oír esas palabras, Torilo derramó lágrimas de alegría y se unió al círculo que formaban Oyvind, Ingvar y Perlivarce. Narno, quien contemplaba emocionado la escena, ahogó una lágrima por la felicidad de Oyvind.

—Que la ventura te acompañe, peregrino —musitó entre dientes—. Que al menos tú puedas encontrar la dicha que por derecho te corresponde. El Guardián velará siempre tus sueños en sus infinitos días sin sol —y una lágrima de amargura asomó a sus tristes ojos.

La batalla de Eloburgo había terminado. El Senescal y sus hombres habían caído bajo las espadas y las flechas de los libertadores: la Compañía del Trueno y los fundadores de La Colonia, junto al Guardián de Bosque Salvaje y el Peregrino habían acabado con el reinado del mal de Loriklen.

Los elothas huían de la ciudad-prisión y se apretaban en los campos lindantes, tumbados sobre la áspera hierba parda, contemplando impávidos cómo las llamas consumían Eloburgo hasta reducirlo a humeantes cenizas. Los libertadores levantaron un improvisado campamento a una milla al sur de Eloburgo, donde Perlivarce y los demás se afanaban en curar a los heridos.

Con las primeras luces del alba, Kintras y sus hombres llegaron al campamento. Dieron las nuevas a Simas, quien sonrió satisfecho al escuchar que ninguno de los gronings que custodiaban las minas había quedado con vida.

Oyvind e Ingvar no durmieron en toda la noche y tampoco lo harían en la jornada que ahora comenzaba. Muchos e importantes eran los asuntos que debían de relatarse. Pero el cansancio ya no se reflejaba en sus rostros, pues la alegría y la felicidad por tan añorado reencuentro habían disipado todas las brumas y temores que atenazaban sus almas.

Perlivarce departía animadamente con Torilo y se congratuló de que también el viejo nerlingo fuera un conocedor de los secretos que encerraban hierbas y plantas. Puesto sobre aviso por Oyvind del ataque a Eloburgo y, conocedor de las propiedades adormecedoras de ciertas plantas, había preparado una suerte de “infusión digestiva” con una base de mandrágora, tila y raíces de valeriana, como colofón a la cena de la guardia del Senescal. No todos la tomaron, pero aquellos que lo hicieron cayeron sumidos en un extraño estado mezcla de aletargamiento y aturdimiento, lo que

facilitó el trabajo de los invasores una vez comenzó el ataque a la ciudad-prisión.

Frente a la pétrea figura de Narno, volutas de humo y cenizas se elevaban al cielo en forma de desmembradas columnas, ayudadas por el continuo soplo del viento del este. Eran el eco de las ruinas de Eloburgo, que ahora se consumían sobre el áspero suelo entre ascuas rojas y negras, la destrucción del templo de la tortura, la liberación de la eterna condena de los sin futuro.

A lo lejos, al sur del Valle del Rauron, esas estelas de humo suspendidas en el cielo gris no pasaron desapercibidas para los viles ojos de los espías gronings. Ojos acechantes que insomnes escrutaban los puntos cardinales de Tierra Conocida. Zornik sería informado antes de que la estrella del día alcanzase su cénit. De nuevo el destino de los gemelos alkos se tomaba incierto. La batalla de Eloburgo había culminado con una victoria, mas la guerra por la tierra de los mortales no había hecho aún más que comenzar.

## LA ÚLTIMA DESPEDIDA

**E**l caluroso abrazo del estío se resistía a acoger entre sus brazos a los habitantes de Tierra Conocida. En ese año de terror y muerte, pareciese que el frío y la oscuridad anhelasen conquistar la hermosa Tierra Verde. Las nubes poblaban el cielo formando un denso y opaco tapiz que impedía a la estrella del día enviar sus reconfortantes rayos. La canícula del verano era un lejano recuerdo de dichosos tiempos pasados.

Los hombres de Kiril y Gródolas avanzaban cautelosos al encuentro de la Savakien bajo la profunda sombra que cubría el firmamento. Desde su victoria en el Delta del Taquakland, el cielo había ido perdiendo su precioso azul intenso bajo la lóbrega oscuridad que llegaba desde el oeste. Los aliados temían que el rey brujo, mediante algún siniestro conjuro, encolerizado por su fracaso en la ocupación de las regiones orientales, hubiera comenzado a extender el reinado de las tinieblas sobre el mundo de los hombres. Por desgracia sus negros augurios no tardaron en verse confirmados.

—Nos acercamos al final del Camino del Oeste —informó jadeante el recién llegado Olaf—. Debemos detenernos aquí hasta que anochezca. Hay gronings merodeando al norte y al sur de donde nos encontramos.

—¡Maldita sea! —gruñó Gródolas—. ¿Cuántos efectivos vigilan el paso hacia el norte?

—Divisamos una compañía de unos doscientos gronings que se dirigían hacia Halthoria —contestó Olegar, sobrino de Siriard, uno de los numerosos luinas que se habían alistado como voluntarios para combatir en el ejército de la Alianza y quien, además de estar bajo su protección, había trabado una gran amistad con Olaf—. Fueron los únicos enemigos a los que pudimos descubrir. No vimos otros jinetes en las llanuras cercanas.

—¿Y los que deambulan al sur? —preguntó intrigado Maikel—. ¿Acaso Zornik ha enviado nuevas tropas para tratar de conquistar el este?

—No lo creo —respondió Olaf—. Se trata de un grupo desperdigado de no más de cincuenta soldados que avanzan hacia el oeste a unas diez millas de aquí; seguramente desertores de las legiones que derrotamos en el Taquakland o el Morkurgul, y que ahora tratan de alcanzar el embarcadero desde el que descendieron el río.

—Olaf tiene razón —habló Kiril—. No podemos arriesgarnos a ser descubiertos. Zornik se percatará de nuestra presencia cuando asestemos el primer golpe en Jactinia, pero por ahora nuestros planes deben permanecer ocultos. Tenemos que dar tiempo a que la compañía de jinetes regrese a Halthoria y de esta manera los hombres de Gródolas puedan avanzar remontando hacia las Tierras Frías.

—Mis hombres cruzarán las Montañas Blancas por el Paso del Corzo —dijo Gródolas—. Se alejarán de Sildenburgo, pero esa ruta será más segura que hollar el

Paso de Rocagrande.

—Hay algo maligno en el cielo del oeste —añadió Olaf—. Una creciente malsana oscuridad, una negrura que cubre el cielo y avanza lenta desde el lejano occidente. También aquí cerca de nosotros, tras la Savakien, en el mismo corazón de Bosque Salvaje, una extraña columna de brunos vapores sulfurosos brota de entre su floresta.

—El rey brujo quiere cubrir el mundo de oscuridad —dijo con voz grave y profunda Oerlikon—. Presiente la luz del único poder que podría derrotarlo y, para someterlo, pretende oscurecer y llenar de desesperanza los corazones de los hombres. Solamente las costas bañadas por el Mar del Este estarán a salvo de ese maligno manto. El milagroso aliento de la Sagrada Bestia, que llega desde lo más profundo del infinito mar cabalgando a lomos de las olas, disipará las brumas encantadas que cubrirán Tierra Conocida. Descansaremos aquí hasta el anochecer, pero no podemos demorarnos. El advenimiento del gran lobo ha comenzado y, si no consumamos su derrota antes de que las primeras nieves caigan desde el cielo, todo se habrá perdido para siempre.

Un terrible silencio se hizo entre todos aquellos que escucharon los aterradores vaticinios de Oerlikon. Zornik había iniciado con sus artes oscuras el asalto definitivo al mundo de los hombres y, si ellos no lo remediaban, no habría ejército que pudiera detener su eterno reinado.

—Caeremos sobre los desertores al anochecer —ordenó Kiril. No debe quedar ningún groning con vida. No podemos arriesgarnos a que nos descubran e informen a sus Mariscales sobre nuestro viaje. Les atacaremos cuando acampen a orillas del Río Gorlin. Una vez acabemos con ellos, nos dirigiremos al embarcadero del Taquakland. Mañana al anochecer arderá en una inmensa pira que podrá ser contemplada desde Halthoria. Eso ayudará a que nuestros aliados de Tenkolmar tengan el camino despejado para poder cruzar hacia las Tierras Frías. Cuando los gronings hayan llegado hasta el embarcadero, nuestras tropas se encontrarán ya al otro lado de la Savakien. Quizás ello nos obligue a adentrarnos unas millas al sur de Bosque Salvaje para atajar y evitar ser descubiertos por los gronings. Creerán que el embarcadero fue atacado por alguna partida de hombres del este, por lo que no sospecharán de nuestra presencia.

—Cruzaré Bosque Salvaje si así lo ordenas —habló Gródolas con voz trémula—, mas preferiría no hacerlo. Un mal de los Días Antiguos habita en sus entrañas, y puedo sentir cómo en estos días aciagos su maldad crece sin cesar.

—A mí tampoco me agrada la idea de internarme en ese maldito bosque plagado de wolkurs y quien sabe que otras inmundas criaturas infernales —dijo Maikel—, pero si hemos de permanecer ocultos a los ojos del enemigo esa será la última ruta que esperarán que tomemos.

—Acamparemos entonces aquí —añadió con voz autoritaria Enna—. Decid a los hombres que no enciendan ningún fuego. Formad una compañía de cien soldados para partir enseguida hacia las orillas del Gorlin. El resto de nuestro ejército

aguardará aquí la señal para reanudar la marcha. Será entonces cuando nuestros caminos se separen.

—Enna y Maikel me acompañarán en esta misión —dijo Kiril—. Oerlikon y Gródolas, permaneceréis al mando del grueso de las tropas. Dispondremos postas de mensajeros cada milla para que las nuevas lleguen veloces a vuestros oídos. Guerrero del norte —le dijo solemnemente a Gródolas—, disfruta de los últimos momentos en compañía de tus hermanos de Tenkolmar, pues ninguno de nosotros sabe lo que el incierto destino le deparará, y esta podría ser la última vez que compartieseis una cena —y sus palabras sonaron como un funesto presagio.

Antes de que se cumpliese el plazo fijado por la primogénita de Oerlikon, la compañía que partiría a la caza de los gronings estaba pronta para la revista de armas. Olaf y diez de sus exploradores acababan de abandonar el improvisado campamento en las veredas del Camino del Oeste, y cruzaban ahora sigilosamente los campos salpicados de robles y fresnos enfundados en sus pardos ropajes que los hacían casi invisibles. El día declinaba mientras el sol se despedía internándose en las yermas extensiones de Tierra Seca, proyectando las alargadas sombras de los exploradores sobre la reseca hierba de aquellos deshabitados campos.

A Enna, Kiril y Maikel montaron a lomos de sus corceles y se despidieron con un hasta pronto de todos aquellos hombres que habían contribuido a detener la ocupación del este. Kiril, espoleando a su caballo, gritó “¡Siempre libre Tenkolmar!”, a lo que los norteños respondieron con emocionados vítores de “¡Tenkolmar, Tenkolmar, larga vida a Therliangator!” mientras el Rey Nerlingo se alejaba a través de la vasta campiña.

La compañía avanzaba veloz campo a través guiada por las postreras luces del crepúsculo. Cuando apenas habían recorrido una milla se toparon con el primer explorador, quien les comunicó que el camino estaba expedito. Continuaron avanzando sin sobresaltos hasta que alcanzaron la octava posta. Allí les aguardaban Olaf y Olegar.

—Habéis sido casi tan veloces como los exploradores —les dijo el enjuto norteño con una pícara sonrisa en los labios.

—Rápidos deben ser los guerreros si quieren conservar su vida —respondió Maikel.

—Estamos muy cerca de los gronings —continuó Olaf—, pero también muy cerca del embarcadero del Taquakland. He enviado a dos de mis hombres a vigilarlo. Desde aquí no se aprecia presencia groning, pero no debemos confiarnos. Puede que lo abandonasen temporalmente una vez lanzaron a sus legiones río abajo.

—La compañía groning descansa ahora en la orilla norte del Gorlin. Marchan despacio, pues varios de los legionarios están heridos —contestó Olegar.

—¿Cuántos centinelas guardan el campamento? —preguntó Enna.

—Sólo hay un par de hombres a cada extremo del asentamiento —respondió Olaf

—. Viajan confiados y parece no importarles ser vistos. Han encendido varias hogueras que pueden verse a millas de distancia.

—Confían en que los suyos los encuentren —dijo Maikel—. Lo que menos se imaginan es la visita que recibirán esta noche.

—Entonces aguardaremos aquí hasta que anochezca —ordenó Olaf, que Olegar vigile el campamento. Cuando la noche haya caído atacaremos a los gronings.

—Tú deberías permanecer apostado en la retaguardia y no entrar en combate a menos que la situación lo requiera —le dijo Maikel a Kiril—. Los gronings conocen a Darbrethil, y el rumor de que Therliangator cabalga a pocas lunas de las fronteras de Jactinia podría poner sobre aviso a Zornik. Quien sabe qué maléficos espías están a su servicio en estas tierras tan próximas a Bosque Salvaje.

—Maikel tiene razón —asintió Enna—. El eco de la muerte de los gronings se perderá arrastrado por la corriente del Taquakland, pero si un solo soldado pronunciara el nombre de Therliangator, el rumor llegaría hasta las mismísimas puertas de Groningburgo.

—Puede que esta vez deba seguir vuestro consejo —habló Kiril tras unos instantes de reflexión—. Pero sólo permaneceré aquí si ambos me acompañáis. Me sois muy preciados y no soportaría presenciar vuestra muerte sin haber podido luchar a vuestro lado.

—De acuerdo —respondieron Enna y Maikel al unísono—. Permaneceremos a tu lado durante la contienda, ocultos a los ojos de los gronings.

Enna dividió como un experimentado oficial a los hombres en tres grupos y decidió la estrategia de ataque. El primer grupo avanzaría reptando desde el norte, mientras el segundo grupo se dejaría llevar por la plateada corriente del Río Gorlin para atacar desde el sur. El tercer grupo, que era el menos numeroso, se colocaría a retaguardia del primero, e iniciaría las hostilidades contra los gronings lanzando varias descargas de flechas, permaneciendo oculto tras la frondosa arboleda cercana al campamento.

Los hombres comieron y descansaron hasta que la noche se apoderó del último rincón de aquellas regiones. No vieron brillar estrella alguna en el firmamento, pues la maligna columna sulfurosa que brotaba de las entrañas de Bosque Salvaje había teñido la oscuridad de la noche de un negro malsano que, al contemplarlo, ensombrecía sus corazones. Una profunda desazón y desesperanza comenzó a invadirles mientras reposaban sobre la adormecida hierba, lúgubres sensaciones creadas por el mismo hechizo que casi logró enloquecer a Ingvar y Simas cuando transitaban por los Valles Solitarios. Perversos sortilegios de brujas y lamias, emponzoñados conjuros de la pérfida Urkha.

La aparición de los dos exploradores llegados de las cercanías del embarcadero del Taquakland rompió súbitamente el deprimente silencio que se había instalado entre los hombres.

—Nada parece escapar ya al control de Zornik —dijo Maikel taciturno—.

Oerlikon tenía razón, el advenimiento del gran lobo ha comenzado.

—Nosotros haremos que se retire a su hedionda guarida —contestó Kiril—. No permitirá que sus hechizos nublen nuestras mentes.

—¿Qué habéis descubierto en el embarcadero? —interrogó Olaf a la pareja de exploradores.

—El embarcadero está desierto —respondieron—. No queda rastro de los gronings en las inmediaciones.

—Lo abandonaron como suponíamos —dijo satisfecho Kiril—. Sólo lo construyeron como punto de partida para la invasión, pero al ver que ha fracasado parecen haberse retirado hacia el norte.

—Adelante entonces —dijo Enna—. No hay nada ya que nos retenga aquí. Pondremos en marcha nuestro plan de ataque. Que los hombres empaquen y formen enseguida. ¡Marcharnos hacia el campamento groning! —y a la enérgica voz de su capitana los hombres se levantaron y comenzaron prestos a prepararse para el combate.

La compañía recorrió sigilosamente las apenas dos millas que les separaban de los gronings, tratando de no turbar el silencio de la noche. Olegar los esperaba oculto tras unos apretados arbustos. Sin pronunciar palabra alguna les indicó con ligeros movimientos de sus brazos la posición que ahora ocupaban los centinelas. Enna, Kiril, Maikel y Olaf se acercaron reptando como ofidios hasta llegar a la altura del joven Olegar.

—En efecto, solamente hay dos parejas de centinelas —dijo Maikel—. No habrá problema para tomarlos por sorpresa.

—Nosotros nos esconderemos tras aquella pequeña arboleda. Dispondremos a los arqueros unos pasos por delante parapetados tras esas rocas —indicó Kiril.

—Ordenaré a los otros dos grupos que comiencen a avanzar —dijo Enna—. Nuestra segunda salva de flechas será la señal para atacar el campamento. Que los arqueros afinen la puntería sobre los centinelas.

—De acuerdo entonces —asintió Ordena a los hombres que avancen.

Enna retrocedió silenciosamente y puso en marcha a cada uno de los tres grupos. Kiril y Maikel esperaron a que los dos primeros grupos desaparecieran engullidos por las sombras de aquella noche sin luna para unirse al grupo de arqueros que ocuparía la retaguardia. No tardaron en alcanzar la arboleda y posicionaron a diez arqueros tras una curiosa formación rocosa que se asemejaba a la silueta de un diminuto castillo. Ocultos tras la apretada comunidad de fresnos, contemplaron al segundo grupo zambullirse calladamente en las aguas del Gorlin para después dejarse llevar por la corriente. Tras avanzar unos doscientos pasos, bracearon hasta la orilla donde tomaron posiciones; al mismo tiempo, el primer grupo se detenía a cien pasos del campamento aguardando la señal esperada. Todo estaba listo para el asalto, por lo que Enna dio la ansiada orden a los arqueros:

—Acabad con los centinelas —ordenó en un alto susurro—. Después lanzad dos andanadas de flechas y aguardad nuevas órdenes.

Los arqueros obedecieron a su capitana y cuatro flechas volaron hacia los centinelas. Las dos primeras atravesaron a los soldados que patrullaban la zona oeste, quienes cayeron desplomados sin vida emitiendo un gutural sonido que quedó apagado por el murmullo de la corriente del río. Sin embargo, una de las flechas destinadas a los vigilantes del lado este erró el blanco tras su veloz vuelo, y sólo consiguió herir en el brazo al centinela. Éste, al ver caer a su compañero atravesado por una certera saeta, gritó dando la voz de alarma:

—¡Nos atacan! ¡Nos atacan! —gritó aterrorizado.

Los hombres que aguardaban la señal en la orilla del río, emergieron súbitamente desde las aguas para caer sobre los enemigos que aún dormían. Los arqueros ya habían lanzado la primera lluvia de flechas sobre los gronings y, tomando nuevas saetas de sus carcajes, en esos momentos armaban ya sus brazos para hacerlos cantar sobre los enemigos.

—¡Alto! ¡No disparéis! —ordenó Enna al ver que aquella nueva andanada podía acabar con varios de sus hombres.

Sin embargo la orden llegó tarde para algunos de los arqueros que, imbuidos del fragor de la batalla, hicieron cantar de nuevo sus arcos. Al menos una decena de hombres cayeron abatidos por flechas amigas.

—¡Maldición! —gritó Maikel al ver a parte de los hombres del segundo grupo caer abatidos por las flechas de sus hermanos—. Los gritos del centinela han hecho que pierdan la templanza. ¡Deberían haber esperado a atacar cuando las flechas hubieran dejado de caer!

—Ya nada podemos hacer por ellos —trató de consolarles Kiril. Al menos el primer grupo ha cumplido las órdenes que les dio Enna. ¡Ahora cargan sobre el enemigo!

En efecto, el primer grupo que aguardaba tumbado sobre el prado, tras asegurarse que la lluvia de saetas había cesado, se lanzaba en esos instantes contra el campamento enemigo. Para entonces el segundo grupo había acabado con muchos de los gronings que habían sido sorprendidos mientras dormían. Sin embargo, el resto de los experimentados legionarios habían reaccionado veloces saliendo de su duermevela y ahora se batían en un mortal combate cuerpo a cuerpo con los hombres de Kiril. De no ser por la superioridad numérica de la Alianza del Este, el combate hubiera deparado un incierto resultado, pero cuando el grupo que atacaba desde el norte cayó sobre los gronings, la contienda se decantó a favor de los aliados. Varios de los gronings trataron de huir, pero esta vez las flechas de los arqueros que cubrían la retaguardia no fallaron. La orden dada por Therliangator había sido clara: ningún groning podía salir con vida del combate.

Tras una encarnizada lucha, el fragor de la contienda se fue apagando lentamente, hasta que la vida del último enemigo abandonó aquel ensangrentado campo y de



nuevo el rumor de la corriente volvió a acunar el silencio de la oscura noche sin luna.

Enna, Kiril y Maikel se acercaron al campamento cuando todo hubo acabado. Contemplaron con tristeza como al menos una veintena de sus hombres habían perecido en el ataque, al menos la mitad de ellos por flechas aliadas. Los arqueros lloraron desconsolados al recibir la noticia.

—Debemos partir sin demora —dijo Kiril—. Llevad los cuerpos tras la arboleda y enterrad a los nuestros. Olaf —se dirigió al norteño—. Pon en marcha las postas de mensajeros y que trasmitan veloces las nuevas a nuestro ejército. No nos demoraremos mucho tiempo aquí, pues debemos cabalgar hacia el embarcadero.

—Tus palabras son órdenes para mí —respondió el espíritu errante del norte y se alejó junto a Olegar campo a través al encuentro de la primera posta.

No se habían apagado aún los ecos de la batalla cuando Gródolas y Oerlikon recibieron la noticia de la victoria sobre los gronings y el apremio con el que Kiril los reclamaba para cabalgar hacia el embarcadero. Gródolas sintió que su corazón se quebraba al tiempo que una extraña amalgama de tristeza y alegría se apoderaba del gran guerrero del norte. Debía afrontar un nuevo adiós, la última despedida de sus hermanos que le conduciría a los abismos del averno. Pero Gródolas sabía que así estaba escrito en su destino y que después de aquella ya no volvería a haber dolorosas separaciones, pues la añoranza y el dolor darían paso a la paz y al sosiego, al anhelado sosiego para un alma atormentada por los demonios de su cautiverio. Enjugó sus lágrimas y ya solo su corazón lloró en su interior. Se plantó altivo y sereno entre los hombres, enfrentados ahora en formación, separados en dos compañías en las que solamente las miradas hablaban y las mentes escuchaban: la compañía del norte, la más numerosa, cerca de seiscientos valientes que regresarían al reino helado de las Tierras Frías; y la compañía del oeste, trescientos hombres de Tenkolmar que ofrecían su vida como sacrificio al mundo de los hombres, dirigiéndose a combatir en los oscuros fuegos del reino del mal. Gródolas empuñó solemne su espada y la elevó apuntando con su afilada hoja hacia la morada de Olión:

—¡Hermanos de las Tierras Frías! —dijo emocionado—, hijos de Tenkolmar, de Orlag y de Trondemag, de Ostenburgo y de Sildenburgo, hijos de la nieve y del hielo. Aquí, en los lindes del Camino del Oeste se separan nuestras vidas, mas nunca lo harán nuestros destinos. Algunos jamás volveremos a vernos en este mundo mortal, pero un día Olión nos acogerá a todos en su morada honrándonos con su eterna protección. ¡No temáis al destino, no lucharéis solos! El frío de nuestro acero helará el fuego del enemigo; pero si caéis en la lucha, que vuestro último hálito sirva para que en lo más recóndito de la Tierra Verde se escuche vuestro grito de libertad: ¡¡¡Tenkolmar, Tenkolmar, Tenkolmar!!! —y los norteños contestaron desgarrando sus gargantas “¡¡¡Tenkolmar, Tenkolmar, Tenkolmar!!!”.

Gródolas, poseído por el inmortal espíritu de la Alianza, corrió de izquierda a derecha entrechocando su espada con la de sus hermanos del norte, al tiempo que un baile de centelleantes destellos y una metálica sinfonía reverberaron en la oscuridad

de la siniestra noche sin luna. Los alkos, esmugas y luinas contemplaban con dolor y emoción la despedida de los norteños.

Cuando el ritual de las espadas hubo finalizado, la compañía del norte montó presta a lomos de sus monturas y, con trote lento pero decidido, encaró el camino hacia las faldas orientales de la Cordillera Savakien que les conduciría más allá del asentamiento groning de Halthoria.

—¡Que Olión os guarde de los ojos del enemigo! —gritó Gródolas despidiéndose una última vez—. Contad a nuestro pueblo la gran victoria del Taquakland, transmitidles la esperanza para que persistan en la lucha. Simas regresará victorioso y también lo hará Gródolas, y entonces la paz reinará para siempre en nuestras blancas regiones.

La larga columna se alejó silenciosa, amparada por la oscuridad de la noche y se perdió en el horizonte confundiendo con las primeras estribaciones de la gigantesca cordillera. Con el adiós a la última de las siluetas, una lágrima brotó de los ojos de Gródolas, el símbolo de la insoportable añoranza de su hogar, de su amada Tenkolmar.

—Un día volveré para ya nunca jamás abandonarte —prometió tembloroso mientras contemplaba el insaciable vacío de la noche que todo lo devoraba bajo su oscuridad.

Cuando los hombres de Gródolas llegaron a las riveras del Gorlin, Kiril y los suyos finalizaban de dar sepultura en un improvisado túmulo a los caídos en la contienda contra los gronings. Permanecieron todos unidos en silencio, encomendando a los dioses el alma de aquellos valientes. Cuando sus plegarias se hicieron oír en lo más profundo de la bóveda celeste, las tropas partieron taciturnas hacia el sur.

La madrugada avanzaba inexorable y los hombres de Therliangator cabalgaban sumidos en un pesado silencio cercano a un furtivo duermevela. Las laderas de la Savakien parecían estar desiertas, huérfanas de la vida nocturna de insectos, rapaces o roedores. A pesar de avanzar con un trote cansino, las tropas aliadas no tardaron en alcanzar el embarcadero del Taquakland. Su construcción y la de cientos de barcas habían deforestado los bosques y arboledas de la zona. Kiril contempló abatido la desoladora imagen de miles de árboles brutalmente cercenados, la savia de la vida reseca sobre sus mellados troncos, y no pudo evitar que a su memoria acudiese la imagen del Bosque de Alkos devorado por las llamas del mal.

Kiril decidió que el grueso de las tropas continuaran avanzando unas millas más hacia el sur hasta dar con un paraje más frondoso en el que pudieran ocultarse durante el día. Mientras tanto, un pequeño grupo de veinte hombres aguardaría en las inmediaciones del embarcadero para, al caer el día, destruirlo convirtiéndolo en una gigantesca pira.

Las primeras luces del alba asomaron tímidamente por el este, peinando

dulcemente la sedienta hierba de los campos orientales. Los soldados de la Alianza dormitaban intranquilos mientras comenzaban a sucederse los primeros turnos de guardia. Aguardarían hasta la llegada del crepúsculo para incendiar el embarcadero y continuar hacia el sur en busca de un paso que les permitiera cruzar al otro lado de la Savakien y adentrarse en el interior de Bosque Salvaje, el hogar del primigenio germen del mal y el camino que ningún hombre en su sano juicio tomaría.

El día transcurrió en calma bajo los rayos del sol que, jugueteando con las nubes, asomaban con desordenada intermitencia. La calidez de la estrella del día y los rumores de la brisa que llegaba desde el este disiparon durante un tiempo su pesadumbre, mas si volvían sus ojos hacia el oeste, la creciente oscuridad que envolvía al mundo oprimía nuevamente sus corazones.

El crepúsculo, frío preludio de la noche, acudió fiel a su cita con el mundo, pero esta vez acompañado de un inesperado mensajero para las tropas aliadas. Un jinete galopaba como alma que lleva el diablo en dirección al embarcadero. Los centinelas alkos que se ocupaban de la vigilancia dieron la voz de alarma al retén que descansaba a la espera de llevar a cabo su misión.

—Es un solo jinete y parece un hombre del norte —dijo el centinela a los hombres que se acercaban sobresaltados a su posición.

El jinete recorrió veloz el tramo que le separaba de los alkos del sexto clan, mientras agitaba enérgicamente sus brazos. Los alkos armaron sus arcos y desenvainaron sus espadas.

—¡No disparéis, no disparéis! —gritó atemorizado al ver la actitud hostil de los alkos—. ¡Soy uno de los vuestros, un hombre de Tenkolmar!

Los alkos parecieron tranquilizarse al oír aquellas palabras, pero mantuvieron sus arcos prestos para cantar la mortal sonata. El jinete tiró con fuerza de las riendas de su corcel y éste se detuvo frente a los amenazantes alkos.

—Me llamo Kantaras —dijo jadeante—. Pertenezco a la compañía de norteños que nos dirigimos a las Tierras Frías. Vengo a avisaros de un peligro inminente. Los gronings cabalgan solamente a unas millas de las orillas del Gorlin.

—¿Qué demonios hacen patrullando tan al sur de sus tierras? ¿Acaso planean una nueva invasión del este? —preguntó uno de los alkos.

—Sus malditos halcones descubrieron el ataque a los desertores gronings que acamparon en el río —respondió sin resuello—. Seguramente uno de esos demonios alados viajaba con ellos.

—Y tras el ataque voló hacia Halthoria para advertir de nuestra presencia a sus amos —maldijo el alko.

—Es cierto que nos han descubierto, pero esas bestias no pueden hablar —dijo Kantaras—. Todavía desconocen cuántos sois y hacia dónde os dirigís. Ignoran si sois un grupo que perseguía a los gronings derrotados en el este o una tropa rebelde que deambula por estas tierras.

—Tienes razón, Kantaras —dijo el centinela—. ¡Daralen! —ordenó a uno de los

suyos—. Trasmite estas nuevas a Kiril. Dile que aguardamos su señal para destruir el embarcadero. Debemos darnos prisa si no queremos que los gronings nos descubran. ¡Cabalga tan rápido como puedas! —y cumpliendo presto la orden, Daralen montó a su caballo dejando tras de sí restos de tierra y hierba arrancados por las herraduras del corcel.

—Por suerte no se percataron de nuestra presencia —continuó hablando Kantaras—. Vimos a lo lejos a la compañía groning dirigirse veloz hacia el Camino del Oeste, pero no repararon en nosotros. Rezo porque mis hermanos logren atravesar sanos y salvos las Montañas Blancas y porque algún día yo también pueda seguir sus pasos hasta las Tierras Frías —finalizó Kantaras resignado, pues sabía que ahora ya no podría regresar con sus hermanos de Tenkolmar a su añorada tierra septentrional.

Daralen no tardó en llegar al campamento de Kiril. Desde allí ejecutaron con una antorcha la señal convenida para incendiar el embarcadero del Taquakland. Los veinte alkos cumplieron con diligencia la orden y encendieron numerosas antorchas que habían preparado durante el día, prendiendo fuego a decenas de montones de ramas secas estratégicamente distribuidos a lo largo del embarcadero. El enorme muelle fluvial comenzó a arder devorado pasto de las llamas. Las ramas, reseca por la ausencia de lluvias durante las últimas lunas, facilitaron la labor de los alkos. La madera crepitaba estruendosamente mientras se consumía por el fuego entre estertores de agonía. El humo comenzó a elevarse en densas volutas hacia el cielo, convirtiéndose en una turbulenta columna de brasas y cenizas, de llamas y vapores, que emergía majestuosa teñida por los colores de la devastación.

La estructura de madera crujía y los enormes maderos se resquebrajaban como hierba marchita cayendo al río envueltos en llamas. El fuego avanzaba implacable como una incontenible lengua de lava, hasta que su insaciable voracidad terminó por consumirlo todo. El armazón del embarcadero se colapsó, derrumbándose como un animal exangüe sobre las aguas del Gorlin, las cuales arrastraron corriente abajo los humeantes restos de su descompuesto esqueleto.

Una vez cumplida su misión, los alkos se alejaron de la gran hoguera en que se había convertido el embarcadero del Taquakland siguiendo el cauce del Gorlin.

—¿Pero qué están haciendo? ¿Por que cabalgan hacia el sur? —gritaba desconcertado Daralen.

—Cubren nuestra huida —respondió emocionado Kiril—. Ofrecen su vida por nosotros, se muestran como señuelo a los gronings para que podamos culminar nuestra misión.

—¿Jamás volveré a verles? —sollozó Daralen.

—Volverás a encontrarte con ellos, en este mundo o en la morada celestial, y entonces podrás agradecerles y recompensar su sacrificio —dijo Kiril—. Ahora ya sólo nos queda rezar por ellos y ofrecer nuestra vida a los dioses para derrotar al enemigo.

Kiril ordenó levantar el campamento, mientras sus azules ojos se velaron al

contemplar el centelleante refulgir de las llamas que lentamente se ahogaban en las aguas del Gorlin.

Las tropas de la Alianza continuaron avanzando hacia las faldas de la Savakien. Tras su apresurada huida del embarcadero, los exploradores que vigilaban la retaguardia del ejército aún no habían avistado a la anunciada compañía groning. A pesar de que esas noticias tranquilizaron a Kiril, Gródolas y Oerlikon, no cesaron en el empeño de encontrar antes del amanecer un paso por el que hollar la Savakien y cruzar a su falda oeste. Olaf, en compañía de Olegar, se afanaba en vislumbrar una falla en la infranqueable muralla de piedra que formaba la cordillera. No era sencilla tal encomienda, pues la oscuridad de la noche confundía con sus caprichosas sombras a los avezados ojos del norteño. Mas esa noche la luna estaba de su lado y un tenue rayo de luz se coló entre las oscuras brumas que cubrían el firmamento, mostrando al espíritu errante una angosta garganta que se abría en las faldas de la Savakien y que, tras elevarse en una fuerte pendiente, culminaba en lo alto de la espalda del dragón. Olaf ordenó a Olegar que corriese a informar a los capitanes mientras él se internaba en la garganta para escrutar el paso que acababa de descubrir.

Kiril, Gródolas y Maikel se adelantaron a la columna y acompañaron a Olegar, quien les condujo hasta el inicio del paso. Enseguida divisaron entre las sombras nocturnas una diminuta silueta que se acercaba veloz a su encuentro. Era Olaf que regresaba de explorar el paso.

—La garganta conduce a una fuerte pendiente que será complicada de superar con esta oscuridad. Nos obligará a marchar en fila de a uno; aun así ganaremos más de una jornada si tomamos este paso —comenzó a explicar Olaf antes de ser interrogado—. Puede que más al sur encontremos otro paso más abierto y sencillo de franquear, pero podríamos tardar días en hallarlo y los gronings seguirían merodeando por la zona.

—Tendremos que arriesgarnos y cruzar por aquí —dijo Kiril—. No podemos permitir que los gronings nos descubran.

—Sin luz que nos guíe corremos el riesgo de que nuestros hombres mueran despeñados —incidió Olaf.

—Deberemos asumir ese riesgo. No encenderemos ningún fuego que pueda delatarnos —contestó Kiril—. Confiemos en que la luna nos ayude —y cuando pronunció esas palabras, un escalofrío recorrió su espalda al venir a su mente un retazo de las profecías de Barlok.

*Largo es el camino, fría es el alma del viajero que cabalga bajo la luz de la luna muerta. La estrella del día con su huidizo fuego la reconforta, pero rauda la oscura luna corre a su encuentro.*

*El corazón se enfría y la mente se enturbia, los rayos de la luna al viajero hacia el mal transportan. Huid de la noche, cabalgad hacia el día, pues en la hora bruja ni*

*siquiera vuestra diosa con su manto dorado podrá consolaros.*

—¿Qué te ocurre Kiril? —le preguntó Maikel al ver sus ojos invadidos por el miedo.

—No es nada, solo un mal presagio —contestó Kiril.

—No dejes que las tinieblas de la noche nublen tu razón —dijo Gródolas—. Debes mantenerte firme y ser la luz que nos guíe. Todos te seguiremos a través de la cordillera. Cruzaremos junto a ti el Paso Oscuro.

—Comunicaré tus órdenes a los hombres —añadió Maikel—. Cuando el amanecer llame a las puertas de Tierra Conocida nuestro ejército habrá hollado el paso y las tinieblas se retirarán acobardadas ante las luces de la estrella del día —y dando media vuelta se dirigió hacia la larga columna comandada por Enna y Oerlikon.

Olaf encabezaba lentamente la ascensión una vez había logrado sortear la garganta y acceder a la pendiente de roca viva. Caminaba a ciegas por el angosto y empinado sendero y, de cuando en vez, se trastabillaba con alguna arista que emergía cual afilado cuchillo de la pétreo cordillera. Sus indicaciones eran transmitidas a lo largo de la hilera que ahora formaban las tropas aliadas. La marcha era lenta, pues Olaf y Olegar viajaban a pie, ralentizando el avance de la caballería. En las contadas ocasiones en las que la luna se dignaba a hacer acto de presencia en el firmamento, Olaf corría como un zorro persiguiendo a su presa, tratando de aprovechar hasta el último destello de luz que la hermana de la estrella del día proyectaba sobre la rocosa senda. Hasta ese momento el camino había sido tortuoso, mas no peligroso. Sin embargo llegaron a un punto donde la oscuridad era tan inescrutable que Olaf no tuvo más remedio que detenerse. Habían llegado aparentemente a un punto sin salida, un pequeño circo de roca maciza en el que el camino parecía morir.

—Ordena a la columna que se detenga —le dijo a Olegar mientras el norteño quedó pensativo escrutando confusas formas en la oscuridad. Kiril y Gródolas no tardaron en llegar caminando a la encrucijada. Olaf permanecía inmóvil como una estatua frente a una pared sellada.

—¿Qué ocurre, Olaf? —preguntó Kiril.

—Hemos llegado al final del camino. No podemos seguir avanzando —respondió contrariado el explorador.

—¿No hay forma de franquear la pared? —inquirió Gródolas mientras se acercaba a la roca que les cerraba el paso, palpando con sus encallecidas manos la superficie en busca de alguna grieta o pasaje velado a sus ojos.

—El camino se corta en este punto —dijo Olaf—. A menos que encendamos un fuego que nos ilumine, tendremos que aguardar hasta que amanezca.

—No encenderemos ningún fuego —sentenció Kiril—. Sería como enviar una señal a los gronings indicándoles dónde nos encontramos. Y tampoco esperaremos aquí cruzados de brazos la llegada del amanecer. Atrapados en este camino seríamos

un blanco perfecto para sus arqueros. Debemos cruzar al otro lado antes de la nueva alborada.

—¿Y cómo lo haremos? —contestó frustrado Olaf—. Es imposible avanzar en esta maldita oscuridad.

—Aquí... aquí hay algo —dijo nervioso Gródolas—. Un pequeño pasaje tras la roca. Suficiente para que pase un hombre, aunque no creo que los caballos sean capaces de lograrlo.

Olaf y Kiril se acercaron al lugar desde donde llegaba la voz de Gródolas. Al avanzar, Olaf se golpeó con la roca vertical y profirió un ahogado gruñido. Súbitamente, como vomitado por la montaña, surgió ante ellos el norteño, y tanto Kiril como Olaf retrocedieron sobresaltados.

—Mis asustadizos amigos, he pasado muchos inviernos bajo la montaña en las minas del norte y sería capaz de encontrar la más mínima grieta en la piedra aunque me arrancaran los ojos —dijo burlándose de ambos.

A sus espaldas escucharon las voces de Enna, Maikel y Oerlikon que se acercaban.

—¿Qué ocurre? —preguntó impaciente Maikel.

—Parecía que el camino se cortaba en este punto, pero Gródolas ha descubierto una falla en la montaña —respondió Olaf.

—El problema es que es demasiado angosto para que los caballos puedan pasar por él —añadió Gródolas.

—¿Y si volvemos sobre nuestros pasos? Quizás pudimos haber pasado por alto una bifurcación del camino —sugirió Enna.

—No podemos arriesgarnos a que el amanecer nos sorprenda deambulando sin rumbo fijo en busca de una salida —dijo Kiril.

—¿Por qué no agrandamos esa grieta para que nuestros caballos puedan cruzar a través de ella? —propuso Maikel.

—No disponemos de picas o mazas con que derribar la roca —contestó Gródolas—. Tardaríamos días en ensanchar el paso con las herramientas que tenemos.

—Disponemos de la más poderosa de todas ellas —apuntó enigmáticamente Oerlikon.

—Darbrethil... —musitó Kiril.

—¡Es cierto! —dijo Maikel con gran contento—. Darbrethil destrozará la roca sin que siquiera su hoja sufra una sola melladura.

—Por aquí —le indicó sin perder tiempo Gródolas a Kiril—. Tras la gran roca que confundió el avezado olfato de Olaf —y el explorador refunfuñó al escuchar el comentario de Gródolas.

Kiril siguió a tientas los pasos de Gródolas en la oscuridad, rodeando la gran roca hasta que al tacto de sus manos descubrió el angosto pasaje.

—Éste es el lugar —confirmó Gródolas—. Espero que Darbrethil y la mano que la empuña sea tan poderosa como Oerlikon proclama.

—La divina aleación que la constituye romperá en mil pedazos la roca al igual que quiebra y hiende el acero enemigo —replicó Kiril al tiempo que desenvainaba ceremoniosamente La Espada de Libertad.

Kiril palpó con sus manos la fría roca, eligiendo el punto exacto en el que descargar el golpe. Pidió a Gródolas que se alejara unos pasos de allí y, cuando se aseguró que el norteño había retrocedido lo suficiente, elevó a Darbrethil por encima de su cabeza y golpeó con todas sus fuerzas sobre la roca. Un tremendo estallido reverberó en el paso, seguido por el sonido de cientos de fragmentos de piedra que golpearon el suelo como un apagado eco de la estocada que Kiril había infringido a la montaña. Gródolas se acercó a Kiril y, tocando nuevamente con sus manos el paso en la roca, comprobó atónito que el terrible golpe de Darbrethil había logrado desprender más de dos pies de la pétreo pared.

—¡Por Olión! —exclamó Gródolas—. Con un solo golpe de tu espada has conseguido lo que un veterano picador no lograría en cien golpes. ¿Y tu brazo? Semejante descarga fracturaría todos los huesos del más poderoso de los guerreros.

—Como te dije, la aleación de Darbrethil es un regalo de nuestra diosa Nerlinguia, y protegerá a quien haya sido elegido para empuñarla —contestó orgulloso.

—Otro golpe como ése y los caballos podrán transitar por la senda —dijo Gródolas retirándose para que Kiril ejecutase otra demoledora estocada.

El sonido de la piedra quebrantada asustó a los caballos que se revolviéron inquietos en sus posiciones, hacinados unos junto a otros a lo largo de la angosta pendiente. Darbrethil había logrado abrir la brecha necesaria para continuar la penosa marcha y Kiril ordenó a sus hombres reanudar la escalada.

Nuevamente Olaf y Olegar se pusieron al frente del grupo escrutando metódicamente cada recodo del camino. Tras recorrer unos quince pasos, el sendero tornó en una especie de sinuosa escalera de caracol, que tras describir media docena de anillos, dio paso a un altiplano donde el camino se abría en una nueva pendiente jalonada de grandes rocas desprendidas de la montaña. Otra vez la luna asomó traviesa entre las nubes, proyectando una difusa luz sobre la falda oriental de la Savakien.

—Mira, Olaf —dijo Olegar señalando con su brazo hacia las sombras de oriente—. La luna refleja su luz en las aguas de un nuevo afluente del Morkurgul.

—Es el Rafkul, hermano del Gorlin —respondió Olaf contemplando sus calmadas y plateadas aguas.

—Las llamas del embarcadero se han apagado —dijo Olegar—. Será difícil que los gronings den con nosotros.

—No menosprecies las habilidades de esos demonios del norte. No he conocido mejor explorador que sus vigías alados —dijo Olaf—. Esos halcones parecen estar tocados por algún extraño sortilegio. Sus ojos son capaces de ver a muchas millas de distancia en la oscuridad.



—Ojalá también nuestros ojos pudieran ver en la oscuridad —se lamentó Olegar—. Apenas si soy capaz de distinguir las veredas de este maldito sendero. Temo conducir a nuestras tropas hacia el abismo.

—Deja de hablar y pon todos tus sentidos en la misión que nos ha sido encomendada —le recriminó Olaf al dicharachero joven quien, cabizbajo, dejó de hablar y siguió los pasos de Olaf.

Continuaron caminando a ciegas durante algo más de media legua, hasta que Olaf pareció vislumbrar un ligero cambio de luz entre aquella cegadora sombra, una suavizada forma que imitaba a un lineal horizonte.

—¡Olegar! ¡Creo que hemos llegado a la cima! —gritó con júbilo Olaf.

Su joven amigo corrió trastabillándose entre las rocas y salientes de la oculta senda. Cuando llegó a la altura de Olaf, el norteño contemplaba el occidente de Tierra Conocida.

—Hacia allí es a dónde nos dirigimos —le dijo a Olegar—. El otrora luminoso occidente hoy se nos muestra lóbrego, envuelto por las tinieblas del mal.

Olegar no pronunció palabra alguna y permaneció inmóvil junto a su amigo, tratando de vislumbrar en la inescrutable noche del oeste las luces de los burgos que, como reflejos de las estrellas sobre la Tierra Verde, habían sido durante centurias fieles compañeras de los solitarios peregrinos.

Kiril y Gródolas también alcanzaron la cima y acompañaron durante unos instantes de reflexión a los dos exploradores. Tras mirar hacia los cuatro puntos cardinales, Gródolas habló solemne:

—He aquí que la gran cordillera pone a prueba nuestra determinación, mostrándonos en su cima la encrucijada de nuestros destinos. Huir hacia el Sur, las cálidas tierras más allá del Desierto Rojo, un mundo de abrasadoras arenas incendiado por el fuego de mil soles, a salvo por el momento de la amenaza groning; regresar al Norte, al amado hogar, al gélido frío de sus inviernos, al inigualable cielo de las auroras boreales y de las noches de luz, a Tenkolmar, la ciudad de los legendarios guerreros del norte, a la cabaña donde nació orillas del Río Osterdal; volver al Este, al maravilloso oriente bañado por el gran mar, a la tierra de esmugas y luinas, a los campos donde los norteños vengamos a nuestros antepasados derrotando al enemigo, a reconstruir el renacido Reino de Esreghaia; o marchar al Oeste, hacia la oscuridad, al encuentro de los terribles demonios que nos atormentan, en busca del cruel jinete sin rostro, hacia el más aterrador de los infiernos, pero la única esperanza de salvación para el mundo de los hombres.

No había acabado Gródolas de pronunciar las últimas palabras de su reflexión cuando, por última vez aquella noche, la luna volvió a asomarse entre las nubes, esta vez clara y serena y, proyectando una límpida luz azulada, se perdió más allá de los lindes de Bosque Salvaje.

—Esta noche temía a la luna traicionera, a su marchita luz que pudiera confundirnos y ayudar al enemigo a descubrir nuestros planes —dijo Kiril—. Mas

hoy la luna brilla en el firmamento con la luz de nuestra diosa empujándonos hacia el oeste; quizás hacia un trágico destino, sin embargo ese es el camino que hemos de seguir. Los dioses siguen velando por nosotros, guerrero de Tenkolmar —dijo Kiril—, y no nos abandonarán a nuestra suerte. No permitirán que la maligna oscuridad haga presa en nosotros, no sin antes presentar batalla.

Las palabras de Kiril alentaron a Gródolas y borraron de su mente los temores que lo torturaban.

—¡Marcharemos hacia el oeste! —gritó desprendiéndose de una pesada carga largo tiempo sobrellevada—. Marcharemos al encuentro de Zornik, aunque ello nos lleve ante el jinete sin rostro.

—¡Adelante entonces! —dijo Kiril—. En Bosque Salvaje nos aguarda la primera gran prueba de nuestro viaje. ¡No mostremos temor ante el enemigo! ¡Rumbo al oeste! —y poniéndose en cabeza de sus tropas se lanzó en un temerario descenso por las empinadas laderas occidentales de la Savakien.

La madrugada discurría lentamente al encuentro del amanecer mientras el sol comenzaba a erguirse más allá de las tierras vírgenes de ultramar. Sus rayos eran aún imperceptibles en el horizonte de la marina oriental y bajo la opresiva espesura de Bosque Salvaje seguía reinando la oscuridad.

A medida que las tropas aliadas se fueron acercando a los lindes del bosque comenzaron a escuchar extraños sonidos que brotaban de la malsana floresta: estremecedores aullidos, ahogados gemidos, una turbadora sinfonía que despertó los temores de los soldados, alimentados por el recuerdo de las horrendas historias que habían escuchado acerca del bosque maldito.

Cuando restaba menos de una milla para llegar al lindero de Bosque Salvaje, Kiril detuvo la marcha de la columna. Un tenso silencio se adueñó de los hombres; ninguno se atrevió a descender de su montura mientras mantenían aferrados con fuerza entre sus manos los arcos y las espadas.

—Descansaremos aquí hasta que amanezca —ordenó Kiril—. Que los hombres duerman hasta entonces.

—Los hombres no quieren dormir —contestó Gródolas—, pero tampoco se internarán en el bosque hasta que el sol brille en el cielo.

—Este maldito bosque proyecta un aura estremecedora —añadió Maikel—. Yo tampoco podré conciliar el sueño.

—Me temo que el brillo del sol será invisible a nuestros ojos bajo el frondoso manto de hojas —añadió Enna.

—Al menos sus inmundas criaturas dormitarán cuando lo crucemos —dijo Oerlikon—. Marcharemos en apretada formación, manteniendo los ojos bien abiertos. Quién sabe qué trampas y ardidés nos reserva Bosque Salvaje.

—Reemprenderemos la marcha al amanecer —sentenció Kiril—. Yo trataré de dormir junto a aquel tocón. Quizás así los hombres logren tranquilizarse.

Kiril tomó la manta que guardaba en una alforja de su caballo y caminó hacia el tronco cercenado del gran roble. Se tumbó cubriéndose con la manta mientras el resto de hombres le contemplaban. Cerró los ojos y, agotado por el cansancio, cayó sumido en un sueño inquieto. Sin embargo, el letargo de Therliangator no logró ahuyentar el miedo que mantenía alerta a sus soldados.

Por fin amaneció y, como Oerlikon había vaticinado, el sol permaneció oculto tras el velo de oscuridad que brotaba al norte de la floresta. Enna despertó a Kiril con un beso en la frente mientras las tropas se preparaban para partir. Gródolas se revolvía inquieto perseguido por un mal presentimiento. Maikel se acercó para tranquilizarlo.

—El recuerdo de Bosque Frío y sus wolkurs han venido a mi memoria al contemplar el amenazante lindero —dijo Gródolas con la mirada clavada en el bosque—. Pareciera que los árboles quisieran cortarnos el paso, que protejan la guarida de esos demonios.

—Tampoco yo guardo un grato recuerdo de mi encuentro con los wolkurs —contestó Maikel—, pero hoy el bosque no se atreverá a causarnos ningún daño. Esta vez no estaremos solos, amigo, nos tenemos los unos a los otros, ¡y realmente somos muchos! No habrá bestia alguna que ose acercarse a nosotros.

—Así lo espero, Maikel —murmuró intranquilo Gródolas—. Así lo espero.

Oerlikon se colocó a la diestra de Kiril y se dirigió con voz firme a los hombres:

—¡Soldados de la Alianza! —gritó—. Ha llegado el momento de internarnos en Bosque Salvaje. Debemos desaparecer a los ojos de nuestros enemigos y la senda más corta para alcanzar el Río Morkurgul es la que cruza el bosque. ¡Desterrad de vuestras mentes las leyendas que alguna vez escuchasteis! Hoy marcharemos bajo el auspicio de los dioses y su luz guiará nuestro camino. ¡No temáis!, mas vigilad vuestros flancos, escrutad vuestra retaguardia, pues el mal no descansa y sus mensajeros nos rodean en estos tiempos de infortunio.

—¡En columna de a seis! ¡Adelante, y que Nerlinguia y Olión nos protejan! —ordenó Kiril, quien girando sobre su montura encaró el camino hacia el bosque.

La primera línea de árboles se erguía infranqueable como una sólida muralla frente a los capitanes. Los altos pinos acompañados por alisos y olmos, formaban una apretada comunidad que, a medida que se internaba en el bosque, convivía con viejos fresnos, nudosos robles y oscuros abedules, salpicados por cipreses y sauces que se retorcían dibujando siniestras formas. A cada paso que los soldados se adentraban en Bosque Salvaje el aire se volvía más pesado, opresivo, difícil de respirar, cobrando un olor acre que lograba reseca sus gargantas.

—El bosque comienza a lanzar sus traicioneras redes sobre nosotros —musitó Oerlikon a Kiril—. Ordena a los hombres que no beban otro líquido que no sea el que transporten en sus odres o pellejos —y Kiril transmitió presto las órdenes de Oerlikon.

Las tropas aliadas avanzaban lenta y cautelosamente a través del bosque. Los

exploradores no se alejaban más de veinte pasos de la columna principal, y escrutaban cualquier señal que revelase la proximidad de una amenaza. Los hombres marchaban tensos, erguidos sobre los lomos de sus corceles, mientras éstos relinchaban agitados percibiendo el mal que emanaba de la floresta. No había camino sobre el terreno o estrella en el cielo que los pudiera orientar, por lo que viajaban en línea recta hacia el oeste únicamente guiados por la llamada de su hogar.

El suelo comenzó a cubrirse de matorrales y frondosos helechales que dificultaban el avance de las tropas. Cuanto más espesa era la maleza que tapizaba el suelo, más difícil resultaba mantener una dirección fija. Los árboles comenzaron a guiar a los hombres de Kiril, en ocasiones cerrándoles el paso al juntarse sus nudosos troncos formando infranqueables paredes o abriéndose a repentinos claros huérfanos de vegetación en otras. El bosque trataba de confundir a los capitanes. Encontraban repentinamente sendas abiertas, que al cabo de varios cientos de pasos parecían moverse y cambiar incomprensiblemente de lugar, mientras los árboles murmuraban conspirando en un ininteligible lenguaje a los oídos de los hombres. Las raíces comenzaron a aflorar de entre el musgoso suelo, entrelazadas y retorcidas, como los tentáculos de un gran kraken. El aire se tornó caluroso y húmedo, los árboles se apretaban a ambos lados de la columna y las ramas más altas, que al amanecer rozaban las brunas nubes del cielo, se cernían ahora amenazantes sobre sus cabezas. Se hizo el silencio más absoluto y el sonido de los cascos de los caballos, que aplastaban las ramas y hojas secas, reverberaban en la cúpula del bosque. Los aliados marchaban fatigados tras la noche en vela, pero se prometieron a sí mismos que cruzarían Bosque Salvaje antes de que la luna volviera a pasearse caprichosa en el firmamento.

Continuaron la tensa marcha durante más de diez millas a través de zarzas y arbustos, con la sensación de que transitaban por una senda que otros habían elegido por ellos. Kiril no se atrevía a confesarlo, pero comenzaba a dudar que realmente se dirigieran al oeste.

—Desde hace un buen rato siento que decenas de ojos malignos nos vigilan — confesó Maikel.

—Yo tengo la misma turbadora sensación —dijo Enna.

—Mantened la vista al frente y continuad cabalgando —les recomendó Oerlikon—. Son vuestros propios miedos los que os observan desde la espesura.

Repentinamente la cabeza de la columna salió a un enorme claro atravesado por un sendero que dedujeron cruzaba el bosque de norte a sur. En medio del sendero descubrieron los restos de lo que parecía un ciervo despellejado. Se acercaron cautelosamente hasta el inmóvil amasijo de carne y huesos, y contemplaron aterrados cómo el animal había sido salvajemente despedazado.

—¿Esto ha sido también obra de nuestros miedos? —preguntó con sorna Gródolas—. Yo diría que se trata de una alimaña salvaje que mata por el mero placer de matar. Mirad como ha arrancado la piel del desgraciado animal y ha esparcido sus

intestinos por el suelo —y una nube de moscas voló desde las tripas del ciervo molestas por la presencia de Gródolas.

—Extremad las precauciones —dijo Kiril—. Puede que esa bestia aún ronde por los alrededores. Cruzaremos perpendicularmente al sendero. Si mi intuición no me falla creo que vamos en la buena dirección, hacia el oeste —y los demás asintieron sin demasiada convicción.

La columna continuó tras los huellas del corcel de Kiril, evitando mirar las entrañas del masacrado animal para así poder mantener el miedo alejado de sus corazones.

El terreno se tornó más abrupto, irregular, con extraños terraplenes en los que el suelo se volvía más blando, por momentos pantanoso, hasta que después de varias millas se convirtió en un hediondo humedal. Nuevamente el avance de la gran compañía se ralentizó. Los cascos de los caballos se hundían en aquel fango pegajoso y los que marchaban a pie veían como sus piernas quedaban sepultadas hasta las rodillas en el lodazal. Una siniestra bruma grisácea flotaba con vida propia sobre las verdosas aguas estancadas, desplazándose en derredor de los atemorizados soldados de la Alianza.

La marcha era agotadora a través del humedal, sorteando el fango, las infranqueables comunidades de cañas y juncos, o los restos sumergidos de cientos de sauces que habían sido devorados por el tenebroso pantano y que ahora descansaban para siempre en su tumba acuosa. La bruma comenzaba a elevarse cada vez más alta sobre el hediondo marjal, hasta que al cabo de una milla, se convirtió en una densa niebla gris verdosa que lo envolvió todo, oscureciendo hasta el último rayo de tenue luz que osaba penetrar en la floresta. Los sonidos del bosque enmudecieron repentinamente y un sobrecogedor silencio se apoderó del humedal.

Los capitanes detuvieron la marcha de la compañía, mientras el castañetear de dientes de los aterrorizados soldados reverberaba de un siniestro modo transportado a lomos de la cambiante bruma del bosque.

—Nos hemos perdido —sentenció Kiril tras escrutar durante unos interminables instantes las difuminadas siluetas que lo rodeaban—. Hemos caído en las malignas redes de Bosque Salvaje.

—No desesperemos —respondió Gródolas—. Este pantano y su traicionera niebla no durarán eternamente.

—Si el bueno de Perlivarce estuviera ahora con nosotros... —se lamentó Maikel—. Su ingenio de orientación nos sacaría de este atolladero.

—Ordenad a los hombres que enciendan las antorchas —sugirió Enna—. El fuego ahuyentará sus temores y hará que la niebla se desvanezca.

—¡No lo hagáis, mi señora! —advirtió Olaf acercándose hacia los capitanes—. El bosque sofoca las llamas con su pesado aliento y la leña muerta no obedece a las leyes del fuego. Solo lograríais asustar aún más a los hombres. Bosque Salvaje está

embruado y su maléfica alma no permite que las llamas purificadoras crepiten sobre ardientes brasas, no el menos en lo más profundo de su floresta.

—Olvidáis todos una luz que el bosque jamás podrá sofocar —habló Oerlikon por primera vez con aire misterioso cubierto bajo la capucha de su capa—. Sobre Caterziveen —relató el Kliat con sus ojos encendidos por un extraño brillo, mirando hacia el techo de hojas del bosque—, Eilaredithil surcó los cielos de la noche anunciando la llegada de Dhil Amoethyl, La Señal Esperada, y de sus ardientes entrañas nació Darbrethil, La Espada de Libertad. La luz de aquella esquirra desprendida del infinito manto de estrellas brillará por siempre en la aleación de Darbrethil. Su poder no solamente se manifiesta en su afilada e indestructible hoja, sino también en su alma de estela celestial.

Kiril contempló obnubilado la poderosa luz que emanaba de los ojos de Oerlikon. Aferró su mano a la empuñadura de Darbrethil y sintió una ola de calor que invadía su cuerpo. Con un rápido movimiento desenvainó La Espada de Libertad y la mostró al improvisado concilio. La hoja de Darbrethil brilló cubierta de una luz purificadora, perfecta combinación de un blanco ebúrneo y nacarado envuelto por los fugaces destellos de un límpido azul cobalto. La bruma retrocedió aterrada ante la luz de Darbrethil y, repentinamente, las pantanosas aguas parecieron menguar bajo las herraduras de sus corceles. Un creciente murmullo se extendió por toda la compañía, y los hombres recobraron el temple mientras contemplaban admirados la luz que los dioses les habían entregado.

—La luz de Nerlinguia brilla en tus manos, hijo mío —le dijo Oerlikon a Kiril—. Que ella nos guíe a través de tus ojos.

Kiril extendió su brazo derecho al frente y la luz purificadora de Dhil Amoethyl, que ahora brotaba de la hoja de Darbrethil, iluminó el camino a través del tenebroso marjal. La maligna bruma se retorció presa de un terrible dolor y retrocedía alejándose al paso de Kiril. Mas la columna aliada era muy grande y los vapores del hediondo pantano se concentraron en la retaguardia del ejército. Los hombres comenzaron a turbarse, sus sentidos se fueron apagando débilmente y la demencia asomó en el abismo de sus mentes.

—¡Manteneos agrupados! —gritaban constantemente Enna y Maikel a los hombres—. ¡Reagrupamiento en columna de a diez! —ordenaban inútilmente, pues sus voces no eran sino un lúgubre susurro de las criaturas del bosque para los hombres alejados de la vanguardia.

El sonido de veloces chapoteos y el de burbujas de vapores sulfurosos que rompían en la superficie de las estancadas aguas comenzaron a rodear a un centenar de hombres de retaguardia. Asustados por aquellas señales detuvieron su marcha, atenazados por el miedo y la oscuridad, hasta quedar aislados de sus compañeros. Gritaron desesperados, pero sus llamadas de auxilio fueron ahogadas por la maligna bruma del bosque. Aterrados y perdidos se apretaron unos junto a otros blandiendo sus lanzas y espadas ante invisibles enemigos que les susurraban terribles

maldiciones en un idioma que no comprendían. Un crujido sonó en el flanco izquierdo y un par de hombres cayeron descabalgados sobre las verdosas y hediondas aguas.

—¿Quién anda ahí? ¿Quién va? —gritaban aterrorizados por el miedo.

Nadie respondió. Ante ellos aparecieron siete gigantescas formas, monstruos de cien brazos que batían sus extremidades contra los soldados; decenas de ellos cayeron al suelo entre desconsoladas súplicas y aterradores gritos de dolor. Mas sus gritos se fueron apagando bajo las cenagosas aguas, al tiempo que los huesos se quebraban por las raíces de los sauces asesinos. Pues no fueron monstruos gigantes los que atacaron a la compañía, sino los Sauces Caminantes, una especie que solamente habitaba ya en el gran marjal de Bosque Salvaje. Pequeñas criaturas acuáticas de poderosas fauces y afilados dientes terminaron por despedazar a aquellos que se zambulleron en las sulfurosas aguas; los Morglins de las Aguas, nutrias de seis patas y cola de pez, con piel escamosa y prominentes mandíbulas de caimán, ocultos moradores bajo los lodos de los pantanos y ciénagas de Bosque Salvaje, a los que la sola caricia del aire abrasaría su cuerpo.

Los hombres que ahora formaban la retaguardia de la compañía enviaron un hombre a vanguardia para informar a los capitanes que más de cien hombres habían desaparecido tras la inescrutable bruma que los rodeaba.

—Tras perderlos de vista sólo escuchamos lamentos —dijo el soldado—, lejanos sonidos, más de cinco millas a nuestras espaldas diría yo, pero al cabo de un rato las voces se apagaron y otra vez ese aterrador silencio volvió a caminar tras nosotros.

—No hay nada que ya podamos hacer por ellos —dijo Oerlikon—. No podemos poner en peligro a todo nuestro ejército por tratar de salvar a esos desdichados.

—¡Pero padre! —replicó Enna—. ¡No podemos abandonarlos a su suerte!

—El Bosque está maldito —contestó Oerlikon—. Nadie puede hacer nada por ellos, si es que aún siguen con vida.

—Pero tenemos la luz de Darbrethil —volvió a insistir Enna.

—La luz de Darbrethil nos guiará, pero esos soldados deberán encontrar otro faro que los ilumine —contestó su padre.

—Oerlikon tiene razón —habló Gródolas—. El Bosque cobrará su precio a todo aquél que ose internarse en él. Nuestra misión nos aguarda en el oeste, no en las fétidas entrañas de Bosque Salvaje. Una vez que hayamos logrado nuestro objetivo, el mal que mora en esta floresta ya no será inmune al fuego purificador, y sus árboles y sus criaturas perecerán consumidas por las llamas de los dioses.

—Recemos porque Nerlinguia y Olión guíen a esos hombres hacia la luz del mundo exterior —dijo resignado Maikel.

Kiril, sin pronunciar una palabra, reanudó la marcha como adalid silencioso de la luz de Dhill Amoethyl.

Llevaban más de seis leguas de marcha ininterrumpida y, cuando parecía que la

determinación de los capitanes sucumbiría bajo la maldad del bosque, las fangosas aguas desaparecieron ante la luz de Darbrethil tras la orilla repleta de juncos. La bruma que envolvía pesadamente el aire acre que respiraban también pareció abandonarles. Unos tímidos rayos de la estrella del día se colaron a través de la tupida vegetación, mostrándoles un amplio y despejado claro más allá de los pantanosos terrenos por los que habían transitado toda la jornada.

Los capitanes y los hombres gritaron al unísono alborozados por dejar atrás el lóbrego y avieso marjal que los había aterrorizado. Los corceles relincharon de alegría por poder pisar al fin sobre terreno firme y seco, fuera de aquel lodazal en el que moraban sanguijuelas, babosas, gusanos y otras deleznales criaturas.

—Descansaremos en el claro —ordenó Llevamos marchando demasiado tiempo en estado de alerta. Los hombres necesitan reponer fuerzas y dormir.

—A pesar de que están agotados, no querrán demorarse aquí mucho tiempo —añadió Maikel—. Yo tampoco podría dormir bajo esta siniestra sombra que nos acecha.

—Está bien —replicó Kiril. Nos detendremos solo el tiempo necesario para que los hombres y las bestias repongan fuerzas. Mas no os prometo que esta noche durmamos bajo el cielo estrellado al otro lado del bosque. Nuestro paso por la ciénaga nos ha demorado y, si antes dudaba de si nos dirigíamos hacia el oeste, ahora no tengo ninguna certeza de hacia dónde vamos. Es la luz de Darbrethil el capitán que ahora guía nuestro destino.

—Confiamos entonces en ella —dijo Gródolas—. No nos queda otra elección.

Los soldados que iban llegando del marjal se fueron asentando silenciosamente en el claro; al cabo de un rato fue imposible distinguir a vista de pájaro una sola brizna de hierba.

—Los hombres están asustados —comentó Enna—. Se hacinan unos junto a otros buscando protección al amparo del grupo.

—Todos saben que el bosque está maldito, que los árboles y las bestias que lo pueblan nos escudriñan día y noche con ojos de condenación —dijo Maikel—. Es un bosque asesino, siempre en busca de nuevas víctimas a las que arrebatar sus vidas.

—Y hoy ha vuelto a cobrar su sangriento tributo —añadió Gródolas—. Las almas de decenas de los nuestros vagarán para siempre en este funesto bosque.

El tiempo de descanso que Kiril había fijado hasta reanudar la marcha transcurrió envuelto en una tensa calma. Los hombres apenas si cruzaron palabra mientras reposaban cabizbajos con la mirada perdida en la fina hierba del claro, teñida ahora con el oscuro y pegajoso fango que cubría sus botas. Si pensaban en sus compañeros desaparecidos o si el miedo los atenazaba al contemplar la floresta que les rodeaba, solamente ellos lo sabían.

Kiril dio presto la orden y, con inusual marcialidad, todos los hombres se levantaron al unísono preparándose para la partida. El Rey Nerlingo desenvainó a Darbrethil y su hoja volvió a refulgir serena, inflamada por el resplandor de Dhill



Amoethyl.

—Que la luz de Nerljnguia nos guíe hacia la salida de Bosque Salvaje —habló Kiril a los capitanes blandiendo a Darbrethil—. Si su hado nos abandonase, nos encontraremos a merced del bosque embrujado, como un solitario viajero guiado por la traicionera luz de la luna muerta.

Kiril tiró de las riendas de su caballo y, girando unos grados hacia la izquierda, reemprendió la marcha acompañado por el cercano y sepulcral silencio de los capitanes y sus hombres. El cansancio y la desesperanza comenzaban a apoderarse de él, mas ahora no podía desfallecer: el añorado Oeste les aguardaba a pocas millas al otro lado del lindero del bosque.

El ejército de la Alianza se asemejaba a una larga y luctuosa comitiva de almas en pena condenadas a vagar por toda la eternidad a través de las oscuras brumas del camposanto. Su lastimera peregrinación era observada por las aviesas sombras que pululaban por doquier. En el mundo exterior era más de medianoche, pero en las perennes tinieblas de Bosque Salvaje la noción del tiempo se diluía como un puñado de sal en el océano. Hombres y bestias apenas si podían ya seguir caminando. La desesperación los asaltaba a cada paso que avanzaban, pues la espesura nunca acababa, sus infinitas y nudosas ramas, sus incontables y retorcidos troncos, nuevos y siniestros árboles que se erguían frente a ellos cuando confiaban en haber sorteado el último quiebro del imaginario camino por el que creían transitar.

Desde hacía largo rato, un coro de bestias ululantes colmaban de tétricos alaridos el vigilante silencio que habitualmente presidía el bosque durante el día. Los hombres se giraban nerviosos hacia los flancos y a retaguardia, temerosos de que una cohorte de alimañas cayese repentinamente sobre ellos por sorpresa.

Fue entonces cuando Kiril se detuvo, exhausto, su rostro demacrado y macilento; la luz de Darbrethil consumía las energías del portador de la llama celestial.

—Tengo que descansar —susurró lacónicamente a Oerlikon sin apenas resuello y, desmontando apresuradamente de su corcel, se dejó caer rendido junto al tocón de un enorme aliso.

—No podemos detenernos aquí —dijo en voz baja Olaf a los capitanes—. Los hombres se sublevarán. Los sonidos del bosque los están conduciendo a la locura.

—Solamente la luz de Darbrethil nos conducirá fuera de este endemoniado bosque —replicó irritado Oerlikon—. Y nuestro guía necesita descansar. Si no lo hacemos, pereceremos todos bajo su maléfico manto.

—Trataremos de encender fuego —dijo Gródolas—. Eso mantendrá ocupados a los hombres por un tiempo. También organizaremos un círculo defensivo alrededor de nuestras posiciones.

—Padre —dijo Enna—, tú podrías mantener vivo el resplandor de Darbrethil. La luz de Dhill Amoethyl también responderá a la llamada del descendiente de Barlok. Su fulgor reconfortará a los hombres y ahuyentará durante un tiempo a sus demonios.

—Y también espantará a las alimañas del bosque —dijo Maikel—. Blandirás La Espada de Libertad en el centro de nuestra columna, en el corazón de la tropa de Nerlinguia, y su luz mantendrá viva la esperanza de los hombres.

—Yo me quedaré junto a Kiril —dijo Enna y, reclinándose junto a su amado, lo arropó con un tierno y protector abrazo.

Los capitanes pusieron a trabajar a los hombres, organizando rápidamente el anillo defensivo. Arrastraron una gran roca oblonga, que parecía una estela conmemorativa tallada en honor a los dioses, hasta el centro del terreno donde se ubicaban las tropas y Oerlikon se subió a ella elevando al cielo a Darbrethil. La luz que la espada proyectaba era más tenue y titilante que la que emanaba de ella cuando Kiril la empuñaba, pero fue suficiente para mantener el frágil equilibrio y determinación de los soldados. A pesar de que Gródolas y varios norteños se afanaban en hacer fuego con las ramas y hojas más reseca que encontraron, fue tarea imposible.

—En verdad que este bosque está maldito —renegó Gródolas—. La pétrea madera helada de las faldas de las Montañas Nevadas no pudo resistirse al calor del fuego, mas estas quebradizas ramas, reseca de savia, vacías de vida, se niegan a inflamar la más mínima lumbre.

Kiril dormía arropado por su dama, ajeno al creciente temor de los hombres. Hacía solo unos instantes que unos gritos ronc y desgarradores habían resonado a menos de una milla del lugar donde la tropa aliada permanecía apostada, uniéndose al frenético y agudo siseo que viajaba incansable de norte a sur desde horas atrás. Cuando uno de los hombres informó de un cercano y sonoro crujir de ramas, todo el anillo defensivo se sumió convulso en un agitado mar de temblores. Oerlikon arengó a sus hombres y empuñó a Darbrethil con ambas manos, tratando denodadamente de multiplicar su luz. Enna despertó delicadamente a Kiril en previsión de un ataque inminente.

—¡Manteneos unidos, espadas y lanzas al frente! —ordenó Gródolas a los soldados.

—Si veis a una sola de las malditas criaturas que pueblan el bosque, ¡acabad con ella! —gritó Maikel—. ¡No demostréis piedad alguna!

No bien hubo terminado Maikel de dirigirse a los soldados, cuando cuatro gigantescos Trolls emergieron de entre la floresta derribando como ramas marchitas los árboles que hasta entonces los habían ocultado. Sus hambrientas bocas babeaban infecta saliva y sus repugnantes dentaduras castañeteaban descontroladas, ávidas de carne que masticar. Sin importarles las lanzas o espadas se abalanzaron sobre la primera línea de soldados. El primer Troll cayó enseguida ensartado por una decena de lanzas mientras diez guerreros lo laceraban con tremendos mandobles de sus espadas, pero bajo su mugriento y enorme corpachón perecieron aplastados dos de los soldados. El segundo y tercer Troll pasaron por encima del cadáver de su hermano,

quien había conseguido abrir una brecha en la defensa de los soldados. Los arqueros hicieron cantar sus arcos y cientos de flechas se clavaron en aquellas inmensas y deformes moles de carne. Al menos una docena de guerreros sucumbieron aplastados por las amorfas pezuñas que tenían por pies. Ambos se abalanzaron sobre varios hombres a los que arrancaron sus miembros con potentes dentelladas. El olor de la carne palpitante y la sangre humeante los volvió locos y los Trolls se ensañaron salvajemente en sus presas descuidando su defensa, lo que aprovecharon los soldados comandados por Gródolas y Maikel para abatirlos bajo una nube de flechas y lanzas. El cuarto Troll aprovechó la confusión para apresar con sus poderosas manos a modo de tenazas al menos a media docena de soldados y, viendo que sus hermanos agonizaban entre un horrible amasijo de lanzas, guerreros y sangre, se alejó internándose en la espesura, y los hombres de Kiril jamás volvieron a saber nada más de él.

Los soldados aún se afanaban en rematar a los dos Trolls cuando un grito de socorro se elevó sobre la confusión de la contienda. No eran nuevos Trolls los que ahora atacaban al grupo, sino pérfidos Espíritus de Sombra que habían seguido los pasos de los hambrientos gigantes. Silenciosos y etéreos, envueltos en el propio manto del mal, levitaron hacia la retaguardia del grupo arrastrando a varios soldados hacia la bruna sombra que los creaba. El anillo defensivo comenzó a desmoronarse y los hombres corrían aterrados huyendo en cualquier dirección. No existía aleación, metal, piedra o fuego sobre Tierra Conocida que pudiera lacerar a los Espectros de Sombra; solamente la luz de la estrella del día era capaz de acabar con ellos. Oerlikon, quien era conocedor de la existencia de esas malignas criaturas por antiguas leyendas, saltó desde la gran roca cargando contra ellas, blandiendo en su mano la luz de Darbrethil.

Enna se percató de las intenciones de su progenitor y, con un desgarrado grito de horror, puso a Kiril sobre aviso. El Rey Nerlingo, aunque todavía débil, había recuperado parte de su energía y corrió en auxilio del Kliat del sexto clan.

Los sibilantes murmullos de los Espectros de Sombra taladraban los tímpanos de los soldados hasta tornarse insoportables al descubrir la luz de Darbrethil. Los brunas criaturas retrocedieron ante la embestida de Oerlikon refugiándose en la espesura. Darbrethil centelleaba alimentada por la ira de Oerlikon, pero los Espectros de Sombra no estaban dispuestos a rendirse tan fácilmente. Veloces volvieron a la carga sobre un descontrolado grupo de lúinas y nuevamente Oerlikon cargó sobre ellos. Un espectro osó enfrentarlo y una estocada de luz lo envió para siempre al mundo de las sombras. Los demás espectros ulularon enloquecidos con su penetrante chillido al tiempo que los soldados caían al suelo con sus manos cubriendo inútilmente sus oídos. Retrocedieron a la floresta por una segunda vez, pero no tardaron en atacar al grupo desde otro de los flancos. Kiril trataba de alcanzar la posición de Oerlikon, pero la confusión y la desbandada de su ejército dificultaban su avance. El Kliat cargó nuevamente contra los Espectros de Sombra y logró con un preciso mandoble

extinguir la maléfica sombra de otra criatura. Mas la llama de Dhil Amoethyl consumía rápidamente sus fuerzas y, en uno de sus movimientos, se trastabilló con la raíz de un amenazante ciprés, que asomaba traicionera sobre el terreno, cayendo pesadamente al suelo. Darbrethil se desprendió de la mano que lo empuñaba y la última luz que protegía a los hombres de la Alianza se apagó consumida por las tinieblas del mal. Los Espectros de Sombra levitaron veloces hacia Oerlikon, deleitándose con la visión de la codiciada presa a la que en unos instantes darían caza. Cuando todo parecía perdido, cuando los alaridos de cientos de criaturas se elevaron en un nuevo y tenebroso aullido alrededor del desbandado ejército, cuando la demencia atrapaba en sus garras las mentes de los hombres, surgió la mano salvadora del Rey Nerlingo quien, empuñando nuevamente a Darbrethil, gritó con voz temible y aterradora enfrentándose a los espectros y a las deleznable criaturas del bosque maldito:

—¡Yo soy Therliangator, El Verdugo de la Oscuridad, y ésta es Darbrethil, La Espada de Libertad! ¡Por la gracia que los dioses me han concedido, os ordeno regresar para siempre a la negra sombra en la que fuisteis engendrados! ¡Que la llama de Nerlingo abraza vuestros corrompidos espíritus! —y rasgando su garganta con un grito descarnado, un renovado fulgor prendió poderoso en la hoja de Darbrethil mientras una cegadora vena de luz blanca arrasó a los Espectros de Sombra, devolviendo la cordura a los hombres que contemplaban aturcidos la grandeza del poder que los dioses habían entregado a Therliangator.

Un silencio mortal envolvió la floresta. Los aullidos, graznidos y alaridos de las infames criaturas que moraban en Bosque Salvaje cesaron por completo. El brillo de la luz de la diosa había obrado el mismo milagro que la campana de oro del Guardián de Piedra. Los hombres se recuperaban lentamente del terror que los había invadido mientras contemplaban con veneración al Rey Nerlingo.

—Los dioses cabalgan a nuestro lado —fue lo único que acertó a decir Gródoles tras contemplar la proeza del joven alko.

Kiril ayudó a incorporarse a Oerlikon, mientras Enna se abrazaba desconsolada a su padre.

—Estuviste a punto de morir arrastrado por la sombra —sollozó Enna.

—Algún día moriré, hija mía —le contestó Oerlikon tratando de consolarla—, y entonces deberás estar lista para reemplazarme.

—Pero no puedes morir aquí, no en este bosque maldito —negaba aferrándose con más fuerza a su padre.

—Vamos, mi valerosa dama —le habló Kiril acariciándole con su mano la espalda—. No debemos demorar la partida.

—Kiril tiene razón —y Oerlikon la separó a duras penas de su fuerte abrazo—. Las criaturas no osarán volver a acercarse a nosotros, no al menos esta noche. Tenemos que encontrar la salida del bosque.

Kiril volvió caminando lentamente a la cabeza de la columna y, a su paso,

consolaba a todos aquellos que aún lloraban asustados o le miraban a los ojos temblorosos, incapaces de poder escapar de la pesadilla que los mantenía atrapados.

—¡En marcha! —gritó al llegar junto a los demás capitanes—. Los dioses nos asisten y os prometo que encontraremos la puerta de salida de este averno de árboles y oscuridad —y rezando a Nerlinguia porque esa vez fuera la definitiva, espoleó a su caballo y se internó en las brumas mefíticas que envolvían la floresta.

Avanzaron varias leguas en una inusual calma mientras la tropa aliada marchaba a buen ritmo tras la estela de Therliangator. La luz de Darbrethil brillaba transformándose a cada paso en un blanco nacarado, y el mismo aire que respiraban parecía regenerarse por momentos, dejando atrás el insano olor acre y la agobiante pesadez que durante toda la jornada se había cernido sobre la compañía.

Debía estar amaneciendo en el mundo exterior cuando un débil hilo de brisa fresca se deslizó por el rostro de Kiril; un soplo de vida que le hizo recordar la dulce caricia del Mar del Este. El nerlingo detuvo a su corcel y permaneció inmóvil ante la atenta mirada de los capitanes, al tiempo que disfrutaba del roce de aquel aire purificador, del aliento de su diosa. Abrió los ojos volviéndose hacia Enna, Oerlikon, Gródolas, Maikel y Olaf, y con una sonrisa perlada que iluminaba su rostro les dijo con lágrimas en los ojos:

—Lo hemos logrado. La brisa del oeste nos da la bienvenida —y entonces espoleó a su caballo para cabalgar al encuentro de la luz del sol.

El eco de los cascos de su corcel, piafando sobre el reseco suelo del bosque, se entremezcló con el rugido de las aguas bravas de un viejo conocido. El Morkurgul saludaba a Kiril desde el siniestro linderero del bosque y el Rey Nerlingo correspondió cortés a su salutación surgiendo majestuoso entre la floresta como un héroe de los Días Antiguos. La luz de Darbrethil había derrotado al Bosque Salvaje.

## LA PESADILLA DE ZORNIK

Zornik cabalgaba a lomos de su orgulloso y negro corcel en busca del anhelado tesoro, de su oscuro deseo, de su ansiada posesión. Galopaba escrutando con sus ávidos ojos cada loma, cada quebrada de aquellos valles, siempre en busca de su presa, de la Sagrada Bestia que le devolvería al olimpo de los dioses: el Unicornio.

Una espesa sombra negruzca flotaba en el cielo acompañando la estela del rey brujo. A su paso, los campos se teñían de colores pardos y grises, las flores se marchitaban y las luces se consumían bajo aquella maligna oscuridad. Si cabalgaba por el Valle del Rauron o por lejanas tierras aún por descubrir Zornik lo desconocía, mas presentía que el Unicornio se ocultaba en ellos, tras una hondonada, quizás al abrigo de un frondoso humedal, protegido por sauces y juncos.

Súbitamente distinguió una sombra que avanzaba a su espalda, una figura de color blanco nacarado, que veloz, huía del cazador groning. Zornik tiró bruscamente de las bridas de su corcel, y éste levantó furioso las patas delanteras deteniendo su cabalgar. El caballo, guiado por la mente de su amo, giró en redondo y galopó presto tras el Sagrado Corcel.

Allí estaba la Sagrada Bestia, frente a él, solamente a unos pasos de poder recuperar su don perdido, el que le fuera arrebatado por el Creador, el progenitor de los cinco Espíritus Puros. Zornik tomó una flecha de su carcaj y armó el arco veloz como una serpiente. Apuntó al asustado Unicornio y disparó la mortal saeta.

La flecha volaba en busca de su presa, certeramente proyectada, mas cuando la punta de aquel dardo envenenado se disponía a morder la tersa piel cubierta de blancas y delicadas crines, el joven Kiril emergió de la nada, anteponiéndose entre la flecha y el Unicornio, partiéndola en mil pedazos con una diestra estocada de Darbrethil.

El caballo de Zornik relinchó rabioso y el rey brujo bramó encolerizado contra la estirpe nerlinga.

—¡Acabaré contigo y con toda la maldita ralea de tu linaje! ¡Y los nerlingos no serán más que el vago recuerdo de una leyenda que se perderá en las mareas del tiempo! —maldijo el rey brujo.

Zornik desenvainó su espada y cargó contra Kiril. En ese instante, Oyvind e Ingvar surgieron como por encanto, flanqueando a Kiril a derecha e izquierda.

—¡Los gemelos nerlingos! —exclamó turbado Zornik, y su fiereza comenzó a descomponerse al contemplar juntos al hijo del relámpago y el trueno—. ¡Los que nacieron bajo la tempestad, morirán bajo ella! —y las brunas sombras que acompañaban a Zornik cubrieron el cielo, y comenzó a tronar y a relampaguear—. Vuestros simples poderes mortales jamás podrán enfrentar a uno de los Espíritus Puros.

—No menosprecies el poder de los clanes nerlingos, pues sus fundadores fueron engendrados por uno de tus hermanos —respondió Oerlikon, quien repentinamente se

apareció delante de Kiril—. ¡Yo, Oerlikon, el Kliat nerlingo, el custodio de la Sagrada Bestia, te ordeno que regreses a la sombra de donde viniste, al hediondo cubículo donde te crio la pérfida bruja! ¡Regresa al lugar donde fuiste desterrado!

Zornik se burló de las palabras del Kliat con una ronca y desagradable carcajada.

—¿Acaso pensáis insensatos que cuatro hombres menores pueden hacer frente al poder de un dios? —y Zornik se burló con risa torva.

Entretanto, el Unicornio contemplaba a Kiril, Oyvind, Ingvar y Oerlikon desafiar al poder del rey brujo. Confiado por la determinación y esperanza que irradiaban sus paladines, la Sagrada Bestia esbozaba una sonrisa desafiante.

—¡Apartaos de mi camino o morid a los pies de mi caballo! —les instó Zornik.

—¡Mi hacha te quebrará las costillas y después te cercenará la cabeza si osas cruzarte en nuestro camino! —habló la grave voz de Narno, cuya impresionante figura emergió tras los cuatro nerlingos—. He aquí al Guardián de Bosque Salvaje, aquel que guarda las fronteras de Tierra Conocida de las deleznable criaturas creadas por tu demencia. Atrévete a dar un solo paso y abandonarás el mundo de los mortales para nunca más regresar. No esperes vida después de la muerte, solo un anodino y eterno limbo del que jamás podrás escapar.

Y cuando Narno terminó de pronunciar esas palabras, tras las siluetas de los cinco caballeros, cuales fabulosas estatuas de antiguos reyes de los hombres, Zornik tuvo una horrenda visión: vio desmoronarse su palacio en Groningburgo y con él todos sus dominios, el vasto imperio soñado; y hasta la última piedra caía derruida entre columnas de fuego y humo, una enorme pira de la que ni siquiera quedarían rescoldos en forma de humeantes cenizas.

Y en medio de aquella hoguera de destrucción se encontraba atrapada su ama de cría, entre volutas y lenguas de fuego, Urkha, la maligna y diabólica lamia, era también irremisiblemente consumida por el fuego entre terribles gritos de dolor y desesperación. Y Zornik tembló, y se estremeció al contemplar al Guardián de Bosque Salvaje, aquel al que la lamia le ordenó destruir, pues en él vio su fin.

Zornik despertó empapado en ríos de sudor que brotaban de su cabeza y de su cuello, de su pecho y de su espalda. El corazón le latía acelerado, con violentas palpitations, por primera vez enfrentado a una realidad que hasta ahora le había sido velada: el horror de la muerte. Y mientras las brumas de aquella terrible pesadilla aún enturbiaban su mente, las frases del oráculo de la lamia resonaron una vez más en su cabeza:

*Alejados a los gemelos mantendrás, o a miles de tus hombres enterrarás... una extraña figura de piedra me perturba, pues tu súbita muerte en ella veo... la llama del cielo mi mente turba, ya que en manos del nerlingo la creo.*

## MUGABURGO, EL RETORNO A JACTINIA

—¡Habla, perro traidor! —gritó iracundo el oficial groning al tiempo que descargaba un terrible latigazo sobre el cuerpo descarnado de Olegar.

El joven luina a duras penas mantenía la consciencia mientras su mente transitaba más allá de los límites del dolor.

—¡Habla te digo! —y un nuevo latigazo desgarró el último trozo de piel que quedaba en la espalda de Olegar—. ¿Dónde se reunirán los ejércitos del Reino de Saralamath con los renegados del Este?

Olegar se desangraba por la espalda; su camisa hecha jirones se confundía con las ensangrentadas tiras de piel que habían sido arrancadas por el lacerante látigo groning. Su boca reseca, sus labios cuarteados como tierras yermas, eran el reflejo de la interminable semana de torturas a la que los gronings habían sometido al desdichado luina. Privado de comida y bebida, había permanecido siete días maniatado en un cobertizo; sus manos apesadas entre gruesos grilletes mientras yacía hacinado junto a media docena de hambrientos y enormes cerdos. Sus heces y orines le cubrían las piernas, y el hedor a defecación, barro, puercos y sangre era insoportable.

—¡Responde! —gritó nuevamente enrabiado el oficial groning—. ¿Dónde se reunirán los traidores? —y prendiéndole violentamente de sus castaños cabellos levantó la inerte cabeza de Olegar para poder mirarle a los ojos.

El joven luina entreabrió sus ojos y contempló por última vez, abotargado por las brumas del dolor, el rostro del despiadado groning antes de desmayarse. Por la comisura de su boca fluyó un espeso y amarillento limo, mientras su cabeza se volteó inerte hacia el lado derecho de su cuerpo.

—No conseguiremos más información del prisionero —le dijo uno de los soldados al oficial—. Está agonizando —sentenció impasible.

—Tienes razón —respondió el oficial—. Remátalo con tu espada y échalo como comida a los puercos. Degustarán con fruición su carne aún caliente y ensangrentada —y a la orden del oficial, sin vacilar, el soldado atravesó con su espada el cuerpo de Olegar.

Después, sin mostrar respeto alguno por la vida del joven, de una patada lo empujó hacia una esquina de aquella infecta porqueriza, mientras las bestias se acercaban lentamente, atraídas por el olor de la carne, con hambrientos ojos y babeantes bocas hacia el cuerpo del luina. Su carne saciaría la hambruna a la que el racionamiento de alimentos impuesto por los gronings les había abocado durante los últimos meses.

Y en aquella lejana tierra, en un hediondo y olvidado cobertizo de Skeldonburgo, terminó la corta vida del joven Olegar, sobrino de Siriard, el gran maestro constructor luina y nuevo Senescal de Porliton.

Olaf no se perdonaría jamás haber permitido que aquel funesto día, en la



encrucijada de caminos de Jactinia, Olegar partiera en misión secreta hacia las tierras de los lupenos. Era un joven generoso e impulsivo, pero también inexperto y confiado. Aquella no era una misión para él, no al menos en esta guerra. El espíritu errante maldeciría para siempre aquella cueva, aquella grieta, aquellas rocas traicioneras en las que se fracturó el brazo. Pues debía haber sido él y no Olegar quien tenía que haber cumplido aquella misión; era él y no Olegar quien debía haber viajado a tierras lupenas como lunas atrás hizo al levantar en armas a los luinas. Y aunque él aún no lo sabía, cuando llegase el día en el que conociese el cruel final que el destino había deparado al desdichado luina, sus ojos se arrasarían en lágrimas y llorarían como nunca antes lo habían hecho por otra persona.

El oficial groning regresó al puesto de mando y ordenó llamar con premura a un mensajero. Mientras éste acudía a sus aposentos, escribió en un pergamino, con su elegante y ostentosa pluma de faisán, una misiva para el Mariscal Burkelen. En ella decía:

*Excelentísimo Mariscal Burkelen,*

*En menos de cuarenta lunas los bárbaros del Reino de Saralamath atacarán desde el sur de Jactinia con tres mil hombres. Su objetivo es unir sus fuerzas a las tropas rebeldes comandadas por el proscrito nerlingo.*

*Tras las recientes órdenes recibidas, en las que el Rey Zornik decretaba cancelar la invasión de los reinos sureños, me he permitido poner en marcha el siguiente plan de acuerdo a la crucial información obtenida de un rebelde al que capturamos cerca de Skiroburgo.*

*Retiraremos nuestras compañías hacia Lothikaton dejando libres a lupenos y skelingos, haciéndoles creer que nuestra retirada hacia el norte es fruto de un pacto con los sureños, quienes serán los nuevos señores de sus tierras. Los lupenos y skelingos tratarán de reagruparse y presentar batalla a los invasores, con lo que lograremos mermar las fuerzas de ambos sin derramar una sola gota de la sangre de nuestros soldados. Será entonces cuando caigamos sobre sus debilitadas tropas como una manada de lobos hambrientos.*

*Dentro de siete lunas iniciaremos el repliegue hacia el antiguo territorio nerlingo. Si en ese tiempo no he recibido una contraorden suya, nos reuniremos dentro de veinte lunas en Lothikaton.*

*Su humilde y fiel servidor;*

*Karthan, oficial al mando de la cuarta y sexta compañía de las Legiones del Sur*

Karthan dobló cuidadosamente el pergamino y lo selló con lacre. En cuanto el heraldo se presentó ante él le entregó el mensaje, ordenándole cabalgar sin descanso

hasta llegar a Lothikaton y entregárselo personalmente al Mariscal Burkelen. El mensajero se cuadró marcialmente despidiéndose de su oficial y desapareció con la misma celeridad con la que había llegado. Un nuevo y maquiavélico plan se había puesto en marcha para hacer fracasar la misión de Therliangator.

Trece días antes. Fatídico y maldito número. Trece días habían transcurrido desde que el luina se había despedido de los capitanes del este para cumplir la peligrosa misión que le había sido encomendada. Trece días desde que el ejército de Therliangator había cruzado la Iugur-András por las Cuevas Escondidas. Trece días desde que Kiril había vuelto a contemplar emocionado, desde lo alto de la gran grieta, la grandeza de su amada Jactinia. Trece días desde que, con honda tristeza, descubrieron que el cielo había dejado de lucir azul en las regiones centrales, cubriéndose de un opaco velo gris que todo lo teñía de una insufrible tristeza. Trece días desde que Olaf se rompió el brazo al tropezar con una roca traicionera, cuando atropelladamente abandonaba el opresivo y claustrofóbico confinamiento bajo las Cuevas Escondidas.

El espíritu errante necesitaba respirar aire fresco, sentir en su rostro la suave caricia de los rayos del sol otoñal, abandonar los oscuros y profundos túneles por los que, como un topo en su laberíntica madriguera, había transitado durante las cinco últimas lunas. Ese exasperado impulso de volver a sentirse libre bajo el firmamento lo llevó a tropezar y fracturarse el brazo derecho. Fue Olegar el primero en acudir en su auxilio al verle retorcerse en el suelo entre ahogados gritos de dolor. Frente a aquella fantástica grieta de la montaña, sobre la pequeña balconada que dominaba el este de Mugaburgo, la sangre de Olaf se depositó sobre las afiladas rocas como meses atrás lo había hecho la sangre del traidor Tortion. Aquel mal presagio fue una inequívoca señal de los hados: el destino de Olegar estaba escrito con sangre.

Tras cruzar a través de las Cuevas Escondidas, las tropas de Esreghaia se encontraban a las puertas de Jactinia. Era en ese preciso instante cuando más expuestas estaban a sus enemigos. Miles de hombres que brotaban de la montaña como hormigas en procesión, abandonando su hormiguero en busca de nuevas tierras que explorar. A pesar de que el sol no brillaba con el fulgor de antaño, el brillo de su luz, reflejado en las espadas y los yelmos de los soldados de la Alianza, sería como un Caleidoscopio a los ojos de los gronings. Fue por ello que decidieron aguardar la llegada del crepúsculo para abandonar con cautela su escondite. Kiril y Maikel ya recorrieron meses atrás el camino desde Mugaburgo hasta la entrada de las cuevas, por lo que estimaron que lo más conveniente sería que sus tropas acamparan al amparo de los bosques que se extendían al pie de la Iugur-András. Permanecerían allí apostados hasta recibir la orden de invadir Mugaburgo, pues los alkos habían trazado un audaz plan para reconquistar la ciudad fronteriza.

Kiril, Maikel, Enna, Oerlikon y el magullado Olaf divisaron a media milla de

distancia, iluminado por la titilante luz de una docena de antorchas, el gran portón del este. Pero al contrario del día en el que escaparon de Mugaburgo, esta vez permanecía cerrado y custodiado por un retén de guardia.

—Los gronings controlan los accesos al burgo como suponía —dijo Kiril—. Nuestro plan funcionará, os lo aseguro. Permaneced serenos y tranquilos.

—De acuerdo —respondió Maikel con poca convicción—. Pero no estoy seguro que los gronings se traguen nuestro anzuelo.

—Lo harán —respondió con firmeza Kiril—. Lo harán si mostramos convencimiento.

—Silencio —susurró Oerlikon—. Nos estamos acercando al portón y no debemos levantar sospechas. Maikel, tira con firmeza de Olaf y muéstrate enojado.

—¡Cuidado! —gruñó el enjuto norteño—. Para ser convincente no es necesario que me rompas también el otro brazo —y Enna sonrió mientras una mueca de dolor recorría el rostro de Olaf.

Los cuatro se cubrieron la cabeza con las capuchas de sus capas color pardo, mientras Olaf apretaba los dientes resignado.

—¡Alto! ¿Quién va? —gritó una voz desde el exterior de una ruinoso caseta de madera a los pies del gran portón del este.

—¡Gracias a los dioses! —gimió Oerlikon mostrando un enorme alivio—. ¡Por fin llegamos a un burgo civilizado! ¡Que los dioses os bendigan!

—¡Alto he dicho! —ladró el centinela—. Avanzad lentamente veinte pasos y mostraos a la luz de las antorchas.

—¡De acuerdo! Pero no disparéis con vuestras flechas a estos pobres y desdichados viajeros —suplicó Oerlikon—. Sólo buscamos la protección de un techo bajo el que comer y descansar.

Los cinco avanzaron lentamente, a excepción de Olaf, quien caminaba a trompicones, tironeado sin piedad por Maikel, quien lo había atado fuertemente con una cuerda alrededor del pecho, inmovilizando su brazo izquierdo junto al cuerpo mientras llevaba su brazo derecho en cabestrillo.

Tras contar mentalmente los veinte pasos, Kiril se detuvo frente a las luces de las antorchas que bailaban una siniestra danza mecidas por el viento nocturno. Uno de los soldados del retén se adelantó amenazándoles con su lanza.

—¿Quiénes sois y qué os trae a Mugaburgo? —preguntó exigiendo una inmediata respuesta.

—Somos unos desdichados viajeros que acabamos de ser brutalmente asaltados por los bandidos de las cuevas —lloriqueó Oerlikon—. Gracias a que mis dos hijos varones nos acompañaban durante este terrible viaje, pues no sé qué hubiera sido de mí y de mi pobre hija de no haber estado ellos presentes en el momento del ataque.

El groning miró de soslayo a Enna y sonrió maliciosamente, mientras sucios y oscuros pensamientos cruzaban su mente. Kiril luchaba consigo mismo por no cercenar allí mismo la cabeza de aquel miserable.

—En la refriega logramos capturar a uno de los bandidos —continuó Oerlikon, al tiempo que Maikel dio un tremendo tirón a la cuerda arrastrando sin piedad al pobre Olaf, haciéndole caer a los pies del groning—. Mi hijo mayor Lekam le rompió el brazo con sus propias manos —dijo mirando a Maikel—, y mi hijo Krill, junto con mi hija Naena, lograron hacer huir a los otros cuatro bandidos, pero no pudieron evitar que robasen todas nuestras pertenencias. Buen soldado, prometedme que perseguiréis a esos desalmados para que no vuelvan a cometer nuevas fechorías. El gran Zornik ha logrado restablecer la paz y el buen gobierno de estas regiones y no puede permitir que esos miserables sigan vagando libres sin pagar por sus viles actos. ¡Prometédme, buen soldado! —dijo Oerlikon dando un paso adelante y postrándose teatralmente a los pies del groning.

—¡Levántate, viejo! —gruñó el groning dando un paso atrás—. Nos ocuparemos de esta escoria —dijo mirando con desprecio a Olaf—, pero tendréis que acompañarme a la prisión para entregar al prisionero. Será el oficial quien decida si merece la pena perseguir a esos rufianes. Después, si lo deseáis, podréis pernoctar en alguna de las posadas de Mugaburgo.

—¡Bendito seáis! —agradeció Oerlikon poniéndose nuevamente de rodillas—. Algún día llegaréis a ser un gran capitán del glorioso ejército groning —continuó halagando al soldado al ver que le incomodaba—. Mi nombre es Noeklin y os estaré eternamente agradecido. ¿Sería posible que vos nos acompañarais en nuestro viaje hacia Maraburgo? Vuestra compañía reconfortaría nuestras almas y alejaría todos nuestros miedos.

—Mi puesto está aquí, en Mugaburgo, como el del resto de soldados —respondió el groning hastiado de aquella conversación—. Nuestro deber es proteger estas tierras. Pero no temáis si son los ladrones los que os preocupan. Ahora los caminos de Jactinia son seguros; los hemos limpiado de rufianes y renegados. Ya no queda un solo traidor con vida que vagabundee por ellos —y esta vez fue Maikel quien enrojeció de ira por las palabras del groning—. Tras entregar al prisionero, os darán un salvoconducto para poder viajar a través de los territorios ocupados. Con él en vuestras manos ya nada deberéis de temer.

—Gracias por su ayuda, bravo soldado —habló con voz melosa Enna—. Os agradecería pudiéramos deshacernos cuanto antes de este miserable. Estoy fatigada por el viaje y desearía poder descansar en un mullido jergón.

—Seguidme —respondió con voz galante el groning—. La prisión se encuentra a pocos pasos de aquí. Yo mismo os acompañaré después a una de las posadas para asegurarme que sois bien atendidos —y Enna le sonrió pícaramente con sus ojos.

—La Luna Blanca sería una buena opción —sugirió Oerlikon—. En mis anteriores viajes a Mugaburgo disfruté de agradables estancias en esa posada. La comida es excelente y la cerveza no se queda atrás.

—De acuerdo, veremos qué puedo hacer —dijo el soldado frunciendo el ceño.

—¿Hay algún problema con esa posada? —preguntó Kiril, quien hasta ahora

había permanecido callado—. Si no es de su agrado podríamos pernoctar en cualquier otra.

—No, en verdad la comida es la mejor de todo Mugaburgo. Es ese mequetrefe sabelotodo el que me saca de quicio... —farfulló el groning, y Kiril y Maikel se miraron sonriendo, pues esas palabras no podían ir dirigidas más que al resabiado Loit—. ¡Abrid el portón! —gritó a la pareja de soldados que lo custodiaban desde el otro lado.

El pesado sonido del madero de anclaje golpeando el suelo alivió a los proscritos. El gran portón del este se abrió frente a ellos y, siguiendo los pasos del soldado, penetraron en Mugaburgo. Habían cumplido la primera parte de su plan.

Tras caminar unos trescientos pasos, el centinela les condujo hasta la casona que hacía las veces de prisión. El groning despertó al carcelero, quien somnoliento y contrariado por haber visto interrumpido su descanso, encerró con malos modos a Olaf en una de las hediondas celdas. Una vez finalizó su trabajo entregando los salvoconductos a los cuatro viajeros, volvió a dormitar en su camastro sin ni siquiera preguntar cuál era el motivo por el que habían apresado al norteño.

—Has tenido suerte, Lonar —le habló con ironía el groning al otro preso que dormitaba en el húmedo suelo de su celda—. No estarás solo en tu ejecución. Esta escoria te acompañará a la horca dentro de dos lunas. Hasta entonces tendréis tiempo de conoceros y de disfrutar de vuestra mutua compañía, ¡ja, ja, ja! —y con una desagradable carcajada dio media vuelta y se encaminó al exterior de la casona.

Un sudor frío recorrió a los nerlingos al escuchar las palabras del groning. Cuando salieron a la calle, Oerlikon preguntó al soldado:

—¿Qué delito cometió ese hombre? ¿Acaso también robó a un grupo de desvalidos viajeros?

—Su falta no tiene perdón —respondió con severidad el groning—. Fue descubierto enviando un mensaje subversivo a un grupo de rebeldes en territorio skelingo.

—Sin duda su traición es imperdonable —respondió Oerlikon—. No obstante, siento un ligero desasosiego al pensar que ese pobre rufián que nos asaltó acabe pagando con su vida por ello. ¿No valdría más que fuese deportado como esclavo a las minas de oro?

—Ese enano no aguantaría una semana como porteador —se burló el groning de Olaf—. No merece la pena gastar un cuenco de alimento por un tullido como él.

Los nerlingos se miraron y, sin pronunciar una sola palabra, convinieron en que debían acelerar su plan si no querían ver el cuerpo sin vida de Olaf colgando de una sogá.

Las calles de Mugaburgo estaban desiertas a causa del toque de queda que los gronings habían impuesto en la mayoría de burgos de Jactinia. Ya no quedaba ni rastro de comerciantes o viajeros que animasen los otrora bulliciosos cosos del burgo fronterizo.

El groning se encaminó calle abajo y, mientras seguían sus pasos, Kiril creyó distinguir entre las sombras de la noche aquel familiar edificio de madera, al que iluminaba un viejo candil cuya tenue luz se reflejaba sobre la blanca luna dibujada en el tablero que colgaba sobre la entrada. Una extraña sensación en forma de amargo y dulce recuerdo se apoderó de Kiril y Maikel. Regresaban al lugar en el que encontraron la traición de Zakotet y los suyos, pero también la hospitalidad de Haakoin y Loit. Ambos se cubrieron las cabezas y se colocaron discretamente tras Oerlikon y Enna.

El soldado fue el primero en llegar a la entrada de La Luna Blanca. Golpeó ruidosamente la puerta y llamó con voces destempladas al posadero:

—¡Posadero! —gritó ansioso por deshacerse de una vez de aquellos molestos viajeros—. ¡Posadero, abre la puerta! —y solamente se lamentaba por tener que despedirse de aquella bella joven de deslumbrantes ojos verdes.

Se oyeron unos agitados pasos en el interior de La Luna Blanca y una ronca voz que gritaba entre bostezos:

—¡Loit, ve a ver qué ocurre! —refunfuñó entre sueños Haakoin.

—¡Sí, señor Haakoin! —contestó el vivaracho Loit—. No se preocupe, yo me ocupo de todo.

—Entonces quizá deba empezar a preocuparme... —farfulló el gruñón posadero.

La puerta de madera crujió, protestando por ver también interrumpido su placentero sueño, abriéndose lenta y parsimoniosamente. La tenue luz de las velas recortó la diminuta silueta del joven Loit.

—¿Qué desea, buen soldado? —preguntó con voz adormilada—. Siento informarle que nuestro comedor está cerrado hasta el amanecer. No obstante, podría hacer una excepción por tratarse de un honorable servidor de Zornik y ofrecerle si así lo desea un vaso de vino o una jarra de cerveza.

—Te arrancaré la lengua si no cierras tu maldita boca —ladró irritado el groning—. Calla y escucha lo que tengo que decirte —y Loit se despertó bruscamente con las altisonantes palabras del soldado—. Necesito que hospedes en tu posada a estos cuatro viajeros que acaban de llegar al burgo. Han sido asaltados por bandidos que merodeaban por las Cuevas Escondidas. Quizá deseen cenar algo caliente para apaciguar su desazón.

—No deseamos molestar a este gentil joven más de lo necesario —respondió Oerlikon—. Será suficiente con que nos lleve a nuestras habitaciones. Nuestros estómagos podrán esperar hasta el desayuno.

—Gracias por todo —se despidió apresuradamente Enna del soldado.

—Si volvieran a necesitar de mi ayuda me encontrarán en el retén del portón del oeste —contestó el groning irguiéndose y dedicándole a Enna la mejor de sus sonrisas.

—No dudaré en acudir allí si necesitamos volver a abusar de vuestra gentileza —le sonrió también Enna.

—Hasta mañana entonces —se despidió el soldado recobrando su brusquedad habitual.

Cuando el groning se alejó unos pasos, Loit recuperó el habla.

—¡Pero pasen por favor, mis queridos huéspedes! ¡Sean bienvenidos a La Luna Blanca!, la posada más famosa de Mugaburgo, en la cual podrán degustar y disfrutar de los mejores...

—¡Calla de una vez, aprendiz de cotorra! —gruñó Haakoin, quien se acercaba con su habitual pesado caminar desde su estancia—. ¿Es que no es posible conciliar el sueño sin que un coro de voces interrumpa el merecido descanso de este pobre viejo?

—Disculpe, señor Haakoin —respondió apurado Loit al tiempo que bajaba su estridente tono de voz—, pero se trataba de un groning que llamaba a la puerta de la posada acompañado por estos cuatro viajeros que acaban de llegar al burgo, tras haber sido asaltados por los bandidos de las cuevas.

—¡Maldición! —volvió a gruñir Haakoin—. Disculpen mi hosco recibimiento, caballeros y... dama —dijo al reparar en Enna—, pero es que este jovenzuelo es un experto en convertir la noche más apacible en la más horrenda de las pesadillas. Más le valdría esmerarse en aprender el oficio por el que generosamente le pago.

—Hablando de pagos y aprovechando que el caprichoso destino nos ha conducido a este lugar —dijo repentinamente Kiril quien, al igual que Maikel, permanecía en pie unos pasos tras Enna y Oerlikon ocultando su cabeza bajo la capucha de su capa—, saldaremos una antigua deuda contraída con ustedes —y en ese mismo momento Maikel desenfundó teatralmente su espada.

—¡Por Olión, caballeros! —jadeó atemorizado Haakoin—, disculpen si mi inepto ayudante les ha ofendido o lo hizo en el pasado, pero les prometo que si envainan esa espada y olvidan la afrenta de Loit, disfrutarán de las mejores habitaciones y de vino gratis durante el tiempo que estimen sea oportuna su estancia en mi humilde posada.

Kiril y Maikel cruzaron sus miradas y sonrieron ocultos bajo las sombras de las capuchas que cubrían sus rostros, mientras Enna y Oerlikon los miraban atónitos sin comprender qué era lo que ambos alkos pretendían.

—Aceptamos gustosamente su ofrecimiento —respondió Maikel—. En particular nos sentimos honrados y satisfechos por otorgarnos libre acceso a su magnífica bodega, mas...

—... mas muy a nuestro pesar debemos saldar la vieja deuda contraída —continuó Kiril—, o nuestro honor quedará mancillado para siempre —y Kiril introdujo su mano entre la gruesa capa buscando algo.

—¡No, por favor, mi señor! —casi sollozaba Haakoin como un infante al interpretar el movimiento de Kiril como la búsqueda de la empuñadura de su espada o de una daga oculta bajo la capa—. Le prometo que su estancia será totalmente gratuita, no sólo esta vez... —y parecía que Haakoin estuviese entregando su tesoro máspreciado a aquellos viajeros—... sino en todas y cada una de las ocasiones en

que gusten visitarnos durante sus viajes a Mugaburgo, su estancia no supondrá cargo alguno a su bolsa de monedas.

—La deuda debe ser saldada aquí y ahora —sentenció Kiril y sacó lentamente la mano de su capa al tiempo que Haakoin tragaba saliva y el rostro de Loit mudaba a un blanco macilento—. Tomad las dos monedas de oro que quedaron pendientes de ser abonadas en nuestra última visita a Mugaburgo —y Haakoin y Loit se miraron sin reaccionar ante aquel inesperado giro del destino.

Kiril y Maikel retiraron las capuchas que cubrían sus cabezas y posadero y ayudante quedaron mudos y paralizados con una ahogada mueca de asombro.

—Los... los nerlingos —musitó Loit.

—Están... están vivos —balbuceó Haakoin—. Escaparon de los gronings, ¡por Olión, que me aspen si lo entiendo! ¡Ja, ja, ja! ¡Valientes pillastres! —y el orondo posadero recuperó el sonrosado color de su tez, aunque los nerlingos dudaban si el motivo de su repentina alegría fuera por volver a verles sanos y salvos o si era el fulgor del dorado metal el que había obrado el milagro de hacerle esbozar una sonrisa.

—¿Señor... Kiril? ¿Era ése su nombre? —preguntó Loit.

—Y aún sigue siéndolo. Buena memoria, Loit —respondió el Rey Nerlingo—. Pero por el momento me llamarás Krill. Éstos son mi hermano Lekan —dijo señalando a Maikel—, mi hermana Naena y mi padre Noeklin. Y ahora —dijo mirando fijamente a los ojos de Haakoin—, a pesar de lo intempestivo de la madrugada, necesitamos saber cómo van las cosas por aquí, todo lo que ha sucedido y está sucediendo en Mugaburgo y Jactinia desde el día en que partimos apresuradamente de La Luna Blanca. Una hueste de más de mil hombres aguarda mis órdenes oculta en las proximidades del burgo. Gran parte de nuestro éxito dependerá de las cruciales nuevas que vosotros, amigos míos, podáis relatarnos.

—El bueno de Esmut nos sería de gran ayuda —reaccionó rápidamente Loit—. Hace dos lunas realizó un trueque de caballos, además de vender varias raciones de provisiones, a unos viajeros que tenían un salvoconducto para viajar libremente por Jactinia. Por lo que sé, no se detuvieron mucho tiempo en el burgo, solamente el necesario para tomar caballos de refresco y una rápida comida caliente en La Casa de Matork.

—Ve a buscarlo, Loit —le ordenó Haakoin—. Pero cuídate de las patrullas gronings. Recuerda que la pena por violar el toque de queda son cinco latigazos.

—Lo tendré en cuenta —y antes de que terminara de hablar, Loit ya había abandonado la posada por la portezuela trasera, internándose en la oscuridad de las callejuelas de Mugaburgo.

—Esmut rezó a Olión por vosotros —les dijo Haakoin—. Y creo que también a vuestra diosa Nerlinguia. En más de una ocasión me dijo que regresaríais para salvarnos de los gronings, aunque la verdad es que yo nunca llegué a confiar demasiado en sus presentimientos. Los gronings son unos depredadores implacables.



El odio y la codicia les llevarían a perseguir a sus presas hasta el mismísimo corazón de Bosque Salvaje si fuera necesario.

—A fe que lo harían —respondió Kiril—, pues así fue como obraron con nosotros, no concediéndonos tregua alguna durante nuestra huida.

—Pero ahora las tornas han cambiado —habló Maikel—, y serán ellos quienes sientan el frío hálito de nuestro acero cortando el aire a sus espaldas.

—Que Nerlingua te escuche, Maikel —dijo Oerlikon—, mas presiento que nuestro caminar a través de estas tierras ocupadas reclamará un terrible sacrificio para nuestro ejército —y la mirada de Oerlikon se perdió en la penumbra de la posada.

Haakoin se levantó y calentó un gran cuenco con leche para reconfortar los maltrechos cuerpos de los viajeros. A fe que lo agradecieron, pues durante los cinco días de lenta y angustiosa travesía a través de las Cuevas Escondidas, apenas si habían comido algo caliente. Mientras tanto, el posadero les indicó que podían dormir en la habitación que eligieran, pues esa noche no había ningún otro huésped en La Luna Blanca. Desde la invasión groning y la imposición del toque de queda en toda la región, el tránsito de viajeros y comerciantes era casi inexistente, y ahora durante el verano, los osados que se atrevían a viajar entre los burgos o aquellos pocos afortunados que disfrutaban de un salvoconducto, preferían dormir al raso, alejados de los retenes de tropas gronings que se atrincheraban en cada burgo, pues sus caprichosas decisiones podían hacer que sus huesos terminaran en las lejanas minas de oro, en el temido Valle de los Elothas.

Loit no tardó de aparecer arrastrando tras de sí a Esmut, aquel generoso comerciante que les regaló en su primera visita a Mugaburgo arcos y carcajes repletos de flechas con los que combatir la tiranía groning.

Cuando Esmut contempló el rostro de Kiril y Maikel se emocionó, y los abrazó como si fuera la última vez que fueran a verse en esta vida. Recuperado de la impresión que le había producido el reencuentro con los dos nerlingos, les preguntó sobre el resto de hombres que los acompañaban en su anterior visita al burgo, a la sazón, Oyvind, Thelmor y Tortion. El comerciante se entristeció profundamente al saber que Thelmor y Tortion habían muerto a manos de los gronings. No confesaron a Esmut que Tortion les había traicionado, pues ambos le habían perdonado tras su sincero arrepentimiento en su agonía a las puertas de la muerte. Una vez Esmut hubo tomado asiento tras aceptar un vaso de leche caliente, Kiril y Maikel le interrogaron acerca de aquellos viajeros que había nombrado Loit y las noticias que habían traído consigo. El comerciante les relató, bajo la atenta mirada de Enna y Oerlikon, que aquellos viajeros venían desde los burgos lupenos con la intención de dirigirse hacia el sur, más allá de la Barrera de Dunas. Mencionaron, a preguntas de Esmut, que en toda Jactinia reinaba una cierta calma toda vez que la resistencia nerlinga había sido exterminada y la ocupación groning se había asentado. Parecía ser que la única revuelta de rebeldes bortigos fue finalmente sofocada y, como represalia para disuadir a los habitantes de Jactinia de futuros levantamientos, dos centenares de bortigos

fueron enviados como esclavos a las minas auríferas del norte.

Los nerlingos sintieron su alma estremecer cuando escucharon las funestas noticias sobre los prisioneros bortigos, y rezaron para que su amigo Perlivarce no se encontrase entre el grupo de desdichados que serían deportados a Eloburgo. Esa solitaria semilla de esperanza que había comenzado a germinar y enraizarse en Jactinia, había vuelto a ser arrancada por los bárbaros gronings. El camino que el ejército de Therliangator había emprendido hacia Groningburgo se tornaba aún más oscuro y angosto. Sin apenas aliados que pudieran unirse a su causa, con el Este exhausto tras las batallas del Morkurgul y el Taquakland, y rezando porque el príncipe Ilanit cumpliera su promesa, las huestes de Zornik aparecían como formidables e invencibles legiones que les aguardaban al final del camino que conduce al averno, en el cual perecerían bajo la espada del rey brujo. Sin embargo, Kiril todavía capitaneaba un ejército de más de mil almas dispuestas a luchar hasta la muerte por salvar Tierra Conocida de las sombras que se cernían sobre su futuro.

Mientras Kiril y Maikel aún pensaban en la debacle de los rebeldes bortigos, Enna preguntó a Esmut:

—¿Os informaron esos viajeros de movimientos de tropas gronings?

—En realidad no mencionaron nada extraordinario —respondió Esmut—. Hace meses que los gronings controlan la región y, a excepción de las habituales compañías que patrullan por los caminos de los burgos, ninguna legión ha variado significativamente su posición o emprendido la marcha para atacar otras regiones.

—Desde la campaña para la ocupación de las regiones orientales no se han recibido noticias relevantes de los ejércitos de Zornik —apuntó Haakoin mientras el inquieto Loit asentía con un repetido movimiento de su cabeza.

—¿Os hablaron de los burgos nerlingos, de Alkoburgo, de Lothikaton? —preguntó Maikel tras sentir una repentina y dolorosa añoranza de su hogar.

Esmut miró con tristeza a ambos jóvenes y se tomó unos instantes para componer una respuesta antes de contestar al forzado alko.

—Lothikaton se ha convertido en un asentamiento groning, en una cabeza de puente para sus tropas. Una compañía de unos trescientos hombres se encuentra permanentemente destacada en vuestra antigua capital. El castillo del rey está prácticamente en ruinas y los gronings ocupan ahora las desvencijadas cabañas que rodean a Lothikaton —Esmut tragó saliva e hizo una solemne pausa antes de continuar—. Por lo que respecta a los burgos... —contempló a los dos alkos y tuvo que hacer grandes esfuerzos para evitar que las lágrimas asomaran a sus ojos castaños —, ...fueron completamente destruidos. Los gronings los incendiaron, uno a uno; nada quedó en pie, ni una sola cabaña, ni un solo establo. Alrededor del Lago Argul no hay nada más que piedras quebradas y cenizas, negras y corrompidas cenizas. El otrora frondoso y bello Bosque de Alkos es ahora un extenso yermo calcinado y reseco —y Esmut agachó la cabeza, no pudiendo soportar por más tiempo la desconsolada mirada de Kiril y Maikel.

—La hierba volverá a brotar, los árboles volverán a crecer, y la luz de la libertad volverá a brillar en el cielo nerlingo —sentenció Oerlikon—. Zornik ganó aquella batalla, pero nosotros le derrotamos en el Este, y le demostraremos que somos capaces de ganar esta guerra aunque sea a costa de nuestras propias vidas.

Si las palabras de Oerlikon buscaban consolar a Kiril y Maikel no lo lograron, pues los dos alkos quedaron profundamente abatidos tras escuchar por boca de Esmut cómo las tierras que los habían visto nacer habían sido salvajemente profanadas por la horda groning.

—Kiril, Maikel, no podemos permitir que la desesperanza anide en nuestros corazones y vele la luz que guía nuestras almas —les exhortó Enna—. Un poderoso ejército entregado a nuestra causa aguarda las órdenes de su capitán a las puertas de Mugaburgo. Es hora de continuar con nuestro plan. Debemos apresurarnos o será demasiado tarde para Olaf, demasiado tarde para todos los hombres de bien. Una saga mortal pende ahora sobre su cabeza.

—Es cierto —recobró el ánimo Maikel al acordarse del enjuto norteño—. Los gronings lo han sentenciado a la horca dentro de dos lunas.

—¿Han capturado los gronings a algún amigo vuestro? —preguntó intrigado Loit.

—En honor a la verdad habría que decir que no lo capturaron los gronings, sino que fuimos nosotros quienes se lo entregamos —respondió Oerlikon—. Les hicimos creer de esa manera que Olaf era uno de los bandidos que nos habían atacado en la Cuevas Escondidas y al cual habíamos logrado capturar. Él fue nuestro salvoconducto para entrar en Mugaburgo sin levantar sospechas.

—¿Dónde celebran los gronings los ajusticiamientos? —preguntó Kiril.

—Solamente cuatro desdichados han sido ahorcados hasta la fecha —respondió Haakoin—, y siempre fueron ejecutados cerca del portón del este, a unos cincuenta pasos de la casona que utilizan como prisión.

—Eso nos beneficia —dijo Kiril—. Nuestras tropas podrían penetrar en la ciudad por el este creando la confusión necesaria para liberar a Olaf.

—¿Conocéis al otro preso que será ejecutado junto a Olaf? —preguntó Oerlikon—. Creo que oí llamarle Lenar al soldado groning.

—Lonar —le corrigió Esmut—. Se llama Lonar.

—Podría sernos de gran utilidad si en verdad se trata de un rebelde en tratos con otros rebeldes lupenos o skelingos —sugirió Oerlikon.

—Sin duda se unirá gustosamente a vuestra causa —dijo Esmut—. Es uno de los más activos ciudadanos de Mugaburgo. Ojalá hubiera muchos más como él. Regenta una tienda de trueque de caballos cercana a la mía, y enviaba mensajes ocultos bajo las sillas de montar a sus contactos en los burgos lupenos y skelingos. Pero la última vez fue sorprendido por los gronings tras un registro sorpresa. Apostaría el cuello que algún miserable traidor amigo de los gronings lo delató —maldijo Esmut con rabia—. Es una persona muy cauta, celosa de sus secretos, y amiga de sus amigos. Si lo liberáis de una muerte segura en la horca, no dudará en ayudaros y compartir con

vosotros valiosa información acerca de los territorios ocupados.

—No se hable más entonces —dijo Oerlikon—. Todos estamos cansados y necesitamos dormir. Mañana, después del desayuno, acordaremos las últimas líneas de nuestro plan. Debemos buscar una buena excusa para permanecer en Mugaburgo sin levantar sospechas hasta el día en que Olaf vaya a ser ejecutado. Quizás la repentina indisposición de esta bella joven... —y sonrió mirando a Enna.

—Estoy de acuerdo con Oerlikon —bostezó Haakoin—. El sueño antes interrumpido vuelve a reclamarme con fuerza. Loit, ocúpate de instalar a nuestros nobles huéspedes y después acompaña a Esmut a su cabaña.

—No será necesario que Loit venga conmigo —replicó Esmut—. Me deslizaré sigilosamente entre las sombras de los callejones traseros. La patrulla groning no dará conmigo.

—De acuerdo. Volveremos a reunirnos aquí después del amanecer —les emplazó Kiril—. Ahora apagad las luces y cumplid la guarda de silencio —y Enna sonrió al recordar los preceptos que regían en Caterziveen cada noche al morir el día.

—Hasta mañana —se despidió Esmut entre susurros.

—Hasta mañana, y que duermas bien —respondieron todos mientras Haakoin se dirigía como un sonámbulo hacia la dulce llamada del sueño en su mullido jergón.

Esmut desapareció silenciosamente tras el umbral de la puerta y el dicharachero Loit los acompañó a sus aposentos mientras les relataba las bondades y maravillas que escondía La Luna Blanca. Kiril y Maikel apenas si podían contener la risa al escuchar la perorata de Loit.

—Una deuda saldada y un feliz reencuentro —pensó Kiril—. Nuestros próximos pasos nos conducirán al añorado hogar. Y después, el viaje hacia Groningburgo, la batalla definitiva contra la oscuridad.

El sueño se apoderó, con sus persuasivos cantos, de los cuatro viajeros. La noche transcurrió en paz, serena bajo la custodia de las estrellas que dibujaban la arcana constelación de Eubalil, insomnes e incansables guardianes de la noche.

Kiril y Maikel viajaron por agitados mares de ensoñaciones, conducidos caprichosamente por las fuertes mareas del recuerdo. Su apresurada huida de Mugaburgo y su claustrofóbica travesía por las Cuevas Escondidas no les abandonaron durante toda esa noche.

Ambos despertaron al alba y, sin cruzar palabra alguna, salieron de la posada para contemplar el hermoso amanecer. Las crestas de la Cordillera Iugur-András se elevaban recortándose frente al cielo lapislázuli, el cual, lenta y delicadamente, mudaba a tonos amarillentos y suaves bermejos. Con la luz de la alborada se desvanecieron los demonios y fantasmas que los habían atormentado durante la noche.

—Nuevamente Nerlinguia nos saluda con su luz divina —habló Kiril rompiendo el silencio que los había envuelto desde su despertar.

—Al igual que la mañana en la que tras sortear los Rápidos del Ansar reanudamos nuestra travesía para descender el último tramo del Morkurgul anhelando alcanzar el Mar del Este —añadió Maikel recordando el fabuloso caleidoscopio que la escarcha y la luz del amanecer crearon ante los atónitos ojos de Kiril, Maikel y el añorado Oyvind.

—El Mar del Este, Thioluka... —fantaseó Kiril creyendo sentir la brisa del mar oriental acariciando su rostro mientras contemplaba el inalcanzable horizonte de la grandiosa marina.

—Confío en que Tirk, Holm y Kilma se encuentren sanos y salvos, y cuiden de la sin par Dos Aguas —dijo Maikel.

—Yo también lo espero —musitó Kiril aún embelesado por el recuerdo de la cálida brisa de oriente.

El despertar del burgo, con el golpeteo de los contrafuertes de las ventanas, el crepitar de la leña seca en el hogar y los sonidos de los animales, volatilizaron como un fuego fatuo la lejana visión en la que los alkos levitaban, devolviéndoles de nuevo a la realidad de aquella tierra sojuzgada por el yugo de Zornik.

—Regresemos a la posada —sugirió Kiril—. Nuestros amigos nos esperan.

Maikel asintió y lentamente regresaron caminando por la pedregosa y embarrada calle principal de Mugaburgo.

En La Luna Blanca, Haakoin y Loit se esmeraban en preparar un succulento desayuno que complaciera a tan notables huéspedes. Esmut se acercaba también caminando a la posada, esta vez por la calle principal y no a hurtadillas a través de los angostos callejones que daban a los establos como la pasada luna.

Enna y Oerlikon bajaban de sus habitaciones en el piso superior cuando Kiril y Maikel entraban por la puerta. Kiril se acercó a Enna y la besó cariñosamente en la mejilla dándole los buenos días. La primogénita de Oerlikon se sonrojó al recibir el beso ante tan indiscreto público y su mejilla se arreboló mientras los demás sonreían divertidos ante la simpática escena.

Al cabo de unos instantes, Haakoin y Loit se aparecieron ante ellos como dos sacerdotes de un extraño culto que pretendieran aplacar la ira de su dios mediante la ofrenda de las más exquisitas viandas y succulentos manjares. Dos enormes bandejas repletas de comida sepultaron la superficie de la mesa, alrededor de la cual, los cuatro viajeros acompañados por Esmut se encontraban sentados. Bizcocho, huevos revueltos, salchichas de cerdo, queso de cabra, bayas silvestres, peras, manzanas, frutos secos, tocino y hasta varios generosos muslos de pollo perfectamente troceados cubrían las bandejas.

—¡Y ahora las bebidas! —anunció satisfecho ante semejante despliegue culinario el orondo Haakoin.

Nuevamente apareció presto Loit, quien había desaparecido veloz como una lagartija sin que hubiesen reparado en él, con una enorme bandeja sobre la que bailaban jarras de leche caliente, cerveza floja y agua.

—¿Y naranjas? —preguntó con sorna Enna ante semejante despliegue culinario—. ¿No tenéis naranjas para ofrecernos un refrescante zumo? —bien sabía ella que ni era la época de su recolección ni tampoco que en aquellas regiones abundasen los árboles frutales que necesitaban del calor y del sol más propio de las regiones sureñas.

—Disculpe, joven dama —respondió Haakoin apurado y con su rostro repentinamente perlado por gotas de sudor—. Siento informarle que no tenemos naranjas.

—Quizás si deseara volver a honrarnos con su presencia en los albores del solsticio de invierno, podríamos ofrecerle un refrescante y saludable zumo exprimido de las más jugosas y carnosas naranjas de las tierras orientales lindantes con la Barrera de Dunas —apuntilló el joven Loit a Haakoin sin ruborizarse lo más mínimo.

Tras escuchar la respuesta de ambos posaderos, Maikel se levantó con gesto malencarado y, dirigiéndoles una colérica mirada, gritó:

—¡Devuélvenos las dos monedas de oro, desagradecido posadero! Nos prometiste que todos nuestros apetitos serían saciados siempre que nos hospedásemos en La Luna Blanca, y tú ahora te niegas a complacer los deseos de esta desvalida dama.

—Pero... —tartamudeó Haakoin—, pero... mi señor... —y Maikel estalló en una estruendosa carcajada al no poder contener la risa por más tiempo mientras interpretaba aquella farsa.

Haakoin resopló aliviado y los demás rieron la broma de Maikel. Incluso Loit se unió brevemente al coro de risas, hasta que Haakoin le fulminó con la mirada.

—Disfrutemos del desayuno que Haakoin con esmero nos ha preparado —dijo Oerlikon—, pero no olvidemos cual es el motivo por el que nos encontramos aquí y ahora. Recordad a vuestro amigo Olaf. A buen seguro estará comiendo un trozo de pan reseco y sorbiendo un vaso de leche agriada mientras se recuesta en su maloliente celda.

Los tres jóvenes borraron las sonrisas de sus rostros y en silencio comenzaron a dar buena cuenta del desayuno. Tras días de comer pan, frutos secos y carne ahumada recalentada en minúsculas brasas ahogadas por la agobiante penumbra de las Cuevas Escondidas, sus estómagos recibieron como una bendición de los dioses los alimentos frescos y calientes que el hurraño Haakoin les había preparado.

Cuando saciaron los primeros embates de su desatado apetito, Oerlikon retomó la conversación:

—Dos son ahora los asuntos que nos apremian —dijo el lacrag del sexto clan—. El primero de ellos es evitar que los gronings ahorquen al bueno de Olaf y el segundo enviarla señal a nuestro ejército para que ocupe Mugaburgo.

—Podríamos hacer coincidir ambos acontecimientos —apuntó Kiril. La ejecución de Olaf con la toma de Mugaburgo.

—Es una gran idea —le felicitó Enna—. Los gronings estarán más preocupados por la ejecución que por la vigilancia del portón del este.

—¿Y cómo pretendéis lograr que vuestro ejército ataque el portón del este en el momento exacto? —preguntó Esmut—. No sabemos cuando los gronings tienen planeado ejecutar a Olaf y Lonar.

—No sería difícil enterarse de eso. Yo podría hacerlo —intervino Loit y todos lo miraron con sorpresa y curiosidad—. Podría acercarme a la casona donde custodian a los prisioneros y preguntar por la ejecución. Les diré a los gronings que nuestros huéspedes desean presenciar tan cabal ajusticiamiento como muestra de represalia a los bandidos que los asaltaron en las cuevas.

—Ésa también es una gran idea —dijo Maikel sonriendo—, si no fuera porque los gronings están hastiados de tu incansable parloteo. Sería mejor que Enna con sus artes de mujer sonsacara esa información.

—Enna no irá —replicó Kiril con sentido celo que enseguida trató de ocultar con una rápida justificación—. Enna es nuestra excusa para permanecer un par de lunas más en Mugaburgo. Su repentina indisposición no será creíble si la ven coqueteando con uno de los soldados gronings.

—Iré yo —sentenció Oerlikon—. No tardarán en darme la información para librarse de un viejo pesado y adulator —y todos asintieron menos Loit, quien ansiaba poder participar en los planes de los nerlingos—. Ahora ya sólo nos queda por resolver cómo haremos llegar a nuestras tropas el mensaje una vez que sepamos la fecha del ahorcamiento.

—Yo podría llevar el mensaje a sus hombres —volvió a ofrecerse desinteresado Loit.

—¿Es que no piensas en otra cosa que buscar cualquier excusa para escabullirte de la posada y abandonar las labores que tienes asignadas? —gruñó Haakoin, quien se imaginaba al pillastre de Loit bordeando a hurtadillas las altas empalizadas del burgo mientras él tenía que dividirse en las tareas de hospedero, cocinero y camarero, mientras decenas de comensales gruñían hambrientos en el salón, haciendo tamborilear sus tenedores y cuchillos demandando las viandas que habían ordenado al agobiado Haakoin.

—Deja hablar al muchacho —le espetó Esmut—. Si hay alguien capaz de burlar la vigilancia de las patrullas gronings ése es Loit.

—Gracias, caballero —dijo Loit—. Si maese Oerlikon logra tirar de la lengua a esos engreídos y estúpidos gronings, esta misma noche yo podría deslizarme entre las sombras y abandonar el burgo para hacer llegar el mensaje a vuestras tropas. A cambio de ello solo pido que garanticéis mi seguridad, que no moriré ensartado por diez lanzas o atravesado por cien flechas cuando me aproxime al campamento.

—¿Por dónde piensas saltar las empalizadas? —le preguntó Haakoin—. No pretenderás franquearlas de un salto con tu estatura; menos aún tratar de cruzar al exterior por los portones. Sabes bien cuán protegidos y vigilados se encuentran.

—Que no sea alto ni fuerte no significa que no sea capaz de traspasar altos muros —respondió huraño el siempre afable Loit herido en su orgullo, mas la hostil mirada

que nuevamente le dirigió Haakoin le hizo aplacar con rapidez sus ímpetus juveniles —. Por muy altos que sean, un escurridizo conejo siempre encuentra una madriguera —y sin revelar nada más sobre su plan de fuga guiñó teatralmente un ojo.

—No se hable más entonces —zanjó Oerlikon la conversación viendo que Haakoin volvía a hacer amago de arremeter contra la propuesta de Loit—. Y no te preocupes; te garantizo que nada te ocurrirá cuando llegues al campamento. Enna será tu salvoconducto. Ella te acompañará en la huida.

—¿Pero... cómo...? —tartamudeó Kiril—. ¡Es muy peligroso! Podrían descubrirle cuando trate de escapar de Mugaburgo junto a Loit.

—Siempre podría decir que el jovenzuelo le llevó hasta allí con alguna excusa para robarle unas monedas de oro —respondió Oerlikon mientras Kiril le dirigía una mirada poco amigable—. De otra forma pondríamos la vida de Loit en peligro. Es muy probable que al llegar al campamento, Gródolas y los demás le consideren un espía groning y acaben con él. ¿Crees, joven Loit, que tu nueva compañera podrá cruzar a través de tu madriguera? —y guiñó un ojo al jovenzuelo ayudante del posadero el cuál recuperó la sonrisa.

—¡Hummm...! —exclamó Loit tomándose su tiempo en escrutar con ojos penetrantes a Enna—. Su bella figura de doncella le permitirá entrar en ella —dijo finalmente.

—Gracias —dijo Enna incorporándose al tiempo que ejecutaba una jovial reverencia—. Será un honor para mí poder visitar su humilde morada.

—Esto no tiene ni pizca de gracia —le regañó Kiril a Enna—. ¿Y si los gronings acuden a La Luna Blanca a comprobar que realmente Enna está enferma? —y se giró ahora hacia Oerlikon—. ¿Qué haremos entonces?

—Los gronings no vendrán, aunque es un riesgo que debemos correr —sentenció Oerlikon—. Estarán demasiado ocupados persiguiendo a los bandidos y preparando el patíbulo para los dos presos.

—¿Persiguiendo a los bandidos? —preguntó intrigado Maikel—. ¿A qué bandidos?

—Al señuelo que nuestros hombres prepararan —respondió Oerlikon—. Será parte del mensaje que Enna y Loit llevarán a los nuestros —y les explicó a todos cuál sería el plan definitivo que había trazado.

Tras convenir y acordar los detalles del plan, a pesar de la obstinada oposición de Kiril a que Enna abandonase el burgo, terminaron de dar buena cuenta del desayuno. Esmut abandonó tempranamente la posada por la portezuela que daba acceso a los establos y se dirigió a abrir las puertas de su negocio. No convenía que los gronings o cualquier traidor de Mugaburgo sospechase que algo tramaban en el interior de La Luna Blanca aquellos cuatro extraños viajeros, el hosco posadero, su resabiado ayudante y el desconfiado Esmut.

Era media mañana y Oerlikon caminaba presuroso fingiendo enfado hacia la



casona donde los gronings tenían preso a Olaf. Tal y como había previsto, tras deshacerse en halagos con los soldados y apoyar enérgicamente la ejecución del bandido junto al rebelde agitador, éstos le informaron del momento en el cual Olaf sería ejecutado para poder librarse del Kliat del sexto clan.

—Si hubiesen sabido los planes que Zornik guarda para las legiones del norte también me los habrían contado —dijo satisfecho al regresar a La Luna Blanca.

Allí relató a Enna, Kiril y Maikel lo que los gronings le habían confesado. Olaf sería ejecutado mañana al caer el ocaso. Esto les daría tiempo suficiente para que Enna y Loit se escabulleran e informaran al ejército de la Alianza de los planes de Oerlikon. Sin embargo, Kiril seguía disgustado por el riesgo que Enna correría al tratar de huir de Mugaburgo en compañía de Loit.

Decidieron permanecer todo el día en la posada para no levantar sospechas. De esa forma, tanto los gronings como los colaboracionistas que habitaban en el burgo fronterizo se olvidarían de ellos. El día se hizo terriblemente largo; el tiempo transcurría lento y tedioso, demorándose en partir como las hojas secas se resisten a abandonar sus moradas arbóreas con la llegada del otoño. Enna conversaba con Loit siempre que éste conseguía escabullirse de las labores que Haakoin le había encomendado, y ambos prepararon su huida del burgo. Oerlikon escribió el mensaje que deberían entregar a Gródolas y los oficiales, al tiempo que Kiril se sumió en sus propios pensamientos, mientras imágenes de futuras batallas y la penosa marcha de su ejército al encuentro del rey brujo le mortificaban. Maikel, ajeno al grupo, dormitaba sentado junto a una de las mesas del comedor mientras sostenía en su mano derecha una enorme jarra de cerveza tostada por la que se derramaba su espuma.

—Está oscureciendo —anunció Loit inquieto a los huéspedes de La Luna Blanca.

—Debemos prepararnos —respondió Enna al tiempo que se incorporaba—. Subiré a mi estancia para tomar mi capa y mi daga.

—Sabes que no tienes por qué hacerlo —le dijo Kiril una última vez.

—Y tú sabes que soy la única que puede hacerlo —le respondió Enna con firmeza—. De otra forma, sentenciaríamos a Loit a una muerte segura.

Kiril no respondió y Enna subió por las escaleras, mientras el alko la contemplaba al mismo tiempo con orgullo y tristeza. La primogénita de Oerlikon era una digna capitana de sus hermanos del sexto clan. Antes de que pudiera darse cuenta, Enna bajaba por las escaleras abrigada con su capa.

—Loit —le llamó Oerlikon—. Acércate al establo para abreviar a los caballos —y le guiñó un ojo.

—Entendido —le respondió con otro guiño el joven ayudante de posadero y, en menos de un abrir y cerrar de ojos, desapareció por la puerta trasera de la posada. Al cabo de un tenso impás de espera, Loit regresó al interior de La Luna Blanca.

—La noche ha caído en las cumbres de la Iugur-András —les informó—. En unos

momentos la oscuridad se habrá apoderado de Mugaburgo. Ya no queda nadie en las calles, sólo los vigilantes de ambos portones y la patrulla que recorre las calles para hacer cumplir el toque de queda. Acaban de pasar frente a la posada, por lo que el camino estará despejado durante un rato.

—Perfecto —dijo Oerlikon—. No debéis demoraros. Loit, toma tu capa y un cuchillo.

Mientras el joven corría a su habitación, Oerlikon le entregó a Enna el mensaje que había escrito.

—Hacédsele llegar a los oficiales —dijo Oerlikon—. Si no lográis entregar este mensaje, la vida de Olaf correrá un serio peligro. Cuidaos y, por Nerlinguia, llegad sanos y salvos al bosque.

—También nosotros correremos grave peligro entonces —añadió Maikel—. Pues en ese caso tendremos que poner fin a esta farsa para salvar a ese pequeño norteño.

—Padre, te prometo que esta noche Loit y yo habremos entregado este mensaje a Gródolas y los oficiales. Mañana con el ocaso, las espadas de nuestros soldados brillarán con fulgores mortales para los gronings.

—Estoy preparado —les interrumpió Loit al irrumpir corriendo en el comedor—. Si mi dama también está presta, deberíamos partir ya.

—Al menos permitirás que me despida de ella —dijo Kiril sonriendo tras abandonar el taciturno semblante que le había acompañado durante todo el día.

—Por supuesto —respondió Loit—. Permiso concedido —y los demás rieron.

—Cuídate —le dijo Kiril mientras abrazaba a Enna y besaba su mejilla—. No soportaría perderte ahora. No me castigues haciéndome padecer la misma angustia que tú sufriste a orillas del Taquakland. No soportaría verte caer herida de muerte, no tendría tu entereza.

—Destierra de tu mente esos lóbregos pensamientos —respondió Enna—. Mañana, al caer la noche, volveremos a vernos. Mugaburgo caerá bajo la espada de Therliangator y estaremos un paso más cerca de acabar con el poder de Zornik. Te prometo que no te haré sufrir; además, mi fiel escudero Loit cuidará de mí.

—Daré mi vida por vos si es necesario —afirmó Loit con firmeza.

—Esperemos que nunca llegue ese momento —respondió Kiril mirando con cariño al joven bortigo.

—Vamos, es la hora de partir —dijo Oerlikon con la voz entrecortada por la emoción.

Enna se acercó a Oerlikon y ambos se fundieron en un abrazo.

—No te defraudaré, padre —le susurró Enna al oído.

—Nunca lo has hecho —respondió Oerlikon—. Cuídate —le dijo con un nudo en la garganta mientras contemplaba sus brillantes ojos verdes.

Enna mantuvo unos instantes la paternal mirada de su padre hasta que, viendo que Loit se retorció de inquietud, se alejó lentamente de los dos hombres a los que más amaba en este mundo. Cuando se dirigían a la puerta trasera de la posada, una enorme

mano carnosa agarró a Loit por su hombro izquierdo:

—Ten cuidado, mozalbete —dijo Haakoin con ojos vidriosos—. Ya sabes lo que hacen los gronings con los traidores.

—No se preocupe, señor Haakoin —respondió Loit sorprendido y emocionado—. No les daré el placer de capturarnos.

—Eso espero, pues mañana por la noche habrá mucha cerveza y comida que servir. La celebración de la victoria durará hasta bien entrada la madrugada, y... cuento contigo para ayudarme —dijo Haakoin.

—Puede contar conmigo —respondió satisfecho Loit—. Aquí estaré puntual para ayudarle —y posadero y ayudante cruzaron una sonrisa.

—¡Adiós! —dijo Enna abriendo la puerta trasera de la posada—. ¡Que Nerlinguia nos proteja! Mañana volveremos a vernos y brindaremos por la victoria de nuestro ejército.

—¡Que Nerlinguia guíe vuestros pasos! —respondieron Kiril, Maikel, Oerlikon y Haakoin.

Enna y Loit dirigieron una última mirada a los cuatro hombres antes de que la puerta se cerrara tras ellos. Una enorme tristeza invadió la posada, dejándolos cabizbajos y pensativos. Haakoin fue el primero en reponerse y trató de animar a sus huéspedes:

—¡Vayamos al salón! —dijo con voz atronadora—. Tomaremos unas jarras de cerveza a la salud de esos valientes. Y reservad para La Luna Blanca y este posadero unas estrofas en las canciones que celebren la primera victoria de los ejércitos del Rey Nerlingo en la reconquista de Jactinia. La fama de mi negocio se extenderá hasta el último confín de Tierra Conocida, y no habrá viajero que merodee por Mugaburgo que pierda la ocasión de visitar mi posada. De esta manera compensaré con cientos de monedas de oro el injusto trato al que me obligasteis a llegar, saqueadores nerlingos, ¡ja, ja, ja!

—Valiente usurero estás hecho, Haakoin —rió Maikel—. Vamos, trae esas cervezas antes de que te arrepientas de tu insólito acto de generosidad —y todos rieron.

Loit dirigía a Enna con maestría a través de las callejuelas, cabañas y establos, que emergían a su paso como fantasmagóricas siluetas envueltas por las sombras nocturnas de Mugaburgo. No había rastro de la patrulla groning, por lo que avanzaban con rapidez doblando continuamente hacia la empalizada norte. El cielo también estaba envuelto bajo el oscuro manto de negras y grises nubes. Solamente el titilar de las antorchas, ampliamente espaciadas a lo largo de la empalizada, recortaba tenuemente las figuras de Loit y Enna. Varios caballos relincharon al pasar ambos junto a uno de los establos, y una vaca mugió contrariada al verse sobresaltada durante su duermevela.

—Un par de establos más y habremos llegado —le susurró Loit a Enna mientras

avanzaba encorvado como una nerviosa ardilla.

Continuaron caminando por un estrecho callejón que discurría en paralelo a la parte trasera de una cabaña abandonada que algunos de los comerciantes de Mugaburgo utilizaban a modo de almacén de leña para el invierno. Tras la cabaña apareció un desvencijado establo sin techo, en el que dormitaban media docena de ovejas apretujadas unas contra otras. Los animales no se inmutaron cuando Loit y Enna pasaron a su lado.

—Hemos llegado —dijo Loit deteniéndose—. Allí está mi madriguera —señaló con el dedo pero Enna no alcanzó a ver nada.

Se encontraban en la última línea de edificaciones de la zona norte del burgo. La empalizada se erguía cercana frente a ellos. La oscuridad era total. La luz de la antorcha más próxima resplandecía cincuenta pasos a sus espaldas oculta por la tejavana de uno de los establos. Loit husmeó los alrededores como un sabueso. El camino estaba despejado.

—Escucha —le susurró a Enna—. Ahora correré hacia la empalizada. Cuando llegue al túnel, silbaré para indicarte que no hay peligro. Entonces corre hacia mi tan rápido como puedas. Una vez alcances mi posición, te mostraré el túnel. Entrarás tú primera. No te asustes, no mide más de cuatro pasos de longitud, aunque está oscuro, húmedo y embarrado. Si sientes que te has quedado bloqueada, golpea tres veces con las punteras de tus zapatos en el suelo. Te empujaré para que puedas alcanzar el otro lado. ¿Lo has entendido? —le preguntó Loit.

—Sí —respondió Enna sorprendida por la desenvoltura del joven aprendiz de posadero.

—Aguarda entonces mi señal —y sin más demora Loit abandonó veloz su escondite.

En un abrir y cerrar de ojos alcanzó la empalizada; se quedó acurrucado sobre ella, como una ardilla oculta al abrigo de la espesura del bosque. Tras una tensa espera, Loit imitó el canto de un jilguero y, sin dudarle, Enna siguió decidida los pasos del joven ayudante de posadero.

—¡Vamos, por aquí! —le ordenó Loit a Enna mostrándole la angosta entrada al túnel mientras ella jadeaba después de la veloz carrera que le había conducido desde el establo.

Enna pudo adivinar en la oscuridad una pequeña abertura en la tierra, cubierta por hierbajos y varias ramas secas.

—Ahora entiendo por qué lo llamabas tu madriguera —dijo Enna contemplando con desconfianza la entrada.

—¡Vamos! ¡Entra adentro! —le apremió Loit—. Los gronings podrían aparecer en cualquier momento.

Enna entró decidida al túnel. Apenas sus brazos y su cabeza hubieron penetrado en él, sus hombros quedaron bloqueados. Rápidamente dio tres golpes como Loit le había indicado, y éste le empujó por los pies. La tierra estaba reblandecida por las

lluvias de la pasada semana, y el empujón de Loit fue suficiente para que la grácil Enna pudiera cruzar al otro lado de la empalizada no sin ciertas dificultades.

—Ya estoy en el otro lado —le informó Enna.

Loit comprobó una vez más que no había ojos indiscretos por los alrededores y, cuando estuvo seguro, se internó como un experto topo en el túnel. Antes de que la nerlinga se diera cuenta ya se encontraba al otro lado de la empalizada junto a ella.

—Ha sido más fácil de lo que esperaba —sonrió Enna.

—Ahora eres tú quien debe conducirnos al encuentro de los soldados —dijo Loit.

—Se ocultan en los bosques, al pie de la cordillera —indicó Enna—. Nos alejaremos de las empalizadas dirigiéndonos una milla hacia el norte para después continuar hacia el este. Tus avispados ojos nos guiarán en la oscuridad, ratón.

—Con gusto os obedeceré, mi dama —respondió sonriendo Loit—. ¡Seguidme! —y ambos se alejaron corriendo de la empalizada ocultos bajo el bruno manto de la noche de Jactinia. Mugaburgo desaparecía lentamente a sus espaldas mientras Enna y Loit corrían sin descanso campo a través en busca del campamento aliado.

—¡Anders, Anders! —llamó uno de los centinelas en un alto susurro a su compañero que, al igual que él, permanecía encaramado en lo alto de un enorme y frondoso olmo—. Alguien se acerca. A unos treinta pasos al oeste de tu posición.

—Sí, yo también lo veo —contestó en voz baja Anders—. Son dos y caminan por el helechal. Klinat, avisaré a la guardia, aunque no parece que se trate de gronings. Más parecen dos muchachos que huyan de Mugaburgo.

Anders armó su arco y lanzó una flecha silbadora a retaguardia, hacia la posición que ocupaba la segunda línea de centinelas. Cuando oyeron cómo la flecha silbaba al surcar el cielo y la vieron clavarse cerca de su posición, el retén de guardia se movilizó con pasmosa celeridad y sigilosamente una docena de hombres avanzaron hacia las posiciones que Klinat y Anders ocupaban.

Loit y Enna seguían avanzando en dirección al bosque. Se trastabillaban continuamente en la oscuridad, y ahora caminaban con dificultad a través de los altos helechos que crecían por doquier en aquella pradera que parecía no acabar nunca. Loit tropezó con una piedra y cayó ruidosamente al suelo, gimiendo de dolor al golpearse en su caída con varias ramas que anunciaban el lindero de una nueva y cerrada comunidad de árboles. Enna se acercó a Loit y se arrodilló junto a él:

—¡Silencio! —le reprendió Enna—. Haces más ruido que un jabalí herido. Si los centinelas nos descubren ahora, sus flechas acabarán con nosotros antes de que puedan ver quiénes somos.

—Está bien, está bien —refunfuñó Loit ahogando sus gemidos mientras trataba de mitigar el dolor de sus piernas con un rápido y enérgico masaje.

—Vamos Loit, presiento que estamos cerca del campamento —le animó Enna, apoyando su mano en el hombro del muchacho.

Loit le sonrió y, tomando la mano que Enna le tendía, ambos se incorporaron. Al

levantarse sintieron que las sombras crecían a su alrededor, velando las escasas luces que el apretado manto de nubes filtraba. Cuando se pusieron en pie, comprendieron que aquellas sombras no provenían ni del cielo ni de los árboles, sino de las fornidas siluetas de seis soldados que los rodeaban apuntándoles con sus arcos, prestos para hacer cantar su mortal sonata. Loit y Enna se apretaron, espalda contra espalda, sorprendidos por la emboscada en la que habían caído.

—¡No temáis! —reaccionó rápidamente Enna apartando el miedo de su lado—. ¡Soy Enna, hija de Oerlikon! ¡No somos espías gronings!

—¡No disparéis! —gritó también Loit saliendo de su aturdimiento—. Traemos un mensaje de Oerlikon para los oficiales de vuestro ejército.

Durante unos interminables instantes un tenso silencio envolvió la escena. Loit podía oír como las cuerdas de los arcos se tensaban y, no queriendo presenciar su propia ejecución, cerró los ojos y se apretó contra la espalda de Enna. Cuando todo parecía perdido, uno de los centinelas reconoció a la prometida de Kiril.

—¡Es cierto! —exclamó el centinela—. ¡No disparéis! ¡Es Enna, la primogénita de Oerlikon!

—¿Cómo puedes estar seguro de ello? —preguntó el que parecía ser el jefe de la partida de centinelas.

El hombre bajó su arco y dejó de apuntar a la joven. Avanzó unos pasos hacia ella y, después de mirarla a los ojos a través de aquella oscuridad, inclinó ceremoniosamente su cabeza y dijo:

—Disculpad, mi señora. Me llamo Toilok, y como vos, soy miembro del sexto clan. Pensábamos que erais espías gronings o algún grupo de pendencieros fugitivos.

—No tienes por qué disculparte, Toilok —contestó Enna dando un paso al frente—. Has cumplido con celo la tarea que te había sido encomendada. Pero ahora —dijo mirando hacia el jefe del grupo—, debéis llevarme inmediatamente ante Gródolas y los demás oficiales. Porto un importante mensaje de mi padre. ¡Vamos! —les espetó—, no hay tiempo que perder.

—Así lo haremos, mi señora —respondió sorprendido el jefe del grupo, y en columna de a dos partieron veloces al encuentro de los oficiales.

Aún no había amanecido en Mugaburgo cuando Kiril, Maikel y Oerlikon deambulaban nerviosos por la planta inferior de La Luna Blanca mientras Haakoin se afanaba en seguir su rutina diaria. Incluso a través del poco expresivo rostro del orondo posadero se vislumbraba su preocupación por la suerte de su joven ayudante. Trataban de aplacar sus temores con unas tazas de leche recién ordeñada, acompañadas por unos trozos de pan del día anterior que habían calentado en el fuego del hogar y que ahora untaban con una aromática mermelada de frutas.

Las luces de la mañana comenzaban a colarse a través de las rendijas de los contrafuertes de madera que cerraban las ventanas desde el exterior. Haakoin caminó hacia la puerta principal y abrió la posada al público dando una falsa sensación de

normalidad. El posadero sabía que esa mañana tampoco tendría huéspedes; bien diferente transcurriría la noche si el plan que Oerlikon había trazado tuviera éxito. Más valía que así fuera, pues de otra forma su cabeza colgaría de la soga del patíbulo junto con la de Olaf y el resto de traidores a Zornik.

En cuanto Kiril y Maikel dieron cuenta del pan con mermelada, comenzaron a caminar por la posada como ratas enjauladas. No pudiendo aguantar por más tiempo aquel forzado cautiverio, decidieron salir a caminar por las calles de Mugaburgo.

—No es prudente que abandonéis la posada —les aconsejó Oerlikon—. Es mejor que los gronings se olviden de nosotros. Quien sabe qué espías de Zornik acechan en el burgo.

—No nos meteremos en líos —respondió Maikel—. Sólo necesitamos respirar aire fresco. La incertidumbre de la espera me está matando.

—Si permanezco un instante más encerrado en la posada mi cabeza estallará —se justificó Kiril—. No dejo de pensar en Enna, y de si ella y Loit se encuentran ahora sanos y salvos en el campamento de nuestro ejército.

—Enna y Loit están a salvo, os lo aseguro —respondió Oerlikon—. Pero está bien, quizás no os venga mal que el frescor de la mañana aclare vuestras ideas. Cuidaos de acercaros a las patrullas gronings, pues alguno de esos malditos podría reconocerlos como nerlingos.

—Tomaremos todas las precauciones necesarias —respondió Maikel dirigiéndose hacia la puerta—. Los gronings no repararán en nosotros —y abrigándose con sus capas, ambos jóvenes abandonaron La Luna Blanca mientras se cubrían con las capuchas.

El burgo amanecía tranquilo esa mañana a diferencia del trasiego y bullicio que lo envolvía antes de la ocupación groning. Sin embargo, al igual que Haakoin, el resto de posaderos y comerciantes llevaban a cabo su rutina habitual, con la vaga esperanza de que algún día el burgo fronterizo recuperase el bullicio de antaño.

Kiril y Maikel caminaron por la calle principal en dirección a la tienda de Esmut. Apenas si se cruzaron con una docena de personas en su camino, ninguna de las cuales pareció reparar en ellos. Divisaron al fondo de la calle el portón del oeste, cerrado y trancado al igual que su gemelo del este.

—Mañana por la mañana los portones volverán a abrirse como símbolo de la añorada libertad que regresa a Jactinia —pensó Kiril.

No tardaron en llegar a la tienda de Esmut, la cual acababa de abrir sus puertas. Entraron adentro, donde encontraron al bueno del comerciante ordenando unos sacos de frutos secos.

—Buenos días, Esmut —le saludó Kiril—. ¿Cómo va todo? ¿Hay alguna novedad?

—Buenos días, amigos —les saludó sorprendido—. No deberíais estar aquí. Arriesgáis mucho exponiéndoos a que los gronings os descubran.

—Eres casi tan miedoso como Oerlikon —dijo Maikel—. Si por él fuera,

estaríamos encerrados una semana en la posada de Haakoin.

—Miedoso no, solamente precavido —respondió Esmut—. Y también os valdría a vosotros ser un poco menos inconscientes y algo más prudentes.

—Tendremos en cuenta tu consejo —dijo Kiril.

—En respuesta a vuestras preguntas, no, no hay novedades —continuó hablando Esmut—. Por desgracia para mi negocio, ningún viajero se ha acercado en las dos últimas lunas al burgo. Es por ello que debéis ser cautelosos, pues en estos días no abundan los forasteros en Mugaburgo. Los gronings o cualquier colaboracionista podrían comenzar a sospechar si os descubren merodeando aún por el burgo. Os ruego que volváis a La Luna Blanca. Os prometo que me pasaré por allí después del mediodía y os informaré de las últimas nuevas y movimientos de los gronings.

—Seguiremos tu consejo —le dijo Kiril mientras Maikel fruncía el ceño—, y aguardaremos impacientes tu visita.

—Allí estaré —contestó Esmut—. Pero ahora marchaos, por favor —les despidió.

Kiril y Maikel tuvieron que resignarse y obedecer al testarudo Esmut. No podrían disfrutar del sol de aquella luminosa mañana ya que tendrían que pasar todo el día enclaustrados en la posada de Haakoin, aguardando impacientes hasta que llegase el atardecer para así poder abandonar su encierro y acudir a presenciar la ejecución de Olaf.

Salieron de la tienda de Esmut y, tan pronto comenzaron a desandar sus pasos en dirección a La Luna Blanca, escucharon una voz a sus espaldas:

—¡Forasteros! ¡Eh, forasteros! —les llamó una voz extrañamente familiar. Kiril y Maikel se miraron con recelo y, girándose lentamente hacia el lugar de donde provenía la voz, descubrieron al groning que les había conducido a La Luna Blanca apoyado sobre una viga de madera del pórtico de una casona cercana.

—¡Forasteros! —les gritó mientras elevaba sonriente un enorme vaso de vino tinto—. ¡Acompañadme y bebamos juntos el vino de los malditos bortigos! —y la lengua se le espesaba en la boca denotando un evidente estado de embriaguez—. No podéis abandonar Mugaburgo sin probar el único de sus placeres —y rió con voz ronca acompañado por otro groning.

—Maldita sea —farfulló Kiril—. Debimos haber hecho caso a las advertencias de Oerlikon.

—Tenemos que deshacernos de él cuanto antes y regresar a la posada —dijo Maikel.

Los dos alkos caminaron hacia la improvisada taberna en que habían transformado la vieja casona con una forzada sonrisa en sus labios. Intuyeron que hacía largo rato ambos gronings habían finalizado su turno de guardia y ahora deambulaban por la calle principal, emborrachándose con el vino más rancio que los posaderos de Mugaburgo les ofrecían.

—¡Tabernero! —gritó el otro groning cuando Kiril y Maikel llegaban a su lado—. Trae dos vasos para los amigos forasteros de mi amigo, ¡ja, ja, ja! —y él mismo se rió



de su torpe juego de palabras—. Y de paso llena nuestros vasos, ¿nos estamos quedando secos! ¡ja, ja, ja! —y ahora ambos rieron con estridencia mientras los dos alkos permanecían callados.

No tardó en asomar por el pórtico un barbudo y alto tabernero con cara de pocos amigos. Probablemente el hombre no cobraría una sola moneda de oro por dar de beber a aquellos rufianes que vaciaban las reservas de vino de su bodega. Kiril y Maikel agradecieron la invitación al posadero y éste les devolvió el agradecimiento con una cómplice mirada. Si hubiera podido habría degollado allí mismo a los dos gronings.

—Por lo que veo aún seguís en el burgo —preguntó el groning mientras su compañero vaciaba de un solo trago el vaso que el tabernero acababa de rellenarle—. ¿Qué es lo que os retiene en esta infesta pocilga de bortigos?

—Nuestra hermana se encuentra indispuesta —se apresuró a responder Maikel—. Permaneceremos en Mugaburgo hasta que ella se recupere; posiblemente mañana por la tarde podremos partir hacia Jactinia —y Kiril le clavó una mirada asesina a Maikel que lo contemplaba extrañado.

—No sólo se trata de mi hermana —habló Kiril tratando de desviar la conversación—. También queremos presenciar la ejecución de ese bandido que nos asaltó cerca de las cuevas.

Pero ya era demasiado tarde, pues el groning sólo había escuchado las palabras de Maikel. Kiril sabía que la mezcla del alcohol y el rumor de una bella mujer sería una fatal combinación que despertaría los apetitos del groning.

—Quiero presentar mis respetos a vuestra bella hermana —dijo el groning—. En cierto modo me siento responsable de su seguridad mientras permanezca en Mugaburgo, y creo que ella también estará encantada de recibir mi visita —y guiñó burdamente un ojo a su compañero que a duras penas mantenía el equilibrio apoyado en la otra columna del pórtico de madera. ¿Neenna era su nombre?

—Naena —respondió secamente Kiril.

—Naena, su nombre suena como la lujuriosa llamada de una sirena —dijo el groning, mientras Maikel detuvo a Kiril con su mirada, pues el Rey Nerlingo a punto estuvo de abalanzarse contra el soldado—. Acompañadme a la posada, ardo en deseos de ver nuevamente los verdes ojos de su hermana y...

En ese momento el sonido de un cuerno reverberó en el portón este. Voces y gritos se alzaron desde el extremo este de Mugaburgo y una patrulla de veinte soldados corrió por la solitaria calle principal en dirección al portón. Kiril y Maikel se miraron con el brillo de la esperanza centelleando en sus ojos.

—Vamos, Klioren —dijo el groning a su compañero de borrachera—. Tenemos que acudir a la llamada. Yo me uniré más tarde al grupo. Primero visitaré a la bella hermana de estos dos forasteros. Si el oficial pregunta por mi dile que el capitán me ha destinado al portón del oeste.

—De acuerdo —respondió Klioren balbuceando por los efectos del vino.

—Te acompañaremos hasta La Luna Blanca —le dijo el groning—. Vamos en la misma dirección —y echó a correr, recuperado de su ebrio estado, bien por la llamada del cuerno o por la imaginaria llamada de su bella sirena, mientras Kiril y Maikel le seguían de cerca y Klioren se arrastraba tras ellos.

No tardaron en llegar a La Luna Blanca, donde pudieron contemplar cómo el ajeteo de los gronings alrededor del portón del este aumentaba. Observaron a un grupo de unos veinte jinetes apresurándose en formar para abandonar rápidamente el burgo.

—¿Qué es lo que ocurre? —le preguntó Kiril al groning.

—No lo sé, pero sospecho que alguien ronda por el exterior de las empalizadas —respondió el groning—. ¡Vamos Klioren! —gritó volviéndose hacia atrás donde, a unos diez pasos, llegaba el groning jadeando—. Entérate de qué es lo que está ocurriendo.

Klioren les adelantó corrió en dirección al portón. Allí se cruzó con una pareja de centinelas que le informaron de lo que sucedía. Cansado por la falta de sueño y el exceso de vino, volvió para dar las nuevas a su compañero.

—Forajidos —exhaló la palabra con un apesoso aliento a alcohol—. Merodean por el exterior del burgo. El capitán ha ordenado que salgan en su persecución para darles caza.

—¡Fantástica noticia! —exclamó Kiril—. Apuesto dos monedas de oro a que se trata de la partida de bandidos que nos asaltaron. Deberíais ir prestos a reforzar la guardia de las empalizadas. Yo mismo presentaré vuestros respetos a mi indisputada hermana una vez se levante. No sería propio de un caballero despertarla de su sueño reparador.

—Me uniré a la guardia de las empalizadas —dijo el groning—, pero después de visitar a tu hermana. Deseo contemplar una vez más sus bellos ojos verdes y su hermoso porte de doncella —afirmó testarudo—. ¡Corre a las empalizadas! —le ordenó a Klioren—. Enseguida me reuniré contigo. Y ahora, amigos forasteros, entremos en la posada. Ardo en deseos de saludar a Naena.

Kiril y Maikel no tuvieron más remedio que acompañar al groning al interior de La Luna Blanca. Cuando Oerlikon oyó el crujido de la puerta al abrirse, se levantó de la mesa de la cocina donde charlaba con Haakoin y se acercó hacia la entrada.

—Por Nerlinguia que tenía el corazón en un puño. Creía que los gronings os habían descubierto. Habéis tardado más de... —y súbitamente las palabras dejaron de brotar de su garganta al contemplar a Kiril y Maikel acompañados por el groning, quien contemplaba a Oerlikon con ojos de estupor tras escuchar lo que acababa de decir.

Todo se desató a una velocidad asombrosa. Antes de que el groning pudiera gritar “¡Nerlingos!”, Maikel le golpeó por la espalda derribándole. A pesar de quedar aturdido, el groning trató de revolverse contra ellos empuñando una daga, pero antes de que pudiera atacarles, Kiril le clavó en el pecho su cuchillo de caza. El groning se

derrumbó y cayó de espaldas al suelo con los ojos completamente abiertos, envueltos por un halo de incredulidad y asombro. Para cuando Haakoin llegó desde la cocina atraído por el ruido de la pelea, el groning yacía inerte en el suelo de la posada mientras un charco de sangre crecía lentamente en derredor suyo.

—Hay que deshacerse cuanto antes del cuerpo y limpiar toda esta sangre —dijo Oerlikon mientras las piernas de Haakoin temblaban como si fuera un alfeñique al contemplar el cadáver del groning—. ¿Podemos ocultarlo en algún establo cercano?

Haakoin seguía sin reaccionar, atónito ante la escena que sus ojos le mostraban.

—Debemos ocultar el cuerpo cuanto antes —le dijo Maikel acercándose al posadero al tiempo que le agarraba del hombro—. Necesitamos que tú nos digas dónde.

—En mi establo... —respondió aún aturdido—. Al lado del abrevadero hay una trampilla cubierta de paja que da a un pequeño foso. Suelo usarlo para guardar algunos excedentes de la bodega.

—Eso nos valdrá —dijo Kiril—. Maikel y yo tomaremos unas sábanas y envolveremos al groning. Tú y Oerlikon limpiad la sangre del suelo y trancad por ahora la puerta de entrada hasta que hayamos terminado. No creo que los gronings se acerquen por aquí, ocupados como están en perseguir a los bandidos. Tu plan ha funcionado —le dijo sonriendo a Oerlikon—. Enna y Loit pudieron entregar el mensaje a Gródolas.

Los cuatro se pusieron rápidamente manos a la obra para borrar cualquier rastro de la presencia del groning en la posada. Kiril y Maikel envolvieron el cadáver en las sábanas más viejas que Haakoin guardaba y, con gran esfuerzo, levantaron pesadamente del suelo el cuerpo y lo trasladaron sigilosamente al establo adyacente a la posada. El foso que Haakoin les había indicado no era muy amplio, por lo que tuvieron que emplearse a fondo para ocultar al groning en su interior. Si todo salía como Oerlikon lo había planeado, no sería necesario ocultarlo allí más de una noche. Esa misma luna Mugaburgo pasaría a manos de los capitanes de la Alianza.

Olaf se sobresaltó al escuchar el sonido del cuerno de llamada. Se incorporó en su mugrienta celda aferrándose a los barrotes. El cuerno volvió a sonar apremiante, esta vez con más fuerza.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó a uno de los gronings que le custodiaban.

—No lo sé, maldita rata —le respondió el groning—. Además, ¿qué te importa a ti lo que ocurra ahí fuera? Esta noche estarás balanceándote con tu cuello quebrado colgando de una áspera y dura sogá, ¡ja, ja, ja!

—Quizás sean mis compañeros que acuden a rescatarme —le respondió Olaf—. Entonces podría ser tu cuello el que esta noche cuelgue de la horca.

—¡Maldito rufián! —gritó el groning y, levantándose de la silla, golpeó los barrotes de la celda con la empuñadura de su lanza justo un instante después de que Olaf retirara sus manos—. Cierra tu maldita boca o te ensartaré con esta lanza ahora

mismo —el groning se dio la vuelta con sus ojos enrojecidos de ira pero, inquieto por la sugerencia de Olaf, salió al exterior de la casona que hacía las veces de prisión para averiguar que era lo que ocurría en el burgo.

El gronin no tardó en regresar. Despreocupado, se sentó de nuevo en su silla.

—¿No vas a dignarte a decirme qué ocurre? —le espetó Olaf.

El groning se levantó rápido como una serpiente y golpeó con su lanza a Olaf en el estómago. El enjuto norteño se dobló por la cintura y, dolorido y sin apenas poder respirar, cayó de rodillas al suelo mientras gemía de dolor.

—Tenías razón. Eran esos malditos rufianes a los que llamas amigos —dijo el groning—. Un increíble ejército de una docena de tullidos forajidos. ¡Ja, ja, ja! Con suerte les daremos caza antes del ocaso para que puedan hacerte compañía en el patíbulo. Estás de suerte, maldita rata; no te mataré ahora. Te dejaré vivir para que puedas contemplar el terror y la muerte en los ojos de tus compañeros cuando cuelguen sobre el vacío, solamente aferrados a esta vida por una soga que acabará partiendo sus gznates.

Olaf se retiró arrastrándose como un animal herido a un rincón de su celda. A medida que recuperaba la respiración una sonrisa se fue dibujando en su rostro. Sus amigos habían puesto en marcha el plan para su liberación. Apoyó su espalda contra la pared y, cuando se hubo recuperado del brutal golpe que el groning le había propinado, llamó susurrando a Lonar, su compañero de prisión.

—Lonar, Lonar —dijo en un alto susurro.

Olaf escuchó a Lonar acercarse silenciosamente a la fina pared que separaba ambas celdas.

—Estoy aquí, Olaf —respondió el bortigo al tiempo que se ocultaba bajo las sombras de su celda.

—El plan de ataque a Mugaburgo ha comenzado —le confesó Olaf—. Kiril y los otros han enviado un señuelo a los gronings. Intuyo que todo se desatará en el momento en que vayamos a ser ejecutados.

—Espero que lleguen a tiempo para salvarnos —respondió Lonar—. No me entusiasma la idea de acabar colgado en la horca como una marioneta rota.

—Confía en ellos —le dijo Olaf—. Un ejército de más de mil hombres aguarda en los bosques lindantes con Mugaburgo. Te prometo que esta noche brindaremos con un buen vaso de vino y mañana nos ayudarás a contactar con los rebeldes skelingos y lupenos. Tenemos que informarles de lo que va a suceder y avisar a todos aquellos que estén dispuestos a hacer frente a los gronings.

—Tan pronto los gronings sean derrotados en Mugaburgo la noticia correrá como un río de lava por toda Jactinia —dijo Lonar—. Entonces será el momento de anticipar nuestros movimientos a los aliados del resto de burgos. Tendremos que actuar prestos y aprovechar el desconcierto inicial. A medida que pase el tiempo, los gronings comenzarán a pensar con claridad y volverán a ser peligrosos. Sus tropas esparcidas por toda Jactinia superan en número a las vuestras. Será crucial no

demorarnos en Mugaburgo una vez haya caído. Vuestro ejército debería marchar raudo sobre los burgos skelingos y llegar a Maraburgo antes de tres lunas. Allí las guarniciones gronings no son numerosas, pues concentran el grueso de sus tropas en los antiguos burgos nerlingos.

—Si conquistamos los burgos skelingos y Maraburgo, ¿aún faltarían otros dos burgos lupenos si no me equivoco?

—En efecto. Igoroburgo y Ballinburgo. La suerte para nosotros es que están ubicados al sur del Bosque Ranwuhan, más de cincuenta millas al oeste del Bosque de Alkos. No había nada por allí que preocupase o interesase a los gronings, por lo que únicamente establecieron una compañía de diez soldados al mando de una suerte de alguacil que gobierna los burgos bajo la supervisión de los oficiales de mayor rango ubicados en los antiguos burgos nerlingos.

—Si la suerte y los dioses nos acompañan, en menos de tres semanas Jactinia habrá retornado a las manos de sus legítimos dueños —dijo Olaf.

—¡Cerrad el pico, malditas ratas! —ladró enfurecido el groning—. ¡Es que acaso os he dado permiso para parlotear como viejas chismosas! Y tú, maldito traidor colaboracionista —le gritó a Lonar—. ¡Lárgate al otro extremo de la celda! —y poniéndose en pie introdujo la empuñadura de su lanza a través de los barrotes y golpeó a Lonar azuzándolo para que se alejase de la pared que separaba su celda de la de Olaf.

Lonar se revolvió y corrió a gatas hasta el rincón más alejado para ponerse a salvo de los golpes del carcelero.

—Os juro que si vuelvo a oíros cuchichear os enviaré a la horca con vuestros estómagos vacíos —les amenazó dirigiéndoles una mirada preñada de rabia y odio.

El groning pareció calmarse y, volviendo a su asiento de madera, se estiró para acomodarse y tratar de volver a dormir. Lonar lo miraba también con odio y murmuró entre dientes:

—La suerte y los dioses nos acompañarán, y nuestra fortuna será tu ruina y la de vuestro abominable rey —sentenció el bortigo.

Si las horas discurrieron lentas durante las jornadas anteriores, ese día parecía que el tiempo se hubiese detenido. Kiril, Maikel, Oerlikon y Haakoin tenían el corazón en un puño, aguardando con inquietud la visita de la patrulla groning para detenerlos por el asesinato de uno de sus soldados. Poco a poco fueron serenándose, casi al mismo tiempo que cesaron los reproches de Oerlikon a los dos imprudentes jóvenes. Gracias a que Enna y Loit habían logrado llevar el mensaje al ejército aliado, el señuelo había mantenido ocupados a los gronings durante toda la mañana, por lo que no repararon en la desaparición de uno de sus soldados. Quizás pensaron que habría partido a dar caza a los ladrones o que estaba de guardia en el otro extremo del burgo. Además, las confusas explicaciones que ofrecería su ebrio compañero no tendrían mucha credibilidad cuando su apestoso aliento a vino barato abofetease la cara del oficial de guardia.

Klinat y Anders acechaban agazapados tras los árboles que lindaban con el frondoso helechal donde descubrieron a Enna y Loit la pasada luna. Era más del mediodía y, según lo planeado, los soldados atraerían a los gronings hacia su posición después de obligarles a perseguirlos al sureste de Mugaburgo. Una vez los centinelas diesen la señal, el señuelo los conduciría al interior del bosque, donde más de sesenta arqueros les aguardaban para abatirlos.

El objetivo no se hizo esperar y a lo lejos, a menos de media milla de su posición, Anders divisó al grupo de aliados perseguidos a cierta distancia por los gronings.

—¡Los he visto! —exclamó—. ¡Mira, Klinat!, al frente, están llegando al gran helechal.

—¡Yo también los veo! —respondió alborozado Klinat—. He de avisar a los arqueros.

—¡Vamos, apresúrate! —le ordenó Anders mientras Klinat ya se descolgaba del árbol y corría en dirección a dónde permanecían apostados los arqueros. Interrumpió dos veces su carrera para silbar la señal acordada, no fuera que su impaciencia le llevara a acabar ensartado por flechas amigas.

En cuanto escucharon la señal, los arqueros tomaron una flecha de sus carcajes. Los arcos se tensaron prestos a cantar su mortal sonata. Klinat llegó exhausto a la posición de los arqueros e informó al oficial.

—Veinte, no más de treinta jinetes... —explicó entre jadeos—. Están muy cerca... —y apenas terminó Klinat de hablar, cuando un creciente eco de cascos comenzó a elevarse al oeste de su posición.

—¡Vamos, ocúltate tras esos matorrales! —le ordenó uno de los arqueros—. Y no te asomes si no quieres que ensartemos una flecha en tu cabeza como si fuera una calabaza —y el arquero sonrió, pero Klinat prefirió seguir su consejo, pues no quería pararse a comprobar si aquel hombre le estaba gastando una broma.

El grupo que Gródolas había enviado para tentar a los gronings a modo de señuelo irrumpió en el helechal cruzándolo velozmente para internarse en la floresta. Los gronings los seguían de cerca pese a que los aliados habían apretado el galope de sus caballos sabedores de que se encontraban muy cerca del lugar fijado para la emboscada. Cruzaron sin detenerse a galope tendido por el corredor que flanqueaban los arqueros, mientras éstos tensaban todos los músculos de sus brazos para lanzar con certera precisión las saetas que acabarían con los gronings. Los perseguidores irrumpieron al cabo de unos instantes en el bosque, y el estruendoso ruido de los cascos de sus corceles se fundió súbitamente con el agudo silbido de docenas de flechas que brotaron desde la espesura para ahogar hasta el último de los sonidos del bosque. Sólo el atemorizado relincho de los caballos y los agonizantes estertores de los gronings rompieron la mortal quietud que los arqueros de la Alianza habían sembrado en la floresta.

—Calmad y recoged a los caballos —ordenó Gródolas surgiendo de entre los árboles con la estampa de un gran guerrero—. Ocultad los cuerpos de los muertos en

el bosque y despojados de sus vestiduras. Enseguida partiremos hacia Mugaburgo — y contemplando los cuerpos inertes de la partida groning, se dirigió caminando lentamente hacia el campamento.

El temido y anhelado ocaso se acercaba perezoso a Jactinia. Los gronings acababan de atar las dos sogas al tablón superior del patíbulo y acercaban ahora dos escaleras de madera de cinco peldaños con un pequeño saliente en su parte superior. El verdugo comprobaba, tironeando de ambas sogas, que estuvieran bien amarradas al patíbulo.

Mientras, en el interior de la prisión, Olaf y Lonar degustaban la que sería su última cena por cortesía de sus captores. Un cuenco de carne de cerdo recalentada y un vaso de vino tinto serían los últimos manjares que probarían antes de abandonar este mundo.

—Deberíais estar agradecidos —les dijo el groning—. En estos tiempos de escasez bien os podríamos enviar hambrientos al encuentro de la muerte —y se carcajeó burdamente del destino al que ambos presos estaban abocados.

Olaf y Lonar aguardaban resignados su cita con el jinete sin rostro. Su destino estaba ahora en manos de sus amigos.

Cuando las primeras sombras comenzaron a deslizarse por las altas cumbres de la Iugur-András, los gronings abrieron las cancelas de las celdas de los dos condenados. Ataron a Lonar ambas manos a la espalda con una gruesa cuerda, mientras Olaf quedó libre de ataduras; aún llevaba un brazo en cabestrillo y, viendo el tamaño del enjuto norteño, los gronings consideraron que no representaba mayor amenaza que una gallina coja.

En la calle principal de Mugaburgo, apenas si una docena de personas caminaban en dirección al patíbulo situado cerca del portón del este. Cuando Olaf y Lonar abandonaron la improvisada prisión custodiados por cuatro gronings, Kiril, Maikel y Oerlikon ya aguardaban frente al patíbulo, simulando una falsa ansiedad por presenciar el ajusticiamiento de ambos reos. Cuando Olaf pasó a su altura, Maikel le escupió a los pies y Oerlikon clamó nuevamente justicia para saldar el agravio sufrido a manos de aquel bandido. Los habitantes de Mugaburgo que se habían acercado a contemplar la ejecución permanecían callados y expectantes. Si se alegraban por las ejecuciones o, por el contrario, simpatizaban con los condenados, sus rostros no dejaban entreverlo. Haakoin y Esmut, aconsejados por Oerlikon, permanecieron recluidos en sus establecimientos. No quería que ambos corriesen ningún riesgo en caso de que el plan trazado para liberar a Olaf y Mugaburgo no tuviera éxito.

Los gronings condujeron a Olaf y Lonar ante el verdugo, quien colocó una capucha sobre sus cabezas para evitar que los allí presentes contemplaran durante la ejecución los rostros de los condenados crispados de dolor y deformados por el ahorcamiento.

Maikel comenzó a impacientarse al ver cómo los preparativos avanzaban y aún las tropas aliadas no habían hecho acto de presencia.

—Si nuestros hombres no aparecen tendremos que intervenir —dijo nervioso el hijo de Torilo.

—Aún nos queda tiempo —respondió Oerlikon tratando de tranquilizarle—. Según me explicó Haakoin, antes de comenzar la ejecución el Senescal de Mugaburgo pronunciará unas palabras.

—Todavía no ha llegado —añadió Kiril—. Pero creo que se acerca. Mirad al final de la calle.

El Senescal se acercaba caminando con paso lento y gesto cansado, flanqueado por dos de los soldados del retén de guardia. La calle estaba desierta a su paso y sólo la furtiva mirada de algún comerciante desde el interior de su establecimiento alteraba la quietud del atardecer. Justamente cuando el Senescal dejaba atrás La Luna Blanca, un cuerno de llamada interrumpió aquella escena.

—¡Los soldados han dado caza a los bandidos! —anunció un vigía desde el puesto exterior de guardia del portón del este—. ¡Abrid el portón!

—¡Fantástico! —exclamó complacido el Senescal—. Parece que hoy celebraremos un vistoso ajusticiamiento. Quizás no tengamos suficiente con ese pequeño patíbulo. ¡Ja, ja, ja! —y los dos gronings que le acompañaban corearon su carcajada.

—Preparaos —fue por el contrario la escueta frase que pronunció en voz baja Oerlikon.

Los gronings desatrancaron el portón y lo abrieron de par en par, burlándose de los bandidos que sus compañeros habían apresado y que ahora correrían la misma suerte que Olaf y Lonar. El Senescal acababa de llegar al patíbulo y, viendo que el trabajo se le acumulaba, ordenó al verdugo que procediera a ajusticiar a Olaf. Sin embargo lo que sucedió no fue lo que los gronings esperaban.

Cuando los falsos gronings se aseguraron que el portón del este se había abierto de par en par, fustigaron a sus caballos y entraron al galope en Mugaburgo. Los supuestos bandidos se desprendieron de las cuerdas que les maniataban y atacaron a la guardia del exterior. La confusión se apoderó de la zona este del burgo y rápidamente los efectivos gronings fueron diezmados.

La carga de la caballería del ejército comandado por Gródolas a través de las desiertas calles de Mugaburgo, fue el preludio para que un torrente de jinetes e infantes invadieran la ciudad fronteriza y los campos que la circundaban. Los gronings que descansaban en sus barracones se vieron sorprendidos por aquella marea humana y, sin apenas tiempo para reaccionar, tuvieron que enfrentarse en un mortal cuerpo a cuerpo con los invasores. La lucha era desigual y, a pesar de que los gronings se defendieron con fiereza, la superioridad numérica de los hombres de Kiril decantó rápidamente la contienda a su favor. Tras los infantes los arqueros tomaron posiciones y, con su constante martilleo en forma de andanadas de saetas, debilitaron



paulatinamente a las fuerzas gronings.

En el patíbulo, el verdugo siguió al pie de la letra las órdenes del Senescal y subió a Olaf por la escalera hasta llegar al último peldaño. Cuando intentaba colocarle la soga alrededor del cuello, Kiril lanzó su cuchillo de caza al verdugo, clavándoselo en el pecho. El verdugo contempló con ojos de terror y asombro cómo la sangre brotaba de su pecho y, en un último gesto de rabia y maldad, dio una patada a Olaf, empujándolo al vacío. El cuerpo del norteño se tambaleó y se tensó, solamente aferrado a la vida por una cuerda que, traicionera, le conduciría a la muerte. Maikel y Oerlikon se encararon al Senescal y a los soldados que le acompañaban, mientras Kiril sorteó la embestida de otro groning al que dio muerte con una certera estocada de Darbrethil. Rápidamente un grupo de soldados aliados se unieron a la lucha de Maikel y Oerlikon, y fue entonces cuando por fin Kiril tuvo el camino despejado para liberar a Olaf.

De un salto se encaramó al último de los peldaños de la escalera y cortó la soga que mantenía a Olaf prendido del patíbulo. El norteño cayó violentamente al suelo gritando de dolor al torcerse un tobillo. Mientras tanto Lonar permanecía acurrucado con la espalda apoyada en la pared de una vieja casona, intentando zafarse sin suerte de la capucha y las cuerdas que le cegaban y maniataban. Para entonces Maikel y Oerlikon se habían desecho del Senescal y de los gronings con la ayuda de los soldados de la Alianza, quienes ahora continuaban avanzando hacia el otro extremo del burgo para tomarlo definitivamente.

—¿Cómo te encuentras, Olaf? —le preguntó Kiril al norteño una vez le hubo quitado la capucha que cubría su cabeza.

—Dolorido y magullado —respondió el espíritu errante—. Mi garganta... —gimió acariciándose el cuello—. No sé si podré cenar algo esta noche —se lamentó.

—Alégrate por seguir vivo —dijo Maikel acercándose al norteño—. Por unos instantes pensé que tu gznate se partía en dos. El verdugo quiso llevarte con él en su agonía de muerte. Esos malditos gronings se adelantaron a nuestro ejército.

—Desatad al pobre Lonar —dijo Olaf agarrándose ahora su maltrecho tobillo—. Esta noche os dará una valiosa información.

—Quizás deberíamos dejarte con Haakoin en La Luna Blanca y llevarnos a Lonar como explorador. Con tu brazo roto y tu tobillo accidentado no serás más que un lastre que retrasará nuestra marcha —rió Maikel.

—Maldita sea, no deseo que tu cabeza cuelgue de la horca, pero no te vendría mal un buen escarmiento, grandullón nerlingo —gruñó enfadado el norteño.

—Cálmate, Olaf —le dijo Oerlikon mientras ayudaba a Lonar a liberarse—. Te llevaremos a la posada de Haakoin y allí te vendaré tu maltrecho tobillo. Si sigues mis consejos, en menos de treinta lunas podrás corretear por las llanuras de Jactinia.

En ese momento aparecieron Enna y Loit montados a lomos de un caballo. Enna bajó del animal y corrió a abrazar a Kiril.

—¡Estás viva! —exclamó Kiril aliviado y exultante de alegría mientras besaba a

su prometida—. Bendita sea Nerlingua por velar por vosotros —y estiró su mano para alborotar el pelo del joven Loit—. Veo que te has comportado como un fiel y valiente escudero —y el aprendiz de posadero se hinchó como un pavo real.

—Yo también me alegro de que estéis sanos y salvos —dijo Oerlikon—, y esta noche habrá tiempo para celebrar tan alegre reencuentro. Mas ahora Maikel y tú debéis dirigiros al extremo oeste del burgo. Gródoles os necesitará a su lado para terminar esta batalla. Tu sola presencia será un acicate para que nuestros hombres logren la victoria.

—De acuerdo —respondió Kiril—. ¡Vamos, Maikel! —le dijo al alko y ambos corrieron calle abajo hacia el portón del oeste.

La batalla concluyó antes de que la noche se cerrase sobre Mugaburgo. Decenas de gronings yacían abatidos en las proximidades de ambos portones junto a soldados de la Alianza. Los habitantes de Mugaburgo salieron a la calle con la felicidad reflejada en sus rostros, una felicidad que había desaparecido de aquellas tierras cuando los gronings invadieron meses atrás el burgo fronterizo.

Cerca del portón del oeste varios soldados acudieron agitados ante Kiril:

—Mi señor, media docena de gronings han logrado escapar —le dijeron nerviosos—. Ordene su persecución y saldremos tras ellos para darles caza.

—No —respondió tajante Kiril—. Dejad que huyan. Tarde o temprano Zornik habrá de saber de nuestra presencia en Jactinia y es mejor que lo averigüe viendo el terror reflejado en el rostro de sus lacayos. Que el nombre de Therliangator brote de sus bocas como un hálito mortal, como la negra premonición del fin de su reinado de oscuridad —y los soldados asintieron vitoreando el nombre de su capitán.

Aquella fue la noche más larga y festiva desde hacía muchos inviernos en Mugaburgo. Los portones fueron nuevamente abiertos y el burgo fue declarado un enclave libre de la tiranía groning. Kiril y sus hombres celebraron por todo lo alto su primera victoria en la que llamaron la Campaña de la Reconquista de Jactinia. Éste sería el primer paso que les conduciría en fechas no muy lejanas a liberar su antiguo hogar, Lothikaton y los cinco burgos nerlingos, para emprender la última etapa de su épica aventura, la travesía hacia Groningburgo.

## LÁGRIMAS DE ARENA

**H**abían transcurrido más de veinte lunas desde que las tropas del príncipe Ilanit partieron de Saimán. Su anciano padre, el Rey Naveen, lo había despedido con lágrimas en los ojos, rezando a los dioses del desierto para que su hijo regresase sano y salvo al palacio real. Aunque a decir verdad, más que en los dioses confiaba en el fiel Senthilkumar, el bravo capitán de sus ejércitos, a quien consideraba como un hijo a pesar de que la sangre de la estirpe real no corriera por sus venas.

El Rey temía no volver a ver a su primogénito, pues conocía el peligro al que Ilanit debería hacer frente. Muchos inviernos atrás, los bárbaros gronings trataron de conquistar el reino de Margalath que se extendía más al sur del Oasis del Oeste, cuando todavía la dinastía Trodmelgin reinaba en Groningburgo. Eran los tiempos en los que el bisabuelo de Ilanit, Sahid el Grande, dirigía los designios de su pueblo. En aquella ocasión, el ardiente sol y la Barrera de Dunas lograron frenar la embestida de las legiones gronings, pero el hoy extinto reino de Margalath tuvo que pagar un terrible precio en forma de vidas para preservar su libertad, que en las décadas venideras lo condujeron a su ocaso y definitiva desaparición. Pero ahora el príncipe Ilanit lucharía más allá de las doradas y bermejas arenas del Desierto Rojo, en una tierra hostil donde un velo gris amortajaba el cielo cubriendo de una siniestra penumbra las regiones centrales de Tierra Conocida. Zornik se aprestaba a consumar el golpe definitivo al mundo de los hombres y, en esa funesta hora, su bien amado hijo Ilanit acudía en socorro de un rey sin reino, en ayuda del Rey Nerlingo.

La salud del anciano Rey Naveen comenzaba a resquebrajarse como el hielo bajo el sol del equinoccio. Con gran pesar para el príncipe Ilanit, partió de Saimán para cumplir la promesa que hizo en Rangalpur al bueno del capitán Falk. Se prometió que regresaría al reino de Saralamath antes de que finalizase el invierno y así poder compartir, en la primavera del nuevo mundo, el final del otoño en la vida de su padre.

Encomendó el cuidado de su anciano padre a su hermano Iltaniel, un impulsivo joven de diecisiete años, a quien su sed de aventuras le hubiera llevado a acompañar a Ilanit hasta el fin del mundo. El joven Iltaniel acató a regañadientes las órdenes de su hermano mayor, accediendo a cuidar en ausencia de Ilanit, de su padre y del reino de Saralamath.

Finalmente, una hueste de más de dos mil quinientos soldados partieron hacia Jactinia a las órdenes del príncipe Ilanit. Su primer objetivo sería Maraburgo, el cual, aunque más alejado de su territorio, se encontraba a medio camino entre las capitales nerlingas y skelingas, una isla solitaria en las grandiosas praderas de Jactinia. De esta manera, previendo que el ejército de Kiril irrumpiría por el este desde Mugaburgo hacia territorio skelingo, el ataque aliado formaría una cuña que penetraría imparable en el corazón de Jactinia.

El ejército de Saralamath siempre se había distinguido por su temible caballería; cientos de cuadrigas convertían a su infantería a caballo en una mortal y devastadora

horda. Serían el complemento perfecto para las compañías de arqueros e infantería de a pie que componían el grueso de las tropas de Kiril.

Avanzaron a ritmo lento pero constante a través del Desierto Rojo hasta alcanzar la Barrera de Dunas. Jinetes y bestias debían llegar frescos a la batalla y ambos recibían los mismos cuidados y atenciones. La canícula reinaba durante el día, pero durante la madrugada, un frío helador que parecía traído del mismísimo Mar de los Vientos, vagaba azotando sin piedad las infinitas arenas del desierto.

Todas las noches antes de acostarse, el príncipe Ilanit gustaba de sentarse fuera de su tienda a contemplar las luces del firmamento; decenas de miles de estrellas que, con su titilante fulgor, adornaban la inmaculada noche del desierto. No había nube, bruma o neblina que se atreviese a profanar la infinita cúpula del cosmos que Ilanit observaba extasiado durante largas horas.

Cuando el príncipe Ilanit y Senthilkumar hollaron la Barrera de Dunas, algo muy dentro de sus corazones se estremeció. Quizá fuera porque por primera vez tomaban conciencia de la misión en la que se habían embarcado o quizá por su amor incondicional y apego a aquellas áridas y ardientes tierras bañadas de arena. Mas fuera lo que fuese, sintieron que desempeñarían un crucial papel en la tragedia en la que se había convertido el devenir del futuro cercano al que se enfrentaba Tierra Conocida.

Contemplaron por última vez desde lo más alto de las cambiantes atalayas que formaban la Barrera de Dunas, las eviternas arenas abrasadas por los rayos del sol sureño, un infinito campo de ascuas bermejas. Las arenas en las que habían nacido y vivido, las arenas de vida y de muerte, las arenas del rojo sin fin. Después miraron al frente y un universo de tonos verdes y ocre se abrió ante sus ojos, un mundo al que ellos no pertenecían, pero al que acudían prestos ante su desesperada llamada de auxilio. Y a lo lejos, tan lejos como ellos se sentían ahora de su hogar, los negros vapores fruto del maligno hechizo de la lamia Urkha les daban la bienvenida a la oscuridad con la que el rey brujo pretendía cubrir hasta el último confín de Tierra Conocida. Ilanit espoleó a su caballo y Senthilkumar arengó a sus hombres, y así fue como el ejército de Saralamath, a pesar de las dudas y la congoja que embargaba a sus capitanes, se despidió de sus amadas tierras para adentrarse en los dominios del diabólico Zornik.

Los ecos de la reconquista de Mugaburgo a manos de un ejército rebelde llegado desde el este y comandado por Therliangator, el gran guerrero que había derrotado a las legiones gronings en las regiones orientales, se había extendido como un reguero de pólvora por toda Jactinia. Los soldados gronings que lograron huir durante la batalla cabalgaron sin descanso noche y día hasta alcanzar Bortiburgo. Allí informaron de lo sucedido a Lunden, capitán y Senescal del burgo, quien recibió conmocionado la noticia. Como si repentinamente hubiera contraído una mortal enfermedad, su rostro se tornó macilento al tiempo que un sudor frío recorría su

espalda. Inmediatamente envió un mensajero a Lothikaton, quien entregaría como pájaro de mal agüero las nefastas nuevas al Mariscal Burkelen. En menos de tres lunas Zornik conocería el avance del Rey Nerlingo a través de los territorios ocupados.

Tras festejar brevemente la victoria lograda en la ciudad fronteriza, a la mañana siguiente Kiril, Enna, Maikel y los demás capitanes departieron animados junto a Lonar, quien les informó de la pequeña red de colaboradores que había tejido entre los burgos vecinos. En Skeldonburgo disponía de un grupo de comerciantes con los que compartía información sobre las tropas gronings y otros grupos subversivos que se oponían al invasor, mientras que en Skiroburgo y Skoroburgo varios pastores y ganaderos apoyaban al núcleo rebelde que se concentraba en Skeldonburgo. También disponía de fieles contactos en Maraburgo, no tanto así en Igoroburgo y Ballinburgo, desde donde muy de vez en cuando recibía alguna nueva. Aquellos burgos situados al oeste de Jactinia, casi en el linde con las regiones occidentales, no habían sufrido los padecimientos de la invasión groning, pues únicamente habían visto sustituida la autoridad que los regía durante una forzada pero pacífica transición. Fue por ello que la población optó por someterse a los gronings y continuar con sus vidas como si nada hubiera sucedido. Kiril interrogó a Lonar acerca de Bortiburgo, pero éste le respondió que no disponía en él de ningún contacto. Tras los burgos nerlingos, Bortiburgo fue la ciudad más castigada por la ocupación groning. Lonar le relató el hostigamiento que sufrieron las tropas gronings por un grupo de rebeldes que se ocultaba en Bosque Verde. Sin embargo, tras unos meses de escaramuzas, los rebeldes huyeron o cayeron abatidos por las espadas gronings. Como escarmiento a cualquiera que osase volver a levantarse contra los gronings, llegaron a oídos de Lonar noticias sobre el envío de doscientos bortigos al Valle de los Elothas, condenados a trabajar como esclavos en las minas de oro hasta el día en que la muerte acudiese a su encuentro. Kiril y Maikel pensaron preocupados en la suerte que habrían podido correr Perlivarce y su esposa Milla, quien además se encontraba en estado de buena esperanza. Rezaron a Nerlinguía porque ambos no formasen parte de los doscientos deportados al Valle de los Elothas.

Therliangator había enviado una avanzadilla de una docena de exploradores hacia territorio skelingo. Mientras el grueso de su ejército se acercaba lentamente hacia Skiroburgo, Kiril quería confirmar la información que Lonar le había facilitado acerca de las tropas destacadas en cada uno de los burgos. Olaf, todavía con su brazo en cabestrillo, había logrado convencer a los capitanes para que le dejaran acompañarles al frente aunque, mermado en sus facultades, apenas si podía montar a caballo y dar órdenes a los exploradores que estaban bajo su mando.

Cuando se encontraban a unas diez leguas de Skiroburgo, los exploradores que viajaban a vanguardia dieron la voz de alarma:

—¡Se acerca un jinete a lo lejos! —gritó uno de los centinelas—. ¡Cabalga veloz

cruzando el valle en dirección a nosotros!

Kiril ordenó dividirse a sus tropas, separándolas en dos grandes grupos que se ocultaron a ambos lados de la ancha senda que conducía desde Mugaburgo hasta territorio skelingo. Más que una senda, una enorme y zigzagueante pradera flanqueada a ambos lados por dispersas comunidades de fresnos y hayas. El otoño comenzaba a visitar las regiones centrales de Tierra Conocida, tiñendo de tonalidades amarillas, ocres y rojizas las copas de los árboles y cubriendo con una incipiente alfombra de hojas los campos y praderas. La floresta comenzaba a ralear, por lo que aunque los hombres se ocultaron en ella, unos ojos avezados como los de Oyvind se hubieran percatado de la presencia de los soldados de la Alianza.

El jinete cabalgaba a galope tendido y rápidamente alcanzó la posición en la que se ocultaban los centinelas. Absorto en su misión, no se percató de la presencia de los soldados y pasó a su altura sin reparar en ellos. Fue entonces cuando de entre los árboles surgieron tres alkos del sexto clan lanzando sus boleadoras hacia las patas del desbocado corcel. Dos de ellas dieron en el blanco, obligando al caballo a doblar sus patas delanteras, derribando a bestia y montura. El jinete rodó por el suelo, pero se incorporó ágilmente con gesto sorprendido. Una docena de arqueros salieron entonces de entre los árboles mientras le apuntaban con sus flechas.

—¡Detente! —le gritó uno de los alkos—. ¡No des un paso más o te atravesaremos con nuestras flechas!

El jinete desenvainó su espada y la depositó lentamente en el suelo. Después levantó las manos y habló:

—¡No me hagáis daño! —dijo—. ¡Soy un pobre comerciante que se dirige a Mugaburgo!

Los tres alkos que habían lanzado las boleadoras se acercaron con precaución hacia el hombre, seguidos a unos veinte pasos por los arqueros.

—¿Qué menester es el que tanto te apremia? —preguntó nuevamente el alko—. No creo que el género con el que vayas a comerciar en Mugaburgo te reclame allí con tanta premura. Si sigues galopando de esa manera acabarás matando a tu caballo y estoy seguro que ese no sería un buen negocio para ti.

El hombre contemplaba absorto a los alkos y a los arqueros. No se trataban de soldados gronings, ni tampoco parecían renegados al servicio de Zornik, ni mucho menos salteadores de caminos.

—¿Quiénes sois y de dónde salís? —les inquirió el jinete.

—Somos nosotros los que hacemos las preguntas —respondió el alko—. ¿Por qué galopabas con tanta prisa hacia Mugaburgo?

El jinete recorrió con su mirada las arboledas cercanas. Sentía que cientos de ojos se clavaban en él, pero no adivinaba a ver aquellos rostros que le escrutaban. Sin embargo pudo distinguir, tras los arqueros que lo seguían apuntando, el reflejo centelleante de los rayos del sol sobre el acero desnudo de varios de los soldados de la Alianza. En ese instante, su rostro mudó a una expresión que denotaba la luz de

una renacida esperanza.

—Entonces los rumores eran ciertos... —balbuceó—. Un gran ejército avanza desde el este para liberar a Jactinia del yugo groning. Vosotros acudís en nuestra ayuda... sois nuestros salvadores...

A través de los árboles que conformaban la floresta, Kiril y los capitanes observaban al jinete. Olaf y Lonar se encontraban a su derecha. El bortigo susurró a Olaf:

—La figura de ese hombre me resulta conocida —dijo—. Juraría que... ¡hummm!, no estoy seguro.

—¿De quién sospechas podría tratarse? —le preguntó Olaf.

—Podría ser... pero no estoy seguro —dudaba Lonar—. Quizás un skelingo, uno de mis contactos...

Y arriesgándose a equivocarse, Lonar llamó al jinete oculto tras la arboleda.

—¿Sven...? ¡Sventegard! —gritó.

Rápidamente el jinete se volvió hacia los árboles y sorprendido exclamó:

—¿Quién me llama? ¿Quién de entre vosotros conoce mi nombre?

Lonar se volvió hacia Kiril y los soldados que le acompañaban, quienes le miraban sin comprender nada.

—Es un amigo, uno de los nuestros —dijo Lonar nervioso—. Se trata de Sventegard, mi contacto en Skiroburgo. Algo trascendental ha debido suceder para que cabalgue hacia Mugaburgo arriesgando su vida.

—Lonar y Olaf, acompañadme —ordenó Kiril, quien abandonando la protección del bosque avanzó montado sobre su caballo hacia Sventegard.

A pesar de no haber sido invitados, su amada Enna y su inseparable Maikel avanzaron prestos tras los pasos de Kiril.

A medida que se acercaban a los arqueros, quienes aún mantenían su gesto amenazante sobre el jinete, las sospechas de Lonar se confirmaron: ciertamente se trataba de su amigo Sventegard.

—¡Bajad vuestros arcos! —gritó Lonar a los arqueros—. Es uno de los nuestros —y diciendo esto, espoleó a su caballo hasta detenerlo bruscamente frente al skelingo. Lonar bajó de su montura y se abrazó efusivamente a su amigo.

—¡Sventegard, amigo mío! —dijo emocionado—. Hacía casi un invierno que no nos habíamos visto.

—¡Es cierto! —respondió el skelingo mientras recapacitaba sobre las palabras de Lonar—. Desde aquel maldito día en que los gronings invadieron Jactinia. En verdad parece que hubiera transcurrido una eternidad —y miró con gesto apesadumbrado a su amigo bortigo, mientras Kiril, Enna, Maikel y Olaf los contemplaban.

Kiril hizo una señal a sus hombres y, los tres alkos y los arqueros, depusieron su actitud y fueron a formar a las compañías en las que estaban encuadrados.

—¿Por qué galopabas como alma que lleva el diablo hacia Mugaburgo? —preguntó Lonar—. Si mal no recuerdo no disponías de ningún salvoconducto para

poder viajar hacia el este. ¿Qué te ha llevado a arriesgar tu vida? Los gronings no hubieran dudado en apresarte y deportarte a las minas de oro o incluso matarte.

—Se han ido —respondió Sventegard atropelladamente—. Los gronings se han retirado a Lothikaton. Han llegado a un acuerdo con los hombres del desierto. Ellos serán nuestros nuevos dueños. Han entregado los territorios lupenos y skelingos a los bárbaros del sur. ¡Pero nos estamos preparando! Hace ahora siete lunas que los gronings abandonaron territorio skelingo y desde entonces estamos formando un pequeño ejército junto a los lupenos. ¡Esta vez venderemos cara nuestra derrota!

Todos miraban atónitos a Sventegard. Aquella noticia los había dejado mudos. El skelingo volvió a hablar.

—Galopaba hacia Mugaburgo para informaros de las últimas nuevas —continuó hablando Sventegard preso de la excitación—. Probablemente no creeríais la noticia si os la hiciese llegar a través de un mensaje. Pensaríais que se trataba de un ardid de los gronings. Y necesitaba saber si también los gronings se habían retirado de Mugaburgo y así poder reclutar a aquellos bortigos que quisieran ayudarnos. Enviamos días atrás varias avanzadillas hacia el sur y descubrimos al ejército sureño. Se hallaban a menos de cuatro lunas de camino, por lo que si no mañana, pasado mañana a más tardar comenzará la invasión. Pero no encontrarán cientos de sumisos campesinos dando la bienvenida a sus nuevos señores, sino un pueblo levantado en armas dispuesto a morir por defender sus recién recuperados territorios.

A medida que Sventegard relataba los últimos acontecimientos, el rostro de Kiril se crispaba, mientras su mente parecía sumirse en una profunda oscuridad. Cuando el skelingo terminó de hablar, Kiril profirió un terrible lamento que encogió los corazones de quienes participaban en aquella conversación:

—¡No! ¡Por Nerlinguia! ¡Debemos detener a lupenos y skelingos! —clamó angustiado.

—¿Pero qué estás diciendo? —replicó Sventegard con una pregunta—. ¿Acaso crees que vamos a permanecer impasibles ante una nueva invasión?

—¿Pero es que no os dais cuenta? —preguntó con una mirada desesperada volviéndose hacia Maikel y Enna—. ¿Es que no lo veis? ¡Es una trampa! ¡Una maldita trampa de los gronings!

—No lo entiendo... —musitó Lonar sin alcanzar a comprender lo que Kiril trataba de decirles.

—El ejército que viene del sur no es un nuevo invasor —respondió Kiril—. Los hombres del desierto no han llegado a ningún acuerdo con los gronings. ¡Maldita sea! ¡Se trata del ejército del reino de Saralamath! ¡El príncipe Ilanit acude en nuestra ayuda como prometió al capitán Falk en Rangalpur!

Un silencio sepulcral envolvió a los allí presentes. Maikel y Enna rápidamente cayeron en la cuenta de que Kiril estaba en lo cierto. Los gronings habían tendido una trampa a skelingos y lupenos.

—¡Maldición! —bramó Maikel—. Los gronings se han retirado haciéndoos creer



que un nuevo invasor se acerca para conquistar vuestros territorios. Y esperan que hagáis exactamente lo que ahora estáis haciendo: levantaros en armas para combatir a los hombres del desierto.

—Y de esa manera acabarán con dos problemas al mismo tiempo —continuó Enna—. Debilitarán vuestras fuerzas y las de los aliados del sur y, cuando uno de los dos salga victorioso pero exhausto tras la batalla, caerán sobre él para acabar con esa amenaza. Los gronings no se habrán ido muy lejos; os aseguro que estarán agazapados acechando como un lobo a un viejo venado, aguardando a que en un momento de descuido se aleje de la manada para caer sobre él.

—Debemos detener inmediatamente vuestro levantamiento o habrá un terrible baño de sangre entre aliados —sentenció Kiril acuciante—. ¿Hacia dónde se dirigía el ejército del sur? —preguntó Kiril a Sventegard.

El skelingo tardó unos instantes en contestar, desconcertado como estaba ante lo que acababa de escuchar.

—Nuestras avanzadillas de exploradores dijeron que parecían marchar hacia Maraburgo —respondió Sventegard.

—No es una buena noticia —dijo Kiril—. Si hubieran irrumpido por territorio skelingo hubiéramos llegado antes de que comenzase la batalla. Pero Maraburgo se halla a unas doscientas millas de aquí. No llegaremos a tiempo. Sangre aliada será derramada —sentenció con honda tristeza.

Todos callaron durante unos instantes hasta que Lonar rompió el silencio.

—¿Cómo pudieron saber los gronings que el ejército sureño acudía en vuestro auxilio? —preguntó el bortigo.

—Quién sabe qué maldito traidor informó a los gronings —respondió Maikel—. Muchos son los espías que trabajan para Zornik.

—Pero nadie además de nosotros, que no fueran el capitán Falk, el Senescal Adelel, Ghior, Tirgo de Tirón o el mismísimo príncipe Ilanit lo sabían. Y apostaría mi alma a que ninguno de ellos puso sobre aviso a los gronings —dijo Enna con convicción.

—Nos olvidamos de alguien... —dijo con voz temblorosa Olaf—. Temo que lo peor haya sucedido.

—¿A qué te refieres? —inquirió nervioso Kiril.

—Olegar, el joven Olegar —se lamentó Olaf mientras los ojos le brillaban—. Los gronings podrían haber capturado a Olegar, descubrieron quién era y lo torturaron hasta que confesó —y los ojos se le enrojecieron mientras evitaba que las lágrimas se derramasen por sus párpados—. Amigo Sventegard, ¿acaso os cruzasteis con un joven viajero que os previniera de la llegada del ejército del sur o de la liberación de Mugaburgo?

—Lamento de todo corazón tener que decirte que no —respondió con profunda tristeza Sventegard, comprendiendo que los temores de Olaf eran fundados.

Olegar no había logrado alcanzar los burgos skelingos para cumplir la misión que

Olaf debiera haber realizado. El enjuto norteño se encerró en sí mismo, maldiciéndose y culpándose por haberse fracturado el brazo y ser tan estúpido de dejar que el inexperto Olegar le sustituyera en aquella peligrosa misión que a la postre le había costado la vida.

Nadie de los allí presentes pronunció palabra alguna y su silencio no hizo sino confirmar las sospechas de Olaf. El sobrino de Siriard había sido capturado por los gronings cuando se aprestaba a informar a skelingos y lupenos que el ejército que arribaría desde el sur era un aliado en su lucha contra Zornik. Pero los gronings se habían adelantado haciéndoles creer que eran los nuevos invasores.

—¡Oerlikon, Gródolas! —les llamó Kiril con desesperación.

Rápidamente el Kliat del sexto clan y el guerrero de Tenkolmar surgieron de entre la floresta y alcanzaron prestos la posición que Kiril ocupaba en medio de la amplia pradera. No había tiempo que perder y el alko les informó escuetamente de lo que Sventegard les había contado y de la trampa que los gronings habían urdido.

—Gródolas —le dijo sombríamente—. Toma cien hombres y dirígete veloz hacia Maraburgo. Lonar y Sventegard te acompañarán. Son bien conocidos por los rebeldes lupenos y skelingos, y serán tus credenciales para evitar que seáis atacados. Tu misión será harto difícil, pues esta vez deberás detener una batalla, evitar que la sangre se derrame entre aliados. Y tan rápido como lo consigas, tendrás que refundir ambos ejércitos en uno, y mirarás hacia el norte, pues los gronings os estarán acechando y no tardarán en atacaros. Mantén ocultas a las tropas; cuanto más débiles y vulnerables os crean, antes caerán sobre vosotros. Pero no imaginan que será entonces la furia de Nerlinguia y Olión la que caerá sobre ellos, desde el norte y desde el sur, pues las tropas de Therliangator serán invisibles a los ojos de su retaguardia, mientras el gran Gródolas los enfrenta desde el sur. Confío en ti, guerrero del norte —y con su mano agarró el antebrazo del de Tenkolmar.

—Una vez acudí en tu ayuda —dijo Gródolas—. Espero que esta vez tú también lo hagas —dijo sonriendo.

—Nerlinguia es testigo de que así lo haré —respondió Kiril—. Y ahora, torna a tus hombres y galopa veloz hacia Maraburgo. Lonar, Sventegard, acompañad a Gródolas. ¡Nos veremos en la batalla!

El guerrero de Tenkolmar tiró enérgicamente de las riendas de su caballo, obligándole a levantar sus patas delanteras como saludo al Rey Nerlingo. Después hizo girar a su montura y salió disparado hacia la floresta para reclutar a los cien hombres que le acompañarían a Maraburgo. Mientras tanto trajeron un caballo para Sventegard, pues el suyo había quedado cojo tras la caída provocada por el impacto de las boleadoras. Lonar se despidió efusivamente de Olaf y partió junto con Sventegard tras la estela de Gródolas, quien en un abrir y cerrar de ojos había reclutado a cien voluntarios de entre los norteños. La compañía no se demoró y, en menos de que una lechuza volase de un árbol a otro, los hombres galopaban hacia su destino levantando por doquier tierra y hierba bajo la poderosa pisada de los cascos

de sus caballos. Los gritos y las arengas de los jinetes, junto con el resoplar y relinchar de sus corceles, estremeció la calma que reinaba en el mediodía de Jactinia. El retumbar de los cascos se fue apagando hasta que solamente una lejana nube de polvo denotaba el marchar de la compañía, toda vez que sus figuras se perdieron entre las suaves hondonadas de las praderas que conducían a territorio skelingo.

Había transcurrido una luna desde que el ejército de Saralamath dejara atrás la Barrera de Dunas. Los cerca de dos mil quinientos hombres que avanzaban a las órdenes del príncipe Ilanit, contemplaban anonadados el nuevo mundo que se abría ante sus ojos. La mayoría de ellos jamás habían viajado más allá de Saimán y muy pocos eran los afortunados que conociesen los oasis situados en los lejanos confines, donde las arenas del Desierto Rojo se extinguían en los yermos fronterizos. Las praderas y los collados, el verde de la hierba y el ocre rojizo de la otoñal floresta deleitaban sus ojos, mostrándoles una fascinante y sorprendente orografía colmada de tonalidades jamás soñadas.

Senthilkumar había ordenado acelerar el ritmo de la marcha, ya que el terreno facilitaba notablemente el avance de sus carros de guerra, alejados ahora como estaban de las fatigosas arenas a las que tanto amaban. Se encontraban a menos de una jornada de camino de Maraburgo y el príncipe Ilanit colocó su imponente cuadriga al par de la de Senthilkumar para hablar con su fiel capitán y preparar el asalto a la ciudad lupena.

—Nos acercamos a Maraburgo —dijo Ilanit.

—Mañana al atardecer llegaremos a sus puertas —dijo Senthilkumar—. ¿Atacaremos entonces o aguardaremos hasta despuntar el alba?

—¿Cómo se encuentran nuestras tropas? —respondió Ilanit con otra pregunta—. ¿Llegarán las bestias frescas a la batalla?

—La travesía por las arenas del desierto siempre es dura y penosa para las bestias que arrastran los carros de guerra —respondió Senthilkumar—. Nuestros corceles son poderosos y bravos nuestros soldados, pero sus fuerzas están debilitadas. No sabemos qué hueste enemiga nos aguarda en Maraburgo, por lo que aconsejaría descansar antes del asalto para que las bestias y los hombres puedan beber, dormir y alimentarse.

—Que así sea entonces —aprobo Ilanit el consejo de Senthilkumar—. Acamparemos al atardecer a unas diez millas al sur de Maraburgo. Envía una avanzadilla de exploradores para escrutar el terreno. No quisiera que nuestras tropas fueran emboscadas mientras duermen. Haz que los hombres marchen desde ahora en formación de ataque: cuadrigas en el centro, trigas en vanguardia y bigas en los flancos y retaguardia.

—A sus órdenes, mi señor —respondió Senthilkumar, y ordenó apretar el paso de los corceles al jinete de su cuadriga, para colocarse a la vanguardia del ejército y transmitir las órdenes del príncipe Ilanit.

El ejército de Saralamath se reorganizó veloz como el viento del desierto transforma la silueta de las cambiantes y caprichosas dunas. Como el príncipe había ordenado, las trigas avanzaron impulsadas por los gritos de Senthilkumar a la vanguardia del ejército, carros de guerra sustentados sobre dos grandes ruedas de radios tirados por tres caballos, sobre cuya plataforma viajaban dos soldados, un arquero y un jinete que también hacía las veces de lancero. El jinete, quien llevaba las riendas de los tres corceles, se situaba al lado derecho del carro, en cuyo exterior tenía asidas seis lanzas que utilizaría durante la carga contra los ejércitos enemigos; el arquero se colocaba a la izquierda del jinete y, además del carcaj que siempre llevaba a su espalda, disponía de otros cinco carcajes situados en la pared interior izquierda de la triga. Para ganar precisión y estabilidad, habían diseñado un soporte de madera en forma de gancho en el que el arquero apoyaba su pierna, lo que le ayudaba a mantener el equilibrio y disparar con mayor precisión cuando la triga cargaba contra el enemigo.

Las cuadrigas comenzaron a colocarse en el centro de las huestes de Saralamath. Similares a las trigas, solamente presentaban tres diferencias respecto a éstas: sus carros eran ligeramente más anchos y arrastrados por cuatro caballos, de ambos extremos del eje que unía las dos ruedas, perpendicularmente a éstas, surgían dos nuevos ejes dentados a modo de afilados dientes de sierra. Las cuadrigas eran las más temibles armas de guerra del ejército de Saralamath, pues su carga era devastadora sobre las huestes enemigas, que se veían embestidas y atrapadas por un inexpugnable muro de patas, lanzas, flechas y terribles sierras que cercenaban los miembros y extremidades de bestias y soldados enemigos. Diferentes a ellas eran las cuadrigas de los capitanes, sobre las que ahora viajaban el príncipe Ilanit y Senthilkumar, cuyo carro formaba una simétrica y abierta “V” inicial donde se ubicaba el jinete y unida a ella, un amplio pentágono en cuyo centro se colocaba el oficial y en cada extremo del mismo un arquero. En la parte trasera lucía un estandarte de color dorado sobre el que había dibujadas un par de lanzas en cruz.

Finalmente las rápidas y manejables bigas, tiradas por dos caballos con un solo jinete arquero, equipadas también con cuatro lanzas en el flanco exterior derecho del carro. Utilizadas para realizar rápidos ataques y retiradas, o maniobras envolventes que requiriesen agilidad, formaban la caballería ligera del ejército de Saralamath. Un grupo de cuatro bigas se alejaba ahora de la formación en dirección a Maraburgo, para cumplir las tareas de exploración que Senthilkumar les había encomendado.

El equipamiento militar de los soldados de Saralamath se completaba con una espada, más corta que la usada por nerlingos o gronings y de hoja curva, similar a una cimitarra, y un escudo redondo también de inferior tamaño al de los pobladores de tierras más septentrionales, el cual jinetes y lanceros portaban a la espalda.

El latir del tiempo transcurría monótono, mientras un suave viento del norte curtía los rostros de los hombres del desierto. A medida que se internaban en territorio

lupeno comenzaron a divisar, muy lejos en el horizonte, el nacimiento de una nebulosa gris y plomiza, un manto ominoso que mostraba amenazante el inaccesible reino del rey brujo, un oscuro velo que comenzaba a ensombrecer sus corazones y que no les abandonaría mientras transitasen por aquellas tierras desconocidas.

Con el declinar del día, los exploradores volvieron con las esperadas nuevas. No había rastro de tropas gronings en los lindes del burgo lupeno. Maraburgo y sus alrededores vivían una extraña calma, pues a excepción de un grupo de campesinos que regresaban al burgo tras terminar su jornada de labranza, apenas si avistaron a otras personas. De las cabañas brotaban hilos de humo blanco, lo que denotaba que en los hogares los lupenos se afanaban en preparar la cena. Ilanit ordenó acampar junto a un pequeño bosque de pinos y abetos que se erguía a un lado del camino. Rápidamente se organizaron turnos de guardia y posicionaron los puestos de centinela a media milla al norte y al este del campamento; el bosque protegía su flanco oeste y no tenían enemigos en el sur, por lo que su posición estaría asegurada durante la noche.

Ilanit cenaba en compañía de Senthilkumar y tres de los capitanes de su ejército.

—No me gusta esta aparente calma —habló el príncipe mientras mordía un trozo de carne de cordero—. Esto no era lo que esperaba encontrar, no es lo que el capitán Falk nos relató.

—No creo que Falk nos mintiese en Rangalpur —respondió Senthilkumar—. Ningún hombre en su sano juicio se atrevería a internarse en solitario en los dominios de Tirgo de Tirón a menos que una acuciante necesidad le obligase a ello. Me inclino a pensar que los gronings traman algo.

—¿Pero qué es lo que pueden estar tramando? —inquirió Ilanit—. Muy pocos son los que saben de mi pacto con los nerlingos. Nuestra irrupción en Jactinia debería ser una sorpresa para ellos.

—Puede ser que alguien os haya traicionado, mi príncipe —dijo uno de los oficiales.

—Cabe esa posibilidad, pero la considero muy remota —dijo Ilanit—. No obstante, extremaremos las precauciones. De madrugada quiero que veinte hombres a pie se acerquen hasta los lindes de Maraburgo para espiar las defensas del burgo. Quiero saber quiénes la custodian, cuántos son, dónde se ubican los puestos de vigilancia y los retenes de tropas si los hay. Cuando lancemos el ataque al amanecer debemos estar seguros que no caeremos en una emboscada.

—Así lo haremos, mi príncipe —respondió el oficial, quien tras apurar su vaso de agua, se disculpó levantándose de la improvisada mesa que habían dispuesto en torno a un gran tocón, para dirigirse a organizar la partida de exploradores.

—Descansad vuestros cuerpos y reposad vuestras mentes —dijo el príncipe Ilanit levantándose tras su oficial—. Pronto caeremos sobre Maraburgo. La victoria será nuestra y convertiremos al burgo lupeno en un bastión de la reconquista de Jactinia. Aquí nos acantonaremos y aguardaremos la llegada de los ejércitos aliados del este.

¡Que los dioses del desierto velen nuestros sueños! —y se despidió caminando pausadamente hacia su tienda.

Esa noche las nubes que cubrían el cielo privaron a Ilanit de su cita diaria con las infinitas constelaciones que adornaban el firmamento como deslumbrantes diamantes. Fue entonces cuando comprendió que no volvería a contemplar el límpido cielo estrellado hasta que regresase a su amado desierto, a su hogar en Saimán. Porque cuanto más se internasen en el corazón de Jactinia y, a pesar de que un día las nubes se retirasen de las alturas, aquel lejano y oscuro manto ocuparía su lugar cubriendo el cielo y su espíritu de angustia y desesperanza.

Era medianoche y el silencio se había apoderado del campamento. Los soldados y los caballos del ejército de Saralamath descansaban, recobrando fuerzas para la batalla que se desataría con la nueva alborada. El cielo seguía cubierto de nubes mientras la luna caminaba distraída por el firmamento. El viento del norte no había amainado y, con el adiós de la estrella del día, la noche fue fría, anunciando un desapacible otoño. Tras concluir los tres primeros turnos de guardia, el grupo de veinte exploradores partió camuflado por las sombras nocturnas en dirección a Maraburgo. Caminaban tan sigilosamente que apenas si los centinelas del campamento se percataron de su partida. Avanzaron veloces a través de la diáfana senda que conducía al burgo, a pesar de que esa noche la luna no les guiaba con su luz mortecina.

No tardaron en divisar a lo lejos las tenues luces de Maraburgo. El burgo lupeno dormía y, como habían informado los exploradores, no había indicios de que las tropas gronings patrullaran la zona. El grupo se dividió en dos, ocupando ambos linderos del camino, buscando la protección de los árboles durante la aproximación al burgo.

—Avanzad en silencio hasta llegar al final de la pradera —ordenó en un alto susurro uno de los soldados—. Nos reagruparemos después al llegar a aquella pequeña loma. ¡Adelante! —finalizó, y los soldados asintieron con un leve movimiento de cabeza.

Ambas columnas continuaron su avance hacia Maraburgo, escrutando nerviosas cada una de las sombras que parecían cobrar vida en la oscuridad de la noche. Se encontraban ya a menos de quinientos pasos de las primeras cabañas del burgo y seguían sin encontrar rastro de los gronings. Los soldados de Saralamath comenzaban a poner en duda que realmente los gronings hubieran invadido la región de Jactinia. Alcanzaron el punto más alto de aquella loma descarnada, huérfana de vegetación, donde volvieron a reagruparse.

—Todo esto es muy extraño —musitó el oficial—. Parece que el burgo duerme en paz, ajeno a la ocupación enemiga.

—¿Y si el burgo no ha sido ocupado por los gronings? ¿Y si Jactinia sigue viviendo en libertad? —preguntó uno de los soldados.

—Recemos a los dioses porque así sea —respondió el oficial—. En ese caso el

mundo no padecerá más sufrimientos y nuestra misión habrá sido un viaje a lejanas tierras que de otra manera jamás hubiéramos conocido. Mas presiento que la mano de Zornik se halla detrás de todo esto. Seguiremos manteniendo la guardia alta y bordearemos el burgo por el este. Desde aquella otra loma dominaremos todo Maraburgo y nos aseguraremos que no hay peligro en los alrededores.

El oficial se incorporó y, en el momento que dio la orden a sus hombres para que lo acompañaran, una flecha se clavó en su pecho. Atónito, contempló la saeta prendida de su camisola y, cuando se volvió hacia sus hombres, dos nuevas flechas se clavaron en su espalda. El oficial cayó abatido sobre la rala hierba de la loma. El pánico se apoderó entonces de los soldados.

—¡Nos atacan! ¡Nos atacan! —comenzaron a gritar descontrolados.

—¡A cubierto! —ordenaban otros.

Pero en la posición que ahora se encontraban, situados en lo alto de la loma y sin vegetación tras la cual guarecerse, eran un blanco perfecto. Las flechas comenzaron a llover por doquier y los soldados de Saralamath comenzaron a caer rápidamente abatidos bajo la lluvia de saetas. El desconcierto entre las filas sureñas aumentaba por momentos, pues sin luces que iluminasen el terreno, no alcanzaban a adivinar desde dónde les atacaban. Cuando más de la mitad de los exploradores habían caído, descubrieron la posición de uno de los grupos que los hostigaba a unos setenta pasos a su izquierda.

—¡Allí! ¡Desde allí nos atacan! —gritó el soldado, y reagrupando a los efectivos que aún quedaban con vida, cargaron veloces hacia aquella posición.

A pesar de haber localizado la posición de un grupo de atacantes, no fue aquel el único punto desde el que continuaban siendo hostigados, por lo que las bajas continuaron aumentando. Para cuando recorrieron a grandes zancadas la distancia que los separaban de sus atacantes, solamente seis exploradores quedaban con vida. Se enzarzaron en una frenética lucha a vida o muerte, hasta que consiguieron abatir con sus espadas al último de los atacantes que ocupaban esa posición. Sin embargo también dos de los exploradores murieron en la refriega. La lluvia de flechas cesó y, gracias a esa pequeña tregua, pudieron reunirse y decidir cómo escapar de allí.

—¡Maldición! —dijo uno de los exploradores—. Nos han tendido una emboscada. Aguardaban nuestra llegada y esperaron a atacar en el momento en el que éramos más vulnerables.

—¡Miserables y traicioneros gronings! —maldijo otro—. Mañana pagarán por su afrenta.

—¿Pero es que acaso no te has dado cuenta? —replicó otro explorador contrariado—. ¡No son gronings! Son los propios lupenos los que nos han atacado. Mirad sus vestiduras; son las ropas de un granjero o de un campesino, no las cotas de malla de un soldado del ejército de Zornik.

—¡Es cierto! —exclamó sorprendido un soldado al contemplar el cadáver de un lupeno—. No había reparado en ello.

—¡Eh, prestad atención! Este hombre aún respira —advirtió uno de ellos—. ¿Puedes oírme? —le gritó al moribundo mientras lo zarandeaba.

—Cerdos sureños... Jamás poseeréis estas tierras... —y tras pronunciar esas palabras el lupeno expiró.

—Maldita sea, ha muerto —gruñó el soldado—. En su agonía nos ha maldecido. Creen que hemos venido a invadir sus tierras.

—No seré yo quien se quede aquí por más tiempo para averiguarlo —dijo otro de los soldados—. Varios hombres se acercan. ¡Regresemos al campamento! ¡Rápido! —y los cuatro supervivientes corrieron veloces internándose en una apretada comunidad de abetos que crecía al oeste de Maraburgo.

Los cuatro exploradores lograron escabullirse entre el bosque de abetos y, una vez dejaron atrás a sus perseguidores, huyeron presurosos hacia el campamento corriendo como corceles en estampida para informar al príncipe Ilanit de lo que acababa de acontecer en el linde del burgo. El destino les había deparado una amarga e inesperada sorpresa.

Avanzaron a trompicones a través del velo nocturno, hasta que después de una angustiada carrera campo a través, divisaron aliviados el campamento donde descansaban las tropas de Saralamath. Sintiéndose a salvo gritaron para que los centinelas despertaran al príncipe Ilanit y a los capitanes:

—¡Somos los exploradores! ¡Nos han tendido una emboscada! —gritaban unos.

—¡Despertad al príncipe Ilanit! ¡Convocad a los capitanes! —vociferaban otros.

Cuando llegaron a la posición de los centinelas, estos se sorprendieron al ver regresar solamente a cuatro de los veinte exploradores que habían partido en la misión de reconocimiento.

—¿Qué es lo que ha sucedido? —preguntaron nerviosos los centinelas—. ¿Dónde están los demás?

—Caímos en una emboscada —respondió un explorador—. Mas no fueron los gronings quienes nos emboscaron. Fueron los propios lupenos.

—¿Os atacaron los habitantes de Maraburgo? —volvió a preguntar sorprendido el centinela—. Nosotros somos sus aliados, es a los gronings a quienes deben enfrentarse.

—Da la voz de alarma en el campamento —le ordenó sin resuello otro explorador—. Despertad al príncipe Ilanit. Que los hombres se preparen para la lucha.

—De acuerdo —respondió asustado el centinela, quien salió corriendo con grandes zancadas hacia el campamento mientras los cuatro supervivientes le siguieron caminando, tratando de recuperar el aliento tras su veloz carrera campo a través.

El centinela se dirigió sin perder un instante a la tienda del príncipe Ilanit. Cuando llegó frente a ella, tomó aire y, acercándose a la puerta, llamó al heredero del trono de Saralamath:

—Excelencia —le llamó sin elevar demasiado la voz—. Príncipe, despierte, los



exploradores que envió a Maraburgo han caído en una emboscada —dijo con voz entrecortada, a pesar de que el príncipe era una persona afable y cordial que raras veces perdía la compostura con sus servidores.

Desde el interior llegó un sonido ininteligible, mezcla de bostezo y gruñido. El Centinela volvió a llamar a Ilanit.

—Príncipe, su presencia es requerida en el campamento. Los exploradores han sido emboscados en Maraburgo —volvió a poner en antecedentes a Ilanit.

Se escuchó un ruido de pieles y unos pasos que se acercaban hacia la entrada de la tienda. Entonces el telón que cubría la entrada se abrió y tras él surgió el príncipe Ilanit con el pelo alborotado y ojos somnolientos.

—¿Qué es lo que decías soldado? —preguntó Ilanit—. Me ha parecido despertarme envuelto en un mal sueño.

—Excúseme, excelencia, por importunarle e interrumpir su descanso —se disculpó cabizbajo el centinela sin atreverse a mirar a los ojos al príncipe—. Mas los recientes acontecimientos aconsejaban despertarle para informarle acerca de los mismos.

En ese momento llegaron a la altura de la tienda del príncipe los cuatro exploradores que habían sobrevivido a la emboscada.

—Excelencia —continuó el centinela mirando ahora a los exploradores—. De la partida de veinte exploradores que enviaron a Maraburgo, solamente estos cuatro hombres han regresado con vida. Cayeron en una emboscada en las proximidades del burgo.

—Nos atacaron arqueros desde varias posiciones —explicó un explorador—. Aguardaron hasta que alcanzamos una loma en la que no había lugar para refugiarnos.

—Los gronings estaban ocultos —farfulló el príncipe—. Nos hicieron creer que no patrullaban territorio lupeno.

—No, mi señor —le corrigió otro explorador—. No fueron los gronings quienes nos atacaron. Fueron los lupenos quienes se apostaban alrededor de las lomas.

—¿Qué? ¿Pero qué es lo que dices, insensato? —preguntó atónito y sobresaltado Ilanit—. ¡No puede ser! ¿Cómo podéis afirmar semejante dislate? —les recriminó enfadado el príncipe.

—Descubrimos la posición de uno de los grupos que nos hostigaba y cargamos contra ellos, excelencia —dijo el explorador—. Tras una dura lucha acabamos con su resistencia y, mi señor, le juro que no se trataba de los gronings. Eran habitantes de Maraburgo o de los burgos cercanos.

—Uno de los hombres que abatimos nos maldijo en su agonía —añadió otro explorador—. “Cerdos sureños, jamás poseeréis estas tierras”, fueron las últimas palabras que pronunció antes de morir.

El príncipe Ilanit quedó boquiabierto, con los ojos perdidos en la oscuridad de la noche, nublados al igual que su mente por el velo del desconcierto. Por más que lo

intentaba no podía comprender lo que aquellos hombres le relataban.

—Juradme por los dioses que no me mentís —les dijo alterado el príncipe.

—Por los dioses, excelencia, jamás osaríamos mentirle —dijeron al unísono los cuatro exploradores mientras se postraban ante Ilanit en señal de sumisión y pleitesía.

—Levantaos, no es necesario que os arrodilléis ante mí —les excusó el príncipe—. Puedo leer la verdad en vuestras palabras. Disculpádmelos por haber dudado de vuestra lealtad.

El príncipe permaneció unos instantes en silencio, dando tiempo a su mente a asimilar las sorprendentes nuevas que portaban los exploradores. ¿Qué es lo que había sucedido para que los lupenos mostrasen tamaña hostilidad contra los hombres del sur? ¿Cómo podían pensar que su objetivo era ocupar sus territorios cuando en realidad acudían en socorro de aquellas tierras sometidas? Alguien debía haber envenenado con turbias mentiras la mente de los lupenos. ¿Pero quién? Y por ende, ¿dónde estaban los gronings? ¿Se habían retirado hacia el norte? ¿O realmente nunca habían invadido aquellas tierras? Fuera lo que fuese el corazón de Ilanit sintió que esa mañana se derramaría sangre con gran dolor por ambos bandos.

—Avisad a Senthilkumar y a los otros capitanes —ordenó Ilanit—. Que acudan pronto a mi tienda. Mantendremos un consejo para valorar esta inusitada situación a la que debemos hacer frente.

—A sus órdenes, excelencia —dijeron los exploradores y corrieron a convocar a los capitanes.

El príncipe Ilanit regresó pensativo al interior de su tienda, mientras el centinela montaba guardia en el exterior.

Senthilkumar y los capitanes no tardaron en presentarse ante el príncipe, pues se habían despertado por la atropellada entrada de los exploradores en el campamento. Sin más preámbulos el príncipe Ilanit les expuso la situación. Los capitanes no salían de su asombro cuando escuchaban de boca del príncipe que fueron los lupenos y no los gronings quienes atacaron a la partida de exploradores.

—¿No estarán equivocados nuestros hombres? —preguntó Senthilkumar—. He visto a grandes soldados perder la cordura presas del pánico durante la batalla. Pudiera ser que la oscuridad y el miedo hubieran nublado los sentidos de los exploradores.

—No lo creo, mi buen Senthilkumar —respondió el príncipe—. Menos aún si tenemos en cuenta lo que aquel lupeno dijo a nuestros exploradores en su agonía. Aquel hombre defendía su tierra del invasor; no fueron las palabras de un invasor que defiende una posición conquistada.

—¿Cómo procederemos a partir de ahora? —preguntó uno de los capitanes—. Si avanzamos hacia Maraburgo la batalla será inevitable y habrá un baño de sangre inocente.

—Tenemos que lograr que los lupenos comprendan que somos sus aliados, no sus enemigos —dijo Senthilkumar—. Mas en verdad no veo cómo hacerlo.

—Enviaremos a tres emisarios bajo el pabellón de una bandera blanca —dijo Ilanit—. Llevarán un mensaje en el que les ofreceremos nuestra alianza, explicándoles que no es nuestro objetivo conquistar su territorio, sino liberarles de la ocupación groning. Ese mensaje les emplazará a parlamentar y de esa manera evitaremos un enfrentamiento.

—Es la única forma posible de evitar una tragedia —aprobó la idea del príncipe uno de los capitanes y, uno a uno, terminando por Senthilkumar, todos suscribieron la propuesta.

—No se hable más entonces —dijo Ilanit—. Preparad a nuestro ejército. Al rayar el alba partiremos hacia Maraburgo. Radhanam —señaló a uno de sus capitanes—, tú llevarás junto a dos de tus hombres el mensaje a los lupenos. Confío en ti para hacer entrar en razón a los habitantes de Maraburgo y que accedan a parlamentar con nosotros. Si fracasamos, la sangre de ambos pueblos bañará las verdes praderas de esta región.

—Le prometo que lograré que los lupenos concedan reunirse con su excelencia —respondió orgulloso Radhanam por la importante misión que el príncipe Ilanit le había encomendado.

Los capitanes abandonaron la tienda, pero Senthilkumar se quedó taciturno frente al príncipe.

—¿Qué te ocurre, Senthilkumar? —le preguntó Ilanit.

—No viajamos hasta aquí para esto. No para luchar contra campesinos que defienden sus tierras —musitó con tristeza.

—Lo sé —respondió el príncipe—. Y por los dioses del desierto te juro que haré todo lo que esté en mi mano para evitar que eso ocurra. Las malas artes de Zornik han invadido estas tierras, ¿pues quién crees acaso que ha envenenado la mente de los lupenos con engaños y mentiras? ¿Quién si no Zornik y sus secuaces? No sabría explicar a ciencia cierta cuál es su propósito, pero presiento que no tardaremos en descubrirlo. Mi corazón me dice que el lobo negro aguarda agazapado, escondido muy cerca de donde ahora nos encontramos, relamiéndose y deleitándose, anhelando que con la nueva alborada se desate una batalla fratricida, una batalla tras la cual la bestia dará caza a aquellos que aún queden con vida. Es por ello, mi fiel Senthilkumar, que aunque nos duela y desgare nuestras almas, si es necesario tendremos que luchar contra los lupenos hasta hacerles entender que es la mano de Zornik la que se esconde tras este vil engaño —finalizó Ilanit tratando de reconfortar a su capitán, mas no logró que la tristeza le abandonase.

Senthilkumar salió de la tienda del príncipe Ilanit sin pronunciar una sola palabra y, cabizbajo y apesadumbrado, se dirigió hacia el lugar donde ahora se desperezaban con dificultad los soldados de su regimiento, para hacerlos formar y partir hacia la más amarga y penosa misión que jamás había debido enfrentar en sus largos lustros de capitán al servicio del ejército de Saralamath.

Las primeras luces del alba llegaron con inusitada claridad desde el este. El extremo meridional de la Cordillera Iugur-András apenas si llegaba a interponerse entre los emergentes rayos del lejano sol oriental, acariciándolos lánguidamente con sus puntiagudas estribaciones. La amalgama de destellos rosáceos y bermejos que se dibujaban en el cielo, peinaban las tostadas puntas de la hierba que cubría la campiña, debilitadas y maltratadas por el impenitente sol del solsticio de verano. Esos débiles fulgores se reflejaban sobre las bigas, trigas y cuadrigas que encaraban el camino hacia Maraburgo, haciendo presagiar un violento amanecer bañado en sangre.

El príncipe Ilanit encabezaba el ejército de Saralamath montado en su imponente cuadriga, flanqueado por las no menos soberbias cuadrigas de Senthilkumar y Radhanam. Los carros de guerra horadaban con sus ruedas el camino, rasgándolo en grandes rodadas. El formidable ejército de Saralamath avanzaba imparable hacia Maraburgo como la estrella del día en busca del anhelado amanecer.

A lo lejos divisaron el burgo lupeno aparentemente sumido en la misma plácida quietud con la que los exploradores lo habían oteado la pasada luna. Sin embargo, y sin que los soldados del príncipe Ilanit pudieran aún descubrirlos, decenas de ojos vigilantes contemplaban aterrados desde la distancia el avance del poderoso ejército sureño.

—Hoy pereceremos hasta el último de los lupenos —dijo uno de los centinelas que se apostaban camuflados por la maleza en los alrededores del burgo—. Mas vuestra sangre será derramada en estas tierras, y tan terrible será la batalla, que a pesar de vuestra victoria el terror a nuestro pueblo os hará regresar para siempre a vuestros malditos cubículos en lo más profundo del yermo desierto —sentenció el lupeno la suerte de los soldados de Saralamath.

El centinela dio la voz de alarma y los habitantes de Maraburgo se movilizaron preparándose para la batalla. Y es que los lupenos habían decidido, tras unánime acuerdo, luchar hasta que el último de los habitantes de Maraburgo cayese abatido en el campo de batalla. Nunca más serían sometidos por otro pueblo y, en solemne juramento colectivo, prometieron morir antes que claudicar. Con la retirada de los gronings, los dioses les habían dado la oportunidad de volver a ser libres y ninguno de los lupenos estaba dispuesto a desaprovechar aquella ocasión.

La quietud se esfumó del burgo como niebla empujada por los rayos del sol. Los hombres de Ilanit observaron cómo Maraburgo se movilizaba repentinamente, revolviéndose contra el ejército invasor que se aproximaba.

—Radhanam —llamó Ilanit a su capitán—. Adelántate a nosotros y entrega el mensaje a los prohombres del burgo. Cuídate, pues su recibimiento será hostil. Nuestro ejército marchará a media milla de tu cuadriga. Confío en que de esa manera entiendan que solamente buscamos parlamentar con ellos.

—A sus órdenes, mi señor —respondió Radhanam, quien inconscientemente se llevó la mano a uno de los bolsillos de su camisola para comprobar que portaba el

mensaje que el príncipe Ilanit le había entregado antes de levantar el campamento.

La cuadriga del capitán Radhanam se adelantó a la vanguardia de las huestes sureñas mientras desplegaba una gran bandera blanca visible a los ojos de todo aquel que quisiera contemplarla.

—Suerte, amigo mío, y que los dioses del desierto te protejan —musitó en voz baja Senthilkumar, quien en su interior albergaba un funesto presentimiento.

Cuando Radhanam se encontraba aproximadamente a media milla del grueso del ejército, el príncipe Ilanit ordenó a sus tropas reemprender la marcha. A medida que se acercaban a Maraburgo, los cuatro exploradores revivieron la emboscada de la todavía cercana madrugada. Radhanam divisaba ya claramente el burgo y comenzó a ascender por la suave loma que hacia las veces de mirador. Rápidamente constató que aquel había sido el lugar elegido por los lupenos para emboscar a sus hombres, al contemplar los cuerpos inertes de los exploradores sobre la hierba humedecida por el rocío temprano e intuyó que los lupenos no tardarían en aparecerse frente a él.

Radhanam no se equivocó y, nada más hollar la pendiente, un reducido comité de bienvenida apareció súbitamente surgido de la nada. Diez arqueros lo apuntaban con sus flechas dispuestos a hacer cantar sus arcos en cuanto el hombre que los comandaba diese la señal.

—¿Por qué os escudáis a la luz del día bajo el blanco estandarte de la paz, cuando amparados por la oscuridad de la noche os arrastráis como ratas asesinas? ¿Es ésa la paz que venís a ofrecernos? —preguntó amenazante el cabecilla del grupo—. Pues sabed que esta es la respuesta del pueblo lupeno a vuestro ofrecimiento —y escupió teatralmente a los pies de los caballos que tiraban de la cuadriga.

—Mi nombre es Radhanam —se presentó el hombre del desierto obviando la hostil acogida—, y porto un mensaje de su excelencia el príncipe Ilanit, un mensaje de paz, un mensaje de libertad. Y esta bandera será el símbolo de la alianza de nuestros pueblos. ¿Cuál es tu nombre, bravo lupeno?

—Me llamo Markeliot —contestó sin deponer su actitud hostil—. Mas cuál es mi nombre carece ahora de importancia. En nombre de los habitantes de Maraburgo y del resto de hermanos lupenos, te conmino, rata del desierto, a que regreses con tu ejército al hediondo erial del que procedes, pues de otro modo probaréis en vuestras carnes nuestro acero. Es probable que tras la batalla no quede un solo lupeno con vida, mas vuestras bajas serán también numerosas, vuestra sangre barbara regará nuestros campos y lamentaréis por siempre haberos internado en un territorio que no os pertenece.

—¡No es la guerra lo que nosotros deseamos! —gritó con voz potente Radhanam—. Es una promesa para ayudaros a escapar del yugo groning la que nos ha traído hasta aquí. La promesa que su excelencia, el príncipe Ilanit, hizo al capitán Falk.

—No conozco a ningún capitán Falk y mucho menos a tu príncipe —le interrumpió Markeliot—. Pero sí conozco la traición, la codicia y la sed de poder que muestran ahora tus ojos. Comerciaisteis con los gronings, nos tratasteis como vil

mercancía, pero ahora que hemos logrado recuperar nuestra libertad no os la entregaremos en bandeja de plata. ¡Defenderemos nuestra tierra y nuestro hogar!

—Estáis equivocado —insistió Radhanam—. No venimos a invadiros, mucho menos queremos ser vuestros señores. ¡Venimos en son de paz! Acudimos en vuestro socorro para liberaros de la tiranía groning. El mensaje que porto conmigo lo demuestra.

En ese momento, Radhanam se llevó la mano a la camisola. Uno de los nerviosos arqueros creyó que el capitán sureño buscaba una daga entre su ropa y, poseído por la tensión y el miedo, hizo cantar su arco. Una flecha voló veloz hacia Radhanam, clavándose certeramente en su estómago. El jinete de la cuadriga y los dos arqueros que flanqueaban a Radhanam se revolvieron y armaron sus brazos al contemplar a su capitán malherido. Los arqueros lupenos no pudieron mantener por más tiempo la templanza y descargaron la furia de sus arcos contra los hombres de la cuadriga. Los sureños fueron abatidos bajo una lluvia de flechas y Markeliot ordenó la retirada de sus hombres. Los corceles que tiraban de la cuadriga patalearon y piafaron alborotados, y regresaron galopando en estampida hacia las posiciones que ocupaba el ejército sureño, arrastrando los cuerpos sin vida de Radhanam y sus hombres.

El príncipe Ilanit contempló con honda tristeza morir a Radhanam y su séquito ensartados por las flechas lupenas. Senthilkumar, cabizbajo, murmuró:

—Hoy lágrimas de arena brotarán de nuestros ojos.

Sin solución de continuidad, Ilanit dio a sus hombres la orden que jamás habría pensado decretar cuando abandonó lunas atrás su hogar en Saimán: cargar contra los lupenos. Las bigas y trigas sobrepasaron inmediatamente la posición del príncipe y sus capitanes, lanzándose loma abajo en dirección a Maraburgo. El atronador estruendo de cientos de carros de guerra tirados por briosos corceles estremeció el corazón de los lupenos quienes, a pesar de no haber visto jamás la cólera del mar, imaginaban así el rugir del océano contra los altos acantilados protectores de las tierras costeras.

Los carros de guerra del ejército de Saralamath irrumpieron como un gigantesco alud de nieve en Maraburgo. Una primera e intensa lluvia de flechas lupenas logró abatir a un buen número de soldados del sur, mas sin apenas tiempo para realizar una segunda descarga, los lupenos se encontraron frente a frente con la desbocada carga de las bigas y trigas. La embestida de las tropas de Saralamath fue devastadora, abriéndose paso entre las defensas lupenas como un cuchillo en un trozo de mantequilla. Decenas de lupenos cayeron abatidos por flechas y lanzas, o aplastados bajo las ruedas de los carros de guerra y las patas de los caballos. Tras ese primer ataque, el príncipe Ilanit ordenó a sus tropas retirarse y regresar a sus posiciones iniciales.

—Confío en que ahora decidan parlamentar —dijo apesadumbrado el príncipe.

—No estaría tan seguro de ello —respondió Senthilkumar—. Esos hombres han decidido morir por defender sus tierras y solo un milagro lograría hacerles cambiar de

opinión.

—¿Pero no se dan cuenta que si siguen decididos a hacernos frente hasta el último de sus hombres morirá? —preguntó desesperado Ilanit, mas no encontró respuesta en Senthilkumar.

El ejército de Saralamath formó en una posición más adelantada, unos doscientos pasos loma abajo de dónde Radhanam había sido abatido. El príncipe Ilanit se adelantó a la vanguardia de su ejército para ofrecer una tregua a los lupenos.

—¡Amigos lupenos! —gritó con toda la fuerza que le permitía el aire que brotaba de sus pulmones—. ¡Detened esta locura! Hemos recorrido un largo y fatigoso camino a través del desierto para acudir en vuestra ayuda. ¡No queremos invadiros! Al igual que vosotros, ¡nosotros también luchamos contra los gronings! Deponed vuestra actitud y parlamentemos como aliados. ¿Qué respondéis?

Un silencio sepulcral se apoderó del valle mientras los últimos ecos del mensaje de Ilanit reverberaban entre las lomas y los árboles, perdiéndose como palabras baldías más allá de los límites de Maraburgo. Sin embargo, un agudo y sibilante sonido rasgó el efímero silencio que había separado por unos instantes a ambas fuerzas contendientes. Una flecha dirigida contra el corazón del príncipe Ilanit fue la respuesta lupena. Uno de los dos soldados que flanqueaban al príncipe en la cuadriga, reaccionó veloz interponiendo su escudo entre la flecha y el príncipe. La tristeza inundó entonces los corazones de Ilanit y Senthilkumar, quienes tras cruzar sendas miradas apesadumbradas, se aprestaron a ordenar el ataque definitivo sobre Maraburgo.

Pero fue en aquel instante cuando aconteció el milagro demandado por el capitán Senthilkumar. Cuando los jinetes de las bigas y migas del ejército de Saralamath tiraban con firmeza de las riendas de sus corceles, cuando los bravos lupenos se aprestaban para la última y desesperada defensa tensando las cuerdas de sus arcos y clavando sus rodillas en la embarrada y pisoteada hierba para formar un muro de alabardas frente a la caballería sureña, fue entonces cuando un poderoso y estremecedor aullido detuvo el tiempo anunciando el providencial advenimiento de un ángel salvador, aquél quien irrumpiera con sus huestes en las riveras del Taquakland para decantar la batalla a favor de los ejércitos de la Alianza, el mismo que ahora acudía a Maraburgo enarbolando la bandera de la paz, el blanco ángel del norte, el gran Gródolas, el guerrero de Tenkolmar.

La llamada del cuerno de Gródolas paralizó a las huestes de sureños y lupenos que, desconcertados, se volvieron hacia el este para contemplar cómo las tempranas luces de la estrella del día recortaban la silueta de un centenar de jinetes enviados por los dioses para detener aquella contienda fratricida. Gródolas hizo sonar por segunda vez su cuerno, una regia sonata que apaciguó la ira entre ambos ejércitos. Cuando los ecos del cuerno de llamada se apagaron, Gródolas, flanqueado por Lonar y Sventegard, y seguido de cerca por la columna de los cien jinetes norteños, se encaminó con un lento y pausado trote hacia el terreno que separaba a las

vanguardias de ambas huestes.

Los habitantes de Maraburgo y los hombres de Saralamath contemplaban sorprendidos a los jinetes llegados del este. La sorpresa fue mayor entre los lupenos, pues cuando Gródolas y los suyos se encontraban a menos de cincuenta pasos de ambas vanguardias, Markeliot reconoció a aquellos dos jinetes que flanqueaban al desconocido guerrero que capitaneaba aquella tropa.

—¡Sventegard!, ¡Lonar!... ¿sois vosotros? —exclamó estupefacto.

—¡Lo somos! —respondió con una amplia sonrisa Sventegard, la cual no tardó en tornarse en una mueca de dolor al contemplar los numerosos cadáveres desperdigados que cubrían la pradera sur de Maraburgo.

—Hemos llegado tarde —se lamentó Lonar.

—Pero a tiempo para evitar el desastre —apostilló Gródolas—. La traición de los gronings ha estado a punto de acabar con tu pueblo.

Rápidamente Lonar y Sventegard recuperaron la cordura y, con grandes aspavientos, comenzaron a gesticular gritando a los soldados de ambos ejércitos.

—¡Detened esta locura! ¡Los hombres del sur han venido en nuestro socorro! ¡Los gronings os han mentido! —gritaban hacia los lupenos—. ¡Detened vuestro ataque! ¡Los lupenos han sido traicionados! ¡Solamente defendían sus tierras frente al ejército invasor! —se dirigían ahora a los hombres de Saralamath.

—Gracias, dioses del sol y de las arenas —dijo el príncipe Ilanit mirando hacia el cielo—. Gracias por detener esta matanza.

—¡Escuchadme todos! —alzó ahora Gródolas su grave voz por encima de aquel clamor de almas desconcertadas—. Mi nombre es Gródolas, guerrero del norte, hijo de la tierra de Tenkolmar, y hablo en nombre de Therliangator, el Rey Nerlingo, quien me envía para detener esta contienda entre hermanos, fruto de un perverso ardid pergeñado por los hombres de Zornik. Los ejércitos del sur han acudido a la llamada del Rey Nerlingo, han sido convocados a la gran Alianza que formarán el este, el norte y el sur, para acabar con la tiranía groning —y todos los hombres escuchaban con respetuoso silencio las palabras de aquel guerrero que parecía salido de una de las leyendas de los Días Antiguos—. Pues amigos, la reconquista de Jactinia ha comenzado. Mugaburgo ha sido liberada y un millar de hombres al mando de Therliangator avanzan hacia los burgos skelingos y lupenos. Aquí, en Maraburgo, se fundirán los ejércitos aliados, nerlingos y esmugas, luinas y skelingos, sureños y norteños, y por supuesto vosotros, hermanos lupenos. Juntos reconquistaremos toda Jactinia y será entonces cuando emprendamos el último viaje de nuestra misión, el viaje que nos lleve a las puertas de Groningburgo, donde acabaremos con el reinado de Zornik. Y ahora, ¡enfundad vuestras espadas! ¡Guardad vuestras lanzas y flechas! ¡Enterrad y honrad a los caídos en este sinsentido! —ordenó Gródolas mientras un murmullo de admiración y asentimiento se elevaba en todo el valle de Maraburgo.

Y así fue como el guerrero de Tenkolmar logró hermanar a sureños y lupenos. Los hombres depusieron las armas y, tristes y abatidos, comenzaron a retirar los cadáveres



de amigos y enemigos. Lentamente, hombres del sur y habitantes de Maraburgo comenzaron a entremezclarse, se acercaron y saludaron, envueltos por una sombría congoja que les acompañaría durante las próximas lunas, hasta que contemplaran la llegada de Kiril marchando al frente del ejército de la Alianza, incrementado en número por los hermanos skelingos que habían decidido unirse a sus filas.

Como Senthilkumar había presagiado, un río de lágrimas se derramó durante la fatídica jornada, y aquella batalla fue recordada por siempre con el nombre de la Batalla de las Lágrimas de Arena.

Mas el tiempo era ahora escaso y Gródolas debía organizar presto la defensa de Maraburgo ante el inminente ataque groning, pues el plan de Karthan había sido aprobado por el mismísimo Mariscal Burkelen. Pero esta vez los aliados harían pagar a los gronings con su misma moneda: la traición y el engaño.

## CONSPIRANDO EN LA OSCURIDAD

Era noche cerrada en Groningburgo y una legión de gorglins velaban como insomnes guardianes los sueños de los habitantes de la capital. En el palacio del rey, Inorkul y su guardia pretoriana escrutaban desde los puestos de Centinela la insondable oscuridad de la noche. Hacía muchas lunas que el negro hálito de la lamia Urkha había convertido los días en una noche sin fin. Los fétidos vapores que brotaban en forma de enormes volutas de la cabeza del wolkur que presidía la balconada de Zornik, cubrían hasta el último resquicio de los cielos al norte de Jactinia.

Zornik deambulaba caminando, revolviéndose inquieto en su estancia. Desvelado por delirios y tribulaciones no podía conciliar el sueño. Acababa de volver de visitar a sus halcones en la gigantesca pajarera construida en el ala sur del castillo. Buscaba en la compañía de las aves el sosiego necesario para reflexionar sobre las últimas e inquietantes noticias que, desde el este, habían llegado a palacio. El maldito nerlingo había regresado a Jactinia reconquistando Mugaburgo. Mas no era el tamaño del ejército rebelde lo que preocupaba a Zornik, pues aún mantenía intactas las legiones del norte al mando del Mariscal Zotelen, así como las legiones del sur al mando del Mariscal Burkelen que actualmente ocupaban toda Jactinia; además, más de mil gorglins formaban la última y temible línea defensiva alrededor de Groningburgo. Eran por el contrario la fe y la determinación que empujaban a Kiril, protegido por el ancestral halo de poder del Unicornio, lo que turbaba a Zornik.

El rey brujo sabía que Kiril había hallado el arcano poder que él ansiaba poseer y, en manos de Therliangator, no tardaría en llegar el día en que éste desafiase su reinado sobre Tierra Conocida. Debía acabar con el joven Kiril antes de que su leyenda continuara creciendo; arrancarle el secreto que portaba y arrojar su cuerpo a los cachorros wolkur que criaba en Groningburgo.

Zornik se retorció de ansiedad, apresado en su palacio como un rui señor confinado en una jaula de oro. La estancia rezumaba odio y maldad, codicia y crueldad. Súbitamente, una ráfaga de aire emponzoñado, una brisa maligna, penetró sibilante invadiendo cual mórbido murmullo los aposentos del rey brujo.

—Soñé tu sueño —siseó una voz a sus espaldas.

—¿Qué haces aquí en palacio, madre Urkha? —preguntó contrariado Zornik sin mover un solo músculo de su cuerpo—. Nadie debe saber de tu existencia.

—Aún más visibles que la bella lamia son las oscuras sombras de palacio —respondió Urkha—. He acudido a tu llamada, mi pequeño, aunque ni tú mismo sepas que me has reclamado.

La lamia avanzó lentamente hacia la débil luz de la vela que colmaba la estancia de sombras aviesas. A cada paso sus patas de gallina dejaban un inmundo reguero de líquido nauseabundo. Cuando se encontró frente a frente con los ojos sin vida de Zornik, le besó delicadamente en la mejilla con los labios aún humedecidos por el

pestilente brebaje que le había traído, desde su cueva en las Montañas Oscuras, hasta la terrible cabeza del Wolkur.

—El nerlingo turba tus sueños —dijo la lamia—. Cada día que se consume bajo el sol ardiente, su poder crece como la hierba en primavera. Su auge tortura tu alma, su ascenso mortifica mi oráculo. El custodio del poder inmortal le acompaña y en el oeste los gemelos se han reunido. Mas el torrente de sus destinos confluye en Groningburgo, donde reina nuestra magia. Mas esa... esa presencia, carne y piedra, ¡aaahhh! —gritó y se abrazó con fuerza a Zornik mientras gimoteaba desconsolada.

—¿Qué te ocurre, madre? ¿Qué es lo que te hace estremecer? —preguntó desconcertado Zornik.

—Mi pequeño, mi pequeño —lloriqueaba la lamia—. Una eternidad sin luz ni oscuridad, un horizonte velado y cristalino, ¡nada pueden ver mis ojos a través, ni por frente ni por envés! ¡Blanco y negro, negro y blanco! ¡Maldito sortilegio!

—Cálmate, madre —trataba de consolarla Zornik mientras le acariciaba sus ralos y grasientos cabellos canos.

Urkha se calmó y permaneció abrazada a su pequeño durante largo rato. Después, se sentó en el borde del lecho y, cadenciosa y delicadamente, comenzó a alisarse su lacia melena con su peine dorado mientras continuaba con su demente perorata:

—Las batallas caerán de su lado, avanzará a través del angosto corredor, ¡presiento la insurrección! —gritaba agitada Urkha—. Una alianza de sangre, una alianza consagrada a los dioses... ¡ofrece a tu bella hija al bárbaro de los yermos occidentales! Te dará un heredero, sí, un heredero, y el mundo se postrará ante ti, ¡te rendirá pleitesía! Y cuando aquellos que lo engendraron mueran, cuando la sangre de tu sangre mortecina se seque, cuando el tiempo a tu mismo heredero haya consumido como a roca arcillosa, tú, mi pequeño, seguirás reinando en el gran trono bajo las estrellas, tan cerca de los dioses, tan alto sobre los hombres, ¡rey de las deidades, dios de los mortales!

—Madre, oscuros pensamientos me atormentan, terribles pesadillas me torturan en interminables duermevelas —se arrodilló Zornik ante la lamia Urkha—. ¡Prométeme que arrebataré el poder de la bestia al nerlingo! ¡Júrame que poseeré el cuerno del Unicornio!

—Mi pequeño, mi indefensa criatura —sonrió maliciosamente Urkha con un brillo maligno en sus ojos—. Te prometo que tus ojos desenterrarán de lo más profundo del nerlingo el escondite del Unicornio. Tu mirada lo poseerá, corroerá su espíritu y entonces podrás mirar a través del pozo de su alma, límpido y diáfano, y le arrebatarás su secreto, pues ya nada podrá detener el irrefrenable poder de tu mirada. Y ambos viajaremos al escondite del Unicornio, y le arrancaremos el corazón, y le seccionaremos los miembros, y le sacaremos los ojos, y comeremos de sus entrañas, y beberemos de su sangre, y cuando ya no quede nada sobre su quebrada osamenta, ni piel, ni músculo, ni membrana, ni cartílago, el cuerno de la inmortalidad será por siempre nuestro, ¡solamente nuestro! ¡Ja, ja, ja! —y la lamia se puso a danzar

alborozada como un infante alrededor del lecho mientras entonaba una horrible e interminable cantinela:

*Cortar, trinchar, arrancar,  
¡carne, tripas, ojos!  
Comer, beber, vomitar;  
¡intestinos, sangre, huesos!  
Corre, escapa, huye,  
¡te atrapo, te mato, te despellejo!  
A nadie podrás salvar,  
¡muerto estás por toda la eternidad!*

*Cortar, trinchar, arrancar;  
¡carne, tripas, ojos!  
Comer; beber, vomitar;  
¡intestinos sangre, huesos!  
Corre, escapa, huye,  
¡te atrapo, te mato, te despellejo!  
A nadie podrás salvar;  
¡muerto estás por toda la eternidad!*

## UNA DIFÍCIL DECISIÓN

**A**nochecía en el Valle de los Elothas. La oscuridad de la noche se entremezclaba con las últimas nubes de humo y ceniza negra que brotaban de las ahogadas ascuas que aún consumían Eloburgo. Los elothas habían disfrutado de su primer día de libertad tras sobrevivir al inhumano cautiverio. La gran mayoría había aprovechado la jornada para dormir y descansar, tumbados sobre el improvisado lecho de árida hierba que crecía en las praderas cercanas. Aquellos que aún disponían de fuerzas y entereza, colaboraron en las tareas de cura de los numerosos heridos que había dejado la batalla. Un reducido grupo ayudaba a Torilo, quien se afanaba en acabar de preparar el rancho para aquella multitud de almas con los víveres que habían encontrado junto al almacén de oro de las minas.

Con el ocaso comenzaron a repartir la cena en los cuencos de madera de los que los elothas aún se resistían a desprenderse. Un caliente y nutritivo potaje a base de arroz, lentejas, cebollas y algún trozo de tocino para los más afortunados, logró reconfortar sus estómagos, que acompañado por un vaso de vino aguado, cortesía de los ajusticiados centinelas del almacén de oro, logró que los elothas conciliaran el sueño con una sonrisa en sus labios.

Oyvind e Ingvar no se habían separado un sólo instante en todo el día, narrándose las tribulaciones y aventuras de los últimos meses. Cuando era Oyvind quien contaba a su hermano su huida hacia el Mar del Este, el descubrimiento del sexto clan y el encuentro con el Guardián de Piedra, Ingvar permanecía boquiabierto, incrédulo ante el relato del hijo del relámpago; mas cuando era el hijo del trueno quien relataba sus penurias en Eloburgo, su fuga de las minas auríferas y su huida hacia las Tierras Frias, era entonces Oyvind quien escuchaba atónito y en silencio a su gemelo. Ni siquiera Perlivarce o Torilo se atrevieron a interrumpirles, pues la profunda herida con la que la añoranza había lacerado sus corazones debía ser rápidamente restañada. Apenas si se percataron que Simas les acercó un cuenco repleto de potaje y un vaso de vino a cada uno, pues siguieron absortos en sus conversaciones.

La noche cayó con su inescrutable manto de oscuridad sobre el noroeste de Tierra Conocida, luna y estrellas veladas por los últimos estertores de la pira de Eloburgo. Hacía un rato que Narno había vuelto a despertar a la vida, pero aún el corazón de Ingvar latía desbocado ante la inesperada y extraordinaria visión contemplada. El Guardián de Piedra acompañaba ahora a los dos gemelos alkos, el único al que habían permitido interrumpir su charla, pues si en aquel mar de almas había alguien al que la añoranza y la pérdida de un ser querido hubiera atormentado tanto como a Oyvind e Ingvar, ese era sin duda Narno.

El cansancio hizo por fin presa en los gemelos alkos y, tras cabecear frente a la titilante luz de la hoguera, no tuvieron más remedio que rendirse ante la llamada del dios del sueño. Antes de acostarse junto al resto de elothas que hacía rato dormitaban bajo la única protección del firmamento, Simas y Aimon cruzaron unas palabras con

ellos.

—Mañana al amanecer nos reuniremos a las puertas de las minas —dijo Simas.

—Debemos decidir sin más demora nuestro destino —añadió Aimon—. No nos resta mucho tiempo antes de que los gronings lleguen con refuerzos.

Oyvind e Ingvar asintieron y los líderes de La Alianza de Tenkolmar y Los Quince de Klimerik dejaron descansar a los gemelos.

—Espero que ahora que me has encontrado, no sea yo quien ocupe por más tiempo tus sueños y sea esa bella nerlinga la que more en ellos —dijo bromeando Ingvar mientras enrollaba y aplastaba su capa bajo la cabeza a modo de almohada.

—Edda... —murmuró Oyvind—. Mi querida y hermosa Edda... —y cerró sus ojos mientras sonreía y dejaba que el sueño se apoderase de él, fantaseando con besar los finos y dulces labios de la hija menor de Oerlikon.

La noche transcurrió en calma, envuelta en un completo silencio, pues ni siquiera los insectos se atrevieron a molestar a los elothas en su merecido descanso. Narno custodiaba el sueño de aquellos hombres renacidos a la libertad, caminando incansable alrededor del campamento, mientras cuatro grupos de centinelas vigilaban los puntos cardinales. Cada cierto tiempo se acercaba a comprobar cómo se encontraban sus nuevos hermanos, Los Quince de Klimerik, pues Leonek, Oakes, Bladuf y Alvar habían sido heridos en la Batalla de Eloburgo o Bosque Frío. Alvar era quien se había llevado la peor parte. La ponzoña depositada en su pierna por las garras del wolkur mantenía al celko en un agitado estado febril en el que deliraba llamando desesperadamente a su malogrado compañero Larklin. Perlivarce no se separaba del celko ni un instante y en esos momentos trataba de tranquilizar a Narno:

—Todavía mañana su frente arderá —le dijo Perlivarce al gigante—. Es el precio que debe pagar por la herida del wolkur. Pero te aseguro que con estas curas y emplastos, en menos de siete lunas la fiebre habrá desaparecido por completo y Alvar podrá volver a caminar y luchar como un guerrero.

Esas palabras serenaban a Narno, quien volvía a sus tareas de vigilancia, pero el Guardián de Bosque Salvaje no tardaba en volver inquieto junto a Alvar y de nuevo Perlivarce tenía que desplegar sus mejores virtudes de tarluk para apaciguarle.

Con las primeras luces del amanecer el silencio de la noche se transformó en un coro de toses y bostezos. Los elothas contemplaban absortos el nacimiento del nuevo día, tratando de alejar la angustia que el sonido del cuerno de llamada provocaba en sus corazones. Pero el sordo grito del cuerno se había apagado para siempre. La Alianza del Trueno y los hombres de La Colonia habían obrado el milagro. Y esos hombres que les habían devuelto la libertad, decidían ahora su futuro frente a las puertas de las minas de oro.

—Hemos logrado una gran victoria de libertad y esperanza —hablaba Aimon—, pero con cada sople de viento que aleja los latidos del tiempo lejos de aquí, nuestra

situación se torna cada vez más desesperada. Las columnas de humo que se alzan sobre Eloburgo habrán advertido a nuestros enemigos de que algo marcha mal en las minas. Si no nos movilizamos esta misma mañana corremos el riesgo de que el ejército groning caiga sobre nosotros.

—¿Y hacia dónde marcharemos? ¿Cómo ocultaremos a un famélico ejército de más de mil hombres avanzando a través de territorio enemigo? —preguntó contrariado Simas—. Esos hombres están exhaustos, no soportarán una rápida marcha a pie día y noche.

—No sé hacia dónde debemos dirigirnos —contestó Aimon—, pero debemos partir sin más demora.

—Aunque no lo creas, esos hombres soportarán el cansancio y el dolor en sus piernas —habló Ingvar recordando su frenética huida hacia las Tierras Frías en compañía de Gródoles y Vladas—. Es cierto que algunos morirán en el camino, pero su muerte tendrá un sentido para ellos, más allá de una muerte ignominiosa en los túneles y terraplenes de las minas.

—El grueso de los elothas debería marchar en sentido inverso al que nosotros recorrimos —dijo Oyvind mirando a Perlivarce mientras el bortigo asentía con la cabeza—. Su única posibilidad de salvación es alejarlos de la guarida del lobo. Deberán dirigirse hacia Bosque Frío, para después cruzar por los límites orientales de Tierra Seca en dirección sur hacia Las Montañas Oscuras y, desde allí, encaminarse al Bosque Ranwuhan. En él encontrarán abrigo y alimento. Podrán establecer un asentamiento en el interior del bosque aguardando a que los vientos soplen favorables a nuestra causa. Allí podrán descansar y recuperarse. Puede que pronto necesitemos del vigor de sus brazos para la batalla final. Vosotros, Perlivarce y Aimon, los acompañaréis hasta el paso de las Montañas Oscuras. Una vez allí, debéis encaminaros hacia La Colonia. En aquel lugar tenéis seres queridos y amigos a los que proteger.

—Y vosotros, Simas —continuó ahora Ingvar sin dar tiempo a que Perlivarce o Aimon replicasen a Oyvind, mientras jugueteaba con su collar de afilados dientes de Wolkur—, regresaréis al norte, a las Tierras Frías. Numerosos han sido los sacrificios que la Alianza de Tenkolmar ha realizado por la causa nerlinga. Hora es que regreses a defender las fronteras de tu pueblo.

—¿Y qué haréis entonces vosotros, solos en el corazón del territorio enemigo? —preguntó Aimon—. ¿Acaso pensáis dirigiros hacia Groningburgo?

Sin que apenas hubiera Aimon terminado de pronunciar el nombre de la capital groning, el celko se percató, por la sonrisa que esbozaron los gemelos alkos, que había acertado en su disparatada suposición.

—Un señuelo para cubrir nuestra huida... —musitó Perlivarce.

—¿Es que ambos os habéis vuelto locos? —gritó enfadado Simas—. ¿Cómo ha podido vuestro reencuentro trastornaros de esta manera? Si os dirigís a Groningburgo, en menos de siete lunas vuestras cabezas colgarán de las murallas que

rodean al palacio de Zornik. No, jamás permitiré que os encaminéis a vuestra propia muerte.

—Nunca podré agradecerte la desinteresada ayuda que nos has prestado —contestó Ingvar—. Mas es mi destino y el de Oyvind dirigirnos al palacio del rey brujo. Tu amistad me honra, Simas, más allá de lo que puedas imaginar, así como también lo hace la de Gródolas, para siempre mi hermano de sangre. Pero debéis entender que los gronings no tendrán piedad con vosotros si os encuentran aquí. Confío en que su arrogancia les lleve a pensar que el humo que se eleva desde Eloburgo sea un desafortunado incendio en el que han perecido unas docenas de esclavos. Jamás esperarán que alguien ose atacarles en el corazón de sus dominios. Mas si Nerlinguia ha escuchado nuestras plegarias, y Kiril y Maikel han salido victoriosos de las batallas del este, Zornik se habrá vuelto desconfiado y a buen seguro enviará junto a la caravana semanal del oro un pequeño destacamento de legionarios para protegerla.

—Como he dicho antes —continuó Oyvind—, vosotros tenéis familia y amigos a los que proteger. Esta vez seremos Ingvar y yo quienes os protejamos, atacando al enemigo allí donde nunca lo imaginaría, provocando el desconcierto y sembrando el miedo en su propio hogar. Vuestro deber es partir ahora sin más demora. Aimon y Los Quince de Klimerik, junto a Perlivarce, acompañarán a los elothas hacia el Bosque Ranwuhan hasta asegurarse de que se encuentran a salvo. Una vez logrado este primer objetivo, estableceréis un sistema de mensajeros entre ellos y La Colonia.

—Simas. Tú y tus hombres regresaréis a Sildenburgo —continuó ahora Ingvar tomando el relevo de su hermano—, cruzando a través de los Valles Solitarios. Por Nerlinguia, que las fuerzas que os haya insuflado esta batalla logren mantener el desánimo alejado de vuestros corazones. Mas si notáis que la desesperanza se apodera de vosotros, ¡cantad a la primavera! ¡Cantad a la nueva era que se acerca! ¡Paz y libertad! ¡Amor y esperanza! —y lágrimas de emoción se asomaron a los ojos de Ingvar—. Una vez en Sildenburgo, vigilaréis a las legiones gronings del norte. Sus movimientos os indicarán cuándo deberéis marchar sobre Groningburgo, cuándo se acerca la hora final en la que todo se decidirá.

—No os abandonaremos —respondió Aimon—. Los Quince de Klimerik os seguirán hasta Groningburgo.

—No, mi buen Aimon —respondió Oyvind—. Tú y Los Quince debéis regresar a La Colonia. Sois los protectores de ese famélico ejército como antes lo has llamado. Será vuestra responsabilidad mantenerlos a salvo. Además, no permitiría que mi gran amigo el tarluk regresase en solitario al hogar donde Milia y el pequeño Oyvar le esperan —y Perlivarce miró a Oyvind agradeciéndole que le hubiera liberado de la pesada carga de elegir entre acompañarle o regresar junto a su familia.

—Entonces yo os acompañaré —replicó Simas.

—Jamás lo consentiría —contestó ahora Ingvar—. Los norteños aguardan ansiosos el regreso de su líder. Si incierto es el futuro de Gródolas en las lejanas



tierras orientales, arriesgar tu vida en esta misión no haría más que privar a la Alianza de Tenkolmar de su legítimo líder. El norte volvería a desmembrarse y debilitarse, lo que no haría más que contribuir a los planes de Zornik. No, Simas, tu lugar está ahora en las Tierras Frías, donde tu victorioso regreso insuflará la moral necesaria a tus hombres, haciendo que el norte vuelva a ser un territorio inexpugnable incluso para las legiones gronings.

—Solamente aceptaremos la compañía de media docena de hombres —contestó Oyvind—, pero no podrá ser ninguno de vosotros, nadie de Los Quince de Klimerik, ni... —y aquí Oyvind tragó saliva, pues la palabra que iba a pronunciar ahogaba su garganta antes de brotar de ella—, Narno.

Hubo unos instantes de silencio, pues si bien Simas e Ingvar conocían la relación que unía a Oyvind y Narno, Perlivarce y Aimon sabían por el tiempo que habían compartido con ellos, que el cariño que Oyvind tenía por el Guardián de Piedra solo era comparable al de su gemelo Ingvar y al de su amada Edda. Fueron ahora los ojos del hijo del relámpago los que se arrasaron en lágrimas, desconsolado por la separación de aquel espíritu atormentado con el cual había compartido penas y alegrías y que un día le bautizó con el nombre de Peregrino.

—Seis norteños os acompañarán —sentenció lacónicamente Simas.

—De acuerdo —respondió Ingvar—. Una vez más no sé cómo podré agradeceréte, Simas.

El norteño contestó con un leve movimiento de su cabeza, no queriendo interrumpir con sus palabras la congoja de Oyvind. Fue el alko quien rompió el silencio.

—Y ahora marchad al campamento —habló con la voz entrecortada—. Preparadlo todo y partid prestos hacia Bosque Frío.

—¿No aguardarás a que caiga la noche para despedirte de Narno? —fue Perlivarce el único que se atrevió a preguntar al hijo del relámpago.

—No. No soportaría decirle adiós mientras le miro a los ojos —contestó Oyvind—, y él nunca me permitiría marchar sin su compañía a Groningburgo. Cuando estéis lejos, recordad a Narno la promesa que le une ahora a Los Quince de Klimerik. Será la única forma de que no monte en cólera y vuelva en mi busca trastornado por la demencia.

Los demás no se atrevieron a contrariar las firmes palabras que Oyvind acababa de pronunciar. Tras un interminable silencio, y sin que nadie lo ordenase, los allí presentes fueron regresando lentamente hacia el campamento hasta disolver completamente el improvisado concilio. Caminaban cabizbajos, entristecidos por una nueva separación y por la misión suicida que Oyvind e Ingvar iban a emprender. Los gemelos alkos se quedaron ligeramente rezagados mientras contemplaban a Simas, Aimon y Perlivarce alejarse hacia el campamento de los fugitivos.

—Nos toman por locos, hermano —habló Ingvar—. Sus corazones han comenzado a llorar por la muerte que creen inevitablemente nos aguarda.

—Todos moriremos algún día —respondió Oyvind—, sólo el tiempo y los hados del destino saben cuando. Mas te prometo que el jinete sin rostro no nos alcanzará en Groningburgo. Acechará montado a lomos de su siniestro corcel, pero no será allí donde exhalaremos nuestro último aliento.

—Que Nerlinguia escuche tus palabras —respondió Ingvar—, pues necesitaremos de la ayuda de todos los dioses, amigos y enemigos, para poder salir de la guarida de Zornik con vida.

—Las escuchará, Ingvar, las escuchará —sentenció Oyvind.

El hijo del trueno caminó sin hablar una veintena de pasos hasta que se decidió a preguntar nuevamente a Oyvind:

—¿Y Narno? —dijo Ingvar—. ¿Comprenderá la decisión que has tomado?

—No —respondió Oyvind imbuido por un terrible halo de tristeza—. Nunca lo hará. Lo único que espero es que algún día me perdone por abandonarle. Yo le hice volver a creer en la amistad, yo prendí el fuego que logró derretir el hielo que velaba su corazón, y sin embargo ahora le pago con la misma moneda que los hombres a los que él protegía: con el abandono y el olvido. Una vez sobrevivió a la terrible decepción en Fuente Dorada, pero no sé si podrá volver a soportarlo.

—Perlivarce y Aimon sabrán cómo aplacar su rabia y tristeza —dijo Ingvar sin mucha convicción.

—Lo dudo, hermano mío. Mas espero que el juramento que le ata a Los Quince de Klimerik evite que cometa una locura —finalizó Oyvind con la mirada perdida en el pedregoso camino.

Y en silencio, reflexionando sobre lo que el futuro más cercano podría depararles, siguieron los pasos de sus amigos hasta el campamento donde el famélico ejército de elothas les aguardaba.

Las órdenes que habían dado los gemelos alkos se cumplieron con presteza y, antes de que el sol del mediodía acariciase sus rostros, seis guerreros de Tenkolmar se presentaron ante Oyvind e Ingvar. Junto a ellos acudieron Simas y Aimon, acompañados por los cariacontecidos Perlivarce y Torilo. Fue el padre de Maikel el primero en hablar.

—No bien acabas de regresar y ya nuevamente partes lejos de aquí —dijo mirando fijamente a Ingvar, quien se sintió culpable por alejarse del viejo alko.

—Esos hombres que hoy han recuperado la libertad te necesitan —respondió Ingvar mirando hacia los elothas.

—Quizá sea así, amigo mío, pero este viejo también necesita la compañía de los suyos, y ambos hacéis que sienta más cerca a mi hijo Maikel —respondió Torilo.

—Maikel jamás te ha olvidado —habló ahora Oyvind—, y presiento que antes de lo que puedas imaginar volverás a reencontrarte con él. Mi corazón me dice que Kiril y Maikel avanzan con paso firme hacia Jactinia.

—Venid aquí y abrazadme, maldito par de locos —y con lágrimas en los ojos el

bonachón de Torilo se abrazó con fuerza a los dos gemelos alkos.

—Veo que mi consejo sobre ser el cocinero del Senescal no cayó en saco roto. Esta barriga apenas si deja que nos acerquemos a ti —bromeó Ingvar y las lágrimas de Torilo se tomaron en una sonora carcajada.

Cuando Torilo finalizó su abrazo de oso sobre Oyvind e Ingvar, Perlivarce tomó la palabra.

—Locos hermanos, como bien ha dicho Torilo. Prometedme una única cosa: que regresaréis con vida de Groningburgo y que volveremos a cenar en mi casa de Bortiburgo, todos juntos, Milia y Oyvar, mi hijo que en su nombre lleva grabado lo mejor del relámpago y del trueno.

—Te prometo que Ingvar y yo regresaremos de Groningburgo —dijo Oyvind—, para degustar un exquisito faisán junto a la lumbre de tu hogar, querido tarluk —y diciendo esto se acercó a Perlivarce y lo abrazó con fuerza, al igual que instantes después hizo Ingvar.

—Bueno, bueno —dijo Aimon—, ya basta de besos y abrazos, de lágrimas y sollozos. ¿Es que acaso nos hemos convertido en un grupo de plañideras?

Todos sonrieron ante la ocurrencia del celko.

—Ingvar —habló ahora Simas—. Regreses o no con vida de tu misión, tu nombre será por siempre recordado en las Tierras Frías. Tenkolmar también es tu hogar. Estos seis hombres que te acompañarán a ti y a tu hermano son testigos de esta promesa, pues morirán si es necesario por vosotros.

—Gracias, Simas —respondió Ingvar—. Si vuelves a ver a Gródolas antes que yo, dile que cada nuevo día rezo para que encuentre la paz perdida, para que esta funesta guerra termine y pueda regresar a las Tierras Frías, para vivir en paz hasta el fin de sus días.

—Te prometo que así se lo haré saber —contestó emocionado Simas.

—Los Quince de Klimerik también rezarán por vosotros a Nerlinguia —dijo Aimon—. Regresad pronto, amigos, pues ansío luchar junto a vosotros en la última batalla, la que decidirá el destino de Tierra Conocida.

—Allí nos encontraremos —respondieron al unísono los gemelos alkos.

—Bueno, ¿pero es que acaso no pensáis abrazarnos a Simas y a mí? ¿Es que únicamente Torilo y Perlivarce son merecedores de vuestro afecto?

—¡Ja, ja, ja! —rieron Oyvind e Ingvar—. Después de escuchar tu alegato sobre las plañideras pensábamos que ofenderíamos tu orgullo de gran guerrero celko si osásemos demostrar la más mínima muestra de afecto hacia ti.

Simas, Aimon, Oyvind e Ingvar se abrazaron y estrecharon sus manos mientras Torilo y Perlivarce les contemplaban envueltos por una extraña sensación de alegría y tristeza.

—Es hora de partir —dijo Ingvar.

Uno de los seis guerreros de Tenkolmar acercó a los gemelos alkos las bridas de los caballos que les llevarían a Groningburgo. Ambos se subieron con pasmosa

agilidad a lomos de sus monturas y, con voz clara y potente, gritaron para que todos pudieran oírles:

—¡Hasta pronto, amigos! ¡Que Nerlinguia y los dioses os acompañen! ¡Volveremos a encontrarnos a las puertas del palacio de Zornik!

—¡Que los dioses os acompañen! —fue el clamor que brotó de las voces de los elothas y todos los allí acampados, mientras contemplaron la partida al galope de aquellos ocho hombres que se encaminaban hacia una muerte segura.

Cuando el grupo se alejaba ya del campamento, Oyvind tiró repentinamente con fuerza de las riendas de su caballo hasta lograr detenerlo. Lo espoleó nuevamente, pero esta vez en dirección hacia el campamento. Todos observaban con curiosidad al joven alko dirigirse hacia una apartada carreta, hacia el lecho diurno del Guardián de Piedra.

Sin descender de su corcel, acarició con su mano el pétreo rostro de Narno y, acercando su cabeza a la del Guardián, musitó unas palabras en voz baja que nadie más alcanzó a escuchar:

—Perdóname. Perdóname por abandonarte, mi buen Narno —y Oyvind guardó unos instantes de silencio—. Perdóname y prométeme que velarás por Los Quince de Klimerik, porque Aimon y los suyos sigan con vida. No intentes seguir el camino del Peregrino, pues como tú una vez dijiste “*no es camino seguro al caer la noche*”. Porque esta vez, mi buen Narno, no habrá campana que pueda mantener alejados a los demonios que acechan. Rezo a mi diosa porque la luz de la vida ilumine tu eterna noche. No permitas que la tristeza vuelva a tu corazón. Nunca te abandonaré, mi partida no es más que un hasta pronto. Te entrego la eukhiloe que me regalaste en el Paso del Nevado. Consérvala hasta que volvamos a encontrarnos. Que ella sea la luz que te alumbre en tu nocturno caminar y vele tus sueños al calor del sol. Adiós, Narno, hasta pronto. Que el destino nos sea propicio y volvamos a encontrarnos para luchar en la última batalla contra la oscuridad —y Oyvind acarició el cabello petrificado del Guardián, y sintió cómo una leve conmoción recorría la pétrea superficie de la estatua.

El alko espoleó a su caballo y el viento se llevó las lágrimas que resbalaban por sus mejillas. Rápidamente se unió al grupo de Ingvar y los norteños, y juntos cabalgaron hacia el este, hacia el corazón del territorio groning, para cumplir la primera de sus misiones en los dominios de Zornik: interceptar la caravana del oro.

## LA CARAVANA DEL ORO

**H**abían transcurrido dos lunas desde que Oyvind, Ingvar y los seis norteños partiesen rumbo a Groningburgo. Decidieron cabalgar en dirección sureste, trazando una diagonal desde Eloburgo hasta la capital groning, evitando en todo momento internarse en el Valle del Rauron, pues como Simas les había advertido, se trataba de un lugar en el que las legiones gronings solían acampar o concentrarse en espera de las órdenes de su rey. Y a fe que los consejos del líder de Tenkolmar fueron acertados, pues hasta ese momento no habían vislumbrado tropas enemigas por los alrededores ni encontrado atisbo alguno de que aquellas tierras estuviesen pobladas.

Al tercer día divisaron la caravana del oro.

Tras sortear una hermosa comunidad de tilos, los prodigiosos ojos élficos de Oyvind descubrieron a lo lejos una imperceptible nube de polvo. Con un enérgico ademán hizo detenerse a sus compañeros y, colocando la palma de su mano por encima de sus traslúcidos ojos azules para evitar el reflejo del sol, escrutó con gesto contrariado el horizonte.

—Aquí llegan esos miserables —dijo Oyvind—. Vienen a por el oro obtenido con el sudor y la sangre de los desdichados elothas. Pero esta vez no encontrarán lo que ellos esperan.

—¿Es la caravana del oro? —preguntó Ingvar.

—Sí —respondió lacónicamente Oyvind mientras continuaba escudriñando las lejanas praderas.

—¿Cuántos son? —preguntó Gregas, el más veterano de los norteños que les acompañaban.

—Diez jinetes además de otros tres soldados que viajan montados en la carreta —contestó Oyvind.

—Trece gronings... nos superan en número —se lamentó Lartas, otro de los norteños.

—Nosotros les superamos en valor, destreza e inteligencia —respondió Ingvar—. Además la sorpresa está de nuestro lado; confío en que nuestras plegarias a Nerlinguia hayan sido escuchadas y los gronings aún no nos crean capaces de asestar un golpe en su territorio.

—No deberías estar tan seguro de ello, hermano —puntualizó Oyvind—. Bien pudiera ser que su falta de precauciones sea debida a que Kiril y Maikel no hayan logrado contener la invasión groning en el este —y un desalentador silencio se apoderó por unos instantes del grupo.

Fue Gregas, el veterano norteño, nacido en una lejana aldea en las riberas del Río Osterdal, quién se decidió a romper aquel triste silencio.

—Deberíamos retroceder e internarnos en el pequeño bosque para emboscarlos por sorpresa —propuso Gregas.

Oyvind e Ingvar se giraron sobre sus monturas tratando de localizar la posición

más propicia para sorprender a los gronings y neutralizar así su superioridad numérica. Tras inspeccionar rápidamente el terreno, ambos se miraron y asintieron con la mirada.

—De acuerdo —dijo Ingvar—. Nos ocultaremos en el bosque. ¡Rápido, no hay tiempo que perder! —ordenó el hijo del trueno y, sin demora, los ocho jinetes cabalgaron al galope hacia la frondosa floresta.

Los gronings tardaron un tiempo en recorrer la legua que les separaba de las inmediaciones del bosque de tilos donde los nerlingos y norteños se ocultaban. Realmente los ojos de Oyvind alcanzaban a divisar lejanos parajes que cualquier otro mortal jamás alcanzaría a contemplar sin la ayuda de uno de los ingenios de Perlivarce. Comenzaron lentamente a girar para seguir avanzando en paralelo al linde del bosque, cuando repentinamente uno de los soldados gronings dio el alto a la caravana:

—¡Alto! ¡Detened la marcha! —ordenó el soldado.

—¿Qué ocurre? —le preguntaron los otros jinetes mientras el conductor de la carreta tiraba enérgicamente de las riendas de los tres caballos que la arrastraban para detenerla.

—¿Es que no habéis escuchado eso? ¡Eran cascos de caballos! Juraría que un par de jinetes —respondió el groning—. Y se acercan hacia nuestra posición.

—¡Vosotros seis conmigo, en posición de ataque! —ladró el que parecía estar al mando de la caravana—. Gurk, Morkek y Lathon, os quedaréis protegiendo la carreta.

Y antes de que el groning terminara de dar las órdenes a sus hombres, de entre los últimos tilos que configuraban el linde del bosque, a unos treinta pasos frente a ellos, surgieron las figuras de Ingvar y Gregas cabalgando a galope tendido. El hijo del trueno y su compañero norteño detuvieron su frenético cabalgar al descubrir la inesperada presencia de los gronings.

—No son gronings ni jinetes de Tierra Seca —informó el cabecilla groning a sus hombres—. ¡Deteneos! ¿Quiénes sois, forasteros? ¿Acaso disponéis de algún salvoconducto para viajar por estas tierras? —gritó dirigiéndose a Ingvar y Gregas, quienes lejos de atender a las órdenes del soldado, espolearon a sus caballos y volvieron a penetrar en la floresta.

—¡Tras ellos! —gritó el groning—. ¡Que no escapen! ¡Mañana darán con sus huesos en Eloburgo! —y los seis jinetes se lanzaron en persecución de Ingvar y Gregas, mientras los tres jinetes restantes montaban guardia alrededor de la carreta.

Ingvar y Gregas condujeron a sus corceles por la más estrecha de las numerosas sendas que se abrían en el interior del pequeño bosque de tilos. Sus perseguidores no tuvieron más remedio que ponerse en fila de a uno. Tras zigzaguear a derecha e izquierda, la columna de perseguidores se estiró. Cincuenta pasos antes de salir a un pequeño claro del bosque los corceles de Ingvar y Gregas tuvieron que saltar por

encima de una gruesa rama que obstaculizaba el camino. Los gronings la fueron sorteando sin dificultad uno a uno, hasta que cuando le tocó el turno al quinto jinete, súbitamente y como por arte de magia, la rama se levantó del suelo, levitó y golpeó a su caballo, el cual cayó derribado con sus patas delanteras dobladas, lo que hizo que rodase violentamente por el suelo. El jinete que cerraba la columna no pudo evitarlo, chocó contra el caballo y, como si ambos hubieran sido zancadilleados, corcel y jinete rodaron por la hierba hasta ser detenidos por el fuerte y áspero tronco de un soberbio tilo.

—¡Estúpidos! —gruñó irritado el groning al oír los relinchos, golpes y gritos de dolor—. ¡Levantaos del suelo y seguidnos! —y nuevamente dirigió su mirada al frente para no perder de vista el caballo de Gregas.

Pero los dos gronings no volvieron a levantarse del suelo, pues desde lo alto de los árboles, una andanada de flechas acabó con los dos jinetes. Habían caído en la trampa pergeñada por los gemelos alkos.

Los corceles de Ingvar y Gregas bufaban respirando agitadamente, mientras sus cascos golpeaban poderosos sobre la hierba del bosque, dejando en él el legado de las indelebles marcas de sus herraduras. Ingvar, quien marchaba por delante de Gregas, giró su cabeza hacia el norteño y le gritó:

—¡Allí! ¡A la derecha!

Gregas asintió con un cabeceo y continuó su galope pegado a los cuartos traseros del corcel de Ingvar. Los gronings se mantenían a una prudencial distancia. En varias ocasiones el más diestro de sus arqueros había tratado de hacer cantar su arco contra los fugitivos, mas la primera vez erró ampliamente el disparo y su segundo intento casi le costó ser descabalgado por una rama rota que colgaba amenazante de uno de los árboles, por lo que finalmente desistió de su empeño hasta no salir a campo abierto. El cabecilla groning apretaba el galope de su bestia, fustigándola y espoleándola, pero no era capaz de reducir la distancia que le separaba de aquellos dos insolentes fugitivos, pues sus continuos requiebros y cambios de dirección extrañamente estudiados y certeros, le obligan a detener bruscamente a su caballo y volver a arrancar en su persecución. Pero el siguiente zigzagueo lo desconcertó por completo. Ingvar y Gregas giraron bruscamente noventa grados hacia la derecha y desaparecieron ante los ojos del groning protegidos por un tupido matorral formado por arbustos de laburno. Sin embargo, eso no fue lo más sorprendente, pues al mismo tiempo que ellos desaparecían ante sus ojos, dos nuevos jinetes emergieron cruzando veloces en dirección contraria a la que Ingvar y Gregas habían tomado.

El groning quedó desconcertado durante unos instantes sin saber bien qué hacer. Aquellos fugitivos estaban burlándose de él. Bien, si lo que querían era jugar al escondite, él también jugaría con ellos. Y al final del día los fugitivos continuarían jugando, pero esta vez en compañía del jinete sin rostro, enterrados en cuatro tumbas en lo más profundo del bosque. Un oficial groning no podía permitirse que nadie osara burlarse de él, y menos aún en sus dominios, en territorio groning, pues eso

suponía reírse del mismísimo Zornik, el que sería el futuro emperador de Tierra Conocida. Así lo haría: castigaría a los cuatro fugitivos y después participaría de buen grado en las represalias a aquellos bastardos elothas que habían osado incendiar alguno de los barracones de Eloburgo. Disfrutaría azotando a aquellos sublevados con el látigo del Senescal Loriklen.

—¡Vosotros tres! —gritó enfadado—. ¡Continuad hacia la derecha! ¡El resto, seguidme! —y el oficial giró hacia la izquierda siguiendo el rastro de hierba arrancada en persecución de los dos nuevos fugitivos que habían surgido del interior del bosque.

—¡Han caído en la trampa! —gritó satisfecho Oyvind a Lartas—. ¡Dividen sus fuerzas!

Ahora los gronings perseguían en dos grupos de tres jinetes a los fugitivos: Ingvar y Gregas cabalgaban en dirección sureste y Oyvind y Lartas en dirección noroeste. Los instantes de duda en los que el oficial groning se vio obligado a tomar una decisión, habían proporcionado una distancia adicional a los fugitivos, dando un pequeño respiro a los corceles de Ingvar y Gregas.

—¡En media milla volvemos a girar a la derecha! —gritó Ingvar y Gregas asintió.

Mientras tanto, Oyvind y Lartas no hacían sino aumentar la distancia que les separaba del trío perseguidor comandado por el oficial. Los caballos gronings comenzaban a acusar el feroz galope al que estaban siendo sometidos, sin embargo continuaban siendo fustigados sin piedad por sus jinetes.

Si uno de los halcones de Zornik hubiera sobrevolado vigilante aquella mañana la floresta, hubiera contemplado a Oyvind e Ingvar, vinculados por un halo divino desde el mismo instante en que vinieron al mundo, como si fueran dos siameses, realizar al unísono un preciso y simétrico movimiento girando otra vez noventa grados sobre su trayectoria para tomar una dirección previamente estudiada: la salida del bosque donde la carreta y los tres jinetes restantes aguardaban confiados.

Ingvar y Gregas se acercaban velozmente al último tramo de su huida. A un cuarto de milla frente a ellos, aguardaban agazapados dos de los norteños. El hijo del trueno sobrepasó el lugar donde se ocultaban y contempló cómo sus arcos estaban ya tensos, prestos para cantar su mortal sonata sobre sus perseguidores. Transcurrieron unos instantes desde que Gregas cruzase frente a sus hermanos del norte hasta que los tres gronings se pusieron en la línea de tiro de los arqueros norteños. Dos flechas volaron certeras contra los jinetes, pues atravesaron el cuello del primero y el pecho del tercero. Ambos fueron derribados de sus monturas, cayendo pesadamente sobre el suelo, sus cuerpos privados del alma que el jinete sin rostro acababa de robarles.

Ingvar y Gregas detuvieron su cabalgar y, con un suave trote, se encaminaron al lugar donde los gronings acababan de caer en la emboscada. El jinete groning que aún quedaba con vida miraba desconcertado a sus compañeros caídos y al mismo tiempo a los árboles y arbustos de alrededor. Desenvainó frenéticamente su espada pero, para cuando logró esgrimirla amenazante, dos nuevas flechas volaron desde la



espesura clavándose en su pecho y en su costado y, al igual que sus compañeros, cayó sin vida del caballo para acabar sus días en aquel olvidado bosque al norte de Groningburgo.

—¡Vamos! —ordenó ahora Ingvar—. ¡Debemos volver prestos al punto de encuentro! —y veloces los dos arqueros norteños surgieron como sombras aviesas de entre los árboles y montaron a lomos de los caballos de Ingvar y Gregas.

Mientras tanto, Oyvind y Lartas conducían al segundo grupo de jinetes gronings a una muerte segura. El jinete sin rostro acechaba oculto tras unos tupidos matorrales, susurrando extrañas palabras a las flechas que ahora se apoyaban sobre las cuerdas de los arcos norteños. Como antes había sucedido con los perseguidores de Ingvar y Gregas, dos de los jinetes fueron rápida y certeramente abatidos por la magnífica puntería de los arqueros. Únicamente el cabecilla del grupo quedaba ya con vida. Al contrario que su compañero, decidió huir en lugar de enfrentarse a los fugitivos, pero una nueva flecha logró derribarle antes de que lo consiguiera. Oyvind se acercó al moribundo groning para interrogarle.

—¿Quién eres..., maldito traidor? —se adelantó en tomar la palabra el groning.

—Guarda las pocas fuerzas que te quedan —le respondió Oyvind—. De nada te valdrá ya saber quienes somos. ¿A dónde os dirigíais? ¿Qué hacen nueve soldados custodiando una carreta?

—Eres más estúpido de... —y el groning tosió sangre por su boca—, ...de lo que pensaba. ¡Somos la caravana del oro! —gritó sacando fuerzas de flaqueza—. Miles de legionarios os buscarán hasta daros caza al ver... al ver que la caravana no regresa con su cargamento. Os azotarán hasta mataros... junto a los elothas que incendiaron los barracones —terminó jadeando y tosiendo mientras un sudor frío comenzaba a perlarle la frente.

—¿Quién crees que vendrá tras nosotros? —preguntó Oyvind tratando de sonsacar información al groning—. ¿Quizás las legiones del norte? ¿Acaso los gorglins al servicio de Zornik? —preguntó con irónico desprecio.

—Maldito seas... tu cabeza colgará de Groningburgo. Las tropas de la ciudad acudirán en vuestra busca. Y por supuesto Loriklen... —y volvió a toser sangre mientras su voz iba perdiendo fuerza con cada palabra que pronunciaba—, ...el Senescal os desollará vivos.

—¿Loriklen? —preguntó nuevamente Oyvind elevando su pregunta al cielo—. ¿El Senescal de Eloburgo?

—Sí, maldito perro... él mismo acabará... contigo... ¡ja, ja, ja! —terminó ahogando una siniestra carcajada.

—Quizás en otra vida, soldado —respondió Oyvind mientras esbozaba también una malévolamente sonrisa—. Tu tirano Senescal arde desde hace dos lunas en los fuegos del averno pero... —e hizo una pausa teatral para que las palabras que iba a pronunciar a continuación calasen hondo en el corazón del groning—, ...pero antes ardió bajo las llamas de Eloburgo.

Los ojos del groning querían salirse de sus órbitas al escuchar lo que Oyvind acababa de decir.

—El humo... el humo de Eloburgo... maldito perro elotha... —y el groning profirió su último estertor sin poder cerrar sus párpados, contemplando con el terror dibujado en sus ojos el rostro sonriente de Oyvind.

—Te equivocas —susurró Oyvind al cuerpo inerte del groning—. Yo no soy ningún elotha.

El hijo del relámpago se incorporó y volvió hacia Lartas y los dos norteños que acababan de abandonar el escondite donde habían permanecido emboscados.

—¡Rápido! —ordenó Oyvind—. ¡Al punto de encuentro!

Y los cuatro hombres, montados a lomos de dos corceles, se dirigieron al lugar donde habían acordado reunirse con el grupo de Ingvar y Gregas.

No habían transcurrido más que un breve impás de espera cuando el hijo del trueno y del relámpago se reencontraron bajo dos enormes tilos.

—Veo que habéis regresado sanos y salvos —les recibió Ingvar con una amplia sonrisa que denotaba alivio y satisfacción.

—Y con alguna valiosa información —le respondió Oyvind con otra sonrisa.

—¿Habéis podido sonsacar algo a los gronings? —preguntó impaciente Gregas.

—No fueron muchas palabras, pero sí reveladoras —contestó Oyvind—. Los gronings no imaginan ni por lo más remoto que Eloburgo haya sido destruido. Creían que el humo que se elevaba desde el burgo era debido al fuego que renegados elothas habrían provocado al quemar alguno de los barracones.

—Ésa es una gran noticia, pero por otro lado siembra la inquietud en mi corazón sobre el destino que Kiril y Maikel hayan podido correr —reflexionó Ingvar.

—Lo sé, hermano —contestó Oyvind—. Mas no pierdas la esperanza. El soldado groning me amenazó tratando de atemorizarme, sentenciando que las tropas acantonadas en Groningburgo saldrían a darnos caza una vez se percatasen que la caravana del oro no había regresado. ¡Por Nerlinguia, ésa si es una buena noticia! Pues no serán las legiones del norte, del sur, del este o del oeste las que se encuentran cerca de Groningburgo; Zornik las mantiene en guardia, alertas, ya que a buen seguro Kiril y Maikel tienen en jaque a los gronings. Ni siquiera amenazó con que los gorglins acudirían en nuestra búsqueda. ¡Señal de que deben proteger al rey brujo! —exclamó eufórico Oyvind.

—Ojalá estés en lo cierto, hermano —dijo Ingvar—. Pero seamos cautelosos y guardemos silencio. Aún nos quedan seis gronings con los que acabar.

—Sin embargo ahora somos nosotros quienes les superamos en número —añadió sonriente Lartas.

—Y aún seguimos ganándoles en valor e inteligencia —dijo también Gregas.

—¡Adelante entonces! —dijo Oyvind—. Acabemos de una vez con ellos —y a su orden, todos montaron sobre los caballos y avanzaron en silencio a través de la calmada floresta.

Los ocho fugitivos alcanzaron rápidamente el linde del bosque. Ataron a seis de los caballos al grueso tronco de un anciano tilo mientras Gregas, acompañado por otro norteño, avanzó un centenar de pasos en dirección opuesta al lugar donde la carreta permanecía detenida aguardando el regreso de los seis jinetes gronings. Pero no fueron ellos los que regresaron, sino los gemelos alkos acompañados por los hombres de las Tierras Frías.

—Acabad primero con los tres jinetes —explicó Ingvar—. Después atacaremos a los dos soldados que acompañan a quien lleva las riendas de los caballos. Él será el único al que le perdonaremos la vida, pues lo necesitaremos vivo para poder cumplir nuestros planes.

—No disparéis vuestras flechas contra él —añadió Oyvind—. Gregas le cortará el paso si tratase de huir.

—Entendido —respondió escuetamente Lartas por todos sus compañeros.

Una vez se cercioraron que Gregas y su compañero del norte habían alcanzado la posición que Ingvar les había ordenado ocupar, reptaron sobre la húmeda hierba hasta alcanzar el linde con la pradera. Se colocaron rodilla en tierra, tomaron una flecha del carcaj, tensaron el arco, contuvieron la respiración y, a la señal de Ingvar, hicieron cantar sus arcos.

Una bandada de gorriones levantó el vuelo, asustados por el lacerante silbido de las flechas atravesando la brisa del mediodía, las cuales acabaron prendidas en el cuerpo de los tres jinetes gronings. Los corceles se agitaron nerviosos por el ataque sorpresa y huyeron veloces al galope, mientras los cuerpos sin vida de sus jinetes rodaban por el suelo. Los ojos de los tres gronings supervivientes se cubrieron de un velo de terror.

—¡Nos atacan! —gritaban inútilmente tratando de reclamar ayuda.

—¡Salgamos de aquí! —ordenó con cordura uno de los soldados—. ¡Vamos, por todos los dioses, mueve esta maldita carreta y sácanos de aquí! —le gritaba fuera de sí al conductor de la carreta quien ya azuzaba alterado a los caballos.

Pero antes de que pudiesen huir de allí, Oyvind, Ingvar y dos de los norteños emergieron del linde del bosque colocándose al par del flanco derecho de la carreta. Uno de los dos soldados trató de armar su ballesta, pero Oyvind fue más rápido que él abatiéndole con su arco.

—¡Vamos, corred! —gritaba aterrado el groning a los caballos que tiraban de la carreta viendo que los asaltantes iban acabando uno a uno con sus compañeros.

Los caballos intuyeron el peligro que les acechaba y tiraron con fuerza de la carreta, pero a veinte metros frente a ellos aparecieron súbitamente Gregas y uno de los norteños cortándoles el paso. Sus arcos se tensaron y descargaron sus flechas contra el último de los soldados que acabó ensartado en la carreta.

—¡Detente! —le gritó Oyvind al último groning—. ¡Detente si quieres salvar tu vida!

Pero el groning presa del pánico hizo caso omiso a la advertencia de Oyvind y

continuó fustigando a los caballos. Gregas y su compañero tuvieron que hacerse a un lado para no ser embestidos. Sin embargo Lartas, quien instantes antes había saltado sobre la carreta y trepado por el techo, avanzó hasta colocarse justo encima del conductor. Desenvainó su espada y la acercó a la garganta del groning mientras le decía:

—¡Detente, maldito! O no respondo de que mi brazo mantenga la firmeza y el filo de mi espada te degüelle.

La amenaza logró el efecto deseado y el groning tiró firme, pero lentamente, de las riendas para detener el galope de los caballos, no fuera a provocar un movimiento brusco que hiciera que la espada de aquel rebelde terminase clavada en su garganta.

Enseguida Oyvind, Ingvar y el resto de los norteños rodearon la carreta. Fue el hijo del trueno quien se acercó a parlamentar con el groning, mientras Lartas aún apretaba su espada contra el cuello del soldado.

—¿Erais la caravana del oro? —le interpeló Ingvar, enfatizando la primera palabra.

El groning, cabizbajo y atemorizado, tardó unos instantes en responder.

—Sí... nos dirigíamos como todas las semanas a Eloburgo —dijo con pánico en su voz.

—¿Cuándo teníais pensado regresar a Groningburgo? —volvió a preguntar Ingvar.

—Mañana al anochecer. Debíamos informar a nuestro regreso al oficial de guardia de la ciudadela sobre la situación en Eloburgo.

—Vamos, maldito groning, no trates de ocultarnos información —contestó airado Oyvind—. ¿O es que acaso es habitual que al regresar a Groningburgo debáis rendir cuentas ante los oficiales de guardia?

—No, siempre nos dirigimos directamente a los almacenes de oro adyacentes al palacio del rey. Pero antes de partir de la capital llegaron noticias de las patrullas permanentes de vigilancia. Habían divisado varias columnas de humo que se elevaban en las proximidades de Eloburgo. Pensamos que se trataba de un pequeño motín de los esclavos que habría concluido con la quema de uno de los barracones. No dudamos que el Senescal Loriklen habría aplastado con mano de hierro la revuelta, pero nuestros oficiales quisieron asegurarse que todo seguía en orden, por lo que ordenaron que nos acompañasen cuatro jinetes adicionales de refuerzo.

—Esto complica nuestro plan —le dijo Oyvind a Ingvar.

—Seguiremos adelante con él —respondió el hijo del trueno.

—¿Dónde debíais presentaros a los oficiales? —preguntó Oyvind al groning, escrutando sus traicioneros ojos que delataban un embuste en las palabras que pronunciaría a continuación—. Y no me mientas, pues puedo leer la traición en tus ojos. Si no me dices la verdad, dejaré que mi amigo te cercene la cabeza con su espada —y nuevamente Lartas apretó el filo de su arma contra el cuello del groning, del que comenzó a manar un fino hilo de sangre.

El groning tragó saliva con dificultad mientras sentía la presión del acero sobre su carne.

—Tras los muros de la ciudad... —comenzó a hablar con voz trémula—. Hay que cruzar a través de la gran puerta y continuar cien pasos por la calle principal. Después nos detendremos frente a una de las casonas de madera custodiadas por cuatro centinelas. Ése es el puesto de guardia donde tendremos que presentarnos ante el oficial al mando del retén —e hizo una pausa buscada—. Pero si también me matáis a mí no podréis seguir adelante. Los centinelas sospecharán de no ver a ninguno de los soldados que habitualmente viajan con la caravana del oro.

Oyvind e Ingvar se miraron y se acercaron a la posición de Gregas y el resto de los norteños. Lartas seguía inmovilizando con su espada al groning.

—Ese traidor tiene razón —dijo Oyvind—. Si acabamos con él no tendremos manera de dar más de veinte pasos en Groningburgo antes de que toda la guardia caiga sobre nosotros.

—Pero intentará traicionarnos y delatarnos en cuanto crucemos los muros del burgo —dijo Gregas.

—Probablemente así será —dijo Ingvar—, pero es nuestro único salvoconducto. Tendremos que vestirnos como gronings, hacernos pasar por ellos. Una vez dentro, dos de nosotros permaneceremos a su lado para asegurarnos de que no trata de delatarnos. El resto continuará avanzando por la calle principal hacia el palacio de Zornik. De esa manera no levantarán sospechas y parecerá que abren paso a la caravana.

—¿Y si alguno de los centinelas quiere ver el cargamento de oro? —preguntó uno de los norteños.

—Pues tendremos que negarnos —dijo Oyvind—. Defenderemos el oro imaginario con nuestras propias vidas si es necesario. Solamente permitiremos que lo revisen a la entrada del gran almacén.

—De acuerdo —asintieron los norteños.

—Pero una vez estemos frente a Groningburgo nuestras vidas penderán de un hilo —añadió Gregas.

Oyvind e Ingvar se acercaron nuevamente hacia el groning.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó Oyvind.

—Nevart —respondió el groning.

—Bien, Nevart —dijo Ingvar—. Condúcenos a Groningburgo. Y por tu bien confío en que no se te pase por la cabeza traicionarnos. Entonces podrás elegir tu forma de abandonar este mundo: ensartado por media docena de flechas, atravesado por nuestras espadas o desollado por las dagas.

Nevart volvió a tragar saliva y asintió sin pronunciar una sola palabra. Su destino estaba ahora indefectiblemente ligado al de aquellos hombres, un puñado de locos que querían internarse en la mismísima guarida del gran lobo negro, en el hogar del pérfido rey brujo.

Los nerlingos y norteños ocultaron los cadáveres de los soldados en el bosque y tomaron sus capas y yelmos para hacerse pasar por gronings. Se internaron en el bosque y permanecieron al cobijo de la floresta durante lo que restaba de día. Esa noche durmieron bajo la verde alfombra formada por las hojas de los tilos.

Al día siguiente reemprendieron la lenta marcha hacia Groningburgo conducidos por el atemorizado Nevart. Sólo Oyvind e Ingvar parecían guardarla calma, pues a medida que se acercaban a la capital groning, los norteños sintieron un profundo y extraño miedo que comenzó a apoderarse de ellos. Un aura maléfica se agitaba en el cielo, una bruna maldad que comenzaba a teñir de un gris emponzoñado el firmamento; una creciente oscuridad que brotaba desde las mismísimas entrañas de Groningburgo, de la ciclópea cabeza de wolkur que lúgubre adornaba la gran balconada adyacente a las estancias del rey brujo y desde la que en ese mismo instante, Zornik amenazaba con furibunda cólera a su renegada hermana Eubalil.

## UNA EXTRAÑA COMITIVA

**P**erlivarce y Aimon marchaban hacia el oeste encabezando la interminable serpiente de almas que habían escapado con vida a la toma de Eloburgo. Se cumplían ya dos lunas desde que partieran del otrora templo del terror de Loriklen, una jornada después de que Oyvind e Ingvar emprendieran su descabellado camino hacia Groningburgo. El tiempo les era favorable y avanzaban a buen paso teniendo en cuenta la terrible fatiga que acompañaba prendida a los huesos de los renacidos elothas, como si de hiedra aferrada a los muros de un derruido castillo se tratara. Sin embargo, la recién conquistada libertad había obrado milagros en el espíritu de aquellos centenares de hombres y mujeres que ahora caminaban hacia un futuro desconocido, como si fuera un delicioso paseo campestre durante un merecido día de asueto.

Perlivarce, Aimon y el resto de los miembros de la hermandad de Klimerik los contemplaban felices, orgullosos de haber arriesgado sus vidas y así poder devolverles al menos una pequeña parte de su olvidada libertad, logrando que recuperasen su condición humana, perdida durante lustros en lo más profundo de aquellos hediondos barracones ahora reducidos a cenizas.

Leonek, Oakes, Bladuf y Alvar, olvidaban el dolor de las heridas que los gronings y los Wolkurs les habían infringido en el asalto a Eloburgo o en Bosque Frío mientras observaban la marcha de aquel famélico ejército de espíritus libres. Era en ese instante cuando sentían que la llama de su fe se apagaba al recordar con honda pena al malogrado Larklin, si bien la esperanza volvía de nuevo a renacer cuando contemplaban a quien había ocupado su lugar dentro de la hermandad, el pétreo Narno. Transportaban al Guardián con sumo cuidado, apoyado sobre una mullida cama de hierba y paja seca en la parte trasera de una de las carretas, cubierto con mantas, oculto a los ojos de los espías del rey brujo. Qué depararía el destino a los renacido elothas era un misterio que Perlivarce y los demás aún no alcanzaban a adivinar.

La marcha transcurrió sin sobresaltos durante las dos siguientes lunas hasta que los fugitivos alcanzaron la frontera con Tierra Seca. Interminables y yermas extensiones se abrían ante sus desconfiados ojos. La fina línea del remoto horizonte se difuminaba muy a lo lejos en el oeste, convirtiendo aquellos insondables paramos en una inmensa masa informe en la que Tierra Conocida parecía acabar devorada.

Aimon decidió que la compañía descansase antes de internarse en el erial de Tierra Seca. Los renacidos elothas no soportarían una marcha forzada hasta el Bosque Ranwuhan y, mientras el enemigo no les acosase, no tenía sentido acelerar la marcha y provocar más muertes inocentes. Además, no disponían más que de tres carretas que eran utilizadas para transportar los escasos víveres que habían conseguido rescatar del incendio de Eloburgo y al Guardián de Bosque Salvaje. El líder celko se revolvía inquieto en aquel páramo fronterizo donde no había ni árboles ni valles

donde ocultarse a los ojos del enemigo. Eran un gran grupo que sería presa fácil para los gronings o cualquiera de sus aliados en una emboscada. Nervioso llamó a Enoc y Eboc y también a Oran y Marlin, y les ordenó que salieran a patrullar por los alrededores. Enoc y Eboc se internarían en Tierra Seca, mientras que Oran y Marlin retrocederían parte del camino andado para asegurarse que los gronings no les atacarían por la retaguardia.

Apenas si era mediodía y Aimon les conminó a que regresaran cuando el sol comenzase a declinar en el oeste. Si todo marchase bien, caminarían cerca de dos leguas más hasta la llegada del ocaso para adentrarse en Tierra Seca, dirigiéndose hacia el sur en busca de su primer obstáculo natural: el río Nezov.

Los cuatro celkos partieron pronto tras beber unos sorbos de agua y tomar unos trozos de carne ahumada. Oran y Marlin desaparecieron rápidamente en dirección este, engullidos por el sinuoso terreno que conducía al corazón del territorio groning. Por contra, la gran compañía de fugitivos pudo vislumbrar durante largo tiempo como Enoc y Eboc se alejaban hacia el oeste, hasta que sus siluetas se difuminaron confundiendo entre el polvo del camino, devorados por la reseca y baldía inmensidad que les rodeaba.

El sol asomaba caprichoso entre los grises nubarrones les acompañaban desde que partieron de las ruinas de Eloburgo. Sus rayos proyectaban negras sombras frente a Enoc y Eboc. Ambos se habían alejado algo más de una legua del improvisado campamento, cuando súbitamente un destello en el horizonte sacó a los celkos de sus pensamientos.

—¡Por Nerlinguia! ¿Qué ha sido eso? —preguntó sobresaltado Eboc—. ¿Lo has visto?

—Sí —respondió inquieto Enoc—. Un destello metálico, el reflejo del sol sobre el acero.

—¿Jinetes de Tierra Seca? —preguntó Eboc en lo que parecía ser la afirmación de un mal presagio.

—Es posible... —respondió Enoc mientras escrutaba el horizonte con sus cinco sentidos en guardia, rezando a Nerlinguia porque aquello que creían haber visto no fuera más que un caprichoso espejismo provocado por el reflejo de aquel desolador desierto.

—¡Mira, allí, hacia el norte! —gritó Eboc.

—Maldición —gruñó Enoc confirmando que había visto lo que Eboc le señalaba—. Jinetes de Tierra Seca, sin duda alguna. Se encuentran a menos de una legua de camino. Debemos regresar inmediatamente al campamento para prevenir a Aimon y Perlivarce.

—Si siguen avanzando en esa dirección será imposible ocultar a sus ojos a una compañía de más de un millar de hombres —sugirió Eboc—. Incluso aunque consiguiéramos movilizarnos con presteza, el maldito polvo que cubre estos reseros delatará nuestra marcha.



—Ya pensaremos más tarde qué hacer para no ser descubiertos, pero por Nerlinguia, huyamos antes de que esos jinetes se percaten de nuestra presencia.

Los celkos retrocedieron y corrieron veloces a través de los lindes de Tierra Seca, ocultos por sus pardos ropajes, evitando mostrar a la estrella del día el delator acero desnudo de sus espadas, el cual podría traicionarles como había hecho con la partida de jinetes que se acercaba a sus fronteras orientales.

Enoc y Eboc alcanzaron exhaustos el campamento. El sol, a pesar de acercarse el otoño y jugar entre las grandes comunidades de cúmulos y nimbos, golpeaba duro con su fuego sobre aquellos yermos. Aimon les ofreció agua de un pellejo y, jadeantes, saciaron su sed bebiendo con ansia el agua fresca que manaba de él. Una vez recuperados de la frenética carrera que les había traído de regreso, Enoc fue el primero en hablar:

—Jinetes... jinetes de Tierra Seca —dijo aún con la respiración entrecortada por el esfuerzo—. Una partida de unos cincuenta hombres. Avanzan a una legua o legua y media al norte de nuestra posición.

—Parece que se dirigen hacia territorio groning —apostilló Eboc—, pues ya deberían haber girado hacia el sur cuando nosotros les descubrimos.

—Hay que levantar el campamento y partir ahora mismo de aquí —reaccionó sin perder un instante Aimon—. No pueden descubrirnos. Si lo hacen, esos forajidos nómadas caerán sobre nosotros. Son aún más despiadados que los gronings y no dejarán a uno solo de nosotros con vida por haber osado internarnos en su territorio.

—Es demasiado tarde para evitar que nos descubran —habló con calma Perlivarce—. Somos demasiados, avanzamos lentamente y lo hacemos a pie. Ellos disponen de caballos y en menos de lo que pensamos alcanzarían nuestra posición.

—¿Y qué es entonces lo que propones que hagamos? —preguntó contrariado Aimon al ver que Perlivarce rechazaba su plan.

—Partiremos hacia el sur como bien dices, Aimon —contestó el tarluk bortigo y el celko dejó de fruncir el ceño, más receptivo ahora a la propuesta que Perlivarce iba a realizar—. Hacia el sur, sí, pero no como fugitivos. Marcharemos como un destacamento de las legiones gronings, con orden, con marcialidad, con firmeza y determinación en cada paso que nos aleje de aquí. Esos jinetes nos verán marchar, desfilando al paso, en ordenadas columnas, pero únicamente contemplarán nuestra retaguardia, difuminada por el polvo del camino y envuelta por las caprichosas sombras del atardecer. No verán fugitivos, verán legionarios gronings, creerán que Zornik envía tropas de reserva para apoyar a sus ejércitos en el sur, quizás para sofocar una revuelta luina, quizás para invadir los reinos sureños más allá de la Barrera de Dunas. Simplemente nos verán desaparecer en dirección a tierras meridionales y no sospecharán quienes somos, unos atemorizados fugitivos sin hogar en busca de una tierra segura. Sí, querido Aimon, queridos Enoc y Eboc, esos jinetes morderán nuestro anzuelo y para cuando quieran darse cuenta de lo que realmente está sucediendo, confío en que hayamos alcanzado el Bosque Ranwuhan, el nuevo

hogar que dará abrigo a esas miles de almas en pena que siguen nuestros pasos. A partir de ahora Aimon, pongo en tus manos este ejército para que lo dirijas hacia el bosque prometido. Que bajo tu mando estas legiones marchen con orgullo hacia su nuevo hogar —y tras terminar su alocución, Perlivarce enjugó sus labios con el agua fresca que brotaba del pellejo que Aimon había ofrecido antes a sus dos compañeros de hermandad.

Los tres componentes de Los Quince de Klimerik quedaron en silencio, callados y meditabundos, reflexionando sobre el ingenioso plan que una vez más había brotado de la inquieta mente del bortigo. Aimon se revolvió, entrecerró sus ojos y finalmente se decidió a hablar:

—Maldita sea, tarluk bortigo, quizás vuelvas a tener razón —dijo con una mueca de sonrisa en sus labios—. No se me ocurre una idea mejor, pues en verdad que no pasaremos inadvertidos a los ojos de esos jinetes nómadas. Somos demasiados y, como bien dices, avanzamos lentamente —y quedó pensativo durante unos instantes—. De acuerdo entonces. Los Quince de Klimerik haremos que esos hombres y mujeres marchen como un auténtico ejército. El último fulgor del ocaso y las sombras que le acompañarán serán nuestros aliados. ¡Odd, Aimerin, Oran, Marlin! —gritó Aimon y los cuatro celkos acudieron prestos al improvisado corrillo que Perlivarce, Enoc, Eboc y él mismo habían formado—. ¡Escuchadme bien, pues no lo repetiré dos veces! —les dijo con apremio—. Cada uno de vosotros formaréis una compañía de doscientos hombres. Colocadlos en columna de a diez, dos compañías al frente, otras dos a retaguardia. Eboc y Enoc, vosotros os ocuparéis del resto. Disponedlos entre vanguardia y retaguardia, en el centro de la formación, custodiando las tres carretas. De esta manera simularéis las tropas de intendencia que nos acompañan. ¡Rápido! ¡Formad a los hombres! ¡Partimos ahora mismo hacia el sur! —y a la orden de Aimon los seis celkos corrieron hacia los fugitivos que seguían descansando sobre el árido suelo de aquellos yermos y, con inusitada presteza y eficacia, comenzaron a organizarlos en compañías.

—En verdad que por algo siempre los celkos fueron de largo los mejores guerreros de entre los cinco clanes —musitó para sí Perlivarce mientras contemplaba el rápido despliegue de los renacidos elothas en las compañías que Aimon había ordenado disponer.

Mucho antes de lo que Perlivarce pudo imaginar, el improvisado ejército partió hacia tierras meridionales. Aún les aguardaba una rápida marcha hasta que las últimas luces del ocaso les alcanzasen, pero a pesar de su fatiga, desfilarían marcialmente ante la atenta mirada de aquella extraña comitiva de jinetes de Tierra Seca que parecía dirigirse hacia territorio groning.

La mente de Perlivarce sopesaba diferentes posibilidades, pero había una que realmente le inquietaba: Zornik convocaba a sus lejanos parientes del oeste para cerrar una alianza que acabase de una vez por todas con la molesta resistencia que los últimos nerlingos oponían desde el este.

Un jinete explorador regresaba al galope hacia la comitiva que se acercaba a la frontera groning.

—Mi señor —dijo el jinete agachando la cabeza sin atreverse a mirar a los ojos a quien parecía ser el caudillo de aquellos hombres—. Un gran contingente de tropas gronings marcha hacia el sur a menos de una milla de distancia. Son más de un millar de hombres.

—Zornik envía sus tropas hacia el sur... —musitó entre dientes Nurgul—. Necesitará de nuestra caballería para frenar a los rebeldes que avanzan desde el este. ¿Qué preciado tesoro ofrecerá Zornik al emperador de Tierra Seca para sellar una alianza? ¡Ja, ja, ja! —y rió sin que sus hombres llegaran a comprender el motivo de su irónica alegría—. ¡Adelante! —y a su orden la extraña comitiva reanudó la marcha.

Nurgul y sus jinetes nómadas se lanzaron al galope internándose en los dominios de Zornik, buscando una frondosa arboleda al abrigo de la que pasar la noche en torno al fuego de una hoguera, mientras Perlivarce, Los Quince de Klimerik y cientos de elothas apretaban el paso escapando del horror de su anterior vida, abandonándolo para siempre en los paramos de Tierra Seca, envuelto por las nubes de polvo que se levantaban al paso de aquellos hombres y mujeres renacidos a la libertad.

## EL SUR, EL NORTE Y EL ESTE

**K**iril y su ejército fueron recibidos con loas y vítores cuando entraron en Skiroburgo. Una multitud se agolpaba en las calles del burgo skelingo mientras un único grito brotaba poderoso de sus gargantas: “¡Libertad, libertad, libertad!”.

El caluroso recibimiento insufló renovadas fuerzas al ejército de la Alianza, fatigado tras el largo viaje que les había traído a Jactinia desde el lejano It-sonod. Los skelingos organizaron una gran fiesta de bienvenida que consistió en una comida popular en las campas lindantes al burgo, culminada con un baile al atardecer. Kiril, a pesar de estar profundamente preocupado por la suerte de Gródoles y los lupenos, decidió aceptar el convite, pues sabía que sus hombres necesitaban distraerse y disfrutar del calor que les brindaban los skelingos.

La celebración fue todo un éxito, una gran fiesta en la que hombres del norte, del este y de las regiones centrales se hermanaron compartiendo sus anhelos y temores. Los dioses les regalaron un hermoso día de límpido cielo azul en el que los rayos del sol reconfortaron sus corazones, despidiendo los últimos retazos del verano para recibir a un otoño en plenitud. Se sacrificaron más de una docena de animales entre corderos, cerdos y vacas; se consumieron decenas y decenas de barriles de vino y cerveza, y los manzanos que crecían en los campos al oeste de Skiroburgo quedaron huérfanos de frutos, como si súbitamente el invierno se hubiera presentado en aquella región de Jactinia. Y al atardecer, cuando los oscuros destellos del ocaso se asomaban por el este sobre la espalda de dragón de la Iugur-András, la música sonó y los acordes de laúdes y violines animaron las atormentadas almas de aquellos hombres y mujeres que se apretaban en torno a las hogueras y a los músicos, cantando y danzando canciones festivas, canciones de júbilo y libertad ahora tristemente olvidadas. La noche fue larga y dichosa, y todos los allí reunidos postergaron los demonios que los atormentaban, y la música y las canciones purificaron sus almas recobrando la dicha que el pérfido Zornik les había arrebatado.

Mas la mañana les devolvió a su dolorosa existencia con el soplo de su frío viento escarchado. Apenas si los ecos del festejo se habían apagado, cuando Kiril ordenó a sus oficiales que los hombres estuviesen formados y prestos para partir después del desayuno hacia Skoroburgo.

La víspera Kiril había enviado emisarios a Skoroburgo y Skeldonburgo para informarles de su inminente llegada. En su mensaje también solicitaba voluntarios para unirse a su ejército que en próximas fechas encararía la senda hacia Groningburgo. Pero también dejó bien claro que no aceptaría voluntarios hasta que, en cada uno de los burgos, se hubiese completado un retén de doscientos hombres para custodiarlos y defenderlos. Kiril temía que si vaciaba de hombres los burgos skelingos y lupenos, los gronings volvieran a ocuparlos, lo que supondría que su ejército sería un barco a la deriva dentro del mar groning, pues en su transitar por Tierra Conocida se vería rodeado de enemigos por los cuatro puntos cardinales.

Los soldados de la Alianza se resistían a abandonar el calor de Skiroburgo. Desde hacía muchas lunas no habían encontrado un momento de asueto más allá de la apresurada celebración por la conquista de Mugaburgo. Pero a diferencia de la cena que disfrutaron en el burgo fronterizo, no sentían aún tibia sobre sus manos la sangre del enemigo. En Skiroburgo habían encontrado un remanso de paz, pero el nuevo día les llamaba a reemprender la senda de la lucha y la muerte. Mas hubo algo que logró mitigar su tristeza, pues la aparición de Kiril empuñando a Darbrethil, consiguió desatar el voluntariado entre los skelingos. Trescientos hombres organizarían la defensa del burgo y más de un centenar se unirían a las filas del ejército de Therliangator en su marcha hacia Groningburgo. El ejército de la Alianza partió de Skiroburgo con renovadas esperanzas; aunque la añoranza del lejano hogar embargaba los corazones de los soldados. Los skelingos despidieron con cantos a los héroes que se encaminaban hacia un incierto destino, para entablar una lucha a vida o muerte con la que liberar para siempre al mundo de la oscuridad.

Kiril y sus hombres llegaron a Skoroburgo antes del atardecer. Al igual que en las últimas lunas no encontraron rastro alguno de los gronings, quienes parecían haberse retirado definitivamente hacia el norte. No obstante Kiril había dispuesto sendas patrullas de exploradores a varias millas de distancia del flanco norte de su ejército, pero éstas no hicieron más que corroborar la información que Sventegard les había transmitido.

Pasaron la noche en Skoroburgo y, al amanecer, partieron sin más demora hacia Skeldonburgo. Cuando Kiril y el ejército de la Alianza abandonó Skoroburgo, cerca de cincuenta voluntarios se unieron a ellos y un retén de doscientos skelingos quedó al mando de las labores de defensa del burgo.

El objetivo de Kiril era llegar a Skeldonburgo al mediodía, organizar su defensa y reclutar cuantos más voluntarios fuera posible y así, con el amanecer del nuevo día, marchar veloces hacia Maraburgo para en dos lunas, reunirse en el burgo lupeno con Gródolas y las huestes comandadas por el príncipe Ilanit.

La mañana transcurrió sin sobresaltos mientras el ejército de la Alianza avanzaba bajo un cielo azul y en calma, sin viento que azotase sus cuerpos ni nubes que ensombrecieran el camino. Los colores otoñales bañaban las praderas por las cuales transitaban en dirección a Skeldonburgo. Alrededor de bosques y aisladas comunidades arbóreas, las hojas caían reseca al suelo cubriendo de un nostálgico adiós los territorios más al sur de Jactinia.

No bien acababa la estrella del día de alcanzar su cénit en la bóveda celeste, cuando la vanguardia del ejército divisó el burgo skelingo. Como había ocurrido en los días precedentes parecía que los gronings se hubieran volatilizado.

Los skelingos aguardaban ansiosos y expectantes la llegada de Therliangator, el invencible guerrero que había arribado desde las lejanas regiones orientales envuelto en un halo de libertador. Cuando los primeros soldados entraron en el burgo, una salva de vítores y gritos de alegría se elevaron al cielo con gran estruendo. El corazón

de Kiril y Maikel volvió a iluminarse gracias a las renovadas fuerzas que aquellos hombres y mujeres les insuflaban con la incondicional esperanza que depositaban en ellos. El bruno horizonte que se elevaba en grises tonalidades desde el septentrional Groningburgo, se tornaba ahora menos temible y tenebroso que cuando lo contemplaron al abandonar las Cuevas Escondidas.

Los emisarios enviados por Kiril habían realizado un gran trabajo y, en un breve lapso de tiempo, se había organizado un retén de doscientos cincuenta hombres y reclutado doscientos nuevos voluntarios para el ejército de la Alianza. Kiril agradeció de todo corazón a los habitantes de Skeldonburgo su generosidad y sacrificio al confiarle la vida de muchos de los jóvenes skelings. Con los nuevos voluntarios, su ejército volvía a superar el millar de hombres tras las bajas sufridas al cruzar Bosque Salvaje y en las batallas y escaramuzas con los gronings.

Kiril dio permiso a sus hombres para que disfrutasen de lo que quedaba del día. Mañana, al despuntar el alba, partirían hacia Maraburgo. Sus pensamientos se volvían ahora hacia Gródoles e Ilanit, y rezaba a Nerlinguia para que el guerrero de Tenkolmar pudiera detener el derramamiento de sangre que los gronings ansiaban contemplar. Los hombres descansaron, comieron, bebieron y departieron animadamente con los skelings que los veneraban como ángeles libertadores.

Sin embargo, Olaf, fiel a su apodo de espíritu errante, decidió alejarse del bullicio que envolvía el burgo y caminar por los alrededores, cerca de una solitaria zona en la que se apretaban cobertizos, establos y graneros. Deambulaba taciturno entre las edificaciones, entristecido por la desaparición de Olegar y los terribles presentimientos que lo atormentaban. El silencio que envolvía el lugar, solo alterado por un continuo murmullo procedente del burgo o algún altisonante gruñido de los animales encerrados en los cobertizos, logró cual pócima milagrosa apaciguar el alma del norteño.

De repente escuchó la inconfundible risa de dos niños que correteaban persiguiéndose entre los cobertizos. Tras doblar un establo se dio de bruces con ambos chiquillos.

—¡Devuélvemelo! ¡Es mío! —le gritaba uno al otro mientras trataba de alcanzarle.

—¡Ja, ja, ja! —se rió el que escapaba mientras corría como una liebre moviendo veloz sus diminutas piernas—. ¡Primero tendrás que cogerme!

—¡Si no me lo devuelves te daré un puñetazo cuando te coja! —le amenazó.

—¡Prueba a quitármelo si te atreves! —respondió el otro niño desafiándole a continuar la persecución.

Los dos chiquillos no repararon en Olaf y, si lo lucieron, no le prestaron más atención que a un viejo árbol. El norteño se quedó observándolos y, por primera vez en muchas lunas, sonreía mientras disfrutaba con sus juegos.

El perseguidor era mayor y más alto que el ladronzuelo que huía y, tras varias idas y venidas a la carrera, terminó por darle caza. Lo agarró por la espalda, lo

zarandé y lo tiró al suelo. Sin embargo el más pequeño seguía riendo y resistiéndose a entregarle al otro niño el objeto de la discordia. Olaf se acercó lentamente hacia ellos y, en el momento que observó que el mayor de los dos empezaba a perder la paciencia y hacía amago de golpear al más pequeño, separó trabajosamente con su único brazo sano a los dos chiquillos.

—¡Estaos quietos! ¡Calmaos! —les ordenó—. ¿Es que no sabéis jugar sin pelearos?

—Es que Klin me ha robado mi tesoro —se quejó el mayor.

—Yo no te he robado nada —refunfuñó el pequeño—. Esto no es tuyo, lo encontramos los dos.

—¡Lo encontré yo primero! —gritó el mayor.

—¡Mentira! —contestó Klin—. Yo lo vi primero. Señalé donde estaba y tú lo cogiste porque tienes los brazos más largos que yo.

—¡Es mío! —lo reclamó para sí el mayor.

—¡Alto! Callaos un momento —les interrumpió Olaf haciendo enormes esfuerzos por aguantar la risa—. A ver, tú, ¿cómo te llamas? —le preguntó al mayor.

—Blook, me llamo Blook —dijo.

—Está bien, Blook —dijo Olaf—. ¿Es cierto lo que dice Klin? ¿Fue él quien descubrió vuestro... tesoro?

—Yo lo cogí primero —respondió Blook.

—Blook —respondió paciente Olaf—, no es eso lo que te he preguntado. ¿Fue Klin quien lo descubrió?

Blook miró de reojo a Klin, quien aguardaba ansioso la respuesta de su amigo. Agachó la cabeza y, sin mirar a los ojos a Olaf, respondió enfurruñado.

—Sí, fue el enano el que lo vio... ¡Pero yo lo cogí primero!

—¡Pero yo lo vi primero, flacucho! —replicó el pequeño pero vivaracho Klin haciendo referencia a la delgadez de su amigo.

—Está bien, está bien —trató de poner paz Olaf—. Escuchadme. Esto será lo que haremos —y ambos niños miraron recelosos al norteño—. Ha quedado demostrado que Klin descubrió el tesoro, pero también es cierto que fue Blook quien lo cogió, por lo que ciertamente el tesoro es propiedad de ambos. Os propongo que elijáis entre las siguientes opciones para solventar este embrollo: el tesoro es para Klin, el tesoro es para Blook, partimos el tesoro por la mitad y cada uno se queda con una parte; o la última de todas, el tesoro es de los dos y ambos os comprometéis a compartirlo, cuidarlo y jugar con él.

Los dos chiquillos se quedaron pensativos mientras se miraban fijamente a los ojos. Fue Klin quien se decidió a hablar.

—¡El tesoro es para Klin! —dijo.

—¡El tesoro es para Blook! —se apresuró a contestar el mayor gritando con más fuerza que su pequeño amigo.

—Vamos, vamos —dijo Olaf—. ¿Es que no habéis aprendido nada en la escuela?

—y guardó unos instantes de silencio para que su mensaje calara en ambos—. ¿No os han enseñado que siempre es mejor compartir a discutir? Imaginad que Klin se queda con el tesoro. Blook no querrá volver a jugar con él y, por lo tanto, perderá su amistad. Klin se convertirá en un chico egoísta y ya nadie querrá ser su amigo. Vivirá siempre sólo, olvidado por los demás, como un viejo lobo en la soledad de la noche. Y lo mismo le ocurriría a Blook si eligiese el camino del egoísmo. ¿Es esto lo que queréis que suceda?

Klin y Blook negaron mudos con la cabeza.

—¿Y qué me decís de partir por la mitad vuestro tesoro? —les preguntó Olaf—. Estaría bien si se tratase de una manzana o de un trozo de queso, pero no creo que esa sea la clase de tesoro por la que se pelean dos niños. ¿Estaríais dispuestos a partir en dos vuestro tesoro? ¿Queréis que lo rompa con un golpe de hacha? El tesoro se partiría en dos y resultaría inservible. Lo mismo ocurriría con vuestra amistad: os dividiría en dos, os reprocharíais haber destruido el tesoro y no haberlo conservado para poder disfrutarlo juntos. Entonces —hizo un gesto teatral con su brazo sano para atraer toda la atención de Klin y Blook—, ¿volveréis a meditar antes de dar una respuesta definitiva?

Los dos niños no se atrevieron a cruzar sus miradas.

—Yo no quiero partir el tesoro por la mitad —dijo Blook con gesto ceñudo tras reflexionar largo tiempo—. Se estropearía y ya no valdría para nada.

—Tienes razón —dijo Klin—. No podríamos jugar con él. Aunque no creo que tú puedas partirlo con un solo brazo sano —y Olaf apenas si podía aguantar la risa por la desfachatez del pequeño Klin.

—Entonces, ¿qué es lo que decidís? —dijo Olaf tratando de guiar la decisión de los niños.

—Pues... si no puedo tenerlo solo para mí, entonces... lo mejor sería compartirlo —dijo con gran sufrimiento Blook.

—Bueno —respondió Klin—. Pero solo lo compartiré contigo. No se lo dejaremos ni a Tik, ni a Maler, ni a Kotlan, ni a esa tonta de Danka —y Olaf ya no pudo contener su risa por más tiempo.

—¡Fantástico! Habéis tomado la decisión correcta —se alegró Olaf—. Siento curiosidad por ver cual es el objeto de la discordia. Mostradme ese misterioso tesoro que tanto apreciáis.

Klin miró de soslayo a Blook y luego a Olaf, y finalmente comenzó a extender trabajosamente su brazo con un gesto de desconfianza reflejado en su rostro.

—¿No nos robarás nuestro tesoro? —preguntó receloso cuando su brazo se encontraba a medio camino de la mano de Olaf.

—Klin, tú y Blook podéis estar tranquilos —respondió Olaf—. Solamente tengo curiosidad por verlo. Te prometo que ahora mismo te lo devolveré.

—De acuerdo —dijo Klin—. Y alargó totalmente el brazo abriendo su mano, mostrando a Olaf una pequeña figura de madera.



Cuando Olaf se percató de lo que aquella preciosa talla representaba, un sudor frío recorrió la espalda del enjuto norteño mientras sus ojos se arrasaban en lágrimas. Un diminuto barquito, con su mástil y sus preciosas velas extendidas al viento, el distintivo de pertenencia al gremio de los maestros constructores de barcos luinas, el reconocimiento a aquellos artesanos que trabajaban en los astilleros de Porliton. El emblema de Olegar, la confirmación de la sentencia de muerte del sobrino de Siriard.

—¿Dónde habéis encontrado esto? ¡Vamos, hablad! ¿Dónde lo habéis encontrado? —les gritó súbitamente a los dos niños. Klin y Blook dieron un paso atrás asustados. Solo el atrevido Klin se atrevió a hablar.

—¡Dijiste que nos lo devolverías! —respondió entre sollozos.

—¡Por Olión, decidme! ¿Dónde lo encontrasteis? —volvió a gritar Olaf pero esta vez en tono suplicante—. Esta talla pertenecía a un amigo.

Los dos chiquillos se quedaron sorprendidos y parecieron comprender el enfado de Olaf.

—Nosotros no le robamos el barco —dijo Blook tratando de excusarse—. Fue Klin quien lo encontró.

—¡Maldita sea! Eso ya lo sé —replicó Olaf perdiendo la paciencia—. Quiero que me digáis dónde lo encontrasteis.

—Allí... —habló titubeando Klin mientras señalaba con su tembloroso dedo índice un cobertizo cercano.

Sin mediar palabra Olaf se dirigió con los ojos anegados en lágrimas hacia el lugar que indicaba Klin. Al pasar a la altura del niño extendió su mano y le entregó el pequeño barco. Klin lo recogió con gesto asustado y se quedó quieto contemplando a Olaf alejarse en dirección al cobertizo. Blook se acercó a Klin y le puso la mano sobre el hombro para tranquilizarle.

—Vamos —le dijo, y ambos niños siguieron a Olaf a una prudencial distancia.

El norteño sintió un escalofrío al llegar a la puerta del cobertizo. Aquella era una hedionda pocilga en la que medía docena de puercos se revolcaban entre el fango, la paja y sus excrementos. Cuando abrió la desvencijada portezuela los puercos se quedaron mirándole un instante, pero enseguida continuaron comiendo una repugnante pasta apelmazada que Olaf no alcanzó a averiguar de qué estaba compuesta. Echó un rápido vistazo en derredor y se percató que, del techo de una de las esquinas de la porqueriza colgaba una gruesa sogá. Olaf se abrió paso a la fuerza entre los cerdos y descubrió con pesadumbre restos de sangre en los carcomidos tablones de madera de la pared. Después miró al suelo y descubrió varios jirones de ropa mezclados con aquella inmundicia. Retrocedió un paso atrás y tropezó con algo parecido a un palo. Volvió la mirada para ver de qué se trataba y, atónito, descubrió que era un hueso humano, probablemente de un brazo. Hurgó en el suelo y encontró nuevos huesos, hasta que se topó, entre las heces y la paja, con un cráneo. Olaf se echó hacia atrás y, sin poder sofocar su impulso, vomitó sobre el suelo de la pocilga.

Sin duda aquel era el lugar en el que había muerto Olegar. Los gronings lo habían

torturado hasta matarle y después su cuerpo había servido de comida para los puercos. Cuando Olaf se repuso, se levantó enervado y la emprendió a patadas con los cerdos.

—¡Malditas bestias! ¡Devorasteis a mi amigo! —y pateaba con violencia a los puercos a diestro y siniestro, descargando su ira por los gronings contra aquellos animales.

Los puercos chillaron asustados y escaparon en estampida de la porqueriza. Klin y Blook, que observaban sorprendidos a Olaf, tuvieron que apartarse de la puerta para no ser embestidos por los cerdos.

Olaf lloraba poseído por el odio y la rabia. Caminó perdido de un lado a otro de la pocilga hasta que encontró la puerta de salida. El aire fresco le hizo recobrar el sentido y, no pudiendo soportar por más tiempo el dolor que le embargaba, se derrumbó y cayó al suelo gimiendo y sollozando.

Olegar, el joven sobrino de Siriard, al que había tornado bajo su cuidado, había sido salvajemente asesinado. ¿Qué le diría a Siriard el día que regresase a Porliton? El nuevo Senescal le había confiado la vida de su querido sobrino y Olaf le había fallado. Y todo era por su culpa, por su torpeza al fracturarse el brazo, por su impaciencia en volver a respirar el aire de la mañana. Olaf se golpeó con fuerza su brazo magullado, pero el dolor por haberle fallado a Olegar era más grande que el que él mismo podía infligirse.

Tras permanecer durante un largo rato a una prudencial distancia de Olaf, Klin y Blook se acercaron al norteño una vez que sus lamentos se fueron apagando. Se sentaron en silencio a su lado, mirándolo con honda pena. Viendo que el llanto de Olaf parecía no tener fin, Klin le tocó el hombro y le susurró al oído:

—Por favor, no llores más. Si quieres... puedes quedarte con nuestro tesoro.

Aún no había despuntado el alba, pero Kiril ya deambulaba por el campamento. Apenas si había logrado conciliar un agitado duermevela, preocupado por la suerte de Gródolas, el príncipe Ilanit y los lupenos. Aún debería aguardar al menos dos días más hasta poder descubrir si la nueva traición groning había logrado enfrentar a los aliados en la lucha contra Zornik, mas la espera torturaba implacable su mente. Mientras caminaba sin rumbo fijo alrededor de Skeldonburgo, vio una sombra aproximarse desde la zona oeste del burgo. Parecía ser la silueta de un joven o de un hombre menudo la que se perfilaba a medida que se acercaba a las temblorosas luces de las antorchas. Finalmente Kiril se percató que era Olaf aquel nocturno caminante.

—¿Olaf, qué haces despierto antes del alba? —le preguntó.

Olaf se sobresaltó pues, embargado por la tristeza, no había reparado en la presencia de Kiril.

—No podía dormir —respondió el norteño—, pero veo que a ti te sucede lo mismo.

—Tienes razón —dijo Kiril—. Me preocupa la suerte de Gródolas y la misión que

le he encomendado.

Olaf no respondió. Estaba distante, a cientos de millas de allí.

—¿Qué te ocurre, amigo? ¿Qué es lo que te preocupa? —le preguntó Kiril.

—Olegar ha muerto —respondió con voz entrecortada el norteño—. Los gronings lo torturaron y lo asesinaron. He encontrado restos de su ropa y de sus huesos en uno de aquellos cobertizos —y sus ojos ya no fueron capaces de derramar más lágrimas por su amigo luina.

—Lo siento —dijo Kiril apesadumbrado—. Lo siento de veras. Esta cruel guerra nunca parece saciar su mortal apetito. ¿Cuántos seres queridos más habrán de morir? ¿Cuántos inocentes perecerán por la locura groning?

—No lo sé —respondió taciturno Olaf—. Solo sé que no podré volver a mirar a los ojos a Siriard, que no podré darle la terrible noticia. Soy un cobarde, ¡todo esto ha sido por mi culpa! ¡Debía ser yo y no él quien tendría que haber viajado a estas tierras! —y el norteño se quedó mudo, temblando por el insoportable dolor que desgarraba su espíritu.

Kiril se acercó al norteño y lo abrazó con fuerza, mientras Olaf se hundía en las brumas de una infinita tristeza.

—No estarás solo cuando hables con Siriard —trató de consolarle Kiril—. Yo estaré a tu lado en Porliton. Te lo prometo.

Los dos hombres permanecieron abrazados buscando mutuo consuelo a sus aflicciones. Las palabras y el apoyo del nerlingo lograron reponer al bueno de Olaf lo bastante como para poder caminar. Kiril le acompañó a tomar un vaso de leche caliente. Las tropas partirían poco después del amanecer hacia Maraburgo y ambos debían recomponer su ánimo y sus fuerzas para enfrentar las decisivas jornadas que se avecinaban. Ni el licor de fuego ni el hidromiel lograrían ahogar en esta ocasión los pensamientos y las aflicciones que a ambos embargaban.

Gródolas y el príncipe Ilanit descubrieron con gran satisfacción que los gronings les habían subestimado. Confiados en la superioridad de sus tropas, no más de seiscientos hombres eran los que, tras varias semanas de permanecer agazapados al norte a medio camino entre Maraburgo y Bilkoburgo, marchaban de nuevo sobre los territorios que recientemente habían abandonado. Incluso si Kiril y sus hombres se retrasaban, las huestes aliadas que ocupaban Maraburgo podrían hacer frente a los invasores.

Las tropas de la Alianza habían dispuesto una compleja avanzadilla de centinelas, con órdenes explícitas de no entablar combate con los gronings. Su única pero crucial encomienda era informar diariamente y con sumo detalle de la posición y el número de tropas gronings.

Hacía tres días que por primera vez los centinelas establecieron contacto visual con los gronings, cuando a treinta millas al norte de Maraburgo, tras el bosque de hayedos, divisaron una partida de exploradores que avanzaba en dirección al burgo

lupeno. Rápidamente la red de centinelas se puso en marcha, surcando las flechas silbadoras veloces el cielo de Jactinia, empujadas por el viento del norte en dirección a Maraburgo.

Cuando la primera flecha mensajera cayó en el punto fijado de Maraburgo, los soldados de la Alianza informaron a Gródolas, quién convocó de urgencia al príncipe Ilanit y a Senthilkumar por los sureños y a Markeliot por los lupenos. Trazaron cuidadosamente su plan y lo pusieron en marcha sin más demora. Los primeros exploradores gronings llegarían en menos de dos lunas y deberían caer en la trampa que los aliados se afanaban en preparar. El plan de Gródolas se había puesto en marcha y esta vez los gronings probarían de su propia medicina: el engaño y la traición.

—Vosotros dos, avanzad hasta aquella arboleda. Tú, sígueme hasta la loma. ¡Adelante! —ordenó el jefe de exploradores gronings. Los esbirros de Zornik corrieron agazapados, amparados aún por las últimas sombras que se resistían al empuje del amanecer. Sus botas se movían veloces sobre la hierba, impregnándose de la humedad con la que el rocío había vuelto a escarchar las praderas de Jactinia. Tras una rápida carrera, los exploradores ocuparon las posiciones indicadas. Desde allí, a una milla de distancia, divisaron Maraburgo.

—Allí están. Esos estúpidos cayeron en la trampa —dijo el cabecilla relamiéndose de satisfacción.

—El espía que capturamos en Skeldonburgo estaba en lo cierto —añadió el otro groning—. Apenas han sido quinientos hombres los que han acudido desde allende el desierto.

—¿Es que acaso lo dudabas? ¿Quién en su sano juicio osaría desafiar a nuestras legiones? Esos sureños son unos insensatos, pero pagarán cara su afrenta. Cuando reconquistemos Maraburgo y el Mariscal Burkelen sofoque el conato de rebelión en el este de Jactinia, te prometo que Zornik enviará a nuestras legiones más allá de la Barrera de Dunas para arrasar las tierras donde moran esas ratas del desierto —amenazó el jefe de exploradores.

Desde las dos posiciones que los exploradores gronings ocupaban escrutaron el burgo y sus alrededores. Al norte de Maraburgo los hombres del sur habían levantado una cerca de madera en un extenso perímetro que delimitaba el improvisado campamento de prisioneros. En su interior se encontraban confinados cerca de quinientos hombres, sin duda lupenos capturados tras su rendición. Los hombres del sur concentraban alrededor del cercado la mayor parte de sus tropas, con trescientas bigas y sus correspondientes soldados descansando o realizando la guardia. Al oeste, la floresta se erguía protegiendo el burgo y, hacia el este, otros veinte carros de guerra entre trigas y cuadrigas se apostaban frente a las tiendas de los oficiales. Al sur del burgo los gronings divisaron los restos de la batalla que había enfrentado a los aliados, cuerpos y carros diseminados por la vasta pendiente que descendía hacia

Maraburgo.

—¡Los sureños y lupenos lucharon entre ellos! ¡Estúpidos! ¡ja, ja, ja! —rió el groning que acompañaba al jefe de los exploradores.

—¡Silencio! —le ordenó éste—. ¿Acaso quieres que nos descubran? —y el groning se calló mirando cabizbajo hacia el burgo—. El plan de Karthan ha funcionado. Esos mentecatos se han diezmado entre ellos. Ahora únicamente los hombres del sur están preparados para repeler nuestro ataque. Los lupenos se encuentran presos, e incluso llegado el momento, nos ayudarían a acabar con los sureños bajo una falsa promesa de paz. ¡Fantásticas noticias! Debemos regresar e informar a Karthan —y haciendo una señal a los dos exploradores que se ocultaban bajo la arboleda, reptaron sigilosamente alejándose del burgo.

Cuando los cuatro exploradores se alejaban perseguidos por los rayos del amanecer, una flecha silbadora salió volando de entre la floresta surcando el cielo, mientras el aire de la mañana acariciaba su afilada punta metálica como el pico de un halcón en caída libre sobre su presa. La saeta se clavó certera en el lugar convenido, hendiendo la tierra reblandecida por la humedad. Era la señal que Gródolas aguardaba con inquietud: los gronings se aprestaban a reconquistar Maraburgo.

Después de que los exploradores gronings diesen las buenas nuevas a Karthan, los centinelas que Gródolas había dispuesto en el antiguo camino que llevaba a Bilkoburgo avistaron a los primeros efectivos gronings. Cumpliendo la orden que les había dado el de Tenkolmar, abandonaron sus posiciones y se retiraron hacia Maraburgo. Sin embargo, antes de emprender la huida, lanzaron una nueva flecha de aviso a sus compañeros para que pudieran poner en marcha el plan que Gródolas, el príncipe Ilanit, Senthilkumar y Markeliot habían urdido.

Karthan avanzaba con porte soberbio, erguido sobre su zaino corcel, cuya piel cobriza refulgía con los rayos del sol. El suave viento del norte mesaba sus crines al tiempo que el animal elevaba grácilmente sus poderosas patas, como sólo podían hacerlo aquellos majestuosos ejemplares pertenecientes a la estirpe de los caballos de guerra. Tras el oficial, un séquito de seiscientos hombres marchaba confiado a la reconquista de Maraburgo. Karthan estaba cometiendo el mismo error que el Mariscal Zunkonel durante la batalla librada en la desembocadura del Morkurgul: subestimar a los aliados. Como oficial al mando de la cuarta y sexta compañía de las Legiones del Sur, podría haber convocado al doble de efectivos de los que ahora le acompañaban, mas confiado en las medias verdades que obtuvieron de Olegar y, despreciando a Kiril y los soldados de la Alianza a los que catalogaba como un puñado de aldeanos rebeldes, prefirió hacer méritos ante el Mariscal Burkelen y decidió dejar acantonados en Lothikaton a más de quinientos de sus soldados junto al contingente de tropas al mando del Mariscal.

Antes de que nadie pudiera avisarle, Karthan divisó desde lo alto de la loma el burgo lupeno.

—¡Alto! —ordenó a sus tropas.

Las huestes gronings se detuvieron y Karthan escrutó el paisaje para confirmar si la información que le habían transmitido sus exploradores había sido precisa. En efecto, un gran número de lupenos permanecían encerrados tras el cercado que los hombres del sur habían levantado en la zona norte del burgo. Superaban en número a los hombres del sur, pero peor armados y adiestrados habían sucumbido fácilmente ante ellos. Maraburgo respiraba una tensa calma, “el preludio de una tormenta de acero” —se dijo Karthan.

—¡Soldados! ¡En posición de ataque! —ordenó a sus hombres—. ¡Jinetes e infantes de Groningburgo! ¡Seguidme! ¡¡¡¡Eeeeeellllyyyy!!!! —y el terrible y desgarrador grito de guerra groning reverberó en todo el valle de Maraburgo.

El retumbar de los cascos de los caballos y las pisadas de cientos de hombres terminaron por apagar el canto de muerte de Karthan. Sus hombres se lanzaron en un desbocado galope pendiente abajo contra las sorprendidas tropas del sur, que contemplaban la imparable marea roja y negra que se precipitaba como una gigantesca ola contra sus descolocadas defensas.

Los hombres del sur corrieron hacia sus carros de guerra y, viendo que los gronings eran superiores en número y atacaban desde una posición ventajosa, decidieron batirse en retirada hacia el sur del burgo. Cerca de trescientas bigas se pusieron en marcha huyendo ante la caballería groning, cuyos primeros efectivos ya habían alcanzado el cercado donde se encontraban confinados los prisioneros lupenos. Los jinetes arqueros groning abatieron en su huida a varias decenas de sureños mientras los lupenos les jaleaban con grandes vítores.

La carga de Karthan y sus soldados obligó a los sureños a retirarse en desbandada. Más jinetes fueron abatidos, lo que no hizo sino envalentonar aún más a los gronings, que continuaron implacables la persecución de los hombres del desierto. Las bigas que encabezaban la huida alcanzaron el pie de la loma que se elevaba al sur del burgo. Los caballos tiraban de ellas con fuerza y habían logrado dejar momentáneamente atrás a sus perseguidores. Los jinetes gronings cruzaban ahora frente al bosque que se extendía al oeste de Maraburgo y los infantes los seguían a cierta distancia, sin reparar en los prisioneros lupenos que continuaban enfebrecidos alentando a los gronings.

Cuando los últimos efectivos de infantería dejaron atrás la floresta, un grito, antaño familiar para los gronings, se elevó ahogado entre las hojas y las ramas de los árboles:

—¡Tenkolmar, Tenkolmar, Tenkolmar! —gritó Gródolas desgarrando su garganta.

—¡Tenkolmar, Tenkolmar, Tenkolmar! —contestaron al unísono un centenar de almas.

Y aquel lacerante aullido, aquella llamada a la guerra, se multiplicó cuando los falsos prisioneros lupenos descubrieron bajo sus vestiduras el frío acero de hachas y espadas, convirtiéndose en un feroz bramido que clamaba libertad:

—¡Maraburgo, Maraburgo, Maraburgo!

Karthan y sus hombres detuvieron su irrefrenable avance al escuchar el clamor de sus enemigos. De entre los árboles surgieron los hombres de Tenkolmar, disparando sus arcos y blandiendo sus espadas. A retaguardia, los valientes lupenos embistieron contra los gronings a golpe de hacha y espada, entablado un mortal combate.

—¡Reagrupaos! —gritaba ahora desconcertado Karthan—. ¡Reagrupaos en el centro!

Pero las huestes gronings estaban siendo divididas en dos, pues Gródolas y sus hombres atacaban ahora el flanco derecho de la compañía de Karthan, abriéndose paso a través de sus filas formando una puntiaguda y afilada cuña.

La caballería groning no tuvo más remedio que avanzar unos cientos de pasos para ponerse a salvo, pero dejó a su infantería a merced de los lupenos y norteños. El combate era desigual, tres aliados por cada groning, pero éstos superaban en destreza a los lupenos, quienes eran abatidos en gran número bajo el acero groning. Mientras tanto Gródolas encabezaba el ataque norteño, infligiendo un gran daño a los esbirros de Zornik, que caían como hojas secas bajo el viento de su espada.

Karthan reorganizó rápidamente a su caballería para acudir en ayuda de sus infantes, pero cuando estaba a punto de dar la orden de atacar, sintió una creciente sombra oscurecer el cielo a sus espaldas. Volvió la cabeza y divisó una fantástica hueste de hombres de piel tiznada, montados sobre cientos de relucientes carros de guerra que ocultaban el horizonte que se erguía tras la loma meridional. Decenas de cuernos sonaron desde lo alto de la loma y un aterrador terremoto se desató cuando las bigas, trigas y cuadrigas se lanzaron pendiente abajo a la señal del príncipe Ilanit.

—¡Maldición! —gritó Karthan.

—¿De dónde sale ese terrible ejército? ¡Son miles de hombres los que cubren el verde de la hierba! —replicó alarmado uno de sus oficiales.

—¡Retirada! ¡Retirada! —gritó desolado Karthan.

A su orden la caballería groning emprendió un desesperado galope hacia el norte del burgo. Su única opción era abrir una brecha entre los hombres de Gródolas y los lupenos para huir hacia el camino de Bilkoburgo. La situación era más desesperada de lo que Karthan podía imaginar. Los hombres de retaguardia estaban siendo ahora abatidos por una nube de flechas sureñas, quienes pagaban a los gronings con su misma moneda. La carga de los carros de guerra arrasaría a sus tropas, pero aún albergaba la esperanza de que sus hombres se volcasen en su lucha con los lupenos, los rivales más débiles a los que ahora se enfrentaban. Si pudieran romper el frente norte de los lupenos, se abriría una vía de escape en esa dirección, su única salvación.

Sumido en el fragor de la batalla, Gródolas se percató de la carga de Karthan y reorganizó a sus tropas.

—¡Hombres de Tenkolmar! ¡En posición defensiva hacia el sur! —gritaba desgañitándose.

Sus hombres le obedecieron prestos, apostándose en tres líneas defensivas para

repeler la desesperada carga de Karthan. Ese movimiento de los norteños fue aprovechado por la infantería groning para lentamente empujar hacia el norte a los lupenos, logrando debilitar su frente que rápidamente comenzó a desmoronarse.

El ataque de Karthan no pilló desprevenido a Gródolas, por lo que el daño que los gronings pensaban infligirles fue notablemente amortiguado. La primera línea defensiva contuvo con gran esfuerzo y sacrificio el embate de los gronings, pero fue suficiente para que la segunda y tercera línea impidieran que Karthan y los suyos abriesen una brecha que les permitiese huir hacia el norte. La astuta maniobra de Gródolas resultó fatal para los gronings, pues fueron brutalmente embestidos desde el sur por las tropas de Saralamath. Cientos de gronings perecieron bajo las lanzas y las flechas de los soldados del príncipe Ilanit, y otros tantos sucumbieron aplastados por las ruedas y los cascos de los caballos de aquellos formidables carros de guerra.

Entretanto, la segunda hueste groning logró por fin abrirse paso entre los atacantes lupenos. Algo más de cincuenta soldados lograron escapar del cerco aliado y encarar el camino a Bilkoburgo. Por el contrario, el grupo comandado por Karthan fue consumiéndose como el hielo bajo los ardientes rayos del sol de mediodía. Tras una dura lucha, sureños y norteños se encontraron frente a frente, separados por una macabra alfombra de cadáveres enemigos. Tras de sí, los lupenos trataban de agruparse y atender a los numerosos heridos, mientras los escasos supervivientes gronings trepaban por la loma norte del burgo. Pero inesperadamente los aliados contemplaron sorprendidos cómo los gronings, al hollar lo que parecía la puerta hacia su salvación, detuvieron su carrera y se quedaron inmóviles, petrificados, incapaces de dar un paso adelante ante el abismo que repentinamente se había abierto bajo sus pies.

Entonces los cuernos sonaron y la luz de Darbrethil refulgió sobre la loma norte de Maraburgo, y un inmenso muro de amenazantes siluetas se recortó frente a los gronings. Therliangator acudía al encuentro de Gródolas. Y los gronings enmudecieron y temblaron ante la grandeza del Rey Nerlingo, y entregaron sus armas y se rindieron al ejército de la Alianza evitando una muerte segura.

Un único y ensordecedor gritó de júbilo y victoria brotó de las gargantas de los hombres de la Alianza cuando los gronings claudicaron ante Kiril. Habían logrado una nueva victoria y la paz y la esperanza se extendía ya por todo el este y sur de Jactinia.

Kiril cabalgó majestuoso blandiendo a Darbrethil, la Espada de Libertad, hacia el centro del campo de batalla donde Gródolas y el príncipe Ilanit le aguardaban junto a sus hombres.

—Veo ahora que mi promesa fue innecesaria —dijo Kiril al norteño—. No has necesitado de mi espada, pues bravos y valientes aliados luchaban junto a ti —y miró dedicando una sonrisa cómplice al príncipe Ilanit.

—Los hombres de Tenkolmar somos tan duros como el hielo —respondió Gródolas—, pero me reconforta sentir cercana la presencia de tu espada a pesar de no



haberla necesitado. La luz que de ella dimana es la confirmación de que los dioses luchan a nuestro lado. Amigo mío, quiero presentarte al príncipe Ilanit, hijo del Rey Naveen, del reino de Saralamath. Fiel a su promesa, ha acudido a la llamada de auxilio del capitán Falk junto a más de dos mil quinientos hombres. Ha jurado fidelidad a nuestra causa y nos acompañará hasta el fin del mundo si fuera necesario.

—Es un placer conocerte —saludó cordialmente Kiril a Ilanit estrechándole la mano—. No puedo expresar con palabras mi gratitud y la de mi pueblo, pues vuestro desinteresado sacrificio os honra y os convierte para siempre en hermanos de los nerlingos. Jamás podremos saldar la deuda que con vos y vuestros hombres hemos contraído.

—No debéis preocuparos —respondió Ilanit—, pues no hay mayor honra que combatir al lado de hombres de palabra, valientes reyes y capitanes que luchan por una noble causa. Si alguna vez dudé en cumplir mi promesa, vuestra luz, gran Rey de los Nerlingos, y la luz que vuestra espada proyecta sobre esta hermosa tierra ha despejado todas mis dudas.

—Mas ahora una triste labor nos aguarda —dijo Kiril—. Muchos han sido los que han caído en la batalla, hombres del sur, del norte y del este, hijos de Saralamath, de Tenkolmar y de Maraburgo. Hombres que merecen una noble sepultura, un gran funeral que honre sus almas y perdure en el recuerdo de todos los hombres de bien. Pues tras la victoria de Mugaburgo, ahora el sur de Jactinia vuelve a ser libre. Es un nuevo paso que nos conducirá a la victoria en esta guerra para que la paz vuelva a ser restaurada en toda Tierra Conocida.

—Sanaremos a los heridos y enterraremos a los muertos —dijo Gródolas—. Si a bien así lo tenéis, enterraremos en un gran túmulo a sureños, norteños y lupenos. Ése será el mejor recuerdo a la inquebrantable alianza sellada con sangre de los tres pueblos.

—Aplaudo tu idea —dijo Ilanit—. Lágrimas de arena han sido derramadas por mi pueblo en Maraburgo y sangre lupena fue vertida sobre estos campos. La alianza quedará sellada para siempre.

—Que así sea —dijo también su aprobación Markeliot, quien se había acercado a aquella improvisada deliberación en representación de los lupenos.

Así pues, los aliados se pusieron manos a la obra. Los cerca de cincuenta gronings que se habían rendido a Kiril, fueron confinados en la gran cerca. Muchos lupenos tuvieron que ser atendidos por heridas de espadas y flechas. Algunos de ellos murieron durante los días venideros a consecuencia de sus graves laceraciones. Se cavaron dos grandes túmulos, uno para enterrar a los aliados y otro para los gronings.

Tres días más tarde enterraron a los muertos de ambos bandos y los aliados velaron armas, formados frente al gran túmulo donde estaban enterrados sus amigos y familiares. Tras permanecer inmóviles, mientras rezaban a sus dioses encomendando las almas de los caídos, Gródolas dio un paso al frente y, con voz grave y profunda, entonó solemnemente la Canción de los Muertos:

*El cielo yermo de estrellas,  
la tierra huérfana de tus huellas.  
Ya no queda nada que refleje tu luz,  
en la noche todo se vuelve quietud  
Negro y blanco, amarga oscuridad  
en tu eterno viaje serán toda tu verdad  
Ya no queda nada que refleje tu luz,  
en la noche todo se vuelve quietud*

*Sereno el cielo, mudo el mar;  
los pájaros no han de cantar.  
Haz que suene danzante el laúd  
en la noche todo se vuelve quietud  
Desde la distancia el viento volvió,  
mas su nombre en silencio tornó.  
Haz que suene danzante el laúd  
en la noche todo se vuelve quietud.*

*Las gentes despiden tu alma,  
y la marea regresa en lánguida calma.  
Libre eres de mortal esclavitud  
en la noche todo se vuelve quietud.  
Infinito cielo, oscuro firmamento,  
vuela en brazos del viento,  
Libre eres de mortal esclavitud  
en la noche todo se vuelve quietud.*

*Mustia llama de la candela,  
soledad de las noches en vela.  
Lejana y añorada juventud,  
en la noche todo se vuelve quietud.  
Dioses que dictáis el destino,  
mostrad el nuevo camino.  
Marchita y presente senectud,  
en la noche todo se vuelve quietud.*

Cuando el guerrero de Tenkolmar terminó la última estrofa de la Canción de los Muertos, un solemne silencio envolvió los campos de Maraburgo. Cada uno de los allí presentes recordó con profundo dolor a los seres queridos que habían perdido. Gródolas rememoró a los caídos en el Sitio de Orlag, a los que no sobrevivieron al horror de Eloburgo, a su amigo del alma, Mindrukas. Y sintió un repentino anhelo, un ansia irrefrenable por regresar a las Tierras Frías, a Tenkolmar. Quería volver a sentir

el frío del viento en su rostro en un día de caza, el calor del fuego en el hogar. Quería volver a contemplar el infinito manto blanco, las auroras boreales, el inigualable sol de medianoche. Pero su hogar estaba lejos y, aunque era lo que más anhelaba en el mundo, se había prometido que no regresaría a sus añoradas tierras norteñas hasta que la oscuridad que amenazaba con cubrir de sombras Tierra Conocida no hubiera sido desterrada, empujada para siempre por las tempestades del Mar de los Vientos hacia ultramar, haciéndola desaparecer por toda la eternidad en las infinitas profundidades abisales.

Las huestes aliadas se fundieron en un gran ejército, cuatro mil soldados, la esperanza de los habitantes de Tierra Conocida para destronar a Zornik, el emperador del terror. Tras semanas de descanso en las que repusieron fuerzas y sanaron a los heridos, el ejército de la Alianza partió una lluviosa mañana de finales de octubre hacia su penúltima misión, anhelada y esperada durante largo tiempo por Kiril y Maikel, la reconquista de los burgos nerlingos y su capital, la bella Lothikaton. Unos trescientos hombres se separaron del grueso del ejército, cincuenta de ellos voluntarios de Maraburgo, para dirigirse hacia los dos restantes burgos lupenos, Igoroburgo y Ballinburgo, a los que liberarían en cercanas fechas del yugo groning.

Kiril encabezaba la marcha, acompañado a su derecha por su inseparable Maikel y a su izquierda por Enna, Gródolas, Oerlikon, el príncipe Ilanit y su fiel Senthilkumar. Markeliot designó a uno de sus hombres de confianza para que permaneciera en Maraburgo y restaurase el legítimo poder de los lupenos reconstruyendo todo aquello que había sido destruido durante el período de ocupación groning.

Olaf marchaba ensimismado en sus pensamientos a cola del ejército acompañado por Lonar y Sventegard. Recibieron a su paso el calor y los gritos de ánimo de los habitantes de Maraburgo que, a pesar de la hora temprana en que partían, no quisieron perderse tan emotiva despedida. Cuando comenzaban a ascender la loma norte, unas voces infantiles despertaron a Olaf de sus cavilaciones.

—¡Olaf, Olaf! —gritaban dos vocecillas a su espalda a las que rápidamente puso rostro.

Se trataba de los traviesos Klin y Blook que corrían al lado del norteño. Olaf se detuvo y se acercó a los niños.

—¿Pero qué hacéis en Maraburgo? ¿Cómo habéis llegados hasta aquí, pillastres? —les preguntó con una sonrisa de sorpresa reflejada en sus ojos.

—Nuestro padre nos trajo —respondió Blook—. Le dijimos que teníamos que darle un regalo a un gran guerrero.

Los dos niños se miraron y sonrieron tímidamente. Klin alargó su brazo hacia Olaf.

—Esto es para ti —dijo ahora temeroso el atrevido Klin—. Es para que se lo devuelvas al padre de tu amigo, aquél por el que lloraste en el cobertizo. Seguro que

querrá tenerlo...

—Hemos construido otro barco más grande —dijo Blook satisfecho mostrándole un tosco y retorcido trozo de madera—. Éste ya no lo necesitaremos.

—Yo elegí la madera y Blook la talló con un cuchillo —apuntó orgulloso Klin.

Olaf no pudo soportar por más tiempo la emoción que le embargaba y sus ojos se anegaron en lágrimas.

—Abrazadme —les suplicó con voz trémula y, tras un pequeño titubeo, los dos chiquillos se abalanzaron sobre Olaf, al que casi tiraron al suelo—. Se lo daré a su tío, os prometo que se lo daré —les dijo mientras pensaba en Siriard, y lloró desconsoladamente abrazado a Klin y Blook.

## EN LA GUARIDA DEL LOBO NEGRO

La falsa caravana del oro se aproximaba a su destino. Nevart había explicado a sus ocho captores que habitualmente la caravana semanal arribaba a la capital groning después del atardecer, una vez que la noche comenzaba a caer sobre el oeste de la Cordillera Savakien. Por lo tanto, si no querían levantar sospechas entre los centinelas de guardia, no era conveniente variar esa rutina. Fue por ello que durante toda la jornada ralentizaron la marcha para alcanzar la capital con el ocaso del día. Cuando comenzaba a atardecer y, tras sortear la suave pendiente de unas lomas cercanas, los nueve hombres divisaron claramente a lo lejos el corazón de los dominios de Zornik: Groningburgo.

Oyvind e Ingvar ordenaron instintivamente a Nevart detener la carreta. Todos quedaron mudos, sumidos en un terrible silencio al que también se unieron los seis guerreros de la Tierras Frías; incluso los caballos que tiraban de la carreta ahogaron sus relinchos mientras contemplaban desde lo alto de aquellas lomas que se abrían hacia las Landas de Edhilien, el majestuoso burgo groning, una inmensa fortaleza amurallada que, incluso desde la distancia, despertó el miedo que hasta ahora se ocultaba en lo más profundo de sus corazones.

Nevart vio ese miedo prendido en los ojos de los dos alkos no dudó en tratar de sacar provecho de ello.

—¿Aún seguís pensando que es una buena idea adentrarse en Groningburgo? —y durante unos instantes calló para que sus palabras avivasen el fuego de la duda que ardía en sus captores—. Contemplad la grandeza de nuestra capital. ¿Creéis acaso que podréis causar el menor daño en ella? vuestras acciones no supondrán más que el leve picotazo de una abeja. Haríais bien en huir ahora que aún no habéis sido descubiertos. Al menos así conservaréis vuestras vidas. No debéis sentir os unos cobardes por ello, pues no seré yo quien así os considere. Es de sabios retirarse antes de sufrir una derrota total. Si me perdonáis la vida, prometo decir a los soldados que me atacasteis muchas millas atrás, cerca de Eloburgo. Entonces podréis huir hacia el norte y, aunque las patrullas salgan en vuestra persecución, para cuando alcanzasen el linde del bosque en el que nos asaltasteis, vosotros ya estaríais lejos, cerca del Valle de los Elothas. Desde allí, podréis internaros en los Valles Solitarios para alcanzar las Tierras Frías. ¿Qué decís? —dijo mirando a derecha e izquierda, pues Oyvind e Ingvar viajaban sentados en la carreta flanqueando a Nevart.

Los gemelos alkos parecieron dudar, mientras algunos de los norteños aguardaban esperanzados una respuesta afirmativa que les alejase de aquel lugar en el que tenían la certeza encontrarían una muerte segura.

Sin embargo la respuesta que escucharon de boca de Ingvar desbarató aquella lejana ilusión.

—Guarda tu maldita lengua bífida de serpiente —contestó iracundo el hijo del trueno—. Tus palabras no nos infunden ningún temor. Estás muy equivocado si crees

que ahora que hemos llegado hasta aquí huiremos como viejas asustadas. Nuestros ataques serán como tú bien dices leves picaduras de abeja, pero serán tan repetidos y dolorosos, que harán dudar al oso antes de robar la miel de la colmena.

—La duda que con tus envenenadas palabras tratas de provocar en nosotros, será la misma que asaltará a Zornik cuando se sienta amenazado en su inexpugnable fortaleza —añadió Oyvind—. Y ahora continúa, azuza a los caballos para recorrer el último tramo de nuestra senda. Escucha bien esto, Nevart: ni por lo más remoto se te ocurra intentar traicionarnos, porque esta daga te seccionará el cuello antes de que hayas terminado de pronunciar la primera palabra —y el alko le mostró veloz como el rayo la afilada y reluciente daga que guardaba escondida bajo su capa.

Nevart tragó saliva y miró hacia los jinetes norteños que avanzaban a ambos lados de la carreta y, a pesar de que vio el miedo en sus ojos, también se percató que acatarían sin rechistar las órdenes de aquellos dos locos nerlingos. Esos seis jinetes que les acompañaban debían haberse presentado voluntarios para acompañar a Oyvind e Ingvar en aquella descabellada misión. Cabeceó varias veces y escupió desde lo alto de la carreta maldiciendo su suerte: o moría degollado por la daga del alko o quién sabe si acabaría sus días pudriéndose en las hediondas mazmorras de Groningburgo por haber colaborado con aquellos saboteadores. No, ninguna de aquellas dos opciones le agradaban. Debería estar atento y buscar su momento, su momento de salvación.

La carreta, flanqueada a cada lado por tres jinetes norteños, comenzó a descender por una larga pero suave y verde pendiente hacia la capital groning. Un incierto destino les aguardaba a unas millas de distancia, un incierto pero al menos buscado destino. Los nerlingos estaban hastiados de ir contracorriente en aquella guerra, pues Zornik siempre había llevado la iniciativa: desde el infausto día del adiós a Lothikaton, donde fueron vilmente traicionados y exterminados, hasta la tentativa de invasión del este. Pero por fin había llegado el día en que todo aquello iba a cambiar. Los gemelos alkos, por fin reunidos, nunca más volverían a separarse, ni en la vida ni en la muerte, y aunque su destino fuera morir en aquella misión suicida, así lo harían, morirían con honor, sembrando el miedo y la incertidumbre en Zornik, allí donde el rey brujo se sentía más seguro, tras las impenetrables murallas de su gran burgo. Y hacia allí, hacia Groningburgo, avanzaban lentamente Oyvind, Ingvar, Gregas, Lartas, Kuriktas, Kriktas, Marlunas y Vaeras, acompañados por Nevart, el prisionero groning que se debatía entre el sometimiento y la traición.

Desde la lejanía la capital groning había logrado sorprender a los gemelos alkos, pero a medida que avanzaban hacia ella, fueron tomando conciencia de lo inexpugnable de aquella fortaleza hasta terminar completamente abrumados por su grandiosidad. Groningburgo estaba erigida al oeste de Las Landas de Edhilien y al norte de los Guardianes de Groning, pero la orografía del terreno guardaba una gran similitud con las llanas y extensas landas. Únicamente una elevación, a modo de risco

de no más de doscientos pies de altura, emergía en la llanura como un desafiante convidado de piedra. Sin embargo, sobre esa elevación pivotaba toda la arquitectura del burgo. En lo alto de la misma se elevaba el palacio de Zornik, su hogar y el de decenas de sus amados halcones, el lugar donde se erigía la ciclópea cabeza de wolkur desde la cual, como una inagotable catarata, brotaban los maléficos vapores de la magia negra de Urkha. Alrededor del palacio se alzaba una muralla con cuatro torres de vigilancia uniformemente distribuidas que, apuntando a los cuatro puntos cardinales, circundaban el palacio del rey brujo. Una sola puerta orientada al este y fuertemente custodiada por cincuenta gorglins, daba acceso al corazón del burgo. En su interior se apretaban cerca de cien casonas de piedra y madera, caóticamente distribuidas y en las que vivían las familias nobles que no habían caído en desgracia con el ascenso al trono de Zornik. Los más pudientes habitaban las casonas de piedra, mientras que los nuevos ricos o recién llegados al círculo más cercano del rey brujo vivían en las casonas de madera, ansiando algún día poseer una de las casonas de piedra que les reportase el buscado reconocimiento social. Varias calles más abajo, se abría un gran espacio situado en el centro geométrico del burgo, la gran plaza pública, lugar de congregación y mercadeo entre los habitantes de Groningburgo y aquellos que habitaban en el exterior de las murallas. Hacia el este, se extendía la otra parte de la ciudad, a la sazón, una congregación de tabernas y posadas, una angosta red de pasadizos y vericuetos que desembocaba en los grandes barracones de soldados y bestias destinados a la defensa de la ciudad. Incluso un par de plantaciones y cultivos convivían en aquella zona, formando un tapiz verde y rojizo, que probablemente sería de gran utilidad durante un poco probable asedio al burgo.

Todas estas edificaciones estaban circunscritas en un gigantesco anillo de gruesas murallas perfectamente protegidas por veinticuatro torres de vigilancia culminadas por grandes almenas. Y por si esto fuera poco, un foso de más de diez pies de profundidad cubierto hasta la mitad de su altura por agua y con un fondo de arenas movedizas traídas, según contaban algunos, desde los hediondos marjales de Bosque Salvaje, circundaba a su vez al gran anillo amurallado. Únicamente dos puertas se abrían al mundo exterior, ambas orientadas hacia el norte y situadas bajo las dos torres más altas. Disponían de un largo pasillo flanqueado a ambos lados por gruesos muros que abocaban a un gran portón de madera que descendía dando acceso al exterior del burgo a modo de pasarela, para cuyo accionamiento era necesaria la fuerza de media docena de hombres aplicada sobre una enorme rueda. Ya en el exterior del recinto amurallado, cientos de cabañas se arremolinaban también en una caótica distribución, ocupando los terrenos lindantes que servían de campos de cultivo y pastizales.

Hacia esos campos se aproximaba con el declinar del día la caravana del oro.

Nevart conducía con ceño fruncido a los caballos que tiraban de la carreta, mientras Oyvind e Ingvar escrutaban como halcones gronings a los granjeros y aldeanos que, al igual que un ordenado ejército, abandonaban sus labores de labranza

y recolección para dirigirse a reponer fuerzas con una merecida cena. Aquel bucólico paisaje trajo a la mente de los gemelos alkos el recuerdo de sus añorados días de juventud en los alrededores de Alkoburgo. Al contemplar aquella estampa pareciese que la paz reinase en Tierra Conocida, por lo que por unos instantes, ambos sintieron que un placentero sosiego se apoderaba de sus almas, pero cuando la visión del Bosque de Alkos ardiendo en llamas cruzó ante sus ojos, la rabia y el odio se apoderaron de ellos y prometieron que llevarían a esas tierras la misma desolación que Zornik y sus esbirros habían propagado por toda Jactinia.

—¿Por qué ansiáis la guerra? ¿Por qué ese afán invasor? ¿Es que no son suficientes para vosotros estas bellas y fértiles tierras en las que vivir en paz? —le preguntó irritado Ingvar a Nevart.

El groning bajó la mirada y dudó unos instantes antes de contestar.

—Los gronings somos un pueblo pacífico... —y levantó una mano interrumpiendo la airada respuesta que Oyvind estaba a punto de dar—. Son... —y se detuvo, pues parecía debatirse en una terrible lucha interna antes de pronunciar las siguientes palabras—. Son Zornik y el alto mando del ejército. Ellos son quienes ansían la conquista de Tierra Conocida. Pero ellos detentan el poder y tienen la misión de regir nuestros destinos. Y nosotros debemos obedecer las órdenes de nuestro Rey —y finalizó la frase recomponiendo su voz y su semblante, dirigiendo una mirada desafiante a los alkos queriendo apartar de su rostro la fugaz sombra de duda que lo había recorrido.

—¿Y por qué no os reveláis y derrocáis a vuestro Rey? —preguntó Ingvar.

—Zornik es invencible. Nadie escapa a su ira ni a la de sus gorglins —respondió tajante Nevart.

—Nadie es invencible —replicó Oyvind.

—Zornik lo es, te lo aseguro, ingenuo nerlingo —y Nevart sonrió con una mezcla de malicia y resignación—. Y vosotros más que ningún otro pueblo en Tierra Conocida debería saberlo.

Al escuchar las palabras de Nevart, un escalofrío recorrió el cuerpo de Ingvar, pues recordó el interrogatorio al que Zornik le sometió tras ser capturado en los campos lindantes con el Bosque de Alkos. Y recordó los fríos y vacíos ojos del rey brujo escrutando con avidez sus entrañas, y cómo sin pronunciar una sola palabra, Zornik descubrió el destino de la huida que Kiril y los suyos habían emprendido.

La caravana continuó avanzando silenciosa a través de la verde llanura, mientras la luz del sol se apagaba en el occidente de los yermos de Tierra Seca. Los norteños flanqueaban y cerraban la caravana a lomos de sus caballos, aparentemente ajenos a las conversaciones que el hijo del trueno y del relámpago mantenían con Nevart. Sin embargo, también ellos, a medida que se acercaban a una de las dos grandes entradas de Groningburgo, dirigían sus pensamientos a sus hogares en las Tierras Frías, Tenkolmar, Ostenburgo o Trondemag, pues quizás nunca más volverían a contemplar la eléctrica luminiscencia de una aurora boreal o el deslumbrante sol de medianoche.



Cuando habían recorrido más de tres cuartas partes de la extensión de campos y pastizales, Oyvind ordenó a Ingvar y los norteños que se cubriesen con las capuchas de sus capas. La noche casi se había apoderado de todo el territorio groning y confiaba en que la oscuridad y la laxitud de los centinelas facilitasen su entrada al burgo. Nevart no se cubriría la cabeza pues era el único al que los gronings debían reconocer.

—¿Cómo lograremos que bajen el portón de entrada al burgo? —preguntó Oyvind.

—Eso será fácil. Bastará con gritar el santo y seña y decir que somos la caravana del oro —respondió Nevart.

—Ni se te pase por la cabeza traicionarnos o te destriparé como a un cerdo —le amenazó Ingvar.

Nevart cabeceó y respondió:

—El peligro vendrá después. Nada más penetrar en el burgo, los soldados de las torres nos observarán y apuntarán con sus arcos. Mantened la calma. Después como os dije, hay que recorrer unos cien pasos a través de la calle principal hasta llegar al puesto de centinelas donde tendremos que presentarnos ante el oficial de guardia. Allí es donde la diosa fortuna dictará sentencia —finalizó con una sonrisa enigmática.

—Reza porque la suerte nos sonría a todos, o por Nerlinguia, que tú serás el primero en dejar este mundo —sentenció Oyvind.

—Que los norteños no abran la boca —dijo Nevart—, o su acento les delatará. El acento nerlingo no difiere mucho del groning, pero la brusquedad de la lengua del norte no pasará inadvertida para los centinelas.

—Seguiremos el consejo de Nevart. Y no olvidéis lo que ahora somos: soldados gronings, custodios del oro del Senescal Loriklen —dijo Ingvar, mientras Gregas y los suyos asintieron con la cabeza.

—¡Adelante entonces! Que Nerlinguia y Olión nos protejan en la guarida del gran lobo negro —dijo Oyvind—. Y ahora, guardad silencio. Únicamente Nevart será quien hable. Nos acercamos a la gran puerta de entrada a Groningburgo.

La noche se apoderó de Tierra Conocida ahogando hasta el último sonido de aquellos campos, logrando que los nerlingos y norteños sólo escuchasen el sonido de los cascos de los caballos y las ruedas de la carreta avanzando sobre el arcilloso camino que conducía a la gran puerta del burgo amurallado. Cuando se encontraban a apenas veinte pasos de las murallas, Nevart detuvo la carreta. Sin solución de continuidad, una voz grave brotó de lo más profundo de aquellos muros:

—¡Alto! ¿Quién va?

—“Tres valles encontraré en mi camino: uno jamás visitaré, en otro nunca moraré, y por el Rauron el oro custodiaré” —contestó Nevart recitando el santo y seña.

—¡Bajad el portón! —gritó la voz invisible—. ¡Llega la caravana del oro!

Nevart azuzó a los caballos con las riendas y la carreta comenzó a moverse

mientras el gran portón descendía lentamente.

—Dijiste que darías el santo y seña y después informarías que éramos la caravana del oro —dijo Oyvind—. Espero que no nos hayas delatado —y le presionó con fuerza el costado con la punta de la daga.

—¡Basta ya! —protestó revolviéndose Nevart—. La caravana del oro tiene su propio santo y seña. El resto deben dar el santo y seña general y a continuación identificarse.

—Déjalo, Oyvind —respondió circunspecto Ingvar—. Pronto averiguaremos si nos ha traicionado. Y si lo ha hecho, seré yo mismo el que lo degüelle.

—¿Cuál es el santo y seña general? —preguntó Oyvind—. Quizás lo necesitemos.

—Cambia cada siete lunas, por lo que no te valdrá de mucho —respondió Nevart.

—Yo decidiré si es o no de utilidad —dijo Oyvind volviendo a amenazarle con la daga—. ¡Dímelo, maldito traidor!

—Está bien —respondió el groning—. “El halcón sobrevuela y el lobo merodea”. ¿Satisfecho?

—Estaré satisfecho cuando hayamos pasado sanos y salvos por el puesto de guardia. Aunque quizás entonces aún me queden ganas de degollarte —respondió Oyvind mientras el groning pasaba una mano por su todavía intacto cuello.

El crujido de los maderos que conformaban la enorme puerta, combinados con el sonido metálico de las cadenas deslizándose sobre las ruedas que las guiaban en su descenso, pusieron punto y final a la discusión que mantenían Oyvind y Nevart. El gran portón descendió con lentitud hasta caer pesadamente con estruendo sobre él, durante lustros, maltratado suelo.

Los gemelos alkos contemplaron impávidos durante unos instantes el profundo y oscuro pasaje que se abría ante sus ojos; se encontraban frente a la puerta de entrada a los dominios del rey brujo, ante el acceso a la guarida del lobo negro. Con un lacónico “Adelante”, Oyvind ordenó a Nevart que se adentrara en el corazón del territorio groning. Los seis norteños miraron con respeto aquel oscuro pasadizo y, tragando saliva, siguieron a la carreta que lentamente se dirigía hacia el interior de Groningburgo.

La falsa caravana del oro se internó en el largo pasaje al que enormes muros de piedra flanqueaban por ambos lados. Lentamente comenzaron a percibir cómo la cerrada oscuridad que invadía el pasadizo empezaba a difuminarse a lo lejos, gracias a la titilante luz de las antorchas que iluminaban la salida del mismo. Repentinamente, a la luz de las teas, emergieron las siluetas de tres soldados gronings que acababan de descender de lo alto de las murallas de Groningburgo. Oyvind e Ingvar cruzaron por unos instantes sus miradas y, agachando la cabeza, hundieron sus rostros en las sombras protectoras de sus capuchas.

—No te detengas hasta que los soldados te lo ordenen —le indicó Oyvind a Nevart, y de nuevo apretó la daga escondida bajo su capa contra el costado del groning.

—Buenas noches —saludó amable uno de los centinelas—. Habéis arribado justo a tiempo para degustar una cena caliente. ¿Qué nuevas traéis de vuestro viaje? ¿Pudisteis descubrir cuál fue el origen de aquellas columnas de humo que se elevaban al noroeste? —preguntó curioso el groning.

Nevart dudó unos instantes antes de responder, pero la creciente presión de la daga que Oyvind empuñaba logró rápidamente soltar su lengua.

—Buenas noches, centinela —habló Nevart—. Largo y fatigoso ha sido el viaje, pero también tranquilo y aburrido. Todo está en calma ahí fuera.

—Pero aquellas columnas de humo, ¿de dónde provenían? —preguntó insistente el segundo de los centinelas.

—Nada que temer, amigo —respondió Nevart quitando importancia a la pregunta del groning—. Los soldados de Eloburgo quemaron decenas de árboles y ramas secas que dificultaban el trayecto entre la ciudad-prisión y las minas de oro. Aunque por lo que nos contaron durante la cena con la que nos agasajó el Senescal Loriklen, también varios renegados ardieron en aquella pira, ¡ja, ja, ja! —rió Nevart y los alkos y norteños esbozaron una forzada sonrisa.

—¡Ja, ja, ja! —se carcajearon los tres gronings al unísono— ¡Bravo por el Senescal Loriklen! —y nuevamente rieron.

Nevart quería finalizar cuanto antes aquella conversación pero el primer centinela se le adelantó.

—Ésas sí son buenas noticias —dijo el groning—. Espero que cuando lleguen arriba todo vuelva a tranquilizarse.

—Durante las últimas lunas nuestros oficiales se comportan como viejas asustadas —continuó el tercer centinela—. Parece que el Rey Zornik arde encolerizado, pues no son buenas las nuevas que llegan desde el este.

—¡Silencio! ¡Cállate o te apresarán por traidor! —le recriminó el segundo centinela mientras miraba asustado en derredor para asegurarse que nadie había escuchado los comentarios de su compañero.

—Pero es cierto —le replicó—. Recuerda que todo empezó el día que llegó desde el este aquel maldito halcón a la gran pajarera de palacio. Se rumorea que se trataba del halcón de uno de los Mariscales encargados de dirigir la invasión de las tierras orientales.

—Ese halcón resultó ser un pájaro de mal agüero. Desde su llegada se han incrementado los turnos de guardia y las patrullas de vigilancia —se quejó su compañero—. No tenemos tiempo ni para beber un trago de hidromiel...

—Amigos —interrumpió Nevart al groning—. Estamos cansados por el largo viaje y queremos entregar cuanto antes la valiosa carga que portamos. Mañana por la mañana —dijo sonriendo con picardía—, tras haber cenado y yacido junto a una lozana joven, podremos charlar en compañía de unas cervezas al calor de la lumbre en El Monte Nevado.

—Es cierto —respondió el primer centinela—. Disculpad nuestra curiosidad, pero

nos inquieta esta tensa calma que envuelve Groningburgo desde hace lunas. Marchad a entregar el oro y descansad, pues os lo habéis ganado; mañana compartiremos esas cervezas antes del mediodía.

—Os esperaremos entonces en un rincón de El Monte Nevado —dijo el segundo centinela relamiéndose solo de pensar en la espumosa jarra de cerveza y el trozo de carne de cerdo en el que invertiría parte de las monedas de oro de su paga recién cobrada.

Nevart azuzó con las riendas a los caballos y con paso lento la carreta comenzó a avanzar entre los semidesiertos cosos de Groningburgo, encarando la gran calle principal que habría de conducirles hasta su siguiente obstáculo: el puesto de vigilancia.

Uno de los centinelas se volvió hacia ellos mientras trepaba por las escaleras que ascendían a lo alto de las murallas recordándoles su próxima escala:

—¡Que tengáis suerte en el puesto de guardia! —les deseó—. Pero me temo que el estúpido del oficial al mando os interrogará como si fueseis unos proscritos. Quizás esa lozana deba pasar aún una noche más privada de vuestra compañía, ¡ja, ja, ja! —y los tres centinelas rieron a coro, hasta que el eco de sus risas se fue difuminando entre los rumores de la brisa nocturna que soplaba en lo alto de las murallas de la capital groning.

Oyvind e Ingvar maldijeron las palabras del centinela mientras Nevart, impasible, dirigía la carreta vacía de oro a través del ancho coso.

Había anochecido y apenas si unos centenares de personas vagabundeaban por Groningburgo. La mayoría se dirigían a beber cerveza, vino o quizá hidromiel, antes de recogerse en sus casonas; algunos compraban las últimas hogazas de pan para la cena y otros se dirigían al exterior del burgo, regresando a su hogar en alguna de las innumerables cabañas que se apiñaban en torno a los campos de cultivo. La calle por la que la caravana del oro avanzaba era una de las arterias principales de Groningburgo pero, dado que no se ubicaban en ella ninguno de los establecimientos que ocupaban ahora los quehaceres de los más taciturnos habitantes de la capital groning, estaba prácticamente desierta.

—¿Cuánto resta hasta llegar al puesto de guardia? —le preguntó Ingvar a Nevart.

—No más de cincuenta pasos —respondió el groning—. Mira allí adelante —dijo señalando al frente con su dedo índice—. Los soldados están apostados en aquella casona de madera en el lado izquierdo de la calle. Cuando llegemos allí dejad que hable yo.

—De acuerdo —respondió huraño Oyvind—. Pero recuerda que mi daga estará lista para clavarse en tu cuello. Ingvar volvió la cabeza hacia Gregas, Lartas y el resto de norteños y les dijo:

—Mantened la calma y la boca cerrada. Si los gronings preguntan a alguien de nosotros que no sea Nevart, seremos Oyvind o yo quienes contestemos. Vosotros permaneced tras la carreta.

—Cuando hayamos franqueado el puesto de vigilancia, dos de vosotros colocaos a la cabeza de la caravana —añadió Oyvind.

Nevart escuchó las últimas palabras del hijo del relámpago y musitó para sus adentros:

—No será tan fácil amigo, no lo será.

Para los gemelos alkos y los seis norteños transcurrió una eternidad hasta que la carreta recorrió los escasos cincuenta pasos que restaban hasta llegar al puesto de guardia. Cuando la caravana llegó a la altura de la casona, cuatro soldados gronings emergieron de entre la sombras a ambos lados de la calle y se interpusieron cortándoles el paso.

—¡Alto a la guardia! —ordenó uno de ellos—. ¿Quiénes sois?

—¡Soooooo! —gritó Nevart a los caballos mientras tironeaba de las riendas para que detuvieran su avance—. Somos la caravana del oro —respondió Nevart una vez los animales se quedaron quietos—. Vuestros compañeros del portón ya nos han autorizado el paso. Estamos agotados y solo queremos entregar el oro en el gran almacén y poder descansar.

—Antes deberéis hablar con el oficial de guardia —dijo uno de los soldados—. Aguardad aquí. Yo mismo iré a buscarle —y el groning se dirigió al interior de la casona mientras los tres gronings restantes permanecieron apostados frente a la carreta.

No tardó el groning en regresar con el oficial de guardia al que también acompañaba un imberbe joven vestido de soldado que no tendría más de dieciséis años. El oficial escrutó de soslayo a los norteños que permanecían quietos y en silencio como estatuas de piedra tras la carreta. Se adelantó unos pasos en dirección a Nevart y a los gemelos alkos que lo flanqueaban.

—Buenas noches, mi buen Nevart —dijo el oficial reconociendo al groning.

—Buenas noches, oficial Irmelin —respondió Nevart sonriendo—. ¿Una fría noche para hacer guardia, verdad?

—Cierto es, amigo mío —respondió Irmelin—, pero nos debemos a nuestro Rey y a nuestro pueblo, por lo que pasaremos esta y las noches que hagan falta a la intemperie —y los cuatro soldados gronings que lo acompañaban maldijeron al oficial, pues serían ellos quienes realizarían las labores de vigilancia bajo la única protección del cielo de Tierra Conocida, mientras Irmelin permanecería cabeceando en el interior de la casona aferrado a una jarra de vino frente al fuego del hogar—. Y bien, Nevart, ¿cómo ha ido esta vez vuestro viaje a Eloburgo?

—Tranquilo y aburrido como siempre —respondió con desgana Nevart—. Si la visión de aquellas columnas de humo que divisamos días atrás es lo que te preocupa, olvídate de ello. No se trataba más que de una hoguera con árboles y ramas que entorpecían los desplazamientos de los elothas. Aunque el Senescal Loriklen no desaprovechó la ocasión para que también ardieran en ella varios lisiados y renegados, ¡ja, ja, ja!

—¡El bueno de Loriklen! Él sí sabe regir con puño de hierro a aquel atajo de esclavos. Lástima que esté lisiado para la guerra. Nos vendrían bien hombres de su carácter y su raza en la campaña del este —y mientras agachaba instintivamente la cabeza, bajó el tono de su voz hasta convertirlo casi en un susurro—. Sé de buena tinta que nuestros hombres están teniendo grandes dificultades para poder conquistar aquellas regiones.

«Kiril y Maikel están logrando contener a las legiones gronings —dijo para sí Oyvind—. Hermanos míos, que Nerlinguia os proteja y os guíe hacia la victoria. Como os prometí, volveremos a encontrarnos a las puertas de Groningburgo. Esperaré con Ingvar vuestra llegada y juntos pondremos fin a esta guerra».

La voz de Nevart sacó a Oyvind de sus ensoñaciones.

—Irmelin, mis compañeros y yo estamos cansados y queremos llegar cuanto antes a nuestros hogares. No veo el momento de poder entregar el oro en el almacén y tomar un buen vaso de vino con una hogaza de pan y un trozo de queso de oveja.

—Veo que tus compañeros también parecen fatigados —respondió Irmelin—. Aunque no creo recordar a ninguno de ellos.

—Torel, Runiel y los otros fueron destinados a las patrullas que se formaron para reforzar la vigilancia en los alrededores de Groningburgo —respondió con presteza Nevart sin titubear un ápice—. Los soldados que ahora me acompañan son reclutas de la última hornada, granjeros y carpinteros reclutados en las últimas levadas —dijo sonriendo con resignación y Oyvind e Ingvar cabecearon confirmando las palabras de Nevart—. Pero no tardarán en convertirse en verdaderos soldados, pues su brío y su lealtad a nuestro Rey son incuestionables.

Irmelin escrutó con su mirada a Ingvar, quien se sentaba en el lado izquierdo de la carreta. El alko sonrió tímidamente oculto bajo las sombras protectoras de la capucha que le cubrían la cara. Después miró hacia los jinetes norteños y, cuando parecía que iba a preguntar algo a Gregas, el oficial se dio la vuelta y se dirigió al joven que le acompañaba.

—¿Ves, Meolin? —le dijo—. Pronto formarás parte de nuestro ejército. Si sigues mis consejos y cumples con tu deber, tendrás un futuro prometedor. Fíjate en mí y llegarás lejos, sobrino. Quizás después del verano puedas acompañar a Nevart a Eloburgo dirigiendo la caravana del oro.

—La caravana del oro... —fantaseó Meolin—. Yo al mando de la caravana del oro...

—Está bien, Nevart —dijo finalmente Irmelin—. No te importunaré por más tiempo. Os habéis ganado un merecido descanso. Podéis continuar en dirección al gran almacén.

Oyvind, Ingvar y los seis norteños tragaron saliva y suspiraron aliviados. Nevart se aprestaba a azuzar a los caballos, cuando la adolescente voz de Meolin se elevó en el silencio de la noche.

—Tío, ¿puedo ver el oro que transporta la caravana? Nunca he visto el mineral en

bruto tal y como se extrae de las minas.

—Por supuesto, Meolin —respondió complacido Irmelin por la curiosidad de su sobrino—. Nevart, muestra a mi inquieto sobrino esos enormes pedazos de oro extraídos de las vetas de las minas de Eloburgo.

Los gemelos alkos tensaron súbitamente todos los músculos de su cuerpo, mientras los norteños se revolvieron nerviosos sobre sus monturas esforzándose por no demudar sus rostros. Oyvind miró a Nevart, quien le devolvió una mirada asustada e inquisitoria en la que Oyvind pudo leer lo que sus labios sellados no dijeron: “¿Qué hacemos ahora?”

—¿Qué te pasa, Nevart? ¿Parece que hayas visto un fantasma cruzar frente a la carreta? —le dijo Irmelin viendo el miedo reflejado en su cara.

—No, no es nada —respondió titubeante Nevart—. Es solo que estoy agotado y necesito llegar a mi cabaña o caeré desmayado aquí mismo.

—En un momento podrás irte. Tan pronto Meolin satisfaga su curiosidad te dejaré marchar —respondió Irmelin mientras dirigía una cariñosa sonrisa a su sobrino.

—De acuerdo... —dijo Nevart—. Acercaos a la parte trasera de la carreta.

Nevart descendió de la carreta por el lado derecho en compañía de Oyvind. Ingvar permaneció sentado, mientras por su lado pasaban Irmelin y Meolin. Mentalmente calculó el reparto de fuerzas: ocho contra seis; en realidad ocho contra siete si incluía a Nevart en el bando groning. Tenían superioridad numérica sobre los gronings, pero no era cuestión de enzarzarse en un violento combate. Debían acabar rápida y silenciosamente con ellos. Mientras Oyvind y Nevart se dirigían a la parte trasera de la carreta, Ingvar se volvió y, sin que los gronings se percatasen, hizo un gesto con sus dedos índice y anular a Gregas y Lartas indicando que deberían apoyarle para enfrentarse a los cuatro soldados que, distraídos, charlaban frente a la carreta. Oyvind también clavó sus ojos en Vaeras para que preparase su espada, pues necesitaría su ayuda para deshacerse del oficial groning y su sobrino. En ese instante le invadió una sensación de pena y dolor por Nevart, pues a pesar de todo, no les había traicionado, mas no podrían dejarlo con vida. Una vez que acabasen con los gronings y huyesen entre las sombras de las calles de Groningburgo, él sería el único que podría reconocerles y delatarles. Por ello, y a su pesar, también debería morir. Sin embargo, mientras la mente de Oyvind se sumergía en esos pensamientos, Nevart aprovechó el despiste del alko y se deslizó súbitamente bajo la carreta al tiempo que gritaba:

—¡Traidores! ¡Nerlingos! ¡A mí la guardia!

La confusión se apoderó de los alkos, norteños y gronings. Oyvind corrió hacia la posición que Irmelin y Meolin ocupaban y, sacando la daga de entre sus vestiduras se la clavó en el corazón a Irmelin. Meolin comenzó a gritar como un cerdo al que estuvieran destripando cuando vio brotar la sangre a borbotones del pecho de su tío mientras se tambaleaba envuelto por una palidez mortal. Gregas y Lartas reaccionaron rápidamente y, armando sus arcos, los hicieron cantar por dos veces

abatiendo a una pareja de gronings. Entretanto Ingvar había saltado de la carreta abalanzándose sobre un tercer Centinela con el que luchaba ahora a muerte sobre el frío empedrado. El cuarto centinela tuvo tiempo de armar su brazo y lanzar su lanza contra uno de los jinetes norteños, hiriendo mortalmente a Kuriktas quien cayó abatido de su caballo. Los corceles de Kriktas y Marlunas se asustaron por la repentina refriega y trataron de descabalar a sus jinetes. El groning que había acabado con Kuriktas, espada en mano se abalanzó sobre Oyvind, que en ese momento intentaba alcanzar a Nevart, quien huía en dirección al gran portón de entrada aprovechando la confusión. Cuando el soldado groning estaba a punto de ensartar a Oyvind con su espada, una certera flecha lanzada por Vaeras lo derribó. Aunque esa flecha no fue mortal de necesidad, permitió a Oyvind continuar la persecución de Nevart.

Ingvar había logrado acabar con su adversario y se levantaba del suelo tras apartar el cuerpo inerte del groning. Una vez logró incorporarse, fijó sus ojos en Meolin, quien continuaba chillando con un llanto ensordecedor, a pesar de que curiosamente se mantenía quieto en la misma posición, de pie, frente a la parte trasera de la carreta, paralizado por el miedo. Antes de que Ingvar llegase hasta su posición, una nueva flecha lanzada por Vaeras atravesó la garganta del joven groning apagando para siempre su voz.

Marlunas no fue capaz de controlar a su caballo que terminó por descabalarlo. Cayó violentamente al suelo golpeándose la cabeza contra el empedrado y quedó tendido inconsciente. El cuarto groning al que la flecha de Vaeras había herido, aún tuvo fuerzas y, tomando su cuchillo, se abalanzó sobre Marlunas dándole muerte. Ingvar no pudo salvar al norteño y solo pudo rematar al groning que ya estaba herido de muerte.

Los gritos de Meolin y Nevart advirtieron a los centinelas gronings de que algo sucedía frente al puesto de guardia. Rápidamente seis centinelas comenzaron a descender de lo alto de las murallas para dirigirse al puesto de control. Nevart corría poseído hacia los soldados que ya se encontraban a medio camino de su descenso por las empinadas escaleras. Oyvind no lograba alcanzarle por lo que, desesperado, se giró hacia sus compañeros. Como si éstos le hubieran leído el pensamiento, Gregas y Lartas cabalgaban a su espalda con los arcos prestos a cantar su mortal sonata.

—¡No dejéis que huya con vida! —les gritó a los dos norteños, al tiempo que sendas flechas salían disparadas de sus arcos.

Las dos saetas alcanzaron a Nevart en la espalda y lograron derribarlo. Los seis gronings acababan en esos instantes de llegar al coso principal y tres de ellos armaron sus brazos y dispararon sus lanzas contra los tres proscritos. Por fortuna erraron el tiro, pues se encontraban a más de cuarenta pasos de Oyvind y los dos norteños, aunque una lanza pasó rozando la cabellera de Gregas. Nevart, malherido, trataba inútilmente de incorporarse, y una nueva flecha lanzada por Lartas segó definitivamente su vida.



Vaeras y Kriktas no tardaron en acudir en apoyo de sus amigos. Lanzaron dos salvas de flechas contra los soldados gronings, quienes tuvieron que protegerse en primera instancia con sus escudos, para después retroceder ante la nueva andanada de flechas lanzadas esta vez por Gregas y Lartas, hasta parapetarse en una oquedad bajo las escaleras o tras un pequeño murete que se adentraba en dirección a la calle empedrada. Oyvind aprovechó esos instantes de tregua para regresar corriendo hacia la carreta donde Ingvar se afanaba en retirar los cuerpos sin vida de los dos norteños y los seis gronings. Los cuatro jinetes norteños volvieron a disparar una lluvia de flechas contra los gronings, manteniéndolos retenidos tras los improvisados parapetos. Pero finalmente el sordo grito de un cuerno de llamada reverberó entre los muros de Groningburgo. Los gronings habían dado la alarma y comenzaba la caza de los proscritos.

Oyvind llegó jadeante a la posición de Ingvar.

—Hermano los gronings nos han descubierto. Debemos huir —le gritó casi sin resuello mientras Ingvar parecía no escuchar las palabras de Oyvind—. Ingvar, no tenemos tiempo para enterrar a los muertos. ¡Debemos irnos de aquí!

—Sólo quería dar una digna sepultura a Kuriktas y Marlunas —hablaba Ingvar con la mirada perdida en el rostro sin vida de Kuriktas—. Se merecen una digna sepultura —hablaba ausente, como trastornado por una súbita demencia, mientras tocaba con sus dedos el collar de dientes de Wolkur que colgaba de su cuello—. No los abandonaré aquí a merced de esos salvajes. Henk no me lo perdonaría... —dijo recordando a su amigo celko enterrado en aquel oscuro y desolado bosque del norte.

—¡Ingvar, por Nerlinguia! ¡Debemos huir! —gritaba desesperado tratando de hacer salir a su hermano de aquel repentino estado catatónico.

En ese instante Gregas y Lartas llegaron a la altura del puesto de guardia, mientras Vaeras y Kriktas seguían cubriendo a sus compañeros, manteniendo a duras penas su posición frente a los soldados gronings quienes, parapetados tras sus grandes escudos, avanzaban rodilla en tierra lentamente hacia ellos.

—¡Vamos! ¡Debemos irnos de aquí! —gritó nervioso Gregas—. Vaeras y Kriktas no podrán cubrirnos por mucho más tiempo. Enseguida aparecerán decenas de gronings alertados por el cuerno de llamada.

—No puedo abandonar a mis hermanos del norte —habló con voz monocorde Ingvar—. No puedo traicionar a Gródolas y a la Alianza de Tenkolmar.

Gregas tomó la cabeza de Ingvar entre sus enormes y callosas manos y, volviendo el rostro del alko hacia el suyo, le miró fijamente a los ojos y le dijo:

—Jamás traicionarás a nuestro pueblo dejando aquí a dos de sus hijos. Sus almas cabalgan ahora en busca de Olión. Sus cuerpos inertes no son más que el recuerdo de su paso por este mundo mortal, un efímero vestigio de su existencia que desaparecerá en las mareas del tiempo.

Ingvar permaneció unos instantes contemplando los profundos ojos grises de Gregas, como si fueran los de un sagrado oso blanco que le mostraban el camino a la

morada de los dioses. Finalmente, justo en el momento en que Vaeras y Kriktas llegaban a la altura de los cuatro proscritos, Ingvar recobró la lucidez.

—Que Olión os acoja en su eterna morada —dijo con una profunda congoja, al tiempo que cerraba los párpados de ambos norteños para que sus ojos descansaran por siempre en paz.

—Debemos irnos —le dijo Oyvind apoyando su mano en el hombro de Ingvar.

—De acuerdo —respondió Ingvar, mientras le miraba con una tristeza tan profunda como jamás su hermano había contemplado en los ojos del hijo del trueno.

—¡Oyvind, sube a mi caballo! —gritó Gregas—. ¡Y tú, Ingvar, sube al caballo de Lartas! Vaeras, Kriktas, ¡seguidnos! —y tras pronunciar esas palabras, una lanza se clavó en la carreta al tiempo que el cuerno hacía llegar su llamada de alarma a todos los rincones de Groningburgo.

Los proscritos salieron en estampida mientras el grupo de centinelas gronings comenzaba a correr tras ellos. Aún les restaba un tercio de calle por completar y, al fondo de la misma, se adivinaba un cruce con otras callejuelas.

—¡Al llegar al final de la calle gira hacia la izquierda! —le ordenó Oyvind a Gregas, quien se aferraba al cuerpo del norteño para no caer descabalgado—. Si Nevart no mentía, hacia el este encontraremos las tabernas y un sinfín de pequeños callejones. Pero antes tendremos que deshacernos de los caballos.

—¡Espero que el sonido del cuerno de llamada no haya llegado aún allí! —replicó Gregas—. Tras las tabernas se encuentran los barracones de los soldados.

—¡Recemos a Nerlinguia para que no lo hayan oído! —respondió Oyvind.

Los caballos enseguida alcanzaron el final de la calle dejando atrás a sus perseguidores. Gregas giró hacia la izquierda como Oyvind le había ordenado y, a continuación, los caballos de Lartas, Vaeras y Kriktas siguieron su estela. Nuevas lanzas caían tras ellos, pero cada vez más lejos, por lo que respiraron aliviados. Galoparon por la siguiente calle hasta que vieron un nuevo cruce de callejuelas iluminado por antorchas. Cuando llegaron a él, Gregas se detuvo unos instantes.

—¡Soltemos a los caballos en esta dirección! —dijo Ingvar, y los demás lo miraron y esbozaron una sonrisa, pues habían recuperado al hijo del relámpago en el momento más comprometido de la persecución.

—¡Haced lo que os dice Ingvar! —gritó Oyvind—. ¡Rápido, descabalgad de vuestras monturas!

No bien hubo Oyvind acabado la frase cuando todos estaban ya pie a tierra. Gregas, Lartas y Vaeras azuzaron a los caballos y estos salieron trotando hacia el final de la calle.

—¡Apagad las antorchas y seguidme! —ordenó Gregas.

Oyvind, Ingvar y Kriktas arrancaron las antorchas de la empalizada de la cual colgaban y fueron apagándolas una a una. Cuando la llama de la antorcha que Kriktas aún sostenía en su mano se ahogaba contra el húmedo y embarrado suelo de aquella callejuela, una flecha asesina se clavó en el pecho del norteño. Kriktas la aferró

instintivamente con sus dos manos y quedó petrificado, sus dos ojos grotescamente abiertos, al tiempo que su mente le transportaba al blanco y algodónado paisaje de la nevada Tenkolmar. Súbitamente se giró hacia sus compañeros y de su boca brotó una sola y desesperada palabra:

—¡Huid! —y tras pronunciarla cayó desplomado sin vida sobre el suelo de Groningburgo.

Oyvind, Ingvar, Gregas, Lartas y Vaeras contemplaron desconsolados la muerte de Kriktas. Pero rápidamente se vieron obligados a reaccionar, pues tres nuevas flechas volaron desde una de las numerosas encrucijadas que formaba aquella tela de araña de callejuelas.

—¡Seguidme! —ordenó Oyvind quien echó a correr hacia la oscuridad poseído por una extraña fuerza—. ¡Tras aquel caserón hay una nueva confluencia de calles! ¡Allí doblaremos hacia la derecha!

Sus cuatro compañeros le siguieron como caballos desbocados y, tras alcanzar el caserón, giraron a la derecha. Continuaron corriendo por la nueva callejuela, más angosta y oscura que la que acababan de abandonar, por lo que supusieron que se trataba de un corredor secundario. Oyvind encabezaba el grupo y decidió volver a girar a la izquierda en el siguiente cruce que encontrase, manteniendo la dirección este. Una vez penetrase en una nueva callejuela, esta vez giraría hacia la derecha, en dirección sur. De esta forma nunca perdería su orientación y lograría alcanzar la zona de posadas y tabernas, siempre y cuando alguna de las calles no cruzase, por algún extraño capricho del arquitecto de la ciudad, en diagonal al resto de cosas, con lo que entonces todo su razonamiento resultaría inútil.

Nuevos cuernos de llamada comenzaron a elevarse a sus espaldas por lo que aceleraron aún más si cabe su carrera. Los sonidos de las pisadas de sus perseguidores se fueron desvaneciendo siendo sustituidos por el desbocado palpitar de sus agitados corazones. Oyvind repitió su estrategia, y nuevamente giró primero a la izquierda y después a la derecha. La oscuridad que les había acompañado en las últimas callejuelas comenzó a dar paso a una tenue pero creciente iluminación, lo que hizo pensar al hijo del relámpago que se estaban aproximando a las zonas de las tabernas como Nevert les había explicado. Oyvind se percató que el final de la calle por la que ahora corrían desembocaba a una plaza. Unos pasos antes de salir a ella, Oyvind detuvo su frenética carrera y ordenó al resto que hicieran lo mismo. Ingvar se acercó a su lado mientras los tres norteños vigilaban la retaguardia en previsión de que súbitamente apareciese una de las patrullas que los buscaban.

—¿Qué haremos ahora? —le preguntó jadeando Ingvar.

—No lo sé —respondió Oyvind—. Podríamos tratar de acercarnos a una de las tabernas y confundirnos entre los que allí beben.

—Creo que si entramos juntos los cinco podríamos levantar sospechas —apuntó Ingvar—. Quizás deberíamos separarnos.

—Ésa puede ser una buena idea —dijo Gregas quien se había acercado a la altura

de los dos gemelos alkos mientras Lartas y Vaeras apuntaban con sus arcos hacia el otro extremo de la calle—. Los gronings buscarán a un grupo más numeroso.

—De acuerdo entonces —dijo Oyvind—. Ingvar y yo nos dirigiremos a una de las tabernas del lado izquierdo. Llamaremos la atención por ser gemelos, pero será más difícil que alguien sospeche de nosotros que si nos ven por separado, pues entonces pensarán que han visto al mismo grupo en varios lugares diferentes. Vosotros tres buscad alojamiento en una posada. Nosotros lo haremos después de tomar una cerveza en aquella taberna —dijo señalando a una vieja casona de la que ahora salían tres gronings enjugándose los restos de espuma que colgaban de sus pobladas barbas—. Aguzaremos los oídos para descubrir qué nuevas se escuchan en Groningburgo. Después buscaremos hospedaje. Mañana al amanecer nos reuniremos en esta misma plaza.

—¡Lartas, Vaeras! —les llamó en voz baja Gregas tras asentir a la propuesta de Oyvind—. ¡Acercaos! —y los dos norteños retrocedieron hasta la posición que ocupaban sus tres compañeros sin perder de vista su retaguardia.

—Nosotros saldremos primero —les indicó Ingvar—. Aguardad hasta que hayamos entrado en una de las tabernas. Deshaceos de los arcos, pues levantaréis sospechas entre las patrullas.

—Podemos esconder los arcos y los carcajes en ese tonel —sugirió Vaeras—. Mañana los recuperaremos y nadie sospechará de nosotros. Podríamos pasar por un grupo de cazadores o tramperos.

—Debéis iros ya —les ordenó nervioso Lartas a Oyvind e Ingvar—. Los soldados que nos persiguen podrían aparecer en cualquier momento.

Ambos hermanos asintieron con la mirada y, cubriendo las espadas bajo sus capas, avanzaron hacia la luz de las antorchas que iluminaban la ahora desierta plaza.

—Que Olión os proteja —susurró Gregas al ver marchar a los gemelos alkos.

—Y que también nos proteja a nosotros —musitó Lartas.

La taberna en la que los alkos entraron se llamaba El Lobo Solitario. Se trataba de una Vetusta y oscura tasca con varias mesas repartidas en aquella diáfana planta rectangular. Confiaron en que aquel nombre significase que la clientela de la misma solo acudiese a tomar una cerveza sin prestar atención a asuntos ajenos y no fuera un nido de espías al servicio del emblema del lobo negro.

Oyvind se dirigió con paso tranquilo hacia la barra, mientras Ingvar, sin retirar la capucha de su cabeza, se instaló en una de las mesas libres ubicada en el rincón más oscuro de la taberna.

—Dos jarras de cerveza —pidió Oyvind sin mirar a los ojos del tabernero.

El hombre asintió y se dirigió hacia uno de los barriles que almacenaba detrás de la barra. Mientras tanto, Oyvind aprovechó para mirar de soslayo a la concurrencia de la taberna. Solo había un par de mesas ocupadas. En una de ellas cuatro gronings, probablemente carpinteros a juzgar por las rudimentarias sierras y martillos que habían dejado en el suelo junto a su mesa, terminaban de dar cuenta de una botella de

vino y de unas hogazas de pan con cebolla. En la otra, dos hombres de mediana edad, que por su tez morena y cabellos rizados parecían ser comerciantes del sur, hablaban distraídos bajo la tenue luz de un candil.

—No sois de por aquí, ¿verdad? —preguntó una voz a su espalda sobresaltando a Oyvind quien, preocupado en escrutar la taberna, no se había percatado que el tabernero había regresado con las dos jarras rebosantes de espumosa cerveza.

—¿Perdón? —respondió el alko tratando de sobreponerse.

—Te preguntaba que no eres de por aquí, ni tampoco tu amigo —dijo señalando con un movimiento de su cabeza a Ingvar.

—No, ciertamente no somos de esta región —contestó—. Venimos del este, de una pequeña aldea situada a unas cincuenta millas al norte de Forgol; pero no tan al norte como las Tierras Frías.

—¿Y qué es lo que hacéis tan lejos de vuestro hogar, más ahora en estos turbulentos tiempos que corren? —inquirió el posadero confirmando que la taberna no hacía honor a su nombre en lo que a la discreción se refería.

—Viajamos en busca de fortuna —respondió Oyvind tras dudar unos instantes—. Nuestro padre murió hace unos meses y las monedas de oro se acabaron. Mi hermano y yo escuchamos a unos viajeros que en las Landas de Edhilien habitan unas enormes vacas de codiciada carne y exuberante pelaje. Queríamos ir allí y capturar al menos media docena de esas bestias para después venderlas en algunas de las ferias de ganado de Jactinia, quizás en Mugaburgo. Pero estúpidos de nosotros, no nos informamos antes de emprender viaje y aquí nos vemos atrapados en Groningburgo, mientras vuestras legiones apostadas en el Valle del Rauron nos impiden el paso hacia las Landas de Edhilien.

—¡Ja, ja, ja! —se carcajeó burlándose el tabernero—. Y aunque lograsedis llegar allí y capturar a esas malditas vacas, jamás llegaríais a Mugaburgo sin un salvoconducto. Toda Jactinia es ahora un territorio ocupado y conseguir uno de esos permisos para poder comerciar os costaría más monedas de oro que las que ganaríais con la venta de las reses.

Oyvind agachó la cabeza con gesto contrariado y maldijo su suerte, no fuera a sospechar el tabernero.

—Al menos espero que aún te queden monedas suficientes para pagar estas cervezas —le dijo con voz inquisitoria.

—Sí, al menos tengo oro suficiente para que mi hermano y yo sobrevivamos durante veinte lunas. Pero no sé qué haremos después.

—Si quieres un consejo, regresa a Forgol o de dondequiera vengas. Pronto las cosas empeorarán para los extranjeros y quizás tus huesos y los de tu hermano acaben dando en las minas de oro del Valle de los Elothas, ¡ja, ja, ja! —volvió a burlarse el tabernero.

Oyvind dejó sobre la larga barra de madera una moneda de oro y, sin mirar al tabernero, cogió ambas jarras de cerveza y fue a reunirse con Ingvar en aquel oscuro

rincón de la posada.

—¿Qué has averiguado? —le preguntó Ingvar.

—Nada nuevo. He tenido que contarle a ese mentecato que nos dirigíamos hacia las Landas de Edhilien a capturar vacas salvajes para luego venderlas en Mugaburgo.

—¿No se te ocurrió una excusa mejor, hermano? —rió mientras enjugaba sus labios con la espumosa jarra de cerveza—. Pues mientras tú hablabas de vacas salvajes con el tabernero, creo que he encontrado la manera de pasar a salvo esta noche. Mira a esos dos hombres. No son gronings, sino extranjeros como nosotros. Diría que son comerciantes del sur, que llevan varios días en Groningburgo y que a buen seguro ayudarían gustosamente a encontrar una posada a dos forasteros como ellos.

—No me parece una mala idea —respondió Oyvind—. Quizás porten nuevas de Jactinia.

—Deberíamos pues acercarnos a charlar con ellos antes de que decidan retirarse —sugirió el hijo del trueno.

—Te sigo —respondió Oyvind dando un largo trago de su cerveza.

Ingvar se levantó y su hermano hizo lo propio, acercándose a la mesa donde los dos sureños charlaban animadamente.

—Buenas noches —saludó amable Ingvar—. Nos hemos percatado que también son forasteros, pero al contrario que nosotros, se diría que llevan varias lunas en Groningburgo.

—Nosotros acabamos de llegar al burgo con el ocaso del día —continuó Oyvind—, y necesitamos encontrar un techo bajo el que cobijarnos. ¿Podrían ayudarnos a encontrar una posada?

—Les estaríamos enormemente agradecidos —finalizó Ingvar.

El mayor de los dos hombres escrutó los blanquecinos rostros de aquellos jóvenes que se parecían como dos gotas de agua.

—A buen seguro que el tabernero podría aconsejarles una posada en la que poder dormir —dijo con mirada recelosa el sureño.

—No corren buenos tiempos en Tierra Conocida y quién sabe si el posadero quisiera sacar tajada de ello —dijo con mesura Oyvind—. Por el contrario, ¿qué mal podríamos esperar de dos extranjeros como vosotros? No hay nadie mejor en quien confiar que aquel que se encuentra en tus mismas circunstancias.

Los dos sureños cruzaron sus miradas y el más joven asintió con la cabeza sin pronunciar una palabra.

—Sentaos y bebed con nosotros, pues símbolo de nobleza es ayudarse entre forasteros. Me llamo Hamad y este es Lamad, mi sobrino, el primogénito de mi hermana Ahlisa —respondió invitándoles a compartir su mesa—. Os llevaremos hasta la posada en la que nos alojamos y allí podréis encontrar cobijo por unas lunas.

—Os lo agradecemos de verdad, Hamad y Lamad. Mi hermano, Ingvar, y yo, Oyvind, tenemos una deuda con vosotros. Permitid que al menos paguemos vuestra

cena para devolveros el favor.

—Guardad vuestras monedas de oro para tiempos mejores —contestó Hamad—, pues no es difícil ver que la fortuna no os ha tratado bien en los últimos tiempos.

—Cierto es —respondió Ingvar con velado sonrojo—. Nuestro padre murió y viajamos hacia Las Landas de Edhilien para capturar unas codiciadas vacas salvajes y después venderlas en alguna feria de ganado en Jactinia. A fe que necesitaremos toda nuestra bolsa de oro para comprar cuerdas, madera y una carreta. El largo y tortuoso trayecto desde el este en estos tiempos de guerra no ha hecho sino menguar nuestra escasa reserva de oro.

—Osados sois en viajar desde el este en busca de un incierto beneficio —dijo Lamad—. Nosotros nunca hubiéramos partido desde Nagapanam de no ser por la seguridad de un succulento negocio.

Hamad dirigió una mirada de reproche a su sobrino. Aquellos forasteros parecían ser buena gente, pero uno nunca sabía frente a quien podía encontrarse, quizás un ladrón, un asesino o un espía, y más que nunca ahora en aquella turbulenta época.

Aquella mirada no pasó desapercibida para Oyvind, pero el alko tampoco pudo evitar preguntar a los dos sureños cuál era aquel negocio que les había traído a Groningburgo desde tan lejanas latitudes.

—El amor a nuestra madre y el procurarle unos placenteros últimos años de vida fue lo que nos movió a emprender este peligroso viaje —dijo tratando de ganarse la confianza de Hamad antes de preguntar por el motivo de su viaje—. Mas las tropas de Zornik nos cortaban una y otra vez el paso y decidimos llegar hasta Groningburgo para tratar de conseguir un salvoconducto o acompañar a alguna caravana de viajeros que retornase hacia el este. Sin embargo veo que vosotros habéis sido más afortunados al encontrar vuestro avance expedito hasta la capital groning. ¿Cuál es pues ese trato que os ha traído hasta aquí? A buen seguro que no será el trueque de unas reses salvajes como las que nosotros andamos buscando, ¡ja, ja, ja! —rió mientras Ingvar también comenzaba a carcajearse.

—No, no tratamos con vacas salvajes —sonrió Lamad—. Somos comerciantes de finas sedas y telas.

Oyvind e Ingvar sonrieron ante la respuesta de Lamad y bebieron un trago de su cerveza, confiando en haberse ganado la confianza de Hamad y que éste les desvelara el motivo de su viaje.

—Recibimos un encargo más de cuarenta lunas atrás —comenzó a hablar Hamad bajando el tono de su voz, queriendo mantener en secreto aquello que iba a contarles—. Viajábamos bordeando la Barrera de Dunas, tras haber pasado varias semanas en Saralamath, en dirección al Oasis del Oeste. Una noche, cuando nos encontrábamos a unas trescientas millas al este del oasis, nos cruzamos con una compañía de soldados gronings que viajaban hacia el sur.

—¿Qué buscaban los gronings tan al sur de Jactinia? —preguntó Ingvar sin poder reprimirse.

—Las más bellas y finas telas que se puedan encontrar en Tierra Conocida. Terciopelos, sedas, franelas, tafetanes, algodones, lanas, tan hermosas que hasta la mismísima heredera de Zornik no podría prescindir de ellas para engalanar sus nupcias.

—¿La hija de Zornik va a casarse? —exclamó Oyvind.

—¡Silencio! —le espetó Hamad clavando una mirada asesina en los ojos del hijo del relámpago. Miró en derredor de la taberna para ver si alguno de los lugareños había escuchado la exclamación de Oyvind, pero los pocos que aún quedaban en ella solo parecían estar preocupados en dar buena cuenta de su bebida. Aún Hamad se mantuvo callado durante unos largos y tensos instantes, hasta que volvió a retomar la conversación—. Zornik aún no ha anunciado el compromiso de su hija. Es un secreto. Ni siquiera los soldados con los que nos cruzamos sabían con quién iba a contraer matrimonio. Pero una cosa sí parece segura: el compromiso se anunciará en breves fechas.

—La pasada luna una comitiva llegada del oeste fue recibida con honores en el palacio real —continuó Lamad—. Se dice que hasta el mismísimo Zornik salió a recibirla.

—¿Es que acaso Zornik planea sellar una alianza con otro pueblo? —preguntó Ingvar—. Ningún gobernante, ni siquiera si existiera nación alguna en las tierras de allende el Mar del Gruneng se atrevería a pactar con él tras la miserable traición a los nerlingos —y su alma se estremeció recordando las llamas de Alkoburgo y las interminables lunas de confinamiento sufridas en el Valle de los Elothas.

—Sí hay alguien que pactaría con Zornik —susurró Oyvind.

—¿Quién sería el insensato que se atreviese a cometer semejante locura? —preguntó desconcertado Ingvar.

—Alguien que comparte sus orígenes y que siempre le ha rendido pleitesía —dijo Hamad mientras Oyvind asentía con la cabeza—. Alguien al que Zornik quiere implicar en esta guerra y que sabe que nunca le traicionaría. El rey de las tribus nómadas de Tierra Seca, Nurgul el bárbaro.

Ingvar se estremeció al escuchar la respuesta de Hamad, incluso Oyvind, quien ya había adivinado quién podría ser el futuro marido de la exuberante Iholá. Zornik convocaba a nuevos aliados en torno suyo, nuevos esbirros con los que poder cumplir su siniestro plan. Ya no habría un solo rincón en toda Tierra Conocida en la que poder esconderse del bruno legado del espíritu de Euwalur.

Los hijos del relámpago y el trueno se miraron y un extraño fulgor los iluminó incendiando sus azules ojos. Su misteriosa conexión les había llevado a converger en un mismo pensamiento que ahora se reflejaba en los ojos de uno y otro. Y esos ojos les hablaban, les decían que era el destino el que les había conducido a Groningburgo para cumplir una última misión: impedir la boda de Iholá y Nurgul. A partir de ese día aquel sería su objetivo, y se prometieron que lo cumplirían mientras aguardaban la llegada de Kiril y Maikel al frente de un gran ejército que derrumbaría a su paso las



gruesas y altas murallas de Groningburgo para terminar por siempre con el reinado del mal de Zornik.

Los cuatro extranjeros en tierras gronings dieron buena cuenta de sus bebidas tras un largo rato en el que apenas si cruzaron varias palabras. Después, Hamad y Lamad se ofrecieron gentilmente a acompañar a Oyvind e Ingvar a su posada que se encontraba sólo a un par de calles de distancia de El Lobo Solitario.

Caminaron en silencio bajo la serena oscuridad de aquella calmada noche, en ocasiones tenuemente iluminada por dispersas antorchas que colgaban de las paredes de los cosos principales. Giraron varias veces hacia la izquierda hasta que salieron a una callejuela en la que se dieron de bruces con la posada.

—Hemos llegado —dijo Lamad.

—Aquí es —confirmó Hamad señalando al tablón de madera en el que se podía leer el nombre de la posada: El Lago Durmiente.

—Confío en que la posada haga honor a su nombre —dijo Oyvind—. Mi hermano y yo estamos rendidos y necesitamos descansar.

—Os aseguro que es un buen lugar para dormir —dijo Lamad sonriendo—. Además el posadero es un viejo entrañable. Eso sí, un poco sordo, por lo que será mejor que paguéis lo que él os pida si no queréis despertar a los demás huéspedes —y mientras abría la puerta, con un gesto de su cabeza invitó a los nerlingos a pasar al interior de la posada.

Nada más penetrar en ella, un anciano enjuto de cabellos plateados se apareció como un fantasma de entre las sombras que envolvían la estancia.

—Buenas noches y bienvenidos a El Lago Durmiente —dijo el posadero—. Veo, Hamad, que has recogido a un par de forasteros desorientados y con buen criterio les has conducido hasta mi posada.

—Cierto es, Tigot —respondió Hamad—. ¿En qué otro lugar de Groningburgo podrían dormir mejor estos dos jóvenes?

—Son dos monedas de oro por cada noche que pasen aquí —dijo Tigot pareciendo no haber oído lo que Hamad había dicho—. No ofrezco cenas, solamente un poco de leche y una hogaza de pan con cebolla como desayuno, que les costará otra moneda de oro. Seguidme y os mostraré vuestra habitación.

Oyvind e Ingvar se encogieron de hombros y, sonriendo a Hamad y Lamad, siguieron al posadero. Habían tenido suerte, pues aquel anciano únicamente parecía estar interesado en las monedas de oro que sus huéspedes debían pagarle, ya fueran gronings, forasteros o salteadores de caminos.

Tigot les mostró la estancia, un pequeño cuarto con una ventana que daba a la callejuela trasera, un par de gruesos y roídos jergones que cubrían el suelo, una tinaja de agua y un cubo de barro a modo de improvisada letrina.

—No madruguen demasiado, pues los panaderos de Groningburgo tampoco lo harán. Si no gastarán una moneda de oro en un vaso de leche y una cebolla, ¡ja, ja, ja! —y no pudo terminar de reír pues una tos tísica atacó su garganta. Cuando se

recuperó, extendió su mano derecha abierta sin pronunciar palabra.

—¡Ah, el oro! —dijo Ingvar—. Aquí tiene sus dos monedas —y Tigot cerró su mano sobre las monedas que le había tendido Ingvar como un wolkur cierra las mandíbulas sobre su presa. Con un leve cabeceo se despidió de ellos y desapareció tosiendo entre la oscuridad de la posada como si nunca hubiera existido.

—Curioso personaje —dijo Oyvind.

—Sí que lo es, pero también noble y discreto —añadió Hamad.

—Nos vemos mañana en el desayuno. Que descansen, amigos —dijo Lamad.

—Buenas noches —respondieron al unísono los gemelos alkos.

Hamad y Lamad se dirigieron a su estancia mientras Oyvind e Ingvar se acomodaron sobre los jergones y, cubriéndose cada uno con una manta, se desearon buenas noches y comenzaron a cabecear cayendo en un rápido y profundo sueño.

Agotados por la tensión y la lucha contra los gronings, ni siquiera repararon en sus últimos pensamientos en cuál habría sido la suerte que habrían corrido sus compañeros norteños Gregas, Lartas y Vaeras antes de caer en los brazos del dios del sueño.

Mañana, con el despertar del nuevo día, descubrirían lo que los hados del destino habían deparado a los fugitivos norteños.

## LA ESCLAVA DE IHOLA

Un creciente desasosiego se apoderó de las ensoñaciones de los dos gemelos alkos. La calma que los había arropado hasta instantes antes del alba se transformaba por momentos en inquietud, y ambos comenzaron a percibir cómo una súbita conmoción envolvía la capital groning. Permanecieron durante un rato en silencio, temiendo despertarse, en un estado de alerta duermevela, hasta que la certidumbre de los sonidos que llegaban de las calles adyacentes les confirmó que la guarnición de soldados gronings y gorglins habían comenzado la caza del nerlingo.

Oyvind se levantó del jergón y escrutó, oculto desde la penumbra de la estancia a través de la ventana, la callejuela trasera.

—Una patrulla de gronings acaba de pasar corriendo en dirección a la plazoleta donde se encuentra El Lobo Solitario —le dijo a Ingvar—. A buen seguro que más soldados patrullarán por el burgo.

—Y darán el alto a todos los extranjeros y forasteros que encuentren —respondió bostezando el hijo del trueno mientras estiraba brazos y piernas tumbado boca arriba sobre el jergón.

—Hamad y Lamad serán nuestro salvoconducto —dijo Oyvind—. Debemos permanecer junto a ellos al salir de la posada al menos durante dos días más. Una vez que las patrullas que merodeen por esta zona no sospechen de nosotros, ya no será necesaria su compañía.

—Pero pondremos en peligro sus vidas. Hamad y Lamad son buena gente.

—Buena gente que colabora con los gronings —respondió contrariado Oyvind—. Escuchaste cómo no dudaron en acudir a Groningburgo para vender sus frías sedas a cambio del oro groning. Ese oro obtenido con la sangre de miles de elothas inocentes. Y tú mejor que nadie deberías saberlo.

Ingvar guardó silencio durante unos instantes antes de responder, mientras recordaba a las decenas de desgraciados elothas que vio morir el pasado invierno en las veredas del camino que conducía desde Eloburgo a las minas auríferas.

—Lo sé, Oyvind, claro que lo sé; yo mejor que nadie, como bien dices. Pero, ¿estás seguro que Hamad y Lamad no acudieron a Groningburgo amenazados por una muerte segura en caso de no hacerlo? Esos soldados gronings encontraron el cuerno de la fortuna al toparse con ellos, mercaderes que les libraron de una agonizante travesía bajo el sol y las ardientes arenas del Desierto Rojo. No, Oyvind, aún no me atrevo a juzgar como tú lo haces a esos sureños. Es cierto que en su naturaleza está el mercadeo y la búsqueda de beneficio, pero no veo en sus ojos una maligna codicia que les lleve a hacerlo a cualquier precio. Y tú, con tu prodigiosa visión, deberías ser el primero en verlo, querido hermano —le devolvió Ingvar su maliciosa pregunta.

Oyvind sonrió moviendo la cabeza hacia derecha e izquierda.

—De acuerdo. Tú ganas. La rabia por el mero hecho de que hayan entrado en tratos con los malditos gronings ha nublado mi mente. Tienes razón. Hamad y Lamad

se merecen una oportunidad. No les pondremos en peligro, pero debemos aprovechar la oportunidad que el destino nos brinda. Una cita con las esclavas de Iholá no es una situación que podemos ni debemos desaprovechar.

—¿Ves nuevas patrullas por alrededor? —preguntó Ingvar—. Escucho el sonido de numerosas pisadas sobre la piedra y el barro repartidas por toda la ciudad. Los gronings bullen en frenética actividad.

—No hay gronings por las callejuelas adyacentes —respondió e hizo una pausa—. Creo que no debemos bajar a desayunar hasta que oigamos que Hamad y Lamad lo hacen. No sería conveniente que dos forasteros agotados por un largo viaje se despierten sobresaltados al alba por el sonido de las patrullas de vigilancia. Levantaríamos sospechas en el posadero. Que esté casi sordo no quiere decir que tenga el resto de sus sentidos aturdidos.

—De acuerdo. Aprovecharé entonces para dar otra cabezada, si es que el fastidioso ruido de las patrullas gronings consigue salir de mi cabeza.

—Como si eso hubiera sido alguna vez un problema para que pudieras conciliar el sueño, incansable dormilón —dijo sonriendo Oyvind mientras se volvía a tumbar en el jergón—. Seguiré también tus consejos y trataré de dormir algo, o al menos descansar. Presiento que las próximas jornadas serán agitadas.

—Deja de hablar y cierra los ojos —gruñó Ingvar.

El hijo del relámpago entornó sus párpados y, aunque no pudo dormir, sus pensamientos le transportaron al lejano este, al refugio de Caterziveen, donde rememoró los escasos pero preciados momentos que había compartido con su amada Edda, a la que ahora añoraba cada día con más fuerza toda vez que por fin había logrado reencontrarse con su hermano.

El sol se elevaba cada mañana más perezoso en el este a medida que los días se adentraban en el equinoccio. Esa mañana amaneció bajo un cielo plomizo, opresivo, infectado por los hediondos vapores que manaban del palacio de Zornik y que veloces volaban hacia Jactinia, con el único objetivo de ensombrecer la esperanza de las gentes que en ella habitaban, además de dar la bienvenida al averno a la vanguardia de las tropas encabezadas por aquel a quien los gronings ya conocían como Therliangator, el mortal que volvió de entre los muertos. Las noticias de los escasos supervivientes de la campana del este que lograron huir de la Batalla del Taquakland, hablaban de un temible guerrero que, habiendo caído abatido a orillas del gran río, fue capaz de regresar de entre los muertos para conducir a sus tropas a la victoria final en aquella batalla. Los rumores de que aquel guerrero protegido por los dioses avanzaba ahora hacia las regiones centrales para reconquistar los territorios ocupados, había sembrado la inquietud entre los más débiles de espíritu de las legiones gronings. Pero gracias a las brunas neblinas que seguían brotando desde el palacio del rey brujo habían recobrado la templanza, pues veían renacer el poder de su rey frente al de aquel nerlingo conocido como Therliangator.

El aliento maligno, como lo conocían ya los moradores de Jactinia, había comenzado a minar la resistencia de los oprimidos por el yugo groning. Comenzó a escucharse que ancianos y niños enfermaban bajo el influjo de aquellas nubes: terribles migrañas, dificultad para respirar o extrañas fiebres se ensañaban con los más débiles moradores de aquellas tierras. Sólo la luz de Darbrethil sería capaz de hacer retroceder a aquel mal pergeñado por la pérfida lamia Urkha.

Oyvind e Ingvar escucharon a Hamad y Lamad salir de su estancia y aguardaron un tiempo prudencial para abandonar la suya. Cuando los dos sureños daban buena cuenta del escueto desayuno, los dos gemelos alkos entraron en el comedor con gestos de remanente somnolencia.

—Buenos días —saludaron los nerlingos.

—Buenos días, amigos —respondió un sonriente Lamad—. Sentaos con nosotros.

Antes de que pudieran hacerlo, al igual que la pasada noche, el posadero surgió como una aparición frente a la mesa. Ni los oídos de Ingvar ni los ojos de Oyvind se habían percatado de su llegada. Ambos pensaron que bien podría haberse ganado la vida como explorador en las legiones de Zornik de no ser por su casi completa sordera.

Sin decir una palabra, de su bandeja trasladó a la carcomida mesa de madera dos vasos de leche, dos hogazas de pan y un par de cebollas asadas tal y como les había anunciado la pasada noche. Con un ligero cabeceo de asentimiento que venía a decir “Que disfruten del desayuno”, abandonó el comedor.

—Está claro que Tigot no es amigo de las sorpresas —dijo Ingvar contemplando el espartano desayuno mientras los demás reían su ocurrencia.

Los alkos comenzaron a dar cuenta del desayuno sin apremiar a los sureños a que hablasen acerca de los planes que tenían para esa jornada. Tuvieron que contener su impaciencia para no iniciar una conversación en ese sentido hasta que, finalmente, respiraron aliviados cuando Hamad comenzó a hablar una vez hubo terminado su cuenco de leche ya casi fría.

—Esta mañana nos reuniremos con una enviada de Iholá en un almacén cerca de la plaza central del burgo —les explicó—. Allí debemos llevar unas muestras de nuestras mejores telas para que la esclava de la princesa haga una primera selección y las lleve a palacio. Mañana nos reuniremos de nuevo con ella para concretar cuáles son las finalmente elegidas por la princesa Iholá.

—¿Qué es lo que haréis vosotros? —preguntó Lamad.

—Vagaremos al menos un par de días ociosos por Groningburgo —contestó presto Oyvind—. En nuestro viaje conocimos a varios hombres del norte que también se dirigían hacia Las Landas de Edhilien. Acordamos reunirnos con ellos en Groningburgo, pero presiento que aún tardarán unos días en llegar.

—Cuando nos despedimos cerca del Paso del Corzo —continuó Ingvar—, se dirigían a visitar a unos familiares que vivían en una cabaña en las estribaciones occidentales de las Montañas Blancas. Recibieron noticias sobre la grave enfermedad

de un anciano tío y decidieron acompañarle en sus últimos días de vida.

Los dos sureños lamentaron la triste noticia y, tras unos momentos de silencio, cuando ya se aprestaban a levantarse de la mesa, Oyvind sugirió:

—Me preguntaba si no os importaría que os acompañásemos a ese almacén. Podríamos ayudaros a llevar las telas hasta allí. Esta mañana no tenemos otra cosa mejor que hacer y así ocuparemos el tiempo en algo más provechoso que merodear por las tabernas y gastar en jarras de cerveza las escasas monedas de oro que nos quedan.

Los dos sureños se miraron y a ninguno pareció disgustarle la idea.

—No es ningún problema —contestó Lamad.

—Cuatro hombres serán mejor que dos —añadió Hamad—. Quién sabe lo que pudiera pasar.

—De acuerdo entonces —dijo sonriente Oyvind mientras apuraba el cuenco de leche al tiempo que seguía masticando la cebolla.

—Aguardad un momento a que cojamos las espadas de la estancia. Seríamos de poca ayuda en una disputa estando desarmados —sugirió Ingvar, levantándose de la mesa, pues ya había terminado el desayuno.

No tardó en regresar al comedor, justo cuando también Lamad acudía a aquel improvisado punto de encuentro tirando de una especie de baúl con ruedas, en el que debía de transportar los tejidos que mostraría a la esclava de Iholá.

—Si no es demasiada indiscreción por mi parte el preguntarle, ¿dónde guardáis vuestras telas y sedas? —dijo Ingvar—. Pues no creo que hayáis viajado desde la mismísima Barrera de Dunas portando ese diminuto baúl.

—¡Ja, ja, ja! —rió Hamad—. Por supuesto que no. Esto es sólo una pequeña selección de lo que podemos ofrecer a la princesa. El resto del material está a buen recaudo en la posada bajo la atenta vigilancia de Tigot. ¿O es que acaso creéis que regala tan frecuentes sonrisas al resto de huéspedes como lo hace con nosotros?

—Dejaos de tanto parloteo —dijo Lamad—, o llegaremos tarde a la cita con la enviada de la princesa.

—Es cierto. No hagamos esperar a la princesa groning —dijo Oyvind con un sibilino tono de desprecio que no pasó desapercibido a los oídos del viejo Hamad.

Abrieron la pesada puerta de la posada y se despidieron de Tigot, aunque no recibieron respuesta alguna por su parte. Tampoco esperaban escuchar otra cosa que no fuera el crujido metálico de los goznes del portón de entrada al cerrarse. Dondequiera estuviese en esos momentos el anciano posadero, era imposible que pudiera escucharles con su galopante sordera.

Nada más salir de la posada, los gemelos alkos dirigieron instintivamente sus miradas al cielo en busca de la cálida luz de la estrella del día, pero los rayos del sol no habían arribado esa mañana a Groningburgo. La visión del plomizo amanecer no había mejorado con el paso de las horas. El oscuro aliento maligno seguía ensombreciendo el firmamento de aquellos hostiles parajes de Tierra Conocida.

Hamad y Lamad se encaminaron a través de la callejuela para después girar hacia la derecha y salir a una calle principal. Desde allí siguieron caminando a paso ligero mientras Oyvind e Ingvar les seguían unos pasos por detrás escrutando con cautela cada rincón y esquina de los cosos de Groningburgo.

—¿Crees que Gregas, Lartas y Vaeras estarán a salvo? ¿Dónde habrán pasado la noche? —preguntó Oyvind.

—Seguro que están bien —respondió Ingvar en voz queda—. Los norteños pertenecen a una raza especial, capaces de sobrevivir en las situaciones más desesperadas.

—Y qué mejor que esta maldita cueva de lobos para demostrarlo —sonrió irónicamente Oyvind.

—Confío en que los encontremos más tarde. No podemos rechazar la oportunidad que Hamad y Lamad nos brindan.

Continuaron caminando durante un buen rato hasta que, tras cambiar un par de veces más de callejuela observaron, a unos cincuenta pasos al frente, cómo el final de la calle por la que transitaban parecía ensancharse para abocar a un enorme espacio abierto donde el creciente bullicio de un mercado rompía la calma y el sosiego de las otras arterias del burgo.

Sin embargo, el corazón de los alkos se aceleró al comprobar cómo una patrulla de ocho soldados gronings permanecía apostada al final de la calle, montando guardia e interrogando a cada uno de los ciudadanos y forasteros que quería entrar al mercado.

—¿Dónde se encuentra ese almacén al que vamos? Si no recuerdo mal estaba situado antes de llegar al mercado —preguntó Oyvind queriendo obtener como respuesta la pregunta que acababa de formular a los sureños.

—Sí —respondió Lamad—. Pero todo depende desde dónde partas para llegar hasta él. Viniendo desde la posada, no hay más remedio que atravesar el mercado. Si llegas desde las grandes puertas de entrada, no hace falta cruzarlo.

—Maldición —farfulló entre dientes el hijo del relámpago.

—Tranquilo —le susurró Ingvar—. Ya nada podemos hacer. Confiemos en que Nerlinguia nos proteja una vez más. Si tratásemos de volver caminando en dirección contraria los gronings se percatarían de ello y, si no lo hicieran, Hamad y Lamad sospecharían y perderíamos nuestra oportunidad.

—Tus palabras en absoluto me consuelan. Seremos desenmascarados tanto si huimos como si nos quedamos. ¡Maldita nuestra suerte!

—Vamos, amigos —les dijo sonriente Lamad—. A solo cien pasos tras ese puesto de vigilancia se encuentra el almacén. Ardo en deseos de mostrar a esa esclava nuestro exquisito género.

—Y yo sólo espero que esa esclava tenga el buen gusto de una princesa —respondió Hamad—. Hemos hecho un largo viaje para que nuestro destino dependa de unos ojos inexpertos. Confío en que sea capaz de distinguir la lana de la seda —

terminó farfullando entre dientes.

Llegaron al improvisado puesto de guardia y se colocaron al final de la cola en la que esperaban contrariadas cerca de una docena de personas.

—¿A qué se debe que los soldados vigilen la entrada al mercado? —preguntó Lamad a un groning que guardaba cola impaciente justo delante de él.

El groning se giró y le miró con cara de pocos amigos.

—Unos malditos nerlingos entraron en el burgo después de haber dado muerte a toda la caravana del oro. Se enfrentaron con los centinelas de las grandes puertas y varios de ellos murieron. Al resto aún no los han encontrado.

—Y vosotros, forasteros, haríais bien en abandonar cuanto antes estas tierras —añadió otro hombre que acompañaba al groning—. Estamos en guerra y los extranjeros no son bienvenidos en Groningburgo, a no ser que lleguen atados por grilletes en pies y manos —y con una desafiante mirada volvió a girarse hacia los soldados mientras maldecía a aquellos nerlingos que habían hecho que tuviera que esperar para entrar al mercado.

Oyvind e Ingvar no replicaron al groning y rezaron porque Hamad y Lamad no sospecharan nada y llegaran a relacionarlos con aquellos nerlingos que habían irrumpido la pasada luna en Groningburgo.

Lentamente fueron avanzando, hasta que se encontraron frente a frente con los soldados gronings. Hamad dio un paso al frente y se presentó a ellos:

—Buenos días —dijo con tono dulce y afable—. Mi nombre es Hamad y este es mi sobrino Lamad. Somos comerciantes llegados del sur y acudimos a una llamada de su princesa Iholá, la cual nos solicitó acudiésemos a la capital con las más finas telas y sedas tejidas al otro lado de la Barrera de Dunas. Debemos reunirnos antes del mediodía con una de sus esclavas en un almacén cercano para mostrarle nuestro exquisito género.

El que parecía el jefe de los centinelas le miró con la misma expresión de desprecio que le había dedicado aquel groning mientras aguardaban en la cola.

—¿Qué llevas ahí? —ladró señalando al baúl.

—¿Os referís a este baúl? —contestó Lamad.

—No estoy hablando contigo. Le he preguntado al viejo —replicó el groning.

—Una muestra de lo que podemos ofrecer a la princesa —contestó sumiso Hamad sin mirar a los ojos del groning.

—Ábrelo para que pueda verlo —ordenó el jefe de los centinelas.

Lamad le tendió el baúl a Hamad y éste se agachó ceremonialmente para abrirlo como si en su interior escondiese el más fabuloso de los tesoros.

—¿Veis, mi señor? —dijo Hamad—. Como os había dicho: las más bellas sedas, terciopelos, franelas, tafetanes...

—¡Cállate viejo! —volvió a ladrar el groning—. Sólo te he pedido que me enseñes cuál es el contenido del maldito baúl, no que me aburras con tu palabrería de mercachifle.



—Perdone, mi señor. No era mi intención molestarle —se disculpó Hamad agachando la cabeza, mientras Lamad, Oyvind e Ingvar tragaban saliva temiendo la reacción del groning.

El centinela revolvió las muestras de tela que los sureños guardaban cuidadosa y ordenadamente en el baúl hasta que, por fin, pareció quedar satisfecho.

—Puedes guardar tus trapos de mujer, viejo —le gruñó el groning.

—Gracias, mi buen señor —contestó Hamad mientras por dentro maldecía al groning por llamar trapos a sus telas más exquisitas.

Cuando parecía que los gronings les iban a permitir el paso al mercado, otro de los centinelas gronings preguntó:

—¿Quiénes son esos dos que os acompañan? No tienen aspecto de ser sureños —dijo con sonrisa maliciosa.

Lamad fue a contestar pero cruzó una mirada con su tío y recordó que los gronings sólo se habían dirigido a Hamad.

—Son dos gentiles hermanos de las tierras orientales que nos brindan desinteresadamente su protección y compañía durante unos días. Como bien sabéis, corren tiempos turbulentos de guerra y saqueo, y un viejo acompañado por un sobrino voluntarioso aunque inútil con la espada, son una presa fácil para los salteadores que rondan por los caminos o para los ladrones que acechan desde los oscuros rincones del burgo.

—Los caminos que discurren por territorio groning y nuestra capital, Groningburgo, están limpios de ladrones y bandidos. Las espadas de esos dos jóvenes no harán más que poner en alerta a nuestros soldados y a los gorglins del rey Zornik —respondió el jefe groning.

—A tenor de vuestras palabras, con gran placer las dejaremos la próxima jornada en la posada para no importunar a los defensores del burgo —dijo ladino Oyvind.

—Preferiría que mañana mismo tú y tu hermano recogierais vuestras pertenencias y os marcharais de Groningburgo. Los extranjeros no son bienvenidos aquí, y menos aún rebeldes supervivientes de las regiones orientales.

—No son rebeldes, mi señor —contestó en voz queda Hamad anticipándose a una posible respuesta exaltada de Oyvind o Ingvar—. Son simples jóvenes granjeros que luchan por subsistir y dar de comer a su anciana madre. Dentro de pocas lunas partirán hacia Las Landas de Edhilien.

—Espero no volver a veros por aquí dentro de siete lunas, u os juro que yo mismo os llevaré presos a las profundas mazmorras del palacio del rey acusados de espionaje y rebeldía.

—Será como mi señor dice —contestó Hamad agachando nuevamente la cabeza en señal de fingida pleitesía.

—¡Vamos, largaos! ¡Dejad pasar a esta escoria! —ladró por igual a gronings, sureños y nerlingos—. ¡Fuera de mi vista! No quiero volver a veros por aquí —les despidió amenazante.

Hamad, Lamad, Oyvind e Ingvar no se demoraron un solo instante y abandonaron con premura el puesto de vigilancia. Sin cruzar palabra penetraron veloces en el mercado y caminaron al trote mientras el baúl saltaba al entrechocar sus ruedas con las piedras que sobresalían del empedrado. Cruzaron en diagonal el atestado mercado y giraron hacia una callejuela, hasta que por fin desaparecieron de la vista de los centinelas gronings. Solo entonces suspiraron aliviados y volvieron a caminar como cualquier otro ciudadano del burgo.

—Es allí —les indicó Lamad pronunciando las primeras palabras desde que habían franqueado el puesto de vigilancia.

—Hemos alquilado ese pequeño almacén a un amigo de Tigot —añadió Hamad—. No es comparable a una estancia palaciega, pero es luminoso y está bastante limpio, por lo que servirá para nuestro propósito.

Hamad sacó de entre sus largas vestiduras una llave oxidada y se acercó con paso decidido hacia la puerta del almacén. Introdujo la llave en la cerradura y ésta crujió emitiendo un lamento metálico, hasta que finalmente cedió y la puerta se abrió, mostrando ante sus ojos un diáfano y vacío almacén que únicamente contenía una alargada mesa de madera en uno de sus laterales.

—Pasad, amigos —les invitó Hamad—. Ayudadnos a abrir las ventanas mientras Lamad y yo colocamos las telas sobre la mesa. La enviada de la princesa Iholá y su séquito no tardarán en llegar.

Oyvind e Ingvar comenzaron a retirar los travesaños de madera que tapaban las ventanas para que poco a poco la luz pudiera abrirse paso a través del almacén, hasta que finalmente la plomiza y grisácea luz que llegaba del cielo de Groningburgo inundó la estancia. Cuando los gemelos alkos terminaron su labor, se percataron que el almacén había sido ventilado pocas lunas atrás, pues no percibían ese característico olor a humedad y cerrado, ni tampoco el molesto polvo ya que también el suelo había sido barrido.

—Ese Tigot es sordo pero muy eficiente —murmuró Ingvar en voz baja.

Ambos se acercaron a la mesa donde Hamad y Lamad se afanaban en colocar con suma delicadeza las muestras del género que habían traído desde allende la Barrera de Dunas. Cuando el jefe de los centinelas gronings había manoseado y revuelto con rudeza aquellas telas en el puesto de vigilancia, no pudieron apreciar la perfección de las mismas, atenazados como estaban por el miedo; pero ahora, incluso bajo una luz cien veces menos intensa que la que brillaba en las tierras del sur, pudieron contemplar sorprendidos su belleza, la inigualable maestría y primor con que los maestros tejedores sureños habían creado aquellos tejidos.

—Telas y sedas dignas de una princesa —dijo Oyvind absorto mientras Hamad y Lamad se miraron sonriendo.

—¿Hay alguna princesa que ocupe tu corazón? —le preguntó Hamad.

Oyvind quedó mudo durante unos instantes ante aquella inesperada pregunta que le transportó repentinamente a las húmedas y lejanas estancias de Caterziveen, donde

la imagen de su amada Edda ahora se le aparecía clara y diáfana.

—Sí, hay una princesa que ocupa mi corazón —respondió embobado Oyvind con los ojos perdidos en una de las ventanas del almacén—. Una princesa de oriente, una hermosa joven de cabellos castaños y ojos verde esmeralda bañados en lágrimas, que confío siga anhelando mi regreso.

—Veo que la recuerdas con amor pero al mismo tiempo con gran tristeza —le dijo Hamad.

—La abandonó por encontrar a la sangre de su sangre —contestó Ingvar mirando con pena a Oyvind—. Pero pronto llegará el día en que ambos vuelvan a reencontrarse —y Oyvind se volvió para mirar a los ojos de Ingvar con una sonrisa de añoranza dibujada en su boca.

Hamad intuyó que aquellos dos jóvenes hermanos guardaban un doloroso secreto y decidió no seguir preguntado sobre sus vidas para no atormentar aún más sus corazones.

—Toma, joven Oyvind —le dijo Hamad—. Guarda contigo este presente para que algún día adorne a tu princesa —y le entregó una delicada seda que lucía una amalgama de colores blancos y verdes junto con unos finos y apenas imperceptibles bordados de color oro.

Oyvind observó boquiabierto aquel pañuelo, mientras Hamad, Lamad e Ingvar lo contemplaban sonriendo.

—En verdad que tu hermano está enamorado de esa misteriosa dama —dijo Lamad.

Oyvind dobló delicadamente el pañuelo y lo guardó bajo sus vestiduras, junto a su corazón, en el mismo lugar en el que llevaba consigo el imborrable recuerdo de su amada Edda.

—Gracias —fue lo único que alcanzó a decir el hijo del relámpago, al tiempo que Hamad inclinaba su cabeza para corresponder al agradecimiento.

Apenas terminaron los sureños de presentar sobre la vieja mesa de madera la ingente cantidad de muestras de sus mejores telas, cuando Ingvar, quien escrutaba los alrededores desde el interior del almacén, les sobresaltó gritando:

—¡Se acerca el grupo de la esclava de Iholá! Son tres mujeres y cuatro soldados... pero no son soldados gronings, ¡son gorglins de la guardia del rey!

—Vamos, Lamad. Estira esa seda y coloca aquí el terciopelo de color ciruela —ordenó nervioso Hamad—. Vosotros colocaos en aquella esquina de la estancia, mis jóvenes amigos.

Oyvind e Ingvar obedecieron y se colocaron donde el viejo sureño les había indicado, aferrando nerviosamente la empuñadura de sus espadas, mientras Hamad se alisaba y estiraba sus largas vestiduras y acudía con pasos apresurados hasta el umbral de entrada al almacén. Lamad aguardaba también inquieto a un lado de la mesa adornando su rostro con la mejor de sus sonrisas.

No tardaron en escuchar las recargadas y zalameras saluciones que Hamad dedicó a las esclavas de Iholá y a los soldados gorglins, a los que con adornadas genuflexiones les invitó a pasar al interior del humilde almacén.

Primero entraron los cuatro gorglins, examinando la enorme y diáfana cabaña con desconfianza. Se encontraron de bruces con Lamad, quien les dedicó un teatral saludo acompañado de una ostentosa reverencia. Mientras los gorglins observaban al sureño, tras ellos entraron al almacén, callada y silenciosamente en una ordenada fila, las tres esclavas de la princesa Iholá. Encabezaba la comitiva una bella y espigada joven de apenas dieciocho años, de larga melena castaña y porte orgulloso, seguida por dos mujeres que doblaban su edad y que tenían sus cabellos recogidos en un enorme moño en el que se adivinaban numerosas hebras grises y canosas. La joven pareció presentir que otros ojos diferentes a los de los sureños la contemplaban, y dirigió su mirada a la esquina donde los dos gemelos alkos permanecían de pie como estatuas de piedra a las que solo el mismísimo Narno hubiera podido igualar.

Los ojos de aquella joven esclava se cruzaron con los de Ingvar y, en aquel preciso instante, el corazón de ambos se agitó y sus rostros palidieron.

—¡Ira! —musitó atónito Ingvar, mientras Oyvind comenzaba a ser presa de la misma turbación que atenazaba a su hermano tras contemplar el rostro de aquella esclava.

—Ingvar... —susurró la esclava con sus ojos color miel abiertos de par en par.

Uno de los gorglins se percató que algo había sobresaltado a la esclava y siguió la mirada de la joven hasta toparse con los dos alkos.

—¿Quiénes son esos dos hombres y qué hacen aquí armados? —preguntó enfadado el gorglin a Hamad al ver cómo los dos gemelos asían la empuñadura de sus espadas.

—Son solo dos buenos amigos que acompañan a este viejo y a su sobrino para evitar que cualquier despiadado rufián robe nuestras preciadas sedas —respondió Hamad mirando a Oyvind e Ingvar al tiempo que sus ojos parecían decirles “soltad vuestras espadas”—. Los soldados del puesto de guardia ya nos interrogaron antes de dejarnos pasar al mercado.

—Al Rey Zornik no le gustan ni las mentiras ni las sorpresas —amenazó el gorglin—. Acordamos reunirnos solamente contigo y tu sobrino. Los forasteros no traen nada bueno a estas tierras. Anoche proscritos nerlingos se escabulleron entre las lanzas de la guardia del portón. Aunque no tardaremos en dar con ellos y colgar sus cabezas de la almena más alta del burgo —pareció terminar el gorglin, pero mirando fijamente a los ojos de Ingvar volvió a gruñir—. Y no me gusta la forma en que tus amigos miran a la joven esclava de la princesa Iholá, sureño. Si quieren yacer con una mujer que acudan a un burdel. El deleite de esta joven está solamente reservado para los honorables Mariscales o altos oficiales del ejército groning.

Ingvar apartó su mirada de Ira y Oyvind hizo lo propio, agachando la cabeza y dirigiendo sus ojos al suelo desvencijado del almacén al tiempo que soltaban sus

manos de las empuñaduras de sus espadas.

—No os preocupéis por mis dos jóvenes acompañantes —dijo Hamad—. No os molestarán ni tampoco a las esclavas de la princesa. Venid por aquí, acercaos —le habló directamente Hamad a Ira—. Exquisitos deben ser vuestros gustos cuando la mismísima princesa Ihola delega en vos la elección de los tejidos que la adornarán en un acontecimiento tan importante.

La joven esclava se acercó a la mesa, pero apenas podía disimular su agitación ni tampoco apartar sus ojos de Ingvar. Cuando llegó frente a la mesa, pareció recomponerse ante la ingente cantidad y calidad del género que Hamad y Lamad habían expuesto.

—¡Por Nerlinguia! Es Ira, la prima de Thelmor —dijo susurrando Ingvar a Oyvind—. La separaron a ella y a su hermana Kajsa de nuestro grupo cuando nos condujeron al Valle de los Elothas.

—Ella también nos ha reconocido —contestó Oyvind en un tono de voz apenas audible.

—Debemos hablar con ella a solas.

—No será fácil. Esos malditos gorglins no se separan de las esclavas.

—Pero tenemos que intentarlo. Nos daría información de vital importancia sobre palacio. Además, una vez concluyamos nuestra misión, podríamos rescatar a Ira y a su hermana Kajsa y huir con ellas al encuentro de los ejércitos de Kiril —dijo Ingvar anhelando que sus palabras pudieran cumplirse.

La joven Ira hacía esfuerzos por calmar su agitación y aparentar tranquilidad tras haber reconocido a Oyvind e Ingvar, aquellos traviesos gemelos íntimos amigos de su primo Thelmor. Comenzó a respirar lenta y parsimoniosamente y se obligó a fijar toda su atención en el género que aquel amable sureño se afanaba en mostrarle. Mientras Hamad desplegabá sus mejores artes de comerciante ante la esclava de Zornik, Ira apenas si escuchaba sus palabras. Su mente se agitaba entre sentimientos encontrados, pues deseaba abrazar con todas sus fuerzas a Oyvind e Ingvar para volver a sentir el cariño y la protección de los antiguos hermanos del clan alko, mas un pavoroso temor le obligaba a ocultar sus anhelos a los ojos de los gorglins y las dos arpías esclavas, pues cualquiera de ellos, ante la más mínima sospecha de traición, informarían a la princesa Ihola. Eso la llevaría a ser desterrada a las minas de oro, ser vendida como esclava a algún oficial de bajo rango o a morir ejecutada en la plaza de Groningburgo. Sin embargo, su cerebro bullía tumultuoso y cientos de preguntas acudían a ella: ¿qué fue del resto de esclavos nerlingos deportados al Valle de los Elothas? ¿Cómo logró Ingvar huir de allí? ¿Dónde y cuándo se reunió con Oyvind, quien no viajaba preso en la caravana de esclavos? ¿Cuál fue la suerte que corrió Thelmor? ¿Eran ciertos los rumores de que una fuerza rebelde se había levantado en el este de Tierra Conocida? ¿Dónde habían conocido a aquellos mercaderes sureños? ¿Cómo habían llegado a Groningburgo? ¿Por qué se habían metido en la guarida del lobo? Y la más importante, si realmente la habían

reconocido como parecía por la expresión de Ingvar, ¿cómo podría hablar con ellos para que respondiesen a sus preguntas?

—... y este suave terciopelo verde será el complemento perfecto para rematar el vestido teniendo en cuenta que el invierno se acerca —decía Hamad—. Aunque quizás esta fina lana tintada de verde esmeralda... —y le mostró la tira de lana extendiéndola delicadamente con ambas manos mientras se giró hacia Ira para ver su expresión—, mi señora, ¿os ocurre algo? ¿Os encontráis bien? —preguntó Hamad viendo que la joven tenía el rostro de un color blanco macilento y su mirada estaba perdida entre las muestras de algodones y sedas.

—Perdonadme, sí, estoy un poco mareada —respondió Ira titubeante—. Creo que necesito respirar un poco de aire fresco, me encuentro algo aturdida.

—Ya te dije que debíamos haber ventilado durante más tiempo el almacén —le regañó Hamad a su sobrino—. El aire está aún viciado y ha indisputado a la joven.

—No regañe a su sobrino. Él no tiene la culpa. El almacén está limpio y saneado, soy yo quien hoy se siente un poco indisputada —sonrió a Hamad quién creyó comprender con ese gesto a qué se refería la joven.

—Acompañadme fuera. Respirar el cálido aire del mediodía os hará bien —dijo Hamad ofreciéndole su brazo para que se aferrara a él.

—¡Viejo, quita tus sucias manos de la esclava de la princesa! —ladró uno de los gorglins empujando a un lado a Hamad quien casi cayó al suelo de no ser por la rápida intervención de Lamad.

Oyvind e Ingvar enseguida volvieron a aferrar la empuñadura de sus espadas, pero con un gesto Lamad les ordenó que depusieran su actitud.

—Soldado, respeta a los comerciantes —dijo Ira con firmeza haciendo valer su papel de representante de la princesa Iholá en aquella tarea, a pesar de que su posición no le permitía enfrentarse con un gorglin—. Han venido desde muy lejos por mandato de la princesa, y no querrás que por tu desafortunada intervención decidan regresar a su hogar. En ese caso serás tú mismo quien le explique a la princesa Iholá por qué no podrá tener el vestido de exquisitas telas sureñas que tanto anhela —y sus airadas palabras le hicieron recobrar el sonrosado color de sus mejillas.

El gorglin se contuvo de responder a Ira, temiendo que se cumpliesen sus palabras.

—Traedme una tinaja de agua —ordenó Ira a las otras dos esclavas que le acompañaban, mientras salía caminando lentamente al exterior del almacén—. Necesito beber.

—Esperad —gritó uno de los gorglins a las dos esclavas que salían del almacén tras los pasos de Ira—. Sabes que las esclavas de la princesa no pueden caminar solas por Groningburgo. ¡Vosotros! —ordenó a dos de los gorglins—, acompañadlas al mercado o alguna de las posadas y regresad rápido con esa maldita tinaja de agua.

En ese momento Ingvar vio la oportunidad de hablar con Ira. Se deslizó disimuladamente hacia la mesa donde reposaban las telas de las que tan orgulloso se

mostraba Hamad y tomó un par de muestras de algodón y seda. Oyvind, quien había comprendido lo que pretendía su hermano, se acercó a hablar con los gorglins.

—Soldados —dijo Oyvind acercándose a ellos.

—No somos soldados —le replicó el que había empujado al pobre Hamad—. Somos gorglins, la guardia del rey. Y tú, extranjero, no tienes derecho a dirigirte a nosotros.

—Sólo quería mostraros mi espada —dijo sonriendo mientras la desenfundaba de su vaina—, pues querría...

—¡Guarda tu espada, maldito extranjero! —le gritó el gorglin mientras el otro le apuntaba con su lanza.

—No debéis asustaros, mi señor —continuó Oyvind importunando a posta al gorglin—. Sólo quiero que veáis la hoja de mi espada y que vos me mostréis vuestra legendaria hoja de diente de sierra.

—Cierra la boca o te juro que en verdad verás la hoja de mi espada, pero será para cortar tu impertinente garganta —amenazó airado el gorglin, quien hacía esfuerzos por contenerse y no acabar allí mismo con aquel insolente extranjero.

—No, por favor, mi señor —intervino Hamad para terciar en la disputa—. Mi joven amigo no busca más que saciar su curiosidad. Disculpadle, por favor.

Y mientras los dos gorglins continuaban discutiendo con Oyvind, Hamad y Lamad en el interior del almacén, Ingvar se deslizó como un ofidio fuera de la desvencijada cabaña.

—Finge que miras estas telas —le dijo Ingvar colocándose frente a Ira, mientras la esclava se volvió hacia él sobresaltada.

—¿Qué es lo que pretendes? —dijo mirando asustada en derredor suyo—. Te matarán si descubren quien eres.

—Entonces, ¿me has reconocido? —preguntó el hijo del trueno.

—A ti, Ingvar —dijo mirándole con el brillo de una larga añoranza en sus ojos—. A ti y a tu hermano. Y más os valdría a los dos que esta misma noche abandonaseis Groningburgo. Los gronings os buscan y han puesto un alto precio a vuestras cabezas —terminó mirando al empedrado con infinita tristeza.

—Sigue mirando las telas —le dijo Ingvar—. Hemos venido a Groningburgo para matar a Zornik. Necesitamos tu ayuda para entrar en palacio.

—¿Es que acaso te has vuelto loco?! —exclamó la joven alka mirándolo con los ojos fuera de sus órbitas—. Nadie que no sea su hija o su guardia personal de gorglins puede acercarse a menos de cien pasos del rey. Y aunque lo hicieses, no podrías matarlo. Le he visto degollar con su daga a gorglins, sirvientes, esclavas o cualquier desdichado que osase importunarlo. Y te juro, Ingvar, que la velocidad de sus movimientos solo es comparable a la destreza en el vuelo de sus halcones. Ni la más rápida de las serpientes, ni el más veloz de los wolkurs, es comparable a él. No es humano, el pánico se apodera de mí cada vez que lo veo en palacio. Hay algo maligno en su mirada, en sus ojos oscuros, vacíos, sin alma.

—Sea humano o sea un demonio de Bosque Salvaje acabaremos con él —dijo Ingvar mientras acariciaba el collar de dientes de wolkur que adornaba su cuello.

—¡Por Nerlinguia! ¡Huid adonde podáis vivir en paz! Huye, Ingvar, huye ahora que aún puedes hacerlo —le suplicaba entre sollozos la joven.

—¿Huir? ¿Huir, a dónde? No queda lugar en Tierra Conocida que no haya caído o esté a punto de claudicar ante las legiones de Zornik. Oyvind y yo aguardaremos en Groningburgo hasta que Kiril y Maikel llamen a sus puertas. Y mientras tanto, sembraremos el terror en la guarida del lobo negro.

—Si os quedáis en Groningburgo os matarán —insistió angustiada ante la testarudez del alko.

—Pronto volverán las esclavas —le apremió Ingvar—. ¿Cómo podemos entrar en palacio?

—Ahora mismo es imposible —respondió Ira resignada—. Pero dentro de treinta lunas...

—¿Qué sucederá dentro de treinta lunas?

—La boda de la princesa Ihola. Entonces Groningburgo abrirá sus puertas, a gronings, nómadas de Tierra Seca e incluso a forasteros. Se celebrarán grandes fastos, y harán falta sirvientes, cocineros, mozos de establo... Llegado el momento, yo podría deciros con quién hablar para que os contratasen en palacio.

—¡Fantástico! —dijo Ingvar y enseguida bajó el tono de su voz y miró discretamente a ambos lados para ver si alguien les observaba—. Qué mejor día para acabar con Zornik. Pagará con su propia sangre la traición al pueblo nerlingo. Los caprichos del destino han querido brindarnos esta oportunidad en la nueva boda de su hija.

—Ingvar, te lo ruego —dijo mirándole a los ojos con un mirada que conmovió al alko—. Huid de Groningburgo. Por Nerlinguia, si es necesario os daré el santo y seña...

—“El halcón sobrevuela y el lobo merodea” —dijo esbozando una triste mueca Ingvar.

—Ése sólo te servirá durante las tres próximas lunas. ¿Y si os veis acosados por los gronings y necesitáis huir para salvar vuestras vidas? ¿Cómo escaparéis de estos altos muros sin saber el santo y seña?

—Si las cosas se ponen difíciles, tú nos dirás cuál es el que regirá las próximas lunas.

—¿Y cómo lo haré? Ya no volveremos a vernos más —dijo Ira con una desesperación que traspasó como una flecha envenenada el alma de Ingvar.

—Volveremos a vernos. Te lo prometo —y con disimulo, aferró las delicadas y temblorosas manos de la joven mientras las acariciaba con dulzura a través de la seda—. Haz dudar en la elección de los tejidos a la princesa. Reúnete nuevamente con los comerciantes sureños. Mantente fuerte, pues te prometo que te salvaremos, a ti y a tu hermana. Siento que Kiril está cada día más cerca de Groningburgo. Te prometo que



la libertad llegará con el frío del invierno.

—Kajsa, mi hermanita Kajsa —musitó Ira recordando a su hermana menor—. Tan bella y radiante como una estrella del firmamento. Rezo cada día a Nerlinguia porque no la arranquen de mi lado y la entreguen como esclava a uno de esos bárbaros oficiales, ávidos de sangre y lujuria.

—No desfallezcas, Ira. Por nuestra diosa, sé fuerte y astuta. Envuelve con tus dudas a la princesa. Vuelve a reunirte con nosotros en este almacén dentro de tres lunas. Mientras tanto Oyvind y yo permaneceremos aguardando tu llamada en la posada El Lago Durmiente junto a los comerciantes sureños —algo llamó la atención del alko y miró hacia un lado de la calle—. ¡Cuidado! Las esclavas y los gorglins se acercan. Disimulad, mi dama —dijo Ingvar extendiendo las muestras de tela hacia Ira mientras agachaba su cabeza en señal de pleitesía, apartando su mirada de la bella joven. El corazón del alko, tras contemplar una última vez aquellos tristes y profundos ojos del color de la miel, se hundió en una desconocida agitación la cual presintió ya nunca jamás le abandonaría.

—¡Maldito bastardo extranjero! ¡Aléjate de la esclava! —le gritó uno de los gorglins que se acercaban por el lado izquierdo de la callejuela. ¡Viejo sureño! Vigila a tus amigos o yo mismo le cortaré las manos si vuelve a acercarse a la esclava.

Hamad y Oyvind salieron apresuradamente del almacén alertados por los gritos del gorglin, seguidos por los otros dos gorglins que aún discutían con el hijo del relámpago.

—No ocurre nada —terció otra vez Ira—. Yo misma le pedí que me acercara unas muestras a la calle. Vuestros compañeros no hacían más que importunar a los comerciantes. Nos estamos retrasando y la princesa Iholá montará en cólera. Dadme de beber de esa tinaja —dijo a una de las enjutas esclavas de nariz aguileña y ojos profundos que escrutaba a Ira con mirada recelosa.

La esclava le acercó la tinaja e Ira bebió con fruición. Una vez hubo terminado, se acercó con paso firme hasta Hamad y le dijo:

—Vuestras muestras son de una calidad y belleza sin parangón en estas tierras. Doy fe que la fama que os precede es realmente merecida.

—Joven, me abrumáis con semejante cumplido —respondió Hamad ejecutando una reverencia imposible.

—Me llevaré estas sedas y este terciopelo. Creo que esta fina tela podría ser la base del vestido, aunque quizás... También me llevaré ésta y ésta.

—Ya habéis escuchado a la esclava, sureños —ordenó el gorglin—. Entregádselas para que la princesa pueda elegir.

—Mi señora, si me permitís un humilde consejo, quizás este algodón...

—¡Cierra la boca, viejo! —ladró el groning—. La esclava ha elegido. Haz lo que te he ordenado y prepara las muestras.

Ira miró de soslayo al pobre Hamad y quiso con toda su alma poder decirle que había olvidado a posta elegir aquel precioso algodón que ahora el anciano, con

excelente criterio, le sugería. Pero no podía hacerlo, pues confiaba en que el refinado gusto de la princesa coincidiese con el suyo y echase en falta el complemento adecuado para la tela elegida. Ésa sería la excusa para reunirse de nuevo con Ingvar y volver a mirar de frente la esperanza que le habían mostrado los ojos del alko.

Mientras Hamad y Lamad envolvían las muestras elegidas por Ira con un cuidado y delicadeza sólo comparable al que una madre emplea para abrazar a su retoño recién nacido, Oyvind e Ingvar se refugiaron en la oscura esquina del almacén para evitar enfurecer aún más a los gorglins. El anciano sureño entregó el liviano paquete a Ira con una sonrisa que dejaba traslucir su orgullo. La joven alka correspondió a Hamad con una leve inclinación y le confirmó que en breves fechas tendría noticias de la princesa. Un instante antes de abandonar el almacén, miró de soslayo hacia el lugar donde permanecían de pie y en silencio los gemelos alkos. Vio como Ingvar no despegaba sus ojos de ella y le dedicó una disimulada sonrisa. Ingvar también esbozó un amago de sonrisa, pero fueron sus azules ojos los que le delataron y aquella expresión de su rostro no pasó desapercibida para la enjuta esclava de la nariz ganchuda que, una vez salió al exterior del almacén, susurró con gesto agriado unas palabras al oído del gorglin al mando del pequeño cortejo.

Cuando los gorglins y las esclavas se perdieron entre las callejuelas en dirección al palacio del rey, Hamad y Lamad se apresuraron en recoger el resto de la mercancía y, empaquetándola en el baúl con el mismo cuidado que habían puesto en preparar las muestras entregadas a Ira, trancaron la puerta del almacén, la cerraron con llave y, satisfechos por la excelente impresión que sus telas habían causado en la esclava de la princesa Ihola, invitaron a comer a Oyvind e Ingvar en El Lobo Solitario donde se habían conocido la noche anterior.

—Nos habéis traído fortuna. ¡No os marcharéis de Groningburgo hasta que hayamos vendido la última de nuestras sedas a la princesa groning! ¡Por todos los lagartos del Desierto Rojo, mandad al diablo a esas vacas salvajes y a vuestros amigos los norteños! ¡Ja, ja, ja! —dijo inusualmente dicharachero Hamad tras haber dado cuenta de un succulento estofado de cerdo y varias jarras de cerveza roja.

—Aunque ese gorglin casi os corta el cuello —añadió Lamad—. ¿Cómo diantres se te ocurrió desenfundar tu espada delante de ellos?

—Simple curiosidad —respondió sin dar mayor importancia Oyvind—. Sólo quería ver su tan nombrada hoja de sierra.

—Y tú, Ingvar —continuó Lamad—. ¡Valiente galán! ¡Te sorprendieron a solas cortejando a la esclava de la mismísima princesa! —y también rió embriagado por los efluvios de la cerveza.

—Fue ella la que me pidió le acercara las muestras —respondió sonrojándose—. Si Oyvind y vosotros dos no hubierais importunado a los gorglins no habrían intentado degollarme —y terminaron por reír todos juntos.

Continuaron charlando y bebiendo durante largo rato. Los sureños les relataron

sus innumerables viajes de comercio a lo largo y ancho de los lejanos reinos del sur. La luz del día comenzaba a declinar en el exterior de la taberna a pesar de que el color del cielo permanecía inmutable desde el último amanecer, un ominoso gris plomizo, más y más tenebroso a medida que las malignas nubes que cubrían el firmamento se acercaban a tierras cercanas a Jactinia.

Cuando abandonaron la taberna en dirección a la posada de Tigot, cualquier luz que hubiera brillado en el cielo parecía ahora olvidada, perdida en algún lejano lugar de las mareas del tiempo. Los cuatro caminaban despacio, los sureños unos pasos por delante, arrastrando el baúl con ruedas a través de calles embarradas o empedradas, y los alkos les seguían mientras mantenían una conversación en voz baja.

—Vi cómo mirabas a la prima de Thelmor y cómo te sonrojaste cuando Lamad te llamó galán —dijo Oyvind divertido.

Ingvar continuó caminando, con la mirada perdida en las huellas que las ruedas del baúl dejaban en la embarrada callejuela por la que ahora transitaban, hasta que alzó su cabeza y habló entre dientes:

—¿Verdad que es bella? ¿Viste sus preciosos y tristes ojos color miel? Imagino lo que debe sufrir al servicio de la princesa, luchando cada día por mantenerse con vida y cuidar de su hermana Kajsa.

—Ahora sólo tengo ojos para mi amada Edda —dijo Oyvind—, aunque he de decir que hace honor a la belleza de las mujeres alkas.

—Debo salvarla de las garras de esa arpía groning.

—¡Ay, querido hermano! Veo que la mirada de Ira ha nublado tu mente y te ha robado el corazón, ¡ja, ja, ja! —rió entre dientes—. Te libraste de los grilletos de Eloburgo para caer preso en la cárcel del amor —y nuevamente volvió a reír.

—No te burles de mí, por Nerlinguia —respondió contrariado Ingvar—. No sé si es amor o compasión lo que siento por Ira, pero hay algo que me impide olvidar sus ojos color miel.

—El amor, hermanito —dijo entre chanzas—, es el amor, ¡ja, ja, ja! ¿O es que acaso creías que ese collar de dientes de wolkur te protegería de toda amenaza?

Ingvar protestó y empujó a su hermano, quien continuó riendo mientras los dos sureños volvían la vista atrás tratando de averiguar qué era lo que tanta gracia hacía al hijo del relámpago.

Poco antes de llegar a El Lago Durmiente, Oyvind retomó la conversación con su hermano.

—Pensaba en Gregas, Lartas y Vaeras. Confío en que se encuentren a salvo, pero también en que no lleven a cabo ningún sabotaje. Eso haría que los gronings desplegasen más patrullas por el burgo para controlar los accesos a los cosas principales. Quién sabe si incluso decretarían el toque de queda al anochecer.

—Presiento que están a salvo, mas no puedo garantizar que no intenten nada. Conozco bien a los norteños, y te aseguro que no permanecerán mucho tiempo de brazos cruzados. Nos acompañaron a Groningburgo con un objetivo claro: sembrar el

miedo en la guarida del lobo. Si no logramos contactar con ellos, apostarí­a mi collar de dientes de wolkur a que en menos de tres lunas veremos arder alguna de las casonas del burgo.

Justo en el mismo instante en el que Ingvar terminó de pronunciar aquellas palabras, un cuerno de alarma reverberó sordo y penetrante en el interior de las altas murallas que rodeaban a la capital groning. Hamad y Lamad se sobresaltaron y miraron asustados hacia ambos extremos de la calle.

—Hasta Tigot habrá escuchado el grito del cuerno —dijo Hamad.

—Suen­a igual que los que escuchamos ayer al atardecer —le dijo Lamad a su anciano tío—. Puede que los soldados gronings hayan dado con esos proscritos que se infiltraron en el burgo.

—Esos cuernos no anuncian nada bueno. Apresurémonos. Cuanto antes lleguemos a El Lago Durmiente antes estaremos seguros —sugirió Hamad, y su sobrino y los dos gemelos alkos asintieron apretando el paso para poder seguir al asustado comerciante sureño.

Cuando giraban hacia la calle adyacente a la estrecha callejuela en la que se ubicaba la posada de Tigot, se encontraron frente a una patrulla de seis gronings que corrían hacia ellos. Instintivamente se hicieron a un lado para dejar pasar a los soldados.

—¡Fuera de las calles! ¡Regresad a vuestra posada, extranjeros! La noche no es segura. Han asesinado a varios de nuestros hombres —les gritaron los gronings mientras pasaban corriendo veloces junto a ellos.

Los cuatro extranjeros no pronunciaron palabra alguna y, una vez vieron que los gronings se alejaban, echaron a correr hacia la posada.

—¡Vamos, rápido, por los dioses de las arenas! —gritó Hamad—. Puede que la siguiente patrulla no tenga tanta consideración y nos detenga como presuntos asesinos de esos soldados.

Corrieron como corceles desbocados por vastas y verdes praderas, hasta que se dieron de bruces con El Lago Durmiente. Tanto sureños como nerlingos suspiraron de alivio al ver el portón de madera de entrada. Lamad abrió nervioso la puerta y, cuando comenzaban a entrar al hogar de Tigot, nuevas voces amenazantes se elevaron a sus espaldas:

—¡Entrad en la posada! ¡Se ha decretado el toque de queda en el burgo! Aquel que vague por las calles será detenido y conducido a las mazmorras de Groningburgo.

Los sureños entraron de un salto al interior de la posada arrastrando con ellos el baul, pero el fuerte acento y la brusquedad con que eran pronunciadas aquellas palabras hicieron que los nerlingos se volviesen a mirar a aquellos que gritaban. Vieron a tres soldados gronings armados con lanzas y arcos correr hacia ellos, en dirección contraria a la que había tomado la primera patrulla con la que se habían cruzado. Cuando los soldados pasaron corriendo frente a ellos haciendo gestos ostensibles para que se encerrasen en la posada, gronings y nerlingos cruzaron sus

miradas y, todos quedaron desconcertados, boquiabiertos. ¡Los tres gronings no eran otros que Gregas, Lartas y Vaeras! Los norteños continuaron corriendo hacia el final de la callejuela, hasta que se perdieron en la oscuridad de la noche, fuera del tenue titilar de las antorchas. Los nerlingos cerraron la puerta de la posada y se miraron con un sentimiento encontrado de alegría y frustración. Los tres norteños estaban vivos y habían encontrado la manera de no ser descubiertos por los gronings pero, como Ingvar temía, habían desatado las hostilidades contra el enemigo y ahora los esbirros de Zornik aumentarían los controles y la vigilancia en toda la capital. Nuevamente deberían rezar con todas sus fuerzas a la diosa Nerlinguia para que el albur del destino no desbaratase el plan que habían trazado: acabar con la vida del rey brujo infiltrándose en palacio y salvar a Ira y Kajsa de la esclavitud.

## UNA NUEVA ESPERANZA

La ruta que condujo a los elothas desde las minas auríferas hasta el Bosque Ranwuhan fue dura, mortal para muchos de ellos. Decenas perecieron por el camino, tres cuartas partes de los que cayeron murieron cuando avanzaban a través de los paramos y yermos de Tierra Seca. A pesar de que el otoño parecía haber arribado a Tierra Conocida, el sol del mediodía azotaba a los más débiles como un látigo de colas ardientes. El agua escaseaba y Aimon se vio obligado a racionarla. Cada persona podía beber tres veces al día: al amanecer antes de iniciar la marcha, al mediodía durante la parada para la frugal comida y al atardecer cuando acampaban al final de la jornada.

El avance fue lento y tortuoso, y si Oyvind y Los Quince de Klimerik invirtieron cerca de una semana en recorrer el camino inverso desde el Bosque Ranwuhan hasta alcanzar los límites septentrionales de Tierra Seca, fueron quince lunas las que necesitó la compañía para llegar al que sería su nuevo hogar. Además todos los elothas convinieron, hastiados del desprecio por la vida que los gronings habían demostrado en Eloburgo, que muerto descansaría sobre el camino para que los cuervos, los buitres o los lobos, despedazaran vilmente su cadáver como si de carne de carroña se tratase. Por tanto, cada vez que un elotha era llamado por el jinete sin rostro, la comitiva se detenía para cavar una tumba y dedicar unas sentidas palabras o un solemne silencio por aquel que había mantenido viva la esperanza de la libertad.

Tampoco la extraña comitiva avanzaba una vez que había caído el ocaso, reconvertida ahora en un apretado y desordenado grupo, toda vez que Aimon consideró que ya no había peligro de que jinetes de Tierra Seca o soldados gronings pudieran seguirles el rastro. Las fuerzas entre los elothas flaqueaban y, si en su época de esclavitud habían detestado el rancho preparado por los gronings, esos días de tránsito por Tierra Seca incluso lo habían llegado a echar en falta. Los víveres que rescataron del almacén de Eloburgo hubieran sido suficientes para alimentar durante un par de semanas a una compañía compuesta por un centenar de hombres, pero los elothas alcanzaban casi el millar de almas, por lo que los alimentos no tardaron en escasear y ser racionados igual que el agua. Por desgracia, aquellos estériles eriales apenas estaban habitados más que por lagartos, serpientes y unas extrañas plantas achaparradas de color pardo y verdoso, con pinchos como púas de puercoespín, que sin embargo tenía un tallo jugoso del cual muchos se alimentaban. Con las hojas de la planta, de un olor parecido al de la menta, y sus diminutas pero prietas raíces, el bueno de Torilo cocinaba todas las noches una sopa verdosa a la que aderezaba con unos granos de sal, la cual al menos servía para que la comitiva ingiriese algo caliente en el estómago. El día en que Enoc y Eboc, en una de sus habituales misiones de exploración, descubrieron una madriguera de conejos en las estribaciones de las Montañas Oscuras, Torilo preparó un guisado de conejo mezclado con carne en

salazón, un auténtico festín para los elothas.

Mientras Torilo no tenía apenas un instante de descanso, siempre cavilando qué alimentos podría ofrecer a los hambrientos caminantes, Narno se revolvía inquieto en sus noches en vela, despertando en aquellos malditos yermos vacíos de vida, cubiertos por colores pardos que rodeaban por doquier al campamento que, jornada tras jornada, se sumía en un sepulcral silencio. Los elothas no tenían fuerzas ni para masticar los alimentos que Torilo preparaba y caían rendidos, completamente agotados tras la larga marcha. Narno vagaba por el campamento, ora atendiendo a los heridos ora mirando a la pléyade de estrellas que cubría el cielo occidental. Mas la partida de Oyvind había vuelto a oscurecer el corazón de Narno. El gigante no guardaba rencor a su amigo el peregrino por haberse marchado sin despedirse, pues sabía cuán grande era el aprecio que el alko sentía por él. Comprendía que no habría podido partir hacia Groningburgo si hubiera tenido que despedirse de él cara a cara. Sólo la pequeña imagen de la estrella del día que guardaba en forma de Eukhiloé conseguía mitigar la oscuridad en la que se corazón se sumía en aquellas interminables noches en vela. El despertar de Narno la noche que siguió a la partida de Oyvind, jamás sería olvidado por nadie de los que formaban parte de la comitiva. Narno, quien en su pétreo estado percibió la marcha de Oyvind cuando el nerlingo se acercó para hablarle a la estatua, explotó a su sesgada existencia con un rugido cien veces mayor al de un tornado, mientras la piedra que había formado aquella escultura voló fragmentada en mil pedazos que se elevaron hacia el firmamento, envueltos por una súbita ventisca que apagó, como el aliento de un gigante, todas las hogueras y antorchas del campamento.

Narno apretó los puños, elevó su cabeza y sus poderosos brazos hacia el infinito y gritó con voz lacerante, mientras los supervivientes al infierno de Eloburgo se cubrían los oídos con sus manos, pues los sentían sangrar al escuchar el grito del Guardián:

—iiiiiiNoooooooooooooooooooooooooooo!!!!!!

Nadie se atrevió a preguntar a Narno si aquel aterrador lamento era debido a la partida de Oyvind o al lugar al cual el alko ahora se dirigía: Groningburgo.

Perlivarce era quien más tiempo pasaba en compañía de Narno, la mayor parte de él en silencio, caminando junto al gigante a través de la insondable oscuridad, descansando apoyados en una de las carretas o atendiendo a los heridos y enfermos. Aunque parecía que el Guardián no reparaba en él, Perlivarce sentía que su presencia era reparadora, la única medicina que podía evitar que nuevamente el corazón de Narno se congelase. Si eso llegara a suceder ya no habría fuego en las fraguas de Tierra Conocida que pudiera fundir el gélido desamor que anhelaba volver a anidar en su corazón.

El bueno del tarluk bortigo a punto estuvo de enfermar, pues se ocupaba noche y día en curar a los heridos y enfermos, además de acompañar a Narno en su desolada existencia bajo la luz de la luna, por lo que apenas dormía ni comía. Aimon casi tuvo que encadenarlo a una de las carretas para obligarlo a descansar. Gracias a que Alvar,

Leonek, Oakes y Bladuf, mejoraron notablemente de sus heridas, pudo delegar parte de las curas más sencillas en ellos y descansar a ratos tumbado sobre la carreta en la que transportaban a Narno.

Cuando alcanzaron el Río Nezov, más de un centenar de elothas habían perecido persiguiendo una nueva esperanza.

Si difícil fue cruzar el Nezov, el paso del Arquiri-Valu se convirtió en una auténtica odisea. Aimon ordenó construir media docena de balsas para realizar un primer asalto al río, teniendo presente en su cabeza el recuerdo de la balsa que acabó destrozada río abajo contra las rocas. Esos menesteres mantuvieron la mente y los brazos de Narno ocupados, muy a pesar del resto de la compañía que a duras penas podía pegar ojo con el continuo golpeteo del hacha de Narno contra los árboles, como si de un incansable pájaro carpintero se tratara. Una vez los árboles estuvieron talados, los troncos ensamblados y las balsas construidas, los osados Enoc y Eboc se prestaron voluntarios para ser los primeros en intentar cruzar el río. Educadamente le ofrecieron a Barbat acompañarles en aquella misión, pero el celko comenzó a sentirse mareado mientras su rostro mudaba a un blanco macilento. Todos rieron, en especial Los Quince de Klimerik, y el que más entre ellos el magullado Bladuf, su fiel compañero de aventuras. Diez de los elothas más fuertes fueron elegidos para acompañar a Enoc y Eboc. Botaron la balsa al río cuyo cauce, en los albores del otoño, descendía menos caudaloso. Con un diestro Enoc al timón sortearon el cauce del Arquiri-Valu sin mayores contratiempos. El problema volvió a presentarse una vez llegaron a la otra orilla. Cuando la mayoría de los ocupantes de la balsa habían descendido y Enoc gritaba avisando que saltaría a la orilla soltando el timón que mantenía estable la rudimentaria embarcación, los elothas no tuvieron fuerzas suficientes para varar la balsa en el margen del río y ésta fue arrastrada corriente abajo, llevándose con ella a uno de los elothas. Enoc saltó como un corzo alcanzando milagrosamente la orilla, pero el desdichado elotha pereció cuando la balsa se estrelló contra las rocas de los rápidos río abajo, desapareciendo engullido bajo las enfurecidas aguas.

La mente de tarluk de Perlivarce comenzó rápidamente a cavilar haciendo unos sencillos cálculos:

—Si de cada docena de hombres perdemos uno, cada vez que tratemos de vadear el río perderemos unos diez hombres por cada centenar —murmuró entre dientes—, lo que nos llevaría a enterrar bajo las aguas a cerca de cien de los desdichados elothas. ¡Aimon! —gritó Perlivarce—. Hay que pensar otra manera de cruzar el río.

Perlivarce, Aimon, parte de Los Quince de Klimerik y una representación de los elothas se reunieron esa noche en torno a la hoguera para discutir la manera en la que cruzar el Arquiri-Valu sin poner en peligro sus vidas. Mientras tanto, al otro lado del río, Enoc, Eboc y nueve elothas se habían internado varias millas en el Bosque Ranwuhan como vanguardia de exploradores para tratar de localizar la mejor



ubicación posible donde levantar el futuro hogar de los elothas. Tras la trágica experiencia, no tenían ninguna intención de volver a cruzar a la otra orilla para reunirse con el grueso de la compañía.

En el improvisado consejo, discutieron sobre la posibilidad de construir un puente, pero esa opción fue desechada pues les llevaría demasiado tiempo al no disponer de las herramientas necesarias ni ser expertos en ese tipo de edificaciones. Uno de los elothas propuso construir una pequeña aldea al abrigo de las Montañas Oscuras, pero hasta el poco hablador Narno, quien tras su ruidoso despertar se había unido al grupo, se mostró vehemente y elocuente para desaconsejar aquella posibilidad. Esas montañas de piedra descarnada le transmitían algo maligno, un peligro latente, tan familiar y conocido como el que amortajaba su alma en Bosque Salvaje y al cual sólo el tañido de la campana de oro conseguía ahuyentar. Tampoco fue aplaudida la idea de continuar avanzando en paralelo al cauce del Arquiri-Valu, pues el desconocido occidente y el oscuro Mar del Gruneng no eran el lugar idóneo para un nuevo hogar. Finalmente la opción elegida, cómo no, fue la propuesta por Perlivarce. El tarluk bortigo diseñaría un sistema de poleas, cuerdas y anclajes para poder cruzar al otro lado del río. Utilizaría las cinco balsas restantes a modo de plataformas móviles sobre el río. El desplazamiento de cada una de las plataformas dentro de aquel esqueleto de madera no sería superior a diez trancos de caballo y las balsas se mantendrían unidas entre ellas y a la estructura flotante por un entramado de cuerdas. Estimó que deberían emplear cerca de cinco lunas para tener todo preparado, lo que apenas retrasaría su marcha, por lo que todos apoyaron la idea.

Cinco lunas más tarde, como había predicho Perlivarce, toda la compañía había logrado cruzar a la orilla este del Arquiri-Valu. Nadie resultó herido, a excepción de Barbat, al que sus compañeros tuvieron que atar de pies y manos para hacerle rodar como un tonel de cerveza de plataforma en plataforma, para que de esa manera cruzase sobre las frías aguas del río.

Aimon y Perlivarce discutieron sobre la alternativa de prender fuego a la estructura que el ingenio del tarluk había creado, en previsión de que pudiera ser descubierta por alguna compañía de exploradores gronings que merodeasen por aquellas regiones. “El puente que anda sobre las aguas”, como lo habían bautizado los elothas, podría ponerles sobre aviso acerca de la existencia de un asentamiento rebelde cercano. Pero gracias a las sentidas palabras de uno de los elothas, decidieron no destruir aquel entramado que flotaba sobre las plateadas aguas del Arquiri-Valu:

—Si creemos en una nueva esperanza no podemos ahogarla en el desaliento. Estamos obligados a confiar en que Kiril y el resto de paladines de los pueblos libres de Tierra Conocida lograrán la paz. Si no, ¿qué sentido tendrá el que creemos un nuevo hogar en este hermoso bosque que se yergue majestuoso frente a nosotros? No, mis amigos, es aquí y ahora, aquí por siempre, y quiero creer y que todos creamos, que en un futuro cercano las gentes de bien que pueblan el oeste de Tierra Conocida visiten nuestro nuevo hogar, un nuevo Lothikaton como vosotros los nerlingos lo

llamáis —finalizó mirando emocionado a los ojos del celko Aimon.

La compañía decidió dormir bajo la noche estrellada a orillas del Arquiri-Valu. Aimon había ordenado a Enoc y Eboc regresar al amanecer del sexto día, y los dos celkos no faltaron a su cita. Ningún elotha les acompañaba.

—¿Cómo están nuestros compañeros? —les preguntó preocupado uno de los elothas.

—No temáis —respondieron ambos al unísono—. Están trabajando para levantar los primeros cimientos de vuestro nuevo hogar. Lo han bautizado con el nombre de Arroyo Escondido.

—Arroyo Escondido... —dijo fantaseando el elotha—. ¡Arroyo Escondido! ¡Arroyo Escondido! ¡Nuestro nuevo hogar! —y gritó emocionado el nombre de la nueva aldea al resto de los elothas mientras la alegría y la esperanza se contagiaban entre los centenares de elothas que poblaban la orilla este del río.

Enoc y Eboc condujeron a la compañía a través del Bosque Ranwuhan. Cuando traspasaron el linde del bosque, muchos sintieron una honda pena por alejarse de aquellos verdes márgenes y adentrarse en un tupido y sombrío mar arbolado. Pero cuando tras caminar cerca de cinco millas hacia el interior de la floresta, alcanzaron el lugar que sus compañeros habían elegido para levantar su aldea, toda la pena y tristeza que habían podido sentir se esfumaron como la niebla de la mañana en el valle bajo la caricia del sol.

Los hermanos Enoc y Eboc habían dado con un pequeño pedazo de la morada de los dioses en aquel recóndito lugar de Tierra Conocida. Un inmenso claro alfombrado por verde hierba, rodeado de altos fresnos a modo de guardianes silenciosos, en el que en su extremo sur emergía de las entrañas de la tierra un arroyo de aguas claras que, media milla hacia el este, volvía a sumergirse en el corazón de aquella región.

Los elothas quedaron mudos, fascinados por aquella visión, alejada de los áridos pedregales de roca viva en la que un día se erigió el templo de tortura de Eloburgo. Desde aquel momento hicieron suyo aquel rincón oculto en el Bosque Ranwuhan, Arroyo Escondido, en el que los troncos de varios árboles habían comenzado a dar forma a la primera cabaña de aquel lugar de reunión.

Los Quince de Klimerik, experimentados organizadores y hábiles constructores tras su paso por Bosque Verde y La Colonia, dispusieron con diligencia las tareas que tendrían que realizar los elothas para conseguir que Arroyo Escondido se convirtiera en una realidad.

Narno se contagió del entusiasmo desplegado por los elothas y pareció olvidar durante esos días la falta de Oyvind. Sin embargo, la cercanía de las Montañas Oscuras seguía provocándole un extraño desasosiego.

Tras casi veinte días de duro trabajo, Arroyo Escondido comenzó a tomar forma. En ese período de tiempo se habían levantado quince cabañas y una decena más estaba en construcción. También se había construido un profundo pozo para garantizar el suministro de agua dulce, pues no tenían la certeza de que, durante el

invierno, el riachuelo que daba nombre a la aldea siguiese discurriendo por la superficie. Y por supuesto, como a Los Quince de Klimerik les gustaba, habían erigido varias plataformas en los árboles para darles el uso que los elothas considerasen. Varios de los elothas que antes de ser esclavizados por los gronings habían sido agricultores, se afanaban en desbrozar y arrancar las malas hierbas de un prado cercano a la aldea donde pretendían cultivar cebollas y otras hortalizas. Enoc y Eboc, quienes no podían permanecer por mucho tiempo ociosos en el mismo lugar, se dedicaron a explorar los alrededores. Cuando regresaron de su batida por la floresta, informaron a los elothas que encontrarían abundante caza cerca de Arroyo Escondido. Habían divisado varios grupos de ciervos y más de un jabalí, además de algún conejo y, por supuesto, búhos, lechuzas y otras aves. Y si la caza escasease o la cosecha no fuese buena, siempre quedaba el recurso de pescar en el Arquiri-Valu, ya que el río estaba habitado por numerosas truchas y también por colonias de cangrejos en los márgenes más rocosos.

Perlivarce, Los Quince de Klimerik y Narno, se reunieron esa noche. Departieron animadamente en torno al cálido fuego de una hoguera mientras contemplaban el cielo estrellado bañado por la nívea luz de la luna con la que Nerlinguia les había obsequiado.

—Observo con alegría que vuestras heridas parecen haber sanado por completo —se dirigió Aimon a Alvar, Leonek, Oakes y Bladuf—. De nuevo debo rendirme ante tu sabiduría, amigo bortigo.

—Los pacientes fueron obedientes y escucharon mis consejos —respondió Perlivarce—. Eso hizo que sanarán más rápido.

—Y tú, Perlivarce, ¿cómo te encuentras? —le preguntó Aimon.

—Cansado, pero satisfecho...

—Eso ya lo sé —le interrumpió el celko sonriendo—. No hace falta más que ver tu afilado rostro escondido bajo esa poblada barba. Pero tú sabes a qué me refiero, amigo.

—Los echo de menos. Los echo mucho de menos. Cada luna que pasa me es más difícil permanecer en Arroyo Escondido —respondió el tarluk bortigo con la mirada perdida entre las llamas de la hoguera, tratando de imaginar en ellas los rostros de la albina Milia y el pequeño Oyvar.

—Creo que ha llegado la hora de partir —dijo Aimon mientras Los Quince de Klimerik lo miraban atentos—. Nuestra misión aquí ha terminado. Todos debemos sentirnos orgullosos por lo que hemos logrado. Mirad a vuestro alrededor y contemplad a esos hombres y mujeres. Hace una estación no eran más que fantasmas vagando por el valle de los esclavos y sin embargo han renacido como un ave fénix, aferrándose a la vida con todas sus fuerzas.

—¿A dónde iremos ahora? —preguntó Barbat—. ¿Regresaremos a La Colonia? —y el silencio se hizo en aquel círculo de amistad, solo roto por el crepitar de la madera consumiéndose en la hoguera.

—No. No al menos en las próximas lunas —sentenció Aimon con su mirada perdida en las llamas danzantes—. Los bortigos no nos necesitan. Volveremos a Bosque Verde —y el rostro de todos los miembros de la hermandad se iluminó, incluso el de Narno, el último en llegar a Los Quince de Klimerik y quien soñaba con aquella floresta de la que sus nuevos hermanos tantas veces le habían hablado—. Quiero comprobar con mis propios ojos si los rumores son ciertos, si es verdad que el hijo de Akrog avanza hacia Jactinia con un poderoso ejército. Y si es así, nos uniremos a él para expulsar a los gronings de nuestras tierras. Volveremos a pisar nuestra amada Celkoburgo, aunque solo queden de ella sus cenizas —y un coro de vítores acompañó las palabras del líder celko.

Cuando las muestras de júbilo cesaron, Perlivarce volvió a tomar la palabra.

—Os ruego no os sintáis ofendidos si esta vez decido no acompañaros. Necesito volver a ver a Milia y Oyvar.

—No tienes que disculparte con nosotros. No al menos conmigo —respondió Alvar—. Además, ya no necesito de tus cuidados, ¡ja, ja, ja! —y todos le acompañaron en su risa.

—Partiré al alba —y mirando a los ojos de Narno le dijo—, por lo que aún tendremos tiempo para conversar antes de la despedida, querido amigo.

—Te echaré de menos, aunque sé que me dejas en la mejor de las compañías —y todo su ser se estremeció al recordar a Oyvind, a su añorado peregrino. El joven Aimerin aferró su mano al hombro de Narno para tratar de borrar de su mente el recuerdo del alko y hacerle sentir que la hermandad de Klimerik nunca le abandonaría.

El fuego de la hoguera se fue consumiendo hasta que solo quedaron brasas humeantes, como si las estrellas flamígeras que surcaban los confines del universo se reflejasen en aquel espejo creado por la hoguera de Arroyo Escondido. Todos aquellos hermanos de sangre se retiraron a descansar, mientras la noche avanzaba pausada y acompasada al encuentro del nuevo día.

Con las primeras luces de la aurora, un jinete solitario desapareció en el interior de la sombría floresta en dirección a la Senda de las Águilas, mientras en el nuevo hogar de los elothas, una formidable escultura despedía al jinete. El rocío de la mañana jugaba caprichoso con ella dibujando lágrimas de cristal en los ojos de la estatua. Si en verdad aquellas lágrimas eran fruto del rocío o brotaban del corazón de Narno solo los dioses podían saberlo.

## FRÍO Y VERDE TERCIOPELO

**T**ranscurrieron dos interminables lunas hasta que por fin Hamad y Lamad recibieron la esperada embajada de la princesa Ihola. Mientras tanto los norteños habían vuelto a golpear, esta vez quemando parte de los establos del acuartelamiento. La reacción del alto mando groning no se hizo esperar. Ajusticiaron en la plaza mayor de Groningburgo a los oficiales y centinelas que se encontraban al cargo del turno de vigilancia como escarmiento para el resto de soldados y redoblaron los controles por todo el burgo. No había ya callejuela, plaza, taberna o posada que no fuera vigilada por los esbirros de Zornik. Los dos alkos podían considerarse afortunados, pues nadie los había relacionado con otros menesteres que no fueran el acompañamiento a los comerciantes sureños. Incluso Tigot fue interrogado, no sin cierto esfuerzo y desesperación por parte de los soldados que se acercaron a El Lago Durmiente. El sordo posadero no pudo informar de nada sospechoso sobre Oyvind e Ingvar pues, por lo que él conocía, habían llegado a su posada de la mano de Hamad y Lamad. Los sureños habían sido los clientes que más monedas de oro habían depositado en sus raídos bolsillos desde que, más de veinte inviernos atrás, abriera El Lago Durmiente, por lo que lo último que pretendía era incomodarlos.

Durante esas dos lunas los dos gemelos alkos apenas si habían encontrado otra distracción con la que ocupar su tiempo que afilar con una piedra el filo de sus espadas. Sólo salieron de la posada al mediodía acompañados por los dos sureños para comer en El Lobo Solitario donde, nerviosos y taciturnos, ni siquiera disfrutaron del exquisito estofado de cordero y del dulce vino de la frontera con Tierra Seca. Se preguntaban cómo lograrían seguir manteniendo su engaño una vez la princesa Ihola adquiriese los tejidos necesarios a los comerciantes del sur, pues necesitarían permanecer en Groningburgo al menos varias semanas más hasta que se anunciase el compromiso de la princesa con Nurgul, emperador de los jinetes nómadas de Tierra Seca. Y aunque Ira había prometido les ayudaría, no sería tarea fácil para ella poder encontrar una excusa con la que escabullirse de palacio una vez concluyese la encomienda que le había asignado la princesa, más aún en aquellos turbulentos días en los que nada ni nadie parecía estar seguro en Groningburgo. Si como así parecía, Ira era una de las esclavas predilectas de la princesa Ihola, ésta no se arriesgaría a perderla en una reyerta o en un incendio provocado por aquellos saboteadores.

Tampoco Hamad y Lamad se mostraron especialmente dicharacheros, pues aguardaban con inquietud la llamada de la princesa Ihola. Sólo deseaban culminar cuanto antes su forzado viaje a Groningburgo, a pesar de que una vez habían llegado allí, buscaban que la princesa quedase satisfecha con el exquisito género que habían traído de allende La Barrera de Dunas y luciese espléndida el día de su enlace. La voz se correría como el rumor de las olas entre las mujeres de nobles y acaudalados de toda Tierra Conocida y, pese a que aquellos eran tiempos de guerra e infortunio, siempre habría una mujer de noble cuna dispuesta a brillar con el fulgor de una

princesa gracias a las finas sedas y a los delicados terciopelos de Hamad y Lamad, cuyos bolsillos se llenarían de oro como si del cuerno de la fortuna se tratase.

Cuando transcurrieron aquellas dos eternas lunas, dos gorglins aparecieron como heraldos de la muerte en el umbral de la posada. Mas esta vez no empuñaron sus legendarias espadas de hoja de sierra, sino que mostraron al asustado Tigot un pergamino lacrado con el sello real, un inconfundible lobo que parecía lucir negro incluso sobre el color rojizo del lacre. En cuanto el pergamino pasó de sus manos a las de Tigot, los gorglins desaparecieron con el mismo sigilo con el que habían llegado. Tigot emitió un suspiro de alivio como despedida, pues entre los gronings era grande el miedo y el respeto que infundía la guardia personal de Zornik.

El posadero entregó presto el mensaje a Hamad quien, en ese momento, departía relajado con su sobrino junto al calor del hogar. El anciano sintió cómo le daba un vuelco al corazón cuando, al estudiar el lacre, comprobó que se trataba del sello real. Comenzó a abrir el pergamino con sumo cuidado, tratando por todos los medios de no dañar aquel trozo de papiro enrollado, mientras Lamad lo contemplaba sin poder disimular su inquietud, esperando ansioso a que su tío leyese el mensaje de la princesa Ihola.

—... mañana antes del mediodía os reuniréis con mi esclava en el almacén. Ella os indicará los tejidos y las medidas necesarias para confeccionar el vestido. Treinta monedas de oro os serán entregadas como primer pago y, una vez reciba y compruebe los tejidos elegidos, se os entregarán otras cincuenta monedas de oro como segundo y último pago —terminó de leer Hamad.

—¿Dice algo más, tío? —preguntó Lamad.

—No. Únicamente termina el mensaje con un lacónico “Princesa Ihola”.

—¿Cómo nos aseguraremos que nos entregan el segundo pago?

—De ninguna manera —respondió el anciano—. Sólo podemos confiar en su palabra. Y tampoco podremos abandonar Groningburgo con vida si la princesa no lo permite.

—Los gronings son supersticiosos. No creo que la princesa quiera pagar con sangre su vestido de compromiso.

Hamad se quedó pensativo unos instantes, hasta que por fin volvió a hablar a su sobrino.

—Lamad, avisa a Oyvind e Ingvar. Diles que mañana nos reuniremos con la esclava de la princesa y que esta noche vamos a celebrarlo con una succulenta cena en El Lobo Solitario.

—Enseguida, tío —respondió Lamad a quien comenzaba a hacérsele la boca agua fantaseando con succulentas viandas.

Esa noche sureños y nerlingos cenaron juntos por última vez. Tras cerrar el trato, Hamad y Lamad confiaban en recibir con prontitud el segundo pago tras entregar sus sublimes tejidos a la princesa. No dudaban ni por un instante que Ihola quedaría

embelesada con las telas sureñas y querría recompensar a aquellos sufridos comerciantes que habían realizado un largo y fatigoso viaje desde las lejanas tierras meridionales. Oyvind e Ingvar ya no podían seguir fingiendo por más tiempo que aguardaban a los imaginarios norteños que habían conocido durante su viaje hacia Groningburgo y que les acompañarían a Las Landas de Edhilien para cazar vacas salvajes. Deberían buscarse otra posada donde pasar la noche y parte del día al refugio de las vigilantes miradas de los cientos de soldados gronings que se repartían por la capital con el único objetivo de encontrar a los traidores.

Los cuatro comensales dieron cuenta de un crujiente y aceitoso lechón deliciosamente especiado sobre una base de manzanas al que acompañaron esta vez con un oscuro y ardiente vino fermentado en el Valle del Rauron.

Los sureños estaban alegres, deseosos de emprender el viaje de regreso a su lejano hogar. Por el contrario, los gemelos alkos sintieron cómo una profunda amargura comenzaba a anidar en sus corazones. La añoranza del hogar, de su amada Alkoburgo y de su lugar de reunión, de Lothikaton, los atormentaba. Una vez Hamad y Lamad abandonasen Groningburgo por las grandes puertas del norte, serían libres y regresarían con sus seres queridos a su hogar, en lo más profundo de las ardientes arenas del Desierto Rojo. Pero ellos no podrían hacerlo. Volverían a ser perseguidos sin descanso por toda Tierra Conocida, y no podrían regresar a Alkoburgo, pues el burgo en el que habían nacido y crecido había sido arrasado y sus ahora yermos terrenos estaban ocupados por los usurpadores gronings. Pero ese profundo dolor sería el que les daría fuerzas para seguir adelante con el plan suicida que habían trazado.

—¡Por la mañana de mañana! —alzó su copa Hamad despertando a Oyvind e Ingvar de sus tristes pensamientos.

—¡Por la mañana de mañana! —exclamaron junto a Lamad uniéndose a aquel brindis. Cuando entrechocaron sus vasos, violáceas gotas de vino se derramaron sobre la centenaria madera de la mesa que ocupaban, como sombrío presagio de la sangre que en lunas venideras cubriría los campos y caminos del territorio groning.

El crepitar de las llamas y el crujido de la madera seca rompió súbitamente el silencio de la noche. El ronco quejido de decenas de cuernos llegaba, ahogado por el viento y las sombras nocturnas, desde el extremo este de Groningburgo hasta El Lago Durmiente. El hijo del trueno, con su privilegiado don, fue el primero en percatarse de que algo se agitaba en el burgo. Sonidos de una breve lucha llegaron a sus oídos, para después percibir el inconfundible rugido del fuego, aquella voz de destrucción y purificación, el rumor de voraces llamas, siempre ávidas, insaciables. Ingvar se levantó de su jergón y abrió la ventana. Oyvind se acercó a él y dirigió su élfica mirada hacia el lugar donde las llamas bermejas danzaban ondulantes como banderas mecidas al viento.

—Gregas, Lartas y Vaeras no duermen. Son insomnes lobos de Los Siete Lagos

Helados —murmuró Oyvind.

—Osos —le corrigió Ingvar—. Son grandes osos blancos, los señores de Los Hielos Perpetuos. Vigilan cuando el enemigo acecha y atacan cuando éste descansa.

—Sabes que esto lo hará aún más difícil.

—¿Es que acaso alguna vez fue fácil? Duerme, hermano. Mañana el sol volverá a salir de su lecho nocturno, aunque esas malditas nubes grises nos saluden con un nuevo amanecer ominoso —dijo Ingvar mientras se volvía a tumbar sobre el raído jergón.

—Por la mañana de mañana —despidió Oyvind a las llamas que se alzaban amenazantes sobre la noche de Groningburgo.

Los gemelos alkos se unieron aquella mañana al temprano desayuno de los comerciantes sureños. Hamad y Lamad llevaban despiertos desde mucho antes que la aurora saludase al nuevo día, oculta tras el aliento maligno que Urkha extendía desde el palacio de su amado infante. Los sabotajes de la pasada noche les habían sobresaltado en su inquieta duermevela y el temor a no poder cerrar el encargo de la princesa les agitaba y preocupaba. Sabían que si hacía tres lunas tuvieron dificultades para atravesar los controles que los gronings habían dispuesto por Groningburgo, esa mañana el soldado que prometió los encerraría en las mazmorras de palacio, a buen seguro que cumpliría su amenaza, ansioso por encarcelar a cuatro forasteros y limpiar las calles de traidores. Las noticias que les hizo llegar el diligente Tigot junto al habitual escueto desayuno (un vaso de leche, una hogaza de pan y dos cebollas asadas), no hicieron sino alentar los temores de los sureños. Zornik había ordenado desplegar a doscientos gorglins por todo el burgo, dividiéndolos en cincuenta patrullas que se unirían a las ya existentes en los pasos, confluencias y enclaves principales de la capital groning. Las órdenes que Zornik había dado a su guardia personal eran detener y apresar a todo extranjero que transitase por las calles del burgo para ser interrogado y, en caso de oponer resistencia, matarlo y arrojarlo al foso de arenas movedizas que circundaba las murallas de Groningburgo. El rey brujo no estaba dispuesto a permitir que un atajo de traidores osasen instaurar el miedo en el mismísimo corazón de su imperio. Y para ello había puesto al mando de aquella misión a Inorkul, el capitán de los gorglins.

Hamad y Lamad gimoteaban como viejas asustadas, pues no solo no podrían reunirse con la esclava de la princesa Iholá con lo que perderían las monedas de oro que con tanto esfuerzo se habían ganado, sino que tampoco podrían regresar a su hogar hasta que aquellos traidores fueran apresados. Quién sabe si tras aquellos sabotajes Zornik dispondría nuevos puestos de vigilancia en los caminos que conducían hacia Nornogham, Halthoria, Los Valles Solitarios, el antiguo territorio nerlingo o el burgo fronterizo de Mugaburgo. Oyvind e Ingvar no sabían cómo consolar a los sureños, ya que en ese momento estaban más preocupados tratando de discurrir cómo revertir aquella situación que había echado por tierra todos sus planes.



Necesitaban a toda costa reunirse con Ira para que ella les facilitase la entrada a palacio. Ésa era su única oportunidad de acabar con Zornik donde el rey brujo nunca lo esperaría.

—Yo podría hacer que la esclava de la princesa acudiese a mi posada —habló Tigot de improviso con tono monocorde—. Soy un groning. Confiarán en mí.

Los cuatro forasteros le miraron boquiabiertos no sabiendo muy bien cuál era el motivo por el que el posadero se había ofrecido a ayudarles; quizás porque viera que una suculenta comisión en forma de monedas de oro se le escapaba entre las manos a causa del dictado de Zornik o quizás porque simplemente había tomado cariño a aquellos alegres y generosos sureños. Fuera lo que fuese, aquello sería su salvación y la de los gemelos alkos.

—Si estáis de acuerdo me acercaré al almacén y traeré conmigo a la esclava. Vuestras telas están aquí, en la posada, por lo que mostrárselas no supondrá ningún problema —y antes de que nadie pudiera decir nada, Tigot se esfumó en la penumbra de la posada dejando tras de sí la estela del sonido del portón de madera cerrándose a su espalda.

—Gracias... —fue lo único que alcanzó a musitar Hamad cuando la entrada de El Lago Durmiente volvió a quedar sellada.

Como esa mañana no había más huéspedes hospedados en la posada, corrieron a recoger y limpiar las mesas, ordenaron como mejor pudieron la estancia y extendieron los tejidos de las muestras que previamente Ira había seleccionado. Cuando Tigot regresó a El Lago Durmiente con el cortejo que acompañaba a la joven esclava nerlinga, el oscuro comedor de la posada se asemejaba más a un salón del castillo de un noble caballero.

El posadero llegó acompañado por los cuatro gorglins, Ira y las dos mismas esclavas que visitaron lunas atrás el desvencijado almacén. Oyvind percibió un extraño brillo en los ojos de aquella esclava enjuta de nariz ganchuda que siempre parecía desconfiar de todo lo que le rodeaba. Cuando Ira entró en la posada evitó por todos los medios mirar a los ojos a Ingvar y se dirigió con un cortés saludo a los dos sureños. El hijo del trueno sintió cómo el vacío se hacía bajo sus pies cuando vio a Ira. Si la primera vez que contempló su larga melena castaña y sus ojos color miel le pareció una hermosa muchacha, aquella mañana sintió que era la mujer más bella que jamás moraría en Tierra Conocida. Oyvind tuvo que golpearle disimuladamente en la espalda para que apartase la vista de Ira, pues los gorglins los observaban con desconfianza.

—Habéis hecho bien en acudir desarmados —les dijo con desprecio el gorglin al mando del grupo—, pues esta vez no habría dudado en cercenaros la cabeza con sumo placer.

Los nerlingos no contestaron al desafiante gorglin y retiraron sus miradas agachando la cabeza.

—Posadero, no quiero tener ante mí a esos dos extranjeros —ladró el gorglin—. Y esta vez me obedecerás, esclava —dijo mirando a Ira—. Nuestro capitán Inorkul así lo ha dispuesto.

—Tigot, acompaña a nuestros dos jóvenes amigos a la cocina y ofréceles una jarra de cerveza a mi salud —dijo sonriendo Hamad—. Eso hará que la espera les sea más llevadera.

—Cuidado con lo que dices viejo, o... —y el gorglin interrumpió la frase guardándose para sí lo que pensaba haber dicho.

Oyvind e Ingvar acompañaron a Tigot a la estrecha y alargada cocina, quien amablemente les sirvió una jarra de cerveza a cada uno atendiendo al convite de Hamad. Mientras tanto, en el improvisado salón, Ira y los comerciantes sureños terminaban de elegir y acordar las cantidades de tela, seda, terciopelo y otros hermosos tejidos que serían necesarios para confeccionar el vestido de la princesa. La bella nerlinga estaba tan ensimismada en su labor que no se percató que la esclava de la nariz aguileña subía por las escaleras en dirección a las estancias superiores, al tiempo que uno de los gorglins abandonaba en silencio la posada y se dirigía a la callejuela trasera.

Una de las ventanas del primer piso de la posada se abrió y por ella asomó la cabeza de la enjuta esclava. Con sigilo deslizó por la ventana hasta la callejuela, las capas y las espadas enfundadas en las vainas de los dos alkos. El gorglin que se había deslizado a la trasera de El Lago Durmiente desenfundó una de las espadas y examinó cuidadosamente su hoja.

—Acero norteño, forjado en Las Tierras Frías —dijo contemplando el brillo del acero que se deslizaba a lo largo de la hoja de la espada y que terminó desapareciendo en una runa que simbolizaba la letra T, invisible a los ojos no avezados de quien no supiera cómo orientar el filo en dirección a la luz de la estrella del día—. Forjada por la Alianza de Tenkolmar. El mismo acero que portaban los traidores que acabaron con la caravana del oro y cayeron en el portón del norte —y guardando la espada en su vaina, con un gesto ordenó a la esclava que regresase a la estancia principal. No le hizo falta examinar la espada de Oyvind, auténtico acero nerlingo que acompañaba al hijo del relámpago desde el día de la matanza del Bosque de Alkos.

El gorglin silbó imitando el canto de un gorrión y, súbita y sigilosamente, dos docenas de gorglins aparecieron desde ambos extremos de la calle y se situaron frente a la puerta de entrada tachonada con clavos de acero de El Lago Durmiente.

—Aguardad a mi señal —dijo el gorglin—. Cuando la escuchéis, prended a los dos jóvenes. Si oponen resistencia, acabad con ellos. Mis hombres y yo nos ocuparemos del viejo sureño y su sobrino. La princesa Iholá decidirá qué hacer con ellos y con esa esclava traidora.

—No me importaría que la princesa me la entregase como concubina —dijo uno de los gorglins y el resto de los hombres rieron soeces.

—Silencio, estúpido, o pondrás sobre aviso a los traidores —ordenó airado—. Recordad que son peligrosos. Ya han matado a más de una decena de los nuestros —y diciendo esto, se acercó a la posada y entró en ella sin permitir que desde el interior pudiesen descubrir a los gorglins que permanecían apostados en el coso exterior.

Dentro de la posada, Hamad acercaba a Ira un precioso terciopelo, suave como las crines de un unicornio y de un verde sorprendente, único y deslumbrante, como si el herrero de los dioses hubiera fundido en su fragua esmeraldas de secretas tierras allende los mares junto a las hojas florecidas en el primer equinoccio de la era de los hombres. Incluso Ira lo contemplaba y acariciaba maravillada, no pudiendo creer que aquel tejido hubiera podido ser confeccionado por la mano de un mortal.

—Fabuloso... —musitaba entre dientes Ira—. Será el perfecto complemento que realce los ojos verdes de la princesa cuando luzca el vestido de tela nacarada.

—¡Posadero! —gritó el gorglin—. Tengo un trabajo para esos dos haraganes extranjeros. Necesito que acarreen unos baúles al interior de la posada para así poder guardar las telas elegidas por la esclava.

Tigot no oyó lo que el gorglin ordenaba, pero sí lo escucharon Oyvind e Ingvar, quienes a regañadientes se presentaron ante el gorglin que, como una inmutable estatua, señalaba con su brazo extendido la puerta de la posada.

Uno de los gorglins comenzó a abrir lentamente el portón mientras la plomiza luz del exterior, carente de fulgor y vida, penetraba cubriendo de sombras el suelo de piedra de El Lago Durmiente.

Ira reflexionó, confundida, sobre las palabras del gorglin, pues no habían traído ningún baúl desde palacio. Los comerciantes sureños habían acordado que les proveerían de sacos o baúles para transportar las telas. Fue entonces cuando Ira miró hacia el exterior de la calle y observó cómo varias siluetas se retiraban veloces a ambos lados del umbral de entrada a la posada. La sombra delatora de una alargada lanza le puso en alerta. Entonces, aterrada, comprendió que los gorglins habían descubierto la verdadera identidad de los gemelos alkos y se aprestaban a tenderles una emboscada.

Justo cuando Oyvind e Ingvar caminaban desganados hacia la puerta seguidos por dos de los gorglins, Ira gritó advirtiéndoles:

—¡Cuidado! ¡Es una trampa!

Ira, que estaba situada junto a los sureños un par de pasos por delante de los dos alkos, saltó como un corzo hacia la puerta de entrada y se abalanzó contra el gorglin que permanecía allí apostado. Éste se vio sorprendido y cayó de espaldas contra la puerta, con Ira tumbada a horcajadas sobre su pecho. La puerta se cerró con violencia bloqueando la entrada de la posada. Oyvind e Ingvar se giraron rápidamente y golpearon a los dos gorglins que caminaban a sus espaldas. A pesar de que los sorprendieron con la guardia baja y consiguieron arrebatárles las lanzas, el cuarto gorglin que estaba al mando del séquito, desenfundó su espada de hoja de sierra y se abalanzó contra ellos. Mientras Hamad y Lamad presenciaban aturcidos la refriega,

Tigot asomó por el fondo del pasillo que conducía a la cocina con un gesto de incredulidad prendido en el rostro. Ira forcejeaba luchando en el suelo con el gorglin, tratando de trancar el portón por dentro, aprovechando que el soldado estaba aún conmocionado por el golpe que se había dado en la cabeza contra la puerta. La esclava que había delatado a Ira y a los gemelos alkos, sacó de entre sus ropajes una diminuta daga y se abalanzó contra la joven nerlinga. Gracias a que Ingvar había acabado con uno de los gorglins pudo reaccionar con presteza y, justo cuando la enjuta y arpía esclava elevaba su brazo para descargar toda su maldad sobre la espalda de Ira, la certera lanza de Ingvar la atravesó clavándola como si de un trofeo de caza disecado se tratara en la puerta de la posada. Ingvar corrió a ayudar a Ira y, tomando del suelo la daga de la esclava, le seccionó la garganta al gorglin que aún forcejeaba con ella. Mientras tanto, Oyvind había dejado inconsciente al tercer gorglin y trataba de esquivar las embestidas del cuarto hombre. Se defendía como podía, pero el gorglin estaba logrando acorralarlo en una esquina de la estancia con sus terribles mandobles. Oyvind no podía hacer otra cosa que tratar de parar los golpes de espada con el mango de la lanza, hasta que en uno de los embates el gorglin la partió en dos. El gorglin lanzó una nueva estocada y Oyvind se trastabilló, lo que aprovechó el esbirro de Inorkul para atacar nuevamente y darle un profundo tajo en el brazo izquierdo. El alko sintió como si mil dientes de Wolkur le desgarrasen la piel, lacerasen el músculo y llegasen hasta lamerle el mismo hueso. El dolor fue tan intenso y terrible que sintió que las fuerzas le abandonaban. En ese instante comprendió por qué eran tan temidas y odiadas las espadas de hoja de sierra gorglin.

Ingvar, que estaba abrazado a una temblorosa Ira, vio la desesperada situación en la que se encontraba Oyvind y, tras besarla en la frente, volvió a empuñar la daga y corrió hacia el otro extremo de la estancia. Sin embargo, antes de que Ingvar pudiera llegar hasta la esquina donde su hermano y el gorglin peleaban, Lamad se interpuso entre ambos empuñando un trozo de la lanza partida con el que pretendía golpear al gorglin. Pero el buen sureño no era un experto guerrero sino un habilidoso tejedor y, antes de que pudiera hacer daño al gorglin, éste ya había presentido el ataque y, viendo que Oyvind era ya una presa madura, se giró como un tornado con su espada y seccionó de lado a lado el estómago de Lamad. El sureño quedó de pie, inmóvil, con los dos brazos en alto aferrando el trozo de lanza partida por encima de la cabeza, mientras de la enorme brecha que el gorglin había abierto en su estómago, comenzaba a brotar un mar de sangre roja entremezclada con intestinos y órganos negruzcos que llenaron la estancia de un olor hediondo.

—¡¡¡Nooooooooo!!! —fue el desgarrador grito que profirió Hamad al ver cómo su sobrino era casi partido en dos por el gorglin. Sus ojos se arrasaron en lágrimas y, como un niño asustado y abandonado a su suerte, se desplomó en el suelo, aferrando sus rodillas contra el pecho mientras violentos temblores sacudían todo su cuerpo.

Ingvar lanzó su daga contra el gorglin, pero antes de que llegara a clavarse certera en el corazón del asesino de Lamad, el cuchillo de cocina de Tigot atravesó la sien

del gorglin. Ingvar contempló cómo éste caía inerte al suelo, como una marioneta a la que hubieran cortado los hilos que la mantenían en pie, para después mirar a los ojos de Tigot, quien impasible, permanecía de pie frente al cadáver del gorglin.

Los gritos de la tercera esclava, que se protegía tras la mesa sobre la cual estaban extendidos los tejidos ahora salpicados por caprichosos lunares de sangre, les devolvió a la realidad. Desde el exterior, los gorglins trataban de derribar el pesado portón de madera sin conseguirlo, pues el cadáver de su compañero y el de la esclava empalada en la puerta eran una pesada barricada que desplazar.

Ingvar corrió hacia Oyvind y examinó su herida. Enseguida comprobó que era profunda y sangraba profusamente. La maldita hoja de sierra había hecho bien su trabajo, desgarrando piel, músculo y nervio.

—Si no logramos detener la hemorragia te desangrarás —dijo el hijo del trueno—. Ira, torna mi daga y acércala al fuego del hogar. La única esperanza de que Oyvind siga con vida es cauterizar la herida.

Ira se acercó presta y, sin pronunciar palabra, tomó la daga de Ingvar y corrió veloz hacia el hogar.

—¿Por dónde podemos escapar? —preguntó casi gritando a Tigot.

—La ventana de la cocina. Da a la callejuela trasera —dijo aturdido el posadero—. Pero una vez en la calle las patrullas os detendrán.

—Tenemos que intentarlo, es nuestra única oportunidad. Hamad, ¿nos acompañarás? —preguntó al sureño, pero Ingvar no recibió respuesta, solo desconsolados gemidos que a cada instante que pasaba conducían al anciano comerciante a las puertas de la demencia.

—¡Yo os acompañaré! —habló sorprendentemente la otra esclava que lucía hebras grises que le brotaban desde la frente en su enmarañado cabello—. Si me quedo los gorglins me matarán; creerán que también era una traidora como ella —dijo mirando con desprecio a Ira que llegaba sujetando la daga al rojo vivo con un paño húmedo.

—No vendrás con nosotros —le gritó con autoridad la nerlinga a pesar de su juventud—. Esa maldita traidora y tú nos habéis vendido por los favores de la princesa.

Los ojos de la esclava se encendieron y brillaron preñados de cólera. Poseída por la una furia descontrolada, se abalanzó contra Ira. Sin embargo, de nuevo e inesperadamente, Tigot avanzó impasible hacia ella y, golpeándola en la cabeza con una de las lanzas, la derribó dejándola inconsciente.

Ira le entregó la daga a Ingvar, quien le ordenó que le abriera la boca a Oyvind y le pusiera un trapo entre los dientes.

—Esto te dolerá, hermano —le previno, pero Oyvind, aturdido, no pareció comprender el aviso.

Ingvar acercó bruscamente la hoja de la daga a la herida del antebrazo, y una voluta de vapor y humo brotó de la misma, mientras el hijo del relámpago mordía con tal fuerza el trapo que terminó desgarrándolo, mientras gruñía y bufaba como una

bestia encolerizada. Cuando Ingvar retiró la daga de su brazo, Oyvind cayó desmayado pero por fin la herida dejó de sangrar. El olor a carne quemada inundó la estancia.

—¡Rápido! Los gorglins no tardarán en rodear la posada. Corred a la cocina — dijo Tigot.

—Oyvind, vamos, despierta —le dijo Ingvar golpeándole con suavidad en la cara—. Ira, trata de despertarlo e incorporarlo.

—De acuerdo —asintió la esclava nerlinga mientras Ingvar se acercaba a Hamad.

El anciano sureño seguía tumbado en el suelo retorciéndose entre convulsiones, las rodillas apretadas contra el pecho y farfullando palabras inconexas.

—Lamad... Lamad... el desierto está cerca... verde terciopelo... verde terciopelo... sol y estrellas...

—Hamad —le habló Ingvar asiendo con ternura el tembloroso cuerpo del sureño, tratando en vano de consolarlo—. Hamad, debes acompañarnos. Ven con nosotros. Lamad ya no... —y se interrumpió, contemplando con gran dolor al noble y generoso comerciante.

Pero Hamad no atendía y su mente había traspasado el umbral de las puertas de la demencia.

—Verde terciopelo, Lamad, verde terciopelo... sol sobre el desierto... verde terciopelo —deliraba Hamad.

Ingvar se incorporó al tiempo que en su cabeza reverberaban lacerantes las palabras que le dijo a su hermano la noche que conocieron a los dos sureños: “Pondremos en peligro sus vidas. Hamad y Lamad son buena gente”. Aquel augurio, tristemente, se había cumplido.

—Cuídale —le rogó Ingvar con mirada suplicante a Tigot quien no oía al alko pero leía las palabras brotando de sus labios.

El hijo del trueno se encaminó hacia Ira y Oyvind. Su hermano, aunque aturdido, parecía haber recobrado el conocimiento.

—¡Vámonos! No hay tiempo que perder. Los gorglins caerán sobre nosotros.

Oyvind se apoyó en los hombros de Ira e Ingvar y, caminando con dificultad, se dirigieron hacia la cocina tan rápido como las fuerzas del alko le permitían.

Fuera de la posada los gorglins se habían hecho con un grueso madero que ahora usaban como ariete para tratar de derribar la puerta. Parte del grupo se disgregó, afanándose en encontrar otra vía de entrada a la posada. Cuando Ingvar ya se hallaba en la callejuela exterior y ayudaba a Oyvind a salir por la ventana de la planta baja, escucharon los gritos de los gorglins desde el otro extremo de la calle:

—¡Aquí! ¡Los traidores tratan de escapar!

Rápidamente nuevos gorglins acudieron a reforzar a los cuatro que habían descubierto a los nerlingos, mientras el resto redoblaba las embestidas contra el portón con el improvisado ariete. La madera tachonada por remaches de hierro negro comenzó a agrietarse, cediendo ante los embates de los esbirros de Zornik. Ingvar fue

a echar mano de su espada para defenderse de los cuatro gorglins que corrían a atacarlos desde el extremo del callejón, pero se percató que estaba desarmado.

—¡Maldición! —gruñó enfurecido—. Mi espada está en la posada. ¡Rápido Ira, alcánzame el puñal de Oyvind!

Ira obedeció y diligente le entregó el puñal de caza que su hermano siempre llevaba colgando de la cintura. Oyvind, apenas sin fuerzas para hablar, negó con la cabeza, tratando de evitar que su hermano se enfrentase contra los cuatro gorglins con sólo un cuchillo.

—Rindámonos —le dijo sin apenas fuerza en la voz.

—Antes varios de los gronings pagarán con sangre la muerte de Lamad. Entrad dentro de la posada —les ordenó y, girando sobre sí mismo, se precipitó contra los gorglins.

La anchura de la callejuela trasera no era mayor a un par de pasos, por lo que la inicial ventaja numérica de los gorglins quedaba anulada. Cuando Ingvar escuchó con nitidez la agitada respiración del primero de sus adversarios lanzó con increíble precisión el puñal de Oyvind, clavándolo en el cuello del gorglin, quien soltó la lanza y aferró con sus dos manos el cuchillo que comenzaba a teñirse del rojo de la muerte. Ingvar se lanzó de un salto al suelo con los dos pies por delante y, con un rápido movimiento, arrancó del cinturón del moribundo la espada y su vaina. Desenfundó la espada con maestría mientras empujaba de una patada al gorglin contra los tres compañeros que avanzaban por la angosta callejuela. Una lanza pasó silbando a menos de tres palmos del alko, quien se incorporó de un nuevo salto y, elevando la espada con ambas manos sobre su cabeza, descargó con inusitada furia un mandoble sobre el gorglin que le había lanzado la alabarda.

—¡Probad en vuestras carnes vuestra maldita hoja de sierra! —aulló con fiereza una vez acabó con el segundo adversario—. ¡Probad el frío de vuestro acero! —y siguió avanzando mientras el collar formado con los dientes del demonio gris se balanceaba sobre la cicatriz de su cuello confiriéndole un aspecto de temible guerrero.

Los dos gorglins restantes parecieron acobardarse ante el empuje y la destreza demostrada por su adversario con la espada, pero la llegada de nuevos refuerzos hizo que recuperasen su coraje. Dos nuevas lanzas volaron contra Ingvar, quien a duras penas pudo esquivarlas, parapetándose tras uno de los cadáveres de los gorglins. Un nuevo enemigo corrió desafiando al alko y le hizo retroceder ante sus estocadas, pues Ingvar acababa de levantarse tras evitar las alabardas gronings. Ambos se enfrascaron en un terrible duelo, pues el gorglin era veloz y experto con la espada y, con cada embestida, lograba hacer retroceder al alko. Los refuerzos lanzaron una nueva lanza e Ingvar no tuvo más remedio que batirse en retirada, pues el gorglin al que se enfrentaba era un adversario terrible y, si ya de por sí era incierto el resultado del duelo de espadas entre ellos, sería imposible derrotarlo mientras nuevos refuerzos lo hostigaban. Aún en dos ocasiones debió detenerse y contraatacar para no verse

alcanzado por el desgarrador tajo del filo de la hoja de sierra. Cuando llegó a la ventana por la que había abandonado la posada contempló con impotencia y desesperación, cómo dos gorglins maniataban a su hermano y un tercero tenía presa a Ira, abrazando con el filo de una daga curvada la delicada garganta de la nerlinga.

—Entrégate o la esclava morirá —le conminó el gorglin.

Ira negó con la cabeza y dirigió una mirada suplicante a Ingvar para que no se rindiera ante los gorglins, pero el hijo del trueno decidió claudicar. No se perdonaría que algo pudiera ocurrirle a la joven nerlinga, no ahora que sabía que estaba enamorado de ella.

Ingvar miró con desprecio al gorglin que lo observaba desafiante con una ladina sonrisa en la boca, y a regañadientes soltó la empuñadura de la espada. Cuando ésta cayó en el suelo, reverberó con un frío y metálico sonido en las paredes de la angosta callejuela. Ese sonido fue el último que el hijo del trueno escuchó antes de sumirse en la más profunda y oscura de las noches, ya que el gorglin con el que había luchado en el callejón le golpeó en la cabeza con la cara plana de la hoja de su espada. Ingvar cayó inerte en el callejón, desplomado junto a la espada gorglin sobre el frío suelo de piedra.

—¡Apresadle y conducidle junto al otro traidor a palacio! —gritó el gorglin que había derribado a Ingvar.

—Se hará como ordena, mi capitán Inorkul.

—Y tú, maldita renegada, pagarás por la traición a la princesa. Ahora sabrás lo que te aguarda a ti y a los de tu inmundada calaña —sentenció Inorkul.

—¡No! ¡Maldito, no te atrevas a tocar a Kajsa! —y el gorglin que la mantenía inmovilizada ahogó el desesperado grito de Ira, presionando con la afilada daga sobre el delicado cuello de la esclava, adornándolo al instante con un fino collar de rojizas cuentas.

El latido del tiempo no conocía demora posible y la estrella del día caminaba incansable sobre ominosas nubes grises, siniestros artificios algodónados de la lamia Urkha que privaban a los hombres de la cálida caricia del sol. Era más del mediodía, pero en Groningburgo, las brumas amortajaban el palacio del rey.

—¡Arrodillaos ante el Rey y la princesa! —fueron las primeras palabras que volvió a escuchar Ingvar tras recobrar el conocimiento.

La cabeza le retumbaba y le dolía terriblemente. Se tocó la nuca y sintió un pinchazo al palpar una costra de sangre seca que se le había formado bajo el cabello. Aquella voz que gritaba amenazante era la misma que había escuchado antes de que le golpeasen por la espalda. Era la voz del mismísimo Inorkul, capitán de los gorglins y mano derecha de Zornik. Trató de mirar a derecha e izquierda, pero un repentino mareo se apoderó de él. No podía caer al suelo, pues yacía tumbado sobre una lisa, fría y pulida superficie. Sin embargo sintió la cálida y suave caricia de las manos de Ira que, junto a su herido hermano, le sujetaban tratando de incorporarle para que



Inorkul no hiciera chasquear el látigo que portaba en su mano.

Ingvar se inclinó sobre su rodilla derecha y a duras penas pudo alzar la mirada. Entre borrosas siluetas pudo percibir la grandiosidad de la sala del trono, un bosque de impresionantes columnas de mármol decoradas con cuidados relieves y coronadas por capiteles en forma de flor de loto. Frente a él, sentado en un egregio trono de mármol negro, alcanzó a distinguir una amenazante y conocida figura.

—¡Ja, ja, ja! ¡Por todos los dioses! —rió grotescamente Zornik al contemplar su rostro—. El traidor nerlingo vuelve a arrastrarse a mis pies. ¿Es que acaso no tuviste suficiente con nuestro encuentro en el paso del norte que de nuevo regresas a mí?

Ingvar agachó su cabeza como en un acto reflejo, pues recordaba la terrible huella que dejó en su alma la incontenible mirada del rey brujo. Podría enfrentarse a la más brutal de las torturas, mas no sería capaz de volver a soportar un duelo de miradas con Zornik. Antes de hacerlo pudo distinguir sentada sobre un sitial blanco a la diestra de Zornik, a una bella joven de cabellos negros y rizados como una catarata de obsidiana, sin duda la princesa Ihola.

—Así que no te bastaba con colaborar y proteger al maldito bastardo de la extinta estirpe real, sino que además pensabas que podrías sembrar el terror en el corazón de mi imperio —y Zornik se levantó de su trono acercándose pausadamente hacia los tres alkos, quienes eran vigilados de cerca por Inorkul y media docena de sus gorglins—. ¿O quizás lo que pretendías era acabar conmigo, insensato mortal? —y con tres pasos ágiles y silenciosos como los de un gran felino se plantó frente a Ingvar. Agarró con su mano nervuda la barbilla del hijo del trueno y le obligó a mirarle a los ojos. Bastó un solo instante para que la mirada de Zornik traspasara el alma del nerlingo—. Vaya, vaya. A fe que no me equivocaba. El joven cachorro de oso blanco porfiaba por asesinarme, ¡ja, ja, ja! —y de un manotazo soltó la presa sobre el rostro de Ingvar desechándolo como a un manantial agotado—. Y además esta vez has venido acompañado. Muy bien acompañado por lo que veo —susurró pérfido al tiempo que rodeaba por la espalda a Ira—. No, realmente eres egoísta, avaricioso, insaciable. En eso te pareces a mí, ¡ja, ja, ja! —y volvió a reír—. No solo no te valía con matarme, sino que además tenías que hacer daño a mi pequeña —y se giró hacia su hija extendiendo su brazo derecho, invitándola a acercarse—. El cachorro de oso blanco se enamoró de la esclava de mi princesa y pensó arrebatarla de su lado. ¿No es cierto, mi dulce pequeña? —terminó con una siniestra sonrisa cuando su mano se unió a la de su hija.

—Es cierto padre —habló Ihola—. Esta bastarda nerlinga, fiel a la sangre de su calaña, conspiraba a nuestras espaldas. Thura, la vieja esclava me lo contó todo. Vio cómo se miraban, como hablaban, y no se equivocó en su juicio. Y por ende, descubrió a los traidores de Groningburgo —e Ihola agarró la larga melena castaña de Ira, la sujetó con fuerza y, sacando una daga de entre su blanca túnica de seda, se la cortó de un tajo. Ira no dijo una sola palabra, no emitió un solo gemido, no pronunció una sola súplica, pues era conocedora de la crueldad de la princesa. Si Ihola hubiera

intuido en ella la menor muestra de debilidad, no hubiera dudado en matarla allí mismo sobre el suelo de palacio.

—¿Qué sugiere mi dulce princesa que hagamos con tamaña ingrata? —preguntó divertido Zornik.

—Profanar el amor, la confianza, la compasión, la piedad. Ésas parecen ser las virtudes de la esclava traidora —dijo Iholá—. Quizás su destino más apropiado sea retozar en algún lupanar cercano al acantonamiento de las legiones del norte. El invierno y la soledad logran enfriar el corazón y el espíritu del más bravo de los soldados. Nuestra querida traidora podrá profanar sin descanso en aquellos agrestes eriales el cuerpo de los legionarios.

—Sea —concedió Zornik al tiempo que el desgarrador grito de Ingvar pidiendo clemencia resonó en toda la sala del trono.

Inorkul hizo restallar su látigo contra la espalda del alko y, sin solución de continuidad, uno de sus gorglins le golpeó con la empuñadura de la lanza, dejándolo de nuevo tendido e inconsciente sobre el frío suelo de mármol. Oyvind no levantó la cabeza, pero pudo sentir cómo los ojos de Ira se llenaban de lágrimas ante el destino que Iholá le había reservado. Pero la princesa aún tenía guardado un último y emponzoñado presente para la joven esclava nerlinga.

—Tengo otro deseo que querría me concedieras, padre —continuó con voz sumisa Iholá.

—Si está en mi mano el poder complacerte... —dejó Zornik la frase teatralmente suspendida en el aire.

—Se trata de la hermana de la esclava, una jovencita de apenas quince años —dijo Iholá—. Es aún más hermosa que la traidora, pero ya no podría confiar en ella. Soy demasiado débil y benévola con mis esclavas, lo admito —dijo burlándose—. Pero quizás un regio Mariscal como Burkelen podría domar a esa joven potrilla y hacer que su descendencia no termine degenerando en una pocilga repleta de bastardos.

—Si es tan bella como dices, el buen Mariscal estará encantada de tomarla como concubina —volvió a conceder Zornik.

—Nooo... Nooo, por favor, os lo ruego —gimió entre sollozos Ira—. Matadme, tomadme, haced conmigo lo que queráis, pero por favor, os lo ruego, no hagáis daño a Kajsa, no a mi pequeña...

—¡Silencio, esclava! ¡¿Cómo osas dirigirte al Rey o a la princesa?! —ladró Inorkul y su látigo golpeó sobre la espalda de Ira estremeciendo todo su cuerpo.

—Quitad de mi vista a esta traidora —ordenó con voz firme y cruel Iholá—. Ya no posee la consideración de esclava —y los gorglins obedecieron prestos las órdenes de la princesa, arrastraron fuera de la sala del trono a Ira, quien gritaba llorando desconsolada ante el terrible castigo que Iholá le había impuesto.

Cuando los gorglins desaparecieron tras la gran puerta de entrada a la sala, Zornik volvió a dirigirse a su hija:

—¿Han quedado satisfechos los deseos de mi dulce princesa?

—Más que satisfechos, mi señor y complaciente padre —y con una sonrisa burlona a la que correspondió su padre con una teatral reverencia, la princesa se encaminó altiva hacia el acolchado sillón de plumas de cisne tapizado en un singular y nacarado cuero. Una vez Iholá se hubo sentado, Zornik volvió su atención hacia Oyvind.

—Esta audiencia comienza a hastiarme —dijo y los gorglins rieron con ahogadas risas guturales—. ¿Cuál será el dictado para el último de los traidores? ¿Cuál será su merecida condena? ¿Quizás alimentar a mis cachorros de wolkur? ¿Acaso decorar con su cabeza y su rubia cabellera las almenas de Groningburgo? —e Inorkul y los gorglins seguían riendo entre dientes—. ¡Vamos, maldito cobarde! ¡Alza tu cabeza y mírame a los ojos! —gritó súbitamente Zornik—. ¿O es que te asusta contemplar el rostro de un rey, de tu único y verdadero Rey?

Hasta ese instante Oyvind no había levantado la mirada del suelo, pero al oír la orden de Zornik, alzó lentamente su cabeza hasta cruzar su mirada con la del rey brujo, y así la sostuvo sin mostrar el menor atisbo de temor, serena pero desafiante. Zornik se quedó helado al contemplar el rostro de Oyvind, idéntico como una gota de agua a otra a su gemelo Ingvar, al rostro de aquel maldito nerlingo, aquel hermano de sangre de los norteños a quien había interrogado cientos de lunas atrás en el paso del norte y al que apenas unos instantes antes acababa de volver a escrutar a través de sus ojos. Mas algo muy dentro de Zornik comenzó a agitarse, pues aquellos ojos, iguales pero tan diferentes a los del otro gemelo, proyectaban un aura poderosa, un halo que traspasaba la negra e invisible coraza que le protegía y que hasta ahora ningún mortal había logrado destruir. Y ambas miradas, la traslúcida y noble de Oyvind, y la bruna y pérfida de Zornik, se enfrentaron en un duelo singular en la sala del trono de Groningburgo, mientras los gorglins y la princesa Iholá contemplaban atónitos la escena.

Y Zornik no pudo leer en el alma de Oyvind, no pudo penetrar más allá de sus azules ojos, y éstos se convirtieron en un gigantesco océano en el que Zornik y el espíritu que lo poseía se desvanecieron como granos de arena en el desierto. Y a la mente de Zornik retornaron los augurios de la lamia, y en su cabeza una y otra vez, una y otra vez, la frase de Urkha se repetía hasta el infinito, debilitando la voluntad del rey brujo: *“Alejados a los gemelos mantendrás, o a miles de tus hombres enterrarás”*.

Y fue entonces que, cuando una minúscula falla se abrió en el manto de infinita maldad de Zornik, cuando el bruno poder del maligno espíritu se resquebrajó, Nerlinguía bendijo la mirada del hijo del relámpago y Oyvind pudo leer en lo más profundo de la lóbrega oscuridad de Zornik. Y leyó sus pensamientos, sus anhelos, sus planes más cercanos, y lo que el alko vio fue tan maléfico, tan aterrador, tan tenebroso, que sintió jamás podría volver a descansar una sola noche hasta acabar con la amenaza que se cernía sobre el mundo de los hombres.

Zornik contempló impotente cómo la luz de la diosa Nerlinguia penetraba en su espíritu a través de los azules ojos de aquel alko escrutando curiosa como una niña, buscando los secretos que ocultaba en lo más profundo de su diabólico ser.

—¡¡¡Los que nacieron bajo la tempestad, morirán bajo ella!!! —gritó con voz demente Zornik mientras retrocedía apartando sus ojos de los de Oyvind.

Las mismas palabras que había pronunciado en su pesadilla, cuando se encontró frente a frente ante Kiril y los dos gemelos del trueno y el relámpago, volvieron a brotar de sus labios como única defensa posible. Mientras, Oyvind, exhausto tras el duelo con Zornik y debilitado por la sangre que había perdido a causa de su herida, cayó desvanecido al suelo, como si un rayo hubiera traspasado su cuerpo.

En la sala del trono nadie osó pronunciar ni un solo murmullo. Sólo Ihola se atrevió, al cabo de unos instantes, a acercarse a su padre.

—¿Te encuentras bien, padre? —preguntó aferrándole del brazo.

—Déjame, no me pasa nada —respondió enojado Zornik—. Llevaos de mi vista a este nerlingo. Encerradlo con su hermano, pero no en las celdas de la prisión, eso sería gratificarles con un premio. ¡Llevadlos a la Celda del Wolkur! Si sobreviven a su estancia en ella, tendrán el honor de ser una de las atracciones en la boda de Ihola. ¡Los traidores siameses contra la camada de wolkurs! ¡Ja, ja, ja! ¡Vamos! ¡¿A qué esperáis para cumplir mis órdenes?! —e Inorkul y tres de sus gorglins prendieron a Oyvind e Ingvar y los condujeron fuera de la sala.

Cuando Oyvind despertó, una insondable oscuridad le rodeaba. Recordó la lucha silenciosa que había mantenido con Zornik y creyó haber abandonado para siempre Tierra Conocida. Sin embargo, los sordos y amenazantes gruñidos que llegaban desde las entrañas del mundo, le hicieron pensar que había sido abandonado a su suerte en una caverna habitada por alimañas. Pero fue la caricia de Ingvar sobre su hombro lo que lo serenó.

—No te muevas, hermano —le previno—. Una jauría de wolkurs está confinada con nosotros en esta prisión. Los gorglins la llaman la Celda del Wolkur. Gruesos barrotes de hierro oxidado al frente, húmedas y frías paredes por techo y, a ambos lados, suelo de piedra cubierto de musgo. A nuestra espalda, el infernal vacío, la nada y la muerte en forma de afiladas fauces y ojos inyectados en sangre. No hay escapatoria, hermano. Hemos sido condenados a morir.

Oyvind sintió que de nuevo las fuerzas le fallaban y la consciencia le abandonaba entre oscuras y difuminadas brumas. Se tumbó sobre el húmedo suelo de piedra, y el musgo que crecía en aquellas oscuridades le hizo creer que yacía sobre un acolchado y suave jergón.

—Dormiré sobre este suave terciopelo —musitó delirando Oyvind antes de perder el conocimiento.

—Verde terciopelo —dijo derrotado Ingvar, acariciando los rubios cabellos de su hermano, recordando al anciano Hamad—. Verde terciopelo —repitió mientras sus

ojos se colmaron de lágrimas—. Frío y verde terciopelo.

## TENKOLMAR SE LEVANTA

La insondable oscuridad que acompañaba a las noches sin luna no era la misma en las estribaciones septentrionales de las Montañas Blancas. Las primeras nieves del otoño habían bañado de un blanco níveo las laderas montañosas al resguardo de las cuales transitaba la compañía de norteños comandada por Simas. El sol se había hundido en el oeste con el ocaso, incendiando con sus últimos destellos de un color rubí los escarchados campos del norte.

La compañía procedente de la Batalla de Eloburgo había cruzado sin contratiempos los Valles Solitarios para después remontar hasta las Montañas Blancas y dirigirse a Sildenburgo. Esa noche, bien entrada la madrugada, alcanzarían el burgo más meridional de las Tierras Frías. Los norteños anhelaban dormir al abrigo de un techo, comer carne crujiente y aceitosa asada en un espetón, beber una buena jarra del áspero vino del norte y, por qué no, un buen trago de su codiciado licor de fuego.

Cuando el sueño comenzaba a emboscar a la silenciosa compañía bajo el frío manto estrellado, las llamas de media docena de antorchas que circundaban el burgo irradiaron su fulgor sobre los campos blanquecinos, tiñéndolos de amarillo como si el amanecer acudiera a darles la bienvenida.

—Las luces del norte, imperecederas y fugaces, visibles y ocultas —susurró con añoranza Simas.

Con un penetrante silbido, los exploradores que se habían adelantado a la compañía, confirmaron que el burgo dormía tranquilo. Envueltos en un completo silencio, que ni siquiera los caballos osaron romper con un relincho, Simas y sus hombres llegaron como sombras furtivas a Sildenburgo. El líder de Tenkolmar se dirigió a la cabaña de Dinara, en la cual, lunas atrás, se reencontró con el fantasma de su amigo Gródolas. La buena de Dinara, quien tenía un sueño ligero, se despertó en cuanto escuchó los golpes en la puerta de entrada. Abrió la puerta de su cabaña envuelta en una gruesa manta de lana y, cuando contempló el rostro de Simas frente a ella, se abrazó fuertemente al norteño, a quien aquellas efusivas muestras de cariño pillaron por sorpresa. Tal fue el énfasis que puso Dinara, que no se percató que la manta se le había desprendido de los hombros, por lo que cuando se separó de Simas tras el caluroso abrazo, su cuerpo sólo quedó cubierto por un largo camisón de tela de color crema. Cuando Simas y los hombres que le acompañaban la miraron, Dinara no se ruborizó.

—¿Es que no habéis visto nunca a una mujer en paños menores? ¿Sólo por estar unas lunas guerreando y durmiendo entre árboles, pájaros y montañas, me miráis como si fuera una bella doncella? Pasad desdichados. Un buen lechón y una jarra de vino sanarán esas fiebres, ¡ja, ja, ja! Y vosotros os hacéis llamar hombres del norte. ¡Ja, ja, ja! —y rió a carcajadas invitándoles a entrar al calor de la posada, mientras Simas y sus hombres eran los que sentían el fuego del rubor en sus rostros.

Los norteños no rechazaron la invitación de Dinara, pues la travesía bajo el cielo

raso les había dejado ateridos de frío. Simas fue el único que se atrevió a hablar a la oronda posadera sin ruborizarse.

—Intentaremos no importunarte en demasía esta noche —dijo frotándose las manos y echando su aliento sobre ellas, tratando en vano de hacerlas entrar en calor—. Unas jarras de vino y algo de queso serán suficientes para mis hombres. Pero lo que más agradeceremos será poder dormir al cobijo de un techo.

—Los que no tengamos sitio en la posada o cabañas de los lugareños nos arreglaremos para dormir en los establos y almacenes —se animó a hablar Vladas—. Después de dormir tantas lunas al raso, incluso la paja húmeda bajo una tejavana será un comfortable jergón.

—Eso no será ningún problema —sonrió Dinara—. Como veis, la recepción de mi posada es amplia, al igual que el suelo de mi comedor, por lo que al menos veinte de vosotros podréis descansar aquí. Avisaré también a Rhimas, Sarunas, Valdemaras y los otros, si es que aún no se han despertado con mis carcajadas.

—Mil gracias, Dinara. Mil gracias otra vez por tu hospitalidad —dijo Simas.

—No hay de qué, pero confío en que cuando los gronings hayan desaparecido de la faz de la tierra y el gran Simas pueda gobernar en el norte, recuerde la contribución de esta pobre posadera a la Alianza de Tenkolmar y envíe a algunos de sus hombres para reparar y ampliar la cabaña, y así poder convertirla en la posada más hermosa y renombrada al norte de las Montañas Blancas.

—Te doy mi palabra, mas con una condición: tendrás que ponerle un nombre.

—La posada de Dinara —respondió sin vacilar la mujer norteña—. Así es como se llamará, pues así es como todos la conocen. Y sobre la entrada penderá un tablero con ese nombre, en letras de color oro sobre fondo negro y un gran oso blanco hibernando... mi gran oso blanco... —y recordó con añoranza a su marido al que tiempo atrás había perdido—. Pero dejémonos de cháchara —dijo mientras se giraba dando la espalda a los hombres para enjugarse una lágrima—. Ayudadme a preparar unas jarras de vino y a cortar el queso. Los demás que vayan instalándose sobre el suelo de la posada.

Los norteños, agotados por el viaje, obedecieron a Dinara y, en menos que canta un gallo, toda la compañía había sido alojada por los hospitalarios habitantes de Sildenburgo. En la posada, muchos roncaban ya ruidosamente, sin haber tenido apenas tiempo para dar siquiera un trago del vino de tonos violáceos que Dinara les había ofrecido.

—Esta noche será peor que pasarla en compañía de un grupo de bardos borrachos —le dijo sonriendo la oronda posadera a Simas—. Tus hombres no han hecho más que empezar a entonar las primeras estrofas de sus estridentes melodías sin letra —se rió refiriéndose a la ruidosa serenata de ronquidos.

—Discúlpanos por irrumpir de esta manera en tu hogar y privarte de tu merecido descanso —dijo Simas—. Las próximas lunas habilitaremos un campamento en el burgo y podrás descansar. Pero prométeme que podremos regresar al atardecer para

degustar tus exquisitos guisos.

—Por supuesto —sonrió Dinara—. Podéis regresar siempre que querías; al despuntar o al caer el día. Sabes bien que no me importa. Es gratificante ayudaros y sentirse de cuando en vez acompañada —y el líder de Tenkolmar pudo percibir la profunda añoranza que la mujer sentía por la ausencia de su marido y sus dos hijos que fueron asesinados por una incursión groning durante las guerras del norte.

Con el transcurrir de la noche, la agitación que había envuelto a Sildenburgo fue apagándose con el ritmo acompasado de las confiadas respiraciones de los norteños. Sin embargo Dinara apenas si pudo conciliar el sueño y se afanó en preparar pan y bizcocho para saciar el voraz apetito con el que se despertarían sus huéspedes. Cuando despuntaba el alba, se acercó a la cabaña del cuñado de Rhimas para ayudarle a ordeñar sus cinco vacas lecheras y de esa manera poder llevarse la mayor parte de la producción de leche, pues algo más nutritivo que el vino aguado o la cerveza floja tendrían que beber aquellos enjutos hombres si no querían caer enfermos.

El día amaneció vacilante, despidiendo a las negras tonalidades que habían reinado durante la noche para dar la bienvenida al color oro con el que la luz del sol teñía las heladas tierras del norte. A pesar del luminoso amanecer, los hombres continuaron durmiendo durante largo rato. Cuando despertaron y contemplaron el desayuno que Dinara les tenía preparado, no pararon de agradecer a la posadera por sus cuidados y de alabar sus dotes culinarias. Tras dar buena cuenta del mismo, Simas ordenó a sus hombres levantar un campamento en la zona norte del burgo. El líder de la Alianza de Tenkolmar había decidido permanecer apostado y agazapado al sur de las Tierras Frías.

Durante la larga marcha que les había traído desde el Valle de los Elothas, Simas había reflexionado sobre el futuro que le aguardaba a su pueblo. Más de diez inviernos después del fin de las guerras del norte, en las que la Alianza de Tenkolmar quedó prácticamente desmembrada, el escaso ejército regular que se ocultaba al norte del Río Lathi había vuelto a salir de su escondite para combatir en el este junto a sus antiguos hermanos del extinto reino de Esreghaia, mientras que otro pequeño contingente participaba en el asalto a Eloburgo. El norte se había desangrado en el pasado y, ahora que apenas había comenzado a restañar sus heridas, de nuevo la savia joven de su pueblo volvía a derramar su sangre, esta vez lejos de sus hogares. Sin embargo Simas había comprendido que de nada valdría esconderse en lo más profundo de las heladas tierras septentrionales. El mal que los amenazaba no se limitaría a diezmar a su ejército, sino que aniquilaría a todo el pueblo norteño y esclavizaría a los escasos supervivientes que ya no tendrían más esperanza que rezar a Olión para que pusiese fin a sus vidas. Las palabras que Gródolas pronunció en la misma cabaña en la que ahora descansaba, habían reverberado en sus oídos durante todo el trayecto que le trajo desde Eloburgo:

—... llegará a nuestros burgos, hasta los Siete Lagos Helados y más allá de los



Hielos Perpetuos. No habrá un lugar a donde huir, no habrá futuro para el mundo de los hombres.

Aquellas palabras le habían llevado a tomar una decisión que haría que su pueblo volviera a sangrar, pero aquella sería la sangre que los dioses reclamaban a cambio de un futuro en libertad.

—Olión, no permitas que tome la decisión equivocada. Ayúdame, te lo ruego...  
—musitaba angustiado.

Simas había decidido convocar a todos los hombres con edad de poder empuñar un arma y a todas las mujeres que fueran diestras con la espada, el arco o el hacha y que estuvieran dispuestas a luchar junto a él contra la horda groning. Decidió no enviar mensajeros en busca del ejército de Kiril, el cual se rumoreaba avanzaba imparable hacia Jactinia. No se arriesgaría a que Zornik descubriese su plan. Dejaría que el rey brujo siguiera pensando que el gran oso blanco aún hibernaba en su helada cueva en lo más profundo de las Montañas Nevadas, que creyese que no más de varios centenares de estúpidos norteños se habían unido a la causa nerlinga. Ordenó llamar a Valdemaras, el joven mensajero que ejercía de correo entre el norte y el sur de las Tierras Frías, y le encomendó viajar hacia el norte siguiendo el camino principal que llevaba a los burgos pasando por Ostenburgo, Orlag, Trondemag y Tenkolmar. Portaría un único y breve mensaje: dentro de treinta lunas, Simas convocaba a los hijos del norte en Sildenburgo para partir a la última batalla, la batalla en la que Olión les brindaría la ansiada libertad pero en la que reclamaría la sangre y las lágrimas de su pueblo. Recordó al joven norteño que los puestos de vigilancia a lo largo del camino y las almenaras que jalonaban las colinas de aquellas regiones estuvieran provistas de madera seca, presta para ser quemada si Simas se veía obligado a convocarlos antes de treinta lunas. Entonces, llegado ese momento, sabrían que el destino se había anticipado y deberían cabalgar al galope día y noche sin descanso para llegar a Sildenburgo. Tras recibir la encomienda Valdemaras no se demoró y, con un ligero equipaje, partió presto a lomos de su corcel hacia Ostenburgo, mientras el sol, que en esos instantes se elevaba grandioso en el este sobre la aldea costera de Podiol, comenzaba a acariciar la figura del jinete.

Más tarde Simas hizo llamar a Vladas para confiarle la tarea de construir un pequeño fuerte en lo alto del Paso de Rocagrande, más como punto de vigilancia sobre las llanuras al norte de Halthoria que como baluarte defensivo. Una vez ese puesto hubiera sido levantado, dejaría allí un retén con una docena de hombres y seis caballos, y se dirigiría hacia el Paso del Corzo para repetir la misma operación. Ambos puestos ubicados en la frontera meridional de las Tierras Frías le servirían para controlar los movimientos de las legiones gronings del norte comandadas por el Mariscal Zotelen.

Simas había puesto en marcha su plan y rezó con todas sus fuerzas a Olión para que protegiera al Rey Nerlingo y a su amigo Gródoles, junto a los que anhelaba luchar para derrotar el imperio del terror de Zornik. Mas la visión del campo de

batalla regado por ríos de sangre purpúreos no dejaba de atormentarle. Sólo las palabras de Gródolas que lunas atrás le inquietaban, lograban calmarle reafirmandole en su decisión:

—... No habrá un lugar a donde huir, no habrá futuro para el mundo de los hombres.

Más tarde el líder de Tenkolmar observaba distraído a sus hombres mientras instalaban el campamento, cuando Vladas se le acercó inquieto antes de partir hacia el Paso de Rocagrande.

—¿Será éste nuestro final? —preguntó temeroso.

—Nuestro final... —repitió Simas sin mirarle—. Nuestro final o el comienzo de una nueva era —añadió pensativo con su mirada perdida en las Montañas Blancas.

—Que Olión nos proteja —musitó Vladas, quien en lo más profundo de su corazón presentía que el cercano invierno que se avecinaba podría ser el último que contemplaran los norteños.

## FUEGO Y CENIZAS

La luz del día se consumía entre las oscuras y apretadas nubes que cubrían el cielo de Lothikaton. A medida que transcurrían las jornadas, el firmamento se revelaba más negro y opresivo. Sin embargo, esa oscuridad no lograba ensombrecer el ánimo del Mariscal Burkelen, quien en esos instantes desgarraba entre sus dientes el muslo de un jugoso faisán. Tras dar otro par de bocados deleitando su paladar con el delicioso sabor del ave, se limpió la grasa que chorreaba por su barba y dio un generoso trago de biluk.

—Malditos nerlingos —dijo para sí—. Ahora que se acaban los últimos barriles de biluk necesitaría a un maestro destilador para rellenar esos cientos de toneles vacíos, pero resulta que no queda uno solo de esos bastardos con vida en los alrededores. Creo que debería enviar un halcón a Loriklen para que me obsequiase con varios de sus esclavos, si es que aún no los han devorado los wolkurs de Bosque Frío, ¡ja, ja, ja! —y rió como un demente al tiempo que apuraba su jarra de espumosa biluk.

Repentinamente alguien comenzó a golpear con insistencia la puerta de la estancia en la que cenaba. Visiblemente contrariado, gritó desde el interior de sus aposentos sin levantarse de la silla.

—¿Quién osa importunarme? —bramó enfadado.

—Mariscal, ha llegado un mensaje del rey Zornik —contestó uno de los soldados que estaban destinados a la guardia del castillo.

—Pasa el pergamino por debajo de la puerta —dijo Burkelen—. Lo leeré cuando termine de cenar.

—Mariscal, no hay ningún pergamino que...

—¿Cómo que no hay ningún pergamino? —le gritó al soldado—. ¿Es que acaso han grabado con un cuchillo el mensaje en las plumas del halcón?

—No ha llegado ningún halcón de Groningburgo. El mensaje lo portan tres gorglins de la guardia personal del rey.

—¡¿Cómo?! —contestó Burkelen incrédulo mientras se levantaba de la mesa.

Tres gorglins portando un mensaje de palacio. Aquello no podía significar nada bueno. Por su dilatada experiencia en el ejército groning, bien sabía Burkelen que la llegada de los gorglins siempre estaba relacionada con malos augurios. Desterrado, apresado o ejecutado. Ésas eran las tres opciones que ahora acudían a su cabeza.

—Maldito aquél que se hace llamar Rey Nerlingo. Yo te maldigo Therliangator —volvió a increpar Burkelen.

Pues aquella y no otra debía ser la causa por la que había caído en desgracia. Él, al que siempre le encargaban las misiones más importantes y peligrosas, ahora se veía incapaz de contener el avance de los ejércitos llegados desde el este que habían reconquistado Mugaburgo, mientras seguían avanzando sin oposición a través de territorio skelingo y lupeno. Zornik no perdonaba los errores y enviaba a sus

verdugos para ajusticiarle. Lo había presentido al escuchar la titubeante y temerosa voz del soldado groning desde el otro lado de la puerta. Pero si pensaban matarle, vendería cara su vida. Si debía morir, sólo lo haría a manos de su rey. Se había ganado ese honor en decenas de triunfales campañas. Se ató el cinturón con su espada a la cintura y, caminando con soberbia, se dirigió hacia la puerta para enfrentarse a su destino.

—¿Dónde están esos gorglins? —preguntó extrañado cuando abrió la puerta y únicamente encontró al soldado.

—Están cenando unas hogazas de pan con carne ahumada en el comedor, Mariscal —dijo asustado el soldado.

—Condúceme ante ellos —le espetó Burkelen y, asintiendo con la cabeza, el soldado se dirigió hacia el comedor mientras el Mariscal seguía sus pasos.

El soldado descendió por las escaleras de piedra hasta la planta baja del castillo. Tras la Batalla de Lothikaton, Burkelen se había apropiado del mismo y lo había convertido en su centro de operaciones. El antiguo castillo de los reyes nerlingos había sufrido grandes daños durante el ataque groning a Lothikaton, pero su robusta estructura de piedra había resistido lo suficiente como para que el Mariscal lo considerase más adecuado para establecer en él sus aposentos personales que instalarse en una de las desvencijadas cabañas que rodeaban al castillo. Sabía que su misión en territorio nerlingo se prolongaría más de un invierno y no estaba dispuesto a padecer el frío, la nieve o la lluvia bajo una de las tiendas de campaña que los altos mandos del ejército groning tenían asignadas durante sus campañas militares. Concretamente se hospedaba en la misma estancia que habían ocupado los lacrags nerlingos durante el período de regencia. La segunda planta se había conservado mejor que la planta baja, excepto varias estancias cuyos techos de vigas de madera habían sido consumidos por el fuego. Sin embargo la planta baja mostraba aún las cicatrices que las llamas habían provocado en ella. Las paredes de piedra estaban teñidas de un color ceniciento, negro en ocasiones, mientras que en los rincones aún quedaban restos de madera carbonizada, piedra rota y otros objetos destrozados que los gronings no se habían molestado en retirar. Únicamente el gran salón, donde los nerlingos solían celebrar la Ceremonia del Tránsito, había resistido el embate de la horda groning. Ahora había sido reconvertido en una especie de barracón que la guarnición de Lothikaton utilizaba a modo de cocina y comedor, pero en la que no quedaba rastro alguno de los emblemas o estandartes nerlingos. Muchas de las mesas y bancos habían sido pasto de las llamas, por lo que en ocasiones los soldados utilizaban toneles vacíos a modo de improvisadas mesas o sillas.

En un apartado y oscuro rincón de aquel gran salón, ahora sombrío y teñido del gris y negro de las cenizas de Lothikaton, los tres gorglins devoraban ansiosos una nueva ración de carne ahumada que el cocinero del Mariscal les ofrecía.

—Ojos ávidos y voraces, ojos asesinos, ojos de wolkur —dijo para sí el Mariscal—. Así son los cachorros de Inorkul.

Los tres gorglins desviaron su feroz mirada hacia la entrada del gran salón en cuanto percibieron la presencia del Mariscal. Burkelen cruzó con paso altivo por el arco de la misma, pues ya no había puerta que franquease el paso, más que unos carcomidos listones de madera y tres goznes metálicos anclados en la piedra.

Los tres gorglins parecieron quedar saciados de repente, olvidando la sazónada ración de carne que instantes antes devoraban con avidez. Se dirigieron prestos al encuentro del Mariscal quien, haciendo valer su rango, permaneció con gesto solemne aguardando a que los esbirros de Inorkul se presentaran ante él.

—Gran Mariscal de las legiones gronings del Sur —saludó con una tensa reverencia el gorglin, mientras el soldado que acompañaba a Burkelen y el resto de gronings que cenaban en el salón se hicieron a un lado, temerosos de la guardia personal de Zornik—. Porto un mensaje de nuestro rey. Mi capitán Inorkul quiso venir a entregároslo en persona, mas inaplazables asuntos lo retienen ahora en Groningburgo —dijo refiriéndose a los recientes sabotajes en la capital groning de los que Burkelen no tenía noticia alguna.

—Dile a tu capitán que queda excusado —contestó con forzada cortesía el Mariscal mientras recordaba cómo Zornik, Inorkul y varios de sus gorglins irrumpieron en la tienda de los Mariscales en el Embarcadero del Morkurgul y el mismo rey brujo colocó su afilada daga en el cuello de Arniokelen. La mirada de desprecio que Inorkul les dedicó a él y a los otros Mariscales aún permanecía grabada a fuego en su orgullo.

—Éste es el mensaje del rey —dijo el gorglin extendiendo un pergamino enrollado y sellado con lacre real.

Burkelen lo tomó sin dejar de mirar a los ojos del gorglin, quien en su mirada mostraba una extraña mezcla de fiereza, desprecio y desafío. Rompió cuidadosamente el lacre para no dañar el pergamino y lo extendió con lentitud. Apartó su mirada de la de aquel gorglin y comenzó a leer con interés el mensaje. Sus ojos se fueron abriendo más y más en un gesto de sorpresa a medida que leía una nueva línea. Cuando terminó de leer la breve misiva volvió a mirar al gorglin quien lo contemplaba impertérrito sin expresar emoción alguna.

—¿Habéis comprendido el mensaje? —preguntó repentinamente el gorglin.

—¿Qué? —respondió sorprendido Burkelen.

—Si habéis comprendido el mensaje, Mariscal —volvió a repetir impasible—. El rey Zornik me ordenó que os hiciera expresamente esa pregunta, pues a mi regreso debo transmitirle en persona vuestra respuesta.

—Sí sí, lo he entendido —contestó dubitativo Burkelen—. Pero...

—Son las órdenes del rey, si es lo que nuevamente preguntáis. Nuestro rey me previno ante vuestras más que probables dudas. ¿Cuál es entonces la respuesta que debo transmitir?

El Mariscal Burkelen ardía de ira en su interior y en aquel momento no deseaba otra cosa que no fuera ahogar con sus propias manos al insolente gorglin, pero no se

permitió traslucir sino unos leves coléricos destellos a través de sus pupilas. Respiró tratando de serenarse y respondió al gorglin:

—Transmite este mensaje a nuestro rey. Dile que el Mariscal Burkelen se presentará ante él dentro de dos semanas en Groningburgo al frente de las legiones del Sur. Dile que mañana antes del mediodía, partiremos de Lothikaton cumpliendo la encomienda que en su mensaje ha detallado —terminó cortante.

—Partiré hacia Groningburgo junto a mis dos hermanos con las primeras luces del alba —respondió el gorglin—. Nuestro rey se complacerá de escuchar el mensaje que portamos.

—Confío en que así sea —respondió Burkelen dulcificando el tono de su voz—. Y ahora, tú y tus dos compañeros podéis terminar vuestra cena. Si necesitáis aposentos para alojaros hacédselo saber a mis hombres —y sin dar tiempo a que el gorglin rechazase su ofrecimiento, Burkelen dio media vuelta y a paso ligero salió del salón y subió los escalones de piedra que conducían hasta sus aposentos mientras maldecía las órdenes recibidas por Zornik. En su camino se cruzó con una pareja de soldados que acababan de terminar su turno de guardia en las almenas del castillo.

—¡Vosotros dos! —les gritó mientras los dos soldados se agitaron sobresaltados.

—Acabamos de terminar nuestro turno de guardia, Mariscal —respondió uno de los dos soldados sin atreverse a mirar a Burkelen.

—Bien por ti, estúpido —respondió—. ¿Vais de camino al gran salón, no?

—Sí, mi señor.

—Pues decidle al maldito cocinero que prepare una gran tinaja de vino tinto para mí. ¡Y la quiero ya en mis habitaciones! —bramó rojo de ira.

Los dos gronings no dijeron palabra y bajaron de tres en tres los escalones que conducían a la planta baja. Transmitieron los deseos al cocinero y le dijeron que el Mariscal había pedido que fuera él mismo el que le llevara el vino. Ellos no deseaban volver a cruzarse una vez más con el iracundo Burkelen antes de que terminase aquel día.

El cocinero preparó una tinaja de barro con el mejor vino tinto que había encontrado en sus incursiones por las bodegas del castillo de Lothikaton. Era un vino violáceo de las regiones skelingas, recio y con aroma a roble, que a buen seguro calmaría a la fiera que había despertado dentro del Mariscal. Calentó unos trocitos de carne cortados con precisión de las manos de un cerdo, los cuales enrolló en un perfecto rulo, presentándolos sobre una bandeja de plata junto a varios trozos de carne ahumada. Cuando llamó a la puerta del Mariscal, éste reprendió al cocinero por su tardanza, pero al olfatear el olor de la carne mezclada con el aroma del balsámico vino skelingo, indultó a su sirviente reprendiéndole con un “la próxima vez no seré tan magnánimo”.

Tras dar cuenta de varios vasos de vino y degustar la deliciosa carne de cerdo, la cólera de Burkelen se fue apagando al igual que se sofocan las llamas con el agua de un diluvio. El vino atemperó su ánimo y dejó que su mente pudiera reflexionar libre

del yugo de la ira.

—Devolver sin presentar batalla estas tierras conquistadas a ese traidor que se proclama Rey de los Nerlingos —pensaba en voz alta Burkelen—. ¿Es que acaso Zornik teme a un puñado de renegados y aldeanos venidos del este? ¡Qué si les acompañan varios cientos de norteños! Por muy bravos que sean no serán rival para mis legiones. ¡Los aplastaría como a hormigas en campo abierto! —gritó dando un puñetazo en la mesa mientras varias gotas de vino se derramaron sobre la mesa—. ¿Es que el rey ya no confía en su más valiente y leal Mariscal? —y permaneció callado durante unos instantes—. No, eso no. Si hubiera perdido su confianza en mí esos tres malditos gorglins habrían venido a ejecutarme, no a entregarme un mensaje del mismísimo rey. No, por alguna extraña razón, Zornik no quiere aún enfrentarse al renegado nerlingo. Quizás sepa algo que los demás desconocemos. Quizás busca que el nerlingo acuda a su encuentro, que continúe su largo camino, que lentamente se vaya desangrando, para al final ejecutar el golpe maestro que acabe para siempre con él y extermine a esa cohorte de proscritos y rufianes que lo siguen —y mientras cavilaba volvió a beber del vino, mientras su mente parecía volverse más lúcida con cada nuevo sorbo del néctar violáceo—. Le mostraremos el camino hacia Groningburgo. Lo verá, sí, claro que lo verá. El fuego y las cenizas lo conducirán hasta Puente de Piedra. Fuego y cenizas, fuego y cenizas, ¡ja, ja, ja! —y el vino skelingo se abrió paso en su garganta abrasando el gástrico del ebrio Mariscal.

El ejército de la Alianza, comandado por Kiril y sus capitanes, avanzaba a paso lento bajo la fina pero persistente lluvia que azotaba a Jactinia y que no les había abandonado desde que partieran de Maraburgo. A medida que se acercaban a Helkoburgo, el más meridional de los burgos nerlingos, el ominoso aliento de Urkha comenzaba a cubrir el cielo de grises vapores. A pesar del hostil recibimiento, para Kiril y Maikel suponía el anhelado regreso al hogar. Los dos alkos cabalgaban ensimismados en esos pensamientos, mientras los hombres de Saralamath sentían una creciente angustia en sus corazones, recordando cada día y cada noche los azules y cálidos cielos sureños. Repentinamente, la irrupción de dos jinetes frente a la columna hizo despertar a Kiril de sus ensoñaciones.

—¡Olaf y Lonar se acercan! —gritó uno de los soldados que viajaban a la vanguardia de las tropas.

Tras las dos semanas que el ejército de la Alianza permaneció en Maraburgo, el bueno de Olaf se había recuperado de su fractura en el brazo y nuevamente se había incorporado al grupo de exploradores para el que había reclutado a Lonar, su compañero de celda en Mugaburgo.

—¿Qué noticias traéis? —les preguntó Maikel a los dos exploradores.

Olaf tardó unos instantes en responder mientras trataba de disimular una expresión de sorpresa en su cara.

—¡Vamos, hablad! ¿Qué es lo que sucede? —les apremió Kiril, para quien el gesto de sorpresa del espíritu errante no había pasado desapercibido.

—Los gronings se retiran del territorio nerlingo —dijo el norteño—. Los últimos hombres de su retaguardia se internan en la Senda de las Águilas...

—¡No puede ser cierto! —replicó Maikel.

—Es una trampa —añadió Gródolas—. Sus hombres estarán ocultos en el Bosque de Alkos.

—El Bosque de Alkos no es más que un montón de cenizas y madera quemada —se lamentó Kiril.

—No sólo el Bosque de Alkos —habló Lonar.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Maikel al instante, mientras Enna y Oerlikon temían que algo peor pudiera haber ocurrido.

Olaf y Lonar cruzaron temerosos sus miradas antes de responder.

—Las llamas del Bosque de Alkos se consumieron hace cientos de lunas, mas el fuego destructor vuelve a devorar vuestro hogar —dijo Olaf con tristeza—. Los gronings han incendiado los cinco burgos y la capital avivando el fuego con leña nueva y, a pesar de la lluvia, columnas de fuego se extienden de este a oeste alcanzando las estribaciones de Bosque Verde y el Bosque Ranwuhan.

Un desolador silencio se hizo entre el grupo de los capitanes. Todos sabían lo que para Kiril y Maikel suponía regresar a su hogar. Habían imaginado que entrarían victoriosos en Lothikaton tras derrotar a los esbirros de Zornik, pero jamás supusieron que el rey brujo les entregaría ese presente envuelto en lenguas de fuego.

Kiril se alzó sobre su montura y miró hacia el horizonte, pero desde la hondonada por la que ahora transitaban solo pudo contemplar el manto gris con el que Urkha cubría aquellas tierras.

—¡Maldito! ¡Mil veces maldito! —gritó Maikel elevando su puño cerrado hacia el cielo—. ¿No fue suficiente tu inmunda traición? ¿No te valió la masacre de Lothikaton que además pretendes borrar cualquier recuerdo de nuestro pueblo? —y lágrimas de rabia brotaron de sus ojos.

—Cálmate, Maikel —le habló Oerlikon—, pues ésta será a partir de ahora la estrategia que presidirá las acciones de Zornik. Sospecho que tratará de acabar con lo único que sabe que puede llevarnos a la victoria: nuestra esperanza. Y no tenéis más que mirar al cielo y contemplar cómo nos recibe a sus dominios. Oscuridad, fuego y desesperanza. Deberemos estar alertas, pues no dejará de hostigarnos a través de sus hombres y de sus artes oscuras, para que cuando llegue el momento en que todo se decida, la fuerza de nuestros brazos, de nuestra mente y de nuestro espíritu se haya doblegado.

—No lo conseguirá —dijo Enna quien trataba de consolar a Maikel apoyando su mano en el hombro del alko—. No desfalleceremos. Seguiremos hacia delante, hasta nuestro final si es necesario.

—Será más fácil decirlo que lograrlo —añadió Gródolas con cierta pesadumbre en su voz—, pero si pude sobrevivir a la tortura de Eloburgo y escapar de sus empalizadas, no abandonaré ahora que estamos tan cerca de conseguirlo.



—Tampoco nosotros vinimos desde más allá de la Barrera de Dunas para rendirnos ante las tretas de Zornik —dijo el príncipe Ilanit.

—A pesar de que el sol no brille sobre mi cabeza desde que pisamos estas tenebrosas regiones, continuaré mi viaje junto a vosotros hacia las Tierras Negras, pues así es como mis hombres han bautizado a los territorios gronings —y los demás sonrieron por la añoranza que Senthilkumar sentía por la luz de la estrella del día.

—Adelante entonces, amigos —ordenó Kiril con voz firme—. El desánimo no se apostará en el ejército de la Alianza. Serán las tropas de Zornik las que lo sientan prendido de sus uniformes al ver nuestros estandartes frente a las murallas de Groningburgo. Porque amigos, seguiremos el camino que el enemigo nos ha marcado. Seguiremos el camino del fuego. ¡Adelante! —y espoleando a su caballo comenzó a remontar la pendiente que le llevaría hasta los lindes del antiguo territorio nerlingo.

Kiril se adelantó al grupo, pues no quería que los demás vieran las lágrimas correr por su rostro. Therliangator no podía flaquear, la luz de Darbrethil no podía temblar ante la visión del hogar profanado. El amor de Nerlinguia no podía claudicar ante la oscuridad de su renegado hermano.

Su corcel remontó veloz la pendiente y condujo a Kiril hacia las praderas que dibujaban el camino hacia Helkoburgo. Cuando el nerlingo dirigió su mirada hacia el norte, la pavorosa imagen que acudió a sus ojos fue más terrible de lo que jamás su mente hubiera podido imaginar. Su caballo pareció presentir la consternación de su amo y detuvo su trote frente al infierno que se mostraba ante ellos. El fuego parecía brotar de las entrañas de la tierra, vomitado al mundo de los mortales por algún insaciable demonio de los Días Antiguos. La devastación se extendía decenas de leguas hacia el este y el oeste, y un gran y lejano arco de fuego parecía indicar al ejército de la Alianza la senda que les conduciría al origen de ese averno. El hogar que vio nacer a Kiril se consumía envuelto en una danza siniestra de voraces llamas y todo lo que alguna vez había amado era arrasado por el fuego del pérfido Zornik. No necesitaba más que mirar hacia el oeste para ver en qué se convertirían los antiguos territorios nerlingos: en un erial de tierra quemada y calcinada, en un páramo de raíces retorcidas y carbonizadas, pues esa y no otra era la imagen que sus ojos veían al contemplar lo que un día no tan lejano fuera la frondosa floresta del Bosque de Alkos.

Las primeras unidades de la vanguardia del ejército de la Alianza comenzaban a alcanzar las praderas y, al igual que Therliangator, se detuvieron consternados frente a aquel lienzo que Zornik había dibujado para ellos. El silencio se apoderó nuevamente de la gran tropa, solo roto por el lejano y siniestro crepitar de las llamas destructoras. La retaguardia del ejército estaba desconcertada tras detenerse la marcha nada más haberse iniciado. Los hombres treparon por la pendiente rompiendo las columnas para formar una gigantesca hilera de rostros desolados frente al infierno de fuego.

—Que Olión nos proteja —fue lo único que alcanzó a musitar Gródolas espantado ante las columnas de humo y fuego que se elevaban hacia el norte.

Kiril tiró con suavidad de las riendas de su caballo y reemprendió la marcha hacia Lothikaton, mientras la nubes de polvo y ceniza se mezclaban con los brunos vapores del aliento maligno de Urkha, formando un opaco y negro tapiz en el cielo, sobre el que se dibujaba el caprichoso reflejo de aquellas llamas de destrucción. Los capitanes le siguieron mudos y abatidos. Maikel era el único que rompía aquel silencio con su ahogado llanto.

A medida que avanzaban hacia su amada Lothikaton, las nubes de humo lloraban una lluvia de ceniza que comenzó a cubrir sus capas y ropajes de un color ceniciento. Ni siquiera la lluvia lograba sofocar los fuegos que Zornik había provocado. Con el ocaso del día, las sombras que proyectaban las llamas se transformaron en formas perversas y siniestras, y el miedo comenzó a hacer presa en los hombres, un miedo demente como el que se apoderó de ellos al cruzar Bosque Salvaje. Kiril no tenía la fuerza necesaria para empuñar a Darbrethil y espantar con su luz a los demonios que los atemorizaban y claudicó ante la petición de sus hombres para dormir en campo abierto a media milla del devastado Helkoburgo. Nadie quería penetrar en aquel burgo calcinado durante la noche, y los hombres del sur rezaban a los dioses del desierto para que su príncipe abandonase aquella descabellada misión y pudieran regresar al hermoso Reino de Saralamath.

Mas las escasas luces del nuevo día, ahogadas bajo el manto negro del cielo que los oprimía, no lograron devolver el ánimo a los hombres. El silencio se había apoderado del campamento. Los capitanes apenas si cruzaban palabra y Kiril se mostraba solitario y taciturno. Maikel, quien había permanecido apresado por un desconsolado llanto, se acercó a su amigo y hermano de sangre y se sentó a su lado. Ambos contemplaron desde la distancia las llamas que envolvían Lothikaton y que se resistían a consumirse bajo la cortina de fina lluvia de agua y cenizas.

—Ethril Eilalith —le susurró—. Debemos recuperar a Ethril Eilalith.

Kiril se giró súbitamente hacia Maikel, como si éste hubiera pronunciado las palabras mágicas que deshiciesen un terrible sortilegio.

—La estatua de Nerlinguia —dijo Kiril—. Junto a ella reposa Ethril Eilalith. El fuego de nuestra diosa consumirá el fuego de Zornik —y ambos se abrazaron y en sus rostros resplandeció la luz de un nuevo amanecer.

Los dos alkos se acercaron a los hombres y, con voces fuertes y briosas prendidas de sus gargantas, comenzaron a movilizar aquel ejército derrotado por la visión del nuevo mundo en el que Zornik ansiaba convertir Tierra Conocida. Los capitanes no salían de su asombro al ver recobrar a Kiril y Maikel toda su fuerza y determinación y Enna se acercó a su amado con una sonrisa en la boca:

—¿Qué ha sucedido? ¿Nerlinguia te ha hablado?

—Sí —dijo sonriendo—, pero esta vez a través de los labios de Maikel. En Lothikaton recuperaremos la esperanza que por un día el maldito rey groning nos ha

arrebatado. Acompáñame, Enna, hija de Oerlikon. Cabalga a mi lado y entra junto a mí en el sagrado *lugar de reunión* de todos los nerlingos. Pues allí nuestra diosa nos aguarda con la luz que iluminará nuestro camino hacia Groningburgo. No dejaremos que sea el fuego de Zornik el que guíe nuestros pasos.

—Cabalgaré junto a ti, amor mío, pues ya nada podrá separarnos. Ni siquiera la muerte puede ya asustarme; el jinete sin rostro podrá arrastrarme de tu lado, pero yo te esperaré paciente en la morada de los dioses.

—No llares a la muerte antes de tiempo, Enna —le reprendió con un cariñoso beso en la frente—, pues en las próximas lunas el jinete sin rostro robará miles de nuestras almas y de los soldados de Zornik. La batalla final se aproxima y siento cómo se revuelve inquieto a lomos de su terrible y negro corcel.

—Apartaré esas palabras de mis labios —respondió Enna—. Pero no nos demoremos más frente a la gran hoguera de Helkoburgo. Condúcenos a Lothikaton o adonde quiera Nerlinguia te haya ordenado.

Kiril volvió a besarla, esta vez en la boca, y desterró aquellas palabras de los labios de su amada. Mientras ellos se besaban, Maikel con la ayuda de Gródolas y Senthilkumar, había logrado que el ejército de la Alianza estuviera presto y en estado de revista. Kiril montó sobre su corcel y, desenvainando a Darbrethil, gritó a los hombres:

—¡Hacia Lothikaton! ¡El fuego del infierno se sofocará a nuestro paso!

Y el ejército se puso en marcha a paso lento pero firme hacia la capital nerlinga. A pesar de la vehemente arenga de Kiril, eran aún muchos los que dudaban de las palabras del Rey Nerlingo. Se preguntaban cómo acabaría con las llamas de Lothikaton si durante toda la noche la gran pira en la que ardía Helkoburgo apenas si había menguado bajo la pertinaz cortina de lluvia. Sin embargo Kiril, ajeno a los temores que atenazaban a sus hombres, avanzaba hacia el norte con sus ojos clavados sobre Lothikaton.

Apenas si tardaron unas horas en alcanzar la antigua capital nerlinga. Cuando penetraron en aquel mar de desolación y destrucción, Kiril encabezaba la marcha sosteniendo a Darbrethil en su mano derecha. Las llamas parecían menguar al paso de la Espada de Libertad, pero recuperaban su furia cuando Therliangator se alejaba de ellas. El humo y las cenizas que revoloteaban a su alrededor como pérfidos cuervos negros apenas si les permitían respirar, pero Kiril avanzaba erguido sobre su corcel en dirección a la que en su día fue la plaza central de Lothikaton, donde la estatua de la diosa Nerlinguia otrora había lucido majestuosa, iluminada por la límpida llama de Ethril Eilalith que descansaba sobre un hermoso pedestal de plata. A unos trescientos pasos de su posición, Kiril divisó el semiderruido castillo en el que hacía poco más de un invierno había vivido acompañando al entonces regente nerlingo, su padre Akrog. En aquellos instantes de dolorosos recuerdos, una parte de su ser agradeció que su padre no pudiera contemplar la devastación que había sufrido su hogar tras el delirio de poder de Torko, al que el mismo Akrog apoyó con su voto en el último Consejo de

los Lacrags.

Sobre el castillo Kiril creyó ver sobrevolar a un pájaro, pero confundido por el humo, las cenizas y el aliento maligno de Urkha que velaban las luces del cielo, concluyó que serían restos de las ascuas elevadas al cielo por la virulencia de las llamas. Continuó avanzando hasta que se dio de bruces con la gran plaza circular de Lothikaton. En el centro de la misma descubrió la estatua de mármol de Nerlinguia destrozada en mil pedazos por la barbarie groning. El pedestal de plata que descansaba sobre la mano de la diosa había desaparecido, probablemente expoliado por el saqueo groning tras la terrible batalla. Kiril desmontó de su corcel y, a su lado, emergió Maikel como una sombra protectora. Un brillo de esperanza iluminó los ojos de los dos alkos, pues a pesar de la ruina, a pesar de los sortilegios de Zornik y Urkha, a pesar del tiempo transcurrido, allí, sobre el suelo de Lothikaton, rodeada por el fuego de la devastación, por el negro velo que amortajaba el cielo de Jactinia, la nacarada llama de Ethril Eilalith seguía brillando con inusitado fulgor. Ni el viento, ni la lluvia, ni la nieve, habían sido capaces de apagar a la llama imperecedera.

Kiril, sin saber bien por qué lo hacía, quizás guiado por la mano de Eubalil, acercó a Darbrethil a aquel níveo fuego purificador, y ambos, el fuego y el metal, que un día llegaron de lo más profundo de la cúpula celeste, se fundieron en uno solo, refulgiendo con una luz tan cegadora que sus destellos deslumbraron a todo aquel que la contempló.

Y la hoja de Darbrethil brilló como nunca antes lo había hecho y Ethril Eilalith se alzó varios pies por encima de las cabezas de Kiril y Maikel como un fuego súbitamente avivado por los dioses. Y fue entonces cuando Therliangator hendió las llamas color marfil con la Espada de Libertad, y de la hoguera de los dioses brotaron seis brazos, uno por cada clan nerlingo, y se lanzaron como seis arietes contra las llamas con las que el Mariscal Burkelen había incendiado el hogar de los nerlingos. Y aquellos arietes sofocaron el fuego de la destrucción y en dos millas a la redonda el fuego se consumió, las cenizas se volatilizaron y un enorme claro se abrió en el cielo, una gigantesca cicatriz que rasgaba el aliento de Urkha por el que, tras muchos días de oscuridad, los rayos del sol volvieron a acariciar aquellas tierras que por fin habían vuelto a manos de sus legítimos dueños.

Todo el ejército de la Alianza prorrumpió en vítores y alabanzas cuando aquel mágico episodio aconteció. La esperanza volvió a prender en sus corazones, pero esta vez de una manera definitiva, pues tras aquel milagro que acababan de contemplar, ya nadie dudaría del poder de Kiril y su espada. Sentían que quizás podrían morir camino de Groningburgo, pero lo harían con bravura, desterrando todo temor al enemigo, pues la luz de Darbrethil, como antes lo hizo en Bosque Salvaje, había logrado salvarles del más terrible de los peligros: el miedo.

Pero mientras los hombres gritaban y festejaban la luz de la estrella del día, el chillido de uno de los halcones de Zornik hizo enmudecer a las tropas de la Alianza. Enna y Oerlikon, quienes habían contemplado maravillados el poder de Nerlinguia,

se giraron en dirección al castillo y pudieron contemplar cómo el halcón descendía en picado desde el cielo para posarse sobre una de las almenas.

—No fueron imaginaciones mías —le dijo Kiril a Maikel—. Ese maldito halcón nos observaba desde el cielo cuando entramos en Lothikaton.

—¿Qué diablos pretende? ¿Será una trampa? Bien sabes que donde los halcones vuelan los gronings merodean.

—Esta vez presiento que no hay gronings en los alrededores, mas ese pájaro endemoniado ha sido enviado a Lothikaton por algún oscuro propósito. Acerquémonos al castillo.

Kiril avanzó hacia la almena desde la que el halcón le miraba insolente. Maikel retrocedió unos pasos y tomó su arco y una de las flechas de su carcaj. Hundió la punta de la flecha en Ethril Eilalith y sus llamas prendieron en el agujón de la saeta. Cuando Maikel se volvió, Kiril se encontraba a solo cincuenta pasos de las derruidas murallas del castillo, acompañado por Enna, Oerlikon y Gródolas. El halcón seguía observándolo desde lo alto de las murallas con unos extraños ojos amarillos mientras su pico parecía retorcerse en una mueca burlona. Una flecha voló del arco de un norteño desde la apretada formación del ejército de la Alianza, pero el halcón ejecutó una veloz pirueta y esquivó la flecha, retomando desafiante su anterior posición.

—¡Son demonios alados! —gritaban algunos.

—¡No hay pájaro que pueda esquivar la certera flecha de un arquero! —exclamaban otros.

El príncipe Ilanit, diestro con el arco sureño, también trató de abatir al halcón, pero el ave volvió a esquivar la flecha con inusitada facilidad.

Tras otro par de fallidos intentos por derribarlo, el halcón, hastiado con aquel aburrido juego, reanudó el vuelo sobrevolando en tres ocasiones las cabezas de Kiril, Enna, Oerlikon y Gródolas, hasta que dejó caer sobre ellos un pequeño pergamino que sujetaba entre sus patas. Lanzó un lacerante chillido y giró rumbo hacia las Montañas Artankal para reunirse con su amo. Pero en aquel instante algo ocurrió y una última saeta voló a su encuentro. Esta vez las artes oscuras de Zornik no pudieron proteger al halcón, el cual fue traspasado por la flecha de llamas blancas que Maikel había disparado. El pájaro cayó abatido desde la cicatriz abierta en el aliento de Urkha sobre el suelo de Lothikaton, y su cuerpo fue consumido por las llamas nacaradas de la flecha nerlinga como si de una antorcha celestial se tratase.

—Ese demonio alado ya no volará hacia las Montañas Nerlingas —dijo Maikel—. Pues hoy esas montañas han recuperado su nombre. Y al igual que este halcón ha caído bajo las flechas nerlingas, también Zornik caerá abatido por ellas.

Los hombres jalearon a Maikel por su hazaña. Kiril se acercó a él y le dijo emocionado:

—Mi padre se hubiera enorgullecido al verte abatir a ese halcón. Con gran honor te hubiera nombrado el mejor arquero de nuestro pueblo.

Maikel sonrió agradecido pero enseguida sus ojos se desviaron hacia el

pergamino que Kiril tenía en su mano.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó Maikel.

—El halcón groning lo llevaba entre sus garras. Apuesto a que se trata de una amenaza de Zornik y sus Mariscales.

Kiril rompió el lacre y desenrolló cuidadosamente el pergamino. Los rayos del sol proyectaron su luz sobre la misiva de Burkelen. La intuición del joven Rey Nerlingo no había fallado. Comenzó a leerlo en voz alta para que Maikel, Enna, Oerlikon, Gródolas, Ilanit y varios de los oficiales y hombres de confianza que se habían acercado pudieran oírlo. El mensaje del Mariscal rezaba así:

*Traidores del este, renegados norteños, rufianes sureños, esclavos nerlingos:  
seguid el camino de fuego y cenizas, marchad hacia vuestra ruina.  
Repugnantes gusanos que seréis devorados por la serpiente de fuego.  
Rendíos ante el poder groning y jurad pleitesía a su emperador  
o acompañad al bastardo nerlingo al más terrible de los tormentos.  
Pues sólo el poder del lobo negro se perpetuará en Tierra Conocida.*

—Maldito loco... —susurró Gródolas—. Sólo un demente que secunda el delirio de su rey podría haber escrito semejante misiva.

—No te equivoques, Gródolas —respondió Oerlikon—. El Mariscal groning no es ningún demente. Ese mensaje no solo busca asustarnos, sino también encolerizarnos. Busca que marchemos al galope por la senda de devastación que los gronings nos muestran. Y en verdad más temprano que tarde deberemos avanzar por ella, pero manteniendo un delicado equilibrio entre templanza y bravura.

—Si la ira cegase nuestros ojos encontraríamos la muerte antes de alcanzar nuestro destino —dijo Ilanit—. Dejemos que las llamas se sofoquen y que sean las ascuas las que nos muestren el camino. No permitamos que el fulgor del fuego destructor sea el que nos guíe. Descansemos en Lothikaton, devolvamos a vuestra llama imperecedera el lugar que le corresponde. Cuando reanudemos la marcha para completar la última etapa de nuestro viaje, cientos de antorchas encabezarán la marcha del ejército de la Alianza prendidas con la llama de Ethril Eilalith. Tras ellas, el sonido de los cuernos y el brillo de los estandartes anunciarán a Zornik el fin de sus días.

—Descansaremos una última vez en Lothikaton —sentenció Kiril—. En el sagrado lugar de reunión de los nerlingos estaremos a salvo de todo mal. Una vez nos alejemos de su aura protectora, solamente nuestras espadas y el amor de Nerlingua nos protegerán de la muerte.

Todos asintieron a la orden de Kiril y en los días venideros los hombres y mujeres que componían el ejército de la Alianza dedicaron sus esfuerzos en reconstruir parte de las ruinas de Lothikaton. Retiraron los escombros, despojos, cascotes y madera quemada que cubrían por doquier la capital nerlinga. Un maestro luina talló un

precioso y sobrio busto en madera de la diosa Nerlinguia, mientras un herrero norteño forjó un nuevo pedestal de acero sobre el que la nívea llama de Ethril Eilalith volvió a danzar serenamente.

El día previo a la partida de Lothikaton, Kiril y Maikel, acompañados por Enna y Oerlikon, se acercaron a Alkoburgo, pues no querían partir al encuentro de Zornik sin antes haber pisado una última vez su hogar. Sus corazones volvieron a encogerse de la misma manera que el día en que contemplaron la gran pira en la que ardía Helkoburgo. Pero esta vez las llamas se habían apagado y un inmenso mar de ceniza cubría lo que otrora fuera la bella Alkoburgo, una amable y acogedora aldea a las orillas del Lago Ya no quedaba una sola cabaña en pie; no había graneros, ni corrales, ni campos que cultivar. Solo desolación, una desolación más terrible que la que pudieran encontrar en lo más profundo de los Valles Solitarios.

Enna abrazó a Kiril y a Maikel, mientras Oerlikon los contemplaba tan impotente como nunca antes se había sentido. Caminaron sin rumbo fijo por la devastada Alkoburgo, tratando de recordar cómo eran las cabañas en las que un día vivieron y a las que no habían perdido la esperanza de regresar algún día.

Cuando pisaron el erial de tierra quemada y cenizas en el que meses atrás se levantaba el hogar de Maikel, el alko se arrodilló y, tomando un puñado de aquella estéril mezclanza que los gronings con su fuego habían pergeñado, derramó un río de lágrimas sobre ellas. Tras un largo rato en que los cuatro nerlingos permanecieron mudos, amortajados por una profunda pena, Maikel se incorporó y, mirando con coléricos ojos hacia el norte, hizo una terrible promesa:

—Juro por la vida de mi padre que estas lágrimas de dolor devolverán la fertilidad a nuestra tierra hoy yerma. Pero también juro que arrancará el corazón de Zornik de su pecho y, con su sangre emponzoñada, regaré los campos de Groningburgo para que jamás la vida vuelva a crecer en ellos.

## HACIA EL PASO DEL GORGLIN

**H**abía transcurrido más de una semana desde que el grueso del ejército de la Alianza se acantonase en Lothikaton. Las labores de reconstrucción de la capital nerlinga no habían hecho más que comenzar, pero al menos sus calles y la plaza central volvían a ser transitables. El busto de madera de Nerlinguia y el pedestal sobre el que la llama imperecedera brillaba con blanco fulgor, habían logrado devolver la esperanza a los nerlingos. Esperanza que se convirtió en dicha cuando medio centenar de fugitivos nerlingos abandonaron sus escondites en lo más profundo de las Montañas Nerlingas al ver a los gronings retirarse a Groningburgo a través de la Senda de las Águilas. Acudieron a Lothikaton ansiosos por unirse al ejército libertador. Kiril y Maikel fueron los únicos nerlingos de los antiguos cinco clanes a los que encontraron en aquella tropa, por lo que fueron invadidos por una profunda tristeza. Mas cuando los dos nerlingos les relataron que los alkos perdidos del sexto clan se encontraban entre ellos, nuevamente la alegría retornó a sus corazones.

Escucharon con gran atención por boca de Maikel el relato de la peligrosa huida hacia las regiones orientales, cómo encontraron al sexto clan y cómo lograron, gracias a la Alianza con los norteños y los pueblos libres del este, la victoria contra las legiones de Zornik. Cuando escucharon que Kiril pretendía atacar la fortaleza de Zornik en Groningburgo, los nerlingos se estremecieron pero, a pesar del miedo, decidieron ofrecerse voluntarios para participar en esa campaña.

Los fugitivos habían sobrevivido ocultos al amparo de las Montañas Nerlingas, cazando al caer la noche y ocultándose de los ojos de los halcones durante el día. Maikel, conmovido por su relato, se encargó durante esas jornadas de que nada les faltase. Él sabía lo gratificante que era la hospitalidad en territorio extranjero, pues la había recibido cuando más lo necesitaba de Loit y Haakoin, de Tirk, Kilma y los habitantes de Thioluka, del Senescal Adelel, de Ebba y Oerlikon e incluso del huraño capitán Falk. Y aquellos nerlingos, aunque de nuevo en Lothikaton, parecían forasteros en su propio hogar.

Mientras todo esto acontecía, cerca de doscientos hombres y una decena de exploradores comandados por Olaf y su ya inseparable Lonar, habían partido por orden de Kiril hacia el antiguo destacamento del Puente de Piedra a las orillas del Río Grazemberg. El Rey Nerlingo quería comprobar por un lado si los gronings realmente se habían retirado a sus territorios y por otro si el Puente de Piedra aún se mantenía en pie. Si los gronings lo hubieran derribado tras su paso, el avance de los carros de combate de las tropas del príncipe Ilanit se vería seriamente comprometido. No sería nada fácil levantar un puente provisional con maderos que soportase el peso de bigas, trigas y cuadrigas, con lo que Kiril perdería gran parte del poder de su ejército, reduciéndose a la infantería y a varios cientos de unidades de caballería. Un enfrentamiento en campo abierto contra la potente caballería groning les llevaría a



una debacle segura.

Pero el ejército aliado había sido afortunado, pues las nuevas que llegaron desde el río Grazenberg confirmaron que el Puente de Piedra aún se alzaba sobre sus frías aguas. A pesar de que los gronings habían tratado de derrumbar el puente para dificultar el avance de las tropas de Kiril, la estructura del mismo, construida centurias atrás durante la regencia de Bulbarot el bilko, había resistido y apenas si unas pocas losas de piedra descansaban ahora en el fondo del cauce del río. Varias trigas y una cuadriga habían franqueado el puente sin el más mínimo atisbo de que su estructura estuviese dañada. Olaf también informó que a pocas millas de distancia habían descubierto los cimientos del embarcadero que Zornik había mandado construir en el Arquiri-Valu. Como ese embarcadero no constituía ninguna amenaza inmediata para el ejército de la Alianza, ya que el río cruzaba al sur de Tierra Seca para ir a desembocar en el lejano Mar del Gruneng, Kiril decidió no malgastar esfuerzos en destruirlo.

Estas nuevas tranquilizaron a Therliangator, quien sabía de los innumerables peligros que le aguardaban al otro lado del río, por lo que no quería que sus hombres gastasen más energías de las necesarias. Pues si bien la reconstrucción de Lothikaton era una tarea fatigosa pero a la vez gratificante, construir un puente era comenzar a bregar contra las contrariedades demasiado temprano.

Una tarde, antes de que la noche cayera sobre Jactinia, Kiril convocó a sus capitanes y les comunicó que a la mañana siguiente partirían hacia Puente de Piedra.

—Ya no volverá a haber descansos. Ya no habrá nuevos Skeldonburgo, Maraburgo o Lothikaton donde detenernos. Aquel que quede atrás en las veredas del camino sera porque la muerte ha acudido a su encuentro. No nos detendremos hasta llegar a las puertas de Groningburgo. El final del camino se muestra frente a nosotros, pero no sabemos si es vida o muerte lo que allí nos aguarda —y Kiril cerró los ojos y guardó unos solemnes instantes de silencio—. Y ahora, mis leales y fieles compañeros —volvió a hablar pausadamente mientras recorría con su mirada los severos rostros de aquellos que participaban en el cónclave—, recemos a los dioses para que nos protejan y se apiaden de nuestras almas. Rezad a Olión, a los dioses del desierto, a los dioses del mar, o a cualquier otro dios al que adoréis, pero por encima de todos rezad a Nerlinguia, pues de su mano pende la suerte de nuestro destino, el único destino que ya todos compartimos —y todos cerraron los ojos imitando a Kiril y durante largo rato encomendaron sus almas a los dioses que velaban por el bien de Tierra Conocida.

Al despuntar el alba la tropa aliada partió de Lothikaton acompañada por la fina lluvia y el cielo gris ceniciento que no les había abandonado desde que pusieron pie en Jactinia. Un desapacible y frío viento del norte comenzó a soplar con fuerza a medida que se acercaban a la Senda de las Águilas. Kiril y Oerlikon sabían que una

vez cruzasen el Puente de Piedra, los elementos se volverían en su contra y los gronings les hostigarían sin descanso, minando lentamente la resistencia de sus hombres. Ambos habían convenido en que la campaña contra Groningburgo debía ser rápida, pues si esta se alargaba, con el invierno llamando a las puertas de Jactinia y con una limitada intendencia en territorio hostil, las posibilidades de una victoria ante Zornik se verían notablemente reducidas.

Para alentar a su ejército, como el príncipe Ilanit había sugerido, un centenar de hombres de vanguardia portaban antorchas con la llama de Ethril Eilalith refulgiendo sobre ellas. Los hombres encontraron una nueva razón para creer en las palabras de Kiril, pues la llama imperecedera realmente era una llama enviada por los dioses; iluminaba de un blanco nacarado el camino que ante ellos se mostraba, mas no consumía la madera que la sustentaba.

Al igual que en cada uno de los burgos que el ejército de la Alianza había liberado, Kiril dejó en Lothikaton un retén de cerca de doscientos hombres, muchos de ellos fugitivos nerlingos que habían permanecido ocultos en las Montañas Artankal, ahora de nuevo y por siempre Montañas Nerlingas. Aquellos hombres habían recuperado la esperanza al ver liberadas sus ciudades y, tras haber sufrido un invierno de penalidades y sufrimientos, Kiril prefirió que permaneciesen en Lothikaton y trabajasen en las labores de reconstrucción de la ciudad. Serían de mayor utilidad en la capital nerlinga que acompañando a sus tropas en un largo y fatigoso viaje lleno de peligros y batallas al que probablemente no sobreviviesen.

Durante todo el día cruzaron a paso lento la Senda de las Águilas, siempre alertas ante la posibilidad de una emboscada groning. Continuamente dirigían desconfiados sus miradas hacia el linde de Bosque Verde y las faldas de las Montañas Nerlingas en busca de cualquier movimiento, sonido o reflejo que delatase la presencia de enemigos. Pues a pesar de que la información transmitida por Olaf indicaba que los gronings se habían replegado con gran celeridad hacia el norte, solo dos lunas atrás esos territorios habían permanecido ocupados por los esbirros de Zornik. Colocaron a la caballería ligera a la cabeza y a cola de la gran columna, seguidos y precedidos por la caballería pesada de carros de combate y, finalmente en el centro, el grueso de la infantería de a pie. De esa manera, si fuesen hostigados, podrían repeler con presteza el ataque, mientras el centro permanecería afianzado. Sin embargo los nerlingos podrían avanzar tranquilos, pues el supersticioso Mariscal Burkelen jamás osaría atacar al ejército de la Alianza en el mismo lugar en el que Borbul Ojo de Águila infringiese una de las más severas derrotas al ejército groning dos centurias atrás.

Con la llegada del ocaso, la retaguardia del ejército dejó varias millas atrás el paso de la Senda de las Águilas. Kiril ordenó detener la marcha y levantar un improvisado campamento. Nada más descabalgando de su corcel llamó a consejo a sus capitanes.

—Avanzamos más lentos de lo que esperaba —les dijo.

—Nuestros carros se hunden en la hierba y el barro —respondió el príncipe Ilanit

—. Reventaríamos a los caballos si acelerásemos más la marcha.

—De nada servirían entonces nuestras bigas, trigas y cuadrigas —añadió Senthilkumar—. Las bestias deben llegar frescas a la batalla. ¿Por qué los dioses siguen llorando? Su llanto consume lentamente a los hombres y la tierra no puede soportar tanto dolor. El barro y el frío acabarán con nosotros.

—A medida que avancemos hacia el norte la lluvia se multiplicará, el barro cubrirá todo el camino y el frío se clavará como puñales de hielo en nuestros cuerpos, mi buen amigo sureño —dijo Gródolas con sarcasmo mientras Senthilkumar lo miraba enrabiado—. Esta batalla no se librará sobre las cálidas arenas del desierto, sino sobre la fría roca del norte.

—Quizás nunca antes oíste hablar sobre la leyenda del Viento del Norte y el Sol, querido Gródolas —interrumpió Oerlikon mientras el norteño negaba con la cabeza—. En ese caso te conviene escucharla de boca de este anciano —y Oerlikon se aclaró la voz antes de continuar—. Un lejano día, miles de centurias atrás, el Viento del Norte y el Sol discutían sobre quien era más fuerte sin lograr ponerse de acuerdo. A lo lejos divisaron a un viajero que se acercaba envuelto en su capa y acordaron que aquel que lograra que el viajero se quitara su capa sería el más fuerte de los dos. El Viento del Norte sopló y sopló con fuerza devastadora, pero cuanto más soplaban, más se aferraba el viajero a su capa. Después de largo rato el Viento del Norte desistió. Fue entonces cuando el Sol se elevó sobre el firmamento y brilló luciendo en todo su esplendor, ahuyentando a la niebla, a las nubes y al frío. El viajero no tardó en quitarse su capa. Y así fue como el Viento del Norte tuvo que claudicar ante la fuerza del Sol.

Cuando Oerlikon terminó de relatar aquella historia todos los allí presentes sonrieron.

—Necesitamos a todos los hombres, Gródolas —continuó hablando el lacrag del sexto clan—. Sean del norte o del sur. Ahora formamos parte de un mismo todo, de una gran cadena compuesta por eslabones de diferentes metales. Y esa cadena será tan fuerte como lo sea su eslabón más débil.

Todos callaron ante las palabras de Oerlikon, mientras Kiril agradeció su intervención con una cómplice mirada.

—Adecuaremos nuestro ritmo de avance al de las cuadrigas —dijo Kiril—. Y recemos a Nerlinguia para que cese esta molesta lluvia. Pero no depositéis demasiadas ilusiones en ello, pues a buen seguro que formará parte de los sortilegios de Zornik. Y ahora podéis retiraros. Comed algo y descansad. Mañana partiremos al alba hacia Puente de Piedra.

—Si es que el alba nos encuentra en este maldito cielo de oscuridad —se quejó Senthilkumar.

—Vamos, mi señor sureño —dijo Enna—. Acompáñame a la hoguera y deja que la luz de un buen fuego y un trozo de carne asada traigan a tu mente los recuerdos del lejano hogar.

—Y si no, ¡un buen vaso de vino lo hará! —dijo Maikel y la luz de las sonrisas regresaron a los rostros de los capitanes.

La noche transcurrió en calma, pero la lluvia y el viento del norte no cesaron y siguieron azotando a los hombres, quienes en vano trataban de refugiarse bajo los carros, comunidades de rocas o arboledas cercanas en las que su frondoso manto de hojas comenzaba a ralearse. No disponían de más tiendas de campaña que para una cuarta parte del ejército, por lo que muchos se apretujaban dentro de ellas hacinados en busca de calor y refugio. Los capitanes decidieron establecer turnos para que al menos cada cuatro noches los soldados pudieran dormir protegidos de la intemperie.

La aurora llegó velada por el lúgubre manto gris que se extendía inmutable sobre sus cabezas. Ni siquiera Oyvind hubiera podido decir en qué instante el sol se había alzado por encima de la Iugur-András. Sólo el fulgor de las antorchas sagradas, como los hombres llamaban a las teas sobre las que danzaba Ethril Eilalith, iluminaban con luz clara y diáfana la región de Jactinia.

Partieron sin demora abandonando la estrecha senda por la que habían transitado para ahora avanzar a través de las vastas praderas que morían en el margen meridional del río Grazemberg. Tampoco allí hallaron rastro alguno de los gronings. A medida que avanzaba el día se encontraron con varias patrullas de vigilancia que Olaf había dispuesto a lo largo del brazo occidental de la Iugur-András, las cuales volvieron a confirmarles que el camino estaba expedito. Antes del atardecer, las primeras unidades de la vanguardia del ejército de la Alianza alcanzaron Puente de Piedra. Kiril saludó a Olaf y a los dos centenares de hombres que allí les aguardaban. Decidió que pasarían la noche al sur del Grazemberg. Quería dormir una vez más en la tierra que lo vio nacer, ya que cuando cruzasen Puente de Piedra se internarían en el corazón del territorio enemigo. Kiril se sentía como un invasor, irrumpiendo en regiones que en modo alguno le pertenecían. Él jamás había anhelado la conquista de tierras o riquezas, pero sabía que la única forma de devolver la libertad y la paz a Tierra Conocida era adentrarse en los dominios del rey brujo.

Esa noche cenó en compañía de Enna y Maikel en una de las tiendas reservadas a los capitanes. Enna se sentía cansada y, una vez dio buena cuenta de un par de las numerosas palomas que los exploradores de Olaf habían cazado, se echó sobre el suelo de la tienda arrebujada en su capa. Al calor del fuego rápidamente cayó dormida en placenteros sueños.

Kiril y Maikel contemplaban absortos el crepitar del fuego. Las pequeñas llamas dibujaban curiosas formas en las sombras que danzaban reflejadas sobre la tela de la tienda. Mordisqueaban los últimos trozos de paloma con sus ojos clavados en las cálidas y volubles llamas. En un extremo de la tienda, una antorcha con la luz de Ethril Eilalith velaba los sueños de Enna.

—Nunca he cruzado más allá de Puente de Piedra —habló Kiril rompiendo el prolongado y sereno silencio.

—Tampoco yo lo he hecho —contestó Maikel concentrado en la sinuosa

oscilación del fuego.

Los dos jóvenes siguieron contemplando concentrados las llamas que lentamente consumían la madera que les daba la vida.

—Tengo miedo, Maikel —le confesó.

—¿Miedo? ¿A qué tienes miedo? —y el corpulento alko miró esta vez a los ojos de su amigo.

—Miedo a convertirme en un tirano asesino como Zornik. A no saber distinguir cuándo la muerte y el sacrificio de los hombres son necesarios. A dejarme llevar por la venganza, a disfrutar de la sangre derramada por Darbrethil, a anhelar el dulce sabor de la victoria.

—¡Por Nerlinguia, Kiril! No te tortures así. Eso jamás ocurrirá. Tu corazón es noble y generoso; el de Zornik es maligno y cruel. Y te prometo que si percibiera en ti el menor atisbo de soberbia o crueldad, sería el primero en hacerte entrar en razón. Pero no sólo estaré yo: Enna, Oerlikon, Gródoles, Olaf, Ilanit o cualquiera de los que te conocemos y queremos no dejará jamás que te apartes del recto camino por el que transitas.

—Gracias, hermano mío. Nerlinguia me bendijo mucho tiempo atrás con tu fiel amistad.

—Sabes que jamás te abandonaré. Te seguiré hasta la guarida del jinete sin rostro si es necesario.

Sus miradas volvieron a centrarse en el fuego que plácidamente comenzaba a menguar. Maikel se levantó sin decir nada y caminó hacia un pequeño zurrón que descansaba junto a su capa al otro lado del fuego. Volvió a sentarse junto a Kiril y, mostrándole una pequeña botella, le dijo:

—Aún guardo un poco del licor de fuego de nuestro amigo Falk. Siempre bebemos de él al calor de una hoguera, así pues qué mejor momento que este para festejar que mañana emprenderemos un nuevo viaje hacia los territorios gronings.

—Un precioso y bucólico paseo otoñal por la campiña —dijo con ironía

—Ni el mismo Oerlikon podría haberlo definido mejor, bucólico y otoñal —y ambos estallaron en una sonora carcajada.

Enna se revolvió en el suelo importunada en su sueño y, gruñendo, dio media vuelta y volvió a caer dormida. Kiril y Maikel sonrieron al contemplar a la bella nerlinga.

—Dame un trago de ese licor de fuego —dijo Kiril—. Creo que hoy lo necesitaré para conciliar el sueño.

—Toma, pero deja algo para los días venideros. A buen seguro que volveremos a necesitarlo —y Kiril dio un trago al néctar destilado en el norte que incendió su estómago.

Las llamas fueron consumiéndose hasta que solo quedaron diminutas brasas candentes en el círculo de piedras donde el fuego había terminado por devorar toda la madera seca. Los dos alkos dormían ahora inmersos en mágicos sueños transportados

por el balsámico licor de fuego. Mañana un nuevo reto les aguardaba, mientras el gran lobo negro les acechaba desde lo más profundo de la espesura.

Aquella madrugada, mientras Kiril dormía en los lindes de la tierra que le vio nacer, por tercera vez desde el infausto día de la traición groning, volvió a soñar el sueño que le asaltó en la Guarida del Oso y en la lejana Caterziveen. Soñó que caminaba junto a su padre Akrog por los alrededores del Bosque de Alkos. Divisaron un negro corcel que cabalgaba por la pradera aproximándose hacia ellos. Akrog montó sobre el caballo y se alejó al galope, despidiéndose de Kiril sin pronunciar palabra alguna. Entonces el cielo se cubrió de nubes y comenzó a llover. Cientos de ojos aparecieron desde lo más profundo del bosque. Observaban a Kiril, quien permanecía inmóvil en el claro empapado por la lluvia. Un rayo partió un roble en dos y comenzó a arder. Kiril tomó una de las ramas del árbol caído y la acercó al fuego. Las llamas enseguida prendieron en la rama y con la luz que proyectaban trató de divisar a su padre. Sin embargo no alcanzó a ver nada. Se giró hacia el bosque y, luchando con su mirada contra aquellos ojos ominosos, logró vencerlos, y uno a uno fueron desapareciendo hasta que no hubo mal que lo contemplase desde las profundidades de la floresta. Entonces Kiril dirigió su mirada hacia Alkoburgo, pero únicamente divisó ruinas. Sin embargo, en el lejano horizonte de Tierra Conocida, vislumbró una delgada línea azul celeste iluminada por la luz de los rayos del sol que traspasaban la opaca cortina de nubes. Sin vacilar comenzó a caminar en aquella dirección, sosteniendo con su mano la antorcha que alumbraba con tenue luz el camino que debía seguir. A sus espaldas, en lo alto de la colina, surgieron dos jinetes que entablaron un combate mortal bajo la tormenta. Mientras los dos guerreros luchaban a muerte, Kiril caminaba veloz hacia el luminoso horizonte tratando de alcanzarlo antes de que el fuego de su antorcha se extinguiese.

Un terrible trueno al que no acompañó relámpago alguno anunció la derrota de uno de los guerreros. Kiril se detuvo y miró hacia lo alto de la colina. Aquel guerrero que había defendido su huida había sido derrotado y yacía ahora tumbado agonizante sobre la hierba. En su último aliento, le ordenó al joven alko que encontrara a sus hermanos perdidos del sexto clan. Fue entonces cuando reconoció la voz de su padre Akrog. Tras pronunciar esas palabras, el lacrag alko murió. Kiril permaneció inmóvil mirando hacia la colina, mientras el guerrero victorioso se lanzaba en una desenfrenada persecución tras los pasos del joven nerlingo. Kiril reemprendió su camino en busca de aquella débil luz en el horizonte de Tierra Conocida, mientras su camino era iluminado por la llama de Ethril Eilalith, esta vez condenada a extinguirse con la última astilla de la rama de aquel viejo roble. Una voz grave resonó entonces en su cabeza como una terrible premonición:

*Sí la llama se apaga, la luna cubrirá de sombra el fulgor del sol y el lobo reinará por siempre en la bruna oscuridad.*

Kiril apresuró su paso y después corrió, corrió, corrió tan rápido como sus piernas jamás lo habían hecho. La maldición que pesaba sobre Ethril Eilalith era poderosa y

la llama consumía aquella tea que el nerlingo portaba. Cuando el fuego blanco comenzaba a quemar su mano, Kiril alzó su mirada y contempló cómo la luz de aquel antes horizonte lejano comenzaba a acariciar su rostro. Se giró queriendo dirigir una última mirada a su hogar en Alkoburgo, pero vio que el guerrero de la noche casi lo había alcanzado. Sin embargo, cuando todo parecía perdido, seis unicornios de preciosas crines plateadas emergieron galopando frente a Kiril desde las orillas del lejano mar.

Los unicornios le sonrieron con su mirada sobrepasándole con enérgicos trancos para enfrentarse, con las brillantes lanzas que llevaban prendidas de sus cabezas, a aquel guerrero de la noche. La lucha fue terrible y la sangre de los unicornios y del guerrero fue derramada, mas finalmente, las bestias sagradas derribaron de su negro corcel al maligno guerrero y con sus seis cuernos helicoidales empalaron al enviado de la oscuridad acabando para siempre con él. Cuando aquel guerrero murió, la tea que portaba Kiril volvió a crecer y esta vez la llama de Ethril Eilalith ya no la consumió pues la maldición se había roto. Los seis unicornios, agotados por el esfuerzo y las heridas de la batalla, se tumbaron exhaustos sobre la hierba de aquellas praderas, dejando que las gotas de escarcha restañasen sus heridas fundiéndose con la sangre que brotaba de ellas. Kiril se acercó a ellos y trató de aliviar el dolor de las seis bestias sagradas. Acarició sus crines, sus lomos, les habló con dulzura, hasta que agotados cayeron sumidos en un profundo y placentero sueño. Pero antes de que cerrasen sus ojos, una nueva luz se mostró en la lejanía, esta vez en el oeste, una luz ahogada que débilmente titilaba en un lejano bosque. Sobre ese bosque, una ominosa oscuridad danzaba como un destructor tornado, mancillando la escasa luz que aún brillaba en la floresta. Súbitamente el ensordecedor grito de miles de almas que desafiaban a la noche sin luz se elevó al cielo y aquel oscuro manto de maldad se lanzó contra el bosque. En el centro de la floresta emergió un enorme árbol negro. Pero aquel árbol no tenía hojas en sus ramas, sino negras plumas que brotaban por doquier. Las plumas comenzaron a batir como miles de alas a un mismo tiempo y, al igual que sumisos lacayos del mal, enviaron un negro velo de oscuridad de norte a sur y de este a oeste, cubriendo con su aura maligna hasta el último confín de Tierra Conocida.

Pero la débil luz que parecía agonizar bajo aquel velo mortuorio se resistía con denuedo a ser consumida. Y cuando parecía que finalmente la negra luz de las plumas del gigantesco árbol iba a devorarla, de los cuernos de las seis bestias brotó un fulgor cegador, que unido a la danzante llama de Ethril Eilalith, enviaron un rayo de nacarado resplandor contra el origen de aquel mal. Cuando ambas luces colisionaron, la tierra tembló, el cielo se estremeció y todo se consumió bajo un estallido de fuego destructor.

Justo antes de despertarse, Kiril escuchó las últimas estrofas de un desconocido poema:

*... Por fin regreso al lejano reino,  
allí nací y a él vuelvo para morir.  
Cruel fue el interminable invierno,  
condenado a nacer sin poder morir:  
Ya nadie queda preso en el infierno,  
y los hombres en su reino volverán a vivir...*

Therliangator abrió sus ojos, pero esta vez en calma, con una extraña sensación que le embargaba. Permaneció durante largo rato tumbado en el suelo, con la mirada perdida en la penumbra que amortajaba la tienda. Por tres veces había soñado el mismo sueño y en cada ocasión nuevas visiones le habían sido reveladas. Y esta vez a las indescifrables imágenes se había unido aquella extraña canción que aún permanecía presente en sus oídos.

—Aún resta otro sueño. Aún queda el sueño final —musitó para sí.

Durante la última parte del sueño había percibido la presencia del mismo mal que brotaba en forma de aliento maligno desde la cabeza del wolkur en Groningburgo. El árbol de plumas negras había logrado turbarle, pero la Sagrada Bestia y Ethril Eilalith le habían infundido el coraje y valor necesarios para enfrentarse al mal que en él moraba. Sin embargo, cuando la oscuridad y la luz se habían enfrentado en la última batalla, aquel fuego devastador le había impedido ver quién había salido victorioso de tan terrible contienda. Aquellos sueños siempre le obligaban a dar un paso adelante para enfrentarse a sus miedos, pero nunca le revelaban cual sería el destino que en ellos encontraría.

—Aún resta otro sueño —se obligó a repetir—. Otro sueño y el mal que tiempo atrás Euwalur engendró habrá sido derrotado.

Pero aquella canción, aquella canción, ¿qué significaba? ¿Quizás la luz lograba derrotar a la oscuridad? ¿Pero aquella victoria reclamaría su vida?

—... *Por fin regreso al lejano reino, allí nací y a él vuelvo para morir...* —recitó parte de la tonada—. Si he de morir para que el resto de los hombres vivan, que así sea —se dijo y recitó la última estrofa—. *Ya nadie queda preso en el infierno, y los hombres en su reino volverán a vivir...*

Kiril no logró volver a conciliar el sueño, por lo que decidió salir fuera de la tienda y caminar hasta Puente de Piedra donde quizás el rumor de las aguas del Grazemberg le serenase. Se calzó sus botas y, en silencio, sin que Maikel ni Enna se despertasen, tomó una de las antorchas y salió con sigilo a la oscuridad de la noche.

Los centinelas que montaban guardia ocupando las posiciones del antiguo destacamento saludaron a Kiril al verlo caminar hacia el puente. El nerlingo avanzaba cada vez con pasos más cortos, como si una oculta amenaza le aguardase al otro lado. Se detuvo en el centro del puente para contemplar las aguas del Grazemberg a la luz de la llama imperecedera, que ahora cercanas, ahora distantes, fluían calmadas sobre



el lecho pedregoso. La noche se aferraba con garras de águila sobre las cumbres de la Iugur-András, mientras un viento helado azotaba el valle. Las estribaciones de las montañas parecían lomas descarnadas y las vastas llanuras que conducían al Río Arquiri-Valu se mostraban grises y profundas, abriéndose como puerta de entrada a los paramos de Tierra Seca. El aliento de Urkha parecía que nunca se desvanecería y, al mirar hacia el norte, adivinó el camino, que desierto a la luz de la luna muerta, les conduciría hacia el Paso del Gorglin serpenteando en suaves quiebros por el bajo valle.

Kiril permaneció durante largo rato en lo alto del puente tratando de adivinar sin fortuna, entre las sombras aviesas de la noche, lo que los hados del destino le reservaban. Al menos sintió su espíritu serenarse mientras el frío viento del norte le ayudaba a reflexionar con mayor claridad. Decidió regresar a su tienda y tratar de dormir hasta el amanecer, pues con la llegada del nuevo día se adentrarían en los dominios del rey brujo.

Antes de que los rayos de sol trataran de penetrar el oscuro velo que cubría Jactinia, Kiril ya estaba en pie y había convocado nuevamente a sus capitanes, a los que ahora se dirigía:

—Hay tres posibles rutas a través de las cuales alcanzar Groningburgo: la primera cruza el Isengur y bordea por el oeste los Guardianes de Groning; la segunda discurre por el Paso del Gorglin atravesando la Iugur-András y los Guardianes de Groning; la tercera y última cruza el Paso de la Rocosa para luego bordear por el este los Guardianes de Groning. La primera y la tercera son más largas, pero más cómodas para nuestra caballería ligera y pesada. Sin embargo, el Paso del Gorglin sería la mejor opción para irrumpir por sorpresa frente a las murallas de Groningburgo con nuestra infantería.

—¿Qué es lo que estás pensando? —le interrumpió Enna.

—La manera de sorprender a Zornik —respondió pensativo—. Y la mejor manera es hacer lo que nunca esperaría: que dividamos nuestro ejército. El mensaje de Burkelen, el camino de fuego que los gronings nos marcaron, todo converge en un mismo punto: buscan que un resplandor de cólera ciegue nuestros ojos, que avancemos como una manada de caballos desbocados contra sus ejércitos para caer en la trampa que nos han tendido. Zornik sabe de las nuevas alianzas de los hombres libres. Conocerá desde lunas atrás que un formidable ejército sureño se ha unido a nuestras tropas, y buscará emboscarnos allí donde seamos más vulnerables. Quizás en las ciénagas y humedales entre el Paso de la Rocosa y las Landas de Edhilien; quizás en los campos huérfanos de vegetación y enfangados por la lluvia más allá del Río Isengur.

—Pero no esperará que osemos irrumpir por el Paso del Gorglin —concluyó Gródolas.

—En efecto —dijo Kiril—. Por lo que sé es un camino angosto y escarpado, un

terreno pedregoso controlado por varias torres de vigilancia a lo largo del paso, que a buen seguro también estará vigilado desde el aire por sus halcones.

—Entonces estaremos perdidos —dijo Senthilkumar—. Si esos pájaros nos descubren será el fin de aquellos que se internen en el paso.

—Te olvidas que ahora sabemos cómo derribar a los halcones de Zornik —dijo Kiril mirando a Maikel.

—Ethril Eilalith —dijo el fiel alko mientras Kiril asentía.

—Escuchadme atentamente, pues este es el plan que deberá conducirnos a la victoria —y todos los capitanes se apretaron en torno a Kiril con sus cinco sentidos puestos en lo que el Rey Nerlingo iba a explicarles—. Dividiremos a nuestro ejército en tres grandes compañías. La primera de ellas, la que será conocida como Luz de Medianoche, tendrá como capitán a Gródolas, y la compondrán la caballería ligera y los hombres del norte. Bravo guerrero de Tenkolmar —se dirigió al norteño—, cruzarás el Paso de la Rocosa y te dirigirás hacia Groningburgo al abrigo de las faldas de los Guardianes de Groning. Avanza rápido, pues la Luz de Medianoche deberá ser la primera en llegar e iluminar el camino de las otras compañías.

—Así lo haré, Kiril. Lo prometo por mi amada Tenkolmar —respondió con vehemencia.

—Gran príncipe y futuro Rey de Saralamath —continuó el alko—. Tú serás quien comande la segunda de las compañías, la Estrella del Desierto. Tus carros de combate y hombres del sur te seguirán hacia el oeste, más allá del Isengur. En esta época del año su torrente descenderá calmado, por lo que no deberías encontrar grandes dificultades en franquearlo. Además, no te privaré de la compañía y protección de tu fiel Senthilkumar.

—Que los dioses del desierto bendigan tu plan —e Ilanit asintió con una reverencia—. Tampoco seré yo quien robe de tu lado al inseparable guardián del Rey Nerlingo —y todos sonrieron mirando a Maikel.

—Al igual que Gródolas, una vez franqueada la vertiente occidental de los Guardianes de Groning, avanzarás al encuentro de la Luz de Medianoche. Pero será muy difícil ocultar el estruendo y el polvo del camino que se elevará al cielo al paso de vuestra compañía.

—¡Que tiemble Groningburgo! —exclamó Senthilkumar—. Muchas veces el miedo hiere más profundo que una lanza. Ese miedo debilitará la confianza de los gronings.

—Y por último, la Furia de Dioses cruzará bajo mi mando el Paso del Gorglin. Lanceros, arqueros y el resto de la infantería de a pie compuesta por esmugas, luinas, bortigos, lupenos, skelingos y nerlingos. Esta vez volveremos a encontrarnos al sur de Groningburgo para la batalla final en la que el reino del terror de Zornik será sometido y derrocado por los hombres de los pueblos libres —y todos jalearon a Kiril—. Pero no penséis que será fácil lograrlo. Los dioses deberán estar de nuestra parte. En nuestro camino hacia la capital groning los esbirros de Zornik nos hostigarán,

emboscarán y atacarán. Muchos de los nuestros caerán en el camino, pero recordad, jamás desfallezcáis, pues la llama de Ethril Eilalith siempre estará a vuestro lado.

—Antes de emprender la marcha y dividir a nuestras tropas deberíamos limpiar de enemigos los alrededores —dijo Maikel.

—Te has anticipado a mis palabras —respondió Kiril—. Enviaremos tres avanzadillas a cada una de las rutas que seguiremos. Debemos asegurarnos que no haya ningún groning en quince millas a la redonda. Cada uno de los capitanes elegiréis a quién enviar como vanguardia. Si las avanzadillas no encuentran oposición, los exploradores deberán dar la orden de avanzar al grueso de la compañía. Por el contrario, si encuentran resistencia en el camino, deberán enfrentarse a ella para aniquilarla completamente o retroceder si los efectivos enemigos superan el centenar. Pensarán entonces que nos retiramos, y así lo haremos, aguardando un par de jornadas apostados en las veredas del camino. Cuando confiados descuiden la vigilancia de esa ruta o avancen contra nosotros, acabaremos con ellos para a continuación marchar veloces sobre Groningburgo. Sospecho que esto es lo que bien la Luz de Medianoche o bien la Estrella del Desierto puedan encontrarse, mas no así la Furia de Dioses. A buen seguro que el Paso del Gorglin estará vigilado, pero solo por centinelas repartidos en las torres de vigilancia que jalonan la senda. No perdamos tiempo, amigos —ordenó Formad a las tres compañías y poned en marcha el plan que os he relatado. ¡Que la ventura de los dioses nos acompañe!

—¡Que así sea! —contestaron todos.

Uno a uno los capitanes fueron abandonando el improvisado cónclave, hasta que sólo quedó Oerlikon.

—Hoy estás más callado de lo habitual —le dijo Kiril, incómodo al sentir la mirada del Kliat clavada en sus ojos.

—No más que en otras ocasiones —respondió Oerlikon esbozando una sonrisa—. Es solo que guardaba mis palabras para pronunciarlas en el momento preciso.

—Y supongo que ese momento ha llegado —dijo Therliangator resignado.

—Siéntate a mi lado, Kiril —y el alko caminó hasta la posición en la que Oerlikon le esperaba—. Cuéntame el verdadero plan que guardas en tu cabeza.

—Ya la has oído, maestro. Es el que hace unos instantes acabo de relatar a los capitanes. Las tres compañías, unidas y a salvo tras franquear las murallas naturales que protegen a Groningburgo, se mostrarán como un único ejército frente a las murallas construidas por el hombre.

—Luz de Medianoche, Estrella del Desierto y Furia de Dioses, ¿esos eran sus nombres, verdad? Muy apropiados para infundir valor a los hombres —y sonrió con sarcasmo—. ¿Es que acaso me tomas por un anciano sordo y ciego? Eso ya lo he escuchado, pero no es lo que quiero oír. Quiero saber la jugada maestra que esconde tu plan, pues al igual que tú, sé que la ruina nos aguarda si nos lanzamos contra las murallas de Groningburgo, con tres o con el doble de compañías bajo nuestro mando. Kiril, hijo mío, no tengas miedo de contarme lo que piensas, pues sabes que confío en

tu buen discernimiento.

—Prométeme que no se lo dirás a nadie. Ni a Maikel, ni a... ni a Enna —dijo repentinamente apesadumbrado por una terrible carga que su corazón parecía sobrellevar—. Sobre todo a Enna.

—Te lo prometo, Te prometo por Nerlinguia que no revelaré tu plan secreto.

—Los hombres se descorazonarían, su confianza menguaría y la fuerza de sus brazos no sería la misma en el fragor de la batalla —contestó Kiril, quien permaneció callado durante unos instantes—. Desafiaré a Zornik. Lograré que abandone su castillo, que se muestre fuera de las murallas. Le retaré a un combate singular, solos él y yo, nadie más, ni hombre ni animal en doscientos pasos a la redonda. Un *Duelo de Reyes* en el que acabaré con él, aunque quizás él también acabe conmigo. Pero esa será la única forma de devolver la luz y la paz a Tierra Conocida.

—Dos veces el doble de dos docenas de dobles huellas... —recitó el padre de Enna.

—Exacto. Y en ese confinado espacio en el que únicamente mi corazón y el corazón de Zornik latirán como uno solo, se decidirá el destino de los hombres —finalizó Kiril aliviado por haber podido compartir con Oerlikon el secreto que guardaba.

—Tu solo sacrificio no valdrá sin la ayuda de los demás. Como días atrás nos dijiste, esta misión resultará victoriosa si todos permanecemos juntos y unidos. Confía en tus hombres, confía en tu amada Enna, confía en tu inseparable Maikel, pues ellos te darán la fuerza para lograrlo.

—Ellos me ayudarán a llegar a los acantilados del infierno, pero seré yo quien deba saltar al vacío y destruir al demonio que mora en ellos —habló Kiril—. Si Enna o Maikel supieran lo que pretendo hacer no lo permitirían, pues antepondrían el amor incondicional que me profesan ante la salvación del resto de los hombres. Siempre creerán que habrá otra forma de derrotar a Zornik, otra manera de culminar esta encomienda sin cobrarse el precio de mi vida. Pero maestro, yo sé que esa es la única opción de victoria y salvación. Desafiar el poder de Zornik frente a sus murallas, servirle en bandeja de plata una victoria que él considerará segura en un combate singular frente al bisoño descendiente de la estirpe real nerlinga. No, maestro, no hay otra opción. Por muy dolorosa que sea, aunque reclame mi vida, es la opción que yo he elegido, y no habrá nada ni nadie que logre apartarme de ese camino.

—Respetaré tu decisión, Kiril —dijo con cierta tristeza Oerlikon, quien a pesar de todo en su fuero interno también presentía que aquella era la única opción de victoria—. Sé que durante largo tiempo ha sido meditada y que con ella pretendes evitar un gran derramamiento de sangre, anteponiendo tu vida a la de los demás. Ello te hace ser aún más grande. Pero hijo mío, sigo creyendo que no deberías ocultar tus decisiones a los ojos de quienes te son más queridos.

—He de hacerlo, maestro. Por mucho que me duela he de hacerlo —y levantándose se volvió, para regresar caminando cabizbajo hacia su tienda mientras

una frenética actividad se apoderaba del campamento, donde los capitanes se afanaban en convocar a las tres compañías que partirían a la conquista de Groningburgo.

Antes de que el sol pudiera anunciar el mediodía a través de la plomiza mortaja gris que cubría el cielo de Jactinia, la Luz de Medianoche, la Estrella del Desierto y la Furia de Dioses formaban frente a Therliangator y sus capitanes, prestas para la revista de armas antes de la batalla. Como tres temibles galeras que emprendiesen una última travesía para surcar los tempestuosos océanos, mostraban ahora orgullosas todo el poder que serían capaces de desplegar frente al monstruo de las profundidades abisales.

Como Kiril había ordenado, algo más de un centenar de hombres de cada compañía se internó en la ruta que más tarde la Luz de Medianoche, la Estrella del Desierto y la Furia de Dioses tomarían. Al frente de la avanzadilla de la Furia de Dioses partieron Olaf, Lonar y Sventegard. Su principal cometido era trazar la posición y el número total de torres de vigilancia que los gronings habían levantado a lo largo del Paso del Gorglin. Kiril y los suyos permanecerían al menos dos días más acampados en la orilla sur del Río Grazemberg aguardando noticias no solo de Olaf y su avanzadilla, sino también de las que pudieran llegar de las vanguardias de la Luz de Medianoche y la Estrella del Desierto. Si alguna de ellas debía enfrentarse a los gronings, la infantería del ejército de la Alianza debería entrar en combate para que fuese creíble a los ojos del enemigo que todo el ejército rebelde avanzaba en esa dirección.

Tras la primera jornada de marcha a través de territorio groning las noticias que llegaron fueron tranquilizadoras. Ninguna de las tres avanzadillas había avistado enemigo alguno y avanzaban a buen paso.

El segundo día solo recibieron un mensaje de la Estrella del Desierto. Senthilkumar, quien había partido al mando de los sureños, informaba que las cincuenta bigas y veinte trigas habían cruzado sin problemas el Río Isengur diez millas al este de la entrada al Paso del Gorglin. El mensaje terminaba diciendo que los hombres de la Furia de Dioses también habían cruzado el Isengur y que encaraban el camino que conducía a las faldas de la Cordillera Iugur-András.

Al mediodía del tercer día de marcha y, sin que la lluvia les hubiera concedido tregua alguna, llegó un mensaje de la vanguardia de la Luz de Medianoche. Los norteños comunicaban a Gródolas que el camino estaba completamente despejado y, que tras hollar el Paso de la Rocosa, no vislumbraban rastro alguno de compañías gronings en muchas leguas a la redonda. Kiril y Gródolas convinieron en que el grueso de la Luz de Medianoche podía partir hacia Groningburgo.

—Permaneced alertas durante vuestra marcha y extremad las precauciones cuando alcancéis las estribaciones orientales de los Guardianes de Groning. Es probable que entonces diviséis a las legiones del norte apostadas en las Landas de Edhilien.

—Así lo haremos —respondió el de Tenkolmar—. Guardaos también vosotros de los ojos de los halcones. La senda que habéis de tomar puede convertirse en una trampa mortal si los gronings os descubren.

—Sé que Olión y Nerlinguia velarán por todos nosotros. Volveremos a vernos a las puertas de Groningburgo —dijo Kiril.

—Allí uniremos de nuevo nuestras espadas —sentenció Gródolas—. ¡Luz de Medianoche! —gritó—, ¡Adelante! —y la compañía de norteños comenzó a caminar bajo la impenetrable cortina de lluvia que brotaba inagotable del maligno manto creado por la oscura de Urkha.

El resto del ejército de la Alianza que permanecía acampado al otro lado de Puente de Piedra despidió con miradas silenciosas a la compañía.

Llegó el cuarto día y con él las malas nuevas. La vanguardia de la Estrella del Desierto había caído en una emboscada groning unas diez millas antes de alcanzar el límite occidental de los Guardianes de Groning. Más de veinte hombres habían muerto durante el combate. Los gronings les atacaron por sorpresa al caer la noche y los sureños se vieron obligados a retroceder. En su precipitado repliegue volvieron a cruzar a través de una zona enfangada por la lluvia por la cual sus carros de combate encontraron grandes dificultades para avanzar y en la que algunos quedaron atascados. Fue precisamente allí donde un segundo grupo groning les atacó, esta vez acompañados por media docena de wolkurs. Los perros de la guerra de Zornik se ensañaron con los caballos e inutilizaron varias de las bigas y trigas.

Los sureños, aterrorizados por las bestias wolkur, descuidaron la formación defensiva y Senthilkumar tuvo que acabar con dos de los wolkurs para que sus hombres recobraran el valor. Mientras tanto, los sureños eran atacados desde ambos flancos por las dos partidas gronings. Tras una dura contienda, acabaron con el grupo de los wolkurs y gronings que los hostigaban desde el este. Gracias a ello, los cerca de setenta supervivientes de la avanzadilla de la Estrella del Desierto pudieron batirse en retirada hacia el Isengur. Se hicieron fuertes en lo alto de una suave loma desde la que contraatacaron haciendo retroceder a los restos del primer grupo groning, quienes tras un nuevo ataque, en el que nuevamente fueron repelidos por los soldados de Senthilkumar, optaron por retirarse. Con toda seguridad, solicitarían refuerzos al Mariscal Burkelen para tratar de detener el avance del ejército de la Alianza.

Tras leer el mensaje de Senthilkumar, el príncipe Ilanit solicitó permiso a Kiril para partir en ayuda de sus hombres. El permiso le fue concedido, además de refuerzos adicionales para la Estrella del Desierto: ciento cincuenta hombres de infantería y arqueros que, tras luchar contra la nueva y previsible numerosa ofensiva groning, deberían regresar para cruzar a retaguardia de la Furia de Dioses el Paso del Gorglin.

Al quinto día llegó el primer mensaje de Olaf. Habían cruzado el brazo meridional de la Iugur-András sin encontrar en el camino ninguna torre de vigilancia. Tras descender a las desnudas praderas que formaban el circo de la cordillera,

comprobaron al anochecer las luces de varias almenaras que dibujaban frente a los exploradores una amenazante serpiente de luz. Contaron desde la lejanía cinco torres, aunque quizás, ocultas entre los escarpados riscos pudieran esconderse más atalayas. Sugirieron a Kiril que la Furia de Dioses emprendiese la marcha hacia la Iugur-András y se acantonase al abrigo de sus faldas hasta recibir un nuevo mensaje.

Kiril ordenó pues levantar el campamento y la Furia de Dioses comenzó a avanzar lentamente hacia el Paso del Gorglin. Cuando su caballo pisó territorio groning, se volvió y cruzó su mirada con la de Enna, Maikel y Oerlikon, quienes con una sonrisa de asentimiento le respondieron, sin necesidad de pronunciar palabra alguna, que le seguirían hasta el fin del mundo. Enna y Maikel apretaron el paso de sus corceles y se colocaron a derecha e izquierda de Kiril, mientras Oerlikon les contemplaba a unos trancos de distancia.

—Fieles y amantes escuderos —musitó el Kliat para sí—. Llegado el crucial momento, ruego perdonéis a Kiril y a su humilde maestro por ocultaros el terrible final que le aguarda tras la última etapa de su misión.

El príncipe Ilanit condujo velozmente a sus huestes al encuentro de la vanguardia comandada por su fiel Senthilkumar. Tan rápido fue su avance, que los hombres de a pie que Kiril había enviado como refuerzo a la Estrella del Desierto quedaron cortados varias millas por detrás del gran grupo, siguiendo la estela de los surcos que los carros de combate dejaban sobre las enfangadas praderas. Por una vez dieron gracias a la lluvia que seguía cayendo incansable, pues de haber transitado por terrenos secos y yermos como los eriales de Tierra Seca, se hubieran visto envueltos en una irrespirable tormenta de nubes de polvo y arena. En menos de una jornada habían cruzado el Isengur y al caer la noche llegaron a la loma en la que Senthilkumar y sus hombres se habían atrincherado aguardando la llegada de refuerzos. Los sureños recibieron con gran alegría a su príncipe y a los hombres que le acompañaban.

—Los gronings nos emboscaron varias millas al oeste —le explicaba Senthilkumar a Ilanit—. Un primer grupo se ocultó a nuestro paso tras las arboledas que crecen en las faldas de las montañas. Nuestros exploradores no los descubrieron y seguimos avanzando. Al caer la noche decidí acampar antes de proseguir la marcha a través de las llanuras que separan Tierra Seca y los Guardianes de Groning. Cuando aún montábamos el campamento una compañía de legionarios bien adiestrados cayó sobre nosotros y decidimos retirarnos siguiendo el plan de Kiril. Sin embargo los gronings tenían bien planeada su emboscada y el segundo grupo cayó sobre nosotros cuando transitábamos por aquella maldita pradera enfangada. El lodo se convirtió en una trampa mortal. Los gronings soltaron a unas terribles bestias contra nosotros, feroces lobos rabiosos que enloquecieron cuando mataron al primer caballo.

—Wolkurs... —musitó Ilanit.

—Esas bestias desataron el pánico entre nuestros hombres. Nuestra defensa se desmoronó, y los gronings aprovecharon el desconcierto para infligirnos un gran

número de bajas. No tuve más remedio que sobreponerme a mis temores y lanzarme cimitarra en mano contra uno de esos wolkurs. Le cercené la cabeza de un terrible mandoble y rápidamente tuve que hundir mi cimitarra entre las costillas de una segunda bestia que se abalanzaba contra mí con sus ojos inyectados en sangre para vengar la muerte de su hermano. La muerte de los dos wolkurs hizo que los hombres recuperasen el valor y la templanza. Lentamente volvimos a tomarla iniciativa de la contienda. El segundo grupo que nos atacaba desde el este era menos numeroso, por lo que decidí embestirlos con veinte bigas. Tras una breve pero cruenta lucha conseguimos exterminarlos. Ordene a los hombres retirarnos hacia el este hasta llegar a esta pequeña loma, donde logramos una posición de ventaja sobre los gronings. Dos veces nos atacaron y por dos veces los repelimos.

—Obraste bien, Senthilkumar —le felicitó Ilanit—. Mas de este enfrentamiento debemos sacar una clara conclusión. Éste es el camino que los gronings esperan que tome el ejército de la Alianza para continuar su avance hacia Groningburgo. En las cuatro jornadas que aguardamos las noticias de las tres compañías al sur de Puente de Piedra, no supimos de ninguna escaramuza con los gronings hasta que llegó tu mensaje. Como Kiril bien predijo, serán la Estrella del Desierto y la Luz de Medianoche las que encuentren una mayor resistencia a su avance. Pero la compañía comandada por Gródolas no hallará resistencia hasta franquear los Guardianes de Groning. Después, si son precavidos y logran ocultarse a los ojos de las legiones del norte que a buen seguro patrullarán al sur y al oeste de Nornogham, puede que no tengan que entrar en combate hasta llegar a la capital groning. Pero la Estrella del Desierto encontrará las trampas y los ataques furtivos del enemigo en cada vereda y recodo del camino. Los gronings no dejarán de hostigarnos, tratarán de desmoralizarnos, pero te aseguro que no lo lograrán. Zornik y sus esbirros jamás han combatido contra el ejército de Saralamath, por lo que no saben de qué son capaces los hombres del sur.

—¿Qué haremos ahora, mi señor? —preguntó cansado Senthilkumar.

—Esta noche seguiremos acampados en esta loma —dijo el príncipe—. Que tus hombres descansen. Las tropas de refresco realizarán la guardia. Antes de medianoche más de un centenar de hombres de la Furia de Dioses llegará al campamento. Dadles de comer y beber, y dejadles descansar. Mañana partiremos para dar caza a ese grupo de gronings y a los que se oculten en los Guardianes de Groning. Después, los hombres de la Furia de Dioses regresarán hacia el Paso del Gorglin y nosotros avanzaremos a través del corredor de Tierra Seca. Una vez acabemos con la resistencia groning al sur de los Guardianes, cabalgaremos tan rápido como sea posible hacia Groningburgo para desafiar a los ejércitos de Zornik.

—De acuerdo, mi señor —asintió agradecido Senthilkumar—. Comunicaré las órdenes a los hombres y advertiré a los centinelas de la llegada de los refuerzos. Mañana los gronings descubrirán el poder de Saralamath.

—Lo verán y jamás lo olvidarán. Cuando lleguemos a Groningburgo las noticias



nos precederán y, desde lo alto de sus murallas, los gronings temblarán al ver nuestros estandartes —sentenció Ilanit.

La noche, o quizás el día, cubrió con su oscuridad las regiones al norte de Jactinia. Por encima del aliento maligno de Urkha, un gran ejército de negras nubes, gigantescos cumulonimbos transportados por las alas de lejanas ventiscas nacidas en el Mar de los Vientos, presagiaban la llegada de una gran tormenta de nieve que, muchas lunas antes, pretendía anticipar la llegada del despiadado invierno. Los espíritus del mal se habían conjurado para sepultar a los hombres del desierto bajo heladas dunas de nieve y hielo, condenándolos a morir lejos de las cálidas y bermejas arenas de su añorado hogar.

## ENCRUCIJADA DE DESTINOS

**E**l otoño se desvaneció y, sobre la alfombra de hojas secas, se alzó el martillo helado del invierno.

En los albores del décimo mes la nieve invadió Jactinia y las regiones del norte, golpeando dura e impenitente, desde las lejanas cavernas del gran oso blanco. El silencio se apoderó de Tierra Conocida, un silencio malvado, ominoso, un silencio que ansiaba apagar la voz del agonizante mundo de los hombres.

La nieve caía sin descanso en forma de gigantesca catarata desde el cielo invisible, oculto bajo un opresivo manto gris que día a día descendía unos pies sobre sus cabezas, tratando como fin último aplastarlos contra la fría alfombra que cubría las regiones del centro y el noroeste.

El silencio ahogaba su esperanza, sofocaba la llama de sus espíritus; el silencio era el dueño y señor de aquellos eviternos días sin sol y noches sin luna. A medida que las tres compañías se adentraban en territorio groning, el blanco algodónado de la nieve paulatinamente se iba transformando en un tono grisáceo, sucio, corrompido por los endemoniados sortilegios de la arpía Urkha.

Y la nieve caía y caía sin cesar, mientras las fuerzas de los capitanes del este menguaban con cada paso que les acercaba hacia Groningburgo. Desde cientos de millas atrás, Kiril había sentido que el final estaba cerca, que quizá su vida se extinguiría en aquella trampa mortal, en un angosto y helado pasaje sobre el que sobrevolaba la negra magia de Zornik. Éstos eran los pensamientos que asaltaban a Kiril mientras la Furia de Dioses hollaba las cumbres de la Iugur-András y él, al frente de la vanguardia de la compañía, descendía por las nevadas laderas del norte para dirigirse hacia el Paso del Gorglin. Al pie de los Guardianes de Groning les aguardaban Olaf y sus hombres, quienes habían podido concluir que eran cinco las torres de vigilancia que los gronings habían dispuesto a lo largo del ascenso a la escarpada pendiente.

Si bien los hombres de la Furia de Dioses habían padecido fríos inviernos en sus lejanos hogares y los norteños de la Luz de Medianoche estaban habituados a la oscuridad, al frío y la nieve, eran los hombres del sur, la poderosa caballería pesada de la Estrella del Desierto, quienes padecían con mayor sufrimiento y angustia las inclemencias que azotaban los dominios al sur de la capital groning. Aquellas regiones se dibujaban ahora antes sus ojos como un espectral mundo de horror.

Sólo las victorias que las tropas del príncipe Ilanit habían logrado durante su avance hacia el oeste, conseguían mantener el ánimo entre los sureños. Dos días atrás cayeron sobre los gronings que habían emboscado a la avanzadilla de Senthilkumar. Acabaron con más de cincuenta gronings y, antes del anochecer, volvieron a entrar en combate contra una nueva compañía que había acudido en apoyo de los dos primeros grupos. Ilanit había previsto ese posible movimiento y, anticipándose a las órdenes de los oficiales gronings, ordenó a los arqueros que Kiril había enviado en su apoyo, se

escondieran en una zona elevada del terreno, en las primeras pendientes que ascendían hacia los picos de la Iugur-András. Cuando las tropas gronings y sureñas se encontraron frente a frente, los arqueros castigaron con dureza las posiciones enemigas, lo que logró decantar rápidamente la contienda en favor de los sureños. El príncipe Ilanit no quiso mostrar todo el potencial de su ejército a los gronings y dejó acantonados varias millas atrás a más de mil de sus hombres. La magnitud de sus fuerzas debía aún permanecer velada a los ojos de los esbirros de Zornik pues, de otra forma, quizás el rey brujo decidiese enviar a todas las legiones del norte contra sus carros de combate. A pesar de que una decena de gronings consiguió escapar con vida de la contienda y varios halcones sobrevolaron sus posiciones, Zornik no enviaría aún a todos sus efectivos contra Ilanit y preferiría seguir hostigándoles en la creencia de que de esa manera debilitaría las fuerzas del ejército de la Alianza, al que creía avanzaba hacia el oeste.

—Los gronings nos hostigan constantemente —dijo Senthilkumar a su príncipe—, pero lo hacen en pequeños grupos. Si saben que avanzamos hacia el oeste por este camino, ¿por qué no envían al grueso de sus legiones para acabar con nosotros?

—Como dijo Kiril, Zornik busca que sigamos el camino de fuego y cenizas que nos ha marcado —respondió Ilanit—. Piensa que todo el ejército aliado avanza en esta dirección, lo que es una gran noticia para Kiril y Gródolas. Quiere que sigamos acercándonos a Groningburgo, y que en ese avance nos debilitemos, incluso a costa de la vida de sus hombres. No mostrará piedad alguna, ni siquiera por sus soldados, pues sabe que atacando en grupos de cincuenta o cien hombres no logrará la victoria. Nos iremos desangrando, nos agotaremos al tener que estar alertas mientras él sacrifica a sus peones. Presiento que su último fin, tras el fracaso de la invasión de las regiones del este, es atraernos hacia su guarida, aunque no alcanzo a comprender con qué intención.

—Juraría por todos los dioses del desierto que Kiril conoce ese fin por el que Zornik le atrae hacia Groningburgo —dijo pensativo Senthilkumar.

—Quizás sea así, o quizás sea Kiril el que esté dejando a Zornik que juegue con él al gato y al ratón —terminó la frase Ilanit justo en el momento en que la llamada de un cuerno reverberó en los muros de piedra de la Iugur-András.

—¡Gronings! ¡Una compañía de cien gronings a caballo nos ataca! ¡A las armas! —gritó uno de los oficiales avisado por los exploradores de vanguardia.

—Adelante, mi fiel Senthilkumar —le dijo Ilanit con voz cansada—. Interpretemos el papel que nos ha sido otorgado en esta tragedia. Que los ojos de Zornik crean contemplar el pérfido plan que su mente ha pergeñado. ¡Por Saralamath!

—¡Por Saralamath! —respondió Senthilkumar, y ambos se lanzaron sobre sus carros de combate campo a través para enfrentarse a sus enemigos.

Era noche cerrada y ni el blanco de la nieve lograba arrojar un solo destello de luz sobre el mundo de oscuridad que rodeaba a los hombres de la Luz de Medianoche.

Gródolas marchaba al frente de la compañía, dominado por la misma premura que meses atrás le empujó a avanzar sin descanso hacia Sildenburgo a través de las llanuras al norte de Halthoria. Y si en aquella ocasión el destino que le aguardaba era el añorado retorno al hogar, esta vez bien pudiera ser que los hados le reservasen el infortunio de conocer al jinete sin rostro.

Hacía una luna que la compañía había franqueado el Paso de la Rocosa para dirigirse hacia las estribaciones orientales de los Guardianes de Groning. Hasta ahora no habían encontrado rastro de los gronings y Gródolas quería aprovechar aquellos vientos favorables para avanzar veloz hacia Groningburgo. Descansaron tres veces ese día y cenaron frugalmente para, de madrugada, continuar con la marcha a través del corazón del territorio groning.

—La Luz de Medianoche deberá ser la primera en llegar e iluminar el camino de las otras compañías —repetía continuamente Gródolas la consigna que le dio Kiril—. Ese orgulloso príncipe sureño no llegará antes que los norteños a Groningburgo, jamás marchando bajo la nieve.

La caballería ligera y los norteños seguían ciegamente a su líder por aquellas vastas y despobladas praderas, sin que las remotas e invisibles luces de Nornogham pudieran inquietarles. Continuarían avanzando a un ritmo extenuante para tratar de alcanzar la próxima noche los Guardianes de Groning. Gródolas les había prometido a sus hombres que descansarían allí una jornada completa para, a continuación, partir con la oscuridad de la noche hacia Groningburgo al abrigo de los Guardianes. Si las compañías que pudieran patrullar por las Landas de Edhilien no les descubrían en ese crucial instante, podrían llegar muy cerca de la capital groning sin que las legiones del Mariscal Zotelen fueran alertadas, lo que les proporcionaría unas preciosas jornadas de ventaja sobre ellas en su ataque a la guarida del rey brujo.

Y bajo la impenitente nevada, la Luz de Medianoche, honrando a su nombre, se perdió difuminándose entre las sombras que danzaban sobre aquellas vastas soledades al son del viento ululante. No tardaron en borrarse las huellas de bestias y hombres, sepultadas por los copos de nieve que brotaban del oscuro e insondable lienzo en el que el firmamento se había transformado.

Debía ser mediodía, pero ninguno de los componentes de la Furia de Dioses, ni siquiera Kiril o el clarividente Oerlikon podían atestiguarlo. Cielo y tierra se habían convertido en superficies informes, donde el relieve del terreno o las formas de las nubes habían dado paso a un mismo todo indefinido. Únicamente la cercana silueta de las laderas meridionales de los Guardianes de Groning obraba de faro que guiase el barco a la deriva en que podría haberse convertido la compañía comandada por Kiril. Sin embargo, los avezados ojos de Olaf, Lonar y Sventegard, ya habían localizado desde hacía más de media milla el avance de la Furia de Dioses. Montaron prestos sobre sus corceles y salieron al encuentro de Kiril y los suyos.

—Varios jinetes se acercan, mi señor —le informó a Kiril uno de los alkos del

sexto clan.

—Los veo —respondió Therliangator.

—Apuesto a que se trata de Olaf y sus nuevos amigos —sonrió Maikel—. Solo espero que ese norteño haya encontrado un buen lugar bajo el que guarecernos de esta maldita nevada. Estoy empapado hasta los huesos. Apenas si siento los pies y tengo las manos ateridas de frío. Necesitaré vuestra ayuda para poder soltar las riendas de mi caballo.

—Vamos, Maikel —contestó Enna—. Si los hombres ven a un grandullón como tú recibiendo la ayuda de una delicada joven como yo, a buen seguro que alguno compondrá una hiriente canción en tu honor —dijo mirando a los escépticos ojos del alko—. Conozco a un joven de Caterziveen con las habilidades de un bardo que ha traído su laúd desde nuestro añorado hogar, ¡ja, ja, ja! —y rió burlándose del corpulento nerlingo.

Cuando Enna terminó de reír, Olaf, Lonar y Sventegard, ya habían llegado a la altura de la vanguardia de la compañía. Una enorme sonrisa se dibujó en sus rostros cuando contemplaron a Kiril y a los capitanes.

—¡Saludos, amigos! —dijo Olaf—. Os echábamos de menos. Sin embargo debo decir que habéis avanzado rápido.

—Nos pusimos en marcha en cuanto recibimos tu mensaje —respondió La marcha ha sido tranquila, tal y como asegurabas.

—Nos alegramos por ello —dijo Lonar e hizo una leve pausa—. ¿Cómo les va al resto de compañías? —preguntó intranquilo.

—La peor parte se la llevó la Estrella del Desierto —les informó Oerlikon—. Varios grupos de gronings y wolkurs los emboscaron, aunque parece ser que Senthilkumar pudo hacerse fuerte y repeler su ataque tras un rápido repliegue. Cuando el príncipe Ilanit supo del ataque groning, partió enseguida en socorro de sus hombres.

—Envié en su apoyo a cerca de ciento cincuenta hombres —añadió Kiril—. Una vez Ilanit y los suyos acaben con ellos, esos soldados se reunirán aquí con nosotros.

—Eso nos concede un tiempo adicional para estudiar la estrategia de asalto a las torres de vigilancia que jalonan el Paso del Gorglin —dijo Sventegard.

—Ya tendremos tiempo para hablar de ello —refunfuñó Maikel—. En lo único que pienso ahora es en calentarme frente al fuego de una hoguera y comer algo. Por Nerlinguia, Olaf, dime que habéis encontrado un buen refugio. Esta nevada me está congelando hasta el cabello.

—¡Ja, ja, ja! —rió a carcajadas Olaf—. ¿No pretenderás que encendamos una hoguera e invitemos a los gronings a cenar con nosotros un lechón asado? ¡Ja, ja, ja! ¡Valiente hijo de Jactinia estás hecho! Parece que la cálida brisa del Mar del Este y los paseos junto al capitán Falk a bordo de La Sirena de los Mares te han ablandado —y Lonar y Sventegard hicieron coro a las risas de Olaf.

—Basta ya, muchachos —habló Oerlikon—. Nos os burléis de Maikel, ¿o acaso

es necesario que vuelva a relataros la historia del Sol y del Viento del Norte?

Los tres exploradores decidieron dar una tregua a Maikel e indicaron a los capitanes de la Furia de Dioses que les siguiesen. La compañía volvió a ponerse en marcha y avanzaron a paso lento tras las huellas que los corceles de Olaf, Lonar y Sventegard, dejaban sobre la hierba cubierta de nieve.

Vladas había cumplido con presteza las órdenes que Simas le había dado. Tras dejar encauzados los trabajos de construcción del puesto de vigilancia en el Paso de Rocagrande, se dirigió con media docena de hombres hacia el Paso del Corzo. En una jornada talaron la madera que necesitarían para construir el puesto y, cuando comenzaron a caer los primeros copos de nieve, empezaron a levantarlo. Prepararon una almenara con madera seca al igual que habían hecho en Rocagrande para utilizarla como sistema de comunicación entre ambos destacamentos. Si las llamas se alzaban sobre las cumbres de las Montañas Blancas eso sólo significaría una cosa: las legiones del norte acudían a Groningburgo convocadas por su rey.

La abundante nieve que manó del cielo durante los días venideros apenas si llegó a humedecer aquella madera seca. Vladas regresaba meditabundo hacia Sildenburgo una vez terminada la encomienda de Simas, cuando comprobó con pánico en sus ojos como, cerca de diez millas al frente, la almenara del Paso de Rocagrande ardía incendiada por llamas amarillas y bermejas. Volvió su mirada hacia el puesto de vigilancia del Paso del Corzo y contempló también arder su almenara en una gran pira.

—¡Maldición! —se lamentó—. Los gronings retornan a Groningburgo. El rey brujo convoca a sus ejércitos. Han sido los vigilantes del Paso del Corzo quienes los han descubierto. Nos tomarán una importante ventaja al cruzar a través del Valle del Rauron, más aun teniendo en cuenta que la Alianza de Tenkolmar aún no está reunida en Sildenburgo. Simas deberá convocarla con urgencia —y el fiel amigo de Gródolas dirigió su mirada entrecerrando sus ojos hacia el oeste, pero la cortina de nieve y viento que azotaba el norte de Tierra Conocida le impidió ver otra cosa que no fueran espejismos helados—. ¡Vamos, amigo mío! —le dijo a su caballo mientras le acariciaba el cuello—. ¡Cabalga veloz hacia Sildenburgo! —y el palafrén pareció comprender las palabras de su amo, pues se lanzó con un desbocado galope hacia la ciudad fronteriza de los nortehños.

Simas estudiaba absorto en la cabaña de Dinara un mapa que mostraba con detalle varios pasos al norte y al noroeste de Nornogham que cruzaban la Cordillera Savakien, cuando los gritos de Rimas y Sarunas le hicieron volver su atención hacia el exterior de la cabaña.

—¡Mi señor, mi señor! —gritaban a coro los dos nortehños—. ¡Arde la almenara del Paso de Rocagrande!

Simas comprendió lo que aquello significaba y una enorme tristeza se apoderó de

él.

—El desenlace de la terrible tragedia de nuestro tiempo ha llegado —musitó—. Zornik no da tregua a los que se interponen en su camino. El árbol de la vida se agosta en el norte, la sangre de los hijos de Olión volverá a derramarse. A ti te rezo, Olión, y a ti me encomiendo, Kiril el Verdugo de la Oscuridad, para que los inviernos venideros sean fértiles como la primavera y la luz de la vida vuelva a brillar en el rostro de nuestro pueblo.

Mientras Simas musitaba estas palabras contemplando desde la ventana la agitación que por momentos se apoderaba de Sildenburgo, Rimas y Sarunas irrumpieron con estruendo en la cabaña de Dinara:

—¡Mi señor Simas! ¡La almenara de Rocagrande está en llamas!

—Lo sé —respondió con voz grave—. Encended las demás almenaras. Tenkolmar deberá acudir antes de la fecha fijada. Informad a los oficiales que comiencen a inventariar armas y provisiones. En breve partiremos hacia Groningburgo.

—De... de acuerdo, mi señor —respondieron mientras un nudo de terror atenazó sus gargantas al conocer el destino final hacia el que se dirigían.

Rimas y Sarunas abandonaron temblorosos la cabaña, y corrieron hacia los nuevos barracones y cabañas que Simas había ordenado construir en las afueras del burgo, para transmitir a los oficiales norteños las órdenes del líder de la Alianza de Tenkolmar.

Dinara se acercó a la planta baja de su cabaña atraída por la agitación y las voces de los hombres. Vio a Simas inmóvil frente a la ventana, con la mirada perdida en la nevada calle central del burgo. Se acercó lentamente hacia él y pudo percibir cómo el rumor del crepitar de las almenaras en llamas le atormentaba.

—El destino de nuestro pueblo vuelve a recaer en ti —habló Dinara—. Pero esa pesada carga se repartirá entre las espaldas de los hombres y mujeres de las Tierras Frías. Una vez reconstruiste al norte de sus cenizas; ahora podrás terminar la obra que diez inviernos atrás comenzaste.

—Fue duro salvar los restos de la Alianza de Tenkolmar, abandonar a Gródolas a su suerte para ocultarnos como conejos asustados en nuestras madrigueras. Pero ahora... ahora que las Tierras Frías comenzaban a recuperar la paz perdida, debemos volver a derramar la sangre de nuestros jóvenes, el futuro de nuestro pueblo, en lejanas y hostiles tierras. Dudo de mí mismo, Dinara. Dudo de mis decisiones, pues quizás estoy conduciendo a mi pueblo al exterminio.

—Nadie lo sabe, Simas. Ni tan siquiera Olión es capaz de augura: nuestro destino —respondió Dinara—. Pero la decisión que hoy has tomado no es una decisión en soledad, sino una decisión compartida. Todos y cada uno de los habitantes del norte te seguiremos hacia donde tú nos guíes.

—Gracias, Dinara —dijo con voz angustiada Simas—. Rezo porque estés en lo cierto.

Las almenaras ardieron entre Sildenburgo y Ostenburgo, entre Ostenburgo y Orlag, y desde allí, a lo largo del Paso del Norte, hasta Trondemag, para por fin terminar alumbrando las orillas de la hermosa Tenkolmar. Los osos blancos del norte se movilizaron a la orden de Simas y vaciaron todos sus burgos y aldeas al sur de las Montañas Nevadas para dirigirse hacia sus fronteras meridionales. En menos de diez lunas, una hueste de más de dos mil hombres acudiría al encuentro de Simas.

Durante las jornadas siguientes Simas se afanó en preparar su plan de ataque sobre las legiones gronings. Vladas no tardó en llegar a Sildenburgo desde el Paso del Corzo para ayudar a su líder.

—He revisado cientos de veces estos mapas —le decía Simas a Vladas—, y solo veo dos rutas posibles a seguir. Podríamos marchar hacia el oeste en paralelo a las Montañas Blancas y después cruzar por el corredor que se abre entre ellas y los Valles Solitarios, para finalmente descender a través del Valle del Rauron...

—Pero esa opción no acaba de convencerte —dijo Vladas.

—No. Es la misma ruta que van a seguir las legiones del norte y además es la más larga. Si mi intuición no me falla, el ejército capitaneado por Kiril atacará Groningburgo desde el sur, mientras que nosotros quedaremos cortados al norte de la capital. Ni nosotros ni Kiril capitaneamos una tropa tan numerosa como para combatir a los gronings desde dos frentes distintos. Nos superan en número y, si dividimos nuestros efectivos, no les será difícil acabar con nosotros.

—Si no es a través del Valle del Rauron, ¿desde dónde piensas atacar a los gronings?

—Cruzaré a través de la Savakien. Mira este otro mapa —le indicó a Vladas mientras extendía un viejo y arrugado mapa sobre la mesa que gentilmente Dinara les había prestado para que Simas convirtiera la planta baja de la posada en su cuartel general—. Muestra varios pasos que los comerciantes utilizaban en el pasado como rutas para cruzar de un lado a otro de la cordillera. Y mira aquí. Justo aquí. Casi a la altura de Nornogham. Un amplio y cómodo corredor que nos llevará directamente a las Landas de Edhilien.

—Te olvidas del destacamento groning acantonado en Nornogham.

—Nos desviaremos diez millas hacia el oeste para después avanzar a través de las Landas de Edhilien. En las faldas de los Guardianes de Groning es donde encontraremos a Kiril y los suyos. O al menos es hacia dónde creo que ellos se dirigirán.

—¿Y si el destacamento de Nornogham nos descubre? —le cuestionó Vladas.

—Antes lanzaremos un señuelo a ese pez —sonrió con malicia Simas—. Y si no pica el anzuelo, tendremos que pescarlo con nuestras lanzas.

Vladas escrutó durante un rato el mapa de la Savakien.

—Creo que tu plan funcionará —concedió al fin—. Aquí perdimos a un gran amigo. Se llamaba Henk —dijo con honda pena señalando una amplia extensión del terreno que aparecía cubierta por árboles en el mapa—. Bautizamos a ese bosque



como el Bosque del Demonio Gris. Confío en que esta vez los wolkurs no merodeen por aquella zona.

—El restallar de las pisadas del ejército de Tenkolmar los mantendrá alejados de nosotros. Te lo prometo, Vladas —dijo Simas apoyando la mano en el hombro de su amigo.

Así quedó fijada la ruta que los hombres del norte seguirían para encontrarse con el ejército de la Alianza. Y mientras el fuego que ardía en las almenaras del norte se consumía, la nieve parecía seguir brotando inagotable desde lo más profundo de los oscuros corazones de Eulur, Euwalur y Euquilur, los tres espíritus corrompidos.

La nieve cubría las capas de Enoc y Eboc camuflándolos con aquel níveo paisaje. Los dos hermanos de la hermandad de Klimerik contemplaban desde las estribaciones del brazo occidental de la Iugur-András, allí donde moría la Senda de las Águilas, las blancas praderas que conducían hasta el Puente de Piedra. Eran evidentes, incluso ahora disimulados por la nieve, los indicios de que lunas atrás una gran hueste había permanecido acampada en aquellos campos.

—Era cierto lo que nos relataron aquellos bunkos —dijo Enoc.

—¿Acaso dudabas de ello? —le cuestionó Eboc—. El sentimiento de culpa por la traición de Torko aún permanecía marcado indeleble en sus rostros.

—Nunca me gustaron los bunkos. Siempre desconfié de ellos como de un interesado y ladino gato.

—Quizás sea demasiado tarde, pero la desgracia que cayó sobre nuestro pueblo forjará un nuevo carácter en su clan.

—Si es que al final del camino aún queda algún bunko con vida —finalizó Enoc envolviendo sus palabras en un halo de desesperanza.

Los Quince de Klimerik habían partido de Arroyo Escondido con el propósito de dirigirse hacia Bosque Verde y comprobar si eran ciertos los crecientes rumores de que Kiril, el hijo de Akrog, había regresado a Jactinia para reconquistarla y devolver la libertad a aquellas tierras. Cruzaron desde el Bosque Ranwuhan hasta adentrarse en la Senda de las Águilas, donde divisaron un grupo de unas sesenta personas que, varias millas al este, avanzaban a través del paso. Aimon ordenó acelerar la marcha y, con la llegada del ocaso, cayeron sobre el grupo que descansaba confiado en los lindes de Bosque Verde sin centinelas que vigilasen la llegada de intrusos. Sin embargo no fueron enemigos lo que allí encontraron, sino un grupo de bunkos que había abandonado su escondite en lo más profundo del bosque para dirigirse a la nueva Lothikaton. Relataron a Aimon y sus hombres que los gronings se retiraron apresuradamente del territorio nerlingo y, a los pocos días, un gran ejército al mando del último descendiente de la estirpe real llegó a la capital nerlinga. Desde su escondite en Bosque Verde observaron a un numeroso grupo de exploradores y soldados cruzar a través de la Senda de las Águilas para dirigirse hacia el Puente de Piedra. Ellos permanecieron ocultos en el bosque hasta que finalmente vieron avanzar

a través de la angosta senda a Kiril encabezando a aquel gran ejército. Les observaron durante lunas mientras permanecían acantonados en las inmediaciones de Puente de Piedra, hasta que por fin cruzaron el Grazenberg para internarse en territorio enemigo. Fue entonces cuando, seguros de que no se trataba de una argucia de los gronings, decidieron abandonar su escondite en el bosque para regresar a su añorado Bunkoburgo.

Tras escuchar el relato de los bunkos, Los Quince de Klimerik decidieron descansar aquella noche junto a ellos para, a la mañana siguiente, cruzar la Senda de las Águilas hacia el oeste siguiendo el rastro del ejército de la Alianza.

Para acelerar su marcha, antes de abandonar Arroyo Escondido, construyeron una especie de parihuelas con ramas y pequeños troncos para transportar a Narno durante el día. Una carreta sería un buen medio de transporte para avanzar por llanuras y praderas, pero Aimon tenía la certeza de que deberían internarse por los complicados pasos de la Iugur-András o los Guardianes de Groning. Por ello ordenó que aligerasen la carga que cada uno llevaría consigo. De esta manera, Narno sería remolcado por solo un caballo y, en caso de necesidad o de muerte de la bestia, dos de sus hombres podrían arrastrarle por cualquier senda, ya fuera llana como las Landas de Edhilien o escarpada como los gigantescos acantilados de la costa oriental.

Enoc y Eboc informaron a sus compañeros de hermandad que el camino estaba despejado y Aimon ordenó avanzar hacia Puente de Piedra. Descansaron aquella noche en la orilla sur del Río Grazenberg y, al igual que le ocurriera a Kiril lunas atrás, una extraña sensación se apoderó de Aimon.

—Invasor de territorios extranjeros —se decía a sí mismo mientras contemplaba reflejado su rostro sobre los destellos plateados de las aguas del Grazenberg, que cruzaban serenas bajo los asimétricos arcos de Puente de Piedra. Aquello que siempre había detestado de la naturaleza groning era en lo que ahora creía haberse convertido.

—¿En qué piensas, Aimon? —preguntó una voz grave y poderosa que se acercaba desde la pradera.

El celko apenas si esbozó una leve sonrisa mientras su mirada se perdía en el calmado cauce del río, quien sabe si transportado por sus pensamientos al oscuro y lejano Mar del Gruneng. Narno se colocó a su lado y, juntos, admiraron el sosegado fluir de las aguas. Al cabo de un rato, Aimon se giró y apoyó durante unos instantes su mano en el hombro del Guardián de Bosque Salvaje.

—En la muerte —dijo Aimon antes de comenzar a caminar de regreso al campamento.

—¿Qué has dicho? —preguntó desconcertado Narno.

—En la muerte —respondió Aimon—. Era eso en lo que pensaba.

—Nadie debería meditar durante la noche. Las sombras aviesas aturden los sentidos, nuestros miedos nos conducen a la ruina, nuestros pensamientos se tornan dementes.

—Quizás sea lo que los dioses quieran revelarnos, alumbrar los designios que se

esconden en nuestro destino.

—La noche jamás revelará otra cosa que no sean las tinieblas de tus demonios. Abandona esos pensamientos que te atormentan, pues la noche es larga y traicionera —le dijo Narno acercándose a él—. Te hará dudar de tus actos e intentará atraparte en sus oscuras garras de melancolía y pesadumbre. Yo pienso en mi muerte todas y cada una de las noches en las que despierto a mi vida sesgada. Deseo morir, Aimon. Lo deseo con todas mis fuerzas. Deseo acabar con esta maldición que me posee. Deseo morir para poder volver a abrazar a los míos, a Xenia y a mi pequeño Odrán. Xenia..., mi amada Xenia —y las lágrimas brotaron de los ojos del gigante—. Mas cuando presiento que el amanecer se acerca, una extraña esperanza se apodera de mí, invade mi cuerpo y me recuerda que ese mal que me condenó, ese mal que busca mi tormento, renegará y maldecirá, se retorcerá en terribles espasmos de dolor al contemplar mis ganas de vivir, de hacer el bien, de luchar contra todas las abominaciones creadas por su dios del averno. Y cuando los rayos de la alborada me alcanzan, es en ese instante, breve y fugaz, cuando mi mente y mi alma se sumen en una paz serena. Todo se vuelve blanco y placentero, todos los temores son desterrados, pero después de ese mágico instante, mis sueños vuelven a sumirse en una insondable penumbra. Y de nuevo mi mente comprende que, durante toda la eternidad, tendré que luchar contra mi destino cuando la oscuridad de la noche vuelva a alumbrar tenebrosa mi triste despertar —e hizo una pausa—. Ahora ve y descansa, Aimon. El nuevo día alejara las brumas que velan tu razonamiento. Deja que este condenado cargue con los temores que turban tus sueños —y Narno se alejó caminando hacia el territorio groning, mientras su enorme figura se desvanecía entre la niebla que cubría las orillas del Grazemberg.

A la mañana siguiente, Los Quince de Klimerik cruzaron Puente de Piedra siguiendo los pasos de Therliangator a través del territorio groning. No tardaron en descubrir las huellas de un gran contingente de caballería que parecía separarse del gran grupo en dirección al Paso de la Rocosa. Sin embargo Aimon decidió continuar hacia el oeste. El líder de Klimerik no supo con certeza por qué tomó aquella decisión, bien porque su intuición le decía que Kiril no viajaba en aquel grupo o bien porque el grueso del ejército continuaba avanzando hacia el oeste.

Continuaron su avance y cruzaron el Isengur siguiendo el rastro de las profundas rodadas que los carros de combate de las tropas de Saralamath habían dejado sobre el terreno. Varias millas más allá del Isengur hallaron indicios, apenas visibles por el manto de nieve que comenzaba a cubrir aquellas regiones, de una nueva escisión en el ejército aliado. Las huellas de las bigas, trigas y cuadrigas continuaban hacia el oeste, mientras que un grupo más pequeño que parecía marchar a pie se dirigía hacia los Guardianes de Groning. Pero esta vez Aimon no necesitaría de su intuición para decidir qué camino tomar.

—¡A cubierto! ¡Ocultaos! —gritaban Enoc y Eboc a sus compañeros de hermandad.

—¿Qué ocurre? —gritó Aimon quien corría al encuentro de los dos hermanos celkos flanqueado por Odd y Oakes.

—¡Se acerca un numeroso grupo de soldados por el oeste! —gritaban sin resuello.

—¿Son gronings? —preguntó nervioso Odd.

Enoc y Eboc los alcanzaron exhaustos y se tomaron unos instantes antes de responder para poder recuperar el aliento.

—Creo que sí, pero no puedo asegurarlo —dijo Eboc jadeando—. Esta oscuridad vela toda luz en el cielo.

—Caminan enfundados en sus capas para protegerse del frío y la nieve. No pudimos distinguir más que colores pardos en la lejanía, pero puede que el rojo sangre de los gronings se oculte bajo sus capas —apuntilló Enoc.

—Corred hacia esa arboleda y tornad posiciones —ordenó Aimon—. No tenemos tiempo de ocultar nuestras huellas. Esconded a Narno bajo la nieve. Nadie debe descubrirlo si caemos —concluyó preocupado.

—Sobreviviremos. Siempre lo hemos hecho —replicó Oakes.

—Que Nerlinguia te escuche —dijo Aimon, mientras su mente trataba de cavilar un plan que les salvase de una muerte segura frente a tan numerosa compañía—. Vamos, no perdáis tiempo y avisad a los demás.

—De acuerdo —asintieron Odd y Oakes al tiempo que se alejaban prestos para alertar al resto de los componentes de la hermandad de Klimerik.

Aimon quedó abatido y taciturno, sintiéndose por primera vez desde la traición groning atrapado en una trampa de la que no podía escapar. Los gronings le habían sorprendido y, por un capricho del destino, los esbirros de Zornik acabarían por fin el trabajo que el Senescal Lunden no pudo concluir en Bosque Verde. Los Quince de Klimerik descansarían hasta el fin de Tierra Conocida en aquellas soledades.

Varios de los exploradores de la Furia de Dioses habían enfermado y sufrían fiebres, temblores y fuertes accesos de tos. Sus labios estaban llenos de llagas, sus manos y orejas cubiertas de sabañones, y sus dedos apenas si eran capaces de sentir el tacto de la ropa seca. La razón no era otra que las largas guardias a las que se presentaron voluntarios y en las que, durante las últimas tres lunas, habían permanecido semienterrados en la nieve, observando todos y cada uno de los movimientos del enemigo, muy cerca de la torre de vigilancia que se erguía tras los primeros cien pasos de ascensión al Paso del Gorglin. Sventegard era uno de los desdichados centinelas que había enfermado. Ahora sus amigos Olaf y Lonar se afanaban en curarlo, pero escasos eran los medios de los que disponían. Apenas si podían encender un fuego a hurtadillas para no ser descubiertos por los gronings y las plantas medicinales escaseaban en la reducida intendencia que la compañía transportaba. Cuando Kiril supo de la enfermedad de los exploradores, rezó a Nerlinguia para que no los dejase morir en aquellas regiones y lamentó profundamente que Perlivarce no estuviera con ellos.

Sin embargo, la información transmitida por Sventegard y sus compañeros exploradores fue de gran ayuda, pues lograron descubrir la forma en que los gronings se comunicaban entre las cinco torres de vigilancia. La tercera era la torre principal y hacia la cual fluían las novedades del resto de torres cuatro veces por día: al amanecer, al mediodía, al llegar el ocaso y una última vez en plena madrugada. La comunicación se realizaba mediante señales con antorchas. Siempre comenzaba desde la primera de las torres al pie del paso. Dos antorchas estáticas significaban que todo estaba en orden. Dos antorchas que se elevaban, significaba que soldados de la primera o segunda torre se acercarían a la torre principal. Dos antorchas que descendían, significaba que soldados de la cuarta o quinta torre se acercarían a la torre principal. Una antorcha en movimiento lateral en cualquiera de las torres parecía señalar que un grupo de centinelas descendería de la torre para patrullar por los alrededores. Tres antorchas en la quinta torre indicaban que los centinelas de esa torre eran relevados por un nuevo contingente, probablemente llegado de algún retén acampado al sur de Groningburgo. Pero lo que aún no habían logrado averiguar era la señal que los gronings utilizaban cuando algo iba mal. A fe que nunca querían descubrirlo, pues entonces el final estaría próximo.

Por suerte para Kiril y los suyos, no había halcones vigilando el paso, lo que les daba al menos una oportunidad para poder sorprender a los gronings. Sin embargo aún seguían cavilando cómo poder franquearlo sin que ninguna de las torres diese la voz de alarma. Únicamente un pequeño grupo, no mucho más numeroso de una docena de hombres, que era el número de centinelas que los exploradores habían estimado componían el retén de cada torre, sería capaz de avanzar y conquistar, uno a uno, cada puesto de vigilancia groning. Una vez hubieran caído las cinco torres, el grueso de la Furia de Dioses podría cruzar el Paso del Gorglin y mostrarse desafiante frente a las puertas de Groningburgo.

Kiril, Maikel, Enna y Oerlikon trazaron un estudiado plan para conquistar el paso. Estimaron que al menos tardarían tres días en lograrlo, siempre y cuando los gronings no los descubriesen. Esa misma noche al caer el ocaso, una vez que los centinelas transmitiesen las nuevas, pondrían en marcha su plan y un primer grupo compuesto por veinte hombres asaltaría la primera torre. Tras lograrlo, un segundo grupo, que se mantendría a distancia prudencial del primer escollo, avanzaría hasta el puesto de vigilancia y, nuevamente, tras la comunicación planeada para la madrugada, marcharían a la conquista de la segunda torre. Si todo salía bien, aguardarían pacientes todo el día para de nuevo, al caer el ocaso, emprender la misma maniobra realizada la noche anterior, esta vez contra la tercera y cuarta torre. Sería durante la tercera noche cuando asaltarían la quinta y última torre, para así avanzar y cruzar el Paso del Gorglin amparados por la oscuridad de aquellas noches huérfanas de luna y estrellas.

La incertidumbre atenazaba a los hombres en el campamento donde la Furia de Dioses permanecía apostada. Olaf había ocultado a las huestes de Kiril tras una

quebrada en las faldas de los Guardianes de Groning, a menos de una milla del inicio del paso, donde ahora aguardaban nerviosos la llegada del crepúsculo sin saber qué les depararía el destino tras la traicionera oscuridad de la noche. La nieve les había dado una tregua durante aquel día y parecía que al menos esa noche tampoco los visitaría. Pero nadie era capaz de aventurar lo que podría brotar de aquellas maléficas nubes que, en cruel amalgama, se retorcían amenazantes sobre sus cabezas ansiosas por alumbrar una nueva tempestad de frío y hielo.

Los días pasaban y los efectivos que Kiril había cedido al príncipe Ilanit no regresaban de su misión. La Furia de Dioses no podía perder más tiempo apostada en las faldas de los Guardianes de Groning. El tiempo se agotaba y la compañía debía acudir, al encuentro de la Luz de Medianoche y la Estrella del Desierto. Por ello, y a pesar del incierto destino que pudieran correr aquellos hombres, Kiril ordenó que esa noche iniciarían el asalto al Paso del Gorglin.

El ocaso alcanzó las montañas y la oscuridad cayó sobre el campamento. El primer grupo aguardaba tras la quebrada a que los gronings transmitiesen las novedades entre las torres. Las antorchas se elevaron y sus llamas parecieron danzar en el vacío, levitando sobre el aire. Todas las torres transmitieron a la tercera que la noche estaba en calma, excepto la quinta torre que mostró tres antorchas, por lo que sus hombres serían relevados por un nuevo retén. Olaf frunció el ceño al contemplar aquella señal, pues sería muy probable que hubiera un trasvase de hombres entre los demás puestos de vigilancia al haber llegado hombres de refresco. Sin embargo, ya nada podían hacer por evitarlo. Cuando las antorchas se apagaron, Kiril ordenó a los hombres del primer grupo que partieran de inmediato hacia la primera torre. Junto a ellos un segundo grupo abandonó el campamento, aquel que debería conquistar esa noche la segunda de las torres.

Al mando del primer grupo marchaba Pothalion, el alko del sexto clan que salvó a los nerlingos de la emboscada groning en las veredas del Camino del Oeste. Tras ellos, Brandur, un fornido esmuga de It-sonod, corría encabezando el segundo grupo. Kiril, Enna y Maikel habían querido comandar alguno de los grupos restantes, pero Oerlikon se lo prohibió con vehemencia. Debía preservar a toda costa la vida de sus capitanes para la última y definitiva misión.

La nieve amortiguaba todos los sonidos de la noche y un absoluto silencio amortajaba el Paso del Gorglin. En lo alto de la primera torre, dos centinelas vigilaban la parte baja del paso. De sus bocas y fosas nasales brotaban vaharadas de vapor. Continuamente frotaban sus manos tratando en vano de hacerlas entrar en calor. A unos cincuenta pasos de la torre, Pothalion observaba las posiciones enemigas. Una gran escalera de más de veinte pies de alto crecía desde la nieve hasta alcanzar la plataforma de la torre. Cuando el alko iba a ordenar a sus hombres que avanzasen otros diez pasos, un sonido de ágiles pisadas hizo abortar su orden. Los hombres permanecieron inmóviles tumbados sobre la gélida nieve mientras Pothalion dirigía su mirada hacia el lugar del que provenían las pisadas. Dos cabras montesas

cruzaban en ese momento hacia el este a pocos pasos de la torre. El alko se percató que uno de los dos centinelas también había descubierto la presencia de los dos animales.

—¡Eh! ¡Irmat! ¡Tráeme el arco y el carcaj! —le ordenó al otro centinela en un alto susurro.

—¿Qué? —le respondió con voz más alta.

—¡Que me traigas el arco y el carcaj! Y baja la voz. No querrás despertar al oficial —le ordenó por segunda vez.

Irmat hizo caso de lo que su compañero le ordenaba y se acercó agachado y en silencio.

—¿Qué ocurre, Klotik? ¿Has visto algo? —le dijo mientras le entregaba las armas.

—Sí, mira ahí abajo.

Irmat levantó la cabeza por encima del parapeto de madera y vio a las dos cabras montesas cruzar por delante de la torre.

—Mañana comeremos carne —le dijo Klotik mientras sacaba una flecha del carcaj y la colocaba en el arco. Irmat sonrió deleitándose al pensar en la pata de cabra montesa asada de la que mañana daría cuenta.

El centinela se levantó tras el parapeto y, veloz como una serpiente, tensó la cuerda de su arco haciéndolo cantar con mortal destreza. La flecha se clavó en el cuello del animal, mientras la segunda cabra desapareció saltando a grandes trancos entre las sombras de la noche. El animal se retorció herido de muerte, agitado por fuertes convulsiones. Una segunda flecha se clavó en su vientre y, al cabo de unos instantes, dejó de moverse.

—Vamos Bajemos a por ella antes de que aparezcan los lobos atraídos por el olor de su sangre —dijo Klotik.

—¿No deberíamos avisar al oficial? —preguntó Irmat.

—No tardaremos nada en volver a subir a la torre con ese animal. Yo al menos no me atrevería a despertar al oficial en mitad de un plácido sueño. Ya sabes cómo se las gasta.

—Está bien —accedió Irmat.

Los dos centinelas descendieron por la larga escalera en busca de su trofeo. Entretanto, Pothalion, quien no había quitado ojo a los dos centinelas, había ordenado a cuatro de los mejores arqueros con los que contaba en el grupo, que tomasen una flecha de los carcajes y tensasen los arcos en espera de su señal.

—Esos dos estúpidos nos lo han puesto en bandeja —le dijo en voz baja a uno de sus hombres—. Fíjate, no quedan centinelas que vigilen desde lo alto de la torre. El resto de la guardia duerme. Si esto sucede también en el resto de las torres las tomaremos más fácil de lo previsto.

Irmat y Klotik ya habían descendido de la torre y avanzaban ahora con cierta dificultad a través de la capa de nieve que cubría la pendiente del Paso del Gorglin.

Se acercaron hasta el animal abatido y echaron una ojeada alrededor por si la otra cabra merodeaba por allí, pero no vieron ni rastro del animal.

Los arqueros de Pothalion comenzaban a impacientarse, ya que el alko no daba la señal.

—¿Disparamos ya? —preguntó un luina.

—Aguardad a que carguen con el animal —ordenó Pothalion.

Irmat y Klotik se acuclillaron y con dificultad levantaron entre ambos a la cabra montesa. Cuando comenzaron a caminar de regreso a la torre, cuatro flechas volaron certeras hacía ellos. Las saetas se clavaron en su objetivo y los dos gronings cayeron abatidos sobre la nieve. En ese instante, seis hombres del grupo corrieron hacia los centinelas para rematarlos con sus cuchillos. Apenas si un leve gemido escapó de sus gargantas, pero enseguida quedó sepultado por el silencio con el que la nieve envolvía a los Guardianes de Groning. Rápidamente arrastraron los cuerpos de los dos centinelas debajo de la torre y los enterraron bajo grandes montones de nieve.

Pothalion reunió a sus hombres bajo la torre.

—Quiero cuatro arqueros aquí abajo —les dijo—. Si veis a algún centinela aparecer por la plataforma abatirlo inmediatamente. No pueden dar la voz de alarma o estaremos perdidos. Los demás, seguidme en completo silencio. Treparemos por la escalera y, una vez arriba, acabaremos con el resto de la guardia. Probablemente duerman. Obsequiémosles pues con un sueño eterno.

Los hombres asintieron y, a una señal de Pothalion, comenzaron a trepar uno a uno por la larga escalera. El alko encabezaba la línea de sombras que ascendía hacia la plataforma. Había superado ya más de la mitad de los peldaños cuando, de repente, se detuvo.

—Pasos. Oigo pasos —susurró a los que le seguían. Todos se quedaron quietos, inmóviles, aferrados a la escalera mientras contenían la respiración.

Sobre la plataforma restallaron, en el abrumador silencio de la noche, los pasos del oficial al mando de la guarnición de la torre. Nunca conseguía conciliar un sueño profundo y se mantenía en un alerta duermevela. Pero no siempre había sido así. Dos lustros atrás, cuando sirvió al mando del Mariscal Zotelen en la campaña del norte, no logró dormir una noche completa. Las terribles escaramuzas entre gronings y norteños durante interminables noches y días en los alrededores de Trondemag le habían dejado aquella molesta secuela. Y ahora, la llegada de las nieves y el invierno a aquellas regiones, habían traído a su cabeza el vivido recuerdo de aquellas campañas.

—Maldito frío y maldita nieve —gruñó el oficial mientras por su boca salían vaharadas de vapor helado. Echó un vistazo a la torre y se percató que los vigías no estaban en sus puestos—. ¿Dónde están esos dos estúpidos centinelas? —dijo mirando con ojos aún entrecerrados por el reciente sueño inconcluso—. ¡Irmat! ¡Klotik! ¿Dónde demonios os habéis metido? —les llamó sin obtener respuesta mientras daba una vuelta completa alrededor de la plataforma—. Os he dicho mil



veces que nunca abandonéis la vigilancia en la torre sin que alguien os releve —y enfadado asomó la cabeza desde lo alto tratando de ver si merodeaban por la parte baja de la torre.

En cuanto los arqueros vislumbraron la cabeza del groning en lo alto de la torre, tres saetas volaron a su encuentro. Una le atravesó el cuello, otra se clavó en un hombro y la tercera quedó prendida en el parapeto de madera. La flecha que le traspasó el cuello ahogó sus últimos estertores, y el cuerpo inerte del groning cayó al vacío.

Pothalion continuó de inmediato la ascensión y sus hombres le siguieron veloces. Los arqueros corrieron hacia el cadáver del oficial groning y lo arrastraron debajo de la torre. Lo enterraron en aquel improvisado túmulo de nieve junto a Irmat y Klotik.

En lo alto de la torre, un groning se despertó por el sonido de la flecha que se había clavado en los maderos del parapeto y salió al exterior a comprobar de dónde provenía aquel ruido. Pero nada más puso un pie sobre la plataforma, los cuchillos de Pothalion y el segundo alko que le seguía se clavaron en su pecho. Antes de que su cuerpo se desplomase sobre el suelo de madera, los alkos lo sujetaron y segaron para siempre su vida. Después lanzaron su cuerpo inerte desde lo alto de la plataforma y los arqueros volvieron a repetir la misma operación que habían realizado con el oficial.

Todo lo que vino a continuación sucedió muy rápido. Los hombres del primer grupo pasaron a los gronings a cuchillo mientras dormían o comenzaban a despertarse aturridos, alertados por los ahogados sonidos de la lucha. Arrojaron al suelo nevado los cadáveres de los gronings y, tras ampliar el túmulo funerario, tomaron posiciones en la torre. Uno de los arqueros corrió a avisar al grupo de Brandur, quienes aguardaban agazapados la señal para avanzar. Tras saber que Pothalion había tomado la primera torre, treparon animados por la pendiente hasta la base de la misma, para esperar allí a la nueva comunicación que, de madrugada, se produciría entre las torres. Kiril fue informado de la conquista de la primera torre. La noticia fue recibida con júbilo y elevó la moral de capitanes y soldados.

Pothalion y sus hombres se revolvían nerviosos en la torre. Aguardaban con impaciencia el momento de comenzar la comunicación con la torre principal, mas dudaban del instante exacto en el que deberían iniciarla, pues era la primera torre a la que siempre le correspondía comenzar a transmitir las nuevas. ¿Pero cuándo? ¿En plena madrugada? ¿Cómo sabrían que el momento había llegado? Quizás los gronings disponían de algún método de medida del tiempo que ellos desconocían. Pothalion ordenó que rebuscasen en la torre y en la plataforma exterior cualquier artilugio que pudiera resultarles extraño. Quizás así lograsen descubrir la perfecta coordinación que existía entre las cinco torres. Sin embargo, tras un buen rato en el que los invasores se afanaron en encontrar algo que no encajase o que jamás hubieran visto, tuvieron que dar por terminada la búsqueda sin éxito. Al final todo resultó ser

más sencillo de lo que habían pensado. Observaron sobre la plataforma de la segunda y cuarta torre los destellos de una tenue luz que se movía de un extremo a otro de la plataforma y que comenzaba a prender sobre varias teas que iluminaron con briosas llamas a los centinelas que las portaban.

—¡Rápido, traed un par de antorchas! —ordenó presto Pothalion al contemplar la creciente luz en dos de las torres—. Se están preparando para comunicarse.

El alko había sido precavido y, en previsión de tener que reaccionar con rapidez en un caso como el que ahora se les presentaba, había ordenado preparar y mantener, casi sofocado, un pequeño fuego en el interior de la torre.

—Tres hombres conmigo en el exterior, dos de ellos portando las antorchas. Los demás permaneced agazapados en el habitáculo interior de la torre. Si ven a más hombres en el exterior en plena madrugada podrían sospechar que algo no marcha bien.

Dos de los alkos que acompañaban a Pothalion en aquel grupo de asaltantes salieron con brazos temblorosos portando las antorchas, mientras un luina les acompañaba aterido por el frío y el miedo.

—Manteneos firmes, no tengáis miedo —les dijo Pothalion—. Esos gronings no sospechan ni por lo más remoto lo que está ocurriendo. Vamos, alzad las dos antorchas. Que no tiemblen vuestros brazos.

Las dos antorchas mostraron el fuego que danzaba sobre las teas, resquebrajando con su fulgor el oscuro velo que amortajaba la madrugada.

—Dos estrellas penden inmóviles sobre el manto de la noche. Dos estrellas que anuncian la ruina de los esbirros de la oscuridad —sonrió Olaf mientras contemplaba la comunicación entre las torres oculto a los pies de la montaña.

El tiempo transcurría angustiosamente lento y Pothalion dudaba si había llegado el momento de retirar las antorchas. Cuando no pudo soportar por más tiempo su desazón, hizo una señal a los dos alkos, y estos bajaron al mismo tiempo sus antorchas ocultándolas tras los parapetos de protección. Los instantes que siguieron fueron de una insoportable angustia hasta que, por fin, dos antorchas se alzaron en la segunda torre mostrando a la torre principal que todo seguía en calma. Pothalion, los dos alkos y el luina suspiraron aliviados y se dejaron caer sobre el suelo de la torre. Olaf cerró sus puños en señal de alegría y, tras la quebrada donde el grueso de la Furia de Dioses permanecía oculta, Kiril y los capitanes fueron informados de las buenas nuevas.

La cuarta torre también elevó dos antorchas que permanecieron estáticas. Cuando llegó el turno de la quinta torre, dos nuevas antorchas surgieron en lo alto de la misma, para de repente, iniciar un movimiento descendente. Arriba y abajo. Arriba y abajo. Soldados de la quinta torre descenderían hacia la cuarta torre.

—Todo transcurre como esperaba —musitó Olaf—. El próximo movimiento groning será al amanecer. Apostaría mi brazo sano a que soldados de la cuarta torre descenderán a la torre principal. Pero será al mediodía cuando el grupo de Brandur

estará en peligro y por ende nuestra misión. Si la secuencia se mantiene, los hombres de la tercera torre descenderán hacia la segunda. A plena luz del día, incluso bajo este cielo ceniciento que mantiene confinado al sol en una oscura celda, será muy difícil ocultar a los ojos de los centinelas de la tercera torre la lucha entre ambos grupos. Tengo que avisar a Kiril para que la Furia de Dioses esté presta y formada a mediodía. Si los gronings nos descubren, no podremos seguir ocultándonos y tendremos que lanzarnos a la conquista del paso antes que lleguen refuerzos desde el norte y nos acosen desde lo alto de las montañas. Cada uno de sus hombres valdrá por tres de los nuestros. Desde posiciones elevadas los arqueros gronings masacrarán a nuestra compañía —y el norteño retornó al campamento hasta la próxima comunicación con la llegada de la aurora.

Mientras tanto, Brandur, al mando de veinte hombres, abandonó su escondite bajo la primera torre y se adentró en la insondable oscuridad de la noche en dirección al segundo puesto de vigilancia. Los luinas y esmugas que componían aquel grupo se deslizaron silenciosos tras las huellas de Brandur.

El frío se volvía insoportable a medida que la madrugada avanzaba al encuentro del alba. Una fina niebla comenzó a ascender desde los pies de los Guardianes de Groning y el grupo de Brandur tuvo que apretarse para evitar que alguno de sus miembros se extraviase. Aceleraron el ritmo de ascensión para no perder de vista a la segunda torre. Cuando se encontraban a menos de cien pasos de ella, y ya seguros de que la niebla no podría desorientarlos, se tumbaron sobre la nieve para escuchar las órdenes de Brandur.

—Los dioses están con nosotros —comenzó el nervudo esmuga animando a sus hombres—. Esta niebla nos permitirá acercarnos y trepar a la torre sin ser vistos. Procederemos de la misma manera que el grupo de Pothalion. Cuatro arqueros a los pies de la torre. No será fácil distinguir con esta niebla si algún centinela se asoma desde lo alto de la torre, pero mantened los ojos abiertos y abatidlos sin piedad si es que lo hacen —y los cuatro arqueros a los que previamente había asignado esa misión asintieron—. Los demás seguidme. Treparemos por la escalera y, tras matar a los centinelas, acabaremos con el resto de la guarnición mientras duerme. Debemos ser muy rápidos y sigilosos. Estamos cerca de la tercera torre y apuesto lo que sea a que su retén dobla en número al del resto de puestos de vigilancia. Si nos descubren será nuestro final. ¡Al asalto! ¡Adelante! —y Brandur se lanzó pendiente arriba al tiempo que la niebla comenzaba a cubrir las faldas de las montañas con su siniestro tapiz de informes siluetas.

En lo alto de la segunda torre, dos centinelas caminaban en círculos sobre la plataforma superior. Ateridos por el frío, golpeaban de cuando en vez sus pies contra el suelo de madera tratando de evitar que se congelasen. Caminaban sin parar, pero por lo que Brandur pudo ver a través de la niebla, apenas si parecían preocupados de lo que pudiera pasar más allá de los parapetos.

Brandur y sus hombres avanzaron veloces, escalonados en cuatro grupos, hasta

situarse bajo la estructura de la torre. Cuando los últimos cinco hombres alcanzaron la posición acordada, Brandur emitió un gruñido de enfado.

—¿Qué ocurre? —le preguntó uno de los esmugas.

—Mira alrededor y dímelo tú —respondió Brandur contrariado.

El esmuga miró en derredor, pero sus ojos parecían cegados por la niebla que avanzaba hacia lo alto del Paso del Gorglin.

—No sé a qué te refieres —respondió confundido.

—¡Maldita sea! —volvió Brandur a gruñir con voz ahogada—. ¡La escalera! ¡No hay una maldita escalera por la que subir a la torre!

Todo el grupo quedó mudo cuando se percató de lo que Brandur acababa de decir. Era cierto; aquella torre no tenía una escalera como la que Pothalion había asaltado. ¿Cómo podrían entonces trepar hasta la plataforma?

La mente del esmuga comenzó a cavilar, tratando de discurrir una genial idea que pudiera sacarles del atolladero en el que se encontraban. Apremiado por el tiempo y por el creciente nerviosismo de sus hombres su cabeza se quedó en blanco. Pero cuando parecía que finalmente tendrían que abortar su plan y regresar al pie de la torre tomada por Pothalion, esa imagen, como un rayo de luz en su mente, fue la que le hizo discurrir un nuevo plan. Sus ojos se abrieron mientras volvía su mirada hacia la insondable niebla que cubría el Paso del Gorglin.

—Tengo una idea —les susurró a sus hombres—. No será fácil, pues podríamos perdernos con esta niebla, pero es nuestra única esperanza. Regresaremos a la primera torre —les Formaremos una fila de hombres cada veinte pasos para tratar de no desorientarnos. Traeremos hasta aquí a la cabra montesa. Nos haremos pasar por gronings de la primera torre que venimos a ofrecerles parte de la caza. Eso nos servirá de señuelo para que los centinelas lancen las escalas o la escalera para poder subir hasta ellos. Una vez arriba, acabaremos con toda la guarnición.

—Debemos apresurarnos entonces —dijo un luina—. No nos resta mucho tiempo hasta la siguiente comunicación.

—Vosotros cuatro aguardad escondidos hasta que regresemos —les dijo a los arqueros—. Los demás, id saliendo en silencio —ordenó Brandur—. No podemos perder el contacto entre nosotros o entonces la niebla será nuestra perdición —y uno a uno, los hombres del este fueron deslizándose fuera de la estructura de la torre.

—¡A de la torre! —gritó una voz al pie de la misma. Uno de los centinelas que vigilaba desde lo alto de la plataforma miró hacia el mundo de oscuras nebulosas que envolvían el paso. Como si fuera ciego, tuvo que orientarse por el sonido de aquella voz que surgía entre las formas fantasmales de la noche.

—¿Quiénes sois y que hacéis aquí? —preguntó el centinela cuando alcanzó a adivinar dos siluetas difusas al pie de aquel abismo informe. Entretanto, él y su compañero, habían sacado una flecha del carcaj y tensaban ahora sus arcos.

—Venimos de la primera torre —respondió Brandur tratando de imitar como

mejor podía el acento groning—. Mientras vigilábamos vimos pasar a dos cabras montesas y las abatimos. El oficial de guardia nos dijo que os trajésemos una de ellas para compartirla con vosotros. Así comeréis carne asada y no esos resecos trozos de carne en salazón.

—Pero no podemos subir —añadió el luina que acompañaba a Brandur y que cargaba con la cabra.

Los centinelas se miraron dubitativos hasta que por fin asintieron. Qué diablos, qué mal podría hacerles el poder disfrutar de un asado de cabra. Hasta el oficial estaría de acuerdo.

—De acuerdo —respondió un centinela—. Ahora lanzaremos una cuerda para que atéis a la cabra.

—¿Podemos subir a calentarnos? —preguntó Brandur, quien veía cómo su plan se iría al traste si él y su compañero no podían ascender a la plataforma—. Estamos ateridos de frío. Si pudiéramos calentarnos al lado del fuego antes de regresar a nuestra torre...

—Está bien —respondió comprensivo el groning—. Os lanzaremos también una escala.

No bien hubo acabado la frase, cuando una larga cuerda cayó desde lo alto de la torre. Enseguida una escala brotó desde la plataforma y cayó sobre la nieve.

Brandur y su compañero luina se apresuraron en atar concienzudamente la cuerda alrededor del cuerpo y extremidades de la cabra. Cuando hubieron terminado, dieron un tirón acompañado de un grito, y los centinelas gronings comenzaron a subir con dificultad al animal.

—¡Rápido! —dijo Brandur—. Debemos trepar por la escala antes de que ellos suban a la cabra montesa. Los tomaremos por sorpresa y con las manos ocupadas —y el esmuga comenzó a trepar veloz y con maestría por la inestable y oscilante escala, mientras su compañero luina lo seguía con dificultad.

Brandur trepaba como una araña ascendiendo hábilmente por su tela. No tardó en superar a mitad de ascensión al cuerpo inerte del animal al que con dificultad elevaban los dos gronings. Siguió ascendiendo mientras el luina se iba quedando cada vez más rezagado. La plataforma superior comenzó a mostrarse más diáfana, lo que le hizo trepar aún más rápido. Cuando su cabeza se asomaba por lo alto de la plataforma vio a los dos gronings tirando con gran esfuerzo de la cuerda. Se apoyó en la plataforma y, cuando comenzaba a desenvainar su cuchillo, del interior de la torre surgió un centinela.

—¡Por todos los dioses! ¿Qué ocurre? —exclamó al ver a Brandur surgir de entre la niebla y contemplar cómo sus dos compañeros tiraban de la cuerda.

—¡Deja de preguntar y ayúdanos con esto! —le replicaron los dos gronings mientras Brandur suspiró aliviado—. ¡Vamos, apresúrate! Si es que mañana quieres comer carne asada —y el somnoliento centinela no tuvo más remedio que acudir a ayudarles.

Brandur aprovechó ese instante para saltar al interior de la plataforma, colocarse tras los tres centinelas y aguardar unos interminables instantes la llegada de su compañero. En cuanto su cabeza surgió a través de los parapetos de madera, Brandur le hizo una señal y el luina asintió con un leve cabeceo. El esmuga se acercó con sigilo por la espalda al tercer centinela y, rápido como un felino, le cortó la garganta mientras con su mano tapaba su boca. La resistencia del groning se fue apagando lentamente, hasta que cuando el último hálito de vida le abandonó, sus manos se soltaron de la cuerda.

—¡Maldita sea! —protestaron los dos centinelas—. ¡Tira con fuerza!

Al ver que su compañero no atendía sus órdenes, el segundo centinela se giró hacia él, pero en su lugar vio a Brandur amenazante empuñando un cuchillo. Cuando sus ojos vieron la sangre que manchaba el pecho del esmuga y el cuerpo inerte de su compañero de guardia tumbado a un lado de la plataforma, comprendió que el jinete sin rostro lo reclamaba en su morada. Brandur le asestó una puñalada en el vientre y, con la inercia de su embestida, lo arrojó desde lo alto de la torre.

El último de los centinelas vio atónito cómo el cuerpo de su compañero caía al vacío nebuloso para desaparecer ante sus ojos. La conmoción que se apoderó de él, unido al peso del cadáver de la cabra montesa, le hicieron trastabillarse, lo que aprovechó el luina para agarrarle de sus ropajes y lanzarlo en busca de su compañero. El centinela gritó mientras caía al vacío. Al chocar contra el suelo, un sonido hueco anunció su caída amortiguada por la nieve. En un abrir y cerrar de ojos, dos sombras emergieron al pie de la torre y, como ángeles exterminadores, acabaron con la vida del groning. Los cuerpos de ambos centinelas desaparecieron bajo la estructura de madera, pasando a formar parte de un nuevo túmulo helado.

Brandur y su compañero luina se habían colocado, ocultos entre las sombras, a ambos lados de la puerta de entrada al habitáculo interior de la torre. El grito del centinela parecía haber despertado a alguno de los hombres del retén de guardia y no tardaron en escuchar pasos que se acercaban hacia la puerta.

—Un solo hombre —musitó el luina y Brandur respiró aliviado.

El groning salió al exterior de la plataforma, pero antes de que pudiera ver lo que estaba ocurriendo, Brandur y el luina se abalanzaron sobre él dándole muerte con sus cuchillos. Sus estertores se ahogaron entre el sonido del gélido viento nocturno y el silencio del manto nevado. Arrojaron el cuerpo del centinela desde lo alto y rápidamente su cuerpo fue arrastrado hacia la tumba de hielo al pie de la torre. Brandur silbó, y sus hombres comenzaron a ascender por la escala. Los cuatro arqueros permanecieron vigilando desde el suelo. Serían los encargados de enterrar al resto de la guarnición a la que Brandur y los suyos se disponían a pasar a cuchillo.

La madrugada avanzaba al encuentro de la autora. Tras observar leves destellos de antorchas en varias de las torres, Pothalion ordenó a sus hombres que elevaran al cielo dos antorchas y las mantuvieran quietas. Tras contar mentalmente hasta veinte,

indicó a los dos centinelas que las bajaran y apagaran. A continuación, Brandur hizo lo propio desde la segunda torre, y dos antorchas se alzaron sobre la oscura madrugada indicando a la torre principal que todo continuaba en calma. El resto de comunicaciones fueron de calma, excepto la de la cuarta torre, la cual informó que parte de sus hombres descenderían a la torre principal.

—No me equivocaba —le dijo Olaf a Kiril, mientras juntos contemplaban al pie del Paso del Gorglin las comunicaciones entre las cinco torres, ya sin miedo a ser descubiertos una vez recibieron la noticia de que la segunda también había caído en su poder.

—Como habías predicho, el primer gran peligro de nuestra misión acontecerá entre el amanecer y el mediodía. Será entonces cuando los hombres de la tercera torre descendan a la posición de Brandur.

—Confío en que la niebla siga velando el paso. Ojalá la nieve regrese para ayudar a los nuestros —dijo Olaf.

—Hay que enviar más efectivos a la segunda torre —indicó Kiril—. Pothalion y sus hombres se unirán a los de Brandur. Otro grupo los relevará en la primera torre. ¡Vamos, Olaf! No hay tiempo que perder. Nuestros hombres deberán ocupar sus nuevas posiciones antes de que amanezca —y ambos corrieron con dificultad hacia el campamento, mientras sus pies se hundían pesados en la nieve, atrapados en las blancas arenas movedizas que Urkha había enviado.

Los primeros rayos del sol despuntaban perezosos en lo más profundo del firmamento, pero el hálito maligno de Urkha impedía que el más mínimo fulgor penetrase el bruno manto que cubría aquellas regiones. En aquellos momentos, la Luz de Medianoche se acercaba cada vez más hacia Groningburgo. Habían dejado atrás las Landas de Edhilien y la amenaza de las patrullas que por ellas cabalgaban. Avanzando incansables al abrigo de las faldas de los Guardianes de Groning habían logrado evitar ser descubiertos por las compañías enemigas. Sin embargo, a medida que menguaban las millas que los separaban de la capital, el peligro volvía a amenazarlos. Pero a pesar de ello, la compañía al mando de Gródolas continuaba avanzando con paso decidido. El norteño tenía grabadas a fuego en su cabeza las palabras de Kiril y no fallaría al nerlingo: la Luz de Medianoche sería la primera en alcanzar el punto de reunión.

Bien distinta era la suerte que estaba corriendo la Estrella del Desierto. La compañía del príncipe Ilanit y su fiel Senthilkumar avanzaba con dificultad hacia Groningburgo, continuamente hostigada por las huestes de Zornik. Los sureños no desfallecían, pero el cansancio y el desánimo comenzaban a hacer presa en ellos. Día y noche tenían que hacer frente a las escaramuzas de los gronings que salían a su encuentro o intentaban emboscarlos. Los soldados que Kiril cedió a Ilanit habían decidido continuar acompañando a los sureños en su avance, al menos hasta que estos alcanzasen el límite occidental de la Cordillera Iugur-András.

Cuando por fin lo lograron, regresaron veloces hacia el este para reunirse con la Furia de Dioses, sabedores que llegarían con varias lunas de retraso al otro lado de la Iugur-András.

Y mientras Gródolas planeaba que la Luz de Medianoche descansase oculta al cobijo de un bosque de pinos que se mostraba unas tres millas al oeste, Ilanit y Senthilkumar luchaban en sus carros de combate sobre un prado nevado contra la caballería groning.

El pálido brillo que anunciaba al amanecer no fue capaz de disipar la niebla que envolvía el paso y apenas si pudo iluminar aquel mundo ceniciento. Los lejanos destellos de las antorchas que se alzaban sobre las torres parecían brillar con más fuerza que la hace tiempo olvidada estrella del día.

Olaf no se equivocó y las dos temidas antorchas desplazándose de arriba a abajo sobre la plataforma de la tercera torre anunciaron la próxima llegada de refuerzos a la que ahora ocupaban Brandur y sus hombres. En el campamento aliado, un grupo de veinte soldados había partido hacia la primera torre donde ahora relevaban al grupo comandado por Pothalion. El alko de Caterziveen se dirigiría presto a reforzar el contingente de la segunda torre. Allí, Brandur, había puesto en marcha un plan para sorprender a los gronings.

Con el amanecer el opaco manto de niebla comenzó lentamente a deshacerse en jirones nebulosos. Sin embargo aún continuaba envolviendo a los Guardianes de Groning en una siniestra nebulosa. Pothalion alcanzó con increíble presteza la segunda torre. Su grupo llegó agotado por el esfuerzo a los pies del puesto de vigilancia. Los centinelas aliados que ahora lo ocupaban lanzaron las escalas para que pudieran trepar hasta la plataforma superior. Una vez arriba, Pothalion informó a Brandur que Kiril les había ordenado avanzar hasta la segunda torre para apoyarles ante la inminente llegada de los gronings.

El esmuga agradeció la ayuda y, mientras dejaba que los alkos recuperasen el resuello, sonrió maliciosamente y relató a Pothalion la bienvenida que tenía reservada para los gronings que en ese mismo instante comenzaban su descenso desde la torre principal.

—Los gronings se acercan —susurró un esmuga.

—Brandur no se equivocó. La niebla aún nos protegerá —respondió un luina.

Los amortiguados sonidos del trabajoso caminar del grupo de gronings que se acercaban a la segunda torre apenas si eran perceptibles en aquel paraje donde el silencio reinaba sobre todas las cosas. Fueron los centinelas que vigilaban desde lo alto de la plataforma los que adivinaron las informes figuras avanzando entre la niebla, la cual se resistía a abandonar la pendiente del paso aferrándose a ella como una enredadera.

—¿Cuántos son? —preguntó Brandur al ser alertado por los centinelas.



—Diez o doce hombres —respondió un centinela.

—Tensad vuestros arcos —ordenó el esmuga.

Tras una angustiosa espera, los gronings se aparecieron como fantasmales siluetas alumbradas por aquella mortaja de niebla. Caminaban con dificultad, hundiendo sus piernas en la nieve. Al contemplar los oscuros trazos de la torre de vigilancia a menos de treinta pasos frente a ellos, aceleraron la dificultosa marcha espoleados por la imagen de un reconfortante fuego sobre la plataforma superior.

Tres de los gronings se adelantaron al resto y sus voces reverberaron atronadoras en aquel mudo silencio.

—¡Vamos! —gritaron—. ¡Lanzad las escalas!

Sin embargo, lo único que contemplaron fue a una docena de arqueros que les apuntaban amenazantes desde lo alto de la torre.

—¡Maldita sea! ¿A qué esperáis? —protestaron—. Aquí abajo hace un frío insoportable.

Los centinelas no respondieron y mantuvieron tensos sus arcos mientras los gronings se acercaban al pie de la torre.

—Esperad —susurró Brandur—. Dejadles que se acerquen un poco más.

El enfado fue creciendo entre los tres gronings, quienes seguían gritando a los centinelas.

—¡Vamos! ¡Lanzad las escalas, estúpidos! —gritaban contrariados—. O seguiréis haciendo guardia hasta que la barba os crezca blanca.

Los tres gronings estaban a menos de diez pasos de la torre cuando Brandur alzó el brazo derecho y pronunció su sentencia de muerte:

—¡Ahora! —gritó, y los arcos cantaron su mortal sonata desde lo alto de la torre.

Los gronings cayeron abatidos por las certeras flechas que se clavaron con violencia en ellos traspasando las gruesas ropas de abrigo que no habían podido librarles ni del frío ni de la muerte.

Los nueve gronings restantes que caminaban rezagados tras sus compañeros se vieron sorprendidos por la extraña visión que contemplaron a través del velo nebuloso que confundía sus ojos.

—¿Habéis visto eso? —dijo el que encabezaba el grupo—. Esos tres han caído desplomados como si algo les hubiera abatido.

—¿Qué sucede? —preguntó otro de los gronings que marchaba a cola de la columna.

—Mielkat y los otros han caído. Estaban acercándose a la torre cuando... —y el groning tropezó con algo enterrado bajo la nieve y rodó varios pasos pendiente abajo—. Pero... ¿qué diantre? —masculló enfadado cuando quedó sentado sobre la nieve.

—¡Ja, ja, ja! —se rieron a coro el resto de sus compañeros burlándose de él—. Tú, Mielkat y esos estúpidos habéis sido abatidos por el mismo enemigo, vuestra torpeza, ¡ja, ja, ja! —y volvieron a reírse.

Sin embargo el groning se giró sobre sí mismo y contempló cómo Mielkat y los

dos soldados que le acompañaban seguían tendidos sobre la nieve. Observó unas finas sombras que parecían brotar de sus pechos.

—¡Mielkat! ¿Estáis bien? ¡Mielkat! ¡Responde, por favor!

En ese mismo instante una docena de hombres, cual guardia de ángeles exterminadores enviados desde las entrañas de la tierra, emergieron de sus escondites bajo la nieve cuchillo en mano. Se abalanzaron sobre los sorprendidos gronings, quienes apenas si tuvieron tiempo de ver cómo eran degollados por sus atacantes. Un groning logró zafarse del abrazo mortal de uno de los esmugas, pero cuando se aprestaba a hacer sonar su cuerno para dar la voz de alarma, tres nuevas flechas segaron su vida.

Una vez los hombres de Brandur y Pothalion se aseguraron de que no quedaba un solo groning con vida, se aprestaron a ocultar sus cuerpos en el nevado camposanto que habían improvisado bajo la torre de vigilancia. Cubrieron con nieve como mejor pudieron los rastros de sangre que habían quedado esparcidos por la pendiente y rezaron para que la niebla no los abandonase al menos hasta que la noche volviera a cubrir de oscuridad aquellas tierras.

Llegó el mediodía y, con él, la comunicación entre los puestos de vigilancia. Todo seguía en calma desde la primera torre. Brandur informó que varios de sus hombres descenderían a la primera torre para relevar a parte de su contingente. A continuación la angustia se apoderó de las dos primeras torres, de Olaf, de Kiril y de todo aquel que contemplaba en aquellos momentos la comunicación entre los puestos de vigilancia. Un ahogado y enorme suspiro de alivio brotó de sus bocas cuando vieron alzarse dos antorchas en lo alto de la plataforma de la tercera torre y permanecer inmóviles en el aire cual águila acechando a su presa desde el cielo. La misma señal se repitió en la cuarta y quinta torre. Ya sólo debían aguardar a que la noche llegara para iniciar el asalto a la tercera torre.

El día declinaba en Tierra Conocida. Las escasas luces que en aquellos tiempos de infortunio alumbraban la existencia de los moradores de La Colonia, se apagaban devoradas por las sombras proyectadas por la Iugur-András. Milia y Perlvarce, quien sostenía en brazos a su hijo Oyvar, caminaban de vuelta a las cuevas en las que moraban. La compañía de su esposa y su primogénito le habían mantenido ajeno a las tribulaciones que azotaban a sus amigos nerlingos. La Colonia no se encontraba muy lejos de Puente de Piedra y, a pesar de que los ecos del avance del ejército aliado en dirección al territorio groning también llegaron a la aldea, Perlvarce levantó un muro alrededor de sí mismo, que sólo Milia y Oyvar podían franquear.

Durante las últimas lunas sólo se había preocupado de que su mujer y su hijo se sintiesen a salvo, de que no les faltase un fuego en el que calentarse, alimento del que nutrirse o agua de la que beber. Pero lo que Perlvarce más ansiaba era colmarles del amor incondicional que sentía por ellos. Durante las noches se despertaba por el mero placer de contemplarlos dormir plácidamente, sintiéndose dichoso por tenerlos a su lado. Ver la calmada respiración del pequeño Oyvar, observar su rostro sonrosado y

sus ojos cerrados entregados a los brazos del dios del sueño, le henchía de felicidad. Mas con el paso de los días, al pronunciar el nombre de su hijo algo comenzó a agitarse en su interior, pues el recuerdo de Oyvind e Ingvar acudía a su mente con creciente intensidad.

Esa noche, mientras cenaban y Oyvar entrecerraba sus ojos, al tiempo que su cuna se mecía al calor del fuego del hogar, Perlivarce confesó a Milia los temores que en las últimas lunas le asaltaban.

—Presiento que el final se acerca —le dijo mientras mordisqueaba una pata de conejo asado—, pero no alcanzo a adivinar de qué lado se decantará la balanza. Además... un mal presagio sobre Oyvind e Ingvar me tortura. Esos dos locos gemelos deberían habernos escuchado. Al partir hacia Groningburgo ellos mismos fijaron su condena.

—Ya nada puedes hacer más que rezar a los dioses para que velen por ellos —respondió Milia con voz suave y calmada tratando de tranquilizarle—. Sobrevivieron a la terrible traición de los gronings; sobrevivieron a su dolorosa separación. Verás como también sobrevivirán a Groningburgo.

—Ojalá fuera así, pero algo me dice que Oyvind e Ingvar están en peligro de muerte. Lo siento cada vez que miro a los ojos de nuestro hijo.

—Quizás sean tus miedos lo que ves reflejado en los ojos de Oyvar.

Perlivarce no contestó y, tras beber un trago de agua de una tinaja, permaneció largo rato pensativo y en silencio, contemplando las llamas del fuego, como si en su ondulante danza fuera a encontrar las respuestas a las inquietudes que le perseguían desde hacía varias lunas. Para cuando terminaron de cenar Oyvar ya había caído dormido. Perlivarce le besó en la frente y después besó a su mujer.

—Ojalá tengas razón. Ojalá la tengas —le susurró mientras se aferró a ella tratando de consolarse en su abrazo.

El ocaso volvió a acudir un día más presto a su cita en Tierra Conocida. El cielo parecía finalmente haberse desangrado después de incontables lunas en las que había vertido, por miles de yagas lacerantes, un inagotable torrente de lluvia y nieve.

Desde lo alto de la segunda torre, Pothalion y Brandur, preparados para la próxima comunicación entre puestos de vigilancia, contemplaban con desconfianza aquella tregua que los dioses les habían concedido. La nieve había cesado, pero aquella maléfica sombra en forma de extrañas nubes que flotaban estáticas sobre sus cabezas seguía sin abandonarles.

Esa manifestación no había pasado desapercibida para Kiril, quien, al pie del Paso del Gorglin, también fijaba su mirada sobre el cielo ceniciento. Desde que se internaron en territorio enemigo, y a medida que recortaban la distancia que les separaba de Groningburgo, había observado aquellas misteriosas nubes que, como pliegues sobre un tapiz, dibujaban sobre el cielo las arrugas de un rostro maligno. Su sola contemplación lograba turbar el corazón de Kiril, quien comenzó a dar crédito a

los rumores que decían que aquel velo de oscuridad brotaba desde el mismo palacio de Zornik.

Un nuevo grupo había partido hacia la segunda torre para relevar a los hombres de Pothalion y Brandur, quienes, tras la comunicación, deberían acometer el asalto a la torre principal. Ésta sería la parte más complicada de la misión. La tercera torre parecía contar con el doble de hombres que el resto de los puestos de vigilancia, por lo que el más mínimo descuido les llevaría a la perdición; serían descubiertos y el plan de Kiril se iría al traste. Al otro lado del Paso del Gorglin las tropas gronings serían alertadas, desatándose una cruel batalla en la que la Furia de Dioses ocuparía una posición estratégica muy desfavorable, por lo que incluso a pesar de lograr la victoria sufrirían un gran número de bajas.

Los hombres de Therliangator que ocupaban la primera torre comenzaban a impacientarse ante la inminente comunicación entre los cinco puestos de vigilancia. Kiril permanecía impasible al pie de la pendiente, arrebujado en su capa tratando de combatir el frío que acompañaba la llegada de la noche junto a Enna, Maikel y Olaf.

El titilar de una débil llama en lo alto de la plataforma de la primera torre anunciaba que en unos momentos comenzarían a dar las nuevas. Las llamas de aquella antorcha crecieron en intensidad y saltaron traviesas para incendiar la segunda tea que se elevaría sobre aquel vacío de niebla y oscuridad. Las dos antorchas iniciaron un acompasado movimiento ascendente cuando el ensordecedor grito de alarma de un cuerno groning se alzó a sus espaldas, tras la quebrada al pie de la montaña donde la Furia de Dioses permanecía acampada. El desgarrador sonido reverberó en el Paso del Gorglin, desde sus faldas hasta la cumbre.

Kiril quedó aturdido, mudo durante unos instantes, al tiempo que Enna, Maikel y Olaf se giraban hacia el campamento tratando inútilmente de ver qué ocurría a través de aquel informe velo de oscuridad.

En lo alto de la primera y segunda torre los centinelas alkos, esmugas y luinas se sumieron en un caótico desconcierto. Aquel cuerno había acabado con todas sus esperanzas. Desconocían qué señal debían enviar al resto de torres para informar que todo estaba en calma y que aquello era una falsa alarma. Desde la primera torre elevaron las dos antorchas al aire y las mantuvieron quiéras, tan quiéras que parecía que las llamas no eran más que un perfecto dibujo plasmado sobre un lienzo que colgase de la torre. Pothalion y Brandur se apresuraron a hacer lo mismo y dos nuevas antorchas se elevaron desde la plataforma de la segunda torre.

Kiril rezaba a Nerlinguia para que la tercera torre también alzase dos antorchas. El tiempo pareció detenerse entonces, pues no hubo respuesta desde la tercera torre. Sin embargo, los sonidos de una contienda comenzaron a llegar al pie del paso.

—Kiril, nos atacan —dijo Enna recuperando el habla.

—Una emboscada —añadió Maikel—, aunque no podrán ser muchos. Si lo fueran, significaría que el príncipe Ilanit y la Estrella del Desierto han sucumbido ante las tropas de Zornik...

—No moriremos en este recóndito agujero al pie de la montaña —replicó Olaf—. Corramos al campamento. Hay que acabar con esos gronings —y echó a correr sin esperarles.

Enna y Maikel se quedaron mirando a Kiril, quien contemplaba inmóvil aquella nevada pendiente tratando de escrutar las señales de la tercera torre. Pero esta vez no fueron antorchas las que se elevaron al cielo, sino el sordo sonido de un cuerno que imitaba la voz de un lobo rabioso. Un aullido, una pausa; un aullido, otro aullido, una pausa interminable. Y entonces lo escucharon. Como si una manada de lobos aullase amedrentando a su próxima presa, como si mil truenos anunciaran la tormenta perfecta, como si la tierra se retorciese en terribles alaridos, en la quinta torre, desde lo más alto del Paso del Gorglin, desde las cumbres de los Guardianes de Groning, un estruendo jamás antes escuchado brotó del gigantesco cuerno que se orientaba hacia Groningburgo. Y su terrible rugido se escuchó en la capital groning, en el Valle del Rauron, en las Landas de Edhilien, en Nornogham, e incluso su rumor alcanzó los impenetrables Valles Solitarios.

Kiril entrecerró sus ojos, pesaroso, sintiendo que el destino le había alcanzado antes de lo esperado. El preludio del fin, el comienzo de la última batalla había llegado. A su mente acudió entonces el lamento por el Sitio de Orlag y recordó cómo los hombres de Tenkolmar entonaron aquella canción a orillas del Taquakland. “Vida o muerte, bandera de esperanza enarbolan”.

—Acabaremos con ellos —dijo mirando a los ojos a Enna y Maikel—. No dejaremos que esas siniestras arrugas en el cielo sean la primera imagen que los moradores de Tierra Conocida contemplen cada día al despertar —y con un extraño brillo en sus pupilas desenvainó a Darbrethil al tiempo que una fulgurante luz azulada recorrió su hoja—. ¡Corramos al campamento! ¡Nuestros hombres están en peligro y no lucharán solos! —y junto a su amada y su fiel protector corrieron como corceles desbocados sobre el manto de nieve hacia la batalla.

En La Colonia, Perlivarce se despertó sobresaltado, envuelto en sudor mientras su corazón pugnaba por abandonar su pecho. Una terrible pesadilla le había asaltado nada más caer dormido.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Milia alterada al sentir la agitación de su esposo en el lecho.

—Algo terrible ha sucedido —dijo jadeando—. ¡Algo ha ocurrido!

—Tranquilízate. Bebe un poco de agua —le dijo la albina bortiga acercándole una tinaja.

—Ha comenzado... El final ha comenzado. Kiril y Maikel, Oyvind e Ingvar. Todos se enfrentan a un trágico destino.

—Tranquilízate y duerme, amor mío. Recemos a los dioses porque no los abandonen a su suerte.

—Es cierto —respondió abatido—. Ya nada puedo hacer por ellos. Fui cobarde

—le dijo a su esposa con lágrimas en los ojos—. Preferí regresar a La Colonia y volver a veros en vez de acompañarles a la batalla final. Y ahora son ellos los que arriesgarán su vida para darnos un futuro —y miró con cariño y tristeza a Oyvar mientras dormía en su cuna—. Para dar a mi hijo la oportunidad de vivir en libertad. Debí acompañarles, debería estar ahora con ellos —terminó entre sollozos.

—Grande es el sacrificio que tendrán que realizar, mas ellos son guerreros y tú solamente un maestro. Tu lugar está aquí, junto a nosotros y los demás bortigos. Tu sabiduría, tu noble corazón, construirán un nuevo pueblo, una nueva comunidad. Impregnarás con tu bondad los corazones de nuestra gente, y el rencor y el odio jamás crecerán entre nosotros. Y ahora duerme, esposo mío. Aleja de ti esos remordimientos que han sido enviados por el mismo mal que combaten nuestros amigos. Duerme —y lo abrazó con infinito cariño, mientras de los ojos de Perlivarce brotaba un río de lágrimas como ofrenda al sacrificio de los nerlingos.

—Que los dioses os protejan, amigos míos —musitó abrazado a su esposa—. Que los dioses os protejan y se apiaden de vuestras almas.

## CAUTIVOS EN LA CELDA DEL WOLKUR

Los días transcurrían insoportablemente lentos en la oscura y tenebrosa Celda del Wolkur. La estremecedora visión de aquel negro vacío que se hundía a sus espaldas en las profundidades de Groningburgo, no daba un instante de tregua a los gemelos alkos. Decenas de ojos brillantes, inyectados en sangre, centelleaban espeluznantes en lo más hondo de aquella nada, ora cercanos ora lejanos, mientras los inquietantes gruñidos y aullidos de aquellas bestias demoníacas ululaban como un devastador viento helado.

El terror se apoderaba de Oyvind e Ingvar cada vez que sus carceleros, dos veces al día, se acercaban a la puerta de su celda, antorcha en mano, para acercarles un repulsivo cuenco de despojos que ni los puercos se atreverían a probar. Era entonces cuando el débil reflejo de la titilante luz se colaba curiosa a través de la Celda del Wolkur asomándose al vacío sobre el que flotaban aquellos ojos amenazantes. Era en aquel instante cuando los aullidos arreciaban, cuando la luz lamia el brillante pelaje de los wolkurs, cuando los perros de la guerra de Zornik saltaban enloquecidos, batiendo sus fauces al aire, tratando inútilmente de alcanzar el jugoso manjar humano que los gronings almacenaban en lo alto de aquel pozo. Ingvar se estremeció al comprobar a la numerosa progenie, descendientes de bestias como el maldito Demonio Gris, que se hacinaban en el fondo de aquella sima. El más mínimo descuido, un ligero traspiés, un giro equivocado mientras dormían, y antes de llegar a la base del pozo morirían despedazados por las fauces de aquellas bestias.

Hacía más de quince lunas que Oyvind e Ingvar permanecían presos en las profundas mazmorras excavadas en la piedra bajo el palacio del rey brujo. Los días se sucedían como interminables noches invernales de las regiones del norte. Al principio, Oyvind se mantuvo en un permanente duermevela, debilitado por la herida de la espada de hoja de sierra del gorglin. Ingvar se esforzó en darle de beber y comer unos bocados de aquella repulsiva comida. Gracias a ello, Oyvind no empeoró y lentamente comenzó a recuperar parte de sus fuerzas. Aquellos fueron los momentos más duros para Ingvar, quien recordó su cautiverio en Eloburgo. Sin embargo esta vez la presencia de su hermano y el recuerdo de Ira le dieron fuerzas para mantenerse firme. Los gronings jamás conseguirían doblegar su voluntad. El hijo del trueno tenía la intuición de que tarde o temprano Zornik volvería a por ellos, aunque no lograba aún a alcanzar con qué propósito. Mientras tanto, él comenzó a urdir un plan para escapar de aquella maldita celda y partir en busca de la mujer de la que se había enamorado. Y juró que arrancararía con sus propias manos el corazón de aquel quien se atreviera a mancillar la virtud de aquella hermosa esclava nerlinga. Lo juró mientras agarraba con su mano el collar de dientes de wolkur y se acariciaba la cicatriz que aquel demonio había dibujado para siempre en su cuello. Lo juró por Nerlinguía y por Ira.

En la capital groning los sabotajes se habían venido sucediendo sin descanso a pesar de que los nerlingos habían sido capturados y encerrados en las profundidades de palacio. Establos incendiados, patrullas de guardia pasadas a cuchillo, alimentos echados a perder, armas destruidas... Zornik había comenzado a barajar la posibilidad de que se tratase de un grupo de detractores, contrarios a aquella guerra que comenzaba a prolongarse y en la que miles de gronings ya habían encontrado la muerte. Encargó personalmente a Inorkul investigar y realizar una purga entre los soldados y ciudadanos de Groningburgo. Aquella revuelta encubierta debía ser inmediatamente sofocada. Sin embargo Inorkul no había sido capaz de encontrar a ningún traidor si bien aprovechó la ocasión para ajusticiar a un buen número de indeseables.

Durante las siete últimas jornadas no se habían perpetrado nuevos sabotajes, en buena parte debido a que el burgo parecía encontrarse en estado de sitio, con patrullas gorglins repartidas en todas y cada una de sus calles, respirándose una tensa pero relativa calma.

Esa noche, Zornik y Nurgul, acompañados de Ihola, hija del primero y futura esposa del segundo, cenaban en uno de los inmensos comedores de palacio.

—Parece que tus gorglins han logrado lo que los gronings no consiguieron —dijo con ironía Nurgul mientras daba una dentellada al faisán con pimienta que degustaban.

—Mis gorglins son la élite de los guerreros de Tierra Conocida —respondió Zornik dirigiéndole una feroz mirada—. Mis gronings son la horda que barrerán de ella a cualquier reino hostil.

—Por lo que ha llegado a mis oídos —continuó hablando Nurgul sin apartar los ojos del sabroso faisán haciendo caso omiso de la mirada de Zornik—, parece que el Este está siendo un hueso duro de roer para tus hordas de legionarios.

—Una leve resistencia a la primera avanzadilla —respondió Zornik sin sulfurarse—. Mas nuestra alianza te brindará la oportunidad de viajar a tierras orientales y ver cómo mis legiones aplastan cualquier atisbo de rebeldía.

—Puede que finalmente no sea necesario que lleve a cabo tan fatigoso viaje a lejanas tierras —sonrió maliciosamente—. Ayer mismo escuché rumores de cómo los rebeldes avanzan a través de Jactinia sin encontrar resistencia, igual que una grácil mariposa volando sobre un campo de amapolas. Quizás esa sea la verdadera razón de tu llamada, el verdadero motivo de reclamar el juramento de lealtad que nuestros antepasados hicieron ante el consejo groning.

—¡No te equivoques, engreído jinete de Tierra Seca! —bramó Zornik incorporándose veloz como un felino mientras su cuchillo se clavaba en la pata del faisán que un Nurgul atónito mordisqueaba instantes antes—. Te he llamado a Groningburgo no sólo para que me rindas obligada pleitesía —continuaba hablando con ojos coléricos—, sino también para retornar la alianza de sangre que centurias



atrás sellaron nuestros pueblos. La sangre groning corre por vuestras venas al igual que la sangre de los jinetes de Tierra Seca corre por las nuestras. No te equivoques, Nurgul, no lo hagas. El poder de los gronings es infinito, y nadie en Tierra Conocida, nadie, ni siquiera tus bravos jinetes nómadas escaparían a mi ira.

—Perdóname si te he ofendido, gran emperador —respondió con una estudiada voz suplicante y mirada sumisa—, pues no puedo sentirme más honrado por tus palabras y por tu generoso presente, por la carne de tu carne que ahora me ofreces, por el regalo más codiciado. Jamás podré agradecerte el que me entregues a Ihola, una diosa entre las mortales —y tomó la mano de la groning mientras Nurgul y la joven princesa se dirigían una cálida mirada—. Mi pueblo te rinde pleitesía y yo soy el primero en postrarme ante ti, poniendo mi espada y mi brazo a tu servicio.

Zornik pareció sentirse satisfecho con la respuesta de Nurgul, pero la discusión le había hecho perder el apetito.

—Dentro de dos lunas será vuestro gran día —se despidió con tono conciliador dirigiéndose ahora a su hija—. Entonces ambos uniréis vuestros destinos y el de nuestros dos pueblos. Descansad, pues tres días de fastos ininterrumpidos os aguardan... y confío en que pronto la estirpe de nuestra familia se vea bendecida por un nuevo miembro.

—Será como tú dices, padre —contestó conciliadora Ihola—. Te prometo que el próximo invierno mi vientre alumbrará a un hermoso varón fruto de la sangre hermanada, que perpetuará hasta el fin de los días el poder de tu imperio.

Zornik sonrió malévolo y, dándoles la espalda, abandonó con asombrosa rapidez pero inusitada parsimonia el grandioso comedor de palacio, donde dejó a Nurgul e Ihola departiendo sobre su próximo futuro. Aquel impetuoso e insolente jinete de Tierra Seca le resultaba atractivo y deseable a la princesa groning, no como aquellos imberbes y pánfilos herederos de los clanes nerlingos que le fueron presentados en Lothikaton antes de la gran traición. Nurgul sería el perfecto semental para engendrar al más terrible y poderoso guerrero que jamás el mundo hubiera conocido. Más terrible incluso que su padre, más que aquel quien se hacía llamar el emperador de Tierra Conocida. Y ella sería la madre de aquel guerrero, la que le aconsejaría y guiaría en la conquista del mundo conocido y el mundo por conocer.

El rey brujo regresó a sus aposentos. Cuatro gorglins permanecían de guardia en el exterior velando sus sueños. Zornik encendió una diminuta candela y se sirvió una generosa copa de vino especiado. La oscuridad de la noche bañaba el interior de sus aposentos. Mientras disfrutaba del aroma y el sabor del vino, una sibilante voz se abrió paso desde la balconada exterior:

—El cachorro nómada te ha desafiado. En vez del faisán su lengua deberías haber ensartado.

—Ni siquiera el rumor de los lejanos mares pasa desapercibido a tus oídos, madre Urkha —sonrió Zornik mientras daba un generoso trago a su copa de vino.

—El nerlingo avanza en tu busca...

—¡Soy yo quien permito que se acerque a mí! —le cortó irritado Zornik, aún susceptible por la arrogancia de Nurgul.

—Ha recuperado su hogar.

—Yo se lo he cedido, en una bandeja de fuego y cenizas.

—Mi amado niño, no te reveles contra tu madre —gimoteó ladina la pérfida lamia—. Soló tu bien busco, sólo ansío ayudarte a alcanzar tu destino.

—¡Oh, madre! —exclamó Zornik—. No es a ti a quien quiero regañar. Tienes razón, siempre tienes razón. He sido débil y confiado. Jamás volveré a permitir que nadie me hable así.

—Mi adorado infante —dijo Urkha mientras se acercaba a Zornik para acariciarle el pelo—. Utilizarás a ese jinete de las regiones yermas. Lo utilizarás para que tu hija engendre un varón, un heredero que garantice tu dinastía, alguien de tu misma sangre al que sentarás en el trono de los mortales cuando tú logres el gran poder y reines en la morada de los dioses.

—Tan sabia, tan inteligente —sonrió Zornik con maldad en sus ojos—. Te juro que aplastaré al nerlingo, le despojaré del arcano poder que esa maldita deidad entregó a los Primeros Nacidos y reclamaré el trono de los mortales y el de los dioses —y alzó el puño cerrado hacia el cielo—. Y cuando todos se hayan arrodillado ante mí, ante su nuevo señor, enviaré al jinete sin rostro al encuentro de Nurgul.

—Mi niño, mi precioso niño —decía Urkha sentada junto a Zornik sobre el lecho, mientras le atusaba los cabellos con su reluciente peine dorado.

El ponzoñoso hálito de la lamia brotaba esa noche con más fuerza que nunca desde la ciclópea cabeza de mármol que representaba al gran lobo negro, al temido wolkur, que presidía desde lo alto de la balconada la capital groning.

Bajo el palacio de Zornik, en las mazmorras de Groningburgo excavadas en la roca viva, Oyvind e Ingvar dormían cautivos en la Celda del Wolkur, transitando por agitadas ensoñaciones mientras el burgo groning se preparaba para celebrar los fastos de la boda entre la princesa Ihola y Nurgul, el caudillo de las tribus de jinetes nómadas de Tierra Seca.

Zornik no se había olvidado de los gemelos alkos y, en menos de cinco lunas, ambos volverían a tener el dudoso privilegio de reunirse con el rey brujo y participar en los festejos por la unión de los dos pueblos. La jauría de bestias que ahora se revolvían rugiendo hambrientas en el fondo del pozo serían sus afortunadas compañeras de baile.

## LA BODA DE IHOLA

La mañana en la que se celebrarían las nupcias entre la princesa groning y el monarca de las tribus de jinetes nómadas, el sol envolvía con su añorada luz las murallas de Groningburgo. Parecía que en ese señalado día, la lamia Urkha hubiera entregado por adelantado su regalo de bodas a Ihola. Su negro y emponzoñado hálito había dejado de brotar desde la balconada exterior de los aposentos de Zornik, pero sus brunos vapores neblinosos seguían flotando al sur de la capital groning.

En los aposentos de la princesa, media docena de esclavas corrían atareadas de un lado a otro de la enorme estancia. Dos de las esclavas más jóvenes bañaban en esos instantes a Ihola, acariciando su blanca piel con suma delicadeza, envolviéndola en aromáticas esencias y delicados óleos. Otra esclava enjabonaba su preciosa melena azabache, brillante como una estrella negra, mientras sus amplios rizos se desenmarañaban bailando al son de la rítmica danza que marcaban las manos de la experta esclava.

Sobre su recién compuesto lecho, descansaba huérfano de arruga alguna su espectacular vestido blanco de novia, una rara y refinada mezcla de seda, gasa y algodón, rematado por finísimos ribetes de verde terciopelo esmeralda. Sin duda alguna se trataba de la más bella tela tejida en el lejano Reino de Saralamath y por la que la princesa Ihola había pagado derramando la sangre de Lamad y desterrando a la desdichada Ira a un olvidado lupanar de Halthoria.

A los pies de la cama le aguardaban unas sandalias color marfil que, con delicados cordajes adornados por redondas perlas nacaradas, engalanarían las estilizadas piernas de la princesa como si de una frondosa enredadera se tratase.

En las cocinas de palacio la actividad era frenética a pesar de la hora temprana. Todo debía resultar perfecto en la boda de la princesa, ya que de lo contrario, quien cometiese el más mínimo desliz moriría a manos de Zornik como castigo a su desidia e ineptitud.

El festín, al que acudirían cerca de cuatrocientos invitados entre los que se encontraban los nobles que habían apoyado el ascenso de Zornik al trono, oficiales de confianza de su ejército, así como una nutrida representación de las tribus de jinetes nómadas, consistiría en diez platos diferentes: setas cocinadas sobre un refrito de cebolla, puerro y zanahoria; caracoles cocidos en salsa de tomate; sopa de pescado con patas de cangrejo rojo de río; trucha a la plancha con trozos de jamón de cerdo; tacos de filete de salmón ahumado; muslos de codorniz en salsa de champiñones; pechugas de paloma a la pimienta; cochinillo asado al espetón; manzanas asadas y una gigantesca tarta recubierta de piñones, almendras y dulces variados. Y todo ello regado con los mejores vinos norteños y skelingos, cerveza negra y dorada del este, y los licores más fuertes y aromáticos entre los que destacaba el famoso licor de fuego.

En los salones donde se celebraría el convite, decenas de personas del servicio de palacio se afanaban en colocar las mesas, sillas, flores y demás adornos con los que

se engalanarían esas estancias para mostrar a todos los invitados el esplendor del imperio groning. Sobre las mesas extendieron preciosos y delicados manteles, colocando a su vez una variada cubertería con la que poder degustar los diez platos del festín.

Durante el banquete un grupo de bardos amenizaría con sus canciones la sobremesa y la larga velada. Cuando el sol cayese en el oeste, se celebraría el encamamiento de Iholá y Nurgul, quienes serían empujados a sus aposentos para consumir, antes de la medianoche, su recién bendecido matrimonio. Los festejos se alargarían al menos dos días más, aunque era probable que a pesar de tratarse de una boda real, la guerra que parecía acercarse peligrosamente hacia Groningburgo hiciera que los fastos concluyesen antes de lo esperado. Se había organizado un torneo de tiro con arco para entretener al pueblo llano, así como también una actuación del mismo grupo de bardos que cantarían en el convite, programada para la noche del segundo día. Zornik había concedido generosamente cerveza gratis para los asistentes además de repartir todas las sobras del banquete nupcial del día anterior, por lo que se esperaba una gran afluencia de público en la plaza central de Groningburgo. Sin embargo, ni Zornik, ni Iholá, ni Nurgul acudirían a ese evento, pues el rey brujo se había reservado esa noche un espectáculo que deleitaría sus sentidos: la lucha de los siameses nerlingos contra los wolkurs. Un espectáculo en el que por desgracia Oyvind e Ingvar se habían convertido en sus protagonistas.

La luz que iluminaba la capital groning contrastaba con la sórdida oscuridad que envolvía la Celda del Wolkur. Apenas los lejanos destellos de las antorchas que los gronings mantenían encendidas a la entrada de las mazmorras arrojaban una leve amalgama de luces y sombras. Los dos gemelos alkos intuían que algo sucedía en el exterior, ya que una inusual agitación se había apoderado de sus carceleros. Incluso durante las dos últimas lunas les habían doblado la ración de agua y comida, como si por alguna extraña razón quisieran que recuperasen sus fuerzas.

Cuando estaban ocupados en estos pensamientos, apareció uno de sus carceleros portando una bandeja con varias costillas y chuletas de cordero, dos vasos de agua y una tinaja de vino tinto rebajado. Oyvind e Ingvar cruzaron atónitos sus miradas y, antes de que pudieran decir nada, el carcelero se adelantó a sus preguntas:

—Aquí tenéis, jóvenes traidores —sonrió malévolamente—. Una succulenta comida, cortesía del mismísimo Rey Zornik. Comed y bebed, pues hoy se celebra la boda de nuestra princesa Iholá. Mañana formaréis parte del convite y os aseguro que necesitaréis de todas vuestras fuerzas si es que no queréis regresar aquí de nuevo dentro de un saco de huesos roídos y despellejados, ¡ja, ja, ja! —y con una sonora carcajada se alejó perdiéndose en la penumbra de aquellos túneles, sin dar tiempo a que los gemelos alkos pudieran hacerle una sola pregunta.

—Nos ceban como a puercos antes de matarlos —renegó Ingvar—. Apuesto mi collar de dientes de wolkur a que el miserable Zornik nos tiene reservada una

sorpresa.

—Formaremos parte del espectáculo de la boda —dijo Oyvind—. Pero no sé de qué manera. Quizás nos haga luchar contra diez de sus gorglins, o nos arranque uno a uno nuestros miembros, o seamos las dianas para un concurso de lanceros. Sea lo que sea nos necesita vivos.

—Muertos y débiles no le servimos. No disfrutará si no nos ve sufrir y luchar hasta la última gota de nuestra sangre.

—Aunque sé que eso es lo que busca, no rechazaré su comida. La fuerza y la esperanza es lo único que realmente nos mantendrá vivos. Nerlinguia mantiene viva en mí la esperanza, pero en esta hedionda celda esa carne será lo único que pueda darme fuerzas —concluyó Oyvind mientras tomaba con avidez un trozo de cordero.

—Estoy contigo, hermano —e Ingvar le imitó dando un gran bocado a un pedazo de costilla.

El día avanzaba y los nerlingos, a pesar de estar apresados bajo el palacio de Zornik, pudieron seguir paso a paso la ceremonia en la que Ihola y Nurgul contrajeron matrimonio. Primero fueron las trompetas y los cuernos los que sonaron atronadores cuando los futuros esposos acudieron a la gran sala de palacio. Allí, una suerte de santón ofició una breve ceremonia para unir las vidas de Ihola y Nurgul. Ambos leyeron los votos en los que se juraban mutua lealtad y fidelidad para, a continuación, entregarse dos presentes, uno para su cónyuge y otro para su pueblo. Así Oyvind e Ingvar pudieron escuchar las exclamaciones, aplausos y redobles de tambor cuando Ihola entregó a Nurgul una daga de oro y quince cofres repletos de oro, uno por cada una de las tribus de jinetes nómadas a las que representaba. Después fue el turno de Nurgul, quien entregó primero a Ihola una impresionante yegua azabache que dejó boquiabierta por su belleza a la no menos bella princesa y después una manada de cincuenta veloces y resistentes corceles de Tierra Seca al pueblo groning, que pasarían a engrosar a buen seguro las filas de la caballería de las legiones de Zornik.

Terminado el intercambio de regalos, las trompetas volvieron a sonar sin solución de continuidad, anunciando a los invitados que en breves instantes comenzaría el convite. Todos los allí presentes se apresuraron a entrar en palacio y a ocupar sus asientos, preparados para ovacionar a los recién casados en cuanto entrasen en los grandes salones habilitados para aquella ocasión.

Ihola entró resplandeciente agarrada del brazo de Nurgul, quien no había abandonado su pose altiva y desafiante ni siquiera en presencia del mismísimo Zornik. El líder de los jinetes nómadas de Tierra Seca avanzó hasta la mesa presidencial henchido de orgullo, luciendo el hermoso trofeo que había conseguido de manos del rey groning.

Zornik caminaba tras los recién casados seguido de Inorkul y dos de sus gorglins. El aura terrorífica que lo envolvía atemorizaba a todos los allí presentes,

especialmente a los numerosos criados que ese día se ocuparían de que nada faltase a la mesa de los comensales. Mientras los invitados a la boda aplaudían y aclamaban a los novios, éstos ocuparon su lugar en la mesa presidencial, cada uno a un lado de Zornik. El rey brujo quería dejar claro quién seguía y seguiría ostentando el poder de la nación groning durante muchos lustros. A una señal suya los invitados dejaron de aplaudir y la legión de criados comenzó a servir el primero de los diez platos, setas sobre refrito de cebolla, puerro y zanahoria, mientras las copas comenzaban a llenarse de vino tinto y cerveza.

Como tres estatuas de piedra, Inorkul y los dos gorglins permanecieron de pie tras su rey, escrutando con ojos de camaleón hasta el último rincón de aquellos grandiosos y diáfanos salones.

En uno de los laterales de la sala, tres soldados gronings que habían acudido como escolta de un renombrado oficial de la guarnición de Groningburgo, hablaban en voz baja a unos pasos de la mesa que ocupaba su mando superior:

—Zornik no se separa jamás de sus halcones aunque estos no tengan alas —dijo uno de ellos.

—Ni su propia sombra está tan cerca de él como el capitán Inorkul —respondió otro.

—Esperemos que la noche y el vino aturdan sus sentidos —suspiró el tercero.

—Mirad para otro lado —les ordenó el primero—. Inorkul nos está observando. Si esos gorglins llegasen a sospechar algo, esta noche dormiríamos en las mazmorras de palacio.

El banquete continuó entre animadas conversaciones ayudadas por los primeros efectos de la desmesurada pasión de los comensales por el exquisito vino skelingo que parecía haber arrebatado el protagonismo a los novios. Cuando terminaron la succulenta sopa de pescado a la que habían aderezado con las tan codiciadas patas del cangrejo rojo del Río Isengur, dos bardos saltarines irrumpieron en el salón al son de un laúd y una guitarra, entonando la famosa canción de *La boda de Turkimirael y Muriel*, en la que se narraba el largo y feliz matrimonio de dos príncipes de un lejano e imaginario país. Los bardos sustituyeron los nombres de Turkimirael y Muriel por los de Nurgul e Iholá, lo que provocó que la rima de la canción se rompiera y sus estrofas quedaran desacompañadas respecto a la melodía, por lo que el resultado no fue del agrado de los allí presentes. Los bardos, cabizbajos, abandonaron apresuradamente el gran salón, temerosos de que la ira de Zornik cayera sobre ellos. Sin embargo, la trucha que se sirvió a continuación junto con el vino skelingo, pareció aplacar el malcontento de los invitados.

Luego vino el salmón, después los muslos de codorniz y cuando se sirvieron las pechugas de paloma, desde la cocina informaron al responsable del convite que las reservas de vino skelingo se acababan de agotar. El groning, apurado, ordenó servir el vino tinto norteño como si fuera skelingo. A esas alturas del banquete más de la mitad

de los comensales se encontraban en un evidente estado de embriaguez, y los que aún no lo estaban pronto lo estarían, por lo que sus paladares no serían capaces de distinguir un exquisito y aromático vino especiado de uno picado. También ordenó traer con urgencia a palacio todos los toneles de vino tinto disponibles en las tabernas de la ciudad, pues apenas si los invitados habían degustado cerveza o vino blanco. Si seguían bebiendo de aquel modo, pronto acabarían con el vino norteño que tenían almacenado en la cocina, lo que podría originar una revuelta en el interior de los salones.

Como el groning imaginó, nadie se dio cuenta del cambio. A ello ayudó la entrada de dos nuevos bardos que, con la picante canción *El tesoro de la dulce campesina*, enardecieron a la audiencia al tiempo que los invitados aplaudían entusiasmados la llegada de decenas de platos de cochinillos asados al espetón. Los bardos tuvieron que prolongar su actuación mientras los comensales daban cumplida cuenta del cochinillo al que regaron con abundante vino, poniendo el broche de oro al despedirse entonando *Mi jergón, tu señora y su doncella*, gracias a la cual fueron despedidos con un atronador griterío.

Zornik parecía complacido con los fastos, y Nurgul e Iholá cruzaban miradas aguardando a que el convite terminara. Tuvieron que servirse más platos de cochinillo a pesar de que los estómagos de los allí presentes estaban a punto de reventar con los siete platos anteriores.

Apenas si probaron las manzanas asadas ni tampoco tuvo mucho éxito la tarta. La mayoría de los invitados dormitaban sobre la mesa mientras el vino se derramaba por sus comisuras o bailaban borrachos al son de la música del tercer grupo de bardos, esta vez formado por cinco hombres que tocaban y cantaban festivas canciones campestres.

Tras una larga actuación, cuando la noche hacía rato que había tomado el cielo de Groningburgo, uno de los invitados comenzó a gritar con evidente embriaguez:

—¡A encamarse! ¡A encamarse!

Y como poseídos por un hechizo todos los invitados que dormitaban ebrios sobre las mesas despertaron para unirse en una sola voz:

—¡A encamarse! ¡A encamarse! ¡A encamarse!

Zornik se levantó de la mesa y, repentinamente, el griterío se silenció como la llama de una vela sofocada por una súbita corriente de aire. Miró a derecha e izquierda, a Iholá y Nurgul, y sin pronunciar palabra asintió levemente con la cabeza. Los invitados prorrumpieron en aplausos y vítores. Nurgul tomó la mano de su esposa y ambos cruzaron el gran salón entre desbocados gritos de “¡A encamarse!”. Si no hubiera sido porque se trataba de la princesa y por la protección de los dos gorglins que acompañaban a Inorkul, aquella muchedumbre hubiera desnudado allí mismo a los recién consagrados esposos, arrancándoles como era tradición sus ropajes nupciales. Nurgul e Iholá desaparecieron en la oscuridad de palacio en dirección a su alcoba, donde esa noche disfrutarían durante largas horas consumando

su matrimonio.

En el salón continuó corriendo el vino y el licor de fuego, mientras los bardos amenizaban la madrugada a aquella multitud de borrachos.

—Sólo Inorkul acompaña ahora a Zornik —dijo uno de los tres gronings que velaban los ebrios sueños de su oficial.

—Es el momento perfecto para acercarnos a él —añadió otro de los gronings—. Apuesto a que los dos gorglins custodiarán la puerta del dormitorio de Iholá y Nurgul durante toda la noche.

—De acuerdo —respondió el que parecía ser el más veterano de los tres—. Pero acerquémonos con precaución. Puede que la mayoría estén borrachos, pero su riel halcón no ha probado una gota de vino.

Los tres gronings comenzaron a avanzar lentamente y con discreción entre las sombras de los fondos del gran salón hacia la mesa presidencial. Cuando se encontraban a apenas diez pasos de Zornik, cuatro gorglins irrumpieron en el salón por uno de los laterales y se arrodillaron ante la mesa del rey groning. Inorkul se acercó a ellos y uno de los gorglins le susurró unas palabras al oído. Cuando el gorglin terminó, Inorkul les ordenó abandonar el salón con gesto contrariado. Ahora era él quien susurraba al oído de su rey mientras el gesto de Zornik se tornaba por momentos en un colérico rictus.

—Algo sucede. Algo grave acontece —dijo el groning más veterano, quien se había detenido al ver irrumpir a los cuatro gorglins y ahora contemplaba a Zornik.

—¿Qué puede haber ocurrido?

—No lo sé, pero debe ser algo que interfiera gravemente en sus planes más inmediatos.

Cuando el capitán de los gorglins terminó de informar a su rey, Zornik se levantó iracundo de su silla y abandonó precipitadamente la sala por la salida en la que los tres gronings simulaban estar vigilando. Cuando Zornik pasó a su lado, los gronings realizaron un marcial saludo y pudieron escuchar cómo el rey groning le decía a Inorkul:

—Ese bastardo nerlingo no me privará de ver cómo mañana mis wolkurs despedazan a los dos gemelos alkos.

Inorkul dirigió una glacial y penetrante mirada a los tres gronings, quienes agacharon sus cabezas al paso del capitán gorglin en señal de sumisión. Zornik e Inorkul desaparecieron del salón en dirección a las murallas de Groningburgo.

—Mañana debemos volver a palacio —dijo uno de los gronings—. Mañana será nuestro gran día —y los otros dos asintieron.

Cuando amaneció, mientras aún resonaban en los salones de palacio los ecos de la celebración por las nupcias de Iholá y Nurgul, en las murallas y cuarteles de la capital groning la actividad continuaba siendo frenética. El mensaje que de madrugada los cuatro gorglins llevaron a palacio había desencadenado una urgente revista de armas tanto para la guarnición groning de la ciudad, como para los más de mil gorglins bajo



el mando directo de Inorkul. Las inquietantes nuevas que contenía el mensaje habían llevado en plena noche de fastos al mismísimo Zornik a las murallas de la zona sur de la capital. Desde lo alto trató de confirmar lo que aquel mensaje decía. Pero a pesar de su terrible poder, eran demasiadas millas las que separaban Groningburgo del Paso del Gorglin. Zornik no poseía la élfica visión de Oyvind, y no pudo más que intuir lejanas y débiles luces titilar en las amplias praderas del Corredor de Groningburgo.

“El cuerno del Paso del Gorglin ha rugido. El traidor nerlingo ha sido avistado al frente de su ejército”. Ése fue el mensaje que le transmitió Inorkul. Ésas fueron las palabras que lo encolerizaron, las que le hicieron abandonar los festejos por la boda de su hija. En verdad los festejos por su alianza de sangre con las tribus de jinetes nómadas de Tierra Seca.

—Ese príncipe de los caballos deberá cumplir ahora con su alianza —gruñó Zornik—. Enviaré primero a las legiones del norte contra el nerlingo y, si aún logra salir con vida, quinientos jinetes de Tierra Seca y quinientos de mis gorglins se unirán a ellos para terminar de aplastarle. Y cuando no quede un solo soldado de su ejército en pie, cuando no quede un solo nerlingo con vida más que él, lo prenderé con mis propias manos y leeré en su mente; entonces sabré dónde se oculta la maldita bestia, dónde se oculta el unicornio al que mi bastarda hermanita entregó su poder, ¡ja, ja, ja! —rió demente—. ¡Seré el emperador del mundo! Arrojaré a ese nerlingo a los wolkurs para que lo despedacen y ya no quedara en este mundo, ni en ningún otro, rastro alguno de su existencia. ¡Ja, ja, ja! ¡Acércate a mi guarida, estúpido nerlingo! Acércate y en ella encontrarás tu final, ¡ja, ja, ja!

Las tropas de Groningburgo habían reforzado la vigilancia de las murallas y decenas de patrullas recorrían la ciudad, mientras el resto de hombres permanecían alertas acantonados en los cuarteles. Inorkul había convocado también a sus gorglins además de conminar al contingente de jinetes de Tierra Seca que acompañaba a Nurgul a estar preparados para entrar en combate. Los jinetes nómadas no defraudaron a Inorkul y, haciendo honor a su carácter guerrero, no dudaron en prestarse voluntarios para combatir al lado de sus hermanos de sangre.

Todos los efectivos de la ciudad aguardaban en pie de guerra las noticias que pudieran llegar desde el Paso del Gorglin. Confiaban en que las legiones del norte al mando del Mariscal Zotelen aplastasen sin contemplaciones al temerario Therliangator que osaba internarse en el corazón del territorio groning. Ajenos a estos acontecimientos, Iholá y Nurgul continuaban retozando en su alcoba, deleitándose con el placentero tacto de la desnudez de sus lozanos cuerpos, mientras yacían entrelazados sobre su lecho de amor.

Hacia el mediodía llegaron a palacio noticias desde el sur. Zotelen había alcanzado a la vanguardia del ejército rebelde, el cual se encontraba notablemente debilitado por las escaramuzas libradas para franquear el Paso del Gorglin. La caballería groning de las legiones del norte era muy superior a la caballería enemiga y

el Mariscal estaba menguando lenta pero eficazmente con cada una de sus cargas a los efectivos rebeldes. Antes de que cayera la noche el traidor nerlingo estaría encadenado y arrodillado a los pies del rey groning.

Estas noticias tranquilizaron a Zornik, quien decidió permanecer en la capital y disfrutar de una succulenta comida que culminaría con el postre más delicioso que pudiera desear: ver a los gemelos alkos despedazados por sus wolkurs. Invitó para la ocasión a un grupo más selecto y reducido de comensales, oficiales de la guarnición de Groningburgo y a varios de los hombres más fieles de Nurgul. Invitó a estos últimos para que presenciasen con sus propios ojos lo que le ocurría a cualquiera que osaba traicionarle, más que por una mera deferencia protocolaria. Por supuesto también el emperador de los jinetes de Tierra Seca y su esposa Iholá estarían presentes en el macabro espectáculo.

El evento se celebraría en un secreto salón del que muy pocos habían tenido siquiera conocimiento de su existencia. Se ubicaba sobre las mazmorras talladas bajo la piedra de Groningburgo, en uno de los extremos de palacio, al que únicamente se podía acceder por un pasadizo secreto que se ocultaba tras una gigantesca estatua de un legionario groning, cerca de las escaleras que conducían a las pajareras en las que Zornik cuidaba y adiestraba a sus halcones.

El salón tenía en su zona central un enorme foso de forma elíptica, de unas dimensiones de quince pasos de longitud en su eje mayor y de unos diez en el eje menor. La profundidad del foso era de más de quince pies y el fondo estaba cubierto de arena que, a pesar de haber sido uniformemente distribuida, en determinadas zonas estaba teñida de un color violáceo que denotaba la existencia de sangre coagulada y restos de órganos. Distribuidos a lo largo del perímetro de la elipse se contaban ocho enormes argollas de acero incrustadas en la pared de roca. Junto a alguna de ellas descansaban en el suelo gruesas y oxidadas cadenas. En uno de los extremos del eje mayor, bajo las argollas, había un martillo sobre la arena y en el extremo opuesto de la elipse un cincel. En el exterior del foso, dos líneas espaciadas y ubicadas a diferentes alturas formaban lo que parecían ser unos graderíos.

Zornik, Nurgul, Iholá y el selecto grupo de invitados degustaron una copiosa comida en los salones de palacio. Tras una breve sobremesa, el rey brujo, inquieto y ansioso por disfrutar del espectáculo que se reservaba para sí como regalo de bodas, condujo como buen cicerone a sus huéspedes a través del pasadizo secreto. Inorkul le seguía sin separarse de él junto a dos nuevos gorglins, que ahora le acompañaban en sustitución de los dos que habían sido destinados a la protección de la princesa. También Nurgul, quien desconfiaba de la seguridad que le brindaban los gronings, se hizo acompañar por dos jinetes de su tribu. Tras ellos caminaba sorprendido a través del angosto y oscuro pasadizo el oficial de mayor rango al frente de la guarnición de Groningburgo, al que seguían a unos pasos de distancia los mismos tres gronings que la víspera le habían acompañado al banquete nupcial. Cerraban la comitiva un selecto grupo de nobles, comerciantes y miembros del ejército groning a los que

acompañaban sus esposas o concubinas, quienes gozaban de los favores del impredecible e irascible Zornik.

Al fondo del pasillo se dibujaban unos pulidos escalones de piedra sobre los que se reflejaban las luces y sombras proyectadas por decenas de antorchas que colgaban de los graderíos. Un creciente y gutural sonido comenzó a reverberar en el tramo final del pasadizo secreto que, a excepción de Zornik, logró estremecer a todos los miembros de la singular comitiva.

Cuando los invitados de Zornik emergieron a la luz de las antorchas en las tribunas superiores, ahogadas exclamaciones de terror brotaron de sus gargantas. Las mujeres que les acompañaban apenas si pudieron contener los gritos de horror al comprobar cómo aquellos sonidos provenían de las hambrientas gargantas de ocho wolkurs que ahora aullaban frenéticos sobre el elíptico foso de arena. Los wolkurs estaban amarrados con gruesos collares de los que brotaban unas cortas cadenas que a su vez se amarraban a cada una de las ocho argollas incrustadas en los muros de piedra del foso. Y sobre él, en inestable equilibrio, apoyados en unos listones de madera, pendía la comida de las ocho bestias de Zornik: Oyvind e Ingvar.

Los gemelos alkos habían sido atados uno al otro con grilletes y cadenas como si fueran dos siameses. La mano izquierda de Oyvind atada a la mano derecha de Ingvar. Lo mismo ocurría con sus tobillos. Los invitados al macabro espectáculo de Zornik fueron tomando asiento a lo largo de las dos filas del ovalado graderío. Zornik permaneció de pie para tomar la palabra.

—Mis queridos invitados. Mi querido hijo, Nurgul —comenzó con cierta ironía en su voz— y mi amada hija, Ihola. Sed todos bienvenidos a mi refugio secreto. Consideraos unos privilegiados por poder acompañarme hoy aquí, disfrutando de la lucha por la supervivencia que vais a contemplar. Pocos son los elegidos que tienen el honor de compartir conmigo este teatro de vida y muerte. Pero no quiero dilatar por más tiempo tan ansiado momento, tan bella lucha entre mis cachorros de lobo y los gemelos nerlingos. Desdichados jóvenes, sus vidas truncadas por los caprichosos hados del destino. Siempre juntos, después separados por la fuerza y ahora, que tan enternecedoramente habían vuelto a reencontrarse, parece que un nuevo y desgraciado designio de la diosa fortuna los presenta en inesperada audiencia ante el jinete sin rostro —e Inorkul y sus gorglins a duras penas contuvieron unas risas sordas mientras los wolkurs gruñían y aullaban revolviéndose inquietos en la arena del foso—. Los dos gemelos creyeron que podrían entrar en Groningburgo y hacer daño al Rey mientras se sentaba en su trono, ¡ja, ja, ja! ¿Quién es el que ahora hará daño a quién? —dijo girándose para mirar a los ojos a Oyvind e Ingvar—. Confío en que mis wolkurs sean magnánimos y os regalen una muerte rápida, pues si yo fuera el verdugo designado para ejecutaros, os prometo que os arrancaría lentamente cada trozo de vuestra piel, os cercenaría vuestros miembros en minúsculos pedazos y suplicaríais con sangre en vez de lágrimas a vuestra falsa diosa porque acabase de una vez por todas con vuestra miserable existencia —y Zornik les lanzó una mirada

incendiada por el odio que estremeció a los dos alkos—. Y ahora, ¡que comience la lucha!

Al grito de Zornik, los dos gorglins que acompañaban a Inorkul se acercaron como escorpiones al improvisado trampolín sobre el que Oyvind e Ingvar trataban de mantenerse en pie. Con la punta de sus lanzas les obligaron a avanzar hacia el extremo opuesto para que saltasen al vacío, como si estuviesen siendo ajusticiados por Tirgo de Tirón a bordo de El Indomable. Los gemelos alkos se resistían a saltar de los listones de madera, pero las lanzas gorglins les golpeaban cada vez con más fuerza con sus afiladas puntas.

—Caeremos de todos modos —le dijo Ingvar a Oyvind—. Pero si además esas lanzas nos hieren, los Wolkurs enloquecerán con el olor de nuestra sangre.

—Tienes razón —contestó Oyvind—. ¿Has visto el martillo y el cincel?

—Sí. Nuestra única oportunidad de sobrevivir.

—Ése será el siguiente paso.

—¿Y cuál es el primero?

—Acabar con ese maldito wolkur pintado —sentenció Oyvind mientras señalaba con su mano derecha a un wolkur de pelaje negro con irregulares manchas de color pardo que saltaba con sus fauces abiertas, retenido una y otra vez por la cadena de hierro que lo aferraba a la argolla—. Tendremos que ahogarlo rápidamente y mantenernos todo lo alejados que podamos del wolkur situado frente a él.

—No será tarea fácil mantenernos alejados de sus garras —le dijo Ingvar.

—¡Basta ya de tanto parloteo! —ladró uno de los gorglins y volvió a armar su brazo para clavar la punta de la lanza en el muslo de Oyvind.

Sin embargo, antes de que el gorglin los golpease de nuevo, el hijo del relámpago miró a los ojos del hijo del trueno y ambos asintieron.

—¡Ahora! —gritaron ambos al unísono lanzándose de cabeza al foso, mientras la mujer de uno de los nobles de Groningburgo no pudo evitar proferir un grito de angustia.

El vuelo de los dos alkos sobre el primero de los wolkurs simuló el perfecto picado de uno de los halcones híbridos de Tierra Seca que Zornik poseía en su pajarera. El wolkur abrió sus fauces de forma antinatural, sus mandíbulas desencajadas, ávidas por beber la sangre de sus presas. Pero sus presas se convirtieron en cazadores, pues los gemelos alkos separaron sus cuerpos todo lo que aquellas cadenas les permitían y, formando una cuerda de eslabones de acero, la introdujeron en la boca del wolkur, desgarrándola con el ímpetu de su caída de lado a lado. Oyvind e Ingvar cayeron sobre la bestia y rodaron unos pasos más allá de ella. El wolkur comenzó a emitir sus últimos estertores mientras su cuerpo era sacudido por terribles espasmos, hasta que su grotesca boca dejó de respirar. El wolkur que se encontraba frente al que habían abatido comenzó a lanzar frenéticamente zarpazos al aire. Oyvind a duras penas pudo esquivarlos mientras recuperaba su posición después de haber rodado por el suelo tras la caída. Ingvar tiró de él con fuerza y, gracias a la

cadena que los unía, evitó que un zarpazo del wolkur arrancara el brazo de su gemelo.

—Hay que acabar con esta maldita bestia —dijo Ingvar jadeando—. De esa forma lograremos un espacio seguro en el centro del foso.

—Estoy contigo, hermano —asintió Oyvind—. Si no lo matamos rápidamente no tendremos ninguna opción para sobrevivir. Hay que lograr tumbar a ese demonio y ahogarlo con las cadenas.

—¡A por él! —gritó Ingvar y ambos se lanzaron contra el segundo wolkur, nuevamente con la cadena estirada a modo de cuerda.

El wolkur abrió sus fauces y rugió desafiando a los nerlingos. Sin embargo no se arredraron y embistieron a la bestia frontalmente. Cuando se encontraban a un paso del wolkur y la bestia se aprestaba a atacarlos, los dos gemelos alkos se lanzaron al suelo con los pies por delante zancadilleando con la cadena que unía sus tobillos al sorprendido animal, quien cayó trastabillado al suelo con sus patas delanteras dobladas bajo su cuerpo. Antes de que pudiera reaccionar, la cadena que unía las muñecas de Oyvind e Ingvar se retorció desde abajo hacia arriba en el cuello del wolkur, formando un mortífero collar. Los dos nerlingos apretaron con todas sus fuerzas la cadena alrededor del cuello de la bestia y lentamente fueron trepando sobre el perro de la guerra de Zornik, hasta conseguir colocarse sobre él. Después de unos instantes de lucha el wolkur se agitó en una terrible convulsión y cayó inerte sobre la arena, ahogado sin aire que poder respirar.

Zornik se removió contrariado en su asiento al contemplar cómo en un breve espacio de tiempo los dos gemelos alkos, desarmados, habían sido capaces de acabar con dos de sus mejores y más feroces wolkurs. Nurgul contemplaba impasible el espectáculo en compañía de Iholá, mientras la esposa de uno de los comerciantes se agitaba angustiada y sorprendida, impresionada por la destreza en la lucha demostrada por los dos nerlingos. Inorkul traspasó a la mujer con la mirada, tentado de apuñalarla con su daga, por lo que el capitán de los gorglins consideraba una traición a la causa groning.

Oyvind e Ingvar habían logrado dejar despejada la zona central de la elipse, acabando con los dos wolkurs que ocupaban los extremos del eje menor. Ahora tendrían un lugar seguro al que poder retroceder en caso de errar en sus embestidas.

Los dos alkos comenzaron a soltar su presa sobre el cuello del wolkur y se movieron para ocupar el centro del foso. Mas repentinamente Ingvar se trastabilló, al estar su zancada limitada por la cadena que le ataba al tobillo izquierdo de su hermano, y cayó al suelo empujando a Oyvind hacia el lado derecho del foso. En ese instante, el wolkur que se encontraba más próximo estiró su zarpa delantera izquierda y sus garras se clavaron en el brazo derecho de Oyvind. El alko gritó al sentir el lacerante zarpazo del wolkur mientras la sangre comenzaba a brotar por su herida. Los wolkurs enloquecieron y comenzaron a aullar enfebrecidos, sus ojos iracundos, arrasados por una cólera irrefrenable, sus esqueletos a punto de desgarrar su piel, solo contenidos por las gruesas cadenas de acero. Antes de que el wolkur pudiera

provocarle una herida más profunda al hijo del relámpago, Ingvar logró alejarlo de aquel demonio tironeando con todas sus fuerzas de las cadenas que los unían.

—¿Estás bien, Oyvind? —le preguntó asustado.

—Sí, no te preocupes. No es más que un rasguño superficial. Hará falta algo más para acabar conmigo —y su hermano sonrió aliviado al escuchar aquellas palabras.

—El martillo. Lo necesitamos.

—Lo sé, es nuestra única esperanza de salvación. Pero no podremos llegar hasta él si no matamos a los tres wolkurs. Y allí el espacio se estrecha. No podremos luchar con tres a la vez —dijo pesimista Oyvind.

—No podremos con tres, pero sí con dos —respondió el hijo del trueno—. Debemos luchar frente a ellos para que sólo dos de esos demonios puedan alcanzarnos con sus garras. Más tarde nos ocuparemos del tercero y cogemos el martillo. Aplastaremos con él una a una las cabezas de esas bestias del averno.

—¿Crees que Zornik lo permitirá? Lo dudo mucho, hermano. Apuesto a que si conseguimos el martillo Zornik soltará a los otros tres wolkurs. Y ése será nuestro fin.

—Maldita sea, no desfallezcas ahora —gruñó Ingvar—. No me importa si debo enfrentarme a wolkurs encadenados o a wolkurs en libertad. ¿Ves este collar? —dijo sujetando entre sus manos aquel amasijo de dientes que colgaba de su cuello—. No sobreviví a aquel demonio en el bosque del norte para acabar aquí muerto por su maldita progenie —y de un tirón arrancó el collar de su cuello y le dio a Oyvind dos grandes colmillos—. Utilízalos para pagarles con su misma moneda.

Oyvind sonrió a Ingvar y éste le devolvió la sonrisa.

—Sabes que esto les enloquecerá —dijo Oyvind mostrando a su hermano su brazo ensangrentado.

—Y será su perdición. Deja que el olor de tu sangre los vuelva locos; eso les hará más descuidados y vulnerables. Y ahora, hermano, que tus garras laceren la carne de esas bestias.

—Que Nerlinguia nos proteja —y tras pronunciar estas palabras los dos alkos caminaron lentos pero con paso firme hacia el extremo derecho del foso mientras los wolkurs y el público se revolvían alterados en sus posiciones.

Los wolkurs que se ubicaban en los dos vértices de la base de un imaginario triángulo lanzaban espasmódicamente zarpados al aire a medida que los dos alkos se acercaban a ellos. Esta vez Oyvind e Ingvar trataron de irritar y cansar a los wolkurs, avanzando hacia ellos y retrocediendo en el momento justo para evitar sus zarpazos, mientras las bestias saltaban y se movían apenas un paso tironeadas por las gruesas cadenas. Tras más de treinta amagos, ambos wolkurs comenzaron a sangrar por el cuello, heridos por el collar que se clavaba en su carne cada vez que saltaban tratando de alcanzar el brazo de Oyvind, de cuya herida manaba un enloquecedor aroma que nublaba la mente de los wolkurs.

Cuando los nerlingos vieron que el ímpetu de los wolkurs comenzaba a menguar, atacaron súbitamente a ambas bestias, clavando en sus patas delanteras los colmillos

que Ingvar había tomado de su collar. Los colmillos del Demonio Gris hendieron la carne de los descendientes de su estirpe lacerando con sangrantes llagas las patas de los wolkurs.

Las bestias enloquecieron de rabia. La fuerza que parecía haberles abandonado por unos instantes, volvió a reflejarse en forma de terrible cólera a través de sus ojos inyectados en sangre, desatando la locura en sus mentes. Ingvar, rápido como una serpiente venenosa, clavó uno de los colmillos en el ojo de un wolkur. La bestia profirió un estremecedor aullido de dolor y, revolviéndose inesperadamente, hirió a Ingvar con un descontrolado zarpazo en su brazo izquierdo. Ingvar retrocedió y cayó al suelo.

—Ahora estamos igualados —le dijo con sorna Oyvind, mientras el hijo del trueno contemplaba contrariado la herida que le había provocado la bestia.

Mientras tanto el wolkur se retorció moviéndose de un lado a otro tratando de quitarse el colmillo que Ingvar le había clavado en su ojo. Sin embargo los zarpazos que él mismo se daba no lograban más que agravar su situación y aumentar su ceguera. El wolkur se tendió en el suelo mientras pasaba sin parar sus garras sobre el ojo. Oyvind e Ingvar vieron entonces la oportunidad para atacar al wolkur, pero justo en el momento en que se aprestaban a hacerlo, el otro wolkur se adelantó a ellos y de un tremendo zarpazo arrancó media cara de la bestia que yacía tumbada. Con sus patas delanteras la atrajo hacia ella y, abriendo sus poderosas fauces, apresó entre sus mandíbulas la cabeza de su hermano y lo destrozó hasta matarlo.

Oyvind e Ingvar contemplaban incrédulos la escena, mientras varias de las mujeres gemían horrorizadas por el macabro espectáculo que estaban contemplando. Sólo Zornik se relamía de placer con aquella lucha entre bestias y hombres, el mismo placer que Eulur, Euquilur y Euwalur experimentaron al crear a las primigenias y malignas criaturas de Bosque Salvaje para enfrentarlas en sangrientos y mortales combates. De nuevo los alkos cruzaron sus miradas y, aprovechando que el wolkur se ensañaba con su hermano de carnada, ambos saltaron sobre él clavando varios de los colmillos del collar de Ingvar en la nuca de la enloquecida bestia. Al verse atacado, el wolkur abandonó a su presa y se giró para atacar a los dos nerlingos, momento que aprovecharon para rodear su cuello con las cadenas y abalanzarse sobre el wolkur. El empuje de Oyvind e Ingvar hizo que la bestia cayera de espaldas, indefensa ante el asfixiante abrazo que la gruesa cadena que unía a los siameses nerlingos estaba provocando en su cuello. Los alkos mantuvieron la terrible presión sobre el cuello del wolkur hasta que, tras agitarse en violentas convulsiones, la bestia murió asfixiada.

—Ya sólo nos queda acabar con ese wolkur para poder coger el martillo —dijo Oyvind jadeando mientras se agarraba dolorido el brazo ensangrentado.

—No te olvides que tres más nos esperan en la otra esquina —respondió Ingvar—. Recemos a Nerlinguia porque no nos abandonen las fuerzas. Ambos sangramos y nos estamos debilitando lentamente. Además dudo que Zornik nos deje con vida aunque acabemos con sus ocho bestias.

—Acabaremos también con él si es necesario —dijo Oyvind mientras Ingvar apoyaba su mano encadenada en el hombro de su gemelo.

Ambos permanecieron unos instantes agachados, hombro con hombro, recuperando el aliento. Cuando se incorporaban para enfrentar al quinto wolkur, un gran macho albino de ojos rojos, un gorglin entró en el gran anfiteatro privado de Zornik. Oyvind e Ingvar se quedaron quietos contemplando al gorglin que ahora hablaba al oído a Inorkul. Cuando el gorglin transmitió su mensaje una fugaz mueca de sorpresa y disgusto cruzó por el rostro del capitán para inmediatamente recuperar su impávido gesto. Se acercó entonces al asiento que ocupaba Zornik y transmitió palabra por palabra el mensaje de su lacayo. El rostro de Zornik comenzó a contraerse en una terrible mueca que anunciaba que su cólera se desataría como una devastadora tormenta.

El rey brujo se incorporó enojado y gritó con sus puños cerrados hacia el techo mientras el resto de los asistentes tragaban saliva atemorizados e, instintivamente, se alejaban del tirano. El wolkur albino continuaba aullando y mostrando sus afiladas fauces a los gemelos alkos, atado por el collar y la gruesa cadena metálica a la pared del foso elíptico, incapaz de alcanzarles con sus zarpas.

—¡Atajo de ineptos y estúpidos! —ladró Zornik—. ¡Sois tan inútiles como ese perro atado a la pared! Ladráis, amagáis, pero sois incapaces de cumplir las órdenes que se os dan —Zornik se giró con un movimiento tan veloz y felino hacia los gorglins que lo escoltaban, que el soldado no tuvo tiempo de percatarse que su rey le había arrebatado la lanza que portaba—. Si no me servís para nada, entonces no os necesito —y lanzó la lanza con tremenda virulencia contra Oyvind e Ingvar.

Un silencio sepulcral se apoderó del gran salón secreto. Los tres wolkurs que ocupaban el lado derecho de la gran elipse retrocedieron gimoteando como niños asustados. Los invitados de Zornik temblaban aterrados ante la cólera de su rey; sólo Inorkul se mantenía de pie impasible tras su amo. Sobre el suelo del foso, un gran charco de sangre comenzaba a apelmazar la arena en aquella rojiza amalgama. Tendido inerte en el fondo del foso, descansaba el cadáver del wolkur albino con la lanza atravesando de lado a lado su cabeza. Los dos alkos permanecían inmóviles, desafiantes, retando con sus miradas a Zornik.

—¡Maldita sea! —volvió a gritar enervado Zornik—. ¿Es que acaso esos dos malditos traidores son los únicos con agallas para desafiar a la muerte? Lástima que seáis dos bastardos nerlingos y no hayáis nacido en Groningburgo. Sin embargo no merecéis que ensucie mis manos con vuestra sangre. ¡Acabad con ellos! —gritó Zornik a los tres gronings que acompañaban al oficial al mando de la guarnición de Groningburgo—. Y también con esos tres perros domesticados, pero antes, dadles de comer la carne de su criador. Ese pusilánime cuidador de perros ha corrompido la raza de wolkurs salvajes que los gronings crearon en tiempos inmemoriales. Inorkul, tú y tus gorglins seguidme —le ordenó al capitán de su guardia personal—. Partimos hacia el Corredor de Groningburgo. Tengo que encargarme de un asunto largamente



postergado —y sonrió ladino—. Hoy el destino ha venido a mi encuentro —y a grandes pasos abandonó el macabro anfiteatro internándose en el túnel que conducía a los salones de palacio. Inorkul y sus gorglins salieron tras él y, después de unos instantes de tensa espera, el resto de invitados corrieron asustados hacia el pasadizo con el único objetivo de regresar cuanto antes a sus hogares.

El oficial de la guarnición se volvió hacia su escolta y les dijo:

—No os demoréis. Matad de una vez a esos dos malditos nerlingos y arrojad después al criador del wolkur al foso. Los gorglins acabarán más tarde con las bestias. Os necesitaré cuanto antes en las murallas.

Los tres gronings no pronunciaron palabra alguna y asintieron con una teatral reverencia a su oficial. Tomaron sus tres lanzas y se acercaron a la parte baja del primer anillo del anfiteatro. El oficial groning caminó hacia la salida y se perdió en las sombras del angosto pasadizo en dirección al cuerpo de guardia donde aguardaba acantonada la guarnición.

Oyvind e Ingvar retrocedieron viendo que había llegado la hora de su muerte y se acuclillaron apoyados sobre la pared del foso aguardando resignados su final.

—Hasta aquí hemos llegado, hermano —dijo Ingvar.

—Y desde aquí juntos comenzaremos un nuevo camino —contestó Oyvind.

—Juntos.

—Juntos, siempre juntos.

Oyvind pronunció la última palabra cuando los tres gronings elevaron sus brazos y apuntaron a los nerlingos con sus lanzas. Los dos gemelos cerraron sus ojos y se abrazaron, enfrentando juntos su amargo destino. Las lanzas volaron cortando el aire con un silbido mortal mientras los wolkurs aullaban y gruñían celebrando la inminente muerte del hijo del relámpago y el hijo del trueno.

—Juntos —dijo uno de los gronings—. Juntos y acompañados —y el groning rió a carcajadas mientras sus otros dos compañeros se unían a él en un improvisado coro de risas.

Los desgarradores aullidos de los wolkurs se apagaron entre ahogados estertores. Oyvind e Ingvar abrieron los ojos y contemplaron atónitos cómo las tres bestias yacían inertes traspasadas por las lanzas de los gronings que ahora saltaban al foso de arena.

—¿Qué demonios...? —musitó Ingvar al ver acercarse a los tres gronings.

—¡Por todos los dioses! —exclamó estupefacto Oyvind.

—¿Acaso creíais que os dejaríamos morir despedazados por una jauría de wolkurs?

—¡Por Nerlinguia! ¡Gregas! ¡Sois vosotros! —e Ingvar comenzó a llorar de alegría al descubrir bajo el uniforme groning la sonrisa de sus tres amigos norteños.

—Gregas, Lartas y Vaeras... —dijo Oyvind—. ¡Que me aspen si lo entiendo!

—¡Ja, ja, ja! —rió Gregas—. Los norteños somos diferentes. El gran blanco del norte curte a sus hijos y los forja de un material más duro que el acero.

—Tiempo tendremos de contarnos nuestras aventuras —les apremió Lartas—. Debemos salir cuanto antes de aquí. No creo que los gorglins tarden demasiado en regresar.

—Necesitaremos unos uniformes para vosotros dos —dijo Vaeras—. Y unos paños para cubrir vuestras heridas. De lo contrario vuestros brazos ensangrentados podrían delataros.

—Dentro de poco anochecerá —apuntó Gregas—. Debemos huir de Groningburgo antes de que caiga la noche. Si Zornik y sus gorglins parten hacia el Corredor de Groningburgo la confusión se adueñará del burgo. Será entonces cuando se presente nuestra oportunidad para huir. Después nos dirigiremos al encuentro del ejército aliado.

—¡Volveremos a reencontrarnos con Kiril y Maikel! —gritaron al unísono henchidos de alegría los dos alkos.

—Silencio —susurró Vaeras—. Oigo pasos por el túnel.

—Yo también los he oído —confirmó Ingvar.

—Quizás sean vuestros nuevos uniformes los que se acercan caminando —les dijo Gregas guiñándoles un ojo y los nerlingos asintieron.

Los norteños extrajeron las tres lanzas de los wolkurs abatidos y treparon al primer anillo. El sonido de los pasos era cada vez más audible y se prepararon para emboscar a quienes avanzaban a través del túnel.

Como Gregas había planeado, esa misma noche antes del toque de queda, los cinco fugitivos abandonaron Groningburgo por la puerta norte junto a una de las compañías que habían sido convocadas a la revista de armas para partir hacia el Corredor de Groningburgo en apoyo de los legionarios de Zotelen. Marcharon a cola de la compañía pasando inadvertidos entre el resto de soldados y aprovecharon un requiebro del camino al paso de una angosta garganta para separarse de la tropa. Boreal ya en solitario la gran peña sobre la que se alzaba majestuoso el palacio del rey. Los ponzoñosos y brunos vapores que brotaban de la cabeza del wolkur desde la gran balconada de los aposentos de Zornik, se convertirían esa noche en sus mejores aliados. Camuflados entre las aviesas sombras nocturnas, Oyvind, Ingvar, Gregas, Lartas y Vaeras, cabalgaron furtivos al encuentro del ejército de Therliangator para participar en la gran batalla en la que se decidiría el destino de Tierra Conocida.

## SANGRE SOBRE LA NIEVE

La noche reinaba con su insondable oscuridad más allá de Puente de Piedra. Gródolas acababa de caer en brazos del dios del sueño después de haber escrutado mapas y pergaminos bajo la tenue luz de una minúscula vela. La Luz de Medianoche se hallaba acampada a escasas diez millas del Paso del Gorglin. El norteño había decidido que la compañía aguardase oculta bajo las faldas septentrionales de los Guardianes de Groning la llegada de la Furia de Dioses.

Durante las últimas lunas, Gródolas había sentido un creciente temor apoderarse de él a medida que se aproximaban a Groningburgo. Los demonios de su cautiverio en Eloburgo volvían a revivir y la angustia que le impidió acompañar a Ingvar y Vladas en su marcha contra la ciudad-prisión gobernada con puño de hierro por el pérfido Loriklen crecía imparable en su interior.

—No dejaré que el miedo me convierta en un cobarde. No puedo faltar a la promesa que le hice a Kiril —se repetía una y otra vez en su fuero interno, mas el temor de no volver a ver de nuevo a su añorada Tenkolmar no cesaba de atormentarle.

Por esas agitadas ensoñaciones transitaba Gródolas cuando el eco de un sordo y lejano, pero a la vez terrible y cercano cuerno de llamada, despertó al antiguo líder de la Alianza de Tenkolmar.

No tardaron en aparecer frente a su tienda varios hombres que habían acudido alertados por las nuevas de los centinelas. Gródolas los aguardaba vestido con su capa de color verde pardo sobre los hombros y su afilada espada enfundada en la vaina que colgaba de un viejo cinturón de cuero.

—He escuchado el sonido de un horrible augurio —les dijo a los dos norteños que se aparecieron ante él con el miedo prendido en los ojos.

—Mi señor —dijo uno de ellos—. Los centinelas nos han informado que un cuerno groning ha dado la voz de alarma en la salida del Paso del Gorglin.

—Y enseguida cientos de antorchas se encendieron a menos de cinco millas al norte. Allí nuevos cuernos han tocado a rebato —concluyó el segundo de los norteños.

—Los gronings han descubierto a Kiril y a los suyos —se lamentó Gródolas—. Convocarán a todas sus tropas al sur de Groningburgo y caerán sobre ellos como una manada de lobos.

—¿Acudiremos en su ayuda? —preguntó el norteño que primero había hablado.

—Acudiremos —respondió con firmeza Gródolas—. Marcharemos hacia el Paso del Gorglin ocultos a los ojos del enemigo sin encender fuego alguno. Aguardaremos a que su vanguardia se interne en el paso y crean confiados que desde lo alto acabarán con la Furia de Dioses. Entonces seremos nosotros los que caigamos sobre ellos desde la retaguardia. ¡Rápido! —les apresuró Gródolas—. Formad a la compañía. La Luz de Medianoche alumbrará el camino que ahora se torna en

oscuridad para Kiril y Maikel. ¡Vamos! ¡Quiero a todos los hombres prontos para partir!

Los dos norteños salieron apresuradamente de la tienda de su capitán y observaron a lo lejos un gusano de fuego avanzar perpendicularmente al Corredor de Groningburgo para encarar el Paso del Gorglin. Los cuernos gronings no cesaban de rugir en aquellas llanuras, mientras la quietud de la noche se había roto para siempre.

La confusión se había apoderado del campamento en el que se acantonaba la Furia de Dioses. Un cuerno groning no cesaba de lacerar el silencio de la madrugada. Los hombres se despertaban sobresaltados y dirigían sus miradas perdidas hacia la indescifrable oscuridad tratando de distinguir entre las sombras a quien hacía sonar el cuerno delator. Comenzaron a encender antorchas para tratar de descubrir a sus enemigos. Mientras, Kiril, Maikel, Enna y Olaf, corrían veloces hacia el campamento, el retén aliado que ocupaba la primera de las torres al pie del paso abandonaba sus labores de vigilancia y trepaba apresuradamente pendiente arriba en apoyo de los hombres de Pothalion y Brandur. Los gronings que dominaban la tercera, cuarta y quinta torre, se mantenían firmes en sus puestos, aguardando la llegada de refuerzos desde el Corredor de Groningburgo.

Cuando Kiril alcanzó la quebrada tras la cual se ocultaba el grueso de la compañía, se percató que los sonidos de la lucha que creyó haber oído antes no provenían del campamento, sino desde más de media milla al sur del mismo. Los ecos de la batalla parecieron apagarse y el cuerno que había descubierto a la Furia de Dioses enmudeció de repente, como una llama ahogada por el agua de lluvia. Treinta hombres al mando de un oficial esmuga habían partido hacia el lugar de la contienda instantes antes de que Kiril llegara al campamento. No obstante Therliangator ordenó nada más llegar, que dos líneas de cuarenta arqueros formaban en el flanco sur del campamento al tiempo que el grueso de la infantería de a pie se agrupaba en apretada formación.

Tras una interminable y tensa espera, Kiril y sus hombres creyeron vislumbrar las siluetas de un nutrido grupo de soldados que se aproximaba. Maikel les dio el alto y el grupo se detuvo. Un par de hombres se adelantaron para mostrarse a la luz de las antorchas. Kiril suspiró aliviado al verlos, pues se trataba de dos de los oficiales que lunas atrás habían partido hacia el oeste en apoyo de las huestes del príncipe Ilanit.

—Bendita sea Nerlinguia por haberos traído por fin de vuelta con nosotros —dijo Kiril recibiendo con alegría—. Bienvenidos seáis a la Furia de Dioses, Orgit y Mellan.

—Nerlinguia nos ha protegido —respondió Mellan—, y también protegió a Ilanit y a sus guerreros del desierto. Continuas y sangrientas fueron las refriegas que mantuvimos con los gronings, pues cada día nuevos grupos acosaban a los hombres del sur. Decidimos acompañarles hasta el brazo occidental de los Guardianes de Groning. Allí nos despedimos de ellos y regresamos para unirnos a vosotros.

—Mas hemos llegado tarde —añadió Orgit—. Nos retrasamos por ayudar a Ilanit y su ejército. Si hubiéramos regresado una luna antes hubiéramos caído sobre esos gronings antes de que descubriesen el campamento y diesen la voz de alarma. Pero por Nerlinguia que su cuerno ya no volverá a sonar, pues no ha quedado un solo groning con vida.

—Nada podemos hacer ya por evitarlo —dijo Kiril—. Solo nos queda luchar. Sé que estáis fatigados tras una larga y dura marcha, pero ahora no podemos detenernos. Los gronings han hecho sonar el cuerno de alarma de la última torre en lo más alto del paso. No tardarán en llegar refuerzos y a buen seguro que lo harán en gran número. Tenemos que remontar cuanto antes esa pendiente y, a pesar de la nieve, deberemos hacerlo muy rápido, pues de otro modo los gronings atacarán desde una posición elevada y nos masacrarán.

—No todo son malas nuevas —dijo Mellan—. En nuestro camino de regreso encontramos a un grupo de aliados a nuestra causa. No son muchos, pero por lo que nos relataron, mantuvieron a raya al destacamento groning de Bortiburgo. Se hacen llamar Los Quince de Klimerik, aunque en verdad son catorce hombres los que componen tan singular grupo. Creo que reconocerás a su líder —Mellan hizo una señal y de entre el numeroso contingente surgió una silueta que avanzó con paso tranquilo hasta colocarse frente a Kiril. El alko balbuceó y fue Maikel quien al contemplarlo pronunció su nombre:

—¡Aimon! ¡Estás vivo!

—Vosotros erais quienes hostigabais a los gronings. Vosotros erais el germen de la revolución que se gestaba en el corazón de Jactinia —dijo Kiril emocionado—. Aimon, mi querido Aimon —y dando un paso al frente se abrazó al celko.

Tras unos instantes en los que ambos permanecieron inmóviles y abrazados mientras Enna, Maikel y Olaf los observaban emocionados, Kiril le dijo a Aimon:

—Lo siento, Aimon. Siento como mía la pérdida de tu hermano. Recuerdo cómo descubrimos el cuerpo de Anodrac —dijo volviéndose hacia Maikel—, atados sus brazos mediante camisolas a los de Talik, Olisen y Droko, en torno a una gran roca sobre la que los malditos gronings habían escrito con la sangre de aquellos inocentes “El círculo se cierra sobre todos los nerlingos”. Aquella imagen aún me persigue en mis peores pesadillas y rezo cada noche a Nerlinguia para que devuelva a Zornik multiplicado por diez el dolor que ha causado a nuestro pueblo.

—Juntos lo lograremos, mi Rey —respondió Aimon—. A nuestros oídos llegaron las nuevas de que el Rey Nerlingo cabalgaba sobre Jactinia al frente de un gran ejército con el que enfrentarse a Zornik. La fama de tu espada te precede, Kiril. Hoy Los Quince de Klimerik te rendimos pleitesía y ponemos nuestras espadas a tu servicio —y de entre el numeroso grupo avanzaron Odd, Oakes, Enoc, Eboc, Leonek, Lorinek, Aimerin, Barbat, Bladuf, Oran, Marlin, Alvar y un tímido Narno. Todos se arrodillaron ante Kiril, incluido Aimon.

—Levantaos, hermanos míos —les dijo—. Probada ha sido vuestra valía y

fidelidad en el campo de batalla. No merezco que me rindáis estos honores. Pues si bien hasta esta noche pensaba que era el único descendiente de la estirpe real que quedaba con vida, veo que estaba equivocado, pues la sangre de los lacrags también corre por tus venas, Aimon, y un día serás tú el Rey Nerlingo y yo quien me postre ante ti. Ésta es una noticia que reconforta mi corazón —y ambos sonrieron.

—Otra nueva tengo que relatarte que te hará aún más dichoso —dijo misterioso Aimon—. Y también a ti, Maikel. Pues Oyvind e Ingvar lucharon junto a nosotros en la Batalla de Eloburgo. Juntos redujeron la ciudad-prisión de los elothas a cenizas.

Kiril y Maikel lo miraron sorprendidos, mientras sus rostros mudaban de la sorpresa inicial a una incontenible alegría.

—¡Oyvind sigue vivo! —gritó alborozado Maikel—. ¡Y encontró a su hermano Ingvar! ¡Ja, ja, ja! ¡Por Nerlinguia que ese testarudo lo consiguió! ¡Bravo por él!

—El relámpago y el trueno vuelven a estar juntos —susurró Kiril con gozo—. ¡Bendita seas Nerlinguia por haber logrado que esas dos almas que nunca debieron separarse se hayan vuelto a encontrar!

—¿Dónde paran ahora ese par de rufianes? —preguntó Maikel.

De repente una gran figura emergió de entre el grupo y, con una voz profunda y preñada de tristeza, contestó al alko:

—El testarudo peregrino y su hermano nos abandonaron tras la batalla. No dejaron que Narno les acompañase en su última misión. Ese par de locos cabalgan al encuentro de la muerte.

Kiril y Maikel quedaron mudos al escuchar las palabras de aquel gigante.

—Tras liberar a los elothas —continuó Aimon—, Oyvind e Ingvar partieron hacia Groningburgo.

—¿A Groningburgo? —gritó espantado Maikel—. ¿Qué demonios pretenden hacer en Groningburgo? ¡Los matarán en cuanto los descubran!

—Quieren resquebrajar la confianza de los gronings, haciéndoles sentir el miedo en el corazón mismo de su bastión más inexpugnable.

—Sabotajes —musitó Kiril.

—Partieron muchas lunas atrás —continuó Narno—, y desde entonces no hemos tenido noticias tuyas.

—Cuando huimos con los elothas, vimos en las fronteras de Tierra Seca a una compañía de jinetes nómadas dirigirse hacia Groningburgo —apostilló Aimon.

—Zornik convoca a todos sus aliados para la batalla final —dijo Maikel.

Kiril quedó durante unos instantes en silencio, pensativo, mientras su mirada escrutaba a Narno. No recordaba a ningún nerlingo tan alto y corpulento como él. Aquel gigante le sacaba casi una cabeza a Maikel, quien desde pequeño había sido uno de los más fornidos entre los cinco clanes nerlingos.

—No recuerdo haberte visto por Celkoburgo —se dirigió Kiril a Narno.

—Jamás he estado allí —respondió Narno—. Los Quince de Klimerik me han acogido en su hermandad, pero mi hogar se encuentra muy lejos de aquí. Nací y crecí

en una cabaña en el lejano este, en el linde de un gran y ominoso bosque. Mi nombre es Narno y fui el Guardián de Bosque Salvaje.

Kiril y Maikel, además de Oerlikon, Enna, Olaf y muchos de los hombres que presenciaban aquella conversación quedaron mudos al escuchar las palabras de Narno. Sus ojos se iluminaron con un destello de ira, pues no alcanzaban a comprender que alguien pudiera proclamarse a sí mismo como el guardián de aquella maligna floresta. Aimon percibió la cólera en los ojos de los nerlingos y se apresuró en salir en defensa de su amigo:

—No os equivoquéis con Narno, amigos míos —dijo el celko—. Narno no es el custodio de las abominables criaturas y los pérfidos demonios que moran en el bosque innombrable. Al contrario, él era quien luchaba con ellos, él era quien velaba los sueños de los habitantes de Fuente Dorada. Con el tañido de su campana de oro ahuyentaba a las bestias, manteniéndolas recluidas en sus guaridas del bosque.

—Mi campana de oro... —balbuceó Narno mientras los nerlingos lo contemplaban con tristeza y admiración, pues podían comprender la soledad de aquel hombre que debía contener cada día y cada noche al mal que moraba en Bosque Salvaje—. Con ella tañendo los lobos dragón no osaban ascender por el sendero oculto, los espíritus de sombra se refugiaban al sur del bosque. Y gracias a su sonido encontré a mi salvador, a Oyvind Soplo de Viento...

Cuando Kiril iba a tomar la palabra, en lo alto del Paso del Gorglin se escucharon el aullido de nuevos cuernos gronings.

—Continuaremos esta conversación después de la batalla. Los gronings no tardarán en aparecer —dijo Kiril mirando a lo alto de la pendiente—. Controlamos la primera y la segunda torre, pero el resto aún están en poder del enemigo. ¡Apresurémonos! Tenemos que hollar el paso antes de que los gronings concentren a más tropas en el Corredor de Groningburgo. De otra manera perderemos a un gran número de hombres durante el combate.

—¡Adelante! —gritó Maikel desenvainando su espada—. ¡El Paso del Gorglin nos espera! —y todos los hombres respondieron con gritos y vítores al alko.

La Furia de Dioses emprendió el asalto final al Paso del Gorglin envuelta por las sombras nocturnas. Reforzada con los hombres que habían luchado junto a los sureños de la Estrella del Desierto y los escasos pero bravos efectivos de Los Quince de Klimerik, comenzaron a trepar, no sin cierta dificultad por la gran cantidad de nieve acumulada, hacia la primera de las cinco torres. Nada más llegaron al puesto de vigilancia, Kiril ordenó a los hombres que la ocupaban destruir la torre. No tardaron en rodearla las llamas de un fuego devastador, y la luz de aquella gigantesca antorcha se irguió majestuosa sobre la blanca y fría nieve.

—Jamás imaginé que algún día contemplaría arder la nieve —dijo Kiril para sí al verla torre en llamas.

El avance de la compañía era lento, pero los hombres no desfallecían y nadie se detenía para recuperar el resuello. Eran conscientes de que sería crucial alcanzar el

paso antes de que los refuerzos gronings descendieran por el mismo. Además había algo más que les infundía coraje y esperanza: Enna, la capitana de los alkos perdidos, que ahora encabezaba la Furia de Dioses junto a Kiril, Maikel y Los Quince de Klimerik. Fuerte y decidida como cualquiera de los capitanes aliados, valiente como el mismísimo Borbul Ojo de Águila, avanzaba con paso firme sobre la nieve, flotando sobre ella como una libélula sobre los humedales.

Cuando por fin alcanzaron la segunda torre, Pothalion y Brandur los aguardaban junto a cuarenta de sus hombres con gesto sombrío al pie de la misma. El fuego comenzaba en aquellos instantes a devorar con voracidad la base del puesto de vigilancia.

—Los gronings nos han descubierto —les dijo jadeando Enna al ver la desesperanza prendida en sus miradas—, pero no nos han derrotado. Lucharemos hasta derramar la última gota de nuestra sangre si es preciso para hollar el Paso del Gorglin. Una vez al otro lado de la montaña contemplaremos el miedo en los ojos de los gronings cuando vean aparecer a la Furia de Dioses. ¡Adelante valientes guerreros de los pueblos libres! ¡Os prometo que la luz del amanecer bañará vuestros rostros con la nueva alborada al otro lado del paso! ¡Seguidme! —y los hombres recuperaron el ánimo perdido y se lanzaron tras la primogénita de Oerlikon siguiendo las huellas que dejaba sobre la nieve, mostrándoles el camino para conquistar la tercera torre.

La luz de las llamas iluminaba ya un tercio de la pendiente nevada, Parecía que la niebla se había retirado asustada ante la terrible batalla que presentía acontecería. Sin embargo, el humo que acompañaba al fuego que consumía a las dos primeras torres comenzaba a ocupar su lugar.

Kiril y Maikel flanquearon a Enna tras alcanzarla. El reflejo de las llamas doradas y bermejas se reflejaba en la inmensa estructura de madera de la torre principal, la cual se erguía desafiante a unos trescientos pasos frente a ellos. Las siluetas de un nutrido grupo de hombres se recortaban en lo alto de la plataforma. Por suerte, por lo que los nerlingos intuían, aún no habían recibido el apoyo de los soldados de la cuarta y quinta torre.

Avanzaron decididos hasta que Kiril dio el alto a la compañía. Las huestes de la Furia de Dioses trepaban dispersas, extendiéndose la formación desde la ya derruida primera torre hasta la desordenada vanguardia de la compañía formada por Kiril, Maikel, Enna, Olaf, Pothalion, Brandur y Los Quince de Klimerik.

—Pothalion, Brandur —les llamó Kiril—. Tomad cada uno a vuestros hombres y bordear a derecha e izquierda de la torre hasta colocaros a retaguardia de los gronings. Acabad con la resistencia que encontréis al pie o a los flancos de la misma. Una vez estéis situados tras ella, hacednos una señal. Entonces atacaremos la torre, primero con flechas de fuego; tenemos que derribarla y lograr que los gronings descienda de la plataforma.

—De acuerdo —dijo Brandur—. Mi grupo irá por la derecha. Tú ve por la izquierda —le indicó a Pothalion.



—Esperaremos vuestra señal —dijo Kiril.

—Tened cuidado —les previno Maikel y ambos asintieron.

En unos instantes, tanto el alko como el esmuga habían reunido a sus hombres y avanzaron perdiéndose en la penumbra de la noche tenuemente iluminada por las llamas que aún luchaban por derribar el segundo puesto de vigilancia groning.

Desde lo alto de la torre los gronings se percataron de la maniobra ordenada por Kiril y comenzaron a disparar sus arcos y ballestas contra los enemigos que trataban de bordear y sobrepasar su posición. Pero Pothalion y Brandur se mantuvieron a una prudencial distancia de las flechas que caían silbando muy cerca de ellos sin lograr alcanzarlos. El grupo de Brandur fue el primero en colocarse tras la retaguardia de la torre. Sin embargo, cuando Pothalion se dirigía a su encuentro, nuevas flechas surcaron el aire entonando una mortal sonata. Cuatro de sus hombres cayeron abatidos por las flechas gronings.

—¡Nos atacan! ¡Nos atacan! —gritó uno de los alkos del sexto clan.

Nuevas flechas silbaron cortando el aire y abatieron a otros tres alkos.

—¡Están en el suelo! ¡Allí, parapetados tras aquel promontorio! —gritó otro alko.

—¡Maldita sea! ¡Nos estaban esperando! —gruñó Pothalion. ¡Rápido! ¡Abatidlos o acabarán con nosotros!

En ese instante comenzó un terrible intercambio de flechas entre las tropas aliadas y los gronings. El grupo de Pothalion se estaba llevando la peor parte. Otros diez hombres murieron por las certeras saetas enemigas y apenas únicamente cuatro hombres luchaban ya junto al alko.

Desde la distancia Kiril contempló cómo la debacle se cernía sobre ellos y envió a veinte nuevos hombres de refuerzo para fortalecer aquel flanco. Mientras tanto, Brandur y sus compañeros observaban impotentes a los gronings diezmar al grupo de alkos.

Los hombres de refuerzo embistieron a los gronings y se libró un duro combate cuerpo a cuerpo. Tras una sangrienta lucha lograron acabar con los soldados de Zornik que ocupaban el promontorio y pudieron avanzar hasta colocarse a retaguardia de la tercera torre. Hicieron la señal convenida y, de entre las apretadas filas que formaban los soldados de la Furia de Dioses, varias líneas de fuego iluminaron el mundo nevado de aquel paso. No tardaron en elevarse al cielo como cientos de cometas surcando el firmamento en una lluvia de estrellas fugaces. Las flechas se clavaron en la torre principal que comenzó a arder por varios puntos. Los gronings se sintieron como ratas atrapadas en un barco a punto de naufragar y, a la desesperada, descendieron de la torre para tratar de huir hacia lo alto del Paso del Gorglin, ya que preferían luchar contra Pothalion y Brandur antes que resistir desde lo alto de la plataforma en llamas el ataque de la numerosa compañía que ascendía imparables por la pendiente.

Los arqueros siguieron martilleando incansables con sus flechas de fuego a la tercera torre, al tiempo que trataban de acabar con los gronings antes de que

descendiesen de la torre. Más de una docena cayeron abatidos por las flechas aliadas, pero otros tantos alcanzaron la nieve y, sin dudarlo, se lanzaron contra los alkos, luinas y esmugas que los hostigaban desde la retaguardia. Esta vez la superioridad numérica de los aliados decantó la balanza a su favor. Cuando apenas el último de los gronings había caído, Enna alcanzó la posición que ocupaban Pothalion y Brandur.

—¡Rápido! ¡No podemos detenernos ahora! —les arengó.

Y mientras las llamas devoraban insaciables la estructura de la gran torre, la Furia de Dioses trepaba por el paso en pos de su salvación.

Los hombres comenzaron a avanzar con dificultad. El esfuerzo que debían realizar para ascender por aquella pendiente cubierta por casi dos pies de nieve era tremendo. Sin embargo Enna no parecía sentir el cansancio y flotaba sobre la nieve, mientras el resto de la compañía, asombrada por la determinación de la primogénita de Oerlikon, trataba a duras penas de seguir sus pasos.

Enna se detuvo al descubrir la compacta silueta de la cuarta torre emerger entre los jirones de niebla y oscuridad que danzaban siniestros en aquella sangrienta madrugada. Observó detenidamente el puesto de vigilancia y llegó a la conclusión de que la torre estaba desierta. A su espalda escuchó el sonido de pasos sobre la nieve y agitadas respiraciones que se acercaban a ella. Cuando Kiril y Maikel llegaron jadeando a su altura les indicó que los gronings habían abandonado la torre.

—Quizás sea una trampa y aguarden ocultos en la niebla —dijo Maikel.

—Creo que Enna está en lo cierto —afirmó Kiril—. Han visto cómo el resto de torres ardían y han decidido huir al otro lado del paso en busca de su ejército. Sin embargo debemos ser precavidos. Nos desplegaremos a ambos lados de la torre, manteniendo una prudencial distancia. Maikel, ordena a los arqueros que disparen flechas de fuego contra ella. Una vez estemos seguros que los gronings han huido continuaremos avanzando. No me gustaría dejar enemigos a retaguardia que más tarde puedan atacarnos —dijo recordando cómo esa misma noche habían sido descubiertos por la patrulla groning.

—De acuerdo —asintió Maikel, e hizo una señal a los arqueros para que vaciaran sus carcajes contra la cuarta torre.

Mientras decenas de flechas volaban al encuentro del puesto de vigilancia groning, la vanguardia de la Furia de Dioses se desplegó al frente y alrededor de la misma. No vieron a ningún groning y el fuego que comenzaba a arder en lo alto de la plataforma sólo arrancó el sonido de la madera crepitando por las llamas. Varios luinas confirmaron que los gronings habían huido apresuradamente hacia la parte alta del paso pues habían descubierto, aún frescas, numerosas huellas sobre la nieve que se perdían en aquella dirección.

—Ya sólo nos resta superar el último obstáculo —dijo animado Kiril—. Un último esfuerzo y habremos hollado el Paso del Gorglin. Enna, Maikel, ordenad a la compañía que forme en columna de a treinta. Si nos encontramos con los gronings debemos intimidarlos.

Los dos fieles escuderos de Therliangator corrieron prestos a cumplir sus órdenes. Mientras la Furia de Dioses se organizaba en una amenazante columna, Kiril escrutaba con su mirada el final del paso. Los jirones de niebla se arracimaban en la cumbre del brazo septentrional de la Iugur-András, empujados por el viento surgido de las llamas que ascendía desde las cuatro torres incendiadas.

—La niebla nos salvará una vez más —musitó Kiril tratando de insuflarse ánimos—. La niebla nos guiará hacia el Corredor de Groningburgo.

La voz de Maikel a sus espaldas le devolvió a la oscuridad y al frío de la madrugada.

—La Furia de Dioses está lista para continuar —dijo el corpulento alko.

—No hagamos pues esperar a nuestro destino —le respondió Kiril girándose para poder contemplar los ojos de Maikel—. ¡Adelante! ¡Vivir o morir! —y desenvainó a Darbrethil para que toda la compañía pudiera contemplar la luz de Dhil Amoethyl resplandecer sobre la hoja de la Espada de Libertad.

Aimon, Narno y el resto de Los Quince de Klimerik quedaron asombrados ante el poder que Nerlinguia había otorgado a su Rey.

—La victoria será nuestra —murmuró Aimon al contemplar el fulgor desgarrador que laceraba el siniestro velo de la noche.

Los hombres hicieron acopio de sus últimas energías y, sacando fuerzas de flaqueza, se lanzaron a la conquista del Paso del Gorglin.

A medida que la Furia de Dioses ascendía al encuentro de la quinta y última torre de vigilancia, Kiril comenzó a percibir cómo sus sentidos entraban en un estado de aturdimiento, casi de hibernación. El mundo se volvió de un gris nebuloso, las siluetas se difuminaron hasta desaparecer, los sonidos se apagaron lentamente y sintió estar encerrado en una fría, húmeda y oscura celda.

No veían nada. No escuchaban nada.

Todo estímulo era amortiguado, adormecido por aquel velo neblinoso que cubría las cumbres lindantes al paso. Ni siquiera la luz de Darbrethil era capaz de traspasar más de un par de pasos aquel manto mortuorio que amortajaba el mundo.

De repente una voz resonó en aquel silencio ominoso. Una voz maligna y ladina, una voz que los maldecía. La voz de la pérfida lamia Urkha:

—Yaceréis muertos envueltos en sudarios de niebla.

Kiril escuchó una sola vez aquella voz, aquel nefasto presagio que los señalaba condenándolos a morir en aquella maléfica niebla. Los ecos de la voz de la arpía se apagaron lentamente en la cabeza de Kiril y, de nuevo, el mundo quedó envuelto en el silencio del hálito de Urkha.

Y entonces lo sintieron. No sólo Kiril, sino también las primeras líneas que componían la vanguardia de la compañía. Todos percibieron una creciente vibración que parecía brotar de las entrañas de la tierra. Ese temblor fue en aumento y pequeñas bolas de nieve comenzaron a caer desde lo alto de la pendiente. Al principio fueron pequeñas y dispersas, pero no tardaron en convertirse en una torrencial catarata. La

vanguardia de la Furia de Dioses se detuvo, desconcertada por aquel extraño fenómeno. Kiril se adelantó unos pasos y alargó el brazo con el que empuñaba a Darbrethil. Fue entonces cuando descubrió aterrorizado una extraña ola de negras y grandes formas que, avanzando envuelta por sordos temblores, estaba a punto de engullirlos. Sobre aquella ola, un terrorífico y sibilante sonido se elevó en la madrugada. Antes de ser engullido por el alud de oscuridad, Kiril tuvo tiempo de gritar a sus hombres:

—¡¡¡Nos atacan!!!

El impacto de la embestida groning contra la vanguardia de la Furia de Dioses fue brutal. Los cientos de flechas que instantes antes habían brotado de los arcos enemigos cayeron como ángeles exterminadores contra nerlingos, luinas, esmugas, lupenos y skelingos. La infantería groning abrió una enorme brecha en el frente aliado, ayudada por el ataque sorpresa y la inercia que habían logrado al cargar desde posiciones tan elevadas.

El caos se apoderó de la Furia de Dioses.

Muchos hombres cayeron en aquella primera embestida, bien por las flechas de los arqueros gronings, bien por el sorpresivo ataque. Kiril y los suyos trataban de recuperarse del ataque inicial para poder plantar cara al enemigo. El ímpetu con el que los gronings habían atacado a la compañía aliada había creado una estela de aire que estaba logrando deshilar las intrincadas costuras que mantenían aferrados los jirones de niebla. Quizás fuese ese viento o quizás fuese la visión de la cruenta batalla que se libraba sobre la nieve lo que hizo que la niebla huyese horrorizada hacia las tierras del norte.

Kiril intentó recomponerse en medio de aquel caos de sangre y muerte. Instantes antes del ataque contempló a la horda groning y pudo reaccionar tirándose al suelo a la vez que lanzaba una estocada con su espada a la pierna del groning que se acercaba amenazante. Darbrethil segó la pierna del groning derribándolo. Kiril se incorporó y abatió a un nuevo enemigo que en aquel momento lo sobrepasaba. Después se giró y lanzó un nuevo tajo que acabó frenado en el estómago de otro legionario. Pero la avalancha de enemigos era imparable y, cuando extraía la hoja de su espada del cuerpo de su tercera víctima, el tremendo impacto de un escudo le golpeó por la espalda y logró derribarle, haciéndole caer pendiente abajo, chocando y derribando a varios esmugas.

Cuando volvió a incorporarse se percató que la niebla estaba desapareciendo y descubrió con pavor la gigantesca riada de gronings que, como un torrente desbocado, brotaban desde lo alto de la montaña inundando el paso. Apenas si pudo pensar en nada más, pues tuvo que esquivar una lanza que volaba a su encuentro. Se hizo a un lado para a continuación detener el golpe de espada de un groning que le atacaba desde la derecha. Tras forcejear con él, la aleación de Darbrethil partió el acero enemigo y, ante los atónitos ojos del groning, la Espada de Libertad le atravesó de lado a lado. Recuperó su posición inicial encarando la pendiente y acabó con dos

nuevos gronings que se abalanzaban contra él. Los soldados que luchaban cerca de Kiril también eran bravos y diestros, por lo que lograron crear un pequeño frente y recuperar el orden en la formación.

Fue entonces cuando pudo tomar conciencia de la desesperada situación en la que se encontraban. Los gronings habían penetrado en la Furia de Dioses como un cuchillo en la mantequilla, causando un gran número de bajas. La marea groning no cesaba y nuevos efectivos emergían desde lo alto del paso. Mientras tanto, la retaguardia de su compañía trataba de avanzar ordenadamente para soportar el embate de los gronings, quienes a pesar de haber perdido su ímpetu inicial, seguían combatiendo desde una posición favorable. Sus arqueros, ocultos en posiciones cercanas y parapetados en lo alto de la quinta torre, no cejaban en sus continuos ataques que lentamente estaban logrando menguar las fuerzas y la resistencia de su compañía.

En el fragor de la batalla contempló la enorme figura de aquél a quien Aimon le había presentado como Narno, el Guardián de Bosque Salvaje. Su formidable hacha de dos cabezas ascendía y descendía en violenta oscilación a derecha e izquierda, hendiendo los escudos y yelmos de sus adversarios, manteniendo a raya el flanco izquierdo en el que también vio luchar al descendiente del lacrag celko.

—Necesitaríamos a cien guerreros como él —dijo para sí Kiril, quien no tuvo más tiempo para reflexionar al ver que una nueva oleada groning se lanzaba contra su posición.

Abatió a otro groning e instintivamente quiso llamar a Maikel, pero se percató que éste no luchaba a su lado. Detuvo el ataque que le lanzó un nuevo groning y, tras un duro duelo de espadas, pudo acabar con él. Se rehízo y mató a un lancero que trataba de ensartarle con su alabarda. El siguiente enemigo tropezó con uno de los cadáveres que comenzaban a amontonarse en torno a Kiril y uno de los alkos que luchaban a su lado acabó con el groning.

Kiril comenzó a inquietarse. Miró enloquecido a derecha e izquierda, pero no vio a Maikel. ¡Y tampoco a Enna! La carga groning había sido tan poderosa como el batir de una ola gigantesca contra los acantilados de la costa. Su cabeza no paraba de pensar. Quizás Enna y Maikel habían caído en el ataque groning.

Una nueva flecha silbó cerca de él, pero acabó clavándose en la garganta de un esmuga, quien entre ahogados estertores cayó fulminado sin vida sobre el gran túmulo en el que se estaba convirtiendo el campo de batalla.

—¡Enna! ¡Maikel! —gritó presa de una desesperación que ya no pudo contener por más tiempo—. ¡Enna! ¡Maikel! —volvió a gritar sin obtener respuesta.

Trató de recordar dónde se encontraban su amada y su inseparable amigo antes del ataque groning. A su espalda. Unos pasos a su espalda. Pero durante la embestida él mismo había caído derribado y había rodado muchos pasos pendiente abajo. Ellos habían podido correr la misma suerte.

—¡Enna! ¡Maikel! —gritó de nuevo tratando de elevar su voz entre el estruendo

de gritos y el entrecocar del metal que se amortiguaban por la nieve aldonada.

—¡Aquí! —escuchó responder a una voz familiar—. ¡Aquí!

No era la voz de Enna ni la de Maikel, sino la de Brandur, el bravo y nervudo esmuga, quien luchaba contra dos enemigos junto a los últimos supervivientes de su grupo.

Kiril corrió poseído hasta la posición de Brandur más de veinte pasos a su izquierda. Antes de llegar hasta él, Kiril abatió a dos nuevos enemigos. A medida que veía caer a los suyos, sentía como poco a poco sus fuerzas se iban debilitando, sus piernas se movían con mayor dificultad y su brazo ya no empuñaba con la misma firmeza a Darbrethil.

—¡Brandur! ¿Dónde están Enna y Maikel? —le apremió Kiril al llegar a su altura.

—Maikel lucha a nuestra izquierda, apoyando al grupo de Pothalion...

—¿Y Enna? Maldita sea, ¿dónde está Enna?

—Cayó herida... una flecha groning le alcanzó. Pothalion corrió a defenderla. Creo que ahora se encuentra a salvo, pero no sé por cuanto tiempo. Los gronings nos están superando y no cesan de llegar nuevas tropas en su apoyo.

—¡Sigue luchando! ¡Mantente firme y resiste en esta posición! —le gritó Kiril mientras corría hacia el lugar en el que se recortaba la corpulenta figura de Maikel luchando sin descanso contra un numeroso grupo de gronings.

—¡Maikel, Maikel! —le gritó Kiril.

—¡Kiril! ¡Por Nerlinguia! —contestó el alko—. ¡Estás vivo! ¡Te necesitamos! —y de un mandoble atravesó el yelmo de su enemigo abatiéndole al instante.

Kiril se lanzó contra un groning que trataba de sorprender a Maikel por la espalda y Darbrethil bebió de su sangre.

—¡Maikel! —le dijo apoyando su mano sobre el hombro del alko.

—¡Cubridnos! —ordenó Maikel al grupo de alkos del sexto clan que luchaban a su lado—. Retrocedamos, amigo mío —y Kiril asintió siguiendo sus pasos.

Traspararon una línea de lanceros esmugas que ascendían ordenadamente acudiendo a reforzar el desmoronado frente de la Furia de Dioses. Eso les concedería un breve respiro para poder conversar.

—¿Dónde está Enna? —preguntó Kiril dejando traslucir sólo a Maikel el miedo que se reflejaba en sus ojos.

—Está herida, pero a salvo. Te acompañaré si quieres verla.

—¿Qué le ha sucedido? Brandur me ha dicho que una flecha groning le alcanzó —preguntó inquieto.

—Con la primera embestida sus arqueros dispararon una gran lluvia de flechas. Una de ellas alcanzó a Enna, clavándose en su hombro derecho. Pero ella es valiente, Kiril. Muy valiente —sonrió Maikel a pesar de la pesadumbre que le embargaba—. Incluso con su hombro herido vi como aún tuvo arrestos para acabar con tres gronings. Pero las fuerzas comenzaron a abandonarle y desfalleció. Gracias a que

pude deshacerme de varios enemigos que me rodeaban llegué a tiempo para salvarla. Pero la marea enemiga no cesaba y fue necesaria la intervención de Pothalion y varios de sus hombres, pues los gronings lograron acorralarme y apenas si podía ya defenderme. Gracias a su ayuda pudimos llevarla a retaguardia junto a Oerlikon.

—Gracias de corazón, Maikel. Te debo la vida. No sé cómo podré agradecértelo —dijo ahora algo más animado Kiril.

—Venciendo en esta batalla. Ganando la guerra. Acabando con el reinado de Zornik —respondió sonriendo.

Mientras los dos alkos descendían hacia la retaguardia, los gronings continuaban diezmado sin piedad a la Furia de Dioses. Más de un tercio de la compañía había caído y la inestable vanguardia se desmoronaba de este a oeste, retrocediendo un nuevo paso con cada golpe de espada groning.

Cuando Kiril llegó al lugar en el que Enna yacía tendida con su cabeza apoyada sobre las rodillas de Oerlikon, la situación se tornó desesperada para los aliados.

—Enna, amor mío —le susurró al tiempo que se arrodillaba para besarla en la frente.

Ella no le contestó, pero le sonrió con la mirada.

—Se pondrá bien, Kiril —le dijo Oerlikon—. Pero si de verdad quieres salvarla, retorna a la lucha. Nuestros hombres te necesitan al frente de nuestro ejército —y le dirigió una profunda mirada escrutando sus ojos.

El nerlingo asintió y se inclinó una última vez para besar la frente de Enna.

—Resiste —le dijo—. Volveré a por ti —y acariciando su fría mejilla se incorporó para regresar junto a Maikel al campo de batalla.

Los hombres parecieron recobrar parte del coraje perdido cuando vieron al Rey Nerlingo empuñar a Darbrethil con bríos renovados. Los soldados siguieron decididos a Kiril, ya sin miedo a morir luchando por su libertad en aquella montaña nevada.

Kiril y Maikel se acercaban ya al fragor de la batalla cuando decenas de cuernos volvieron a sonar desde lo alto del Paso del Gorglin. Mensajeros de muerte que anunciaban un trágico final para los aliados.

—Es el fin —pensó Kiril—. Aquí terminará para siempre la esperanza de nuestro pueblo. Hoy se extinguirá la sangre de la estirpe real. ¡Por Nerlingua! ¡¡¡Muerte, muerte, muerte!!! —fueron sin embargo las palabras que brotaron de su boca.

—¡¡¡Muerte, muerte, muerte!!! —fue la respuesta con la que contestaron sus hombres, una única voz que desató la última carga de la Furia de Dioses contra la horda groning.

## LUNA DE ESPERANZA

La Furia de Dioses trepaba pendiente arriba como un barco a la deriva a punto de naufragar. El último y sobrenatural esfuerzo que los hombres comandados por Therliangator estaban realizando para contener y repeler a los gronings parecía estar resultando baldío. Los esbirros de Zornik continuaban infringiendo un gran daño a las filas aliadas. Cuando aquella súbita miriada de cuernos reverberó en el Paso del Gorglin, los frentes de ambos ejércitos quedaron inmóviles, aguardando la llegada de un apocalipsis.

Los hombres de Kiril quedaron sumidos en una terrible desesperanza hasta que el nerlingo decidió abrazar a su destino gritando “¡¡¡Muerte!!!” al gélido cielo de la madrugada, logrando así que sus soldados le acompañasen en su último grito de aliento.

Y cuando de nuevo todo parecía perdido, un grito de esperanza se alzó desde lo alto del paso. Un grito conocido, un grito que muchas lunas atrás se escuchó en la desembocadura del Taquakland salvando en aquella ocasión al ejército aliado de una derrota segura. Y esa noche como aquel día, el grito fue acogido como si la voz de los dioses les hablase:

—¡Tenkolmar, Tenkolmar, Tenkolmar! —se escuchó—. ¡Tenkolmar, Tenkolmar, Tenkolmar! —y después un terrible silencio se hizo en la montaña, hasta que de nuevo, decenas de cuernos rasgaron la quietud de la madrugada.

Con el bramido de los cuernos, La Luz de Medianoche cayó desde lo alto del Paso del Gorglin como un devastador huracán, como si una sangrienta aurora boreal se precipitase sobre la horda groning.

Los gronings tuvieron entonces que mirar hacia el norte, pero cuando quisieron reaccionar para establecer un frente defensivo a retaguardia, los norteños cargaron con gran violencia sobre ellos. La embestida fue terrible, virulenta, feroz. Se hendieron escudos, se quebraron lanzas, las espadas traspasaron la carne, las hachas amputaron miembros y la sangre bañó la nieve tiñéndola de un rojo muerte. Tanta sangre fue derramada que logró derretir la nieve que cubría el campo de batalla. Ríos de color carmesí descendieron por la pronunciada pendiente como nacederos en primavera.

Los esbirros de Zornik se vieron atrapados entre dos fuegos y, a pesar de oponer una fiera resistencia, fueron aniquilados por los norteños que los atacaban desde su retaguardia y por el empuje de la Furia de Dioses que avanzaba ahora lenta pero con paso firme hacia la cima de la montaña. Sin embargo las pérdidas que la compañía de Kiril sufrió fueron incontables e irreparables. Casi la mitad de sus hombres perecieron en el Paso del Gorglin y un gran número de supervivientes resultaron heridos.

Kiril y Gródolas volvieron a encontrarse frente a frente como aquel recordado día a orillas del Taquakland. El nerlingo, emocionado, abrazó con lágrimas en los ojos al



norteño.

—Otra vez nos has salvado —le dijo Kiril—. Jamás podré agradecértelo. Jamás.

—Quizás en otra vida, amigo mío —le respondió sonriendo Gródoles.

Permanecieron abrazados unos instantes, hasta que Maikel se acercó fundiéndose en un nuevo abrazo con el norteño.

—Bienaventurado seas, Gródoles de Tenkolmar —dijo Maikel—. Tu llegada ha sido providencial. Estábamos perdiendo la batalla. No sólo habéis derrotado a los gronings sino que también habéis salvado de la muerte a muchos hombres leales y valientes.

—Los norteños nunca faltamos a nuestra palabra. Os prometí que seríamos los primeros en llegar y así lo hemos hecho —terminó orgulloso.

—No nos demoremos —les apremió Kiril—. Tenemos que salir cuanto antes de esta ratonera. Hay que hollar el Paso del Gorglin antes de que nuevas tropas enemigas acudan a la llamada de socorro. Estoy seguro de que los gronings no tardarán en regresar. Debemos poner a salvo a nuestras tropas y a nuestros heridos —y un profundo halo de tristeza recorrió sus ojos al recordar a su amada Enna—. Maikel, reagrupa a la Furia de Dioses y conduce a los hombres hacia el Corredor de Groningburgo. Gródoles, haz lo mismo con la Luz de Medianoche. Cuando crucemos al otro lado seremos una única compañía. Yo ahora marcharé a retaguardia —concluyó abatido.

—De acuerdo —asintieron ambos y, mientras se aprestaban en convocar a sus hombres, Maikel le relató a Gródoles cómo una flecha groning había herido a Enna.

Kiril corrió a retaguardia a abrazar a su amada. Oerlikon no se había separado durante todo este tiempo de su primogénita. Había arrancado la flecha del hombro de la joven e improvisado un vendaje con la camisola de un soldado abatido. Cuando Kiril llegó hasta ellos, a punto estaban ya de alcanzar la quinta torre. Junto a Oerlikon y Enna se aglomeraban un numeroso grupo de heridos.

—¿Cómo estás, amor mío? —le dijo mientras le besó en la mejilla.

—Débil y dolorida —le respondió ella con voz trémula pero con una sonrisa en sus labios—. Me pondré bien. Ahora estoy en manos del mejor sanador de toda Tierra Conocida —dijo mirando a su padre.

—No hables. Te harán falta todas las fuerzas que puedas reunir para culminar la ascensión —le reprendió Oerlikon—. Ha perdido mucha sangre, pero la hemorragia ha cesado y su vida ya no corre peligro. Sin embargo muchos de los heridos necesitan reposo y atención —se dirigió ahora a Kiril.

—No podemos quedarnos aquí —respondió con firmeza el alko—. Debemos cruzar al otro lado. Allí podremos establecer una línea defensiva y montar un campamento donde atender a los heridos. Pero si permanecemos aquí, esta vez no tendremos una segunda oportunidad. Hay que reanudar la marcha.

—Muchos no sobrevivirán —le dijo Oerlikon mirándole fijamente a los ojos.

—Lo sé —respondió el nerlingo con mirada resignada pero decidida—.

¡Adelante! —gritó al grupo de heridos que se arremolinaba alrededor suyo—. ¡La esperanza nos aguarda al otro lado del paso!

La maltrecha comitiva comenzó a levantarse y, casi arrastrándose, encaró el último tramo de la pendiente. Mientras Kiril los contemplaba, se preguntó si su padre hubiera tomado aquella decisión. Pero Akrog no estaba ahora junto a él para poder aconsejarle. Incluso en sus sueños el lacrag alko moría a manos del guerrero negro y en esos instantes Kiril solamente escuchaba en su mente las últimas palabras que le dedicaba en su agonía: “¡Huye!”

Maikel y Gródolas habían reorganizado con presteza a sus hombres, quienes estaban a punto de hollar el Paso del Gorglin. Los soldados que se habían separado hacía más de quince lunas en dos compañías volvían a unirse ahora formando el ejército de la Alianza. Todos volvieron sus pensamientos hacia el príncipe Ilanit y la Estrella del Desierto, y rezaron para que en breves fechas ellos también pudieran unificarse con sus huestes. Esa noche, al borde del abismo, cuando se aprestaban a librar la última y definitiva batalla, los necesitaban más que nunca. Gródolas se sintió estúpido al recordar su discusión con Ilanit, una lucha de egos que Zornik hubiera estado encantado de contemplar.

Kiril encabezaba la compañía de heridos que lentamente comenzaba a aproximarse a la quinta torre que ardía convertida en una gigantesca hoguera. En la ascensión se cruzaron con Los Quince de Klimerik, quienes le aguardaban descansando sobre la nieve. Aimon se acercó a Kiril.

—Tengo que hablar contigo —le dijo con un tono de voz que denotaba que no aceptaría un no por respuesta.

—De acuerdo —contestó Kiril, quien se adelantó unos pasos al grupo. Narno acompañó a Aimon y Kiril a parlamentar.

—¿A qué se debe todo este misterio? —preguntó Kiril sonriendo tratando de restar importancia al severo rostro que lucía Aimon.

—Pronto amanecerá —dijo el celko—. La luz de la aurora alcanzará esos cerros y el secreto que guarda Narno podría llevarlo a la muerte.

—¿Qué secreto...? —preguntó Kiril sorprendido sin alcanzar a comprender las palabras de Aimon.

—El secreto del Guardián de Bosque Salvaje —habló con voz grave y profunda Narno—. La maldición a la que me condenó la bruja del bosque. Mi maldición: guardián de noche, estatua de día.

—Narno se convierte en estatua de piedra cuando la luz del amanecer acaricia su rostro —le aclaró Aimon—, y no despertará a la vida hasta que el último rayo de sol se haya ocultado en el horizonte. Ésa es su terrible condena. Vagar por la oscuridad de la noche y convertirse en un objeto sin vida cuando el sol se alza en el cielo. Y ahora nosotros, Los Quince de Klimerik, velamos su pétreo sueño como el de uno de nuestros hermanos.

—Te compadezco, Narno —fue lo único que alcanzó a musitar Kiril.

—No te compadezcas de mí, nerlingo —respondió Narno—. Ya no. Oyvind Soplo de Viento logró destruir los muros que se alzaban en torno a mi corazón. Altos y recios muros que creía me protegerían de la pérdida de mis seres queridos. Pero Oyvind me hizo ver que el amor y la esperanza seguían existiendo en el mundo, y Aimon y sus compañeros de Los Quince de Klimerik confirmaron que no me equivoqué en seguir los consejos del testarudo peregrino.

—Haced lo que consideréis necesario —le dijo Kiril a Aimon—. Nadie os reprochará por ello. Tiempo habrá de que vuestras espadas se desenvainen durante la noche. Guarda tu hacha hasta mañana, amigo mío —le habló ahora a Narno—. La necesitaremos para que nos abras paso entre los enemigos. Ahora ve y descansa, y que la paz presida tus sueños.

El gigante asintió agradecido y Kiril se despidió de ambos, para continuar la ascensión junto a la pléyade de heridos. Cuando se alejaban, Narno levantó su mano y musitó:

—Hasta la próxima madrugada.

Enoc, Eboc y el resto de los miembros de la hermandad de Klimerik aguardaban a Aimon y Narno al abrigo de una pequeña comunidad de pinos cerca de media milla al norte de la quinta torre. Era un lugar lo suficientemente apartado del campo de batalla como para poder pasar desapercibidos a los ojos de los enemigos. Allí descansarían unas horas velando el sueño diurno de Narno. El gigante no quería compartir con más personas su secreto. Ya eran demasiados los que lo conocían y no todas las personas estaban preparadas para poder asimilarlo.

Desde su refugio contemplaron a la unificada retaguardia de las dos compañías perderse entre los últimos jirones de niebla y humo que brotaban de las cinco chimeneas en las que se habían convertido las torres de vigilancia groning.

La madrugada se agostaba al sur de Groningburgo y las tenues luces de la alborada comenzaron a elevarse a través del velo maléfico creado por el hálito de Urkha. Sin embargo aquel amanecer parecía teñirse de una renovada esperanza, pues el avance del ejército aliado hacía retroceder a aquel negro y sórdido tapiz que cubría el cielo sobre la Iugur-András.

Cuando Kiril hollaba el paso llevando en brazos a su amada Enna, un grito desgarrador se elevó a sus espaldas. “Esperanza” fue la única palabra que reverberó al otro lado de la montaña. Era el mensaje que Narno quería transmitir a todos los hombres que ahora se dirigían hacia el Corredor de Groningburgo. Si aún quedaba un halo de esperanza para él, con más motivo lo habría para los demás. Kiril volvió unos instantes su mirada hacia el paso en el que tantos de sus hombres habían encontrado la muerte. Después, besó la fría frente de Enna mientras la joven se estremecía de dolor entre sus brazos y, mirando con determinación a las luces del amanecer, comenzó a caminar en dirección a Groningburgo.

No bien los aliados se habían reunificado y marchaban hacia el norte mientras su retaguardia trataba de montar una improvisada enfermería para atender a los heridos,

un creciente rumor que acabó convirtiéndose en estruendo, provocó que la Furia de Dioses y la Luz de Medianoche se detuvieran. El sonido de miles de pasos y cascos de caballos retumbaron en el territorio groning. Dos millas al norte, tras una suave depresión del terreno, los débiles reflejos de las primeras luces del día que trataban de abrirse paso a través de la cenicienta cortina de nubes, centellearon amenazantes sobre el acero desnudo de una gran hueste enemiga. Gródolas, inmóvil, tragó saliva antes de hablar.

—Las legiones gronings del norte. Los hombres del Mariscal Zotelen —dijo con voz trémula mientras Maikel y los demás le observaban asustados—. Zornik pone en escena a todos sus actores en el desenlace final de esta siniestra tragedia. Las legiones del norte estarán hambrientas de sangre, ansiosas por volver a entrar en combate y redimir su fracaso cuando hace más de dos lustros intentaron conquistar las Tierras Frías.

—¿Conoces a su Mariscal? —preguntó Maikel.

—Luché contra Zotelen. Conozco bien su crueldad y la de sus legionarios. No gustan de hacer prisioneros ni de dejar heridos con vida. No respetan siquiera la de los niños. No quieren dejar tras de sí a nadie que pueda alzar un arma contra ellos.

Maikel, Gródolas, Olaf, Pothalion, Brandur, Orgit, Mellan y el resto de oficiales contemplaban desconsolados como la marea negra y roja de lanzas, espadas y escudos, no paraba de crecer mientras el estruendo de sus pisadas se hacia cada vez más ensordecedor.

—Son más de dos mil hombres —dijo Brandur.

—Más de tres mil —le corrigió Pothalion.

—No podremos derrotarlos —dijo abatido Olaf—. No al menos con las fuerzas con las que contamos ahora.

—Lucharemos —respondió con firmeza Maikel—. Con los hombres que dispongamos y con la ayuda de los que puedan llegar. Y si no lográsemos la victoria, moriremos derramando hasta la última gota de nuestra sangre y la de nuestros enemigos. Si quieren derrotarnos deberán estar dispuestos a que muchos de sus hombres caigan en la lucha.

—Tenemos que avisar inmediatamente a Kiril —sugirió Gródolas—. Debemos prepararnos para el combate.

Olaf corrió presto en busca de Kiril y Oerlikon. Entretanto, Gródolas y Maikel comenzaron a organizar a sus hombres. Dispusieron el centro de sus tropas dividido en tres grandes grupos. Las primeras líneas las formaban lanceros y soldados de infantería poco experimentados en combate. Tras ellos, un contingente de arqueros divididos a su vez en dos grupos para poder hostigar sin descanso con sus flechas a los gronings. En la retaguardia concentraron a los soldados más experimentados al objeto de reservarlos para hacerles entrar en combate una vez la vanguardia hubiera desgastado a las fuerzas enemigas. A ambos flancos de estos tres grupos dispusieron a las escasas unidades de caballería de las que disponían. En total no sumaban más de



La tierra se estremeció y el mundo pareció desaparecer entre una maléfica mezcla de polvo, niebla y oscuridad. Sólo los gritos de los hombres atravesados por espadas, flechas y lanzas aferraban al ejército de Therliangator a tan terrible realidad.

La carga de los hombres de Zotelen tomó por sorpresa a los aliados. La repentina oscuridad que cubrió el campo de batalla desconcertó a la vanguardia de lanceros e infantes, quienes apenas si podían guiarse más que por el creciente temblor de la tierra bajo sus pies. Zotelen, experto y avezado militar, había escrutado y analizado con prontitud desde la distancia a las huestes de Kiril. Enseguida concluyó que su principal ventaja, además de la numérica, era la caballería. Sin solución de continuidad, ordenó a sus jinetes simular atacar el frente de la vanguardia aliada para, en el último momento, dividirse en dos compañías y atacar los flancos de la formación enemiga.

El ejército aliado se vio sorprendido al ver aparecer tras las nubes de polvo, niebla y nieve, a la poderosa caballería de las legiones del norte para, a continuación, sobrepasar sus posiciones y arremeter contra los flancos de su formación mientras una hueste de cien jinetes arqueros atacaba al frente de la vanguardia descargando varias salvas de flechas. Muchos de los lanceros del ejército de Kiril cayeron abatidos, mientras los jinetes se retiraron sin sufrir bajas. En ese mismo instante, la escasa caballería aliada trataba de hacer frente a la caballería groning, que la superaba en número de dos a uno. Kiril ordenó a los arqueros que ocupaban el centro de la formación que acudieran en ayuda de sus flancos. Los arqueros comenzaron a vaciar sus carcajes contra la caballería enemiga y durante un tiempo lograron contenerlos e incluso hacerles retroceder. Los jinetes aliados recuperaron el valor y redoblaron sus embestidas contra los gronings. Ambos flancos se fueron progresivamente separando del centro de la formación mientras la caballería groning seguía retrocediendo. Un nuevo redoble de tambores gronings resonó en las praderas, lo que se tradujo en una nueva carga de los jinetes arqueros de Zotelen. Lanzaron dos nuevas andanadas de flechas cuando se encontraban a menos de cien pasos de la vanguardia aliada y causaron más de cincuenta muertos entre lanceros e infantes. De nuevo se replegaron sin apenas sufrir bajas.

Kiril observaba desde la retaguardia el desenlace de la batalla. Sus flancos, a pesar de ser inferiores en número estaban manteniendo a raya a la caballería enemiga con ayuda de los arqueros, obligándoles a retroceder. Por el contrario el centro de la compañía se había debilitado en su vanguardia, mientras las compañías de arqueros y los soldados más veteranos mantenían sus fuerzas casi intactas. Pero si miraba a lo lejos, podía comprobar cómo Zotelen, además de a sus jinetes arqueros a los que hacía entrar en combate con cierta sincronía, aún reservaba a más de mil soldados de su infantería de a pie.

—Zotelen nos está probando —dijo Kiril—. Aguarda paciente para comprobar qué parte de nuestra formación flaqueará y así atacar nuestro punto más débil.

—Kiril, me preocupan nuestros flancos —dijo Gródolas—. Se alejan de nuestro centro empujando a nuestros enemigos.

—¿No serán quizás nuestros enemigos los que están tratando de alejar a nuestra caballería del centro de nuestro ejército? —añadió Oerlikon.

—Si es así, no sólo están logrando separar a la caballería. Fijaos, los arqueros también acompañan a la caballería. Su posición es ahora vulnerable en caso de que nuevos efectivos los ataquen —apuntilló Maikel.

—¡Maldición! —gritó Kiril—. Si decidiesen atacarnos ahora podrían penetrar por esas dos cuñas —les dijo señalando hacia los dos grandes pasillos que se estaban abriendo entre los flancos y el centro de sus huestes—. ¡Maikel, Gródolas! ¡Seguidme! Yo me encargaré de reagrupar el frente, vosotros haced lo mismo con el flanco derecho e izquierdo. Oerlikon, mantente vigilante ante los movimientos de los gronings —y sin dar tiempo a que Oerlikon pudiera responder, Kiril se lanzó a la batalla seguido por Maikel y Gródolas.

Zotelen parecía haber leído el pensamiento de Kiril y con el terrible grito de guerra groning desató la feroz carga de las huestes que había mantenido expectantes en vanguardia:

—iiiiEeeeeellllyyyyyy!!!!

Sus jinetes arqueros encabezaron la embestida, seguidos por un torrente de hombres que corrían como wolkurs a través de los prados nevados del Corredor de Groningburgo. La caballería groning seguía retrocediendo mientras los aliados, envalentonados por superar a los hombres de Zotelen, continuaban avanzando protegidos por sus arqueros hacia derecha e izquierda.

Kiril, Maikel y Gródolas surgieron en el frente de la batalla con bríos renovados, tratando de ordenar a sus huestes aunque ya era demasiado tarde.

Los jinetes arqueros de Zotelen cargaron por tercera vez contra las tropas aliadas, pero si en las dos ocasiones anteriores habían detenido su carga a escasos cien pasos de la vanguardia enemiga, esta vez se dividieron en dos grupos que penetraron por los dos pasillos que se habían creado entre las huestes de Kiril. Vaciaron sus carcajes contra el centro de la formación, la cual debió replegarse y protegerse en formación de tortuga. Varias decenas de infantes cayeron abatidos por los jinetes, quienes ahora, desenvainando sus espadas se lanzaron por la espalda contra los arqueros que apoyaban a la caballería aliada.

La carga resultó ser una masacre para los arqueros. Éstos centraban sus esfuerzos en castigar a la caballería groning, descuidando completamente su retaguardia, por lo que fueron una presa fácil para los jinetes. A pesar de que Maikel y Gródolas acudieron a cada flanco para reorganizar a su ejército, los arqueros fueron prácticamente aniquilados por la caballería groning.

Mientras tanto Kiril alcanzaba la vanguardia central de sus tropas, reorganizándolas para hacer frente a la inminente embestida groning. Pero la imagen que contempló dibujó el terror en sus ojos. Decenas, cientos de los hombres que

cargaban contra ellos a pie, se detuvieron para montar a lomos de corceles que corrían ocultos tras ellos por la gigantesca polvareda. Y mientras los infantes de uno y otro ejército estaban a punto de chocar, cientos de nuevos efectivos de caballería cargaron contra los flancos aliados, los cuales ya se encontraban rodeados por la caballería groning y por los jinetes arqueros reconvertidos ahora en tropas de caballería.

Oerlikon contemplaba desolado desde la distancia el desenlace de la batalla. Si bien Kiril logró frenar con sus lanceros e infantería el embate de los hombres de a pie de Zotelen, los últimos arqueros y la caballería aliada caían por decenas a cada instante que pasaba. Aislados de su infantería y envueltos en una tormenta de enemigos, apenas si lograban mantenerse sobre sus caballos. La llegada de los nuevos refuerzos gronings continuó diezmándolos. Cuando Oerlikon vio que la situación era ya desesperada, acudió hacia la improvisada enfermería para reclutar a todos los heridos que pudieran luchar y formó una improvisada defensa frente al campamento.

A medida que la mañana avanzaba la suerte de los aliados se transformaba más y más en un destino aciago. Como Gródolas había predicho, las legiones del norte estaban ávidas de sangre. Su destreza en combate y su superioridad numérica hizo que su moral se elevase y su ímpetu fuera incontenible. Esmugas, luinas, bortigos, lupenos, skelingos, norteños, nerlingos, cientos de vidas de los hombres de los pueblos libres se apagaban sobre aquellos campos solitarios, sobre aquellas praderas que conducían a la guarida del rey brujo, a la guarida del gran lobo negro.

Kiril luchaba con todas las fuerzas que le quedaban, sabedor de que si desfallecía la muerte se llevaría a todos los hombres que junto a él combatían. Quizás no lograra más que prolongar inútilmente la vida de un enfermo que agonizaba, pero se había prometido que los gronings seguirían cayendo bajo sus espadas hasta que el último de los soldados de la alianza se mantuviera en pie.

Darbrethil causaba un gran daño entre las filas gronings, pero la poderosa caballería enemiga debilitaba con cada paso que el sol daba hacia el oeste a la caballería aliada. No obstante Kiril había logrado recomponer en cierta manera el centro de su ejército y obligó a la infantería groning a retroceder. Ordenó a los escasos arqueros que aún quedaban con vida atacar con sus flechas a los gronings, quienes no tuvieron más remedio que seguir replegándose. En ese instante, la caballería enemiga vio cómo su infantería era obligada a retroceder, por lo que parte de ella acudió en su apoyo. Gródolas y Maikel aprovecharon para embestir contra los jinetes que se encontraban entre ellos y el centro del ejército aliado. Kiril se percató de ese movimiento y ordenó también atacar a los jinetes enemigos que se agolpaban en los dos pasillos que habían creado en el ejército de Therliangator durante el ataque inicial. Gracias a ello y a una rápida y acompasada maniobra, las tres facciones del ejército se recompusieron formando una sola.

—¡Infantería! ¡Formad un gran anillo de tres líneas! ¡Lanceros al frente! ¡Caballería, a guarecerse en el interior del anillo! —gritó con voz potente Gródolas.



Kiril y Maikel comprendieron la maniobra del norteño. Protegería al menos por ahora a los restos de su caballería dentro de un gran muro formado por los lanceros y demás hombres de infantería. El centro del ejército había sido el menos castigado por los gronings, a excepción de los arqueros que habían sido barridos de la faz de Tierra Conocida.

Gródolas corrió a reunirse con Kiril y Maikel.

—Hay que obligar a los gronings a que pierdan la ventaja de su caballería. Cargarán contra nosotros, pero nuestros lanceros deben mantenerse firmes —les dijo el norteño.

—Cuando hayamos detenido su carga, dejaremos que nuestra caballería abandone el círculo de escudos y lanzas por el lado contrario, y con un movimiento envolvente cargue contra la caballería enemiga —explicó Kiril quien había comprendido la táctica que Gródolas quería emplear.

—Resistir, contener, atacar y replegarse —recitó Maikel como si se tratase de la maniobra de un gran estratega descrita en un antiguo libro.

—Resistiremos durante algún tiempo, prolongaremos la batalla, mas dudo que logremos vencer —habló con desánimo y en voz baja Kiril para que el resto de soldados no pudieran escucharles.

—Sólo un milagro nos salvará, pero igualmente seguiremos luchando si no llega —replicó Gródolas.

—Llegará. Y Nerlinguia nos conducirá a la victoria —concluyó Maikel cuando la caballería groning se aprestaba a atacar a la nueva formación defensiva.

—¡Círculo y triángulo! ¡Círculo y triángulo! —gritó Gródolas mientras los dos alkos se miraron extrañados al escuchar las palabras del norteño.

Gródolas hablaba a sus hombres de la Luz de Medianoche que formaban precisamente en el sector del círculo sobre el que ahora la caballería groning se aprestaba a embestir. Los hombres de la Alianza de Tenkolmar entendieron las órdenes de Gródolas ya que se trataba de una táctica empleada por ellos durante las guerras del norte. El gran círculo que formaban los hombres de a pie se fue transformando, primero lentamente, para en el último momento hacerlo a velocidad endiablada, en un triángulo isósceles cuyo vértice más afilado apuntaba directamente a la caballería enemiga que justo en esos instantes embestía contra ellos. El ejército aliado había pasado de ofrecer un amplio frente a un ángulo puntiagudo y compacto que penetró como una cuña en las tropas enemigas, provocando en ellas el efecto que Zotelen había querido producir en las tropas aliadas. Los lanceros de la primera línea se mantuvieron firmes pie a tierra y, desde la segunda línea, con largas lanzas hostigaron a los jinetes que se habían quedado trabados en la primera línea defensiva. Muchos de ellos fueron derribados o tuvieron que retroceder trastabillándose. Los lanceros aliados también acabaron con numerosos corceles, provocando que sus jinetes cayeran al suelo. Aprovechando la confusión, desde el lado opuesto al vértice del triángulo, la caballería aliada abandonó el muro de escudos protector y cargó

contra el contingente enemigo. La inercia de su carga logró derribar y acabar con un gran número de gronings que, una vez descabalgados, fueron rematados por los lanceros o por la infantería de a pie que sorpresivamente aparecía y desaparecía entre la muralla de escudos.

La compañía de caballería enemiga había menospreciado a los aliados y, ahora diezmada, se retiraba derrotada hacia el grueso de las tropas de Zotelen. Los aliados gritaron de alegría y elevaron amenazantes sus espadas y lanzas hacia el cielo desafiando a los gronings. Momentos antes se habían visto casi derrotados y al borde de la aniquilación y ahora, tras haberse reagrupado y ejecutado la magistral estrategia de Gródolas, veían nuevamente surgir un halo de esperanza.

—¡Manteneos firmes! —gritaba Gródolas—. ¡No podemos confiarnos!

—Esta vez los gronings atacarán más duramente y no lo harán por un único lugar —dijo Kiril mientras contemplaba cómo su caballería retornaba al interior del gran círculo que de nuevo volvía a cerrarse en tres apretadas filas.

—Apenas si hemos sufrido bajas esta vez —dijo satisfecho Maikel—. Pero temo su próxima carga, pues creo que atacarán con todos sus efectivos.

—Zotelen estará furioso. No dejará que juguemos durante mucho tiempo con sus tropas al gato y al ratón —sentenció Gródolas.

—Debemos resistir. Si nosotros caemos los heridos no tendrán ninguna oportunidad de sobrevivir —dijo con pesar Kiril pensando en su amada Enna.

—¡Atención! ¡Lanzas al frente! ¡Los gronings vuelven a la carga! —gritó Gródolas al ver a la caballería groning volver a lanzarse al galope.

Esta vez Zotelen lanzó a la mitad de su caballería contra las tropas de Kiril. Se desplegaron galopando en un gran frente compuesto por dos líneas separadas más de cincuenta pasos entre ellas. A medida que se acercaban al apretado círculo defensivo, los extremos de las dos líneas de ataque aceleraron el galope dejando unos pasos retrasados al centro de cada fila. De esa manera querían lograr una maniobra envolvente sobre el círculo enemigo, evitando que éste se transformase en un triángulo defensivo. Esta vez Gródolas no dio esa orden y mantuvieron la formación circular. Ambas líneas enemigas se partieron repentinamente por la mitad y embistieron sobre los dos sectores superiores del círculo de escudos. A pesar de que los lanceros volvieron a mantenerse firmes, la embestida provocó un ligero desmoronamiento de la línea de retaguardia. Antes de que los aliados tuvieran tiempo para recomponerse, la primera oleada de caballería se retiró y la segunda línea que avanzaba a veloz galope impactó con potencia sobre los dos mismos sectores iniciales. Esta vez el empuje groning debilitó las defensas logrando penetrar en el círculo para enfrentarse a los jinetes aliados.

—¡Caballería! ¡Abandonad el círculo! —gritó contrariado Gródolas al ver cómo sus jinetes quedaban inmovilizados en el interior de la línea defensiva luchando contra una creciente marea de enemigos.

Los aliados reaccionaron rápidamente y abrieron el círculo por el lado contrario al

del ataque groning. La caballería aliada comenzó a salir por él, pero no tardaron en verse acosados por los jinetes que habían cargado en primer lugar sobre las defensas aliadas. La confusión se apoderó de la batalla y los frentes de ambos ejércitos se difuminaron mientras los soldados luchaban entremezclados entre sí.

—¡Hay que reorganizar las líneas defensivas! —gritó Maikel.

—¡Infantería! ¡En círculo de tres líneas! —gritaba también Kiril.

Poco a poco los infantes aliados fueron recomponiendo parte de su formación. Lograron contener la embestida de la caballería enemiga y cerraron lentamente el círculo defensivo dejando encerrados en su interior a más de treinta jinetes enemigos que cayeron ensartados por las lanzas aliadas. Sin embargo la peor parte se la estaba llevando la caballería de Therliangator. Sin tiempo para poder tomar distancia y velocidad con la que cargar contra la caballería de Zotelen, luchaban en posiciones estáticas sobre los caballos, siendo superados por el mayor contingente enemigo.

Kiril, viendo que los gronings terminarían por masacrar a sus jinetes, les ordenó de nuevo replegarse al interior del círculo defensivo.

—¡Caballería! ¡Retirada a la formación! ¡Retirada hacia el sur! ¡Retirada hacia el sur!

Los jinetes del ejército de la Alianza tuvieron grandes dificultades para poder regresar a su formación y muchos cayeron abatidos durante la huida. Finalmente, gracias a la ayuda de los lanceros que mantuvieron a raya a la caballería enemiga, los jinetes pudieron ponerse a salvo dentro del círculo de escudos.

Esta vez los hombres no prorrumpieron en vítores, pues la caballería aliada había quedado reducida a un tercio de la que disponían al comenzar la batalla. Los gronings retrocedieron a sus posiciones iniciales y se agruparon en torno a su Mariscal.

—Esta vez ya no podremos contenerles —se lamentó abatido Gródolas—. Será nuestro fin.

Kiril y Maikel no contestaron a Gródolas y contemplaron el campo de batalla cubierto por centenares de cadáveres que teñían el blanco de la nieve con el carmesí de la sangre.

A lo lejos, el Mariscal Zotelen gesticulaba dando órdenes a sus hombres. Los gronings comenzaron a reagruparse. La caballería se dividió en dos grandes grupos, que se colocaron a ambos flancos de la infantería. Mientras los aliados escrutaban los movimientos de las legiones del norte su moral volvió a derrumbarse. Desde aquella distancia parecía que las tropas de Zotelen siguieran intactas tras los dos ataques, mas si ellos contemplaban sus huestes, su formación defensiva se había reducido a un gran círculo formado por lanceros y hombres de a pie en el que apenas si quedaba rastro alguno de la caballería.

El Mariscal Zotelen apenas les concedió tiempo para lamentarse, ya que los tambores de guerra groning no tardaron en hacer sonar la que parecía sería la despedida definitiva de los hombres de *Tum, tum, tumtumtum. Tum, tum, tumtumtum. Tum, tum, tumtumtum.* Tres largas y ominosas series de redobles lograron estremecer

el alma de los aliados. El último grito paralizó a la Furia de Dioses y la Luz de Medianoche.

—¡iiiiEeeeeellllyyyyyy!!!! —gritaron miles de gronings y hasta las nubes detuvieron su lento transitar por el cielo.

Un terrible estruendo, un devastador terremoto sacudió el suelo de Tierra Conocida cuando todos los legionarios de Zotelen se lanzaron contra los supervivientes del ejército de la Alianza.

La última carga había comenzado.

No habría odas que los bardos quisieran cantar sobre la ruina de Therliangator, pues esa sería la ruina del mundo de los mortales.

Los pájaros callaron y las liebres se ocultaron en sus madrigueras.

La debacle de los pueblos libres era inminente y nadie quería contemplarla.

Los vapores del aliento de Urkha que brotaban inagotables de la ciclópea cabeza del wolkur se volvieron más densos, silenciando el llanto de las nubes cenicientas que, arrepentidas, querían llorar por la suerte de todos los hombres de noble corazón.

Mas repentinamente, un súbito viento del este comenzó a soplar, agitando la fina capa de nieve que cubría el terreno que separaba a ambos ejércitos. El maligno hálito de Urkha luchó contra aquel extraño viento del este, pero el empuje y la frescura de ese aire le obligó lentamente a retroceder. La oscuridad ya no cubría las cabezas del ejército aliado y se retiraba contrariada hacia el norte. Los rayos del sol asomaron tímidamente entre las apretadas comunidades de nubes y la luz de la estrella del día brilló por primera vez, tras más de cincuenta lunas, sobre las regiones que circundaban Groningburgo.

Acompañando al purificador viento del este llegaron los sonidos de un lejano temblor, para lentamente convertirse en una poderosa convulsión que sacudió las praderas del Corredor de Groningburgo.

Kiril y sus hombres tenían fijados sus ojos en las legiones del norte que se hallaban a menos de ciento cincuenta pasos de embestirles. Sin embargo los hombres de Zotelen dirigieron sus miradas hacia el este. Los soldados de la Alianza creyeron que los gronings buscaban respirar aquel aire fresco y límpido antes del último ataque. Pero los legionarios tornaron sus feroces expresiones en muecas de miedo y terror, frenando la velocidad con la que hacía unos instantes cargaban contra los hombres de Therliangator.

De nuevo aquel grito llegó enviado por los dioses. De nuevo aquel grito acudía en socorro de Kiril.

—¡Tenkolmar! ¡Tenkolmar! ¡Tenkolmar!

Los osos blancos rugían rabiosos y, aunque esta vez su voz llegaba desde el este, el sonido de sus caballos y sus espadas volvió a sonar como una dulce melodía para el ejército de la Alianza.

Los gronings frenaron su avance tratando de improvisar con gran destreza una línea defensiva. Pero ya era demasiado tarde. Dos mil jinetes de las Tierras Frías

comandados por el gran Simas y Vladas el elotha, chocaron como un arrollador torrente sobre el flanco izquierdo de las tropas gronings ocupado por la caballería. Esta vez fueron los norteños los que cruzaron de lado a lado entre las legiones enemigas. En su sorpresiva y devastadora carga acabaron con cientos de legionarios, quienes desconcertados veían cómo ríos de enemigos los atacaban desde el sur y el este. Pues cuando Kiril, Maikel y Gródolas se percataron del regalo que Nerlinguia y Olión les habían enviado, ordenaron a todos sus hombres lanzarse contra los gronings. Ahora las fuerzas se habían igualado, superando incluso los efectivos aliados a los esbirros de Zornik. El llamamiento que Simas había realizado a todos los norteños, había vaciado las Tierras Frías de hombres y mujeres que pudieran luchar y, desde Los Siete Lagos Helados hasta las Montañas Blancas, sólo ancianos y niños habían quedado custodiando sus hogares.

Los gronings, acosados desde el este y el sur, caían a decenas bajo las estocadas de las espadas enemigas. El Mariscal Zotelen, sorprendido por la irrupción de los hombres del norte, trataba sin éxito de contener al ejército aliado.

La batalla fue larga y sangrienta. Lentamente las legiones gronings se fueron desangrando y la contienda comenzó a decantarse a favor de las huestes de Therliangator. Zotelen retrocedió a retaguardia y, con premura, escribió un mensaje que ató a la pata de uno de sus halcones. Lanzó al mensajero alado al cielo y el halcón voló veloz en línea recta hacia el palacio del rey Zornik. Una vez el ave se perdió en el horizonte, los cuernos de llamada groning tocaron a retirada. Zotelen había decidido retroceder hacia el camino de Groningburgo, unas cinco millas hacia el norte, antes de que sus legiones fuesen aniquiladas por el ejército aliado.

Los hombres de Simas y Vladas acosaron a los gronings durante su retirada acabando con muchos de ellos. Cuando ya se habían alejado más de dos millas del campo de batalla, Simas ordenó regresar al encuentro de Kiril. No conocían las huestes que Zornik pudiera tener acantonadas en el camino a la capital groning, por lo que no era conveniente correr más riesgos de los necesarios.

Cuando los norteños regresaron fueron recibidos con gritos de júbilo y victoria. Gródolas se adelantó a todos y corrió a abrazarse con Vladas.

—Lo logramos —le dijo Vladas con lágrimas en los ojos—. Lo logramos. Redujimos Eloburgo a cenizas.

—Lo sé, hermano mío —lloraba también Gródolas emocionado abrazando a Vladas.

—Y Loriklen murió —le relató Vladas—. ¡Fue el bueno de Torilo quien acabó con él! El viejo nerlingo le preparó su última y mortal cena, ¡ja, ja, ja! —y ambos lloraban felices por haberse vuelto a reencontrar.

Simas se acercó a ellos y tendió su mano a Gródolas para saludarle.

—Veo que tú también triunfaste en el este —dijo Simas.

—Los norteños siempre cumplimos nuestras promesas —respondió Gródolas enjugándose las lágrimas.

No tardaron en llegar Kiril y Maikel a aquel emotivo reencuentro.

—Simas, Vladas —dijo Gródolas—, os presento a Kiril, el Rey Nerlingo, y también a Maikel, su inseparable amigo e hijo de Torilo —y le guiñó un ojo a Vladas.

—Tu fama te precede —dijo Simas haciendo una reverencia con su cabeza a Kiril—. Tu espada ha logrado reconstruir la extinta alianza de Esreghaia y reconquistar Jactinia para los tuyos.

—Mi espada yacería junto a mí en un túmulo olvidado en algún lejano erial de Tierra Conocida si no fuera por el valor y el sacrificio de los hombres del norte. Si ya me era imposible saldar la deuda contraída con Gródolas, este nuevo milagro de la sagrada Tenkolmar atará a todo mi linaje a vuestro pueblo.

—¡Ja, ja, ja! —rió Simas—. No pienses en eso ahora. Tiempo tendremos para cavilar de qué modo podrás pagar nuestra generosidad. Quizás parte del oro que Zornik guarda en sus almacenes sería una buena manera de hacerlo.

—Antes tengo que saldar mi deuda con un indomable corsario del Mar del Este. También le prometí el oro de Zornik, y creo que necesitaré mucho del que guarda en sus almacenes para cubrir los barcos y hombres que perdió luchando contra los legionarios de Arniokelen y Zunkonel.

—¿Siempre prometes pagar con la piel del oso que aún no has cazado? Algún día un truhan que se sienta engañado te dará tu merecido, ¡ja, ja, ja! —y todos rieron a carcajadas.

—Así que tú eres Maikel —se dirigió Vladas al alko una vez cesaron las risas—. No te pareces demasiado a Torilo.

—Ambos tienen el mismo buen corazón —dijo Kiril.

—Tu padre nos mantuvo con vida en Eloburgo, robaba en la cocina del Senescal y nos daba de comer. Pero también alimentaba nuestra esperanza y si hoy estamos aquí es también gracias a él. Así que parte de la deuda contraída con los norteños ha quedado saldada.

—¡Por Olión que eso es cierto! —gritó Gródolas—. Ese viejo nerlingo nos alegraba cada noche con su presencia en los barracones. A pesar de que el maldito Senescal ofreció hospedarle en su misma casa Torilo se negó. Cada noche regresaba a los hediondos barracones donde nos encerraban con un trozo de carne o una pieza de fruta, además de palabras de ánimo y consuelo. Espero que ese orondo nerlingo siga sano y salvo.

—Lo está —dijo Maikel—. Aimon me relató brevemente cómo construyeron un campamento para los elothas en el interior del Bosque Ranwuhan. Lo llamaron Arroyo Escondido y mi padre decidió quedarse allí hasta el final de la guerra. Cuando todo termine, iré a buscarlo —dijo con añoranza en su voz.

—Allí te esperará, amigo mío —respondió emocionado Vladas.

—Debemos ahora pensar cuál será nuestro próximo paso a dar —habló Kiril—. Nos instalaremos junto a la improvisada enfermería. Creo que los gronings ya no atacarán desde el Paso del Gorglin. Hemos conquistado ese territorio, pero

mantendremos una compañía de vigilancia en lo alto del paso. Esta noche todos los capitanes junto a Oerlikon celebraremos un cónclave. Aunque quizás no tengamos tiempo para ello. Los gronings podrían llegar en cualquier momento con nuevas tropas de refresco. Pero ahora descansad, pues la lucha ha sido terrible. Disculpadme —les dijo—. Debo acudir junto a Enna —y dando media vuelta, se dirigió al galope hacia la enfermería que Oerlikon había organizado tras la retaguardia del ejército aliado.

La madrugada, la aurora, el mediodía y las primeras luces de la tarde se habían consumido. Pero por primera vez, tras tristes y aciagas lunas, el sol volvía a brillar tímidamente sobre el cielo de Tierra Conocida. La noche estaría adornada por cientos de estrellas y por la pálida luz de la luna. Una luna de esperanza.

## FRENTE AL ABISMO DEL DESTINO

La luna y las estrellas brillaban deslumbrantes esa noche en el cielo de Tierra Conocida. Un suave y extrañamente cálido viento del este soplaban en las llanuras del Corredor de Groningburgo, derritiendo la fina capa de nieve caída las pasadas lunas. Un cerco de antorchas circundaba el campamento iluminándolo con suaves luces anaranjadas. Los centinelas escrutaban a lo lejos el creciente movimiento de tropas enemigas al otro lado del Corredor de Groningburgo, mientras a sus espaldas se celebraba el que todos habían acordado en llamar “El último concilio”.

Alrededor de una hoguera sobre la que se asaban a fuego lento una docena de conejos, Kiril, Maikel, Oerlikon, Gródolas, Simas, Vladas, Pothalion, Brandur, Aimon, Narno, Olaf y una recuperada Enna, debatían sobre la estrategia a seguir. Kiril era quien había tomado la palabra y, mientras el alko hablaba, Oerlikon no apartaba sus ojos de él.

—Nuestra situación ya no es tan desesperada al caer la noche como lo era cuando despuntó el alba, amigo mío —respondía Kiril a Gródolas, quien se lamentaba por no poder contar con el apoyo de las tropas del príncipe Ilanit—, pero mirad hacia el norte y contemplad el fuego enemigo. Cientos de antorchas tras las que miles de gronings se agitan como un avispero encolerizado a punto de lanzar un devastador ataque. Y a pesar de que hemos logrado contenerlos, no tardarán en llegar tropas de refresco desde Groningburgo y, con ellos, los temibles gorglins de Zornik. No desdeño la bravura de los norteños, ni la de esmugas, luinas, lupenos, bortigos, nerlingos o skelingos. Sólo digo que nunca lograremos derrotarlos en una batalla en campo abierto.

—¡Pero tú mismo dijiste que asaltaríamos y tomaríamos Groningburgo! —se quejó Maikel con rabia y abatimiento—. Que derrotaríamos a los gronings en sus propios dominios.

—Y lo sigo manteniendo, Maikel, pero no en una batalla frente a frente —replicó—. La única manera posible de acabar para siempre con esta guerra es acabar con Zornik —y al escuchar esas palabras Oerlikon cerró los ojos e inclinó la cabeza, asumiendo lo que desde muchas lunas atrás adivinaba pero se negaba a admitir.

—¿Cómo piensas acabar con Zornik? —preguntó Aimon—. Si como dicen está protegido por una infranqueable muralla de gorglins será imposible llegar hasta él; no al menos hasta que hayamos logrado derrotar a sus legionarios —y dirigió una mirada hacia la posición en la que los gronings permanecían acantonados.

—Haciéndole salir de su madriguera —contestó Kiril tras una breve pausa.

—¿Cómo lo lograrás, amor mío? —preguntó Enna con voz trémula invadida por un funesto presentimiento.

Kiril sólo pudo sostener por unos instantes la mirada de la joven. Cuando volvió a hablar, sus ojos estaban clavados sobre el fuego que tostaba la piel de los conejos.



—Nos mantendremos firmes en nuestra posición. Con la llegada de las tropas comandadas por Simas hemos logrado equilibrar en cierta medida las fuerzas. La balanza sigue decantándose a su favor, pero el equilibrio comienza a ser más inestable. Ellos son más numerosos, pero con la estrategia adecuada, les será muy difícil derrotarnos. Al menos no lo harán de una manera rápida y contundente. De esa forma ganaremos un tiempo precioso y, con la ayuda de los dioses, Ilanit y los sureños llegarán a nuestro campamento en las dos próximas lunas. Si somos capaces de resistir hasta entonces, Zornik comenzará a dudar, o quizás sean sus hombres los que lo hagan. Se impacientarán por no poder repeler y acabar con la invasión enemiga. Ése será el momento en que envíe mi mensaje a Zornik —terminó con voz entrecortada.

—¿Qué mensaje? —de nuevo la voz de Enna se elevó por encima de la del resto de asistentes al concilio.

—Un mensaje en el que retaré a Zornik a un combate singular. Él y yo, frente a frente, su espada contra Darbrethil. Si yo venzo, los gronings se rendirán y pondrán fin a las hostilidades, retirándose a sus dominios. Si Zornik vence, en vuestras manos quedará el rendiros o luchar hasta la muerte por la libertad.

—Maldita sea, ¡no puedes, no puedes hacerlo! —replicó Enna con lágrimas de rabia en los ojos—. ¿Es que acaso crees que eres un dios inmortal? ¿Es que acaso crees que por tercera vez mi padre, los dioses o quienquiera que sea volverá a devolverte a la vida si caes bajo el acero de Zornik? ¿Es que acaso crees que Zornik no acabará contigo antes de que puedas enfrentarte a él? ¿Qué una flecha asesina te abata antes siquiera de que puedas mirarle a los ojos?

—Zornik no me matará. No al menos antes de haber hablado conmigo —sentenció el nerlingo.

—Lo que dice Kiril es cierto —habló Oerlikon con pesadumbre en su voz, anticipándose a la réplica de su hija—. Zornik anhela encontrarse cara a cara con Kiril, desea leer en su mente. No, hija mía, no lo matará en una emboscada.

—Padre, ¿te pones del lado de Kiril? ¿Apruebas la locura que pretende llevar a cabo? —preguntó desesperada Enna—. Estoy herida y las fuerzas me abandonan. No estoy dispuesta a malgastarlas discutiendo con hombres engreídos que no saben más que presumir de su supuesta hombría, a seguir hablando con guerreros que han perdido el juicio y están poseídos por la demencia —y la joven se levantó del concilio—. Quizás nuestro Rey pretenda suicidarse entregándose al enemigo, pero yo lucharé hasta que las fuerzas me abandonen y ya no sea capaz de empuñar mi espada. Pero caeré luchando, no rendida a los pies de Zornik —y dándoles la espalda se alejó perdiéndose entre los círculos de soldados que descansaban sentados sobre el suelo nevado.

—Enna... —musitó Kiril con inmensa tristeza.

—Déjala marchar —le aconsejó Oerlikon mientras el resto de asistentes al concilio se preguntaban si no estaría la joven en lo cierto y realmente Kiril y Oerlikon

habían perdido la cordura.

Sin embargo los gritos de los centinelas no les dejaron reflexionar por más tiempo sobre las palabras de Enna.

—¡Los gronings se movilizan! ¡Su caballería avanza hacia el campamento! —y la calma que durante un breve tiempo había reinado en el campamento se transformó en una repentina agitación.

—La luna me envía un inesperado presente —dijo Narno mientras afilaba con una piedra los filos de su hacha de dos cabezas de la que nunca se separaba.

El resto sonrieron complacidos por la templanza de Narno. Los capitanes corrieron para formar a sus hombres, pero antes de que el concilio se disolviera Kiril les dio una última consigna:

—Resistid. Resistid una tras otra las embestidas gronings y os prometo que pronto os conduciré a la victoria —y todos asintieron con un halo de tristeza en sus ojos, pues esa noche habían comprendido el plan que Kiril planeaba realizar, sacrificando su vida para acabar con aquella sangrienta guerra.

Los capitanes se alejaron prestos para ordenar a sus hombres ocupar las posiciones que tenían asignadas en el frente, pero Oerlikon permaneció al lado de Kiril.

—¿No marchas al combate? —le preguntó el anciano lacrag del sexto clan.

—Antes debo hablar con Enna —respondió apesadumbrado.

—Enna te ama, si eso es lo que te preocupa. Y aunque ahora desearía odiarte con todas sus fuerzas y alejarte para siempre de su lado, no puede hacerlo. Su incondicional amor por ti se lo impide. Teme perderte, Kiril. Teme que tu descabellado plan te conduzca a la muerte y su corazón se rompa para siempre.

—Si muero tú podrás resucitarme... —esbozó Kiril una mueca de sonrisa.

—Si caes ante Zornik, no dudes que su abominable espíritu entregará tu cuerpo desmembrado a sus rabiosos wolkurs y después esparcirá tus cenizas a los siete vientos. No, Kiril, si esta vez caes, ni la misma Nerlinguia podrá devolverte a la vida.

—Therliangator y Darbrethil triunfarán. El Verdugo de la Oscuridad y La Espada de Libertad acabarán con el sombrío mal que dicta los designios de Zornik.

—Rezo porque así sea —dijo Oerlikon—. Por tu bien y por el nuestro. Y ahora arregla con mi hija lo que has estropeado en el concilio. Enna y los hombres te necesitan al frente de nuestro ejército.

—Creo que el hacha de Narno me concederá unos instantes para poder hablar con Enna antes de que nuestra vanguardia se desmorone al no ver a Therliangator comandándola en primera línea del frente.

—Apresúrate o quizá tengas que buscar a Enna en esa vanguardia.

Kiril corrió hacia la improvisada enfermería pues intuía que Enna regresaría allí para cambiar los vendajes de su herida, tomar una infusión de hierbas que adormeciesen por un tiempo el punzante dolor que sentía en su hombro y, a continuación, partir a guerrear junto a los nerlingos del sexto clan contra los

legionarios gronings.

A fe que Kiril no se equivocaba pues, a veinte pasos frente a él bajo una improvisada carpa, uno de los curanderos terminaba de ajustar el vendaje de la joven. El Rey Nerlingo caminó hacia ella con gesto cariacontecido.

—Déjanos solos, por favor —le dijo al curandero en un tono imperativo que no concedía espacio para la duda.

La figura del alko se recortó frente a la tienda de campaña a la luz de las antorchas.

—Sí, mi señor... —respondió titubeante el curandero cuando reconoció a Kiril.

—No tienes por qué irte —replicó molesta Enna—. Termina de vendarme el hombro.

—Ya lo he hecho, mi señora —y sin despedirse se alejó para seguir atendiendo al resto de soldados que habían sido heridos durante los combates del Paso del Gorglin.

Durante unos instantes un tenso y gélido silencio se interpuso entre ambos jóvenes, irguiéndose como una inexpugnable muralla. Fue Kiril el primero en hablar.

—Entiendo tu enfado en el concilio, Enna. Entiendo que...

—¡No entiendes nada! ¡No entiendes ni una sola palabra! —gritó girándose y retirándole la mirada.

—Pero Enna, yo... —balbuceaba Kiril desconcertado—. Yo soy el líder de esos hombres y debo ser yo quien me enfrente a Zornik. Hay cosas que tú desconoces y que me empujan irremediabilmente a cumplir con el destino que está escrito.

—Tú. Tú y mi padre —gruñó enfadada—. Vosotros y vuestros secretos de Kliat, de lacrag o de como infiernos lo llaméis. Sí, tú eres nuestro líder, Kiril. Yo y todos los hombres que hemos llegado hasta aquí te seguiremos hasta la misma morada del jinete sin rostro si es necesario. Pero lo haremos juntos, ¡juntos! No dejaré que tú enfrentes solo ese destino del que hablas. Me niego a creer que los dioses hayan escrito en las estrellas que toda esta maldita guerra se reduzca a que entregues tu vida en sacrificio. Me niego a aceptarlo. ¡Y renegaré de todos los dioses si es así! ¡Repudio a Nerlinguia! ¡Maldición! —y comenzó a llorar desconsolada, apretando tanto los puños por la rabia que los dedos se tornaron blancos pues la sangre no podía circular por sus venas. Kiril la contempló con una mezcla de ternura y pena al verla sufrir de esa manera—. Porque yo ya no puedo vivir sin ti. Te amo, Kiril. Mi amor es generoso pero tú insistes en ser egoísta, en buscar a tu manera el fin de todos los males que nos asolan, alejándome de tu lado. ¡Por favor, te lo ruego! —gimió ahora suplicante mirando de nuevo a los ojos del alko—. Déjame luchar a tu lado, déjame compartir tu destino. Puedo luchar y sé luchar mejor que muchos de los soldados de tu ejército. No me alejes ahora de ti, no en esta hora aciaga. Juntos hemos llegado hasta el borde del abismo. Te lo prometo, Kiril hijo de Akrog: si tú saltas, yo saltaré contigo.

Kiril no pudo soportar por más tiempo permanecer separado de los brazos de su amada tras aquella muralla de reproches y corrió a abrazarse a Enna. Los dos jóvenes

se fundieron en un desgarrador abrazo mientras la primogénita de Oerlikon lloraba de rabia, sintiéndose impotente ante la tozudez y determinación de Kiril.

—Luchemos codo con codo, juntos hasta la muerte si es necesario —insistía la joven.

—Te lo prometo —contestó Kiril con el corazón roto, prometiendo algo que sabía no podría cumplir.

Enna le abrazó tan fuerte que apenas si podía respirar. La joven nerlinga había olvidado el dolor de la herida provocada por la flecha groning que le había mantenido apartada de la lucha la pasada luna.

Los legionarios gronings no les concedieron más tiempo para poder disfrutar de su reconciliación, pues el brutal sonido del choque del acero reverberó en el Corredor de Groningburgo. La caballería enemiga cargaba contra la vanguardia del ejército aliado que se defendía ordenadamente en apretada formación.

—Debo acudir al frente. Descansa, recupera tus fuerzas —le dijo con dulzura—. Volveré. Hoy no es el día en el que el jinete sin rostro acudirá a mi encuentro —y Enna asintió a regañadientes, pero besó a Kiril en los labios.

—Te esperaré. Velaré rezando por la victoria de nuestro ejército. Que Nerlinguia te proteja —y con una melancólica mirada se despidió del alko.

Kiril corrió hacia la vanguardia de su ejército empuñando a Darbrethil. A medida que se fue acercando a la batalla descubrió, entre cientos de siluetas que se difuminaban amortajadas por las sombras de la madrugada, la danza mortal del hacha de Narno que, con poderosos y precisos movimientos, acababa por docenas con los legionarios gronings.

—Bravo Narno, bravo Guardián —musitó Kiril—. Que Nerlinguia nos regale una larga y oscura noche. Que la luna mantenga alejado al poderoso sol en una interminable madrugada. El Guardián de Bosque Salvaje será esta noche el paladín de los pueblos libres —y corrió a través de las filas de su ejército para unirse en la lucha a los intrépidos capitanes aliados.

La batalla fue breve y la caballería groning se replegó ordenadamente al comprobar que no podría abrir una brecha en el frente defensivo formado por el ejército de la Alianza. Los hombres prorrumpieron en vítores y Narno alzó desafiante al cielo su enorme hacha.

Cuando los gronings se reagruparon los cuernos de llamada volvieron a sonar. Pero esta vez no ordenaban una nueva carga contra los rebeldes. Los cuernos anunciaban la llegada de su rey al frente de más de mil quinientos hombres, gorglins y soldados de la guarnición de Groningburgo a partes iguales. Decenas, cientos de antorchas emergieron tras el paso que conducía a la capital groning, una temible serpiente de fuego más ávida aún de sangre que los legionarios del Mariscal Zotelen. Al frente de la comitiva, precedidos por un coro de estremecedores aullidos, caminaban más de un centenar de las bestias wolkur, los demoníacos perros de la guerra de Zornik.

Los rugidos de los wolkurs aterrorizaron a los soldados del ejército de la Alianza. El frente de la vanguardia comenzó instintivamente a retroceder, hasta que sólo Narno quedó al frente del ejército aliado. El gigante se volvió hacia los hombres y, antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, Los Quince de Klimerik se adelantaron colocándose junto a Narno.

—¡Hombres y mujeres que formáis el ejército libertador, no temáis! El Guardián velará esta noche por vosotros. A pesar de que mi campana de oro se encuentra a muchas millas de aquí, mi hacha mantendrá a raya a esas bestias. ¡Que Zornik se atreva a enviar contra el Guardián a su manada de perros rabiosos esta noche! ¡Le devolveré las cabezas de esas bestias para que adorne con ellas las paredes de los salones de su palacio! ¡Ja, ja, ja! ¡Venid aquí, os estoy esperando! —gritó riendo como un demente al tiempo que se volvía para mirar hacia las luces que incendiaban la zona norte del Corredor de Groningburgo.

Los Quince de Klimerik, encabezados por Aimon, también dirigieron sus miradas hacia el grandioso ejército groning y alzaron desafiantes sus espadas. Enoc, Eboc, Aimerin y Alvar hicieron sonar sus cuernos creando una desafiante y burlona sinfonía. Cientos de cuernos se unieron al desafío de Los Quince de Klimerik y lograron que wolkurs, gronings y gorglins enmudecieran ante el atronador bramido de los aliados.

En el frente enemigo los gronings abrían paso a las bestias que avanzaban hacia vanguardia, asustados por los guturales sonidos y los aterradores ojos de los wolkurs, que brillaban perfilando la muerte en sus pupilas al pasar entre las antorchas.

Uno de los gorglins encargados de conducir a las bestias mediante gruesas cadenas metálicas, se detuvo unos instantes para hablar con Inorkul:

—Mi capitán, las bestias se revuelven inquietas. Perciben algo extraño, algo que parece intimidarlas. Nunca las había visto comportarse de esta manera. Cuando sienten que la lucha está a punto de comenzar se tensan y parecen enloquecer, sus ojos se inyectan en sangre y ríos de saliva brotan de sus fauces.

—La raza de los wolkurs se está debilitando —respondió tajante Inorkul—. Las bestias se han domesticado. Yo mismo lo he comprobado con mis propios ojos y ahora vuelvo a constatar que los bramidos de un puñado de cuernos las amedrentan como a ratas asustadas.

—Sí, mi capitán —asintió el gorglin sin contradecir a Inorkul, aunque en su fuero interno sentía que un gran poder aguardaba oculto por las sombras nocturnas tras las filas rebeldes. Un poder que los wolkurs presentían; un poder al que por alguna extraña razón temían y respetaban.

El capitán gorglin regresó al lado de Zornik quien en ese momento transmitía órdenes al Mariscal Zotelen.

—Reservaremos a los gorglins para acabar con su ejército —dijo al ver acercarse a Inorkul—. Lanzaremos ahora a las bestias wolkur contra los rebeldes. El terror a los wolkurs junto a la aviesa penumbra de la noche, debilitará el valor de los soldados.

Una vez que los wolkurs hayan irrumpido entre las filas enemigas, lanzarás a quinientos hombres de tu infantería de a pie contra los rebeldes —dijo mirando fijamente a Zotelen—. Los iremos debilitando lentamente. Cuando la madrugada toque a su fin lanzarás a los jinetes arqueros de Tierra Seca junto a tu caballería contra los rebeldes. No permitiré que disfruten de un solo instante de tregua. No dejaremos que se alimenten; no dejaremos que duerman. Al despuntar el alba, serán los soldados de la guarnición de Groningburgo los que los hostiguen y, cuando el sol alcance su cénit, lanzaremos el ataque definitivo. Cargaremos en bloque pero tus gorglins permanecerán a retaguardia —le indicó a Inorkul—, pues una vez los proscritos que acaudilla ese maldito nerlingo hayan agotado sus fuerzas, los gorglins los masacrarán —e Inorkul sonrió deleitándose con la visión de la sangrienta victoria que acudía a su mente—. ¡Pero escuchadme! —les inquirió Zornik con extraña vehemencia—. Quiero al bastardo nerlingo vivo. ¡Traédmelo vivo! Corred la voz entre vuestros hombres. Aquél que capture con vida a ese que se hace llamar a sí mismo El Verdugo de la Oscuridad, recibirá diez cofres repletos de oro, tierras y haciendas, además de una docena de bellas y jóvenes esclavas. ¡Pero ay de aquél que lo mate! Entonces yo mismo lo despedazaré, le arrancaré con mis propias manos el corazón y, cuando los wolkurs lo hayan devorado, daré los restos de carne y órganos que ellos hayan desechado a mis halcones —y el precioso halcón híbrido de Tierra Seca que descansaba posado en el brazo izquierdo de Zornik chilló complacido por la promesa de su amo—. ¡Y ahora lanzad a los wolkurs contra esos malditos rebeldes! Que tus infantes aguarden prestos la señal. Cuando la confusión se haya apoderado de las tropas enemigas ese será el momento justo de atacar.

Inorkul y Zotelen asintieron y avanzaron entre la pléyade de soldados que se apretaban en la zona septentrional del Corredor de Groningburgo.

La luna y las estrellas brillaban ahora con un pálido fulgor, iluminando las vastas planicies cubiertas por un fino manto blanco de nieve. Frente a la vanguardia aliada la nieve se había derretido, trasformando aquel erial en una siniestra mezcla de hierba, barro, tierra, sangre y muerte. Sobre aquel túmulo encharcado bajo el cielo raso, centenares de cadáveres de hombres y caballos descansaban inmóviles, aguardando a ser pasto de las aves de carroña que, desde hacía horas, sobrevolaban inquietas y hambrientas en grandes círculos el campo de batalla.

Esta vez los gronings no hicieron sonar sus cuernos. Tampoco redoblaron sus tambores. Esta vez no avanzaron con antorchas que los delatasen. Simplemente lanzaron a sus wolkurs a través de la bruna oscuridad de la noche, bajo la luz de la luna muerta, trotando a través de las inmensas extensiones nevadas.

El oscuro y pardo pelaje de los wolkurs contrastaba con el blanco purificador de la nieve que se dibujaba bajo el firmamento. El rugido de las bestias y las enérgicas pisadas con las que avanzaban pusieron sobre aviso a la primera fila de la vanguardia aliada.

—¡¡¡Wolkurs!!! —gritaron horrorizados varios de los centinelas.

Como Zornik había predicho, el miedo y la confusión se apoderaron de los soldados del ejército de la Alianza. Los lanceros retrocedían buscando la protección de los arqueros y los arqueros buscaban escudos y espadas tras las que parapetarse de aquellos demonios de ojos brillantes que se abalanzaban veloces sobre ellos. Pero en esos cruciales momentos de desconcierto, cuando el valor de los hombres se esfumaba como jirones de niebla rota por el sol del mediodía, surgió la formidable figura de Narno, el Guardián de Bosque Salvaje quien, blandiendo su enorme hacha por encima de su cabeza como si de una liviana flor se tratase, se plantó frente a la manada de wolkurs que avanzaban como bisontes en estampida, desafiándoles sin atisbo alguno de temor en su rostro.

El gigante gritó con voz firme y poderosa antes de asestar el primer golpe mortal:

—¡Arqueros! ¡Descargad, cargad! —y como si fueran las órdenes de un general las que brotaban de la garganta de Narno, la entereza, el aplomo y el valor prevalecieron sobre el miedo, y los arqueros se reagruparon para descargar una mortal lluvia de flechas contra la manada de wolkurs.

La primera bestia no fue abatida por las flechas aliadas sino por el hacha del Guardián. Cuando los wolkurs percibieron la presencia de Narno, buscaron otras presas a las que atacar entre la nutrida vanguardia aliada. Sin embargo el gigante, como experto cazador de malignas criaturas, no dejó escapar al primero de los wolkurs que trató de evitarle y descargó sobre él toda la fuerza de su hacha cortándolo en dos desde la espalda hasta el pecho. Las bestias se agitaron y gruñeron y aullaron, pero sólo un par de aquellos lobos engendrados en el averno se atrevieron a enfrentar a Narno para vengar la muerte de su hermano. El gigante no les dio tiempo a que lo rodearan y, de un violento y sorpresivo movimiento, girando sobre sí mismo ensartó con su hacha a una de las bestias por las costillas. Después golpeó con el hacha, en la que estaba atravesada y desangrándose agonizante el primero de los wolkurs, al segundo demonio que lo hostigaba. El golpe derribó al animal, momento que aprovechó Narno para abalanzarse sobre él y, con un terrible abrazo, partió el cuello del wolkur acabando con él al instante.

Mientras tanto los arqueros habían abatido a más de quince wolkurs con su andanada de flechas y una compañía de lanceros que había recuperado el valor perdido, luchaba cuerpo a cuerpo contra las bestias defendiéndose con sus largas alabardas. Sin embargo muchos de los wolkurs habían penetrado ya entre las filas aliadas acabando con más de una decena de hombres y mutilando a otros tantos, arrancándoles piernas o brazos.

Narno no daba tregua a los wolkurs y lentamente consiguió diezmarlos con la inestimable ayuda de los arqueros. Aquellas bestias no eran soldados adiestrados que supieran cuando debían seguir luchando o cuando debían retirarse. Enloquecidas por el olor de la sangre y de los miembros lacerados su mente se nublaba, y ya nada más que la muerte o el exterminio de sus presas podría detenerlas.

Con gran esfuerzo y sacrificio de vidas humanas los aliados fueron acabando uno

a uno con los wolkurs. Kiril, Maikel, Simas, incluso Aimon y Vladas, lucharon encarnizadamente contra las bestias de Zornik. No así Gródolas, el gran guerrero de Tenkolmar, quien atenazado por el recuerdo de aquella funesta noche en Bosque Frío, retrocedió silencioso hacia retaguardia, cabizbajo, ocultando su rostro a los ojos de los soldados. Los demonios que aún moraban en lo más profundo de su alma le obligaron a renunciar a aquel combate. La huella que Eloburgo había dejado grabada a fuego en sus entrañas jamás podría ya ser borrada en esta vida.

Mientras Gródolas caminaba abatido hacia retaguardia, los cuernos de la vanguardia del ejército de la Alianza y los tambores de guerra groning tronaron al unísono anunciando la carga de la infantería de Zotelen. El de Tenkolmar detuvo su caminar justo cuando se encontraba tras las filas aliadas con el firme propósito de regresar al frente, toda vez que los gronings reanudaban las hostilidades. Mas unos gritos que provenían de las improvisadas tiendas de campaña donde se ubicaba la enfermería lo desviaron de su camino. Gródolas corrió en aquella dirección armado con su espada.

Cuando el norteño llegó a la enfermería sus piernas se paralizaron, su mente se bloqueó y su corazón se detuvo. Tres wolkurs atacaban a los heridos. Uno de los desdichados tullidos era arrastrado de la pierna por dos de las bestias que con sus fauces hacían presa sobre la extremidad de aquel desgraciado. El tercer wolkur se aprestaba para abalanzarse sobre un anciano con un brazo mutilado, cuando de entre las tiendas surgió la figura de Enna como si de una diosa de la guerra se tratara. Arrojó una lanza con suma destreza contra el wolkur que amenazaba al anciano, atravesándole la cabeza de lado a lado. Tomó con su mano derecha la espada y cargó contra los dos wolkurs que desgarraban la pierna del otro tullido.

Gródolas permanecía impasible, sin poder reaccionar, atenazado por el terror de Bosque Frío, mientras Enna, con la valentía de veinte soldados se lanzaba contra las bestias. Los perros de Zornik soltaron a su presa y se abrieron a derecha e izquierda. El olor de la sangre los había conducido hasta la enfermería y no pensaban dejar pasar la ocasión de deleitarse con los manjares que aquel almacén de carne humana les ofrecía.

Enna blandía con ambas manos la espada sobre su cabeza al tiempo que seguía aproximándose a las bestias. Amagó con atacar al wolkur que la observaba gruñendo a su izquierda, el cual instintivamente retrocedió. Aprovechó entonces para, con un movimiento felino, cargar contra el wolkur que se agazapaba a su derecha. La espada de Enna cayó como un rayo desde lo alto, sorprendiendo al wolkur y provocándole un enorme corte entre el cuello y la pata delantera de la bestia. El wolkur aulló retorciéndose entre terribles espasmos de dolor, momento que aprovechó el segundo wolkur para atacar a Enna. La joven reaccionó con presteza y pudo armar su brazo para descargar con furia una estocada en el pecho del perro de Zornik, pero la inercia del potente salto del animal hizo que éste cayera sobre Enna agitándose entre horrendas convulsiones. La hoja de la espada de la joven nerlinga surgió por la



espalda del wolkur acompañada de un gran chorro de sangre emponzoñada.

El peso de la bestia fue demasiado para las escasas fuerzas que le quedaban a Enna. La hija de Oerlikon había caído de espaldas al suelo con el pesado cadáver del wolkur sobre ella. Trató de zafarse del cuerpo, pero el wolkur permaneció inerte sobre ella, como una gran alfombra de piel de oso sobre el suelo de una cabaña. La otra bestia que estaba herida, se acercó cojeando hasta ella, con ojos incendiados por el odio, y la contempló durante unos instantes, viendo cómo su presa permanecía atrapada bajo el cuerpo de su hermano de camada, inmóvil, indefensa, impotente ante su inminente ataque. El wolkur acercó sus fauces al rostro de Enna, olfateándola con delectación, emitiendo un repugnante y gutural sonido mientras ríos de saliva se descolgaban por sus afilados colmillos hasta caer sobre la cara de la nerlinga. El wolkur abrió sus mandíbulas y se irguió tomando impulso para su último y devastador ataque, pero el brillo de los ojos del wolkur se apagó súbitamente y el filo de la espada de Gródolas atravesó el cráneo de la bestia para salir por su boca.

El guerrero de Tenkolmar había vencido a los demonios que lo atormentaban y, cuando el jinete sin rostro se aprestaba a montar a la joven nerlinga a lomos de su negro corcel, el acero de Gródolas le salvó la vida. Enna suspiró aliviada, soltando una bocanada de aire que vació sus pulmones. El norteño arrancó su espada de la cabeza del wolkur y la dejó en el suelo para poder retirar el cuerpo de la bestia que yacía muerta sobre Enna. Gródolas sintió de pronto una presencia a su espalda. Volvió su cabeza y contempló horrorizado las fauces sanguinolentas de un enorme macho pardo que se abrían frente a sus ojos. Las imágenes del cielo iluminado por el sol de medianoche, el blanco eterno de los hielos perpetuos y la visión de una aurora boreal cruzaron fugaces por sus pupilas hasta que los ojos del guerrero de Tenkolmar se sumieron en una insondable oscuridad.

—¡¡¡Noooooo!!! —gritó Enna destrozada al ver al gran wolkur desgarrar la cara y el pecho de Gródolas.

Aún la joven nerlinga sacó fuerzas de flaqueza y tuvo arrestos para poder ponerse en pie. Cuando fue a echar mano de su espada se percató que estaba clavada en el wolkur que ahora yacía a sus pies.

—¡Te mataré con mis propias manos aunque sea lo último que haga! —gritó iracunda al wolkur que se ensañaba con el desdichado Gródolas.

Cuando se disponía a atacar al wolkur, recortadas por la luz de la luna, Enna vio las siluetas de cinco hombres que se acercaban corriendo hacia la enfermería. A medida que se aproximaban pudo distinguir con desesperación que se trataba de soldados gronings.

—Es el fin —musitó para sí—. Los gronings han derrotado a nuestro ejército. No importa ya morir a manos de wolkurs o gronings. Pero yo elijo vengar al guerrero del norte. ¡Acabaré contigo, bestia maldita! —y de un salto Enna se abalanzó con sus manos como única arma contra aquel enorme wolkur pardo.

Enna lo aferró por el cuello y lo derribó, cayendo al suelo junto al wolkur.

Mientras rodaba abrazada a la bestia sintió cómo los músculos del wolkur se quedaron repentinamente rígidos e inmóviles. Cuando terminaron de rodar agarró al wolkur por la espalda y trató de ahogarlo, pero el cuello del animal estaba flácido, como si fuera un juguete roto. Se zafó del wolkur y se puso en pie. Enseguida cayó en la cuenta del motivo por el que el animal no se movía ni oponía resistencia alguna. Tres flechas de penachos rojos y negros brotaban como estacas de su espalda. El wolkur había sido abatido por las flechas gronings.

La joven nerlinga se volvió hacia el lugar donde los cinco gronings se apostaban en actitud amenazante. Pero había algo extraño en aquellos soldados. Cuando uno de ellos se adelantó unos pasos y cayó de rodillas al suelo llorando desconsolado frente al cuerpo mutilado de Gródolas, Enna comprendió que aquellos gronings eran afines a su causa.

Un segundo groning se adelantó acercándose a la hija de Oerlikon. El legionario contempló su rostro bajo la pálida luz de la luna y de su boca brotó el sonido de una voz familiar:

—E... ¿Enna? —dijo el groning.

—¿Oyvind...? ¡Por Nerlinguia! ¿Eres tú?

Los dos nerlingos se quedaron mirándose como estatuas de piedra durante unos instantes. Varios soldados de la Alianza que acababan de llegar alertados por los gritos de los heridos sacaron prestos las flechas de sus carcajes y armaron sus arcos para hacerlos cantar contra los gronings. Pero al contemplar el emotivo abrazo entre su capitana y aquel groning, bajaron sus arcos y depusieron su actitud hostil.

Enna y Oyvind lloraron abrazados por tan gozoso reencuentro, pero a solo unos pasos de ellos, Ingvar y los tres norteños, Gregas, Lartas y Vaeras, formaban un círculo alrededor del agonizante Gródolas.

—Al final ha sido un wolkur el que ha acabado conmigo... —hablaba en voz muy baja y un hilo de sangre brotaba por la comisura de sus labios.

El wolkur le había mordido en la cara, en el cuello, en el hombro y en el pecho, pero la peor parte se la había llevado su estómago donde la bestia se había ensañado.

—No hables amigo —le dijo Ingvar con lágrimas en los ojos—. No malgastes tus fuerzas. Enseguida vendrán a curarte —trató de darle esperanza sin apenas convicción al ver como Gregas, quien estaba agachado tras Gródolas, negaba con la cabeza.

—No me compadezcas, asesino de wolkurs —y Gródolas esbozó lo que quiso ser una mueca de sonrisa dentro del insoportable dolor que padecía—. Sabes... sabes tan bien como yo que estaré muerto antes del alba. ¡Ay infeliz de mí! —se lamentó—. Cuántas... cuántas veces llamé a la muerte durante mi cautiverio en Eloburgo. Pero cuando ella acudía a mi encuentro le decía que la había llamado para que me ayudara en mi tarea de picador. Sin embargo ahora... ahora que el final... —tosió sangre mientras su voz se apagaba lentamente—, ahora que el final está tan cerca, ahora que podría regresar a Tenkolmar, ahora... ahora es cuando el maldito jinete sin rostro

acude a mi encuentro. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué estúpido fui! Nadie... nadie escapa a su destino —Gródolas jadeó y sus párpados comenzaron a cerrarse sobre sus ojos sin vida.

—¡Gródolas! ¡Gródolas! ¡No te vayas! —le suplicó Ingvar.

Enna y Oyvind se acercaron al círculo que formaban el hijo del trueno y los tres norteños en torno al agonizante Gródolas.

—Enterradme... en... Tenkolmar —rogó el norteño y expiró. Sus párpados se detuvieron a medio camino e Ingvar con suma pena y ternura se los cerró.

El hijo del trueno se levantó poseído por el dolor y la rabia, y elevó su potente voz al cielo que, desde el este, anunciaba la llegada de la aurora:

—¡Yo os maldigo! ¡Yo os maldigo dioses del firmamento! Os maldigo por haber permitido que Gródolas de Tenkolmar haya muerto en estas tierras hostiles. ¿Es que acaso envidiáis nuestra condición de mortales? ¿Es que acaso disfrutáis contemplando cómo mueren los hombres de bien? ¡Abandonad vuestros tronos dorados y descended a Tierra Conocida! ¡Probad en vuestros sagrados cuerpos la mezquindad de una vida perecedera! ¿Es que no os es suficiente con vuestra infinita eternidad?

Oyvind fue el único que se atrevió a acercarse a su hermano para tratar de consolarlo y calmarlo. El resto de los soldados, incluso Gregas, Lartas y Vaeras, retrocedieron ante la cólera desatada del hijo del trueno.

—Cálmate hermano mío. Lo sucedido no es obra de Nerlinguia, ni siquiera de otros dioses que velan por sus pueblos. Es el mal que mora en Groningburgo el que ha provocado todas estas desgracias. Ese mal busca que reneguemos incluso de la piedad de nuestra diosa. Nuestra mortalidad es el regalo de la Sagrada Bestia como Oerlikon y Kiril bien conocen. Fue el Unicornio quien nos salvó del exterminio en la Primera Tierra.

Ingvar cesó de maldecir pero su rostro seguía contraído, enrojecido por la ira. Súbitamente un resplandor colérico incendió sus ojos y gritó con la furia de un trueno a sus hombres:

—¡Corred la voz! ¡Gródolas ha muerto! ¡Hay que vengar a Gródolas! ¡Venganza, venganza, venganza! —y el alko armado con su espada corrió hacia el frente de la batalla sin cesar de gritar.

Los hombres, exaltados por los gritos de Ingvar, corrieron tras él como un torrente desbocado al clamor de “¡Gródolas ha muerto! ¡Venganza, venganza, venganza!”.

Enna aconsejó a Oyvind que acompañase a su gemelo a la batalla. Ella estaría a salvo en la enfermería toda vez que los Wolkurs habían sido abatidos. Oyvind y los tres norteños asintieron y corrieron tras los pasos de Ingvar a través de la menguante oscuridad de la madrugada. El amanecer no tardaría en alcanzarlos y los rayos del sol iluminarían el sangriento lienzo en el que se había convertido el campo de batalla.

La desbocada carrera de Ingvar avanzando entre las tropas aliadas encendió a los

soldados de la Alianza, contagiando especialmente su furia a todos los norteños que escuchaban las aciagas nuevas sobre la muerte del antiguo líder de la Alianza de Tenkolmar. Un incontenible empuje se apoderó de los hombres y desembocó en una terrible ola que surgió desde las entrañas de aquel ejército. Cientos de soldados corrieron hacia vanguardia, donde Kiril y los otros capitanes luchaban sin descanso contra el ataque de la infantería groning. Aquella ola se abrió paso y terminó arrasando con el frente enemigo, sorprendiendo incluso a los capitanes del ejército de la Alianza que contemplaban atónitos cómo un imparable torrente de hombres arremetía con desatada violencia sobre los enemigos. Los gronings cayeron abatidos a cientos y, antes de que la debacle fuera total, se batieron en una caótica retirada. Los gronings que se cruzaron aquella noche con el hijo del trueno y tuvieron la fortuna de escapar con vida, jamás olvidaron la cólera de mil dioses que ardía incendiando sus ojos.

Los gronings se dispersaron y huyeron diezmados hacia las posiciones que ocupaban el grueso de sus tropas. Durante las próximas horas Zornik se pensaría muy mucho volver a hostigar a los aliados sino era con todo el poder de su ejército.

En el frente se produjeron inesperados y gozosos reencuentros. Los de Ingvar, Gregas, Lartas y Vaeras con Simas y Vladas a pesar de que la dicha por volver a verse quedó enseguida postergada por el dolor de la muerte de Gródoles. Vladas se derrumbó al escuchar de boca de Ingvar los detalles de la muerte del norteño.

—Vladas, hermano de sangre —trataba inútilmente de consolarle— juntos llevaremos el cuerpo de Gródoles a su amada Tenkolmar. Allí lo enterraremos en una alta atalaya para que pueda contemplar el mar, el cielo y las heladas praderas de las Tierras Frias. Te prometo que lo haremos y juntos beberemos en su memoria.

Mientras Ingvar se abrazaba a Vladas, Oyvind lloraba de emoción al reencontrarse con Kiril y Maikel, sus dos amigos de la añorada y ahora lejana infancia en Alkoburgo. Los tres alkos sólo se abrazaron, pues no tenían palabras para expresar la alegría por haberse vuelto a reunir. Unos instantes después Ingvar se unió a ellos y, tras permanecer más de un invierno separados, los cuatro alkos volvieron a reír. Juntos de nuevo, esta vez frente a las puertas del infierno, sólo Thelmor ausente contemplándoles ahora dichoso desde la morada de Nerlinguia.

Pero aún hubo tiempo para otro reencuentro. Advertidos por los soldados de que un guerrero con ropajes de guerra groning había liderado al ejército de la Alianza a la victoria ante la infantería enemiga, Los Quince de Klimerik al completo acudieron curiosos desde el flanco en el que combatían, a conocer a aquel misterioso guerrero. Cuando Narno contempló a Oyvind abrazado a Kiril, Maikel y otro hombre que parecía el reflejo del alko robado de un espejo, se frotó los ojos pensando que se trataba de una ilusión, de uno de esos sueños que rayaban la locura, quizás ya transformado en su pétreo estado sin aún haberse percatado de ello.

El gigante avanzó con grandes zancadas hacia el hijo del relámpago y, apartando de un empujón a Kiril, Ingvar y al corpulento Maikel como si fueran hojas marchitas,

estrujó entre sus brazos a Oyvind:

—Testarudo peregrino, te escapaste como un ladrón en mitad de la noche. Abandonaste a tu compañero de viaje. Eres un traidor, peregrino —dijo emocionado Narno.

—¡Ja, ja, ja! —rió Oyvind—. ¡No me abrases tan fuerte o moriré ahogado! —y volvió a reír—. Sabes que si te hubiese contado mi plan no me habrías dejado marchar, o incluso peor, habrías querido acompañarme. Tu maldición te habría perseguido y te habría conducido a la muerte en Groningburgo. Sabes que no te abandoné; te dejé en la mejor de las compañías —dijo mirando a Aimon y al resto de Los Quince de Klimerik—. Ahora eres uno de ellos, un celko más, y tu destino está ligado al suyo al menos hasta el final de esta sangrienta guerra.

—Me abandonaste —insistió testarudo Narno—. Pero te perdono, Oyvind Sopló de Viento. Durante tu ausencia he comprendido que no puedo dirigir tu destino, ni siquiera yo soy dueño del mío —apartó los ojos de los del alko para ocultar su tristeza—. Y ese destino me persigue incansable amanecer tras amanecer. Y hoy no será una excepción.

Narno volvió su mirada hacia el este y vio las luces de la aurora perfilar la silueta de las lejanas cumbres de la Cordillera Savakien.

—Ésta ha sido una noche provechosa —le dijo el Guardián a Oyvind sonriendo mientras le mostraba la sangre coagulada sobre los filos de su hacha de dos cabezas—. Confío en que mañana lo sea más, pero ahora debo irme. Mi destino me llama —y el alko asintió solemnemente.

Narno se alejó seguido por Los Quince de Klimerik.

—Tienes razón —dijo volviéndose hacia Oyvind—. Mi destino está atado al de estos celkos que celosos velan mis sueños —y se alejó veloz para ocultarse de la caricia de los rayos del sol—. Tienes razón —musitó ahora para sí cuando alcanzó la arboleda bajo la que dormiría su sueño de piedra durante el día—. Siempre la tienes, testarudo peregrino —repitió, y su boca quedó sellada en el instante en que el primer rayo de luz le alcanzó convirtiéndole en una grandiosa estatua de piedra.

## LA DECISIÓN DE THERLIANGATOR

**E**l nuevo día trajo una breve y forzada tregua entre los dos ejércitos. Mientras Zornik maldecía la torpeza y cobardía de su infantería y se reunía con Zotelen e Inorkul para pergeñar el ataque definitivo, en el campamento aliado se celebró un encuentro entre los capitanes al que también fueron invitados Oyvind e Ingvar.

Mientras tanto, Gregas, Lartas y Vaeras desayunaban unas gachas junto a Vladas tratando de consolarlo, de apartar de su corazón la honda pena que le embargaba por la muerte de su inseparable hermano de cautiverio Gródolas.

Kiril exponía con calculada precisión su visión de lo que ocurriría en las próximas horas. Aprovechando la confusión producida por los ataques gronings que se habían ido sucediendo durante la madrugada, el Rey Nerlingo había enviado dos parejas de exploradores hacia el oeste (una de ellas formada por Olaf y Lonar), para tratar de descubrir qué había sucedido con las huestes de la Estrella del Desierto. No sólo necesitaba saber si podría contar con los refuerzos sureños, sino también si debía estar preparado para un ataque desde el oeste en caso de que los hombres del sur hubiesen sido derrotados por las huestes de Zornik. Ninguno de los presentes en el concilio, incluida Enna, tuvieron fuerzas esta vez para contradecir la determinación y vehemencia con la que Kiril expuso su plan.

—Los gronings volverán a atacar antes del mediodía —vaticinó Kiril—, y esta vez golpearán con todas sus fuerzas.

—Los gorglins son temibles y diestros luchadores —dijo Oyvind—. Ingvar y yo nos enfrentamos a ellos en Groningburgo tras caer en una emboscada. Apenas si pudimos hacer algo más que salvar nuestras vidas.

—Son mortales como nosotros —añadió Ingvar irritado, aún la cólera por la pérdida de Gródolas ardiendo en sus ojos—. Si alguno de ellos vuelve a ponerse al alcance de mi espada, esta vez de nada le servirá su filo de hoja de sierra.

—No debemos permitir que sea la ira quien guíe nuestros actos —respondió Kiril—, pues nos llevaría a la ruina.

—Ira —suspiró Ingvar con ironía—. Terrible y hermosa palabra. Si mi corazón ya no puede soportar el dolor por la muerte de Gródolas, la angustia por la suerte de Ira, por el destino de la mujer de la que me he enamorado, devora mi alma. Ojalá los gronings nos ataquen ahora. Así acabaremos de una maldita vez con esta insoportable espera. Cuando los derrotemos y todo haya terminado cabalgaré en busca de Ira y, una vez la haya encontrado y liberado, viajaré al norte, a Tenkolmar, para dar sepultura al llorado líder de la Alianza del Norte.

—Tiempo habrá de cumplir esas promesas, Ingvar —dijo Oerlikon—. Mas ahora deberá ser la cordura la que rija nuestros actos. De otra forma la única esperanza de victoria se desvanecerá como una estrella fugaz en el oscuro firmamento.

El alko miró fijamente a los ojos de Oerlikon, pero su mirada ausente se perdió en las nebulosas de sus pensamientos, en las regiones del norte más allá de

Groningburgo.

Los halcones de Zornik y Zotelen volaban de este a oeste, planeando veloces a gran altura sobre las caprichosas corrientes de aire que soplaban con gran intensidad sobre el Corredor de Groningburgo. Barrieron el cielo escrutando toda la barrera montañosa de los Guardianes de Groning, dejándose arrastrar hasta las fronteras con Tierra Seca. Por el contrario, en el campamento aliado reinaba la calma y, tras haber recuperado fuerzas con el desayuno, muchos hombres aprovechaban esos instantes para dormir un alerta duermevela. Los capitanes preveían que durante ese día podría decidirse el signo de aquella batalla y quizás también el de la guerra. Incluso los dioses parecían haberse tornado un respiro tras velar durante interminables jornadas a sus protegidos. El cielo seguía despejado, los oscuros vapores de la pérfida lania concentrados sobre la fortaleza de Zornik, y un fresco viento del este flotaba sobre la nieve que cubría las praderas del Corredor de Groningburgo.

Antes del mediodía los centinelas del flanco oeste alertaron a los capitanes. Dos jinetes se acercaban a galope tendido hacia el campamento. Los gronings también se percataron de la existencia de aquellos jinetes y enviaron un contingente de veinte hombres a caballo para tratar de interceptarlos. Kiril reaccionó con presteza y envió dos grupos de jinetes, uno para enfrentar a los gronings y obstaculizarlos en su objetivo y otro para tratar de proteger a los jinetes. Gracias a la élfica vista de Oyvind, el alko distinguió en la lejanía el enjuto cuerpo del espíritu errante, pues eran Olaf y Lonar quienes galopaban en dirección al campamento aliado.

Los jinetes norteños enviados por Kiril interceptaron a los gronings antes de que pudieran capturar a los dos exploradores, enzarzándose en una lucha cuerpo a cuerpo. Los norteños, con la muerte de su querido Gródolas aún presente, embistieron con toda su rabia y furia a los gronings que enseguida se vieron superados. Cuatro norteños murieron, pero fueron doce los gronings que cayeron bajo las espadas y lanzas de los de Tenkolmar. Ante la inminente derrota, los supervivientes gronings decidieron retirarse. Desde el campamento aliado sonaron los cuernos, obligando a los norteños a regresar, pues sus ansias de venganza les empujaban a perseguir a los gronings hasta acabar con el último de los jinetes. Muy a su pesar tuvieron que regresar al campamento, mientras la estela de los gronings se perdía hacia las posiciones donde el ejército de Zornik se acantonaba.

Olaf y Lonar alcanzaron sanos y salvos el campamento. Sin perder un solo instante descabalaron de un salto de sus monturas e informaron a Kiril y los capitanes:

—¡El príncipe Ilanit avanza a solo tres millas de aquí! Probablemente se encuentre ya a dos millas de distancia —dijo exultante y jadeante Olaf.

—¡Son muchos, cerca de dos mil hombres! ¡Todos en sus carros de combate! —añadió entusiasmado Lonar.

—¡Fantástico! —gritó Maikel—. Con las fuerzas sureñas de nuestro lado

podremos vencer a Zornik.

—No será fácil —respondió Kiril—. Zornik cuenta con miles de hombres y una negra magia que lo protege. Pero es cierto, la llegada de Ilanit infundirá un gran respeto a sus tropas.

—Además equilibraremos los contingentes de caballería. Ya no les será tan fácil a los gronings atacar nuestros flancos —pensó en voz alta Aimon.

—Hoy la fortuna nos sonríe —dijo Simas—. Si los dioses también están de nuestro lado esta será la oportunidad de acabar con la tiranía de Zornik. ¡Victoria o muerte!

—¡Victoria o muerte! —gritaron los demás, pero Kiril y Oerlikon permanecieron en silencio, pues sabían que sólo un gran ejército no sería suficiente para acabar con el reinado del mal del Zornik.

Olaf y Lonar continuaron relatando a los capitanes su encuentro con el príncipe Ilanit. Durante su avance hacia el oeste, bordeando la falda meridional de los Guardianes de Groning habían sido hostigados sin descanso día y noche por partidas gronings. Cerca de trescientos sureños habían perdido la vida en esos combates, pero también los gronings habían sufrido numerosas pérdidas, siendo muchas de sus compañías masacradas por las tropas del reino de Saralamath. Tras bordear las estribaciones occidentales de la cadena montañosa, apenas si encontraron ya resistencia a su avance, por lo que marcharon recorriendo muchas millas cada jornada, recuperando parte del retraso acumulado.

Ambos exploradores narraron cómo el corazón les dio un vuelco cuando la pasada luna divisaron a lo lejos la gran caravana de carros de combate sureños. Ambos se acercaron con los brazos en alto en señal de paz y, tras una breve conversación con el príncipe y su capitán Senthilkumar, Ilanit ordenó a Olaf y Lonar que partieran hacia el campamento para transmitir su plan a Kiril. Dividirían sus tropas en dos grandes compañías: la primera y más numerosa al mando de Ilanit, concentrando casi las dos terceras partes de sus hombres, todas las trigas y cuadrigas y un pequeño número de bigas, se dirigiría hacia las posiciones ocupadas por Kiril y su ejército. La segunda compañía, comandada por Senthilkumar al mando de unos quinientos hombres montados sobre bigas, se separarían de la compañía principal tratando de sorprender a los gronings desde el noroeste con un ataque fugaz, buscando causar el mayor daño posible en las legiones de Zornik para después replegarse veloces hacia el campamento aliado. El objetivo de este ataque, además de debilitar a las tropas gronings era que los legionarios perdiesen sus posiciones y persiguiesen a los sureños, con lo que las reforzadas huestes de Kiril podrían atacarlos ordenadamente desde el frente y los flancos.

Apenas si Olaf había terminado de transmitir las nuevas cuando una miríada de cuernos tronó a una milla de distancia en las llanuras del Corredor de Groningburgo. El eco de aquel bramido se extendió por doquier alcanzando el ensangrentado campo de batalla que separaba a ambos ejércitos. Los aliados miraron hacia el oeste y el



reflejo del sol sobre la pulida superficie de cientos de escudos metálicos cegó sus ojos. En las posiciones gronings el silencio se adueñó de los legionarios que contemplaron boquiabiertos la irrupción de aquella formidable tropa montada sobre sus temibles carros de combate. Los aliados prorrumpieron en vítores gritando al cielo en honor a los sureños y a los dioses por no haberles abandonado.

Los hombres de Ilanit recorrieron al galope la última milla de su viaje y formaron ordenadamente en la vanguardia aliada mirando hacia el norte, desafiando a las tropas de Zornik. Cuando todo el contingente sureño estuvo formado, hicieron sonar sus cuernos y aquel potente y regio sonido hizo temblar a los legionarios. Los halcones que volaban sobre el campamento enemigo regresaron aleteando con fuerza hacia el norte. Incluso Zornik parecía impresionado por la demostración de fuerza que el ejército de la Alianza estaba llevando a cabo. El rey brujo ordenó que sus tropas retrocedieran media milla hacia el norte, amagando con retirarse hacia su bastión de Groningburgo.

Cuando los aliados vieron el movimiento de las tropas enemigas gritaron enardecidos e hicieron sonar de nuevo sus cuernos. Los capitanes sonreían y vitoreaban a Ilanit y al ejército de Saralamath. Kiril se adelantó junto a Oerlikon, Maikel y Simas, para saludar al príncipe.

—Eres más que bienvenido, Ilanit —dijo Kiril.

—Por fin juntos de nuevo. Todas y cada una de las pasadas lunas recé a los dioses del desierto para que siguieseis con vida.

—Como ves lo hemos logrado, a pesar de que muchos cayeron en el Paso del Gorglin —dijo Maikel.

—También nosotros sufrimos grandes pérdidas, pero las bajas gronings doblaron las nuestras.

—Habéis realizado un enorme y generoso sacrificio —dijo Simas—. Nadie en Tierra Conocida podrá olvidar jamás la sangre que los hombres del sur derramaron por la libertad de los pueblos libres —y el príncipe agradeció las palabras del líder norteño con un ceremonial gesto.

—Olaf y Lonar me han transmitido tu mensaje. ¿A qué distancia se encuentra Senthilkumar? —preguntó Kiril.

—Es un escorpión a punto de picar a su presa —respondió misterioso Ilanit—. Ordena a tus hombres que se preparen. Antes de que el sol se coloque sobre nuestras cabezas la sangre volverá a ser derramada. Vuestras tropas deberán mantener estas posiciones y avanzar siempre hacia el norte. No sigáis a nuestros carros. Senthilkumar y mi compañía tratarán de dividir a las fuerzas gronings. Ése será el momento en el que tendréis que atacar, siempre de frente, siempre hacia el norte.

—De acuerdo —asintió Kiril, comprendiendo lo que el príncipe planeaba ejecutar.

—¡Mirad! —gritó Maikel—. Los gronings se revuelven y desplazan su vanguardia hacia el oeste. ¡Parece que Senthilkumar carga contra ellos!

En efecto, desde el requiebro que el camino hacia Groningburgo realizaba en dirección noroeste, la compañía de Senthilkumar emergió como una bandada de águilas en busca de su presa. Atacaron inesperadamente el flanco occidental de las tropas gronings desde la retaguardia, emergiendo entre las suaves ondulaciones del terreno tomando por sorpresa a los legionarios. El grueso del ejército giraba en esos instantes hacia el oeste, pues las bigas de Senthilkumar habían irrumpido causando un gran daño en aquel flanco.

Como Ilanit había previsto, los gronings bascularon hacia la zona por la que estaban siendo atacados. El príncipe hizo entonces sonar su cuerno y más de mil quinientos sureños partieron en estampida en apoyo de Senthilkumar. El polvo y la nieve se fundieron en una gran nube que, tras el paso de los carros de guerra, mostró cientos de profundas rodaduras sobre las vastas llanuras, cicatrices que la cruenta batalla dibujaba sobre Tierra Conocida.

Los hombres de Senthilkumar seguían causando un gran daño en las primeras filas del flanco groning, pero lentamente su empuje comenzó a menguar. La compañía del príncipe Ilanit se encontraba ya a menos de media milla de Senthilkumar cuando del cuerpo principal del ejército enemigo surgió una gigantesca compañía de caballería, más de mil jinetes que veloces se lanzaron contra el capitán sureño. Al mismo tiempo, más de mil legionarios formaron una barrera a vanguardia del ejército, sus largas lanzas al frente, una gran empalizada tras la que se parapetaban medio millar de arqueros, todos avanzando acompasadamente con paso firme hacia el oeste. El resto de las fuerzas gronings, incluyendo los temidos gorglins quedaron apostados frente a las tropas que ahora comandaba Kiril.

La caballería groning cayó con toda su fuerza contra la compañía de Senthilkumar. Reducida la inercia y la velocidad de sus carros tras la embestida inicial y ayudada por la excelente labor defensiva de los gronings, los sureños vieron reducida la amplitud de sus maniobras de ataque a pesar de la agilidad de las bigas, lo que los jinetes gronings aprovecharon para atacar desde el sur a los de Saralamath. Senthilkumar pasó de sorprender a los gronings a verse acorralado. El empuje de la caballería enemiga desde el sur le obligó a retroceder por el camino a Groningburgo para poder reagruparse y cargar de nuevo contra los gronings, mientras la férrea muralla defensiva de los legionarios desde el flanco occidental mantenía alejada a la compañía de Ilanit.

El príncipe y los soldados que le acompañaban en su gran cuadriga espoleaban a sus caballos, viendo que Senthilkumar era obligado a replegarse hacia el norte. Mientras tanto los legionarios y arqueros se habían colocado a una distancia desde la que podían hostigar sin riesgo a los sureños. Su ataque no se hizo esperar y miles de flechas volaron desde sus arcos oscureciendo el cielo. Las flechas cayeron como mortales presentes sobre los hombres de Ilanit. Decenas cayeron abatidos por las saetas enemigas y trigas y cuadrigas chocaron entre ellas mientras cabalgaban desbocadas sin jinete alguno que las dirigiese. Una segunda lluvia de flechas brotó de

los arcos gronings y, aunque esta vez la mayor parte de las saetas terminaron ensartadas en los escudos sureños, el ataque obligó al príncipe Ilanit a alejarse hacia el oeste para ponerse fuera del radio de alcance de los arcos gronings, mientras Senthilkumar continuaba replegándose hacia el norte.

—Lanza a tus gorglins —ordenó Zornik a Inorkul desde las primeras filas de la vanguardia enemiga—. Que los legionarios carguen contra los rebeldes —mandó ahora a Zotelen.

Sin pronunciar una sola palabra, Inorkul hizo sonar su cuerno y un extraño sonido brotó de él, un sonido inhumano, como el aullido de una bestia. Cuando el bramido del cuerno cesó, Inorkul espoleó a su caballo y galopó hacia el oeste. A continuación fue el turno de Zotelen quien también hizo sonar su cuerno, al que replicaron los tambores de guerra groning y todo el ejército enemigo comenzó a avanzar cadenciosamente contra Kiril y los suyos.

La batalla se complicaba para los aliados. Ilanit había creído que el inesperado ataque de Senthilkumar desde la retaguardia tomaría por sorpresa a los gronings sumiéndoles en una caótica confusión. De esa manera dividiría al flanco occidental del resto del ejército y así, entre la compañía de Senthilkumar y sus hombres, diezmarían a los gronings apresándolos en una mortal tenaza. Pero Zornik disponía de los mejores espías, sus halcones, quienes la pasada luna advirtieron la separación de ambas compañías. El rey brujo prefirió sacrificar a parte de sus hombres para que los sureños creyeran que los habían sorprendido con aquel ataque, y así después contraatacar calculadamente de una forma devastadora.

—El cazador cazado —se relamía de satisfacción el rey brujo.

Senthilkumar creyó haber logrado una distancia de seguridad respecto a la caballería groning y detuvo su retirada para reagruparse y volver a cargar contra el enemigo. De súbito, tras los requiebros del camino que venía de la capital, surgieron de la nada quinientos gorglins que emboscaron a los sureños. Con sus espadas de hoja de sierra desenvainadas se lanzaron sobre las bigas de Saralamath para entablar un cruento y sangriento combate cuerpo a cuerpo. No tardó en unirse a ellos la caballería groning que llegaba desde el sur embistiendo con furia a los invasores.

La ruina cayó sobre la compañía de Senthilkumar. Pese a que opusieron una feroz resistencia los enemigos les superaban en número de tres a uno, y los gorglins, las tropas de élite de Zornik, comenzaron a imponer su destreza con la espada. Percatándose de la desesperada situación, el príncipe Ilanit no tuvo más remedio que dividir a su compañía: la mitad de los hombres comandados por él mismo galoparon en ayuda de Senthilkumar, mientras la otra mitad cargaba frontalmente contra la empalizada de lanzas que protegía a los arqueros quienes continuaban hostigándoles desde el noreste. Desde sus posiciones Kiril y los capitanes veían alarmados tornar el signo de la batalla al color rojo y negro groning. Zornik había mantenido ocultas a parte de sus huestes entre Groningburgo y el campo de batalla y la aparente igualdad numérica volvía a decantarse a favor del ejército del rey brujo.

Los gorglins y la caballería groning habían acorralado a los últimos cuarenta supervivientes de la compañía de Senthilkumar, quien con su cimitarra encabezaba la última defensa y mantenía viva la esperanza de los soldados que le acompañaban. Las primeras trigas y cuadrigas comandadas por Ilanit embistieron a la caballería groning, la cual se enfrascó en bloque en una descarnada lucha contra la compañía comandada por el príncipe, dejando a los gorglins la tarea de acabar con los últimos sureños. Las trigas y cuadrigas seccionaron decenas de extremidades de los corceles y sus lanzas y flechas causaron numerosas bajas a los gronings. Pero la caballería formaba un apretado rectángulo, una gruesa muralla que impedía a los sureños socorrer a sus hermanos.

Los hombres caían alrededor de Senthilkumar y aún no había habido un solo gorglin capaz de acabar con el capitán sureño. Era el más diestro espadachín del reino de Saralamath y de todos los reinos más allá de la Barrera de Dunas. Ahora luchaba con un gorglin arropado solamente por una docena de soldados. Con una certera estocada acabó con él y por un instante miró hacia el sur, y vio una marea de jinetes gronings, un dique de contención que impedía el paso a su príncipe y amigo. Observó cómo sus hermanos luchaban a sólo unos pasos de allí tratando inútilmente de llegar hasta ellos. Su mirada se perdió más allá de la batalla, muy lejos, muy al sur, y creyó contemplar su amado Desierto Rojo, la tierra de ardientes arenas y noches estrelladas.

—Volveré a verte desde el cielo —susurró y abandonó aquella extraña ensoñación.

Presintió que su destino se acercaba, que la muerte lo llamaba a su morada. De entre el polvo, la nieve y la sangre, surgió la oscura figura de un jinete, un guerrero despiadado que galopaba hacia él para arrebatarse su alma.

—El jinete sin rostro cabalga a mi encuentro —musitó Senthilkumar preparándose para repeler el ataque.

Inorkul obligó a su caballo a recortar bruscamente en el último instante, esquivando al capitán de Saralamath con una pirueta propia de un arlequín. Senthilkumar, cansado por la dura lucha, no pudo anticipar el movimiento del corcel de Inorkul y erró el mandoble que lanzó contra el gorglin. Inorkul, aprovechando que Senthilkumar tenía su guardia desprotegida, lanzó un tajo con su espada de hoja de sierra a la espalda del sureño, desgarrándole de lado a lado la piel. El capitán de Saralamath se tambaleó e hincó sus rodillas en el suelo. Inorkul bajó de un salto de su montura y, sin dar tiempo a que Senthilkumar pudiera mirarle a los ojos, le cercenó la cabeza. La boca del sureño quedó abierta mientras su cabeza rodaba por el suelo, dibujando en su paladar el sonido de las últimas palabras que el gorglin le había privado de pronunciar.

Alrededor de Senthilkumar siguieron cayendo los escasos soldados sureños que aún quedaban en pie. Los gorglins no mostraron piedad y no cejaron hasta acabar con el último de ellos. Tras aniquilar a la compañía de Senthilkumar, Inorkul ordenó a sus hombres acudir en ayuda de los legionarios y arqueros, que al contrario que ellos,

estaban siendo diezmados por la compañía sureña.

Apenas si el príncipe Ilanit pudo mantener su coraje y templanza cuando contempló destruida la compañía de Senthilkumar. Su más fiel y valeroso capitán, su amigo y confidente había muerto en aquellas hostiles praderas nevadas. Pero no pudo hacer otra cosa más que reponerse y recuperar el valor al ver cómo los gorglins se disponían a atacar al otro contingente de sureños.

La compañía de Ilanit, a pesar de no haber podido avanzar demasiado, estaba causando numerosas bajas en la caballería groning obligándoles lentamente a retroceder. El futuro rey de Saralamath, al toque de su cuerno, ordenó a sus tropas replegarse hacia el este para reunirse con la compañía contra la que ahora cargaban los gorglins. En el centro del campo de batalla, un gran contingente aliado comandado por Simas luchaba pie a tierra frente a los primeros legionarios que Zornik había enviado contra las huestes de Los soldados de ambos ejércitos cubrían el Corredor de Groningburgo, y el entrecocar del acero y los gritos de dolor componían la devastadora melodía de aquella tormenta de sangre y muerte. La gran batalla se había desatado y el jinete sin rostro robaba por docenas las almas de los hombres cubriendo aquellos vastos territorios de incontables cadáveres.

El tiempo que transcurrió desde que el sol alcanzó su cénit hasta que el cuerno de Kiril rugió ordenando el repliegue de las tropas aliadas a las estribaciones del Paso del Gorglin, fueron las horas más horribles y sangrientas jamás antes vividas en Tierra Conocida.

La pradera nevada se tiñó de un color rojo purpúreo. La sangre derramada de nerlingos, gronings, bortigos, skelingos, luinas, esmugas, lupenos, gorglins, sureños, norteños y jinetes de Tierra Seca, mezclada con la nieve y el barro formó un siniestro lodazal sobre el que el negro corcel del jinete sin rostro galopaba desbocado. Cientos, miles de cadáveres yacían marchitos sobre las praderas, despojos de la cosecha que la muerte acababa de recolectar.

Kiril, en el fragor de la batalla, mientras segaba decenas de vidas blandiendo a Darbrethil, tuvo una visión, un instante en el que el tiempo se congeló, en el que sus aliados y sus enemigos quedaron paralizados formando un aterrador lienzo en el que sólo se dibujaban trazos de muerte y destrucción. En aquel apocalíptico tapiz contempló cientos de cuerpos sin vida desgarrados por el acero y las bestias, de grandes capitanes como Gródolas o Senthilkumar y de desconocidos que, por voluntad propia, se unieron lunas atrás a la causa nerlinga. Miró en torno a sí y vio a Maikel, el siempre fiel escudero, a Enna, herida pero indómita, a Oyvind e Ingvar, la cólera desatada del relámpago y el trueno, a Simas y Vladas, la esperanza de Tenkolmar, y a muchos otros más, y entonces se preguntó hasta cuándo debería continuar sangrando la tierra, hasta cuándo la savia que corría por el árbol de la libertad tendría que ser derramada. Decidió entonces que su hora había llegado; el sacrificio del Elegido debía poner fin a aquella era de infortunio.

—Es la hora de mi destino —murmuró en el sepulcral silencio que sitiaba la

imagen del campo de batalla suspendida en aquel tiempo congelado.

Kiril, el gran Therliangator, tomó su cuerno y lo hizo sonar con furia desmedida, exhalando hasta la última gota de aire que quedaba en sus pulmones. El tiempo volvió a fluir y con él la sangre que manaba de los cuerpos lacerados por el acero. La voz de Kiril se escuchó a lo largo y ancho del Corredor de Groningburgo. “¡Reagruparse y replegarse! ¡Reagruparse y replegarse!”. Nadie osó discutir las órdenes del Rey Nerlingo y hasta la última de las compañías aliadas, infantes, arqueros, caballería, caballería pesada, bascularon como un único ser, agrupándose en una compacta formación. No quedó enemigo con vida que pudiera detener el reagrupamiento del ejército de la Alianza. Ni los sanguinarios gorglins pudieron impedirlo. En el frente, cientos de lanceros mantenían a raya a la vanguardia enemiga y, tras ellos, la infantería de a pie se entremezclaba con los arqueros. Todos retrocedían ordenadamente, paso a paso, sin dejar de mirar a los ojos del ejército enemigo. La caballería y las bigas, trigas y cuadrigas de Saralamath retrocedían veloces ocupando prestas sus posiciones en ambos flancos.

Un redoble de tambores gronings desde las posiciones de retaguardia, en las que Zornik permanecía contemplando la batalla, detuvo el avance del ejército enemigo, obligando a los gorglins y legionarios a mantener sus posiciones sobre aquel sangriento lodazal.

El ejército aliado detuvo su retirada tras distanciarse más de un tercio de milla del frente enemigo. Kiril desmontó de su caballo y, sin permitir que nadie se atreviera a cuestionar su retirada, gritó con voz grave e imperiosa:

—¡Pluma y pergamino! ¡Necesito una pluma y un pergamino!

Aquellas palabras hicieron saltar las lágrimas en los ojos de Enna. La joven no pudo contenerse y fue la única que se atrevió a hablar:

—¿Por qué lo haces? ¿Por qué? ¡Será tu perdición! —dijo sollozando desconsolada.

—¿Cuántos más han de morir para que nosotros seamos felices? ¿Cuántos más han de caer para que todo esto acabe? ¿Acaso quieres que muera tu padre? ¿U Oyvind? ¿O Simas? No permitiré que se acabe con más vidas. Ya no puedo soportar el peso de tantas muertes sobre mis espaldas —terminó con el corazón desgarrado.

En ese instante llegó un luina portando un pergamino y una pluma de faisán y tinta negra. Kiril se sentó en el suelo y, apoyando el pergamino sobre su escudo, comenzó a escribir en él. Todos le contemplaban cariacontecidos, sabedores del significado de aquellas palabras que ahora plasmaba en el papiro.

Therliangator redactó un breve mensaje y pidió un arco y una flecha que Oyvind le acercó diligente. Kiril desató la cinta azul que se anudaba a su aún incipiente trenza y ató con él el pergamino que había enrollado alrededor de la saeta. Se adelantó diez pasos e hizo sonar su cuerno. Después colocó la flecha en el arco y, tensando la cuerda con todas las fuerzas que pudo reunir, disparó la flecha mensajera hacia el ejército de Zornik. Un círculo se abrió en las filas enemigas y la flecha cayó en su

centro geométrico. Un gorglin surgió de entre los miles de legionarios y, recogiendo la flecha, la llevó veloz al lugar donde Zornik permanecía apostado.

La espera fue insoportable. Un silencio aún más espantoso que el del camposanto en la madrugada se apoderó del campo de batalla. El mundo pareció enmudecer, pero aquel infernal silencio también fue breve. De entre las filas de la vanguardia enemiga surgió un arquero y, al igual que Kiril, hizo sonar un cuerno antes de disparar una flecha en dirección al ejército de la Alianza. La flecha lanzada por el arquero se clavó con precisión a cinco pasos de Therliangator. Con gran solemnidad el Rey Nerlingo caminó hacia ella, tomó el pergamino que estaba atado a la flecha y leyó la concisa respuesta que Zornik había escrito sobre el pergamino que Kiril le había enviado:

*“Tu generosidad me conmueve, pero no impedirá que mañana acabe contigo y descubra el escondite del Unicornio”.*

El nerlingo se volvió para mirar a los capitanes y, con voz grave pero serena, les dijo:

—Ha llegado la hora de ser dueños de nuestro destino.

## EL VUELO DE EULUR

**E**l día agonizaba en los territorios groning. Aquel cálido viento del este se resistía a abandonarlos, empujado por una extraña y lejana fuerza, quizá el aliento de miles de almas del extinto reino de Esreghaia que trataban de insuflar valor y esperanza al ejército de la Alianza. Lo cierto era que ese viento estaba logrando derretir la nieve, haciéndola desaparecer de las vastas praderas del Corredor de Groningburgo. La luna y las estrellas volverían esa noche a engalanar el solitario firmamento y, si nada cambiaba, la mañana del nuevo día en la que Kiril y Zornik se enfrentarían en combate singular, luciría luminosa y esplendorosa en honor a los dos guerreros.

La calma se había aposentado en ambos campamentos. Los soldados de ambos bandos sabían que la tregua no se rompería esa noche, no al menos hasta que concluyese el *Duelo de Reyes*, como ya muchos lo habían llamado. A pesar de la inquietud por la espera, todos decidieron reponer fuerzas y descansar aguardando los acontecimientos que les depararía el día venidero. Los soldados de la Alianza devoraron con avidez la solitaria ración de comida que se repartió, pues las provisiones comenzaban a escasear y los capitanes habían decidido racionarlas. Si después del combate singular la guerra se prolongara, los aliados deberían enviar a una compañía más allá de Puente de Piedra para garantizar la intendencia de su ejército.

Por el contrario en el campamento groning se respiraba una mayor euforia que en el campamento aliado. Gronings, gorglins y jinetes de Tierra Seca habían recibido con agrado la noticia de aquel combate singular entre los líderes de ambos ejércitos. Todos habían podido contemplar alguna vez lo diestro, rápido y letal que era Zornik en la lucha. Cuando el rey brujo lo deseaba era capaz de degollar a su víctima sin que ésta pudiera siquiera darse cuenta de que ya estaba muerta. A esa euforia contribuyó la orden de Zornik de repartir una ración doble de cena a cada soldado además de cuatro vasos de vino. Los gronings se hallaban acampados a menos de quince millas de su capital, por lo que las provisiones no escaseaban como en el campamento aliado. El acantonamiento groning bullía festivo cuando cayó la noche, contrastando con el mortecino silencio que envolvía a los soldados de la Alianza. Si de ello dependiera el resultado del combate de mañana, Zornik habría ganado con solvencia de antemano el *Duelo de Reyes*.

Bajo la pálida luz de la luna, Kiril inspeccionaba en compañía de Oyvind la frondosa arboleda que rodeaba al gran claro donde había retado a mortal combate a Zornik. Caminando entre los árboles pensaba en Enna y en cómo la joven le había evitado durante toda la noche, triste y enojada por la decisión de Kiril, por haber roto la promesa que sólo un día antes había realizado.

—¿Por qué me has pedido que te acompañe? —le preguntó Oyvind viendo caminar taciturno a Kiril—. ¿No deberían haber estado aquí contigo Enna o Maikel?



Ella te ama y te ha seguido desde que partiste de Caterziveen para luchar en la Batalla del Taquakland. O bien Maikel, tu fiel escudero desde que huimos de Lothikaton. No os habéis separado en ningún momento desde entonces y nadie mejor que él podría protegerte hasta tu duelo con Zornik.

—Puede que tengas razón, Oyvind —contestó con tristeza—, pero ahora necesito tus ojos, los más agudos y penetrantes de toda Tierra Conocida. Además no creo que hubiera sido una buena idea acudir con Enna a contemplar el lugar donde quizá mañana yazca agonizante traspasado por la espada de Zornik. Y aunque se lo hubiese pedido, esta noche no me habría acompañado —y guardó un profundo silencio—. Y Maikel, mi hermano de sangre Maikel. A él le he pedido que cumpla otro cometido; que en estos trascendentales momentos proteja a lo que estimo más que a mi propia vida. Le he obligado a jurar que permanezca al lado de Enna, que la proteja con su vida si es necesario, pase lo que pase en el duelo, y que jamás permita que los gronings la tomen como esclava. Con gran pesar me ha jurado que así lo hará, pues no deseaba otra cosa más que permanecer junto a mí en esta hora oscura.

Oyvind asintió, percibiendo el dolor del alko por la ausencia de Enna y Maikel, pero continuó caminando en silencio entre aquellas apretadas comunidades de pinos y abetos que ahora parecían bañados por la nieve recién derretida. Siguieron internándose entre los árboles y no tardaron en salir al gran claro, un círculo de hierba alfombrada circundado por los altos pinos y abetos a modo de empalizada. Un circo en el que dos gladiadores se batirían en un combate a vida o muerte para decidir la suerte de Tierra Conocida.

—Mañana me acompañarás hasta este lugar —dijo Kiril volviéndose hacia Oyvind tras un largo silencio. El Rey Nerlingo se quedó apostado a la entrada del claro contemplando, bajo la débil luz de las estrellas, los árboles que le rodeaban. No había querido encender ninguna antorcha para no alertar al campamento groning. Kiril estaba convencido que ningún enemigo merodearía por el lugar del duelo, pues sabía que Zornik lo despreciaba y sólo pensaba utilizarlo para después desembarazarse de él como un despojo a merced del jinete sin rostro—. Aquí me encontraré con Zornik. Él llegará acompañado por otro hombre y ambos velaréis porque sólo podamos luchar con la espada. Os aseguraréis de que no haya nadie más alrededor del lugar del duelo y después os retiraréis a las posiciones donde aguarden las tropas. Quien salga victorioso del combate declarará la victoria de su ejército.

—Kiril... —dijo dubitativo Oyvind—. ¿Qué debemos hacer si... si tú mueres?

El hijo de Akrog esbozó una sonrisa y dirigió su mirada a lo más profundo e insondable del cosmos.

—Luchar. Seguir luchando —respondió—. Hasta la muerte, pues ése será el destino que os aguarde si decidís claudicar ante Zornik. Si yo muero, ese miserable no dudará en pasar a cuchillo a aquellos que se rindan ante él confiados en recibir su clemencia —Kiril se giró y aferró con sus manos los hombros de Oyvind—. Luchad, Oyvind, luchad en busca de un mañana de esperanza. Yo sólo soy uno entre miles de

hombres y mujeres de noble corazón. No es Kiril, no es Therliangator quien cambiará la suerte de este mundo. Será la determinación y la fuerza con la que luchan esos soldados que ahora descansan en nuestro campamento y muchos otros que se unirán a nuestra causa los que devuelvan la paz y libertad. Sed fuertes, Oyvind. Hay grandes líderes entre esos hombres y mujeres: tú, Ingvar, Simas, Aimon, Maikel, Oerlikon, y por encima de todos Enna, brava capitana, mortífera guerrera que acaudillará a las tropas si yo caigo. Oerlikon la educó para liderar el clan de los alkos perdidos, para ser la nueva Kliat, la guardiana del secreto de nuestro pueblo. Entre todos, uniendo vuestras fuerzas, seréis más poderosos que cien Therliangators. Zornik no podrá derrotaros, pues aunque alguno caiga otro ocupará su lugar. Al final la determinación de su maligno espíritu se derrumbará frente a la luz de vuestro coraje. Mañana, Oyvind, mañana traerás contigo la luz de Ethril Eilalith y te aseguro que su sola presencia debilitará la fuerza de Zornik.

—Así lo haré —respondió el hijo del relámpago tras escuchar las aciagas palabras de Kiril—. Y cuando el rey brujo vuelva a contemplar mis ojos su negra alma se estremecerá al ver que el hijo del relámpago escapó de su maldito teatro de la muerte.

Los dos nerlingos permanecieron largo rato de pie frente al claro, inmóviles, cada uno absorto en sus pensamientos, temerosos ante la suerte que el nuevo día les depararía. Sin cruzar palabra alguna, conectados por un extraño vínculo, volvieron sobre sus pasos y abandonaron la arboleda. Al salir a campo abierto divisaron docenas de antorchas que proyectaban sobre el campamento aliado una titilante luz, creando curiosas sombras crepusculares que se entremezclaban con ahogados destellos anaranjados. A sus espaldas se alzaban grandes hogueras cuyas llamas lamían la oscuridad del firmamento, iluminando con intensidad los rostros de los soldados enemigos que cantaban y danzaban alrededor del fuego, celebrando anticipadamente la victoria de su sanguinario rey.

La quietud de la noche logró apagar los últimos ecos que se resistían a enmudecer. Sólo el sosegado crepitar de las hogueras y las cadenciosas pisadas de los centinelas lograban elevarse sobre la canción de cuna que el viento del este recitaba. Los hombres dormían bajo el cielo raso abrigados con sus capas, apretujados unos contra otros alrededor de los fuegos. Enna y Kiril también dormían. La valiente hija de Oerlikon descansaba abrazada por Kiril en una de las tiendas adyacentes a la enfermería. Enna había decidido que no merecía la pena pasar esa noche alejada de su amado, quizás la última noche que podría abrazarlo y sentir el calor de su cuerpo contra el suyo. En los campamentos se escuchaban ronquidos y profundas y acompasadas respiraciones por doquier. Todos dormían. Todos salvo Narno.

El insomne Guardián de Bosque Salvaje se enfrentaba una noche más a su maldición, a su vida sesgada, condenado a no sentir jamás la caricia del sol sobre su piel. Esa noche Narno se revolvía inquieto, caminando de un lado a otro, contemplando cómo un profundo sueño se había apoderado de todos los soldados del

ejército de la Alianza. Incluso cuando se cruzaba con alguno de los centinelas éstos parecían estar aletargados.

La madrugada había consumido más de la mitad de su tiempo y Narno, incómodo, inquieto y sintiéndose fuera de lugar, decidió alejarse del campamento y caminar por las vastas praderas del Corredor de Groningburgo, rememorando sus casi olvidadas noches de soledad en sus lejanos dominios de Bosque Salvaje. El gigante caminó hacia el norte y, movido por la curiosidad, se dirigió con paso lento, disfrutando de la quietud y del silencio de la noche, hacia el pequeño bosquecillo en el que Kiril combatiría a muerte contra Zornik. Las pesadas pisadas de Narno se hundían en la fina capa de nieve que cubría las praderas, mezclándose con la tierra húmeda. Mientras caminaba en dirección a las apretadas comunidades de abetos y pinos, el gigante creyó oír una voz transportada por la brisa nocturna:

—Naaarrnooo... Naaarrnooo... —le pareció escuchar su nombre susurrado por el viento—. Naaarrnooo... Naaarrnooo... —de nuevo escuchó aquella llamada tras unos instantes de completo silencio.

El Guardián de Bosque Salvaje se quedó inmóvil escrutando a través de la insondable oscuridad de la noche, tratando de descubrir a aquella voz que le llamaba. Por tercera vez volvió a escuchar su nombre:

—Naaarrnooo... Naaarrnooo...

—¿Quién me llama? —bramó con voz grave que reverberó en el mudo silencio nocturno en forma de interminable eco.

Nadie contestó. Narno miró hacia el norte y al sur, hacia el este y al oeste, pero siguió sin ver a nadie. Decidió continuar caminando, alerta a cada nuevo paso que daba, y aferró con fuerza su hacha de dos cabezas de la que nunca se separaba. Volvió su mirada hacia el campamento y constató que la calma seguía envolviéndolo bajo la titilante luz de los fuegos y las antorchas. Únicamente las siluetas de los centinelas y de algún insomne soldado se perfilaban caminando entre la concentración de cuerpos que dormían alrededor de las hogueras.

La visión de las cálidas llamas sosegó al gigante y le animaron a continuar su paseo nocturno. La arboleda estaba cada vez más próxima. La oscuridad de la noche parecía amortajar de una siniestra manera aquel solitario bosquecillo. Un escalofrío recorrió la espalda de Narno un instante antes de que aquella ominosa voz regresase transportada por el suave viento del este:

—Naaarrnooo... Naaarrnooo... —susurró el viento con un hipnótico canto de sirena.

—¿Quién me llama? ¡Muéstrate, por todos los dioses! —gritó irritado.

Tampoco ahora halló respuesta alguna. Sin embargo, en el lindero de pinos y abetos, percibió un leve y sutil movimiento entre los arbustos que crecían a los pies de los gruesos troncos. Narno clavó en ellos su mirada y dirigió todo el potente timbre de su voz en aquella dirección:

—¡Sal de ahí! ¡Muéstrate quienquiera que seas!

La voz que lo llamaba calló, pero pudo ver con claridad una sombra que se agitaba entre los arbustos. Cuando Narno se aprestaba a avanzar hacia ella blandiendo su enorme hacha, el gigante quedó paralizado, inmóvil, su boca abierta con las palabras que iba a pronunciar estranguladas entre sus cuerdas vocales, los ojos luchando por salirse de sus órbitas, pues la visión que se mostraba a unos pasos frente a él jamás creyó volverla a contemplar en esta vida.

Un niño de pelo moreno y piel blanquecina, de piernas y brazos regordetes se apareció frente a él, mirándole a través de sus saltones ojos marrones con una expresión de sorpresa y alegría. El infante cubría su cuerpo desnudo con una tela raída anudada sobre su hombro izquierdo y caminaba descalzo sobre la hierba nevada. El niño se quedó quieto, protegido tras los arbustos, mientras observaba curioso la expresión del Guardián quien parecía haber regresado a su pétreo estado. Ambos permanecieron mudos, mirándose a los ojos, hasta que el pequeño esbozó una sonrisa en sus labios y dijo:

—Papá.

Narno no podía creer lo que estaba sucediendo. El gigante seguía aún inmóvil, sus pies anclados sobre la hierba. El niño sonriendo con picardía volvió a hablar:

—Papá. Papá.

Esa palabra terminó por derretir los últimos resquicios de tristeza y amargura que pudieran quedar en su corazón. Lágrimas de alegría brotaron de los ojos de Narno, quien instintivamente se agachó depositando su hacha en el suelo y abrió sus enormes brazos invitando a aquel niño a un anhelado y largamente postergado abrazo.

—¡Odrán, hijo mío! —fue lo único que alcanzó a decir el gigante.

Pero el pequeño, travieso, quería jugar al gato y al ratón con Narno antes de fundirse con él en un fraternal abrazo y, con gran agilidad, volvió a ocultarse tras los arbustos. Narno se incorporó y corrió veloz hacia el linde del bosque del que apenas le separaban una docena de pasos. Cuando llegó hasta los arbustos el pequeño ya no estaba allí. Narno gritó apurado:

—¡Odrán! ¡Odrán! ¡Hijo mío, ven aquí!

Sus ojos, habituados a la oscuridad de la noche, escrutaron los árboles más próximos tratando de descubrir al travieso infante. De repente el rostro sonriente de Odrán asomó tras un grueso tronco de abeto, a unos quince pasos a su izquierda.

—¡Odrán, espérame por favor! —le suplicó Narno pero de nuevo el niño se ocultó detrás del tronco y echó a correr internándose en el bosquecillo.

Odrán siguió jugando con Narno, mostrándose y escondiéndose, mostrándose y escondiéndose. Cuanto más corría el gigante tratando de alcanzar al pequeño, más lejos se aparecía tras un árbol, un grupo de helechos o un tupido arbusto. El Guardián comenzó a impacientarse y enfadarse.

—¡Odrán, aguarda ahí! Quédate quieto, te lo ruego, o acabarás perdiéndote en el bosque.

El pequeño volvió a esconderse, pero esta vez, por mucho que Narno miró y

rebuscó entre la floresta, no volvió a ver la figura de Odrán. Alarmado ante la posibilidad de que se hubiera perdido le llamó desesperado con todas sus fuerzas:

—¡Odrán, Odrán! ¡Estoy aquí, hijo mío!

Pero la turbadora respuesta que la noche le envió fue diferente a la que él esperaba:

—Naaarrnooo... Naaarrnooo... Una voz femenina volvió a pronunciar su nombre, pero si antes había sido dulce y armoniosa ahora era pérfida y ladina.

—Naaarrnooo... Naaarrnooo... mi querido Narno. ¡Ja, ja, ja! —rió con desprecio la voz.

El gigante se estremeció al reconocer aquella voz, una voz que muchos inviernos atrás escuchó en lo más profundo de Bosque Salvaje, una voz que con un maléfico hechizo le sentenció a una eterna condena. Del suelo embarrado brotaron enormes raíces de cada abeto que lo flanqueaba, como los tentáculos de un gigantesco kraken, que se enroscaron en una tremenda presa sobre las piernas del Guardián. Narno contempló, inmovilizado, cómo la figura que surgía de entre la floresta no era la añorada imagen del sonriente Odrán, sino la de la arpía lamia Urkha. Sus lacios y grasientos cabellos grises colgaban a ambos lados de su cabeza dejando grotescamente visible en su rostro la horrible cicatriz que el cuchillo del Guardián había dibujado en ella. La lamia se acercó caminando torpemente sobre sus patas de gallina al tiempo que se atusaba sin descanso sus cabellos con el brillante peine de oro.

—¡Tú! ¡Maldita bruja! —gritó Narno iracundo—. ¡Otra vez tú! ¿Qué le has hecho a mi hijo? ¿A dónde te lo has llevado?

—¡Ja, ja, ja! No te rebeles contra mí, Guardián del Bosque, o mis servidores te cortarán las piernas y no podrás volver a correr tras el espejismo de tu hijito Odrán, ¡ja, ja, ja! —y al son de la risa de Urkha las raíces de los abetos se enroscaron con más fuerza en los pies y pantorrillas de Narno, impidiendo que la sangre fluyera por sus venas. El gigante se estremeció de dolor pero siguió mostrando cólera en sus ojos—. Tranquilízate, viejo amigo. Nuestro hijo está bien...

—¡Odrán no es tu hijo, maldita bruja!

—¡Cállate estúpido. Es mi hijo. Yo lo crié. Le enseñé todo lo que sabe y ahora es un gran hombre, un hombre poderoso que pronto se convertirá en el más poderoso entre los mortales, ja, ja, ja! —volvió a reír con dementes carcajadas—. ¿Acaso crees que tú y tu necia esposa habríais podido educarle para convertirlo en el Emperador de Tierra Conocida? —y de súbito, la lamia Urkha cayó desplomada al suelo, agitándose entre horribles convulsiones mientras un limo amarillento brotaba de su boca—. ¡Y ahora tú quieres hacerle daño, quieres matarlo! ¡Lo he visto en los huesos! ¡Lo he visto en los huesos, miserable asesino! ¡El oráculo de la lamia jamás se equivoca!

—Estás loca, maldita bruja —escupió Narno sus palabras—. ¿Cómo puedes creer que haría daño a mi hijo? ¿Cómo puedes pensar que lastimaría a Odrán, el último miembro de mi familia?

—¡Lo harías! ¡Quieres hacerlo! —gritó la lamia al oído de Narno. Urkha se separó tan rápido del gigante como se había acercado a él, pues percibió que éste iba a atacarla—. ¡Ja, ja, ja! Te la dejaste olvidada en la pradera. Tu hacha descansa sobre la húmeda hierba de la pradera. ¡Qué estampa tan preciosa! El grandullón queriendo abrazar al pequeño bastardo, ¡patético Guardián, ja, ja, ja! —y Narno recordó que había soltado su hacha cuando trató de abrazar a Odrán.

—¡¿Dónde está mi hijo?! —clamó desesperado—. Ten piedad de mí y muéstramelo una última vez.

—Eso que viste no era tu hijo, no era más que una mera ilusión, un regalo de disculpa de esta bondadosa lamia por haberte condenado a tu eterna maldición.

—¡Mientes, maldita bruja! ¡Mientes! Mi hijo está vivo. ¡Te ordeno que me devuelvas a Xennia y Odrán!

—¿Me ordenas? ¿Tú me ordenas? ¡Ja, ja, ja! Eres más estúpido de lo que pensaba, Guardián. Tu querida esposa descansa en el fondo de la hermosa laguna, si es que aún queda algún pedazo de ella que no haya sido devorado por los gusanos, el lodo o las raíces de mis hermosos sauces. Y tu hijo... tu hijito... ¡¡¡Jamás volverá a ser tu hijo!!! Odrán murió para el mundo, su nombre cayó por siempre en el olvido... —y la lamia apareció de repente tras la espalda de Narno—. Desapareció como tú lo harás tras tu último amanecer. Mira hacia oriente, mira hacia tu añorado hogar... ya viene... ya viene... ya regresa, ¡la maldición de Urkha acude a tu encuentro! —y la lamia recitó los versos de aquel horrible conjuro:

*El bruno crepúsculo, tu radiante amanecer.  
El frío helado que precede al alba, tu sombrío atardecer.  
Como un cruel troll en el bosque habitarás;  
mas no busques cobijo al llegar la alborada,  
pues los rayos del sol dondequiera que estés,  
siempre alcanzarán tu alma atormentada.  
Trémula carne de noche, fría roca de día.  
Media vida que vivir eternamente durante medio día.  
Tu espíritu en llama arderá ante la pétrea estatua;  
Tus recuerdos incendiarán la mente del medio mortal.  
Toca la campana, huye hacia la cabaña,  
pues piedra serás al amanecer del mañana.  
El bruno crepúsculo, tu radiante amanecer.  
El frío helado que precede al alba, tu sombrío atardecer.*

La lamia saltaba alborozada alrededor del incrédulo Narno, alzando su peine de oro al cielo, tratando de capturar en él los primeros rayos de luz que anunciaban la llegada del nuevo día.

—No permitiré que acabes con mi niño —decía Urkha—, no dejaré que mates a

mi infante, porque tú quieres matarlo, ¡tú quieres matarlo!

—¡No lo mataré! ¡Te juro que no mataré a mi hijo! —aulló desesperado Narno mientras comprendía que esa sería la última vez que contemplaría el destello fugaz de la luz del amanecer.

—¡Mentiroso! ¡Mentiroso! ¡Sí lo harás! Lo harás si yo te deajo, pero no te lo permitiré. La lamia lo ha visto en los huesos, ¡el oráculo de la lamia jamás se equivoca!

—¡Esta vez sí! Esta vez te equivocas. Déjame al menos abrazar una última vez a mi hijo. ¡Déjame verlo una última vez! —sollozó desesperado.

—¡Ja, ja, ja! Lamia bondadosa, lamia generosa —se relamía Urkha al pronunciar esas palabras mientras la luz de la alborada comenzaba a acariciar las altas copas de los árboles—. ¡Qué tu deseo se haga realidad! Adiós Guardián, adiós cruel asesino de indefensas criaturas. Disfruta de tu última visión. ¡Ahora te liberaré de tu maldición!

Cuando Urkha concluyó su rima, las raíces de los abetos aumentaron la fuerza de su presa sobre las extremidades inferiores de Narno. El burlón canturreo de la lamia no cesaba a sus espaldas. Súbitamente todo se oscureció y, entre brunas neblinas, surgió frente a Narno la imagen del sitial de un rey, un gran trono de brillante mármol negro. Sentado sobre él, un hombre de rostro cruel y pelo de color azabache anudado en una trenza, contemplaba a Narno a través de sus ojos negros y sin alma con mirada terrible y desafiante, vestido con los ropajes rojos y negros de los gronings, mientras sobre su hombro un halcón abría el pico graznando el nombre de “Odrán”.

—¡¡¡Noooooo!!! ¡Maldita bruja, aparta de mis ojos esa mentira! —gritó impotente Narno al ver que el monstruo que se aparecía frente a él en aquel negro sitial era su hijo, su amado Odrán, convertido ahora en Zornik, el rey brujo que ansiaba cubrir el mundo con su maldad. Aquel era el envenenado regalo de Urkha, la última visión que vería antes de morir y que le acompañaría por toda la eternidad.

—Mi niño, nuestro pequeño niño se ha convertido en todo un hombre, ¡ja, ja, ja! ¡El conquistador del mundo! —rió burlona Urkha—. ¿Comprendes ahora por qué debo ser clemente y liberarte de la horrible maldición que te persigue? Mi niño, mi pequeño y querido infante... —pronunció Urkha aquellas palabras con insólita dulzura al contemplar conmovida la siniestra figura de Zornik erguida sobre el trono oscuro.

Narno cerró los ojos, tratando inútilmente de apartar aquella imagen de su mente, de reemplazarla en vano por la del sonriente niño que lo contemplaba con mirada descarada tras los arbustos del bosquecillo. El gigante lloró amargamente, sus ojos cerrados, sus párpados apretados, privado de contemplar el último fulgor del amanecer antes de su muerte.

Los rayos del sol le alcanzaron mientras su cuerpo se estremecía por las convulsiones de un llanto desgarrador.

Su carne se transformó en piedra.

Sus lágrimas se secaron como un riachuelo bajo la canícula del verano.

Entonces Urkha alzó el peine dorado para clavarlo en la estatua en la que se había convertido Narno.

—Hijo mío, infante querido. Por ti borraré la última huella de tu pasado. Por ti pondré fin a la maldición del Guardián —y descargó toda la fuerza de su brazo en busca de la espalda del gigante.

El peine de oro brilló con mortales destellos a la luz del amanecer, pero cuando sus afiladas púas comenzaban a acariciar a Narno, un destello aún más refulgente que el de cien amaneceres surgió entre la mano de la lamia y el gigante. El peine de Urkha salió despedido y un horrendo alarido brotó de la garganta de la lamia:

—¡Aaaagggghhhh! ¡Me abrasa, me quema!

—¡Aléjate de él, inmunda criatura! —gritó amenazante Enna preparando presta una nueva flecha bañada en la luz de Ethril Eilalith para dispararla contra la lamia.

Urkha se retorció de dolor, encorvada sobre su estómago, sujetándose la mano que Enna había traspasado de lado a lado con su flecha.

—¡Bastarda nerlinga! —gruñó iracunda la lamia—. ¡Yo te maldigo! ¡Te maldigo a ti y a toda tu parentela! —y de las comisuras de sus labios caían ríos de saliva espumosa como si de un wolkur rabioso se tratara—. Has herido a la bella lamia, has osado atacar a la madre del Emperador del mundo.

—Cierra tu hedionda boca y aléjate de aquí si no quieres que la luz de mi diosa te consuma y te envíe para siempre al averno más profundo, maldita bruja —le amenazó Enna.

Urkha se arrancó la flecha, se lamió la mano y retrocedió lentamente mirando con ojos asesinos a Enna. La joven alka mantenía tensa la cuerda de su arco presto para hacerlo cantar. La lamia se revolvió de improviso y se lanzó al suelo para recuperar su tesoro máspreciado, su peine dorado. Lo recogió con su mano sana y trató de impulsarse para atacar a Enna, pero la hija de Oerlikon no vaciló y disparó una segunda flecha de fuego divino contra la lamia. La certera flecha se clavó en el brazo de Urkha quien chilló con un quejido inhumano, gimiendo de dolor y maldiciendo a la joven:

—¡Bastarda nerlinga! ¡Morirás retorciéndote entre mil tormentos, tú y todos los de tu repugnante estirpe! ¡Maldita nerlinga, yo te maldigo! —y desapareció entre la floresta dejando tras de sí una estela de luz y humo que se consumió como una estrella fugaz.

—Vuelve al inmundo agujero del que jamás debiste haber salido —le ordenó Enna con voz poderosa a la estela que Urkha había dejado flotando evanescente en el aire.

La joven caminó hacia la estatua de Narno y contempló el rictus de tristeza y dolor con el que el Guardián había despedido al que creía su último hálito de vida.

—Descansa, Narno. Con el ocaso tus lágrimas se consumirán y la noche te devolverá la paz robada —y acariciando el rostro de la estatua depositó a los pies del Guardián su fiel hacha de dos cabezas.



Enna, quien había acudido a contemplar en soledad el lugar en el que Kiril se batiría en combate singular contra Zornik, había descubierto cómo Urkha planeaba acabar con Narno. La joven alka no alcanzó a escuchar las palabras que intercambiaron, pero comprendió que terribles y poderosas fuerzas oscuras jugaban del lado de Zornik. Abatida, abandonó el bosquecillo y se dirigió veloz hacia el campamento para alertar a Kiril de los peligros que le acechaban en aquellas hostiles regiones.

Los soldados de la Alianza comenzaban a desperezarse al sentir sobre sus rostros la caricia del sol del amanecer. Los centinelas dieron la voz de alarma sobresaltados al ver acercarse a Enna corriendo desbocada como un potro asustado. Incluso aquellos que dormían profundamente como Maikel despertaron bruscamente de sus sueños. Cuando el hijo de Torilo descubrió que la joven alka no estaba en la improvisada tienda se asustó y no recuperó el color de su rostro hasta percatarse que era Enna la supuesta exploradora que corría veloz hacia el acantonamiento aliado.

Kiril, seguido de Maikel como si de su propia sombra se tratase, corrieron al encuentro de la primogénita de Oerlikon.

—Kiril, lo siento. Te he fallado, perdóname —le suplicó Maikel mientras corrían hacia el lugar donde los centinelas habían dado la voz de alarma.

—No te tortures, Maikel. La culpa no es tuya sino de Enna. Testaruda y cabezota. Aunque hubiese apostado una guardia de diez hombres, de un modo u otro se las habría ingeniado para burlar su vigilancia.

Maikel se sintió aliviado al escuchar las palabras de Kiril y se liberó de la pesada carga que le atenazaba.

—¡Kiril, Maikel! —gritaba Enna mientras se acercaba corriendo hacia ellos—. ¡Kiril, no puedes enfrentarte a Zornik! ¡Es una trampa! ¡Maikel no puedes dejar que lo haga!

Enna alcanzó a los dos alkos y saltó a los brazos de Kiril, abrazándole con todas sus fuerzas.

—¡Una bruja rondaba por el bosque! ¡Le he disparado dos flechas con el fuego de Ethril Eilalith! ¡Quería acabar con Narno!

—Tranquilízate, Enna —le pidió Tranquilízate y explícame qué hacías de madrugada en el lugar del duelo.

—¡Lo mismo que tú has hecho con Oyvind! Asegurarme que todo estaba bien, que nadie te tendería una trampa. Y rezar a Nerlinguia para que no encuentres la muerte en esa siniestra arboleda...

—Si querías ir allí tenías que haberme avisado. Yo te habría acompañado —le dijo Maikel cariacontecido—. No es seguro deambular en solitario de madrugada en estas tierras hostiles.

—Roncabas como un oso y además, si te lo hubiera dicho, no me hubieras dejado ir al bosque —le reprochó la joven.

—Mi deber es protegerte y...

—Déjalo Maikel —le interrumpió con cariño Kiril—. Antes debemos aclarar qué es todo eso de que una bruja rondaba por el bosque tratando de matar a Narno.

Justo en el momento que Kiril pronunciaba el nombre del Guardián, Oyvind, Ingvar y Aimon se unieron al grupo.

—Estaba durmiendo pero me sentía intranquila, percibía un mal que rondaba cerca del campamento. Decidí asegurarme de que Zornik no preparaba nada contra ti y tomé mi arco y mi carcaj. Antes de abandonar el campamento algo en mi interior me previno y me impulsó a llevar conmigo la luz de Ethril Eilalith. Cuando llegué al bosque, oí voces y vi a lo lejos la silueta de Narno. Pero su voz se apagó...

—¿Qué le ha ocurrido a Narno? —preguntó inquieto Oyvind.

—Narno está bien, gracias a Nerlinguia y al poder de su luz —trató de tranquilizarle Enna—. Los tempranos destellos de la aurora lo alcanzaron bajo la umbría del bosque y su cuerpo se transformó en una estatua de piedra. Entonces la bruja... esa espantosa criatura con patas de gallina elevó un objeto dorado con decenas de afiladas púas para clavarlas en la espalda del Guardián. Pero pude adelantarme y clavarle una flecha en la mano con la que empuñaba ese extraño objeto. Después tuve que volver a hacer cantar mi arco alcanzándole en el brazo. Entonces la criatura huyó, perdiéndose entre los árboles y helechos.

—¿Narno está en el bosque? Si los gronings lo descubren no sé qué harán con él —dijo Oyvind.

—Será muy difícil que lo vean, pues está en una zona sombría, circundada por numerosos pinos y abetos, más próxima a nuestro campamento que al asentamiento groning. Pero no es ahora Narno quien me preocupa mientras duerme su furtivo sueño pétreo, sino tú, amor mío —dijo ahora temblando al mirar a Kiril, quién sabe si la última vez que podría contemplar aquellos ojos azules con vida—. ¿Y si esa abominación vuelve en tu busca? ¿Y si Zornik ha enviado a esa bruja para hechizar el bosque, para lograr con sus sortilegios atraerte hacia la muerte como quería hacer con Narno?

—El poder de Nerlinguia mantendrá a raya a esa bruja —respondió con templanza Kiril.

—Enna tiene razón, Kiril —trató de persuadirle Oyvind—. El que esa bruja se aparezca aquí, antes del combate singular con Zornik, no es debido a ningún capricho del destino. Si lo que dice Enna es cierto, esa bruja mató a Xennia, la mujer de Narno, y robó a su hijito Odrán allá en el lejano Bosque Salvaje. Y ahora intenta acabar con Narno. ¿Por qué poner precisamente esta noche fin a la maldición que lo perseguía y a la que ella misma lo condenó? Kiril, hay fuerzas ocultas, una increíble e insondable maldad en todo esto. Creo que no es una buena idea enfrentarte a Zornik y a sus artes oscuras.

—Ni esa bruja ni ningún otro encantamiento podrán interponerse entre Zornik y yo. La luz de Ethril Eilalith, la luz de la Llama Imperecedera me acompañará en este

día y, si una vez ha logrado ahuyentar a esa criatura, volverá a hacerlo si se atreve a regresar. A ella o a cualquier otro engendro creado en el averno donde nació el espíritu que posee a Zornik —dijo mirando a Oyvind.

—Veo que nada te detendrá, que ya nada te hará recapacitar —se rindió Enna, triste y abatida—. Acude pues a tu cita, Kiril hijo de Akrog, y que Nerlinguia y todos los dioses te protejan, pues yo no podré más que rezar por ti. Aquí te esperaré, aguardando tu regreso, en vida o muerte.

—No te tortures, Enna —la atrajo abrazándole con todo el cariño que podía darle—. Volveré sano y salvo, volveré para poder contemplar a tu lado el nacimiento de una nueva edad, de tiempos de paz y prosperidad, en la que el reino del terror de Zornik haya sido desterrado para siempre —y Maikel, Oyvind y Aimon imploraron a Nerlinguia para que Kiril estuviera en lo cierto—. Y ahora comamos juntos una última vez antes del combate. Permittedme disfrutar de vuestra grata compañía, de la compañía de mis seres más queridos.

Nadie habló, nadie esbozó una sola palabra, pero todos acompañaron a Therliangator alrededor del cálido fuego de la hoguera para compartir junto a él el frugal desayuno y un sereno y plácido silencio que envolvía el acantonamiento aliado en la antesala del *Duelo de Reyes*.

Kiril contemplaba absorto las primeras sombras que proyectaba el alba, tras las cuales surgió de las entrañas de la Cordillera Savakien la esperada estrella del día. El nerlingo vivió con gran intensidad aquellos instantes, pues éste podría ser el último amanecer que admirara. La mañana despertó a la vida mecida por la calidez del viento del este y la caricia de los rayos del sol. Los hombres se arremolinaban impacientes en ambos frentes, aguardando con inquietud el momento en el que sus caudillos partirían hacia el bosque para enfrentarse en el *Duelo de Reyes*.

Zornik no se hizo esperar y un cuerno de llamada tronó en las estribaciones septentrionales del Corredor de Groningburgo. Kiril hizo una señal y el cuerno de Olaf contestó con igual furia a la llamada del cuerno groning. Kiril se volvió hacia los capitanes y los contempló uno a uno, posando su mirada sobre ellos, tratando de guardar para siempre en su retina aquella irrepetible y hermosa estampa.

Primero se dirigió a Oerlikon.

—Maestro, gracias por tu hospitalidad, por haber cuidado de mí, por haberme devuelto a la vida cuando el jinete sin rostro me conducía a su lejana morada a lomos de su negro corcel. Y sobre todo gracias por tu confianza, por tus enseñanzas, por los secretos que me has revelado. Trataré hoy de ser merecedor del título de Elegido que me otorgaste en Caterziveen, de ser un digno descendiente de la noble estirpe que se remonta a los Días Antiguos en los que los Primeros Nacidos fueron bendecidos por nuestra diosa.

—Sé que lo harás, hijo mío. Sé que lo harás —y se abrazó a Kiril mientras derramaba furtivas lágrimas pues, de entre todos los allí presentes, Oerlikon era el

único que realmente sabía lo que Kiril pretendía hacer. Después de un emotivo abrazo ambos se miraron a los ojos y, con una triste sonrisa de complicidad, se desearon en silencio la mayor de las fortunas.

Después Kiril habló a Simas y al príncipe Ilanit.

—Grandes guerreros del norte y del sur. Contemplando vuestros rostros, la determinación que centellea en vuestros ojos me infunde la fuerza necesaria para luchar contra Zornik. Ya no puedo más que agradecer vuestro sacrificio, la sangre de vuestros hermanos derramada por la causa nerlinga en tierras lejanas y hostiles —se dirigió a Ilanit—. Acudisteis a la llamada de auxilio de un gran amigo, del inefable capitán Falk, sin pedir nada a cambio, sin condiciones, con vuestra generosidad por bandera —y el príncipe sonrió agradeciendo el reconocimiento de Kiril—. ¿Y qué puedo decir de los norteños? Siempre prestos a la lucha, siempre el acero de la Alianza de Tenkolmar presto para luchar a nuestro lado. ¡Y a fe que lo habéis hecho! Sin vuestra providencial intervención, sin vuestro vuelo de ángeles salvadores el ejército de la Alianza habría perecido en las orillas del Taquakland o en las pendientes nevadas del Paso del Gorglin. Amigos, hermanos de sangre —les dijo Kiril aferrando con sus manos el hombro de cada líder—. No puedo ya pedir nada a cambio, no otra cosa que no sea rezar a Olión y a los dioses del desierto. Si hoy cayera en la lucha, quedaréis liberados de cualquier atadura con la causa nerlinga y seréis libres de regresar a vuestra tierra para proteger a vuestros súbditos y seres queridos.

—Nuestra tierra es ahora la tierra donde combate el ejército de la Alianza —dijo Ilanit.

—El norte y sus hijos permanecerán a tu lado mientras una gota de sangre corra por sus venas —añadió Simas, y los tres guerreros se fundieron en un sentido abrazo en el que Ilanit y Simas trataron de insuflar todo su valor y su fuerza a Therliangator y su mortífera espada Darbrethil.

El sol seguía elevándose poderoso hacia su alto trono en el cielo mientras una cascada de sentimientos embargaba a los capitanes aliados en aquella despedida. Cuando los líderes del norte y del sur le desearon por última vez a Kiril la mayor de las venturas en su encomienda, el alko avanzó hacia Aimon.

—Aimon, por tu valentía, por tu lealtad, por tu destreza en el campo de batalla, a ti te entrego aquí y ahora el mando del ejército aliado. Como legítimo descendiente de la noble estirpe real del clan celko, como único heredero del gran Borbul Ojo de Águila, tú serás el Rey Nerlingo si yo muero. Sobre ti recaerá entonces la dura tarea de mantener vivo a nuestro pueblo, de que la llama de Los Quince de Klimerik sea la que incendie Tierra Conocida y destierre de ella cualquier resquicio de la sombra maligna de Zornik. A ti te confío esta tarea. Por Anodrac, y por todos los inocentes que cayeron.

—Por Anodrac... —fue lo único que alcanzó a musitar el siempre serio e imperturbable Aimon antes de que sus ojos se arrasaran en lágrimas y se fundiese en

un abrazo con Kiril.

Los Quince de Klimerik, a excepción de Narno, contemplaban emocionados el emotivo abrazo.

—Respetadle y veneradle ahora más de lo que lo habéis hecho. Si os atrevéis a desobedecerle tiene mi permiso para castigaros con una buena ración de latigazos — bromeó Kiril con los miembros de la hermandad de Klimerik, quienes desterraron las lágrimas de sus ojos con la fuerza de una sonrisa en sus labios.

Kiril se acercó ahora a los dos gemelos alkos.

—Por fin juntos —dijo satisfecho—. El relámpago y el trueno reunidos de nuevo. El cruel destino jamás debió apartarte de nuestro lado, Ingvar. Pero fuiste capaz de recorrer una senda más dura que la nuestra, sobrevivir a la esclavitud y lograr que los hombres de las Tierras Frías se unieran a nuestra causa. Sé que tu corazón soporta un gran dolor por la pérdida de Gródoles. Yo tuve también el honor de conocerle y, a pesar de no haber podido compartir tanto tiempo con él, no por ello es menor mi pena. Él fue quien nos anunció que tú vivías. Recuerdo cómo Maikel y yo lloramos de emoción al saber que la aventura que el testarudo de tu hermano había emprendido para encontrarte no fue en vano —y sonrió a Oyvind—. Ahora solo os pido que sigáis juntos y unidos, que las ausencias que soportan vuestros corazones no nublen vuestra razón —y de nuevo miró a Ingvar—. Vuestra fuerza, vuestra unión será imprescindible para reconstruir nuestro antiguo hogar, para establecer los cimientos de nuestro pueblo. El mundo de los hombres de bien os necesitará y ambos deberéis estar preparados para ello.

—Lo estaremos —respondió Ingvar—. Y antes de que ese momento llegue lograré recuperar a Ira, aunque para ello tenga que cabalgar hasta el mismo Mar del Gruneng.

—No estarás sólo —añadió Oyvind—. Te acompañaré en tu búsqueda y después tú vendrás conmigo hasta Caterziveen y conocerás a Edda.

—No os retraséis —sonrió con pesadumbre Kiril mientras su mirada se perdía en el lejano oriente preñada de melancolía—. No sé si podré posponer por mucho tiempo mi boda con Enna. Ella está impaciente por convertirse en la esposa de un Rey antes de que entregue el báculo de mando a Aimon —y una furtiva lágrima recorrió su mejilla al tiempo que los tres alkos se abrazaban antes del duelo.

El tiempo de las despedidas se consumía entre abrazos y lágrimas. Kiril bromeó con Oyvind instándole a que no fuera muy lejos a buscar espada, arco y carcaj, pues sino partiría sin él hacia el claro donde se celebraría el combate singular. El hijo del relámpago sonrió, y se alejó caminando apresuradamente, además de a por sus armas, en busca de la Llama Imperecedera.

Kiril estaba a punto de concluir la ronda de despedidas, cada una de ellas más dolorosa y emotiva que la anterior. Esta vez eran los penetrantes ojos de Maikel a los que debía hablar sin romper a llorar. Sin embargo fue el hijo de Torilo quien se adelantó a sus palabras:

—¿Estás seguro de que no quieres que te acompañe? Sabes que tengo mejor puntería que ese presumido de Oyvind y diez veces más fuerza y destreza con la espada —y esbozó una mustia sonrisa.

Kiril se acercó a Maikel y le abrazó antes de que el corpulento nerlingo le aplastara con su habitual abrazo de oso.

—Claro que lo sé —le susurró al oído—. Sólo quiero darle la oportunidad de poder abatir a uno de los halcones de Zornik. Le corroe la envidia por saber que tú has sido el único en lograrlo en toda Tierra Conocida —y Maikel sonrió satisfecho aunque enseguida su sonrisa se apagó—. Maikel, cuida de Enna. No podrá tener a nadie mejor que pueda velar por ella. Sé que la protegerás con tu vida si es necesario —y Maikel comenzó a llorar desconsolado—. No llores, hermano mío, yo estaré bien. Cuando todo esto haya terminado, cabalga a Caterziveen y desposa a Ebba, vive feliz y ten muchos hijos, pues los necesitaremos para construir la nueva era que se avecina. Pero antes de todo, si yo caigo, Aimon te necesitará, necesitará a todos los grandes héroes de esta guerra que aún queden con vida, y tú, mi querido Maikel, eres uno de los más grandes.

—No caerás, no morirás —renegó Maikel con sus ojos inundados en lágrimas—. Therliangator y Darbrethil derrotarán al mal que mora en Groningburgo. ¡Venceremos en esta guerra!

—Lo haremos, claro que lo haremos. Con tu fuerza y la de los otros, nadie podrá derrotarnos. Nuestra fuerza reside en nuestra unión, y si uno cae otro ocupará su lugar en el campo de batalla. ¡Lucha Maikel, lucha por la libertad! —y no pudiendo tampoco contenerlas lágrimas, Kiril se abrazó de nuevo al corpulento alko ocultando la pena y el miedo que comenzaba a embargarle tras las anchas espaldas de Maikel.

El abrazo de los dos amigos de la infancia se prolongó largo rato, pues ninguno de ellos quería separarse del otro. Cuando Kiril retrocedió enjugándose las lágrimas Maikel le habló por última vez:

—Estaré allí contigo, Kiril. Aunque tú no me veas, estaré junto a ti.

—Lo sé, Maikel. Sé que velarás por mí —y Therliangator no pudo sostener por más tiempo la mirada de su amigo del alma. Apartó sus ojos del hijo de Torilo para encontrarse con la devastadora mirada de ojos verdes que lo contemplaban temblorosos y suplicantes, sabedores de que ellos eran el último muro que Kiril debía superar antes de marchar al encuentro de su destino. El alko tomó a Enna de las manos y la condujo unos pasos más allá del círculo de los capitanes que los observaban emocionados.

—Mi reina —le dijo Kiril—. La primera y angelical visión que Nerlinguia me regaló cuando regresé de la muerte en aquella estancia de Caterziveen. Pensé que me habías secuestrado, que habías robado mi espada y apresado a mis amigos. Sólo era cierto mi primer pensamiento, pues desde aquel día mi corazón te pertenece. Ya nunca volveré a ser el único dueño de mi alma.

—¿Y así me lo demuestras? ¿Marchando hacia una muerte segura? ¿Dejándome

aquí abandonada, mi corazón roto en mil pedazos? —replicó con rabia en sus ojos derramando infinitas lágrimas de amor.

—No me culpes por ello, Enna. Esto es lo que debo hacer, está escrito en mi destino. Si realmente soy el Elegido, si realmente es verdad todo lo que dicen las profecías de Barlok, triunfaré y regresaré a tus brazos para ya jamás volver a abandonarte. Pero solo soy un simple mortal, no soy un dios, y no sé si lo que he interpretado de todas esas enseñanzas y augurios es lo correcto.

—Si como bien dices eres un simple mortal, ¿por qué juegas a ser un dios? Tu vida es una sola, única y finita, ¿por qué has de marchitarla invocando a la muerte para que acuda a tu encuentro? Repites una y otra vez sin descanso que juntos triunfaremos, que la unión es nuestra fuerza, pero Kiril, actúas siguiendo tu propia voluntad, te empeñas en ser tú solo quien devuelva la paz al mundo, en enfrentarte al mal ofreciendo tu vida a cambio de su rendición —y Enna se aferró con fuerza a Kiril, tratando por última vez de hacer reflexionar al alko—. Perdóname, pues mis palabras no quieren herirte, no pretenden hacerte dudar. Has tomado una difícil y dolorosa decisión y sé que es firme. Mis súplicas para que permanezcas a mi lado sólo lograrán debilitarte jugando a favor del mal que se oculta en Groningburgo. Hoy te ofrezco una vez más mi amor incondicional; mi corazón luchará junto a ti, mi espada hendirá el escudo de Zornik y mis piernas te harán más rápido. Yo también estaré junto a ti. Aunque tú no me veas, estaré junto a ti —repitió las palabras que antes había pronunciado Maikel y besó en los labios a Kiril antes de que un desconsolado llanto se apoderase de todo su ser.

—Yo también te amo, Enna —susurró Kiril—. Te prometo que nada me infundirá más fuerza y valor en la lucha que saber que tras la victoria tú estarás aquí esperándome —y ambos se vincularon por toda la eternidad en un apasionado beso.

Un nuevo cuerno groning aulló en el frente enemigo, justo en el instante en el que Oyvind regresaba pertrechado con su espada a la cintura, su arco y su carcaj repleto de flechas cruzados a la espalda y una antorcha portando la sagrada llama de Ethril Eilalith en su mano derecha. Kiril dio un tímido paso atrás, y su determinación flaqueó en el instante en el que se separó de Enna.

Contemplando la límpida y vivida luz de la Llama Imperecedera, gritó a los cuatro vientos para que todos, incluso los gronings, pudieran escucharle:

—¡Contemplad la luz de nuestra diosa! ¡Contemplad el fuego de Nerlinguia! ¡La llama purificadora de Ethril Eilalith devorará el mal que amenaza este mundo! ¡Por Nerlinguia!

—¡Por Nerlinguia! —gritaron miles de voces desde las filas aliadas y a continuación una miríada de cuernos tronaron al unísono, entonando la melodía de la victoria, logrando enmudecer a las tropas enemigas.

—Ha llegado la hora. ¡Seremos los dueños de nuestro destino! Luchad, amigos míos, luchad hasta que el mal haya sido derrotado —dijo mirando una última vez a los capitanes, contemplando uno a uno sus ojos de añoranza, tristeza y ánimo, hasta

que su mirada se posó en los ojos de Enna. No pudiendo reprimir un último adiós, se acercó a la joven y la besó en la frente. Después se alejó caminando acompañado por Oyvind, mientras el sol de la mañana proyectaba sus alargadas sombras sobre las vastas y desoladas praderas del Corredor de Groningburgo. Frente a ellos, Zornik avanzaba altivo y sereno acompañado por su fiel Inorkul hacia el bosquecillo de pinos y abetos en el que se decidiría el destino de la gran guerra de su tiempo. Los frentes de ambos ejércitos avanzaron tras sus paladines y, después de recorrer doscientos pasos se detuvieron, intercambiando desde sus posiciones miradas torvas y desafiantes, manteniéndose alejados a una prudencial distancia del lugar del duelo.

Kiril y Oyvind penetraron en la floresta por la misma zona de altos arbustos que lo habían hecho la pasada luna. Kiril avanzaba tranquilo acariciando la empuñadura de Darbrethil, lo que contrastaba con la tensión de Oyvind, la flecha llameante de Ethril Eilalith armada sobre el arco, su élfica mirada escrutando todos y cada uno de los rincones del bosquecillo. No tardó el hijo del relámpago en descubrir en una zona sombría bajo un apretado grupo de abetos la figura de Narno. Oyvind hizo una señal a Kiril y corrió agazapado hasta la estatua de piedra. Kiril le contemplaba inmóvil desde la distancia.

Enseguida Oyvind alcanzó el lugar en el que Narno dormía su pétreo sueño. Se detuvo y miró en derredor. Zornik e Inorkul aún no habían llegado al claro. A través de la umbría del bosque divisó a Inorkul escudriñando los árboles y arbustos cercanos en busca de algún signo que denotase una emboscada. Oyvind volvió su mirada hacia Narno y contempló el dolor y la angustia que expresaba el gigante en su rostro.

—Olvida lo que te dijo esa bruja. Duerme ahora, amigo mío. Cuando despiertes el mundo volverá a ser un lugar para los hombres de noble corazón —le susurró mientras acariciaba sus ojos desconsolados.

El alko recogió de alrededor varias ramas caídas y cortó un arbusto para camuflar la enorme estatua. Cubrió el cuerpo del gigante como mejor pudo y regresó en busca de Kiril.

—Será difícil que alguien lo vea —dijo Oyvind dubitativo buscando la confirmación de Kiril—. Está en una zona sombría y apartada.

—Nadie lo descubrirá, te lo aseguro. Hoy Zornik sólo tendrá ojos para mí. Y ahora continuemos. Nuestros invitados estarán llegando al claro y sospecharán si nos demoramos —y ambos reanudaron su pausado caminar, Kiril un par de pasos por delante del hijo del relámpago.

No tardaron en vislumbrar la luz que se abría frente a ellos anunciándoles que habían llegado al claro. Oyvind se detuvo unos instantes para escrutar una última vez los alrededores. Su élfica visión le tranquilizó, pues a excepción de Zornik y su acompañante, nadie merodeaba por la floresta. Sin embargo sintió una extraña presencia que lo observaba oculto desde las altas ramas de los árboles. Una presencia maligna, a imagen y semejanza de Zornik. El alko llamó a Kiril antes de que éste se mostrase en el claro:



—Kiril, aguarda —le dijo con apremio.

El hijo de Akrog se volvió hacia él deteniéndose.

—¿Qué sucede, Oyvind?

—Un halcón, uno de los siniestros mensajeros alados de Zornik. Allí, en aquel árbol —le indicó señalando con su dedo—. Nos observa oculto entre las ramas.

—Abátelo a mi señal. Derríbalo con el fuego de Nerlinguia cuando me muestre en el claro.

Oyvind asintió y avanzó varios pasos parapetándose tras unos arbustos. Se agachó, rodilla en tierra, y tensó el arco apuntando al halcón con la danzante y centelleante Llama Imperecedera ardiendo en la punta de su flecha. Kiril caminó con paso firme y salió al claro, donde en el extremo opuesto Zornik e Inorkul aguardaban su llegada.

—¡Por fin te muestras ante mí! ¡Cuánto te has hecho de rogar, comadreja nerlinga! ¡Bienvenido al día de tu muerte! —le saludó Zornik nada más verle aparecer entre las sombras de la floresta.

—Ahora —le ordenó en voz baja a Oyvind.

El hijo del relámpago fijó su penetrante mirada en las ramas que brotaban como púas de aquel abeto y disparó su arco. La flecha voló veloz, poseída por el espíritu de Nerlinguia, al encuentro del halcón del rey brujo. El mensajero alado sintió que la muerte acudía a su encuentro y ejecutó un rapidísimo e imposible quiebro en el aire nada más abandonar la rama en la que se ocultaba. A la mente de Oyvind acudió el recuerdo de la fallida flecha que disparó contra otro de los halcones gronings a orillas de Morkurgul, aquel funesto día en el que Thelmor fue asesinado y Kiril herido de muerte. Recordó al pájaro de Zornik evitar su disparo con una increíble pirueta para después huir hacia Groningburgo portando el kolkar robado a Kiril. Pero esta vez el poder de la llama de Ethril Eilalith desbarató cualquier maléfica artimaña e, irónicamente, persiguiendo como un halcón a una paloma, traspasó de lado a lado su musculoso cuerpo abatiéndolo al instante. El halcón cayó inerte sobre la hierba mojada por la nieve derretida, consumiéndose entre las llamas como si Nerlinguia lo estuviera devorando tras asarlo en un espetón.

—¡Traidor! ¡Maldito traidor! —gritó Zornik poseído por la cólera de mil dioses—. ¡No has respetado tu palabra! ¡Tus hombres nos han tendido una emboscada!

—¡Silencio, asesino de inocentes! —gritó Kiril con la grandeza de un rey de los días Antiguos—. Eres tú quien no ha respetado el pacto al traer contigo a esa maligna criatura. Mi acompañante acaba de equilibrar las fuerzas y de asegurarse que nadie más que tú y yo lucharemos en combate singular —y Oyvind se mostró en el claro cuando Kiril calló.

Inorkul sintió que la muerte del halcón había estremecido a Zornik de una manera irracional, como si el mensajero alado formara parte del plan que el rey brujo había pergeñado. Kiril, sintiendo también el estremecimiento de Zornik y la duda de Inorkul, recordó las palabras que un día Oerlikon pronunció en Caterziveen:

*“Recuerda que ni hombre ni bestia deberán poseer. Mas por las noticias que a mis oídos han llegado, Zornik nunca se repara de su endemoniado halcón...”*

—Ahora yo seré tu única opción. Ese maldito halcón ya no podrá ayudarte — musitó entre dientes Kiril esbozando una malévola sonrisa. Dejó que Oyvind llegara a su lado y entonces habló—. ¡Que tu hombre y el mío inspeccionen los alrededores! Ardo en deseos de combatir contigo, asesino de inocentes.

—¡De acuerdo! Mi espada también ansia decapitar tu cabeza de bastarda comadreja. Eres el último escalón que me queda por pisar para convertirme en el señor del mundo, en el asesino de inocentes, ¡ja, ja, ja! —y Zornik rió grotescamente burlándose de las amenazas de Kiril.

Kiril hizo una señal a Oyvind y el alko avanzó hacia la posición que ocupaba Zornik. Inorkul caminaba como un reptil hacia el lugar en el que Kiril permanecía inmóvil, altivo, con el regio porte heredado de los ancestros de su estirpe. Cuando Inorkul se aproximó a Oyvind, cerca del centro geométrico del claro, sus ojos brillaron incendiados por una repentina furia:

—¡¿Tú?! ¡Escapaste a los wolkurs! Te mataré, te prometo que te mataré cuando mi rey haya acabado con el bastardo nerlingo.

—Necesitarás la ayuda de tus gorglins —esbozó una mueca de ironía al tiempo que apuntaba con su arco a Inorkul—, pues mi hermano también sobrevivió a vuestros cachorros domesticados. Mira mis ojos y guarda esta imagen en tu memoria, ya que será lo último que veas antes de morir —y Oyvind bordeó la posición del gorglin y siguió caminando hacia Zornik.

El odio consumía a Inorkul, quien aceleró su paso hasta llegar al par de Kiril.

—Mataré a esos dos malditos siameses. Los mataré con mis propias manos —dijo amenazante mientras sobrepasaba a Kiril y se internaba en el bosque para asegurarse que allí no se ocultaban soldados de la Alianza.

Oyvind se acercó con precaución hacia Zornik. El alko sabía de lo que era capaz el groning por lo que mantuvo una distancia prudencial. Zornik se sorprendió en un primer momento al ver aparecer tras la llama de Ethril Eilalith a uno de los dos gemelos alkos, aunque después lo observó curioso.

—Por lo visto los wolkurs no encontraron vuestra carne de su agrado —se lamentó—. Fue una lástima que tuviera que acudir al rescate de mis legiones. Vuestro rey me privó de terminar de contemplar el espectáculo. Hubiera disfrutado arrancándoos el corazón con mis propias manos.

—Jamás volverás a tener la oportunidad de hacerlo —habló con rabia Oyvind sin dejar de caminar hacia el linde del claro—. Veo tus intenciones, leo en tus ojos el propósito de este duelo, pero jamás lograrás lo que te propones.

—Es cierto, ¡ja, ja, ja! No recordaba que hablaba con el gemelo clarividente de mirada profunda. Disfrutaría más degollando a tu hermano, al menos él tiene alma de guerrero, infame cobarde. ¡Busca! ¡Busca entre la maleza que no encontrarás a nadie! —le gritó cuando Oyvind se internaba en la floresta—. No necesito la ayuda de

ningún maldito mortal para lograr mi sueño. ¡Seré terrible sentado en mi trono sobre la Tierra Verde! —y rió rayando en la locura.

Kiril y Zornik se observaban desafiantes en el claro sin apartar la mirada, separados por medio centenar de pasos. Oyvind e Inorkul no tardaron en constatar que nadie más que ellos merodeaban entre las apretadas comunidades de pinos y abetos, por lo que regresaron al lado de los dos reyes. Zornik dio una breve orden a Inorkul y éste se alejó veloz para integrarse en la vanguardia de su ejército. Kiril se despidió brevemente de Oyvind:

—Puedes irte, Oyvind. Te agradezco que me hayas acompañado. Has sido leal y valiente y por ello te ordeno una última misión. Transmite tu valor y tu fuerza a los hombres. No desfallezcáis, pues aunque yo muera vosotros seguiréis siendo un gran ejército. ¡Luchad, Oyvind, luchad!

—Así lo haremos —respondió emocionado mientras le aferraba el antebrazo tratando de insuflarle su energía—. Hasta pronto, ¡Que Nerlinguia te proteja!

—¡Qué así sea!

Oyvind se alejó lentamente del claro y, con una última y taciturna mirada, se despidió de Corrió por el bosquecillo para reunirse con los capitanes aliados pero cuando pasó cerca del lugar dónde Narno se erguía en estatua de piedra, sintió una llamada en su interior que le hizo detenerse. Tras contemplar la efigie del Guardián, el alko decidió permanecer a su lado.

—Esta vez no te abandonaré, amigo mío. Te protegeré con mi vida como tú hiciste en Bosque Salvaje —y se quedó acurrucado al lado de Narno, con su mirada clavada hacia el norte, donde Kiril y Zornik se aprestaban a entablar combate.

En el claro, Kiril y Zornik desenvainaron sus espadas. Una luz azulada refulgió centelleante en la hoja de Darbrethil, la luz de la estrella que viajó desde lo más profundo de la bóveda celeste hasta las costas del Mar del Este.

—¿Acaso crees que lograrás asustarme con los fuegos fatuos de mi hermanita? ¡Ja, ja, ja! —y los ojos de Zornik se tornaron negros, oscuros como un pozo sin fondo, vacíos de alma humana—. Por fin te tengo a mi merced, maldita rata nerlinga. Has sido una presa difícil de acorralar, mas ahora ya no dejaré que escapes.

Zornik avanzó unos pasos hacia Kiril y comenzó a caminar describiendo un círculo alrededor del nerlingo.

—¿Quién es el que habla ahora? ¿Zornik el mortal rey de los gronings o el corrompido espíritu que lo posee? —preguntó el nerlingo colocándose en guardia mientras Darbrethil brillaba con destellos lapislázulis.

—¿Acaso eso importa? —respondió burlándose Zornik al tiempo que sus ojos sin alma se clavaban en los azules ojos de Kiril—. ¿Es que crees que ambos no son una misma cosa, que no pertenecen a un único todo? El mortal y el espíritu desterrado ansían un mismo tesoro: ¡¡¡la inmortalidad!!! Hombre inmortal entre los mortales para dominarlos, espíritu eterno en la Tierra Verde y en el Cielo Oscuro para someterlos. Hombre y espíritu, espíritu y hombre, ambos fusionados, fundidos en una

misma materia, un único dios temido y venerado, un dios ante el que el Único se postrará. ¡Todo gracias a ti, rata nerlinga! —y Zornik embistió feroz como un bisonte, rápido como un escorpión. Kiril detuvo gracias a Darbrethil el golpe de la espada del rey brujo, quien se retiró tan rápido como había atacado—. Magnífica espada, más resistente que el acero groning. Apuesto a que has hendido centenares de escudos y quebrado espadas y lanzas con ella.

—El acero de mi espada no es de este mundo. Fue enviada desde lo más profundo del cosmos por Nerlinguia, mi diosa y protectora, aquella a quien trataste de deshonorar ante el gran padre.

—¡Oh, sí! Mi querida hermanita, la gran diosa a la que tú miserable llamas Nerlinguia. Eubalil... ¡Maldita Eubalil! ¡Maldita por toda la eternidad! Esa engreída quiso revelar nuestro secreto al Único, pero nosotros fuimos más astutos que ella —y Zornik volvió a lanzar un mandoble con su espada que Kiril logró detener con maestría—. ¡Nos anticipamos como yo me adelanto a ti! Cuando logre descubrir el lugar donde se oculta el maldito Unicornio ella volverá a caer, volverá a ser desterrada a la tierra, y entonces mi espada le atravesará el corazón.

—¡No si yo puedo evitarlo! —y esta vez fue Kiril quien con un sorpresivo giro lanzó una serie de estocadas contra el rey brujo haciéndole retroceder hacia el centro del claro mientras se protegía con su espada.

Kiril caminaba ahora en círculo alrededor de Zornik, acechándole como un león a punto de saltar sobre su presa.

—Buena estocada, ¡ja, ja, ja! —rió Zornik—. ¿Eso es todo lo que sabes hacer con ese trozo de metal?

—Bien sabes que mi espada no está forjada con un acero cualquiera, es mucho más que una aleación única en este mundo. También forma parte de ella la Sagrada Bestia, ella me protege, vela por mi y lucha al lado de Nerlinguia —y mostró a Zornik los remaches de niveo marfil originarios del cuerno del Unicornio.

Las pupilas de los ojos de Zornik se dilataron de una manera inhumana, y su iris desapareció, mostrando en su rostro dos perlas negras que sólo reflejaban el brillo del mal.

—¿Qué te ocurre ahora? ¿Por qué has enmudecido? ¿Acaso es terror lo que asoma en tu mirada? —trataba Kiril de provocarle con sus palabras.

—¡Cállate, comadreja nerlinga! —gritó Zornik—. Ésta es la prueba que durante tanto tiempo he buscado. La prueba de que el maldito Unicornio vive, de que su cuerno sigue guardando el don de la inmortalidad. Si la bestia hubiera muerto, ese marfil que adorna tu espada de luces azuladas se habría desvanecido —y gruñó como un wolkur rabioso—. Esta conversación comienza a hastiarme. Dime dónde se esconde la bestia. Dime dónde habita el Unicornio en el que Eubalil ocultó su poder y te proporcionará una muerte rápida. Pero si te empeñas en resistir, te aseguro que igualmente descubriré tu secreto y tú morirás entre terribles dolores y tormentos. Tus ojos se abrasarán ante el fuego de mi mirada, tu alma se oscurecerá y arderá

carbonizada. ¡Dime nerlingo! ¡¿Dónde se esconde la bestia?! —gritó con voz poderosa que hizo temblar a Kiril.

—¡Jamás! ¡Jamás te lo diré! Aunque mi cuerpo arda en el fuego más terrible y devastador —y Kiril atacó al rey brujo.

Ambos reyes se enzarzaron en un terrible combate, lanzando estocadas y mandobles por doquier, demostrando una gran destreza y rapidez, no permitiendo que su oponente tuviera tiempo de atacar mientras se defendía. El filo de las espadas centelleaba a cada golpe y chasquidos metálicos se mezclaban con destellos de fuego que brotaban del mortal abrazo del acero contra el acero.

Zornik recobró la iniciativa y Kiril no tuvo más remedio que retroceder. La espada del rey brujo resistía los embates de Darbrethil y, a diferencia de las espadas de otros enemigos contra los que Kiril había combatido, apenas si el filo de la espada de Zornik había sufrido unas leves melladuras. El espíritu que poseía a Zornik era poderoso y un halo de maligno poder envolvía a su espada protegiéndola de la divina aleación de Darbrethil. El groning continuó atacando y acorralando lentamente al nerlingo. Zornik embestía cada vez con más ímpetu y Darbrethil a duras penas podía contener la furia de la espada groning.

En uno de sus violentos ataques, Zornik lanzó una certera estocada a la pierna derecha de Kiril, provocándole un profundo corte justo por encima de la rodilla. Una perfecta línea roja se dibujó en la pierna de Kiril. El nerlingo no pudo mantener el equilibrio y se trastabilló hasta caer al suelo, clavando la rodilla herida en él. Un punzante dolor recorrió todo su cuerpo haciéndole estremecer. Zornik se interpuso entre Kiril y el sol, sumiéndole en una total oscuridad.

—¡Levántate nerlingo! ¡Aún no he acabado contigo! ¡Ja, ja, ja! —rió Zornik y retrocedió unos pasos permitiendo que su rival pudiera incorporarse.

La sombra de Zornik dejó de nublar los ojos del nerlingo, pero éste sintió que la ominosa oscuridad del rey brujo comenzaba a cegarle. La luz del mediodía parecía atenuarse lentamente por alguna extraña razón. Kiril alzó su mirada al cielo y contempló sorprendido cómo un gran disco negro comenzaba a cubrir la radiante esfera solar. Se quedó quieto en el claro, inmóvil, con la rodilla herida clavada en la húmeda hierba, contemplando aquella turbadora escena que se dibujaba en el firmamento.

—Es el fin del mundo —musitó para sí sintiéndose débil y derrotado, su sangre nerlinga derramándose sobre el suelo groning.

—¡La oscuridad ha llegado! ¡El tiempo del lobo negro ha comenzado! ¡Ja, ja, ja! ¡Levántate! —le ordenó el groning con voz imperiosa—. Antes de que el mundo se cubra de oscuridad habré acabado contigo.

Kiril, sacando fuerzas de flaqueza, se encomendó a Nerlinguia y, haciendo acopio de todo el valor que le quedaba, se levantó con dificultad y encaró a Zornik.

Oculto entre la floresta, Oyvind observaba preocupado el *Duelo de Reyes*. El hijo del relámpago también se había percatado que la estrella del día estaba siendo

amortajada por un negro sudario que la magia de Zornik y aquella maldita bruja habían creado.

—Vamos, Kiril. Levántate —le animaba Oyvind desde la distancia sin que el Rey Nerlingo pudiera escucharle.

Oyvind sintió en ese instante que unas extrañas formas crecían a su alrededor. Miró hacia el suelo, ya casi huérfano de nieve, y contempló dibujarse sobre la hierba cientos de figuras similares a la silueta del sol, proyecciones generadas por los rayos de luz que ahora atravesaban aquel manto de hojas que creaba sobre el terreno un extraño caleidoscopio. El alko se atemorizó ante la poderosa magia de Zornik y, al igual que él, todos los capitanes y soldados que formaban el ejército de la Alianza sintieron que un pánico irrefrenable se apoderaba de ellos. Oerlikon, Kliat y custodio del secreto del sexto clan, rezaba asustado a la diosa Nerlinguia ante el advenimiento de la oscuridad. Incluso los gronings, quienes estaban seguros de que aquel fenómeno era obra de su rey, se agitaban nerviosos en las llanuras del Corredor de Groningburgo.

Kiril y Zornik continuaron con su duelo. El nerlingo, ahora un animal herido, se volvió peligroso al sentirse acorralado. Percutiendo sobre su pierna sana, se lanzó contra Zornik y, cuando el nerlingo parecía que iba a retroceder tras un terrible intercambio de golpes, con un certero mandoble cortó de un tajo parte del antebrazo izquierdo de Zornik, provocándole una herida superficial. El rey brujo no se inmutó y sonrió siniestramente. Tomó su espada con el brazo herido y apoyó los dedos de su mano derecha sobre el corte por el que comenzaba a sangrar. Mirando a los ojos a Kiril lamió con deleite su propia sangre.

—Sangre de un mortal, sangre de un espíritu Pronto sangre inmortal. Pero antes beberé de tu sangre para arrancarte tu secreto. ¡Lucha cobarde! ¡Lucha contra el Emperador de la Tierra Verde!

Kiril comenzaba a sentirse cansado. Su herida era mucho más profunda que la que había provocado a Zornik y sangraba profusamente por ella. Además aquella creciente oscuridad nublaba sus ojos, arrebatándole la energía para luchar. El fulgor de la hoja de Darbrethil menguaba a cada instante que aquella lóbrega penumbra velaba la luz del sol anunciando un inminente atardecer. La estrella del día era invadida en lo alto del firmamento por aquel enorme y siniestro disco negro que amenazaba con ocultar para siempre la luz que iluminaba el mundo.

Zornik rugió colérico y enrabiado y atacó de nuevo a Kiril antes de que el alko tuviera tiempo de revolverse. Una, dos, tres, cuatro, hasta cinco estocadas lanzó el rey brujo contra Kiril, y hasta cinco veces el nerlingo pudo defenderse. Sin embargo el sexto golpe le laceró su costado izquierdo y el séptimo le hirió en el brazo derecho. Kiril retrocedió unos pasos y, sin saber muy bien cómo, logró colocarse fuera del alcance de la espada de Zornik. El nerlingo sangraba por tres profundas heridas y sus fuerzas comenzaban a abandonarle. Contempló descorazonado apagarse el fulgor de la estrella del día al par que lo hacía la luz de su espada. Sin embargo, dirigió una

feroz mirada a Zornik y, aferrando con sus dos manos la empuñadura de Darbrethil, alzó desafiante la Espada de Libertad por encima de su cabeza.

—¿Aún no has tenido suficiente? ¿Osas volver a desafiarme? —le preguntó Zornik—. Te brindo mi bondadosa clemencia por última vez. ¿Me dirás donde se oculta el Unicornio o deberé cercenar tu cabeza y beber de tu sangre para descubrirlo?

—Jamás lo escucharás de mi boca, espíritu corrompido. La fuerza de Darbrethil y la llama de Ethril Eilalith te desterrarán a tu inmundo cubículo y allí el gran padre hará que pagues por todas tus maldades. Y entonces desearás ser un maldito gusano que se arrastre por el fango de una hedionda ciénaga —y escupió a los pies de Zornik.

—Tú lo has querido, rata nerlinga. Tus días acabarán en la tierra de tus enemigos. La vida te será arrancada en este claro. ¡Defiéndete! —y el rey brujo lanzó un terrible mandoble contra el malherido Kiril.

El nerlingo apenas si pudo desviar el embate de Zornik. El corte del brazo derecho le dolía con cada golpe que lanzaba o detenía, y se veía obligado a empuñar la espada con ambas manos. La herida de la pierna reducía su movilidad y la laceración del costado era la que más sangraba y por la que la vida se le escapaba lentamente. Kiril tomó conciencia de que aquellos serían sus últimos instantes sobre la faz de Tierra Conocida. El disco negro seguía cubriendo imparable a la estrella del día y Kiril sintió que aquella era una cuenta atrás, en la que su vida se apagaría cuando el último rayo de luz desapareciese tras aquel maléfico sortilegio de Zornik.

—La oscuridad ha vencido a la luz. El espíritu corrupto ha derrotado a Nerlinguia —pensó, y sus ojos se nublaron y las fuerzas le abandonaron defendiéndose inútilmente de los ataques de Zornik.

La espada del rey brujo bebió nuevamente de la sangre de Kiril e hirió al nerlingo en su otro costado. Kiril ya no pudo mantenerse en pie por más tiempo y cayó de rodillas al suelo, empuñando aún a Darbrethil.

—¿Me dirás ahora dónde se esconde el Unicornio? —le preguntó con sarcasmo Zornik mientras caminaba en un cerrado círculo sobre el nerlingo, emulando el vuelo de uno de sus halcones.

—Jamás... —respondió Kiril lanzando una débil estocada desde el suelo.

—¡Ja, ja, ja! Mírate, aún te revuelves en tu agonía, resistiéndote a claudicar. A pesar de todo demuestras valentía, bastardo nerlingo —y Kiril volvió a lanzar un tajo que únicamente logró cortar el aire—. Pero deberías ser más razonable y colaborar conmigo.

—¡Jamás! —gritó con las últimas fuerzas que le quedaban—. Antes tendrás que matarme y nunca sabrás donde se oculta la Sagrada Bestia.

—Tú lo has querido —concluyó Zornik con una voz extrañamente suave y calmada.

Kiril miró a los insondables ojos del rey brujo pero sólo vislumbró el germen de un antiguo mal. Después buscó una última vez con su mirada la luz del sol, pero el

atardecer se había apoderado del mundo. Sintió el miedo de los animales del bosque que se retiraban a sus nidos y madrigueras buscando cobijo al igual que cuando se acerca la noche, pues el disco negro cubría ahora casi por completo la silueta del sol.

Zornik también volvió sus ojos al firmamento al ver la desesperación prendida en el rostro de Kiril, y sonrió al ver el efecto que los últimos rayos del sol producían al pasar entre las montañas y cráteres del limbo de la luna, aquel desconocido disco negro que luchaba por cubrir el mundo de oscuridad.

—¡Ja, ja, ja! ¡Contempla el regalo del universo a su nuevo dios y señor! ¡Contempla al firmamento entregarme el anillo de Emperador del Mundo! —y el rey brujo gritaba y reía como un demente poseído por la locura.

El ominoso disco negro cubrió por completo a la estrella del día y dibujó un perfecto anillo de luz coronado por destellos que se asemejaban a preciosas perlas y diamantes. La noche cayó de repente sobre Tierra Conocida como un gigantesco tapiz negro que cubrió hasta el último rincón de aquella tierra de desolación.

Fue entonces cuando Zornik lanzó su ataque mortal.

Golpeó con una patada en la cabeza a Kiril y el nerlingo cayó al suelo. El groning se abalanzó como una serpiente sobre él y clavó la punta de su espada hundiéndola en el pecho de Kiril hasta que el hueso de una costilla detuvo su avance. Extrajo sin contemplaciones la hoja de su espada mientras la mente de Therliangator se nublaba sumergiéndose en las brumas que anunciaban la inminente llegada del jinete sin rostro. Entonces Zornik se llevó la punta de la espada a su boca y con una lengua blanquecina lamió la sangre de Kiril.

Zornik pareció entrar en un estado de éxtasis, transportado a miles de leguas de distancia, hasta que embriagado por el sabor de la sangre, gritó al cielo cubierto por la impenetrable oscuridad:

—¡Ahora sé dónde te ocultas! ¡Pronto caerás en mis manos, maldito Unicornio! ¡Tu poder te será arrebatado y yo seré encumbrado al trono oscuro! ¡Mi hora ha llegado, mi hora ha llegado! ¡ja, ja, ja! —y Zornik volvió a lamer la sangre de Kiril que pintaba de rojo carmesí el filo de la espada del groning—. El Mar de Cristal, allí está tu infecta guarida. Más allá del mar helado, en donde el hielo jamás se derrite. ¡Tú tesoro será aún máspreciado! Cambiaste tus bellas crines, tu esbelto cuerpo, tus musculosas extremidades por un enorme saco de grasa gris moteada, ¡ja, ja, ja! Pero tu poder creció, el tamaño de tu cuerno aumentó. ¡Nunca antes fue tan poderoso! El bastardo nerlingo lo ha probado, ha bebido de él, el sagrado poder corre por sus venas. ¡Y ahora correrá por las mías! ¡Dominaré a dioses y hombres! ¡Por toda la eternidad! ¡ja, ja, ja!

—¿En qué te has convertido? —susurró con inmensa pena una voz a sus espaldas mientras Kiril yacía moribundo en el suelo.

Zornik se volvió sorprendido, aún inmerso en su estado de enajenación, y descubrió una enorme silueta que se alzaba frente a él.

—¿En qué te has convertido, hijo mío? —continuó Narno—. ¿Cuándo te hechizó



esa maldita bruja?

—¿Quién eres tú? —preguntó desconcertado Zornik—. Éste es un convite al que no has sido invitado. Regresa con tu ejército para morir junto a esos desdichados con honor.

—Hijo mío... —sollozó Narno—. Hijo mío. No puedes ser tú el que ha causado todo este dolor, todo este sufrimiento, ¡abandona esta locura, hijo mío!

—¡Yo no soy tu hijo! Ni siquiera sé quién eres tú, maldito loco. Vete de aquí antes de que acabe contigo.

—Odrán, tú..., tú eres mi hijo, mi niño Odrán.

Al escuchar el nombre de Odrán, algo muy dentro de Zornik se agitó, los ahogados ecos de una corriente subterránea escondida muchas millas bajo una gigantesca montaña.

—Odrán... —musitó Zornik y miró con curiosidad al gigante.

—Sí, hijo mío. Odrán. Tú naciste en el lejano Bosque Salvaje. Xennia y yo te criamos, hasta..., hasta que aquella bruja te arrebató de nuestro lado. Mató a tu madre e hizo que sobre mi cayera una terrible maldición. Pero ahora que he vuelto a encontrarte no puedo volver a perderte.

—Tú, sí, ahora lo recuerdo —replicó Zornik con repentina cólera en sus ojos—. Tú eres quien desfiguró el rostro de mi madre. Tú eres aquel a quien Urkha me envió para matar en Bosque Salvaje. Tu maldición es convertirte en piedra durante el día. ¡Tú quieres matarme! ¡Mi madre lo vio en su oráculo!

—¡Urkha no es tu madre! ¡Tu madre se llama Xennia! Yo no quiero matarte, no quiero hacerlo... pero no permitiré que seas el instrumento con el que esa bruja acabe con Tierra Conocida —dijo también con furia en su voz el Guardián.

—Urkha es mi única madre. La madre que me crió y me enseñó todo lo que sé. Y ella estaba en lo cierto. Lo veo en tus ojos. Ella me lo advirtió. Pretendes matarme. ¡El oráculo de la lamia nunca se equivoca! —gritó Zornik enfurecido—. Yo no soy tu hijo pero acabaré ahora lo que no pude hacer en Bosque Salvaje. Hoy pondré fin a la maldición que te persigue.

Zornik tensó todos los músculos de su cuerpo y su brazo ejecutó un amplio giro para lanzar una estocada al corazón de Narno. Pero súbitamente el movimiento se detuvo, los ojos de Zornik querían salirse de sus órbitas mientras un alarido de dolor brotó desde lo más profundo de su garganta. Narno contempló desconcertado asomar por el estómago de Zornik la hoja azulada de Darbrethil brillando con destellos lapislázuli. Kiril había ensartado al rey brujo con la Espada de Libertad como a un jabalí atravesado por un espetón.

—Mal... maldito nerlingo. Te pudrirás en... en el más oscuro y... profundo de los avernos —le maldijo Zornik mientras por su herida y por su boca brotaba la sangre al borbotones.

—¡Odrán! ¡Odrán! —gimoteó Narno al ver a su hijo atravesado por la espada de Therliangator.

—No soy tu hijo —respondió testarudo—. Yo... soy Zornik, Emperador del... Mundo... y del Cielo Oscuro... —y el rey brujo expiró mientras Darbrethil refulgía centelleante.

Kiril cayó de nuevo al suelo y junto a él el cuerpo inerte y sin vida de Zornik. Sin embargo, un halo de negrura cubrió por completo el cuerpo del rey brujo, hasta condensarse en una pequeña nube negra, jirones de brunas ascuas de una hoguera de brujas que se combinaron con sonidos aviesos y sibilantes, más terribles que las voces de los Espectros de Sombra contra los que habían combatido en lo más profundo de Bosque Salvaje.

Narno retrocedió asustado, aún conmocionado por la muerte de su hijo Odrán. Aquella nube que destilaba maldad, se elevó abandonando el cuerpo sin vida de Zornik y sobrevoló a Kiril. El pérfido espíritu corrompido y desterrado de la morada del Único olfateó como un repugnante wolkur a Kiril. El nerlingo agonizaba, por tercera vez en menos de un invierno, pero esta vez parecía que el jinete sin rostro lo arrebataría para siempre de Tierra Conocida. Su rostro se había tornado de un color macilento y los últimos hálitos de vida se escapaban nadando por la sangre que brotaba de sus numerosas heridas.

La bruna nube de maldad desechó la idea de poseer a Kiril, presintiendo que la vida del alko se apagaría en unos instantes. Nuevamente se elevó, esta vez más alto, a más de diez pies sobre el suelo, buscando al mensajero alado que siempre acompañaba a Zornik, mas lo vio muerto en el suelo del claro, abatido y consumido por las llamas de Ethril Eilalith.

El tiempo se acababa para el espíritu corrompido y éste comenzó a agitarse. Entonces reparo en la figura de Narno, que caminaba aturdido y sin rumbo fijo hacia el linde del claro. La bruna nube maligna se condensó, emitió un agudo e insoportable chillido y descendió en picado en busca del Guardián.

—¡Cuidado Narno! ¡A tu espalda! —trató de advertirle inútilmente Kiril con voz débil.

Cuando Narno quiso percatarse de la amenaza que lo acechaba fue demasiado tarde. Aquella nube oscura lo envolvió como un enjambre de abejas a un intruso que osa robar miel de su colmena y penetró en el cuerpo y en el alma de Narno por su boca, oídos, ojos y todos y cada uno de los poros de su piel.

Kiril lloró de amargura. Su plan había fracasado. Era él a quien debía haber poseído el espíritu. Era él quien moribundo, tras matar a Zornik, recibiría al maligno huésped en su cuerpo. Y cuando eso ocurriera, se clavaría en el corazón la punta de flecha envenenada que guardaba en el bolsillo de su pantalón. Así pondría fin a su vida. Una vez muertos Kiril, Zornik y su halcón, la bruna nube de maldad vagaría desesperada por el claro, el tiempo durante el que podría volar se consumiría y finalmente se desvanecería en el viento del mediodía, desapareciendo para siempre de la faz de Tierra Conocida. Kiril recordó una última vez aquellas frases de la primera profecía de Barlok:

“Solamente en tierra yerma podrán desvanecerse, pues ni hombre ni bestia en ese crítico lapso podrán poseer. Si tras volar dos veces el doble de dos docenas de dobles huellas ser vivo alguno no lograran dominar, el maligno parásito un último y terrible estertor proferirá, y entre llamas y brunas cenizas se consumirá”.

Pero Narno había aparecido cuando nadie lo esperaba y el espíritu lo había elegido a él en vez de a Kiril, pues percibía que la vida del nerlingo se apagaría como la llama de una vela consumida. Su sacrificio no había servido para nada. La maldad seguiría viviendo ahora en Narno y, aquel hombre torturado de noble corazón se convertiría en el azote y ruina para el mundo de los hombres.

Sin embargo he aquí que algo inesperado sucedió y cambió el devenir del destino. El anillo de perlas y diamantes que lucía aterrador en el cielo, y que Zornik había reclamado para él, desapareció súbitamente. El ominoso disco negro comenzó lentamente a desplazarse hacia el oeste y, si antes anunció el atardecer del mundo, ahora reveló con renovados rayos de luz el amanecer de una nueva era.

Los rayos de luz de aquella inesperada alborada acariciaron el cuerpo de Narno y la maldición que implacable perseguía al Guardián acudió a su encuentro. Su cuerpo se transformó inmediatamente en piedra y la bruna nube de maldad quedó atrapada por la maldición del gigante, mientras el rostro del que un día fue leal Guardián de Bosque Salvaje mostraba una petrificada expresión de asombro y horror.

A punto de desmayarse, Kiril creyó ver una silueta que corría por el claro hacia él. Imaginó que se trataba del jinete sin rostro que por fin acudía en la hora de su muerte. Cuando iba a enviar un último pensamiento a Enna, Maikel y el resto de capitanes, aquella figura que se difuminaba entre las nieblas que cegaban sus ojos, le llamó por su nombre:

—¡Kiril! ¡Kiril! —le gritaba.

Reconoció aquella voz familiar. Era la voz de Oyvind. El hijo del relámpago seguramente también había muerto y acudía ahora a acompañarle en su último viaje a la morada del jinete sin rostro.

Pero por fortuna Oyvind seguía vivo. Había permanecido apostado tras las sombras de la floresta contemplando el Duelo de Reyes, hasta que se vio sorprendido por el despertar de Narno cuando la estrella del día fue cubierta por la total oscuridad de un eclipse de sol. El gigante se había despertado agitado, sobresaltado, alterado, y de su boca no salía más que un continuo y recurrente monólogo: “Tengo que hablar con mi hijo, tengo que hablar con Odrán”. Cuando Narno se percató que quien luchaba en el claro contra Kiril era aquél a quien Urkha le había mostrado antes de convertirse en estatua de piedra, trató de ir a su encuentro pero Oyvind se lo impidió. El Guardián, ofuscado y con la mente trastornada por las palabras de la lamia, se zafó de Oyvind de un puñetazo que dejó inconsciente al alko tendido sobre el suelo de la floresta. Cuando Oyvind recobró el conocimiento, vio como Zornik y Kiril yacían tumbados en el suelo y Narno se erguía de pie en el claro convertido en estatua de

piedra.

Oyvind llegó junto a Kiril y, tomándole por los hombros y la espalda, lo incorporó con sumo cuidado.

—Acaba... acaba con Narno. Destruyelo con... mi espada —le dijo Kiril sin apenas fuerza en la voz.

—¿Matar a Narno? ¿Por qué? —preguntó incrédulo al escuchar las palabras de su amigo.

—Mátalo. El... espíritu... el espíritu lo... lo ha poseído. Acaba con él... antes... antes de que Narno despierte.

—Pero Kiril. Yo, yo... Yo no puedo matar a Narno.

—¡Hazlo! Te... te lo ordeno —sacó el último resquicio de furia que aún quedaba en su corazón.

Oyvind contempló con tristeza a Kiril y lo abrazó.

—Hazlo, Oyvind. Por favor... mávalo —volvió a susurrar con firmeza Therliangator.

—De acuerdo, Kiril. Destruiré a Narno —asintió con inmensa pena, creyendo con fe ciega en las palabras de su lacrag.

—Toma... toma a Darbrethil. Es la única que... que podrá acabar con... con el espíritu.

Oyvind obedeció a Kiril y empuñó la Espada de Libertad que descansaba sobre la húmeda hierba. El hijo del relámpago volvió a mirar a los ojos de Kiril y éste le confirmó con su mirada lo que debía hacer. Oyvind se puso en pie y caminó lentamente con lágrimas en los ojos hacia la estatua de piedra en la que se había convertido el Guardián de Bosque Salvaje.

El sol, en su particular combate con la luna, estaba logrando liberarse del maléfico influjo de aquella oscuridad. La cálida y reparadora luz de sus rayos volvió a acariciar a Tierra Conocida. Cuando Oyvind llegó al lugar en el que Narno había sido petrificado, la luz de aquella nueva alborada iluminaba con un brillo cegador la superficie de la estatua del gigante. Una expresión de horror y angustia, que nunca antes Oyvind había visto en Narno, se dibujaba ahora en su rostro de piedra. Con su mano tocó el pecho de la estatua y sintió una terrible conmoción percibiendo cómo el alma del Guardián se estremecía impotente en su pétreo estado.

—Perdóname, amigo mío —dijo Oyvind con lágrimas en los ojos—. No es así como me hubiera gustado despedirme de ti, aunque bien sabes que soy un cobarde, que me asustan las despedidas. No fui capaz de enfrentar la mirada de Edda cuando abandoné Caterziveen, ni tampoco fui capaz de mirarte a los ojos y decirte adiós cuando marche hacia Groningburgo —y el alko suspiró emocionado—. Sé que muchas noches deseaste la muerte, acabar con la maldición a la que aquella bruja te condenó. Mi querido amigo —volvió a sollozar—. Ser yo quien te libere de ella es lo único que me da fuerzas para empuñar esta espada. Adiós, Narno. Adiós al último Guardián de Bosque Salvaje. Que en la morada de los dioses encuentres el consuelo y

la paz que mereces; que allí te reúnas con tu amada Xennia y tu añorado Odrán. Rezaré a todos los dioses para que os acojan en sus bosques sagrados y moréis en ellos por toda la eternidad. Adiós, Narno. Perdona al testarudo peregrino, a tu siempre fiel amigo, a Oyvind Soplo de Viento. Adiós... —y con los ojos arrasados en lágrimas el hijo del relámpago clavó a Darbrethil en el corazón de Narno.

Oyvind aulló con un desgarrador y desolador alarido mientras la centelleante hoja de azul lapislázuli se hundía en el corazón de la estatua de piedra y emergía por la espalda del Guardián. Una terrible explosión sacudió a la estatua destrozándola en mil pedazos. Oyvind cayó de espaldas sobre la hierba, pero Darbrethil quedó suspendida en el aire, levitando sobre el suelo, ensartando a la bruna nube de maldad.

El espíritu corrompido trató de volar, de recorrer el espacio que le separaba de Oyvind y poseerlo con fuerza irrefrenable, pero ahora era la mano de Nerlinguia la que empuñaba a Darbrethil, y la ominosa nube de oscuridad quedó prendida en el aire, agitándose impotente como una mosca que acaba de caer en una tela de araña. El lapso de tiempo que el espíritu podía permanecer con vida sin poseer el cuerpo de un ser vivo se extinguió lentamente, cayendo al vacío del olvido como los granos de un reloj de arena ante los asombrados ojos de Oyvind, hasta que, derrotado por la divina aleación de Darbrethil, se consumió devorado por níveas llamas de fuego purificador.

Darbrethil cayó al suelo, clavándose majestuosa en la tierra húmeda del claro, refulgiendo con increíbles destellos azul cobalto y lapislázulis. El espíritu corrompido, la bruna nube de maldad se desvaneció en el aire con un insufrible quejido de dolor, con un sonido tan agudo e insoportable que, a pesar de que Oyvind y el moribundo Kiril se taparon los oídos, el lamento del espíritu desterrado dejó sordos por unos instantes a los dos alkos. Con un arrebatador fulgor nacarado las llamas consumieron al mal que había poseído durante lustros a Zornik y un último alarido de venganza desveló el nombre del espíritu desterrado de la casa de los dioses:

—¡¡¡EULUR!!!

Las llamas se apagaron.

La maligna niebla se consumió y desapareció arrastrada por el viento del Este.

El sol volvió a brillar libre en el cielo.

El silencio envolvió Tierra Conocida.

El mal había sido derrotado.

Oyvind, aún aturdido, no salía de su asombro. No lograba entender qué había sucedido. Qué era aquella silueta oscura y neblinosa que había quedado ensartada en Darbrethil y que había emitido aquel espantoso chillido antes de desaparecer consumida entre las llamas blancas. Sin embargo un súbito y enorme pesar lo asaltó al ver que su amigo Narno había muerto. No quedaba rastro alguno de la estatua sobre la húmeda y verde hierba del claro. La huella del Guardián de Bosque Salvaje

había desaparecido para siempre, por fin liberado de su maldición. Pero el recuerdo de Narno permanecería imborrable en el corazón de Oyvind. Él nunca lo olvidaría. Su campana de oro seguiría brillando al final del camino de piedras blancas y, algún día, Oyvind se prometió viajaría de nuevo a Bosque Salvaje y pasaría toda la noche haciendo repicar la campana del Guardián.

—Adiós, Narno. Hasta pronto —lo despidió por última vez, pero ahora con alegría en su corazón.

De repente Oyvind cayó en la cuenta de que había olvidado a Kiril. Corrió de nuevo hacia él y lo encontró moribundo, desvanecido junto al cuerpo inerte de Zornik, respirando con dificultad. El hijo del relámpago le incorporó con cuidado y le llamó por su nombre tratando de que despertara:

—¡Kiril! Lo hemos logrado. ¡Hemos derrotado a Zornik! ¡Kiril! ¡Despierta!

El Rey Nerlingo se agitó y torció el rictus en un gesto de dolor. Sus heridas eran numerosas y profundas y seguía sangrando por ellas. Entreabrió los ojos pero Oyvind no sabía si realmente le escuchaba.

—¡Kiril, hemos vencido! ¡El mal ha sido desterrado!

Kiril esbozó una mueca de sonrisa y de sus labios brotaron unas palabras que Oyvind no llegó a entender. Acercó su oído a los labios de Kiril y el alko repitió aquellas palabras:

—Proclama... la victoria. Da... las nuevas al ejército —y su voz se apagó en un mudo susurro.

—Así lo haré, Kiril. Aguarda aquí. Aguanta, por favor. Resiste, no te mueras. No ahora que hemos logrado la victoria —y Oyvind le incorporó con suma delicadeza y, apoyándolo sobre la espalda de Zornik, corrió tan rápido como nunca antes lo había hecho abandonando el claro para internarse en la floresta al encuentro del ejército de la Alianza.

Kiril agonizaba y sus ojos volvieron a nublarse, cerrándose muy lentamente hasta sumirse en un placentero sueño que le reconfortaba del frío aliento del jinete sin rostro que comenzaba a recorrer su cuerpo. Antes de desmayarse, en un último momento de lucidez, escuchó a lo lejos con claridad la dulce melodía de miles de gargantas que gritaban al viento con una sola voz:

¡ ¡ ¡ ¡ ¡ VICTORIA ! ! ! ! !

## TRAS LA TORMENTA

Aquella mañana el sol ascendió altivo y dorado, iluminando desde las alturas un paisaje sereno. Tras la conmoción y la terrible tormenta de la pasada luna, en la que los relámpagos centellearon sobre las colinas y los truenos restallaron en las praderas, los campos y estribaciones del Corredor de Groningburgo componían hoy un bucólico paisaje.

Los cielos de Tierra Conocida, en especial los de Jactinia y los de las regiones al norte de ella, habían sufrido durante demasiado tiempo el emponzoñado aliento de Urkha y, tras la muerte de Zornik y el desvanecimiento de Eulur, el firmamento había llorado de alegría, un llanto purificador que celebraba la victoria del bien sobre el mal. Los truenos tronaron, los relámpagos resplandecieron y la lluvia cayó torrencial sobre aquellas tierras que habían vivido bajo la terrible desolación de Eulur. El hálito de Urkha se deshizo en minúsculos jirones de neblinas cenicientas y huyó hacia el oeste acosado por la luz de la estrella del día. En las vastas praderas gronings, bajo aquella grandiosa tormenta, se libraron los últimos combates entre el ejército de la Alianza y las legiones enemigas.

Cuando Oyvind surgió de entre los altos pinos y abetos gritando “¡Victoria!” la confusión se apoderó del campo de batalla. Los primeros en salir de su asombro fueron los capitanes aliados, quienes comandados por Enna y Maikel, comenzaron también a gritar “¡Victoria!” poseídos por un brío y alegría incontenibles que brotaban de su corazón. En unos instantes todo el ejército aliado gritaba con una sola voz, con el estruendo de un volcán en erupción, poseídos por el ansia de escuchar aquella palabra que les había conducido desde lejanas tierras hasta las vastas praderas del norte. La Batalla del Guardián y los Dos Reyes, así es como llamaron a la sangrienta contienda con la que concluyó la guerra y en la que se decidió el destino de Tierra Conocida.

La confusión y la conmoción fue grande entre las filas enemigas. En un primer momento todos escuchaban incrédulos los gritos de Oyvind, dudando que Zornik hubiera caído derrotado ante Therliangator. Pero al sentir la fuerza y determinación con la que los aliados proclamaban la victoria de Kiril, los gronings empezaron a creer que su rey había muerto. El único que con gran vehemencia se resistía a creerlo era Inorkul, quien ordenó a sus gorglins que le acompañasen al claro ubicado en el centro de aquella apretada y extensa arboleda. Oyvind, al ver cómo Inorkul corría hacia la floresta seguido por los más de seiscientos gorglins supervivientes de los combates precedentes, recordó que Kiril yacía moribundo junto a Zornik, por lo que gritó a los capitanes para que corrieran a protegerle de la venganza de los gorglins. Enna, Maikel, Ingvar, Aimon y Simas corrieron tras Oyvind mientras el príncipe Ilanit ordenaba a sus hombres cargar con todos los carros de combate disponibles contra la guardia personal del difunto rey.

Así fue como se desató el último combate de La Batalla del Guardián y los Dos

Reyes. Las bigas, trigas y cuadrigas del ejército de Saralamath embistieron con tal furia a los gorglins, que más de la mitad murieron pisoteados por los carros de combate o ensartados por las flechas y lanzas de sus jinetes. Los legionarios gronings contemplaban con atención el combate como convidados de piedra, renunciando por el momento a presentar batalla. Los gorglins que lograron penetrar en la comunidad de pinos y abetos tras los pasos de Inorkul, se vieron sorprendidos al llegar al claro por una lluvia de flechas que los detuvo en el linde de la floresta. Oyvind e Ingvar, quienes habían sido los primeros en llegar junto a Kiril, se ocupaban del malherido Rey Nerlingo.

Inorkul les gritó parapetado tras el grueso tronco de un abeto:

—Apartad vuestras sucias manos del gran Zornik. Llevaos a ese bastardo nerlingo para enterrarlo en una ciénaga putrefacta.

—Es a tu rey al que tendrás que enterrar, maldito gorglin —replicó Ingvar—. Él es quien ha muerto.

—¡Mientes, rata nerlinga! —gritó Inorkul abandonando la protección del árbol y mostrándose en el claro, resistiéndose a creer las palabras del hijo del trueno.

—Ven a comprobarlo por ti mismo si quieres. Pero si lo haces, te juro que no saldrás con vida de aquí —le amenazó Ingvar.

—Acabaré contigo y después con tu rey bastardo —ladró Inorkul y corrió acompañado por dos de sus gorglins más fieles.

—Llevaos a Kiril —ordenó Ingvar a Maikel y los otros—. Oyvind y yo tenemos una cuenta pendiente que saldar con ese maldito gorglin.

Entre Maikel y Simas levantaron con sumo cuidado a Kiril y se lo llevaron a la enfermería para tratar de salvar su vida. Enna los seguía desolada viendo cómo una vez más su amado estaba al borde de la muerte. Ya sólo restaba la esperanza de que Oerlikon pudiera volver a sanarlo.

Aimon permaneció junto a los gemelos alkos mientras Los Quince de Klimerik, sin aún conocer la muerte de Narno, permanecían apostados en el linde de la floresta preparados para combatir si fuera necesario.

Inorkul llegó acompañado por los dos gorglins hasta el lugar en el que yacía el cadáver de Zornik. A pesar de que se resistía a creerlo, rápidamente se percató que Oyvind no había mentado al gritar “¡Victoria!”. Zornik estaba tendido inmóvil sobre la hierba, huérfano de vida. En verdad el rey groning había muerto.

—¡Miserables, traidores asesinos! —gritó iracundo Inorkul—. Sólo mediante una traición, mediante una emboscada habéis podido acabar con nuestro rey.

—Kiril acabó con él en buena lid. Hizo que el destino que estaba escrito se cumpliera —replicó Oyvind.

—Y aquí y ahora tú encontrarás el tuyo —le desafió Ingvar.

Inorkul y los dos gorglins desenvainaron sus temibles espadas de hoja de sierra aceptando el desafío, y Aimon y los dos gemelos alkos hicieron lo propio.

—No lo matéis. Antes de hacerlo necesito hablar con él —les susurró Ingvar y



ambos asintieron.

Los gorglins atacaron veloces como una manada de lobos mientras en ambos extremos del claro hombres de uno y otro ejército contemplaban expectantes el combate que se acababa de iniciar.

Inorkul se enfrentó a Ingvar mientras que Oyvind y Aimon lo hicieron con los dos gorglins restantes. Los dos gemelos alkos no se encontraban en plenitud de facultades por lo que deberían ser diestros y certeros en las estocadas que lanzasen a sus contrincantes. El cautiverio en las mazmorras de Groningburgo y las heridas que aquellos ocho wolkurs les provocaron cuando lucharon en el circo privado de Zornik habían debilitado sus fuerzas. Sin embargo Aimon, con una maestría sin igual, tras cinco intercambios de golpes en los que pareció brotar fuego del choque entre las espadas, logró desarmar a su oponente y, con un preciso ataque, le clavó la espada en el estómago. El gorglin abrió los ojos incrédulo mientras un río de sangre brotaba de su vientre. Aimon extrajo la hoja de su espada con inusitada rapidez y el gorglin cayó muerto al suelo.

Sin detenerse un solo instante, Aimon atacó al gorglin que luchaba enconadamente con Oyvind y, a pesar de la destreza con el manejo de la espada de hoja de sierra, entre ambos lograron acorralarlo hasta que el alko le provocó una dolorosa y profunda herida en el costado que le hizo descuidar su defensa, lo que aprovechó el celko para rematarle de la misma manera que había hecho con el primer gorglin.

Entretanto Ingvar e Inorkul hacían que las chispas centelleasen sobre el acero de sus espadas con cada nueva embestida. El hijo del trueno se defendía con la misma fuerza que Inorkul le atacaba, fruto de la furia que brotaba desde lo más profundo de su corazón. El recuerdo de la sentencia de Ira, condenada a que su cuerpo fuera profanado día tras día hasta que la muerte acudiera a su encuentro, martilleaba su mente sin descanso y le infundía una fuerza casi salvaje. En uno de los golpes, Ingvar e Inorkul entrechocaron sus espadas y mantuvieron abrazados el acero nerlingo contra el acero groning.

—¡Vas a morir! —le gritó el alko mientras los ojos le brillaban incendiados por una temible cólera—. Pero antes me dirás dónde está Ira. ¿Dónde está la esclava de Ihola a la que tu rey condenó a un lejano lupanar?!

—¿Aquella sucia y traidora nerlinga? —replicó Inorkul mirándole con desprecio—. Creo que finalmente quedó durante unos meses bajo la tutela del Mariscal Burkelen. Él se ofreció a enseñarle a ella y a su hermanita el oficio que les aguarda en el destacamento de Halthoria, ¡ja, ja, ja!

—¡Cerdo degenerado! ¡Kajsa es solo una niña!

—Dejará de serlo una vez que el Mariscal pruebe su dulce carne. Apostaría a que ahora mismo está jugando con ellas en palacio. Con la edad se ha vuelto más perezoso para luchar en el camp... —y las palabras cesaron de brotar de la boca de Inorkul, extinguidas al igual que su vida, como un regato azotado por el sol del

verano.

—Dijiste que no lo matásemos antes de que hablara —dijo Oyvind tras la espalda de Inorkul empuñando el acero que había traspasado al capitán gorglin. Ingvar no dijo nada y sólo sonrió a su hermano.

El alko extrajo la hoja e Inorkul cayó sobre la hierba del claro junto a su rey. Oyvind, Ingvar y Aimon escucharon un ahogado gemido que brotó de la boca de Inorkul, por fin el último estertor del reino del terror. Ingvar escupió sobre el cuerpo del gorglin deseándole que se consumiera hasta el fin de los tiempos en un abrasador fuego imperecedero.

Cuando los gorglins supervivientes contemplaron cómo su capitán era abatido por los nerlingos y, viendo que Zornik también había muerto, decidieron huir hacia Groningburgo. El pequeño contingente de jinetes nómadas de Tierra Seca les acompañó en su huida, pero los carros de combate del ejército sureño volvieron a cargar contra ellos una vez tomaron el camino que conducía a la capital.

Ingvar habló con Aimon mientras se reunían con el resto de miembros de la hermandad de Klimerik en el linde del claro para volver junto al resto de sus huestes.

—Aimon, ahora eres tú quien estás al mando de nuestro ejército. Kiril se debate entre la vida y la muerte y no puede liderar a nuestros hombres. Tú eres quien debes parlamentar con los gronings y pactar su rendición —y Aimon asintió recordando las palabras del hijo de Akrog—. Necesito que logres su rendición cuanto antes y que impongas una condición a ese acuerdo. Que Burkelen entregue sanas y salvas a Ira y Kajsa. Sus vidas corren gran peligro, más ahora que Zornik ha caído. Te pido que me dejes viajar a la capital. Debo entrar en Groningburgo; debo hacerlo antes de que ese Mariscal groning escape con Ira y su joven hermana aprovechando la confusión tras el fin de la guerra.

—Parlamentaré con los oficiales gronings —le respondió con voz serena el celko—. Les ofreceré nuestro perdón si se rinden y prometen por sus dioses que no volverán a atacarnos, que permanecerán recluidos en sus territorios. Deberán pagar con su oro parte del daño que han causado y, con él, reconstruiremos los burgos destruidos y compensaremos a los pueblos libres que generosamente se unieron a nuestra causa. Sus oficiales de más alto rango deberán entregarse y, como cómplices de las maldades de Zornik, morirán ajusticiados en la horca. Pero no marches ahora a Groningburgo, Ingvar —le dijo Aimon mirándole a los ojos—, pues morirías a manos de algún renegado que busque saciar su sed de venganza. Concédeme un día, un solo día y te prometo que yo mismo te acompañaré hasta los aposentos de ese Mariscal para arrancarle de su lado a la mujer a la que amas.

—Aimon habla con sabiduría —dijo Oyvind tratando de hacer entrar en razón a su hermano—. La guerra acaba de terminar, pero aún no hay pactada ninguna condición. Los gronings acabarían con nosotros antes de poner un pie en su capital. No podemos entrar en Groningburgo sin su consentimiento y la salvaguarda de nuestro ejército. Muerto no lograrás salvar a Ira.

—¿Y si ese Mariscal huye con Ira y Kajsa? ¿Y si decide acabar con ellas al conocer la derrota de su ejército? Entonces no me lo perdonaría jamás, hermano.

—Tendrás que esperar un día, Ingvar. Sólo un día. Concédeme ese tiempo para negociar la rendición de los gronings.

Ingvar no respondió, pero asintió con su triste y rabiosa mirada.

—Ahora debo reunirme con el oficial de mayor rango groning —continuó hablando Aimon—. Un norteño, un sureño, un esmuga, un luina, un skelingo, un lupeno, un bortigo y un nerlingo del sexto clan me acompañarán. Quiero que los gronings contemplen que están solos en esta absurda guerra contra el resto de pueblos libres de Tierra Conocida. Vosotros ayudad ahora a Oerlikon en todo lo que necesite. Kiril no puede morir. No debe morir.

Oyvind asintió y acompañó a Ingvar hasta la enfermería en la que Oerlikon había acomodado a Kiril. Esta vez el semblante de Oerlikon era grave. Las heridas que había sufrido Kiril eran numerosas, algunas de ellas habían lacerado profundamente su carne y había sangrado profusamente. El rostro del joven mostraba un color níveo, como el de un cuerpo embalsamado, y el frío avanzaba lentamente desde sus extremidades para aposentarse en su cuerpo. Permanecía inconsciente, su respiración era muy débil y apenas si eran perceptibles los latidos de su corazón.

—No sé si esta vez podré salvarte, hijo —le susurró al oído mientras acariciaba sus cabellos.

Enna, que había desaparecido de la enfermería, regresó azorada trayendo en un cestaño hojas y plantas medicinales.

—Padre, esto es todo lo que he podido encontrar en el campamento. Hojas de helecho, flores de manzanilla, diente de león, un poco de miel y sal. Pero tampoco he conseguido hallar esta vez caléndula, valeriana y árnica. En el Taquakland tu poción sanó a Kiril sin tener esos ingredientes. ¿Verdad que también lo hará ahora? —preguntó con ojos suplicantes mientras Maikel hervía una cacerola de cobre llena de agua siguiendo las instrucciones que le había dado la joven alka.

—No lo sé, hija mía. No lo sé —respondió Oerlikon con voz taciturna—. Kiril casi se ha desangrado, numerosas heridas laceran su cuerpo. Está muy débil, tan débil que incluso una poción tan poderosa como aquella podría matarlo.

El agua comenzó a hervir y, envueltos por un pesaroso silencio, Enna y Oerlikon comenzaron a cortar y machacar las hierbas en un mortero, para después verter todos los ingredientes de la poción al caldero de cobre. Oerlikon extrajo ceremoniosamente de entre sus vestiduras el pequeño recipiente en el que guardaba las limaduras del cuerno de la Sagrada Bestia. Dudó unos instantes, pues tenía que medir muy bien la proporción de aquel polvo blanco que debía añadir a la pócima curativa. Finalmente vertió sobre ella las limaduras del Unicornio y Enna comenzó a revolver el verdoso brebaje a derecha e izquierda. Cuando la cura dejó de borbotear, Oerlikon indicó a Maikel que incorporara a Kiril. El alko ni siquiera se estremeció cuando Maikel lo alzó con delicadeza.

—No es buena señal —dijo para sí Oerlikon—. Su alma está ya más próxima al reino de los muertos que al de los vivos. Nerlinguia, no permitas que Kiril muera. No permitas que pague con su vida el generoso sacrificio por el mundo de los hombres. No lo permitas...

Enna llamó con voz trémula a Kiril, pero éste ni siquiera entreabrió los ojos. Intentaron despertarle pero el alko seguía inconsciente. No tuvieron más remedio que abrirle la boca y darle de beber de aquella pócima a pequeños sorbos. El líquido verdoso se derramaba por sus comisuras y en ocasiones parecía ahogar su respiración. Transcurrió un largo rato hasta que terminó de beberla. De nuevo Maikel lo tumbó en el improvisado jergón que habían preparado con capas y pieles, y dejaron que Kiril durmiese aquel macilento sueño, no sabiendo si despertaría en la morada del jinete sin rostro o volvería a la vida en el campamento aliado.

Oerlikon se quedó velando durante la primera guardia a Kiril. Enna salió en silencio de la tienda y corrió hacia la entrada del Paso del Gorglin, poseída por un desconsolado llanto, sus ojos completamente arrasados en lágrimas. No quería que nadie contemplara su dolor. Desde lo alto de la pendiente del paso rezaría en soledad a Nerlinguia rogándole que devolviera a la vida a su amado prometido. Mientras el frío viento que azotaba la cumbre mecía sus largos cabellos, la joven permaneció inmóvil, arrebujada en su capa, sollozando y rezando a Nerlinguia, a la diosa femenina, apelando al amor que un día Eubalil sintió por el extinguido Euphil.

Aimon no se demoró en el campamento y, bajo el estandarte de una gran bandera blanca, avanzó a lomos de su caballo al encuentro de los gronings, flanqueado a derecha e izquierda por los representantes de los pueblos libres de Tierra Conocida que habían luchado en aquella guerra: Simas por los norteños, el príncipe Ilanit por los sureños, Brandur por los esmugas, Sventegard por los skelingos, Markeliot por los lupenos, Lindeloth por los bortigos, Pothalion por el sexto clan y el bueno de Olaf, designado por los luinas, un miembro más del pueblo de los constructores de barcos.

De la vanguardia de las legiones gronings surgió también un pequeño grupo de media docena de jinetes encabezado por el Mariscal Zotelen hondeando una bandera blanca. Los gronings avanzaban con paso lento, cabizbajos, desposeídos del porte altivo y desafiante que hasta ahora habían mostrado. Ambas embajadas se encontraron en el centro del corredor. Aimon tomó inmediatamente la iniciativa y, sin saludar a los gronings, comenzó a exponer sus condiciones para su rendición. El Mariscal Zotelen le escuchaba con rabia contenida, apenas pudiendo soportar que aquel engreído nerlingo le impusiese los términos de su rendición...

—... el oro groning será confiscado —recitaba Aimon las condiciones—, y utilizado para costear la reconstrucción de los burgos destruidos así como pago por los hombres y bestias de los pueblos libres que han participado en esta guerra. Por último, los oficiales de más alto rango, Mariscales y Senescales, deberán ser

entregados a los capitanes del ejército aliado para, como cómplices de las maldades de Zornik, redimir sus felonías con la muerte siendo ajusticiados en la horca en la plaza central de Groningburgo dentro de cinco lunas.

Los gronings que acompañaban al Mariscal Zotelen, a pesar de rebelarse aún en su fuero interno por la victoria aliada, encontraron razonables las condiciones que había impuesto Aimon. Sin embargo, Zotelen replicó iracundo cuando el celko terminó de hablar:

—¿Acaso te has vuelto loco, engreído nerlingo? ¿Crees que te entregaré en bandeja de plata mis tierras y mi oro? Mira al frente y contempla a mis legiones. Si osas avanzar un solo paso más en dirección a nuestra capital, tus hombres perecerán bajo el filo de nuestras espadas.

Aimon le miró a los ojos y esbozó una burlona sonrisa pero permaneció callado. El Mariscal de las legiones del norte se impacientó y volvió a gritar al celko:

—¡Retírate a tu lejana madriguera y escóndete bien profundo en ella! Quizás así me olvide de ti y puedas vivir en paz tu vil existencia. ¿Qué respondes ahora?

El celko volvió a sonreír pero enseguida su rictus se tornó adusto antes de replicar al Mariscal:

—Mira ahora a tu espalda, engreído groning —comenzó respondiendo de la misma manera y Zotelen hirvió de rabia—. ¿Dónde están los gorglins? ¿Dónde están tus aliados, los jinetes nómadas de Tierra Seca? Yo te lo diré. Han huido, han huido al ver a su rey muerto. Esas ratas escapan ahora hacia los yermos de Tierra Seca. ¡Que se pudran como raíces reseca en aquellos eriales! Pero si algún día osan cruzar de nuevo esa frontera, no volverán a ver la luz del sol agostarse en el lejano oeste al atardecer —y Aimon hizo una pausa—. Dime Mariscal, si las tropas de élite de Zornik ya no quieren luchar, ¿piensas que campesinos, herreros, carpinteros y demás hombres reclutados en las últimas levas querrán hacerlo? Quizás parte de tus legionarios te sigan en tu demencia hacia la muerte, pero apuesto todo el oro que escondes en Groningburgo a que la cordura prevalecerá en la decisión que tomen —y Aimon miró entonces uno a uno a los cinco gronings que acompañaban al Mariscal y les habló con severidad—. Regresad ahora al campamento y transmitid mis palabras a los soldados de vuestro ejército. Creo que las condiciones que os he impuesto son razonables, incluso generosas, frente al mal y la desolación causada por vuestro pueblo en Tierra Conocida. Aguardaré vuestra respuesta hasta el atardecer. Si para entonces no os habéis rendido y aceptado mis condiciones, mi ejército atacará y os juró que no quedará un solo groning con vida cuando llegue la aurora. Os ofrezco vida y libertad frente a la muerte. Os juro que cada uno de esos hombres que forman en las filas del ejército de la Alianza clama venganza. Muchos han venido para luchar aquí desde lejanas tierras. Han perdido a muchos seres queridos durante la guerra y no cejarán ahora en acabar con el último de los gronings si os resistís a rendiros. Si eso ocurriese, los nerlingos encabezaríamos esa horda y yo, Aimon, descendiente del gran Borbul Ojo de Águila, daría la orden de exterminaros para vengar a los miles de

alkos, bilkos, celkos, helkos y bunkos que murieron en Lothikaton por la inmundada traición groning. ¡Y ahora marchad! —ladró furioso Aimon—. Mi clemencia se agotará al atardecer. ¡Vosotros sois ahora dueños de vuestro destino! —y espoleando a su caballo, regresó al galope hacia la vanguardia aliada flanqueado por los representantes de los pueblos libres.

Los ecos de la noticia de la muerte de Zornik y el más que probable fin de la guerra no tardaron en llegar a Groningburgo. Dos de los jinetes nómadas que sobrevivieron al ataque de los carros de combate del príncipe Ilanit, irrumpieron en la capital dirigiéndose prestos a informar a su líder. A pesar de la premura y la importancia de las nuevas que portaban, debieron aguardar durante un largo rato a que Nurgul les atendiera, pues se hallaba retozando entre las sábanas con su recién tomada esposa y había ordenado que por ningún motivo osasen molestarle.

Cuando el emperador de los jinetes nómadas les recibió en audiencia, escuchó atentamente la información que aquellos leales hombres portaban. Cuando éstos concluyeron, Nurgul les ordenó que huyeran a Tierra Seca y que dieran cobijo entre sus tribus a los gorglins que decidieran acompañarles. Les indicó que él y su esposa pronto se reunirían con ellos en los yermos del oeste, antes de que el ejército aliado entrase en Groningburgo si se confirmaba la rendición de las legiones leales a Zornik. Nurgul despidió a sus hombres y regresó a su alcoba. Cerró la puerta tras de sí y, al volver su mirada hacia la cama donde yacía su esposa, se sobresaltó al ver en la balconada exterior la figura de una vieja de canos cabellos lacios y grasientos. Nurgul fue a echar mano de su daga, pero enseguida se percató que únicamente una sábana de seda cubría su cintura.

Ihola advirtió el sobresalto de su esposo y miró hacia la puerta en la que Nurgul tenía clavados los ojos.

—¿Quién eres, anciana? ¿Cómo osas entrar en nuestros aposentos? —le dijo desafiante el jinete de Tierra Seca.

—No temas, esposo mío —dijo la princesa—. Es Urkha, la madre adoptiva de mi padre. Disfruta allanando la intimidad y surgiendo súbitamente de entre las sombras.

—Siempre fuiste una descarada y maleducada —le regañó Urkha—. Mi hijo cedió a tus caprichos desde que eras una niña. Pero hoy tu padre ha muerto. ¡Ay, mi amado infante! ¡El único que me ha querido y comprendido! —y pareció que la lamia comenzaría a llorar, pero enseguida se repuso y gritó a los dos príncipes—. ¡Vosotros dos! ¡Vestíos! Dejad de revolcaros entre la seda y el terciopelo o las bestias que acaudilla el nerlingo clavarán vuestras cabezas en picas en lo alto de las murallas. ¡Aprisa! Seguidme hasta los aposentos del rey, hasta las estancias de mi niño, mi niño muerto... —y volvió a gimotear—. Os proporcionaré un refugio seguro, sí, oculto y seguro, lejos de los caminos transitados y de las miradas curiosas. Os esconderé en mi guarida, en la Fuente de la Lamia.

Ihola y Nurgul se despabilaron ante las apremiantes palabras de la lamia y se

vistieron. Urkha les ordenó que le siguieran y salió apresurada de la alcoba de los recién casados. Cuando le seguían por los pasillos de palacio, Nurgul se percató que la lamia tenía patas de gallina en vez de extremidades humanas. El jinete de Tierra Seca aferró la mano derecha a la empuñadura de su espada y aquel gesto volvió a infundirle calma y serenidad. Nurgul temía a las brujas y hechiceras, pues había escuchado escalofriantes historias acerca de las felonías de esos seres malignos que se ocultaban tras las nieblas cenicientas de las Montañas Oscuras.

Urkha los condujo con presteza hasta los aposentos de Zornik. Cuando se plantaron frente a la majestuosa puerta de madera y oro que les cerraba la entrada a las estancias reales, la lamia extrajo de entre sus ropajes una llave y abrió la pesada puerta. Los aposentos estaban a oscuras, únicamente iluminados por la tenue luz del atardecer. Urkha los guio hasta la balconada exterior donde les aguardaba la ciclópea cabeza del wolkur que desde lo alto dominaba toda la capital groning. La lamia se acercó a Ihola y, con extraña delicadeza, la acercó a la fuente apoyando una mano en la espalda y otra en el vientre de la joven. La lamia sonrió maliciosa al calor del contacto con el cuerpo de la princesa. Ihola se apartó de la lamia y de su inusual caricia, ya que a diferencia de su padre, a la princesa groning le repugnaba la presencia de Urkha.

La lamia no pareció reparar en el desplante de Ihola y, del borde de mármol de la fuente tomó dos vasos que contenían un repulsivo líquido negruzco.

—¡Bebed de esta pócima! ¡Bebed y a salvo estaréis! —canturreó Urkha.

Nurgul miró con repugnancia el brebaje que les ofrecía la lamia.

—Yo no beberé de ese fétido líquido. ¿Quién me dice que no es un veneno? Prefiero caer atravesado por el acero antes de morir por tu brujería.

—¡Desconfiado! Ingrato y desconfiado jinete de Tierra Seca. La lamia arriesga su vida por protegeros. La lamia se sacrifica por poner a salvo de la turba a los nuevos reyes —dijo enfatizando la palabra reyes—, y solo encuentra como agradecimiento ingratitud y descortesía. ¡Ay, niño mío! ¿Por qué me has abandonado? Tú nunca osarías hablarme de esa manera.

Las palabras de Urkha hicieron dudar a Nurgul. Viendo un tercer vaso sobre la fuente le dijo a la lamia:

—Bruja, deja ya de parlotear. Demuéstrame que esa infecta poción puede sacarnos de aquí. Bebe de ese vaso y saldremos de dudas.

—¡Ja, ja, ja! Desconfiado, ingrato e insolente. Debería dejar que los nerlingos te capturasen y despellejasen tu cuerpo. Pero por el amor a mi niño, por respeto a la semilla de mi niño, para salvaguardar la vida de la princesa Ihola y la estirpe del gran Zornik, yo te mostraré el camino de la salvación, el camino a la Fuente de la Lamia —y de un salto metió sus patas de gallina dentro de la fuente y bebió de un trago el brebaje—. ¡Adiós, incrédulo jinete de los yermos resecos! ¡ja, ja, ja! —y entre dementes carcajadas Urkha se volatilizó ante los atónitos ojos de Nurgul.

El emperador de los jinetes nómadas de Tierra Seca no salía de su asombro

mientras sumergía sus manos en la fuente bajo la gran cabeza del wolkur, buscando una trampilla o un pasadizo secreto por el que la lamia se hubiera podido escabullir. Pero por mucho que buscó no halló nada. Al cabo de unos instantes, la lamia regresó como por arte de magia, pisoteando con sus patas de gallina las manos de Nurgul.

—¡Suelta mis manos, maldita bruja! —ladró iracundo.

—Con gran placer, mi señor —respondió burlona y de un salto descendió a la balconada.

—¿Cómo lo has hecho? ¿Qué truco has usado?

—No he usado ningún truco. Se trata de magia. La magia que enseñaron a la buena Urkha. Una magia más antigua que el propio mundo, mucho antes incluso que el primero de tu sangre hubiera puesto un pie en Tierra Conocida.

—Es cierto, Nurgul —intervino Ihola—. Lo vi hacerlo con mi padre cuando era una niña. No hay truco. Es magia, una magia arcana y oscura.

—Es cierto. Lo viste, lo viste cuando eras una niña obediente. ¡Pero te apartaste de ese camino! Te gustaban las muñecas de madera y tela más que las pociones, te gustaba vestirte con sedas en vez de leer en los huesos. Te apartaste del camino... — y la lamia trató de contener su rabia—, pero ahora volverás a ser una niña obediente. Bebe de la poción, querida mía. Bebe y refúgiate en el hogar de la lamia. Lo reconocerás al llegar. Estuviste allí cuando eras pequeña. Recuerdo cómo gateabas por el regato de aguas claras y jugabas con las raíces de los sauces...

—No seré tu niña. Sólo te acompañaré para ponernos a salvo de esa horda ávida de sangre y venganza que se acerca a Groningburgo. Pero cuando todo se haya calmado regresaremos a la capital y reclamaremos el trono que por derecho nos pertenece —e Ihola miró con desconfianza a la lamia y, subiendo grácilmente a la fuente, sumergió sus esbeltas piernas en el agua y bebió de un trago la poción para no vomitarla. Esta vez fue la imagen de Ihola la que desapareció frente a los incrédulos ojos de Nurgul.

—Es tu turno, querido —le dijo Urkha.

—Espero que tu guarida se oculte profunda en las montañas y esos rebeldes no puedan dar con nosotros.

—Oculta y escondida, querido. Tan profunda que ni los propios dioses pueden descubrirla, ¡ja, ja, ja! —y Urkha rió esta vez de una forma que hizo estremecer a Nurgul.

El jinete de Tierra Seca se obligó a avanzar sin titubear hacia la fuente y beber de aquel repugnante brebaje. Antes de meter sus pies en el agua tomó el único vaso que quedaba sobre el borde. Contempló con asco aquel líquido negruzco y miró por última vez al cielo de Groningburgo, hacia el azul y las nubes que volaban a gran altura sobre su cabeza, antes de beber la poción y desaparecer a la secreta Fuente de la Lamia. Cuando Nurgul se llevó el vaso a su boca, sintió un gélido aliento que acariciaba su cuello. Pero aquella caricia se convirtió en un punzante dolor, como si decenas de agujas se hubieran clavado en su cuello. Sintió un repentino calor, un



calor que se derramaba en forma de líquido viscoso sobre sus hombros. Giró la cabeza y contempló el color carmesí de la sangre tiñendo su camisola. Su mente se nubló, las fuerzas le abandonaron y cayó desplomado sobre la fuente, su cabeza sumergida en el agua que ahora también se teñía con el rojo de la sangre de Nurgul. Urkha le arrancó el dorado peine de oro del cuello y, sentándose sobre la cabeza del jinete de Tierra Seca, comenzó a atusarse los cabellos mientras Nurgul moría ahogado entre convulsiones antes de terminar de desangrarse.

—Desconfiado, ingrato e insolente. A la lamia ya no herirás con tus palabras envenenadas. Ahora tu semilla es mía, ¡ja, ja, ja! ¡Mía es tu semilla! ¡Mía es tu semilla! —y durante un rato Urkha continuó peinándose sus lacios cabellos con su preciado tesoro sentada sobre el cadáver de Nurgul hasta que, hastiada de la compañía de éste, bebió un trago de su mágica poción y se desvaneció entre las sombras del atardecer.

Con el ocaso los gronings acudieron al encuentro al que Aimon les había emplazado. El descendiente de Borbul les aguardaba en las llanuras del Corredor de Groningburgo acompañado por los representantes de los pueblos libres. Aimon constató desde la distancia que la comitiva groning era más reducida que la que había acudido a parlamentar a mediodía. A medida que se fueron acercando distinguió en cabeza a dos gronings que eran los que ahora aparentaban ostentar el mando, y vio con satisfacción al Mariscal Zotelen acudir al encuentro con las manos atadas a la espalda custodiado por un legionario. Cuando ambas representaciones se encontraron frente a frente se saludaron y fue Aimon el primero en hablar:

—Veo que la cordura ha prevalecido —y dirigió una desafiante mirada a Zotelen.

—Algún día pagarás cara tu osadía —replicó el Mariscal—. Si osas pisar Groningburgo tu cabeza adornará nuestras murallas.

—¡Silencio! —le gritó quien parecía ahora encontrarse al mando del ejército groning. El antiguo Mariscal de las legiones del Norte calló reprimiendo su rabia—. Me llamo Gothram y he sido elegido por mis hombres como nuevo Mariscal de todos los ejércitos gronings y asumiré a partir de hoy el mando de lo que queda de nuestras legiones.

—En nombre del pueblo nerlingo y del resto de pueblos de Tierra Conocida te presento mis respetos, Gothram —dijo Aimon—. Confío en que los gronings hayan acertado al elegirte, aunque la primera decisión que has tomado parece darles la razón —dijo sin apartar la mirada de Zotelen—. Y ahora, Mariscal Gothram, aguardamos impacientes tu respuesta.

—Muerto nuestro rey y desaparecida nuestra princesa —comenzó a hablar con solemnidad—, y tras sopesar las condiciones, el ejército groning ha decidido aceptar tu propuesta. Pero escucha, Aimon, descendiente de Borbul, esto no es una rendición; decidimos cesar las hostilidades no por cobardía, sino porque continuar con esta guerra sólo conducirá a una matanza, a un horrible derramamiento de sangre.

—Sabia decisión, Gothram —respondió Aimon—. Nadie duda de la valentía de vuestros hombres ni de vuestra destreza en el combate. No tenemos más que mirar los cientos de hombres del ejército de la Alianza que han caído bajo el acero groning. Pero como bien dices continuar la batalla sólo nos conduciría a derramar más sangre. Contemplo a tu aguerrido ejército y también a mis soldados, y la única visión que acude a mi mente si seguimos luchando es la de la aniquilación total, la de la hierba de estas praderas oculta por una alfombra de cadáveres, la de miles de hombres conducidos a la muerte persiguiendo una sinrazón.

—Entregaremos a los oficiales del alto mando que tomaron parte en los planes que condujeron a la traición y matanza de Lothikaton —continuó Gothram—. Firmaremos un armisticio por el que nuestro pueblo se comprometerá a no hostigar al resto de pueblos de Tierra Conocida, a no ser que seamos atacados o nuestros territorios sean invadidos.

—Haz que tus escribanos incluyan en ese papiro dos condiciones adicionales: la primera, que las minas de oro del Valle de los Elothas jamás volverán a ser explotadas por esclavos, sino por trabajadores que voluntariamente así lo decidan, recibiendo una justa paga por ello; y la segunda, que detendréis y ajusticiaréis a cualquier gorglin que trate de volver a vuestros territorios. Esa cruel y despiadada guardia personal al servicio de Zornik ha cometido terribles crímenes que jamás podrán ser perdonados.

—Así se hará —asintió Gothram—. Una vez se lleven a cabo las ejecuciones, firmaremos el armisticio y vuestro ejército dispondrá de siete lunas para abandonar el territorio groning. Si tras ese plazo alguno de vosotros permaneciera aún en nuestras tierras sería tomado por un invasor y nuestros soldados lo perseguirán sin descanso hasta acabar con él.

—Sea —asintió Aimon—. Agradezco tu postura y confío en que gobiernes durante muchos inviernos el destino de tu pueblo.

—Solamente soy un regente temporal. Nuestro pueblo deberá designar al nuevo rey.

—Si antes te he pedido que incluyas en el tratado dos condiciones, ahora te hago dos ruegos personales.

—Habla, nerlingo —dijo con severidad Gothram.

—Te pido que permitas que un joven de mi pueblo pueda viajar a Groningburgo antes del ajusticiamiento del alto mando. Zornik le arrebató a la mujer que amaba y, por lo que hemos sabido, la entregó junto con su hermana al Mariscal Burkelen. Son dos jóvenes nerlingas a las que Zornik planeaba enviar a un lupanar en Halthoria para divertimento de los legionarios.

—Sea —respondió Gothram—. Aunque sospecho que el Mariscal tratará de huir de Groningburgo ahora que Zornik ha muerto. Si lo hace, mis hombres acompañarán a tu amigo para darle caza. ¿Cuál es tu segunda petición?

—Que Lunden, el oficial que estuvo al mando de Bortiburgo durante la

ocupación, sea uno de los ajusticiados. Fue despiadado con sus habitantes y envió a más de doscientos hombres como esclavos a Eloburgo arrancándoles de sus familias. Sus atrocidades no pueden quedar impunes y debe pagar por ello —finalizó el celko recordando al capitán contra el que la hermandad de Klimerik había combatido desde su escondite en Bosque Verde.

—No será necesario —respondió el groning—. Cayó atravesado por una lanza en los combates de la pasada luna y descansa para siempre en la morada del jinete sin rostro —y Aimon asintió complacido—. Ahora soy yo quien también tiene una petición que hacerte.

—Habla, Mariscal.

—Acudirás acompañado por solo veinte hombres a Groningburgo para presenciar las ejecuciones. Nuestro pueblo no debe sentir que ha sido conquistado o derrotado, sino que sus gobernantes han recobrado la razón y la cordura. Nosotros también hemos vivido sojuzgados por el yugo de Zornik y, si bien es cierto que fuimos cobardes por no oponernos a sus planes de conquista, no merecemos que se nos pague con la misma moneda. Nosotros también hemos perdido amigos y seres queridos en esta guerra. Aquellos que osaron revelarse contra las órdenes de los Mariscales fueron cruelmente asesinados como escarmiento para quien quiera se atreviera a seguir sus pasos.

—¿Cómo sé que no será una emboscada, que en realidad el patíbulo y las cuerdas no estarán preparados para nosotros? —preguntó con firmeza Aimon.

—No lo sabes, ¡pero así será! —gritó Zotelen.

—¡Silencio! —le ordenó callar Gothram—. Tienes mi palabra de que nadie os hará nada y de que Zotelen y los demás serán quienes cuelguen de la horca.

Aimon escrutó durante unos tensos instantes los ojos del groning.

—Tu palabra me basta —dijo finalmente—. En siete lunas acudiremos a Groningburgo. Ese día firmaremos el armisticio y la bandera de la paz volverá a ondear en Tierra Conocida.

—Confió en que así sea durante muchas centurias.

—Olaf —llamó Aimon al espíritu errante—. Ve al campamento y dile a Ingvar que los gronings le llevarán ante Burkelen. Que Oyvind y Gregas le acompañen.

El enjuto norteño asintió y cabalgó veloz hacia la vanguardia del ejército aliado que aguardaba expectante las nuevas. No tardó en regresar acompañado por los dos gemelos alkos y Gregas.

—Te rogué que me concedieras un día —y el alko asintió con gesto serio—. Pero tu deseo será satisfecho antes de que ese día termine. Gothram, Mariscal de todas las legiones gronings, ha accedido a acompañarte a Groningburgo para encontrar a Ira y Kajsa. Ahora el Mariscal Burkelen es un prófugo y ellos te ayudarán a darle caza si trata de huir con las dos jóvenes. Acompañad a los gronings y ellos os escoltarán hasta su capital.

—Gracias por cumplir tu promesa, Aimon —contestó Ingvar mientras observaba

receloso a los gronings.

—No temas, Ingvar. Tenemos su palabra de que no intentarán nada —y antes de que el hijo del trueno le interrumpiese añadió—. La palabra de un hombre noble, no la de un traidor. Y ahora marchad —se despidió de ellos y de los representantes de los gronings—. Mañana prepararemos una gran pira funeraria y al atardecer incineraremos y honraremos a los caídos.

—No queméis en esa pira el cuerpo de Gródolas —le recordó con gran tristeza Ingvar—. Le prometí que lo enterraríamos en su amada Tenkolmar. Embalsamar su cuerpo para que no se corrompa durante el viaje hacia el norte. Los norteños querrán contemplar el rostro del gran guerrero antes de que descanse para siempre bajo la tierra de los reinos del norte.

—No partiremos hacia las Tierras frías hasta que regreses de Groningburgo —le tranquilizó Simas—. Vladas y los norteños aguardaremos tu vuelta para partir juntos hacia Tenkolmar. El gran guerrero del norte no será enterrado sin que su hermano de sangre esté presente en los funerales.

—Gracias, Simas —respondió—. Juntos le daremos el último adiós.

Antes de que ambos grupos se separaran, Gothram hizo una última petición a Aimon.

—Que en esa pira ardan también los gronings caídos en combate. Ése será el primer paso hacia la paz entre ambos pueblos.

—Así lo haremos y vuestros hombres serán tratados con los mismos honores que nuestros muertos —respondió respetuoso Aimon mientras la comitiva groning se alejaba.

La noche comenzó a cubrir de oscuridad el Corredor de Groningburgo, pero esta vez no fue la ominosa oscuridad del aliento de Urkha la que se apoderó de las vastas praderas, sino la serena y acogedora oscuridad que sigue al atardecer, la que todo lo envuelve en calma y quietud. Cuando las sombras cubrían ya por completo los picos de la Savakien, las legiones gronings, envueltas por la luz de cientos de antorchas, se replegaron hacia su capital desapareciendo engullidas en las gargantas que conducían al camino que llevaba a Groningburgo.

A la mañana siguiente varias compañías de soldados del ejército de la Alianza se afanaron en preparar la pira funeraria en la que arderían los soldados caídos en el campo de batalla. Cavaron una enorme fosa de más de seis pies de profundidad y la cubrieron con ramas secas y troncos. Sobre el inmenso lecho de madera colocaron uno a uno a todos los muertos en la batalla: gronings, nerlingos, esmugas, luinas, bortigos, skelingos, lupenos, norteños y sureños, pero Aimon ordenó que los cadáveres de los gorglins quedaran esparcidos por el Corredor de Groningburgo como comida para los buitres y las demás aves carroñeras.

De acuerdo a lo que Ingvar había pedido, el cuerpo de Gródolas no descansó sobre la cama de ramas y maderos. El cadáver del norteño estaba siendo

rudimentariamente embalsamado por los curanderos para lograr que se conservase en el mejor estado posible y llegase incorrupto a su añorada Tenkolmar.

Les llevó dos días en transportar y colocar a todos los caídos sobre el lecho funerario que les conduciría a la eternidad. Al atardecer, todos los supervivientes de la Batalla del Guardián y los Dos Reyes formaron con marcialidad y gran solemnidad velando armas, inmóviles y en silencio, frente al gran túmulo donde reposaban sus compañeros.

Después de largo rato, Aimon se acercó ceremoniosamente al gran túmulo de cadáveres y lanzó sobre él una antorcha con el fuego de Ethril Eilalith. Los cuerpos habían sido rociados con óleo y las primeras ramas prendieron con rapidez, encendiéndose con furia y toda la pira funeraria comenzó a arder en un torbellino de grandes llamas y nubes de humo.

Entonces, decenas, centenares de soldados imitaron a Aimon, y un terrible y grandioso fuego purificador se elevó al cielo, lanzando destellos amarillentos y anaranjados que volaron muchas millas hacia el norte, el sur, el este y el oeste, perdiéndose hasta desvanecerse en dirección a los yermos de Tierra Seca y Bosque Salvaje, pero reflejándose centelleantes sobre los Guardianes de Groning y las colinas cercanas que ocultaban Groningburgo. Las llamas devoraron la madera y la carne, borrando de aquellas regiones el recuerdo de la reciente guerra.

Mientras todos permanecían inmóviles rezando a sus dioses encomendándoles el alma de los caídos, Aimon comenzó a entonar solemnemente, con voz grave y profunda, la Canción de los Muertos:

*El cielo yermo de estrellas,  
la tierra huérfana de tus huellas.  
Ya no queda más que refleje tu luz,  
en la noche todo se vuelve quietud.  
Negro y blanco, amarga oscuridad,  
en tu eterno viaje serán toda tu verdad.  
Ya no queda nada que refleje tu luz,  
en la noche todo se vuelve quietud.*

y todos los hombres se unieron a Aimon y cantaron emocionados con una sola voz el resto de estrofas de la oda a los muertos.

Las llamas danzaron sobre el túmulo hasta bien entrada la madrugada y, frente a la gran pira funeraria, los hombres permanecieron firmes contemplando cómo las almas de sus compañeros volaban libres hacia el cielo, impulsadas por la fuerza de las llamas hacia la morada de los dioses.

Tras la Batalla del Guardián y los Dos Reyes la noche llegó temprana y oscura. Un gran frente de cúmulos y nimbos llegaron desde el oeste cubriendo el cielo de Groningburgo cuando Gothram, acompañado de Oyvind, Ingvar y Gregas, cruzaba

las grandes puertas del norte. El hijo del trueno se revolvía inquieto sobre su montura anhelando reencontrarse con Ira. El Mariscal de todas las legiones gronings había enviado una avanzadilla de cinco soldados a Groningburgo para apresar a Burkelen. Gothram sospechaba que el antiguo Mariscal trataría de huir con parte del oro que atesoraba hacia algún lejano lugar más allá de la Barrera de Dunas, hacia las inexploradas costas del oeste bañadas por el oscuro Mar del Gruneng o a algún escondite al este de la muralla de piedra de la Savakien.

Cuando los gemelos alkos y el norteño franquearon la entrada a la capital groning rememoraron con angustia cómo el oficial del puesto de guardia los detuvo para enseñar a su estúpido sobrino Meolin el oro que transportaban. Allí murieron Kriktas, Kuriktas y Marlunas, y a punto estuvieron ellos de perder la vida en la persecución a la que fueron sometidos por los gronings. A medida que siguieron avanzando, el recuerdo de Hamad y Lamad también los asaltó con fuerza.

Pero esta vez no entraban en Groningburgo como proscritos ocultos bajo una falsa identidad, sino como acompañantes del nuevo caudillo del ejército groning y posible futuro regente. El eco de cascos de caballos que se aproximaban a gran velocidad les hizo regresar bruscamente de sus pensamientos. Dos jinetes se acercaron hasta ellos deteniéndose frente a Gothram.

—Mariscal, el Maris... Burkelen ha desaparecido —se corrigió el jinete—. Las estancias de su mansión en las cercanías de palacio están desiertas. Todo indica que ha huido precipitadamente llevándose todos los objetos de valor que podía acarrear.

—Maldición —gruñó Gothram—. Confiaba en que las noticias de la muerte del rey no hubieran llegado aún a palacio.

—El Maris... Burkelen —volvió a corregir el jinete—, disponía de fieles servidores y espías, mi señor.

—¿Qué haremos ahora? No sabemos cuanta ventaja nos lleva ni hacia dónde ha huido —se lamentó contrariado Ingvar—. ¿Y los esclavos que estaban bajo su tutela? ¿No estaban en su mansión?

El groning miró con una mezcla de sorpresa y desdén a aquel prisionero enemigo que osaba hablarle.

—Respóndele, soldado —le ordenó Gothram.

—La mansión estaba vacía. No había nadie allí —contestó conciso el jinete.

—Buscad a su mayordomo —dijo Gothram—. Él sabrá hacia dónde se dirige Burkelen.

—Mi señor —dijo el otro jinete.

—Habla, soldado —dijo el Mariscal.

—He hablado con el puesto de guardia y con los hombres que vigilan desde las murallas. Todos y cada uno de ellos juran no haber visto salir a Burkelen de la ciudad.

—Entonces... entonces han tomado el pasadizo —pensó en voz alta Gothram.

—¿Qué pasadizo? —inquirió Ingvar.

—No me pidas que te revele todos los secretos de mi pueblo —le contestó el Mariscal—. Olvidad a su mayordomo. Ahora estoy seguro que viaja con él. ¡Soldados, seguidme! —ordenó a los jinetes y dando media vuelta abandonaron la capital por el gran portón del norte.

Cuando cabalgaban en la oscuridad bordeando las granjas que rodeaban a las grandiosas murallas, Ingvar le preguntó al Mariscal.

—¿Hacia dónde nos dirigimos?

—Hacia el camino que cruza el Valle del Rauron hasta llegar a Nornogham. Burkelen planea huir a Halthoria, pero no permitiremos que llegue tan lejos. No nos lleva demasiada ventaja y no podrá viajar tan rápido como nosotros. Sus esclavos y las posesiones que transporta ralentizarán su marcha. Además la sorpresa está de nuestra parte. Tengo la certeza de que no espera que lo persigamos, no antes de tres o cuatro lunas.

—Es probable que viaje protegido por varios de sus hombres más fieles —sugirió Oyvind quien cabalgaba a la par del Mariscal e Ingvar.

—Sí, es lo más probable, aunque el grupo con el que viaje no superará la media docena. Querrá pasar desapercibido, al menos hasta haber cruzado la Cordillera Savakien.

—Estaremos preparados para luchar llegado el momento —dijo Ingvar.

—Vosotros sólo entraréis en combate si nuestras vidas corren peligro. Nuestra misión es capturar con vida a Burkelen para que sea ajusticiado dentro de siete lunas. Ése fue mi trato con Aimon.

—No permitiré que Burkelen haga daño a las dos mujeres nerlingas —respondió con rostro severo Ingvar.

—Te prometo que no dejaré que lo haga, nerlingo. Pero tú mantendrás tu espada envainada o de lo contrario tendré que encadenarte.

Ingvar no contestó y Gothram aceleró el trote de su caballo colocándose al frente de la comitiva dando por terminada la conversación. Galoparon confundidos entre las sombras nocturnas mientras los débiles destellos de las antorchas de Groningburgo se difuminaban a medida que dejaban atrás la capital groning.

Gothram no se equivocaba en sus suposiciones. Burkelen tenía la intención de llegar a Halthoria cruzando el Valle del Rauron en dirección este, deteniéndose antes en Nornogham. El antiguo Mariscal de las legiones gronings del Sur había recibido a primera hora de la tarde la noticia de la muerte de Zornik. Era sabedor de que, una vez muerto su rey, el miedo que atenazaba por igual a civiles y legionarios se esfumaría y, llegado ese momento, los gronings recapacitarían antes de enfrentarse a la devastación mutua luchando contra el ejército de la Alianza. Por ello decidió huir antes de que su situación de privilegio cambiara. Ordenó a dos de sus oficiales de confianza que recogieran el oro, la plata y las piedras preciosas, las empaquetasen en alforjas y le aguardasen junto a la puerta trasera del palacio del rey con su mejor jinete. Allí se reunirían con él, su mayordomo y cuatro de sus esclavas. Si se

mantenían leales a él, Burkelen les entregaría una de sus esclavas y les pagaría con una bolsa de cincuenta monedas de oro al salir de Groningburgo y otras tantas más una vez llegasen sanos y salvos a Halthoria. En aquel burgo Burkelen disponía de una gran finca en la que ocultaba la fortuna amasada durante largos inviernos en campañas de guerra y saqueos al frente de sus legiones. Allí era donde había planeado pasarlos últimos años de su vida y a donde ahora se veía forzado a escapar.

Si Gothram había acertado en el destino que Burkelen había elegido no era porque supiera que disponía de un gran latifundio cercano a Halthoria, sino porque el pasadizo secreto del que sólo un reducido número de oficiales del alto mando groning tenía conocimiento, abocaba a una zona despoblada y poco accesible al noreste de la capital, cercana a los primeros pasos del camino que cruzaba de oeste a este el Valle del Rauron.

El grupo de Burkelen les llevaba cerca de tres leguas de ventaja, pero el antiguo Mariscal, confiado en que nadie les perseguiría ni repararía en ellos, decidió descansar al abrigo de una solitaria posada llamada El Reposo del Rauron, que se encontraba en las veredas del camino a unas treinta millas de Groningburgo.

Haciendo ostentación de su perdido rango de Mariscal, Burkelen alquiló toda la posada por esa noche. Los ojos del posadero se iluminaron con el brillo del oro al ver las monedas que Burkelen le entregaba para que les agasajara con una buena cena y la regase con un buen vino tinto.

Desde que comenzara la guerra habían sido tiempos aciagos para el posadero y su esposa, pues apenas si había viajeros que se atrevieran a transitar por aquellos lares. Ocasionalmente se cruzaban con soldados y legionarios, quienes casi siempre pasaban de largo para terminar durmiendo en los barracones del acuartelamiento de Groningburgo.

El posadero preparó presto una mesa para Burkelen y los tres legionarios que le acompañaban y otra para las cuatro esclavas y el mayordomo. Ira y Kajsa comieron con avidez el conejo asado que la posadera les sirvió junto con una jarra de cerveza aguada. Burkelen y los legionarios dieron buena cuenta de un gran trozo de lechón asado al que acompañaron con un recio vino bortigo. A pesar de que era bien entrada la madrugada, los cinco hombres devoraron el crujiente lechón y bebieron hasta terminar totalmente ebrios. Burkelen ordenó entonces a su asustado mayordomo que llevase a las cuatro esclavas a las estancias superiores y las desnudara, ya que él y sus hombres aún tenían otros apetitos que saciar.

Ira abrazó a su hermana y ambas acompañaron escaleras arriba al posadero, quien les indicó cuáles serían sus habitaciones mientras Kajsa gemía y sollozaba desconsolada. Cuando el mayordomo trató de separarlas Ira se negó, aferrándose a su hermana pequeña. Entonces el mayordomo la golpeó varias veces en la cara y en los brazos, mas no logró separarla de Kajsa. Un hilo de sangre corrió por sus labios pero ni una sola lágrima brotó de sus ojos.

El mayordomo bajó nervioso y alterado las escaleras e informó a Burkelen de lo



sucedido pero éste se carcajeó y después le golpeó con la empuñadura de su espada. El enjuto y débil hombre cayó al suelo temblando de miedo.

—¡Estúpido! —ladró Burkelen borracho—. No sirves ni para domar a una chiquilla. Debería dejar que los perros salvajes acaben contigo —y el hombre temblaba de miedo—. De acuerdo, ¡ja, ja, ja! —rió entre sonoras carcajadas de burla mientras se enjugaba las gotas de vino que se le escapaban por las comisuras—. Pensándolo bien, deja a las dos rameras nerlingas juntas. ¡Hoy me merezco doble diversión! ¡Ja, ja, ja! ¡Tú! —le gritó a uno de los gronings—. Sal ahí fuera y monta guardia hasta que amanezca. Agradéceselo a mi gentil mayordomo. Y vosotros dos, ¿a qué esperáis? Tomad vuestras copas de vino y acompañadme. ¡La cena está servida! ¡Ja, ja, ja! —y mientras Burkelen subía torpemente las escaleras, tambaleándose de lado a lado, el posadero y su esposa desaparecieron no fuera a ser que el ebrio Mariscal quisiera recuperar el oro con el que les había pagado sus servicios.

Las escasas horas que aún le restaban a la madrugada se hicieron eternas para las dos hermanas nerlingas. En las estancias contiguas las otras dos esclavas parecían disfrutar de la compañía de los gronings a tenor de las risas y ahogados gemidos que se escuchaban en ellas. Sin embargo, el veterano Burkelen, cansado y borracho, no podía controlar a Ira y Kajsa que huían del groning parapetándose tras el camastro y la mesa de madera, únicos muebles que adornaban la habitación.

—¡Estaos quietas, malditas rameras! —gritó Burkelen enojado mientras cogía la daga que tenía atada a su cinturón.

—Está bien —habló aterrorizada Ira al ver la daga de oro que Burkelen empuñaba. Kajsa se escondió acurrucada tras la espalda de su hermana—. Cálmese, buen señor. Tómeme a mí si es lo que quiere. Pero os lo ruego, dejad a mi hermana, respetadla por piedad. No es más que una niña.

—¡Cállate y desnúdate! —y acercándose con inusitada agilidad hacia las dos jóvenes, abofeteó con fuerza a Ira quien volvió a sangrar por la boca—. ¡Nadie da órdenes al Mariscal Burkelen! ¡Mucho menos una ramera como tú! Túmbate en el lecho y tal vez me olvide por ahora de tu hermana; pero al amanecer tendrá que venir a la cama de este viejo Mariscal a darle los buenos días, ¡ja, ja, ja! —y agarró con fuerza a Ira arrojándola encima del jergón y arrancándole de un manotazo la parte superior de su vestido.

Burkelenapuró un largo trago de vino hasta vaciar la copa y comenzó a quitarse la ropa. Los efluvios del alcohol rápidamente hicieron presa en él y, apenas se tumbó en la cama y comenzó a manosear a la aterrorizada Ira, el Mariscal groning se quedó dormido sobre ella entre profundas respiraciones y un pestilente aliento a vino.

—Escapa hermanita. Escóndete y no salgas hasta que nos hayamos marchado —le susurró Ira a Kajsa con el cuerpo del desvanecido Burkelen aprisionando el suyo.

—Podría intentar matarlo... —dijo temblando Kajsa.

—No serviría de nada. Los otros gronings nos atraparían y nos matarían. Así al

menos una de las dos se salvará. Yo intentaré escapar cuando lleguemos a nuestro destino. Y ahora huye, ¡márchate Kajsa!

La joven alka se resistió a abandonar a su hermana, pero la insistencia de Ira hizo que terminara por obedecerla. Antes de salir con pasos silenciosos de la estancia, cogió la daga que Burkelen había dejado en el suelo a los pies del camastro y besó la frente de su hermana.

—Podría matarlo... —dijo con pánico en sus ojos.

—Por Nerlinguia, Kajsa, huye por favor.

—Adiós, Ira. Hasta pronto —se despidió asustada.

—Hasta pronto —le respondió Ira y dibujó en sus labios un beso de despedida.

Kajsa abrió con cuidado la puerta de la habitación y la cerró tras de sí sin hacer ruido. Cruzó el estrecho pasillo de puntillas, rezando porque la madera del suelo no crujiere, con el sonido de fondo de los gemidos que se escuchaban en las otras dos habitaciones. Kajsa subió a la tercera planta de aquel caserón, un enorme desván donde el posadero guardaba algunos útiles de labranza y viejos aparejos. La joven constató que aquel diáfano desván había sido utilizado como dormitorio común para el acomodo de viajeros en otros tiempos de bonanza. La media docena de raídos jergones que ahora descansaban apilados en una esquina del mismo, cubiertos de polvo y telarañas así lo atestiguaban. Kajsa se ocultó tras la pila de jergones en aquella oscura esquina. Al cabo de un rato, vencida por el agotamiento, se tumbó en el suelo y cayó dormida al instante en un agitado duermevela.

La aurora alcanzó con su prematuro frío invernal al Valle del Rauron. Una tupida niebla brotó de aquellas húmedas tierras cubriendo el aire con un velo insondable. El grupo de nueve hombres que perseguía al fugitivo Burkelen se vio sorprendido por el manto de niebla antes de que la madrugada abandonase los solitarios parajes del bajo valle. Decidieron hacer un breve alto para reponer fuerzas y descansar. Comieron unos trozos de carne ahumada, refrescaron sus gargantas con unos tragos de agua, encendieron un par de antorchas y reemprendieron la marcha.

Gothram les había asegurado que Burkelen se detendría en la posada El Reposo del Rauron. Era el único hospedaje que encontraría en el camino hacia Nornogham si tomaba aquella ruta. El antiguo Mariscal y su comitiva habían escapado de la capital antes del atardecer y, con la previsión de dormir varias noches al raso, no desaprovecharían la ocasión de comer y descansar al calor del fuego del hogar. Gothram había recorrido más de veinte veces el camino en ambos sentidos y, en una ocasión, había compartido mesa en esa posada con el Mariscal Arniokelen.

El groning calculó que se encontraban a unas cinco millas de distancia de la posada. El Reposo del Rauron estaba situado en un punto muy característico del camino, un lugar donde la senda realizaba una amplia curva elevándose hacia el este, dejando un frondoso bosque de robles a su derecha. En los días despejados desde allí podía divisarse el angosto paso que formaban el brazo occidental de la Savakien con

las estribaciones montañosas que marcaban el linde oriental del Valle de los Elothas.

—Marcharemos agrupados tres millas más —les informó Gothram—. Después, Tarlen y Kartien os adelantaréis al grupo. Quiero que localicéis la posada. Necesito saber cuántos soldados viajan con Burkelen además de sus esclavas. Aguardad hasta que os alcancemos. Burkelen no es estúpido y, aunque no crea que le estemos persiguiendo, habrá apostado centinelas alrededor de la posada.

—De acuerdo —asintieron los gronings.

—¿Qué haréis si los hombres de Burkelen se resisten? —preguntó Ingvar.

—Entonces no tendremos más remedio que matarlos.

—Puede que os superen en número.

—En ese caso reclamaría tu ayuda, nerlingo —sonrió Gothram—. Y ahora, partamos sin más demora. Puede que Burkelen decida también reanudar la marcha con el alba temprana. La posada está cerca de Groningburgo y Burkelen es un viejo zorro. No me extrañaría que ya hubiese olfateado nuestra presencia.

El grupo reemprendió la marcha sumiéndose en el velo neblinoso que amortajaba el Valle del Rauron. Enseguida el débil titilar de las antorchas desapareció devorado por la niebla.

Un sereno silencio envolvía los territorios gronings. El deseado fin de la guerra se había llevado consigo la agitación y el miedo de hombres y mujeres, y ahora una silenciosa calma inundaba de paz Tierra Conocida. Gothram guio con destreza al grupo a través del camino cubierto por la niebla. Cuando estimó que habían recorrido cerca de tres millas, ordenó a Tarlen y Kartien que se adelantasen al grupo, indicándoles con precisión dónde se ubicaba la posada. Debían apresurarse pues, por encima del mar de niebla, el amanecer del nuevo día comenzaba a despuntar entre las altas comunidades de nubes. Oyvind, Ingvar y Gregas ciñeron con fuerza los cinturones de los que colgaban sus espadas y comprobaron que sus carcajes estaban repletos de flechas. Intuían que esa mañana se derramaría sangre y que ellos tendrían que participar en la lucha.

Tarlen y Kartien divisaron la posada entre la niebla. El caserón de piedra era visible desde la distancia a la luz de las antorchas que iluminaban la puerta de entrada. Distinguieron en la parte trasera de El Reposo del Rauron un pequeño establo abierto y cubierto por una larga e inclinada tejavana de madera.

—Desde aquí no puedo ver cuántos caballos hay en el establo —dijo Tarlen.

—Tendremos que acercarnos más —respondió Kartien—. ¡Mira! —le advirtió en un alto susurro—. Allí, junto a la puerta de entrada.

—Lo veo. Un centinela apostado —dijo mientras lo contempló durante unos instantes en silencio—. ¿Crees que duerme? No se mueve.

—Con este frío no tardará en despertar. Eso o es que está muerto. Apresurémonos. Tenemos que llegar al establo sin que nos descubra.

Los dos gronings reptaron ocultos por la niebla hasta el establo. Los caballos se agitaron y relincharon nerviosos al ver acercarse a los dos hombres. Tarlen logró

calmarlos acariciándoles el cuello y las crines.

—Hay cuatro sillas de montar de nuestro ejército —susurró Tarlen.

—El resto pertenecerá a los esclavos del Mariscal —y Kartien comenzó a revolver husmeando entre las alforjas—. ¡Ja, ja, ja! ¡Valiente bribón de Burkelen! Estas alforjas están repletas de oro y plata. Con esto podríamos hacernos ricos.

—No toques ese oro —le reprendió Tarlen—. No es nuestro. Déjalo en las alforjas.

—Pero si tomamos un poco nadie se dará cuenta —insistió—. La paga mensual es una miseria y apenas si nos da para comer y tomar un par de copas de vino en esas sucias y rancias posadas de la capital. Con esto podríamos tener nuestra propia granja, nuestra propia bodega, ¡y nuestras propias esclavas! Piénsalo, viviríamos como Senescales.

—¡Maldita sea! ¡Deja en paz ese oro! —gritó Tarlen acercándose hacia las alforjas y apartando de un empujón a su compañero.

A sus espaldas escucharon una voz furiosa.

—¡Malditos bandidos! —y el centinela que vigilaba la puerta de la posada hundió la hoja de su espada en Kartien.

Tarlen reaccionó con presteza y, tomando su cuchillo, se abalanzó sobre el centinela que se vio sorprendido por el rápido movimiento de ataque. Tarlen derribó al centinela y, montándose a horcajadas sobre él, lo inmovilizó y le clavó el cuchillo en el corazón.

El centinela había acudido al establo despertado de su placentero sueño por el relincho de los caballos. Adormilado y con sus ojos velados por la niebla, había tomado a los dos gronings por un par de rufianes salteadores de caminos.

—¡Maldición! —se lamentó Tarlen nada más deshacerse del centinela—. Si se percatan que no hay nadie vigilando la puerta sospecharán que algo raro sucede —y su mente discurría a gran velocidad—. Ocuparé su lugar. No serán capaces de reconocerme aquí fuera enfundado en mi capa y rodeado por la niebla. Al fin y al cabo ambos vestimos el mismo uniforme.

Tarlen no se lo pensó dos veces y, tras ocultar los dos cuerpos sin vida entre la paja y limpiar los restos de sangre, se encaminó con parsimonia hacia la puerta de la posada, donde permaneció vigilante apoyado sobre la fría piedra de la fachada del caserón.

—Confío en que el Mariscal Gothram no me confunda con uno de los hombres de Burkelen y acabe conmigo con una certera flecha. Cuando vean que ni Kartien ni yo le estamos esperando creerá que nos han apresado o asesinado.

Tarlen no se equivocaba. Cuando la partida de perseguidores encabezada por Gothram divisó la posada envuelta por la niebla que lentamente comenzaba a desgajarse en grandes jirones, el Mariscal se inquietó al no ver a ninguno de los dos hombres a los que había enviado como avanzadilla.

—¡Por todos los dioses! ¿Dónde están Tarlen y Kartien? —se preguntó en voz

alta.

—No logro verlos por ningún lado —respondió otro groning.

—Los hombres de Burkelen los han tomado presos... o algo peor —sugirió Ingvar.

—No lo creo —respondió Gothram—. Si fuera así la posada entera estaría sumida en una frenética agitación, incluso puede que hubieran partido ya hacia Nornogham. Sin embargo reina la calma.

—Silencio —les advirtió Oyvind—. Una ventana se ha abierto en la segunda planta, allí, sobre la puerta principal —y todos entrecerraron los ojos tratando de verlo que el hijo del relámpago les indicaba.

—¡Centinela! —bramó una voz ronca y pastosa desde la ventana—. ¿Has visto por ahí a la más joven de esas esclavas nerlingas?

—No, mi señor —respondió Tarlen evitando mirar hacia arriba—. He permanecido aquí toda la noche de guardia. Si hubiera salido por esta puerta o alguna de las ventanas la hubiera visto.

—Si descubro que te has quedado dormido y esa ramera nerlinga ha escapado, te prometo que te destriparé con mis propias manos —y de un fuerte golpe cerró la ventana.

—Ésa era la voz de Burkelen —dijo Gothram.

—Ira y Kajsa están con ellos. ¡Debemos rescatarlas! —habló exaltado Ingvar.

—Cálmate, nerlingo —le ordenó con voz firme Gothram—. Antes de poder rescatar a esas jóvenes debemos reducir a Burkelen y sus hombres. Vosotros dos y el norteño quedaos aquí. Vigilad lo que sucede y tened listos vuestros arcos para hacerlos cantar. Si alguno de ellos trata de escapar tenéis mi permiso para abatirlo.

Ingvar asintió. Le hubiera gustado poder participar en la lucha, pero Oyvind y Gregas le habían hecho comprender que los gronings no aceptarían de buen grado que matase a ninguno de sus compatriotas a no ser que sus vidas corrieran peligro. Las profundas heridas provocadas por la reciente guerra aún seguían abiertas en ambos bandos.

El Mariscal Gothram y los cuatro gronings se deslizaron sigilosos hacia la posada. Oyvind, Ingvar y Gregas tomaron una flecha de sus carcajes y clavaron sus ojos en la difusa imagen de la posada. El hijo del trueno rezó a Nerlinguia para que velase por las dos jóvenes hermanas.

En el interior de la posada, Burkelen forcejeaba con Ira.

—Deja a mi hermana —suplicaba Ira colocándose delante de la puerta—. Déjala marchar. ¡Es sólo una niña!

—¡Esa niña es mía! Me servirá como esclava. ¡Aparta de mi camino, maldita nerlinga! —y Burkelen le propinó un puñetazo que derribó a Ira dejándola inconsciente en el suelo.

El antiguo Mariscal salió de la habitación y abrió la puerta de las estancias en las que los otros dos gronings yacían dormidos junto a sus dos esclavas.

—¡Levantaos, por todos los dioses! —bramó—. La cachorra nerlinga ha huido. Tenemos que encontrarla antes de marchar. Si logra escapar podría delatarnos.

Los dos gronings se vistieron apresuradamente y salieron al pasillo.

—¡Buscadla por toda la casa! —les ordenó—. Tú, pregunta al posadero si ha visto u oído algo y después dile al centinela que compruebe los alrededores.

—Sí, Mariscal —respondió diligente y bajó por las escaleras hasta la planta baja donde interrogó al posadero quien también confirmó no haber visto nada. Transmitió a gritos la información a Burkelen y salió al exterior para avisar al centinela que montaba guardia.

—Si ese maldito centinela no miente... entonces, entonces esa pequeña ramera se oculta en la casa —y miró hacia el final del pasillo donde las escaleras continuaban ascendiendo a la tercera planta—. Arriba, por todo los dioses. Tiene que estar arriba —y comenzó a avanzar a grandes trancos, tambaleándose aún ebrio.

En el exterior el groning se acercó al centinela y le dijo:

—Yorten, el Mariscal quiere que compruebes los alred... —y un hilo de sangre brotó de la boca del groning mientras pendía clavado del estómago por la espada de Tarlen, quien con su otra mano ahogó los gritos de socorro del moribundo.

Los acontecimientos se precipitaron a partir de ese instante. Gothram y los otros tres gronings emergieron de entre la niebla y, justo cuando se disponían a atacar a Tarlen, pudieron verle el rostro percatándose que era uno de los suyos. Juntos irrumpieron en la casona y al verlos entrar, la posadera gritó asustada. Su marido surgió de la cocina empuñando un gran cuchillo y se abalanzó sobre ellos, pero los gronings fueron más rápidos y sus espadas acabaron con el desdichado posadero.

Al oír los gritos y los ruidos que subían desde la primera planta, Burkelen ordenó al groning que le acompañaba que bajase a comprobar qué sucedía. Burkelen continuó subiendo las escaleras hasta que llegó al desván. Mientras tanto, nuevos gritos y el entrechocar del acero reverberaron en las escaleras, hasta que al final los gritos cesaron y volvió a escucharse el acelerado ruido de pasos que continuaban ascendiendo a los niveles superiores.

Entretanto Burkelen escrutaba el desván buscando a su presa. Kajsa se había despertado sobresaltada por los gritos de los gronings y había abierto una de las cuatro ventanas del desván para tratar de escapar por ella. Cuando estaba a punto de hacerlo, escuchó los pesados pasos del Mariscal acercándose. Decidió entonces retroceder y ocultarse tras la pila de raídos jergones. Los dientes le castañeteaban y la joven alka trataba inútilmente de ahogar sus sollozos de angustia. Burkelen escuchó los gemidos de la esclava y avanzó hacia la esquina del desván.

—No trates de ocultarte de tu amo. Basta ya de juegos, mi pequeña. Ven aquí con tu amo, te trataré con dulzura —y siguió avanzando hasta colocarse frente al escondite de la nerlinga.

Kajsa, como un ratón acosado en su madriguera, saltó por encima de los jergones y empujó al sorprendido Burkelen, corriendo como una ardilla hasta trepar a la

ventana que había dejado abierta.

—¡Ven aquí, maldita puerca! —ladró iracundo Burkelen—. Baja de ahí, o te juro que te arrastraré del pelo y te llevaré a mi cama tironeando de él. Kajsa miró aterrorizada a los ojos de Burkelen y no vio atisbo de compasión en ellos. Extrajo de su vestido la daga que la pasada noche había robado al groning y la alzó a la altura del hombro.

—¡Ni se te ocurra amenazarme con esa daga! —gritó Burkelen—. Antes de que intentes clavármela yo ya te habré roto el brazo. ¡Ven aquí, ramera nerlinga! —y avanzó un nuevo paso hacia la ventana.

Kajsa se agarró con una mano al marco de la ventana y miró hacia el Valle del Rauron, tan cercano y tan distante, envuelto por un lúgubre manto de niebla ceniciento. Después contempló el mortal destello que recorrió el filo de la daga robada, quizás el reflejo de la cólera que relampagueaba en los ojos de Burkelen. Y finalmente observó impávida cómo el antiguo Mariscal de las legiones gronings del Sur se aproximaba mirándola con un brillo asesino en sus pupilas. Entonces un leve susurro brotó de los finos y delicados labios de Kajsa:

—Adiós, Ira. Adiós para siempre, mi amada hermana —y clavándose la daga de oro en el pecho saltó de espaldas al vacío, regalando una última mirada de desprecio al atónito groning.

El cuerpo de la joven golpeó contra el suelo arrancándole la vida. Unos instantes después, Burkelen, quien seguía sin salir de su asombro, se asomó por la ventana del desván y contempló cómo el cuerpo sin vida de la joven yacía en el suelo en una grotesca postura.

—Tú te lo has buscado, ramera desobediente —le espetó Burkelen al cadáver de Kajsa.

Sin embargo, en aquel instante, Burkelen percibió un sonido que había escuchado en cientos de batallas en las que había combatido, un sonido que anunciaba al heraldo de la muerte, al jinete sin rostro. Una flecha atravesó de lado a lado el cráneo del antiguo Mariscal, esparciendo sangre y masa cerebral entre los jirones de niebla gris. Burkelen ya no sería sentenciado a morir colgado en la horca en la plaza mayor de Groningburgo. La justicia de Ingvar acababa de dictar su sentencia.

Gothram, Tarlen y los otros llegaron al desván cuando todo hubo acabado. Miraron por la ventana y vieron con gran pena el cuerpo sin vida de Kajsa yacer sobre la hierba y a su lado el del Mariscal Burkelen atravesado por la flecha nerlinga. Gothram volvió sus ojos hacia el altiplano donde había ordenado que permanecieran los nerlingos y Gregas. En lo alto de aquella pequeña elevación del terreno vio con claridad la silueta de Ingvar, sus brazos aferrando el arco que había segado la vida de Burkelen. Gothram se lamentó, negó con la cabeza y volvió a contemplar la terrible estampa del cadáver de Kajsa.

—Su vida corría peligro. Su vida corría peligro... —murmuró con gran pesar mientras los legionarios asentían cabizbajos.

Más tarde, cuando Ira despertó y vio a Ingvar frente a ella, no recordaría haber sido nunca antes tan feliz. Sin embargo, cuando el hijo del trueno le relató la muerte de su hermana pequeña, una insoportable tristeza se apoderó de ella sumiéndola en un hermético silencio. Ira se encerró en sí misma y tardó muchas lunas en volver a hablar. La culpabilidad por no haber sido capaz de proteger a Kajsa mortificaba su alma lo que entristecía profundamente a Ingvar, quien también se sentía culpable de la muerte de la joven. Ellos las habían puesto en peligro cuando acompañaban a los comerciantes sureños en sus tratos con la princesa Ihola.

Pero un día la luz volvió a abrirse paso en el corazón de Ira y la joven comprendió que no podía seguir torturándose, pues no sería únicamente su vida la que destrozaría sino también la de Ingvar.

Gothram y sus hombres llevaron el cadáver de Burkelen a Groningburgo, pero no dijeron que fue el nerlingo quien lo había abatido. Durante esos días capturaron y detuvieron al resto de oficiales que habían participado activamente en los planes de Zornik y los condujeron a las mazmorras de la capital.

Cumpliendo el pacto acordado con el ejército de la Alianza, el 11 de Noviembre de 1046 según el calendario groning, tres días antes de que se cumpliera un año de la matanza de Lothikaton, Aimon, descendiente de Borbul Ojo de Águila, líder de Los Quince de Klimerik y último de la estirpe real del clan celko, entró en Groningburgo al mando de una compañía de veinte hombres en la que estaban representados todos los pueblos libres que habían luchado por la causa nerlinga. En la capital groning fueron recibidos con los honores que les correspondían y Aimon y el resto de sus acompañantes mostraron un sincero respeto ante el pueblo contra el que habían combatido.

En la plaza mayor presenciaron el ajusticiamiento de Zotelen y otros siete oficiales de alto rango y Senescales. Nadie celebró su muerte cuando colgaron de la horca, pero tampoco nadie derramó una sola lágrima en señal de luto por ellos. A continuación, Gothram y Aimon firmaron el armisticio entre los gronings y el resto de pueblos libres. Fue un acto breve y sereno, en el que no hubo vencedores ni vencidos, pues todos habían sufrido incontables pérdidas durante aquella guerra sin sentido. Antes de despedirse se emplazaron a mantener un nuevo encuentro una vez hubiera transcurrido el invierno y las heridas que había dejado la guerra comenzasen a cicatrizar.

—Confío en volver a verte coronado como nuevo rey —dijo Aimon.

—Esa decisión corresponderá a nuestro pueblo.

—Si tu pueblo es inteligente serás su nuevo rey. Adiós, Gothram. ¡Que Nerlinguia te acompañe!

—Adiós, Aimon del clan celko, ¡que también los dioses te acompañen a ti!

Aimon abandonó Groningburgo encabezando la comitiva que representaba a los pueblos libres. El celko sintió una enorme sensación de paz cuando cruzó la gran puerta del norte y franqueó el profundo foso de oscuras aguas. Muertos Zornik y sus



adláteres, Inorkul, Arniokelen, Zunkonel, Zotelen y Burkelen, el horizonte del mundo parecía brillar ahora luminoso y brillante, pleno de ilusión y esperanza, libre de nubes y tormentas que lo ensombreciesen.

Y mientras Aimon abandonaba Groningburgo a través de las grandes puertas del norte, el Rey Nerlingo seguía debatiéndose entre la vida y la muerte. Kiril yacía inconsciente desde el *Duelo de Reyes*, desde aquel glorioso instante en el que escuchó a los hombres proclamar la victoria ante los gronings. En aquel inolvidable instante su cuerpo y su mente se sumieron en un profundo y frío letargo. Ni los cuidados de Enna ni las curas de Oerlikon habían logrado rescatar a Kiril del limbo en el que se había sumergido.

Oerlikon trataba de animar a Enna con la esperanza de que cada día que el nerlingo se mantenía alejado del jinete sin rostro era un nuevo día en el que su espíritu se aferraba un poco más a Tierra Conocida. Sin embargo la joven seguía desconsolada, embargada por una profunda tristeza mientras contemplaba el color macilento y el frío que se habían asentado en el cuerpo de Kiril, como si su amado se preparase para exhalar el último aliento.

Pero esa noche, cuando Enna se quedó dormida junto al camastro de Kiril agotada por las interminables jornadas en que le había velado, algo despertó en lo más profundo del alko y condujo su mente hacia el reino de los sueños. Y soñó un sueño premonitorio, un mensaje que la Sagrada Bestia le enviaba.

Esta vez Kiril no soñó con los dos guerreros que luchaban a su espalda, ni con los ojos que le acechaban desde el bosque, ni tampoco con aquel luminoso cielo en el lejano oriente. Esta vez todo se volvió blanco, un vasto lienzo de color nacarado en el que era imposible distinguir la línea del horizonte. El reflejo del sol sobre aquel níveo universo era tan deslumbrante que Kiril no podía mantener los ojos abiertos. Tuvo que colocar su mano a modo de visera para que una mínima sombra le permitiera entrecerrar los párpados y tratar de escrutar aquel infinito paisaje blanco.

Súbitamente sintió cómo un frío insoportable le atenazaba, y de su boca brotaron vaharadas de vapor helado. El silencio era abrumador, sólo roto por el crujido del hielo y la nieve congelada bajo sus pies. Kiril pensó que quizás había muerto, pues aquel inmenso mundo de soledad era lo más parecido a la desolación de la muerte. El alko necesitaba imperiosamente entrar en calor y luchar contra el frío glacial, por lo que comenzó a caminar hacia el frente buscando la luz de aquel cielo nacarado, un inmenso y deslumbrante tapiz huérfano de soles y estrellas.

Kiril caminó y caminó pero el frío hacía presa en él cada vez con más fuerza. Apenas si podía mover sus extremidades y sentía que un millón de agujas se clavaban por toda su piel. El alko no cesó en su empeño y siguió caminando millas y millas, mas el infinito paisaje helado permanecía inmutable.

Se detuvo a descansar, aterido de frío, angustiado porque su fatigado cuerpo se negase a reemprender la marcha. Miró al frente, a derecha e izquierda, incluso a sus espaldas, pero no logró ver ser alguno que habitase aquellas soledades heladas.

Al cabo de un rato, justo cuando se disponía a reanudar la marcha, vislumbró algo en el cegador horizonte, una mancha negra a muchas millas de distancia, la silueta de lo que parecía ser un gran pájaro negro. Kiril reemprendió curioso su caminar rumbo hacia aquella lejana forma de vida.

A medida que iba recortando la distancia que le separaba de la criatura voladora, descubrió que en realidad aquella forma ya no volaba sino que reposaba estática sobre el suelo helado. El nerlingo apretó el paso todo lo que sus agotadas piernas le permitieron. El fulgor de la luz que fundía el cielo con los terrenos helados de aquella inhóspita y desconocida región comenzó a atenuarse y, conforme Kiril se acercaba más y más a la extraña criatura, una creciente agitación se fue apoderando de él.

Cuando por fin logró ver con cierta claridad la negra silueta que se erguía contra el infinito mundo blanco, comprendió por qué su alma se había agitado. Aquella silueta era la del siniestro y maligno árbol de negras plumas con el que Kiril soñó lunas atrás en las estribaciones del Río Grazenberg. El nerlingo se detuvo al sentir cómo el árbol entraba en su mente para atormentarle:

—Vivirás para morir. Vivirás para contemplar la destrucción.

—Sobreviviste... —musitó abatido Kiril—. ¡Sal de mi cabeza! —le ordenó.

—Esta vez el hacha de tu Guardián ya no podrá ayudarte —le contestó—. ¡Inclínate ante el último de los desterrados! Ríndeme pleitesía o morirás junto al Unicornio.

Antes de que Kiril pudiera replicar, cientos de plumas negras, tan oscuras como la infame voz del árbol, se separaron de las ramas y volaron hacia el este, o hacia donde Kiril creía se ubicaba el este en aquellos informes yermos congelados. Las plumas recorrieron volando cerca de media milla hasta que, reagrupándose y formando una gran lanza, cayeron en picado contra el suelo penetrando la gruesa capa de hielo y se sumergieron en las gélidas aguas que fluían bajo el mar sobre el que Kiril caminaba.

No tardaron las negras plumas en emerger a la superficie en apretado círculo transportando un extraño cuerpo. Las plumas volaron al encuentro del árbol y depositaron frente a él la cabeza seccionada de un gran animal marino, la sangre congelada cauterizando el extremo seccionado de la cabeza. De aquel formidable cráneo brotaba un gigantesco cuerno que Kiril calculó mediría más de diez pies de longitud.

El siniestro engendro de los bosques avanzó caminando sobre sus negras raíces hacia la cabeza del animal. Extendió dos grandes ramas y tomó entre ellas el despojo de la bestia marina. En su tronco comenzó a perfilarse una tina pero terrorífica línea horizontal que acabó convirtiéndose en una espantosa boca de afilados colmillos negros, con la que devoró de un bocado el cráneo del desdichado animal. El árbol de plumas negras seguía sujetando con sus ramas el largo cuerno de marfil.

—Sé dónde se oculta tu bestia. Sé qué forma ha tomado el Unicornio —y no bien hubo terminado de pronunciar esas palabras arrojó con furia el cuerno del narval contra Kiril con la precisión de un lancero bunko.

Kiril abrió los ojos sobresaltado mientras un velo de sudor helado le cubría de la cabeza a los pies. Vio una gran tela blanca que envolvía el habitáculo bajo el que yacía tumbado y el titilar de la luz de las antorchas reflejada en ella. Una acompasada y profunda respiración le hizo reparar que alguien estaba acostado en un jergón al lado del suyo. Se trataba de Enna, su amada y fiel protectora.

—Siempre te encuentro a mi lado cuando despierto de la muerte —susurró complacido Kiril. Tenía la garganta seca y la lengua pastosa, pero aún pudo musitar nuevas palabras—. El último de los espíritus aún sigue vivo. Jamás descansará hasta acabar con la Sagrada Bestia.

Una voz en su interior le reclamó apremiante, esta vez para sumirse en la paz de un placentero sueño. Desfallecido, sus ojos se apagaron y su mente viajó hasta la lejana morada del dios de los sueños, la primera de las estancias que el nerlingo debería cumplir en las casas de curación que los dioses le ofrecían como premio a su generoso sacrificio. Aún deberían transcurrir muchos días, miles de lunas, antes de que Kiril pudiera emprender el último viaje para cazar al espíritu de Euwalur.

## L A CUARTA PROFECÍA DE BARLOK

**H**abían transcurrido más de ocho meses desde la Batalla del Guardián y los Dos Reyes, y agosto azotaba con su canícula las costas orientales. El Mar del Este disfrutaba mecido, día sí día también, por el suave y cálido viento del sur que portaba los rumores de la distante Ratnagira o la exótica Apulabad.

El sol golpeaba con fuerza ese día de finales del solsticio de verano sobre el Camino del Oeste, por lo que Perlivarce decidió guarecerse un rato a la sombra del frondoso bosque que crecía junto a la senda. Bebió un buen trago de agua de su pellejo y después comió un trozo de queso de cabra y media hogaza de pan duro. Se apoyó sobre el grueso tronco de un pino y contempló fascinado la inmensa marina oriental que teñía de un azul celeste el resto del mundo conocido.

Mientras descansaba sentado bajo la agradable sombra del bosque de pinos, Perlivarce volvió a consultar el mapa que aquel mensajero le había entregado. Confirmó que se encontraba en el teórico punto de intersección entre el Camino del Oeste y la recta que unía Forgol con la zona en la que el Golfo de Eukad penetraba en el interior del continente. Miró hacia su derecha y descubrió, envuelto por la bruma de las olas que embestían a los acantilados, un islote próximo a la costa. Aquél era el lugar al que se dirigía: Caterziveen. En la arcana morada del sexto clan volvería a reencontrarse con muchos de sus viejos amigos. Los recuerdos de los acontecimientos posteriores al final de la guerra asaltaron a Perlivarce, ansiando volver a contemplar el rostro de aquellos heroicos personajes que serían recordados durante las centurias venideras.

Tras el armisticio firmado entre los gronings y el resto de pueblos libres de Tierra Conocida, los caminos de los capitanes aliados se separaron. Las obligaciones en sus respectivos reinos y naciones les reclamaban después de tan largo tiempo alejados de ellas.

El primero en marchar fue el príncipe Ilanit, necesitado de saber y volver a ver a su enfermo padre, el Rey Naveen, del que hacía muchas lunas no recibía noticias. Ilanit temía que el anciano monarca estuviera agonizando y desde el reino de Saralamath no quisieran comunicarle la trágica noticia. El príncipe se despidió de todos y marchó en dirección a la Barrera de Dunas, esta vez un triste viaje de retorno en el que añoraría la compañía de su amigo y capitán Senthilkumar.

El siguiente en abandonarles fue Olaf, el inquieto espíritu errante.

—Ya no soy útil aquí. No necesitáis exploradores, ya no hay nadie a quien vigilar —le dijo a Aimon quien le dio permiso para viajar hacia el este.

Olaf, siempre incansable, siempre nómada, escondía a los ojos de los demás una pesada carga. Muchas lunas atrás, el mismo día que descubrió el cadáver despedazado de Olegar, se prometió que viajaría a Porliton y daría personalmente al ahora Senescal Siriard la trágica noticia de la muerte de su sobrino. Olaf seguía culpándose por la muerte del joven luina; se repetía una y otra vez que deberían haber

sido sus huesos los que tendrían que estar mezclados con el fango y los excrementos en aquel olvidado cobertizo de Skeldonburgo.

Pero por fin Olaf pudo desprenderse de aquella losa que lo atormentaba. Viajó hasta Porliton, donde encontró a Siriard en el bello puerto luina dirigiendo las labores de un grupo de hombres. Sintió que volvía a contemplar la misma estampa que aquel lejano día cuando apareció en los astilleros montado a lomos de su caballo con la incierta misión de unir a la causa nerlinga a aquellos constructores de barcos. Y allí, abrazados en los muelles de Porliton, ambos lloraron desconsolados la pérdida de Olegar. Los ojos de Siriard se arrasaron en lágrimas al ver de nuevo el pequeño barco de madera que Klin y Blook recuperaron en la hedionda porqueriza, el distintivo de pertenencia al gremio de constructores de barcos luinas. El Senescal de Porliton perdonó al enjuto norteño y, desde aquel día, el espíritu errante volvió a vagar en paz y libertad por Tierra Conocida, aunque siempre mantuvo indeleble el recuerdo de Olegar por quien todas las noches rezaba a Olión.

El resto de capitanes permanecieron juntos varios días más, hasta que una fría y pálida mañana de diciembre, Simas, al frente de los norteños, abandonó aquellas regiones para marchar hacia las Tierras Frías. Ingvar no dudó un instante y partió con ellos para enterrar a Gródolas en su amada Tenkolmar. Ira también viajó en aquella caravana, pues no se separaba del hijo del trueno desde la muerte de Kajsa. Oyvind decidió partir junto a ellos y acompañarles en el último adiós al gran guerrero del norte. Pospondría unas semanas su reencuentro con Edda, pero sentía que debía hacer aquel viaje en compañía de Ingvar.

El trayecto estuvo preñado de melancolía, de un sentimiento contenido de pérdida, un adiós postergado, un tiempo robado a los dioses. Cuando la caravana entró en las Tierras Frías no hubo una sola aldea en la que sus habitantes no salieran a despedir al admirado Gródolas. La gente lloraba al paso de la comitiva, lágrimas que se congelaban en sus mejillas nada más brotar de sus párpados. El invierno recibía con todos los honores al antiguo líder de la Alianza de Tenkolmar, al norteño que sobrevivió a Eloburgo.

Gródolas fue enterrado una gélida mañana en la que un límpido cielo lucía sobre Tenkolmar. Sus amigos escogieron una suave colina que se alzaba sobre la capital norteña, y cavaron su tumba junto a un grueso y viejo roble. Desde aquel promontorio se divisaba toda la costa, dominando el entrante de mar en el que desembocaba el ahora congelado Río Osterdal. En días claros como aquél, podían distinguirse al norte las Montañas Nevadas y muy al sur las Montañas Blancas, el enclave perfecto para que Gródolas velase desde allí por toda la nación norteña.

Miles de lágrimas heladas como las aguas del Osterdal se derramaron aquel día. Nadie quiso faltar en la despedida del gran guerrero, en el último adiós antes de que emprendiera el viaje a la casa de Olión. Todos permanecieron largo rato frente al túmulo a pesar del frío y, como última despedida, entonaron la canción del Sitio de Orlag, tan fuerte y conmovedora que el cielo lloró en forma de nieve honrando a

Gródolas.

Tras enterrar a su irremplazable amigo, Ingvar, Ira y Oyvind, se despidieron de Simas, Vladas, Gregas, Lartas, Vaeras y el resto de noruegos, y partieron hacia Alkoburgo, al añorado hogar que deberían levantar de sus cenizas.

Una noche, en su viaje de regreso, mientras cenaban en una posada del camino, escucharon a un bardo entonar una canción que él mismo había compuesto y que había titulado la Canción de la Memoria:

*Hombres y mujeres, ancianos y niños,  
escuchad la oda a los que por vosotros dieron su vida,  
aquellos que enfrentaron a la maldición temida,  
¡honradlos en esta tierra en la que ahora yacen dormidos!*

*Therliangator y Darbrethil, una espada y una mano  
la llama que el cielo de luz ordenó teñir:  
El Guardián la pétrea maldición tuvo que sufrir,  
mas al fin, el eterno descanso logró el buen Narno.*

*Hoy sabemos que el gran daño ha sucumbido,  
¿pero alguien puede afirmar que jamás volverá a renacer?  
Solamente una certeza podemos tener;  
la victoria del inmortal guerrero hemos contemplado.*

*Cerrad los ojos, comprobad cómo el miedo os ha abandonado,  
un mal compañero al que con valor habréis de someter;  
pues si alguna vez a nuestro refugio tratara de volver  
no preguntéis su nombre y por siempre sera olvidado.*

*El mañana nos llevará a un horizonte lejano,  
a un mundo de paz y de amor que compartir,  
a lejanas tierras aún por descubrir,  
¡celebremos hoy la caída del tirano!*

*Hombres y mujeres, ancianos y niños,  
escuchad la oda a los que por nosotros dieron su vida,  
aquellos que enfrentaron a la maldición temida,  
¡honradlos en esta tierra en la que ahora yacen dormidos!*

*Gródolas, el más temible guerrero del norte,  
heroico paladín que en días aciagos lideró a los hombres de Tenkolmar  
y quien de la lóbrega oscuridad de las minas de oro logró escapar.  
Aunque ahora descanses dormido, tus enemigos jamás dejarán de temerte.*

*Veo en el horizonte un guerrero de espada curva y piel cetrina,  
nacido en las ardientes dunas, donde la arena se mete como el mar.  
Veo en la distancia al noble y valiente capitán Senthilkumar,  
sobre su cuadriga por las arenas del Desierto Rojo altivo camina.*

*Ancianos y nobles Senescales la gobernaron,  
Esreghaia, ¡tú eres el antiguo reino hoy renacido!  
Por ti el valiente Amir en las orillas del gran río ha sucumbido,  
¡Alzad nuestras cabezas y llorad por los que lucharon!*

*Ruge la tormenta en el cielo con fulgor y estruendo desatado.  
Sus hijos han regresado triunfantes de la muerte,  
los gemelos por siempre caminarán bajo el sol rutilante.  
Relámpago y trueno, trueno y relámpago, luz y rugido que al enemigo han  
derrotado.*

*Hombres y mujeres, ancianos y niños,  
escuchad la oda a los que por vosotros dieron su vida,  
aquellos que enfrentaron a la maldición temida,  
¡honradlos en esta tierra en la que ahora yacen dormidos!*

Oyvind e Ingvar sonrieron al escuchar la estrofa que hablaba de ellos. Siguieron cenando en la esquina de la posada bajo la tenue luz de las velas sin revelar su identidad al bardo, aunque varias veces estuvieron tentados de hacerlo y reír a carcajadas, pues el trovador se había olvidado de Maikel en sus versos.

Antes de que los gemelos regresaran a Alkoburgo, Aimon ya había comenzado a organizar las labores de reconstrucción de los cinco burgos. Realmente se quedó sorprendido del avance logrado en Lothikaton, donde el grupo de supervivientes que bajó de sus escondites en las montañas había reconstruido muchas de las cabañas que lindaban con el castillo del regente al que ahora se afanaban en reparar su tejado. El interior del mismo había sido limpiado y reacondicionado, aunque faltaban muchas paredes por arreglar. Todavía parte de las murallas exteriores estaban en mal estado y habría que repararlas con grandes bloques de piedra que aún no disponían. El entusiasmo y el esfuerzo de aquellos nerlingos compensaban la falta de herramientas y la escasez de materiales. Viendo el ritmo que llevaban los trabajos de reconstrucción en Lothikaton, Aimon estimó que antes del final del próximo otoño los cinco burgos volverían a rodear, adornando con sus cabañas y establos, al Lago Argul.

Los Quince de Klimerik se repartieron entre Lothikaton, Celkoburgo, La Colonia y Arroyo Escondido. Alvar y Aimerin se quedaron con Aimon en Lothikaton para ayudarlo a coordinar los trabajos en la capital nerlinga. Enoc y Eboc fueron a

Celkoburgo a ayudar en su reconstrucción, mientras que Leonek y Lorinek se dirigieron a La Colonia para informar a los bortigos que la guerra había terminado y que acompañarían de regreso a Bortiburgo a todos aquellos que quisieran hacerlo. El bueno de Perlivarce, Milia y su pequeño Oyvar fueron una de las familias que decidieron regresar a su hogar. Leonek y Lorinek bromearon con Enoc y Eboc instándoles a que terminasen rápidamente sus cabañas para que estuviesen preparadas cuando regresasen a Celkoburgo. Barbat, Bladuf, Oran, Marlin, Odd y Oakes viajaron a Arroyo Escondido para asegurarse que todo marchaba bien en el nuevo hogar de los elothas. También les ofrecerían la posibilidad de viajar con ellos de regreso e instalarse en alguno de los cinco burgos nerlingos en los que serían recibidos con los brazos abiertos.

Todos ellos tarde o temprano terminaron visitando al convaleciente Kiril en su reconstruida cabaña de Alkoburgo. Por tercera vez las limaduras del cuerno de la Sagrada Bestia volvieron milagrosamente a salvar la vida del nerlingo. Pero esta vez Kiril había perdido tanta sangre que su recuperación fue lenta y sacrificada. El malherido nerlingo tuvo que ser trasladado en un fatigoso viaje desde el Corredor del Groningburgo hasta Alkoburgo. Los nerlingos se resistieron a pedir ayuda a los gronings para que éstos acogiesen a Kiril en su capital hasta que su salud le permitiese realizar tan largo trayecto. Él era quien había acabado con su rey y no permitirían que su verdugo permaneciese convaleciente y agasajado con todo lujo de atenciones por los curanderos de palacio.

El invierno llegó con fuerza a Tierra Conocida y Kiril padeció la lluvia, el frío y la nieve en su viaje de regreso a Alkoburgo. Maikel y Pothalion construyeron una parihuela cubierta por una especie de dintel de madera, que ataron a un viejo caballo de carga que a Maikel le recordó a Tranco. La caravana transitaba con gran lentitud avanzando unas pocas millas cada jornada, deteniéndose al menos en cuatro ocasiones cada día para descansar, pues Therliangator se encontraba muy débil y sus heridas requerían de un reposo absoluto. Maikel, Oerlikon y sobre todo Enna, se desvivían por el nerlingo, cubriéndole con mantas, preparando caldo caliente y curando con mimo cada una de sus heridas. No se separaban de él velando a Kiril de día y de noche, siempre alertas para ahuyentar al jinete sin rostro si osaba acercarse a la parihuela del nerlingo.

Todo mejoró cuando llegaron a Alkoburgo. El retorno al hogar hizo que Kiril por fin pudiera descansar en cuerpo y espíritu. En aquella cabaña a orillas del lago, los ecos de la guerra se apagaron para siempre y, solamente el rumor de las aves volando sobre el burgo lograba despertar a Kiril de sus profundos sueños. Cuando el alko dormía envuelto entre gruesas pieles, Oerlikon lo contemplaba mirándole con compasión, tan joven y frágil, lamentándose por su cruel destino, apenas un muchacho que había sentido la muerte tan cercana, la muerte que él mismo había administrado a sus enemigos. Un joven que había cargado sobre sus espaldas el arcano secreto de su pueblo y había urdido un plan en el que decidió sacrificar su



vida a cambio de acabar con el espíritu de Eulur.

Fue entonces cuando Maikel se sintió capaz de partir hacia la aldea de Arroyo Escondido para volver a ver a su padre Torilo. El reencuentro entre ambos fue dichoso, solo comparable al que protagonizaron Oyvind e Ingvar antes del final de la guerra. El alko permaneció quince lunas en aquella aldea oculta en la floresta del Bosque Ranwuhan y finalmente regresó a Alkoburgo en compañía de su padre. Torilo sintió que una parte de su corazón se había quedado para siempre en Arroyo Escondido junto a los elothas.

Pasó el invierno y Kiril comenzó a levantarse de su camastro. Con las primeras lluvias de la primavera ya caminaba del brazo de Enna alrededor del Lago Argul y, cuando llegó el solsticio de verano, Kiril emprendió el viaje de regreso a Caterziveen junto a Enna y Maikel. Oerlikon había partido hacia las regiones orientales a mediados de la primavera, cuando comprobó que la recuperación del joven iba por buen camino y sus cuidados ya no eran necesarios.

Kiril y Maikel, acompañados por Enna, realizaron el viaje que prometieron harían una vez terminase la guerra. Disfrutaron con cada milla del camino, con el sol y la lluvia, con el frío y el calor, durmiendo en posadas o bajo el cielo estrellado. Antes de llegar a Caterziveen hicieron una última parada en Thioluka, en la hermosa Dos Aguas, donde se reencontraron con viejas amistades en la posada de Tirk el Rojo. Allí, en la confluencia de las aguas dulces y saladas, saldaron la deuda con Tirgo de Tirón, al que entregaron un cargamento de oro procedente de los almacenes de Groningburgo. El corsario rió a carcajadas y celebró durante toda la noche las felices nuevas que los nerlingos le transmitieron hasta que, al despuntar el alba, acabó con la última botella de licor de fuego que Tirk guardaba en su bodega secreta.

El único e inefable capitán Falk se disculpó teatralmente por no poder obsequiarles con una travesía por el Mar del Este, pues aún trabajaba ayudado por los luinas en la construcción de un nuevo barco. Pero les prometió que tan pronto estuviera terminado y hubiera elegido un nombre adecuado para él, les invitaría a navegar por las azules aguas de la marina oriental. Sin embargo, pícaro y listo como ninguno, adivinó los planes inmediatos de Kiril y Enna y, anticipándose a todos, fue el primero que les obsequió con un presente por sus próximas nupcias.

Falk les entregó una hermosa cuna construida con la madera de La Sirena de los Mares. Les explicó que si la madera de la cuna provenía de un barco que hubiera surcado mares y océanos, nunca sería necesario mecerla si el infante que dormía en ella comenzaba a llorar, ya que sería el vaivén de las olas el que sustituiría las manos de sus progenitores.

Tras la agradable estancia en Thioluka viajaron a caballo siguiendo el camino que transitaba en paralelo a los acantilados hasta Porliton y, desde allí, completaron la última etapa del viaje. Arribaron a los acantilados de Caterziveen una noche cálida y estrellada. Cuando penetraron en la morada secreta del sexto clan se percataron de que nuevas reglas regían en el burgo escondido entre la tierra y el mar. Oerlikon

había abolido los dos preceptos que imperaban al caer la noche: ocultar cualquier luz, lumbre o fuego y la guarda de silencio. Un nuevo tiempo había comenzado, un nuevo tiempo de libertad en el que jamás nadie tendría que volver a ocultarse.

Allí se reencontraron con Oyvind e Ingvar, además de Ira, quien era desde hacía tiempo la compañera inseparable del hijo del trueno. Cuando Enna vio a sus hermanas Ebba y Edda asomar por uno de los pasillos, la primogénita de Oerlikon estalló en lágrimas y corrió a fundirse en un interminable abrazo con sus dos hermanas menores. El corazón de Ira lloró por su hermana Kajsa al contemplar aquella imagen, pero ni una sola lágrima corrió por sus mejillas.

Kiril y Enna anunciaron aquella noche que contraerían matrimonio en Caterziveen, en aquel mágico lugar en el que se conocieron y en el que Kiril fue salvado de la muerte por el poder del Unicornio.

Maikel y Ebba y Oyvind y Edda quisieron también casarse en la misma ceremonia, pero Oerlikon les replicó que no habría nuevos casamientos hasta la primavera, pues no permitiría que tres ladrones nerlingos le arrebataran a sus tres hijas el mismo día.

Siete lunas después del anuncio de su compromiso, los dos jóvenes se casaron en una sencilla e íntima ceremonia en Caterziveen, en un rincón mágico para ambos, en el Ulkildiriath, “El balcón sobre el mar”. Bajo la luz de la luna y las estrellas, mientras la cálida brisa marina les acariciaba sus cabellos, Oerlikon les entregó en matrimonio y fueron bendecidos por Nerlinguia y el resto de dioses que los contemplaban desde el firmamento.

El bueno de Perlivarce no pudo acudir al compromiso, a pesar de que Kiril y Enna habían enviado con antelación un mensajero a Bortiburgo. Sin embargo, el tarluk bortigo aceptó de buen grado la invitación para poder visitar Caterziveen y sumergirse en los secretos que guardaban los centenares de documentos almacenados en su biblioteca; ejemplares únicos que hablaban del mundo antiguo y que estaban preñados de los orígenes y la historia del pueblo nerlingo.

Y en aquello se concentró Perlivarce durante largas jornadas de estudio desde que llegó a Caterziveen. Oerlikon estaba sorprendido por la voracidad con la que el bortigo era capaz de leer. A mediodía y al anochecer, debían acudir a rescatarle de aquel universo de papeles y pergaminos en el que se sumía abstrayéndose del resto del mundo.

Una noche, tras cenar en compañía de Kiril, Enna, Maikel, Ebba y Oerlikon, Perlivarce se disculpó escabulléndose a la biblioteca para terminar la lectura de un apasionante ejemplar que había encontrado sepultado bajo docenas de libros y que trataba sobre la genealogía de los nigromantes blancos y Kliats remontándose hasta Barlok y la Primera Tierra.

Perlivarce estaba enfrascado en su lectura, iluminado por la luz de una candileja de tres velas, devorando cada una de las páginas que le restaban para terminar el libro. Sus ojos le escocían, enrojecidos por las interminables jornadas de lectura

ininterrumpida, pero ese era un mal menor que tendría que sufrir a cambio de acceder a aquel almacén de conocimiento. Pasó la hoja que acababa de leer y encontró un fino y pequeño pergamino doblado entre las dos siguientes paginas. Lo tomó contemplándolo con curiosidad, y enseguida lo desdobló para ver su contenido. Sorprendido por el título que encabezaba aquel texto escrito en la lengua antigua, comenzó a leer con atención el pergamino:

#### CUARTA PROFECÍA DE BARLOK

El viento soplará estridente, amenazando a los moradores de tierras yermas y de tierras fértiles. El sol volverá a apagarse, amortajado por un velo de maldad tras la noche sin oscuridad.

Los mortales en indefensos clanes serán disgregados y poseídos por el pánico a sus deidades rezarán. Aunque lejana la gran batalla se libre, la tierra se llagará, sangrará y por sus hijos llorará.

La luz de la espada celestial en socorro de la sagrada bestia acudirá. Acorralada en su fortaleza por el último de los tres espíritus desterrados, su ancestral poder amenazado se hallará.

Y los mortales llorarán, y los mortales rezarán, mas su destino en manos del otrora salvador quedará. Su corazón por las incurables heridas del mal padecerá, mas de nuevo su destino por el bien del mundo sacrificará.

Aquí termina el oráculo del nigromante, el oráculo sobre el último espíritu repudiado. Su destino velado para los hombres basta el crucial momento permanecerá. Rezad mortales para que el indómito salvador con el último desterrado pueda acabar, o, de lo contrario, jamás vuestros ojos la luz de la Felicidad volverán a contemplar.

El destino de los hombres será dictado por la espada, por el sagrado poder y por el último demonio condenado, allende las aguas azules, tras el lejano ultramar, en el mar del gelido blanco, donde aún todo está por dilucidar.

Perlivarce rápidamente se percató que había realizado un crucial descubrimiento. ¡Barlok había escrito una cuarta profecía! Pero esa profecía hablaba de un último espíritu, de un último espíritu repudiado.

—Pero entonces eso significaría que si Euwalur murió a manos de Euphil en un combate fratricida, y Eulur y Euquilur no se unificaron en un solo espíritu como su hermano les ordenó... eso significa... eso significa que uno de ellos aún vive. ¡Por todos los dioses! ¡El mal aún pervive! —gritó desesperado Perlivarce dando un puñetazo sobre la mesa con el que casi se lastimó la mano—. Por todos los dioses, por todos los dioses —musitó desesperado.

El bortigo volvió a leer una y otra vez la profecía. Miró el pergamino por el frente y el envés pero no descubrió nada que le hiciera dudar de su autenticidad. Angustiado por su descubrimiento, salió cabizbajo de la biblioteca y se encaminó a las estancias comunes en busca de Oerlikon y Kiril.

Los encontró a ambos charlando en compañía de Enna, Maikel, Ebba y otros alkos del sexto clan mientras bebían unas jarras de biluk. Perlivarce no quiso alarmar al resto y desde el pasillo le hizo una señal a Oerlikon. El Kliat la interpretó como el adiós de buenas noches del bortigo antes de retirarse a sus aposentos y le invitó a compartir la velada junto a ellos:

—Acércate, Perlivarce. Ven aquí a compartir con nosotros una jarra de biluk antes de acostarte.

—Sí, por favor, ven con nosotros —le dijo Maikel—. Si no sales de esa biblioteca terminarás ciego y con cara de ratón aburrido —y todos rieron la ocurrencia del corpulento alko.

—No, gracias —respondió con voz temblorosa—. Aún debo continuar leyendo un rato más. Pero necesito la ayuda de Oerlikon y Hay un enigma que no soy capaz de resolver y que seguro ellos lo harán con facilidad.

—De acuerdo, Perlivarce —dijo Oerlikon con voz perezosa—. Te ayudaremos a resolver ese enigma que de otra manera no te dejará dormir.

—Yo también necesito que me ayudéis a resolver otro enigma —dijo con sorna Maikel—. ¿Alguien sabe cómo fue capaz este rancio bortigo de que la hermosa Milia se enamorara de él? —y todos prorrumpieron en una sonora carcajada.

Perlivarce no esbozo siquiera una sonrisa y caminó taciturno de vuelta a la biblioteca.

—¿Qué te ocurre, amigo? —le preguntó Kiril cuando vio el rostro cariacontecido del tarluk.

Perlivarce sin pronunciar palabra les entregó el pergamino que contenía la cuarta profecía de Barlok. A medida que Oerlikon y Kiril fueron leyendo el pergamino sus rostros se tornaron severos y preocupados. Una vez leyeron la profecía, se miraron unos a otros con una mezcla de angustia y temor en los ojos. Fue Oerlikon quien rompió aquel tenso silencio.

—Desde hace meses presentía que el mal no había abandonado Tierra Conocida, que permanecía latente y escondido en algún maligno paraje al amparo de las fuerzas oscuras.

—¿Crees que esta profecía es verdadera? ¿Qué fue el propio Barlok quien la escribió? —preguntó Perlivarce esperando escuchar una respuesta negativa a su pregunta.

—Sí que lo es. Está escrita por el puño y letra del nigromante blanco. No hay duda de que Barlok tuvo una revelación posterior, una señal que le hizo dejar este último testimonio.

Kiril permanecía callado, de repente su rostro había tornado a un color

blanquecino y decenas de diminutas arrugas lo ensombrecieron, como si hubiera contemplado agostarse un centenar de inviernos.

—Tú lo sabías —le dijo Oerlikon mirando fijamente a los ojos de Kiril—. Lo supiste desde el instante en que el espíritu murió.

—Gritó su nombre —respondió Therliangator con la mirada perdida en algún punto de la biblioteca—. Gritó un solo nombre, con voz terrible y lacerante. Eulur. Ése era su nombre.

—Eulur —repitió Perlivarce.

—La cuarta profecía corrige a la primera —habló Oerlikon—. Ahora sabemos el nombre de nuestro último enemigo: Euquilur.

—Y también el nombre de quién deberá volver a sacrificar su vida para acabar con él —añadió Perlivarce.

—No digáis nada de esto al resto —les suplicó Kiril quien parecía haber envejecido cuatro lustros—. No al menos por un tiempo. Enna se merece vivir alejada de esas preocupaciones, se merece olvidar la guerra y la maldad.

—¿Cuándo se lo dirás entonces? —preguntó Oerlikon—. También merecen conocerla verdad.

—Es cierto, Kiril —dijo Perlivarce—. Si como nos relataste, el espíritu que poseía a Zornik dijo que sabía dónde moraba el Unicornio, ¿qué le impide ahora a Euquilur viajar a ese lugar, acabar con él y lograr el poder absoluto sobre dioses y hombres?

—Euquilur aún no se ha manifestado, pero lo sabré cuando lo haga —respondió Kiril—. Ahora más que nunca estoy conectado a la Sagrada Bestia y si ella se sintiese amenazada yo percibiría una gran conmoción en mi interior. Cuando el último espíritu desterrado crezca en poder y trate de revelarse al mundo, entonces y sólo entonces, revelaremos este funesto augurio. Ahora Tierra Conocida debe creer en la esperanza, en la paz y la libertad, y construir entre todos sus pueblos un nuevo orden. Sé que seré yo quien deba volver a enfrentarme al espíritu maligno, siempre lo he sabido —dijo con voz cansada—. Esta vez será en un lejano lugar, acompañado por un puñado de hombres leales. Allí, en aquellas tierras de ultramar, Therliangator, Darbrethil y la Sagrada Bestia acabaremos para siempre con el último germen del mal —y tras escuchar las palabras de Kiril los tres hombres permanecieron largo rato en silencio.

Fue Oerlikon el primero en hablar.

—Guardaré el secreto. Así lo haré, si ése es tu deseo Tú eres el Elegido, hijo mío, y tuya es la misión de combatir el mal.

—Guardaré con gran dolor y pena este secreto —dijo con tristeza Perlivarce.

—Agradezco vuestro sacrificio y lealtad. Y ahora, volvamos ahí fuera y disfrutemos del biluk y de la compañía de nuestros seres queridos. No ensombrecamos con estos aciagos vaticinios la alegría que hoy les embarga. Mi corazón es fuerte y será capaz de llevar el peso de este ominoso secreto. Nerlinguia

me dará el valor necesario para soportarlo y volver a enfrentarme a mi destino llegado el momento —y el alko fue el primero en abandonar la biblioteca mientras Oerlikon y Perlivarce lo miraban compadeciéndolo.

En Caterziveen, en la arcana morada del sexto clan, entre la tierra y el mar, quedó enterrado y velado durante lustros a los ojos del mundo el fatídico hallazgo de la cuarta profecía de Barlok. Cuando el espíritu de Euquilur se revelaría mostrando su maldad sólo los hados del destino lo sabían.

## LA SEMILLA DEL MAL

**E**l verano se agostaba sereno en Tierra Conocida. Durante el solsticio, la estrella del día había regalado hermosas jornadas a los sufridos habitantes de aquel mundo mortal bañándolos con su luz, sosiego y calidez. Tras la muerte de Zornik, los vientos de esperanza y libertad lograron desterrar los ominosos cielos que durante los tiempos aciagos habían oscurecido sus almas. Por fin la paz había regresado y, a pesar de las turbulentas lunas que siguieron a la caída del reinado de Zornik, todos los moradores de la Tierra Verde rezaron a sus dioses para que nunca jamás la paz volviera a abandonarles.

Sin embargo, como las ascuas de un devastador incendio que se resisten a extinguirse, las negras y mefíticas brumas que un antiguo y poderoso mal había creado, seguían meciéndose impenetrables sobre dos regiones malditas de Tierra Conocida: Bosque Salvaje y las Montañas Oscuras.

Comenzaron a llegar rumores de intrépidos viajeros que habían recuperado la antigua ruta del oro que cruzaba por la ahora abandonada aldea de Fuente Dorada. Esos rumores hablaban de ponzoñosas brumas que se concentraban amenazantes sobre lo más profundo de Bosque Salvaje. Aquellos osados (o más bien inconscientes) que se atrevían a pernoctar al raso en las cercanías del bosque maldito, afirmaban haber escuchado durante la madrugada el rítmico tañido de una campana. “La campana de oro del Guardián”, decían sin atisbo de mentira en sus ojos. Y aunque la fiebre del oro parecía haber vuelto a despertar, nadie osaba internarse en el bosque para tratar de encontrar la campana dorada. Con el paso de los inviernos, aquel misterioso sonido se convirtió en la salvaguarda y escudo protector de los peligros que pudieran acechar al viajero que transitase por aquellos lares.

Y si bien en Bosque Salvaje las negras brumas se habían replegado a lo más recóndito e inaccesible de la floresta, en las Montañas Oscuras, refugio de brujas y hechiceras según contaban las antiguas leyendas, los vapores que un día cubrieron el territorio nerlingo en Jactinia se acumulaban en las faldas occidentales de las montañas. Aquellas nubes eran oscuras como un infinito abismo, amenazantes como una manada de wolkurs, amortajando con su lúgubre algodón aquellas regiones, sumiéndolas en una lóbrega oscuridad, cobijando bajo su siniestra sombra a una anciana maldad que en el origen del mundo crearon Eulur, Euquilur y Euwalur.

Al abrigo de aquellas montañas nubladas que ahogaban la vida de otros seres que no fueran asquerosos gusanos, fétidos batracios o repugnantes insectos, se hallaba la infecta Fuente de la Lamia, el hediondo cubículo de Urkha. Irrespirables vapores de azufre brotaban del lodazal adyacente al riachuelo de insanas aguas turbias, franqueado por dos sauces que se erguían como retorcidas columnas, antesala de entrada al altar oculto tras las paredes de aquella oscura rinconera donde Urkha realizaba sus sacrificios. Sobre aquella superficie cenagosa comenzó a flotar un hilo acuoso de color carmesí, que lentamente cubrió por completo el arroyuelo. Aquel

líquido brotaba desde el interior de la cueva y, como un diminuto afluente, descendía ansioso por unirse al torrente principal.

Desde la entrada de la gruta, tres ratas del tamaño de un gato, contemplaban ávidas de alimento el último sacrificio de la lamia con la esperanza de poder saciar su apetito con las sobras que la vieja arpía desechase. Sin embargo, un estridente y repentino llanto las asustó y huyeron veloces hacia las faldas de la montaña cuales aves carroñeras en busca de algún despojo abandonado por otros depredadores.

Pero el hambre pudo más que el miedo y la más grande de aquellas tres ratas volvió sobre sus pasos, penetrando sigilosa en la cueva.

Una insondable oscuridad reinaba en la gruta. Tras continuar avanzando unos pasos, la rata percibió un débil y fugaz destello luminoso que provenía de lo más profundo de aquella caverna tallada en las entrañas de las Montañas Oscuras. El estridente llanto llegaba del mismo lugar en el que la luz crecía con cada paso que el roedor se internaba en la cueva. La caverna pareció agrandarse ahora que la luz crecía en intensidad. Un candil de titilante llama, que colgaba de una de las paredes de la gruta, permitió a la rata vislumbrar la figura de la lamia; sus lacios y canosos cabellos cayendo por su espalda, sus imposibles patas de gallina clavadas sobre un bulto que descansaba inmóvil sobre el suelo, al tiempo que Urkha mecía su cuerpo y sus brazos al son de una tonadilla que la rata no fue capaz de entender.

Azuzada a partes iguales por la curiosidad y el hambre, la enorme rata siguió avanzando sigilosamente pegada a la pared, oculta entre las sombras escupidas por la luz del desvencijado candil. Aquel llanto no cesaba y, cuanto más retumbaba en la cueva, más exagerados eran los espasmódicos vaivenes del cuerpo de la lamia.

El roedor avanzó hasta llegar al límite en el que las sombras reinaban frente a la luz, siguiendo el aroma dulzón que aquel líquido carmesí desprendía. Comprobó que provenía de aquel bulto inerte sobre el que Urkha estaba encaramada. Fijó su mirada en aquella masa informe y vio con delectación cómo el líquido carmesí era la sangre que brotaba de un humano muerto. Asomó su peludo hocico y sus ojos ratoniles más allá del manto de sombras y confirmó que se trataba del cadáver de una joven hembra recién sacrificada. La rata se imaginó clavando sus afilados colmillos en la apetitosa carne de aquella mujer. También descubrió que la bruja había rajado de lado a lado el cuerpo de la mujer, abriéndola en canal con un extraño y dorado artilugio que resplandecía con el danzar de las llamas clavado en el pecho de la difunta.

De repente, la lamia dio un salto y soltó la presa que sus patas de gallina mantenían sobre el cuerpo de la mujer. La rata retrocedió asustada y corrió a ocultarse entre las sombras protectoras. La lamia se giró hacia el escondite del roedor, sobre el que a varios pies de altura reposaban unos carcomidos estantes en los que se apilaban una ingente cantidad de recipientes y vasijas. La rata, creyendo haber sido descubierta por la lamia, huyó veloz hacia el exterior de la cueva. “La carne tendrá que esperar”, pensó resignada y se perdió entre las ominosas brumas que flotaban sobre el suelo cenagoso en busca del rastro de sus dos compañeras.



Pero antes de abandonar la lóbrega caverna, la enorme rata pudo contemplar con sorpresa cómo la bruja mecía entre sus brazos a un recién alumbrado cachorro humano. Aquel era el origen de los estridentes gritos que había escuchado dentro de la gruta.

Urkha acunaba sin descanso a aquella desconsolada criatura, un varón, al que cantaba una cancioncilla tratando de acallar su angustioso llanto:

*... Duerme mi niño, niño de la noche.  
El cuervo grazna y el lobo aúlla  
y el niño de la noche se quiere despertar.  
Duerme mi niño, niño de la noche.  
La luna se esconde y el sol se apaga  
y el niño de la noche se quiere despertar.  
Duerme mi niño, niño de la noche.  
La lamia te mostrará el camino,  
la lamia te devolverá tu reino.  
Duerme mi niño, niño de la noche.  
La lamia peinará tu cabello,  
la lamia te mecerá en sus brazos.  
Duerme mi niño, niño de la noche...*

Y mientras la pérfida Urkha acunaba con su brazo izquierdo al desconsolado infante de piel trémula y lechosa, con su brazo derecho tomó un recipiente de cristal en el que, bajo un turbio y espeso líquido de fondo cenagoso, descansaba una repugnante y negra sanguijuela. La lamia alzó el tarro de cristal hacia la amarillenta luz del candil y la inmunda criatura se agitó perturbada en su descanso.

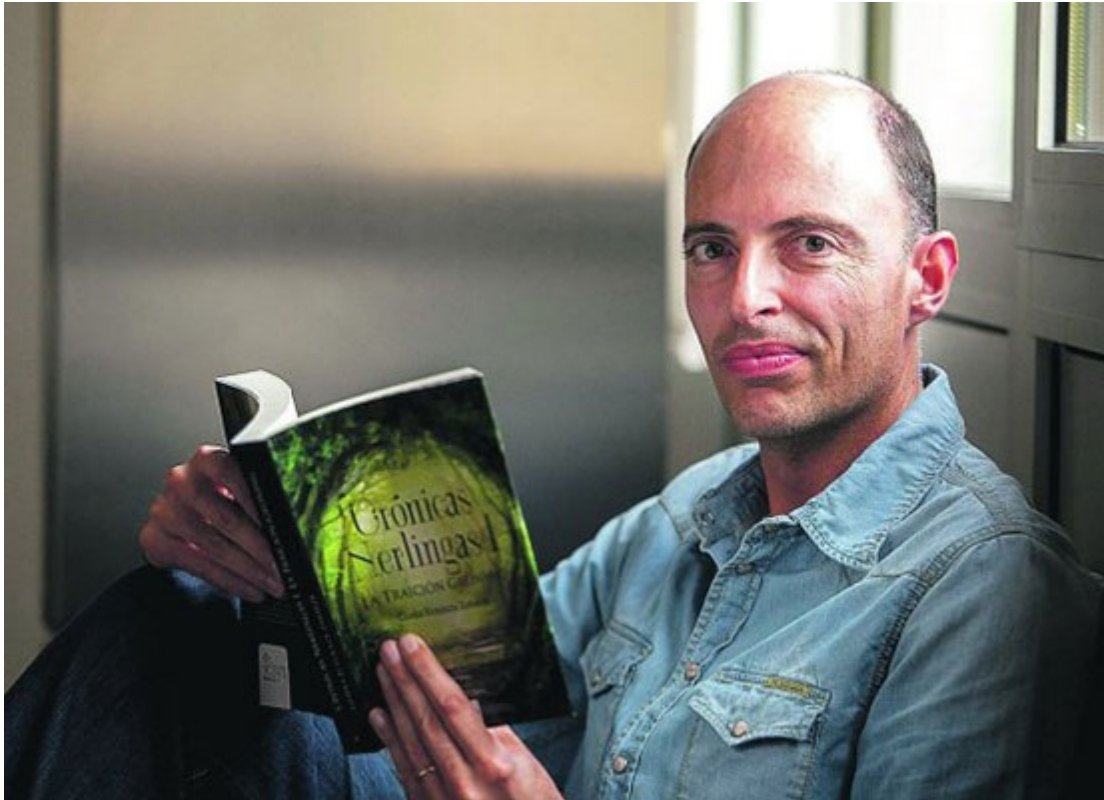
—Paciencia mi señor, paciencia mi dios —dijo con voz sibilina—. Mi niño de la noche debe aún crecer para poder hospedar al último de los espíritus. El tercer hermano vengará la muerte de su parentela y la bastarda caerá desde su morada cuando la Sagrada Bestia sea aniquilada —y acercó sus vidriosos y sanguinolentos ojos al cristal. Sonrió y volvió a hablar a la negra sanguijuela mientras devolvía el recipiente al estante donde instantes antes reposaba—. Paciencia mi señor, el niño de la noche crecerá y los mortales se postrarán ante tu trono. Paciencia mi señor.

La lamia caminó hacia la oscuridad de su cubículo dejando a sus espaldas el cuerpo profanado y sin vida de Ihola. La sangre de la hija de Zornik seguía brotando a borbotones de su cuerpo mientras la silueta de Urkha se difuminaba entre las sombras aviesas de la gruta.

El eco del rasgado canturreo se hundió junto a la lamia en las entrañas de las Montañas Oscuras:

*... Duerme mi niño, niño de la noche.  
La lamia te mostrará el camino,*

*la lamia te devolverá tu reino.  
Duerme mi niño, niño de la noche...*



GORKA ECEOLAZA ZABALZA. Nacido en 1969 en San Sebastián, Gorka Eceolaza estudió Ingeniería Industrial, desarrollando su carrera profesional en el ámbito de la empresa. Junto a esa formación pragmática de “más vale una imagen que mil palabras”, siempre ha coexistido en su interior una faceta creativa de construir imágenes a través de las palabras.

Esa faceta se manifestó a finales de 1999 y fue la que le llevó a comenzar a escribir lo que sería el embrión de la saga de las *Crónicas Nerlingas*.

Tardío lector de novelas, entre sus lecturas favoritas destacan todos los libros relacionados con el universo creado por John Ronald Ruelen Tolkien, así como las cuatro novelas del escritor Dan Simmons que configuran la saga de ciencia ficción conocida como los *Cantos de Hyperion*. También disfruta con la novela negra o policiaca, con autores como el danés Jussi Adler-Olsen.